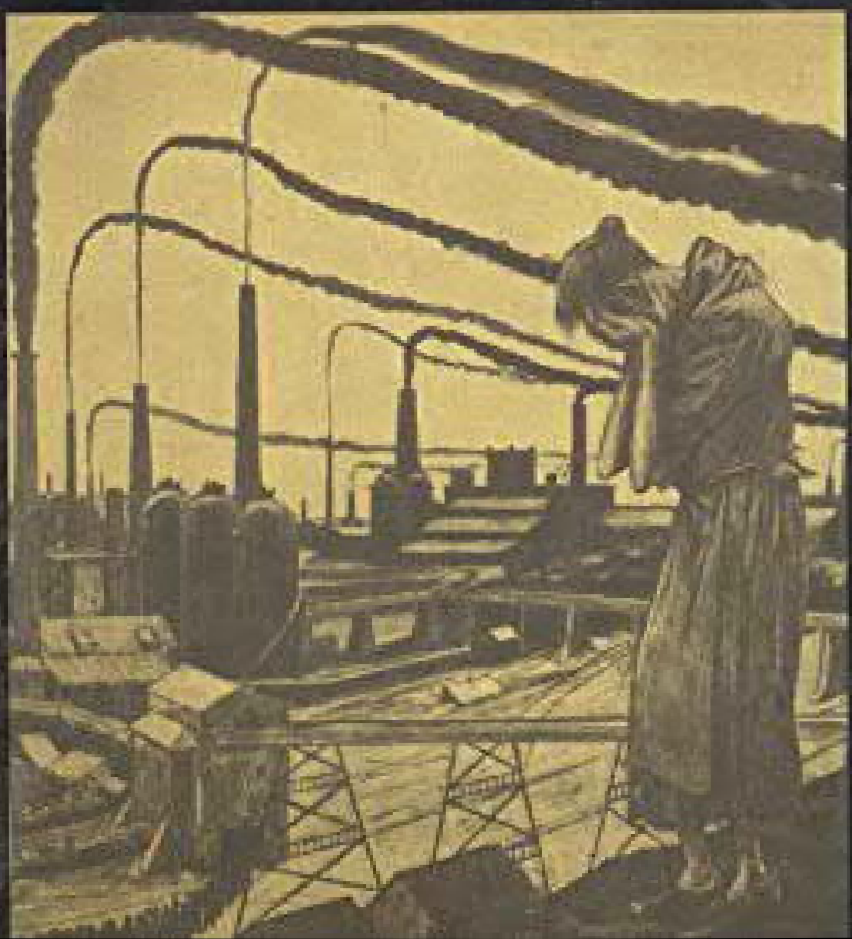
GRANDES OBRAS DE HISTORIA

ARNO J. MAYER

LA PERSISTENCIA DEL ANTIGUO RÉGIMEN



ARNO J. MAYER

LA PERSISTENCIA DEL ANTIGUO RÉGIMEN

EUROPA HASTA LA GRAN GUERRA

Altaya

Director de la colección: Ricardo Artola
Director de producción: Manuel Álvarez
Coordinación editorial: Ana María Obregón
Diseño de la colección: Neslé Soulé

Distribuye para España: Marco Ibérica
Distribución de Ediciones, S.A.
Ctra. de Irún, km.13.350 (Variante de Fuencarral) - 28034 Madrid
Distribuye para Argentina: Capital Federal: Vaccaro Sánchez
C/Moreno, 794 - 9.º piso - CP 1091 Capital Federal - Buenos Aires (Argentina)
Interior: Distribuidora Bertrán - Av. Vélez Sarsfield, 1950
CP 1285 Capital Federal - Buenos Aires (Argentina)
Importación Argentina: Ediciones Altaya, S.A.
Moreno, 3362/64 - 1209 Buenos Aires - Argentina

Título original: The Persistence of the Old Regime-Europe to the Great War
Traducción: Fernando Santos Fontenla
Publicado por acuerdo con Pantheon Books,
A Division of Random House, Inc.

© 1981 by Arno J. Mayer
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1984
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

© Por esta edición: Ediciones Altaya, S.A., 1997
Musitu, 15. 08023 Barcelona

ISBN: 84-487-0916-0
Depósito Legal: B. 45.754-97
Impreso en España - Printed in Spain - Diciembre de 1997
Impresión y encuadernación: Cayfosa Ctra. Caldas km. 3
Santa Perpétua de Mogoda (Barcelona)

Para su mayor comodidad, pida a su proveedor habitual que le reserve las entregas de GRANDES OBRAS DE HISTORIA. Comprando siempre sus libros en el mismo punto de venta, se beneficiará de un servicio más rápido, ya que nos permite lograr una distribución de ejemplares más precisa.

INDICE

Prefacio 11

Introducción 14

1. Las economías: La perduración de la tierra, la agricultura y las manufacturas 26
2. Las clases dirigentes: La burguesía deferente 82
3. La sociedad política y las clases gobernantes: El eje del Antiguo Régimen 125
4. Las altas culturas oficiales y las vanguardias 177
5. Visión del mundo: Socialdarwinismo, Nietzsche, la guerra. 251

Bibliografía 299

Indice onomástico 318

A Herbert Marcuse

PREFACIO

El primer esbozo de este libro se presentó cuando dicté las Conferencias Carl L. Becker en la Universidad de Cornell, en otoño de 1977. Debo agradecer a mis colegas de Cornell las múltiples cortesías de que me hicieron objeto, y en especial a Walter LaFeber por alentarme a cambiar de tema en el ultimísimo minuto. Inicialmente, había prometido hacer una exposición temática de mi borrador sobre las causas y los objetivos internos de la guerra desde 1870. Pero después fui reflexionando. El año anterior había presentado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, en el Institut Universitaire de Hautes Études Internationales de Ginebra, en las Universidades de Bielefeld, Bochum, Düsseldorf, Jerusalén y Leyden, y en el Instituto Lehrman de Nueva York mi tesis sobre la relación en el siglo pasado entre el resurgimiento del conservadurismo y la guerra. En todas aquellas ocasiones escuché críticas, no tanto por exagerar las fuentes internas, en lugar de las diplomáticas, de los conflictos internacionales, sino por afirmar, en vez de demostrar, la supervivencia del antiguo orden en Europa hasta el siglo XX. Con el tiempo, el vigor de aquellas críticas fue tan abrumador que acabé por decidir que utilizaría las conferencias Becker para iniciar un examen de la persistencia del *Ancien Régime* en las seis principales potencias europeas que se vieron implicadas en la Gran Guerra de 1914-1918. Atrapado en ese problema de inercia histórica, dediqué los dos años siguientes a estudiarlo, a expensas de mi estudio de la guerra.

El resultado es el presente libro, que es una obra de interpretación basada casi exclusivamente en fuentes secundarias. La bibliografía que figura al final del volumen enumera los libros y los artículos que me han resultado más útiles y en los que he entrado a saco sin piedad. Dado el carácter maníaco que había adquirido mi investigación, todo lo que leía me resultaba instructivo. En vista de ello, decidí no alargar ni recargar el texto con notas a pie de página, que se iban haciendo interminables. También decidí no citar los nombres de los historiadores con los que estoy en desacuerdo para atacarlos, pues mis divergencias con ellos se refieren más bien a cuestiones de interpretación que de hecho. No pretendo refutar ni discutir a otros historiadores de los que cito algunas frases, pues mi objetivo es formular un nuevo ángulo de visión y un nuevo marco de análisis.

Concibo este libro como una historia marxista vista desde arriba, y no desde abajo, centrada más bien en las clases altas que en las bajas. Los primeros capítulos tratan de las bases económicas del viejo orden. Aunque quizá algunos lectores deseen hojear o saltarse ese prolijo comentario de la base material de la sociedad, mi tesis resultaría absolutamente increíble sin él. De hecho, este libro pretende ser político. Aunque matizo la mayor parte de las generalizaciones, no pretendo en absoluto exponer todas las facetas de la cuestión. En este caso, reconozco abiertamente que soy un ardiente «generalizador» y constructor en general, en lugar de un «fragmentador» y destructor ávido. Estoy de acuerdo con Jacob Burckhardt en que no es posible ninguna visión histórica general sin el recurso a generalizaciones y principios que sirvan para organizar. Huelga decir, como nos recordaba Carl Becker, que una visión de este tipo no tiene nada de final, y Burckhardt reconocía tranquilamente que los mismos estudios que había utilizado él para construir su *Civilización del Renacimiento en Italia,* «podrían fácilmente en otras manos, no sólo [haber] recibido un tratamiento y una aplicación completamente diferentes, sino además [haber llevado] a conclusiones esencialmente diferentes». Entretanto, pedía, al igual que hago yo ahora, «una atención paciente» y que a su libro «se lo tomara y se lo juzgara como un *todo*», y no sólo en sus partes discretas.

En el transcurso de mis lecturas, y durante la escritura, he contraído muchas deudas intelectuales y académicas. Sobre todo, me han resultado muy beneficiosas las detalladas críticas y sugerencias de Perry Anderson, Hans-Ulrich Wehler, Charles Maier y Alfred Rieber, que leyeron los borradores iniciales de los cuatro primeros capítulos. Como cada uno de ellos procede de perspectivas diferentes, me plantearon cuestiones difíciles e inquietantes, pero no destructivas. David Abraham, Jerome Blum y Robert Tignor hicieron valiosas observa-

ciones sobre el capítulo 1, mientras que Richard Wortman me ayudó animoso a abrirme camino entre las obras monográficas sobre la Rusia imperial en su última época.

Cinco amigos pacientes me toleraron de buena gana el que llevara nuestras constantes conversaciones hacia mis obsesiones del momento. François Furet nunca se cansó de mis interrogatorios sobre el *Ancien Régime* y la reacción aristocrática en la Francia de los siglos XVIII y XIX; Felix Gilbert respondió con paciencia y sutileza a mis preguntas irreverentes sobre el antiguo orden y la alta sociedad en Berlín entre 1870 y 1933; Carl Schorske inspiró, animó y atemperó mis incursiones en el estudio de la alta cultura; Pierre Vidal-Naquet fue cómplice de mi reevaluación del choque entre el noble y el burgués, y Sheldon Wolin me alentó a no dejarme atemorizar por las interpretaciones canónicas del liberalismo, de Nietzsche y de Weber. Temo que no puedo absolver a mis colegas y amigos de toda responsabilidad por mis errores y deformaciones, pues han carecido del ánimo o del buen juicio necesarios para disuadirme de adentrarme en aguas históricas peligrosas.

Debo dar las gracias a Shelley Baranowski, Vladimir Brovkin y Dorothea Schneider por ayudarme en mis investigaciones sobre aspectos cruciales. Helen Wright mecanografió y volvió a mecanografiar magistralmente los sucesivos borradores, y los pocos errores que cometió resultaron ser invariablemente errores míos, después de todo. Ya sabe cuánto la estimo. He recibido apoyo financiero del Centro de Estudios Internacionales y del Comité de Investigaciones sobre las Humanidades y las Ciencias Sociales, ambos de Princeton.

Por último, deseo expresar mi agradecimiento a Philip Pochoda, de Pantheon. Ha aplicado su discernimiento crítico a mi manuscrito y me alivió mucho la tarea de prepararlo para la publicación.

Princeton-Chérence
Verano de 1980

ARNO J. MAYER

INTRODUCCION

Incluso con el paso del tiempo, la primera mitad del siglo XX se destaca por haber presenciado un cataclismo sin precedentes y la aparición de una divisoria importantísima en la historia de Europa. No es probable que la distancia temporal y psicológica cada vez mayor que nos separa de ella reduzca considerablemente ni normalice la enormidad de la Gran Guerra ni del Osario de Verdún, la *outrance* de la Segunda Guerra Mundial ni Auschwitz. Pero dadas la infamia y la atrocidad ya fijadas de aquella autoinmolación y aquel holocausto —comprendida Hiroshima—, los historiadores seguirán explorando eternamente sus causas básicas. También seguirán tratando de penetrar en la agonía y la ferocidad de la revolución y el régimen bolcheviques, que fueron el principal rayo de esperanza durante una de las noches más tenebrosas de Europa. Rusia se vio fatalmente atrapada en aquella colosal turbulencia y sacrificó una proporción mayor de su sangre y de su patrimonio que ninguna otra nación. Paradójicamente, pese a ser periférica a la civilización occidental, Rusia fue, no obstante, una de sus mayores desestabilizadoras, y una de sus salvadoras al final.

Con este libro se pretende hacer una contribución al debate de la *causa causans* y del carácter interno del reciente «mar de problemas» europeo. Comienza con la premisa de que la Guerra Mundial de 1939-1945 estaba unida umbilicalmente a la Gran Guerra de 1914-1918, y de que esos dos conflictos fueron nada menos que la Guerra de los Treinta Años de la crisis general del siglo XX.

La segunda premisa es que la Gran Guerra de 1914, o fase primera y protogénica de esta crisis general, fue producto de la movilización de última hora de los *Anciens Régimes* de Europa. Aunque las fuerzas del antiguo orden iban perdiendo terreno ante las fuerzas del capitalismo industrial, todavía eran lo bastante tercas y tenían la suficiente fuerza para resistirse al desarrollo de la historia y frenarlo, si era necesario, mediante el recurso a la violencia. La Gran Guerra fue una expresión de la decadencia y caída de un antiguo orden que luchaba por prolongar su vida, más bien que de la ascensión explosiva de un capitalismo industrial empeñado en imponer su primacía. Al final, a partir de 1917, en toda Europa las tensiones de una guerra prolongada conmovieron y agrietaron los cimientos del antiguo orden asediado que la había incubado. Y aun así, salvo en Rusia —donde se derrumbó el más impenitente de los antiguos regímenes—, a partir de 1918-1919, las fuerzas de la perseverancia se recuperaron lo suficiente como para agravar la crisis general de Europa, patrocinar el fascismo y contribuir a la reanudación de la guerra total en 1939.

La tercera y principal premisa de este libro es que el Antiguo Régimen de Europa era totalmente preindustrial y preburgués. Los historiadores llevan demasiado tiempo centrándose excesivamente en los progresos de la ciencia y la tecnología, del capitalismo industrial y mundial, de la burguesía y de la clase media profesional, de la sociedad civil liberal, de la sociedad política democrática y del modernismo cultural. Se han ocupado mucho más de estas fuerzas innovadoras y de la formación de la nueva sociedad que de las fuerzas de la inercia y la resistencia que frenaron la caída del antiguo orden. Aunque a un nivel los historiadores y los especialistas en ciencias europeos han repudiado la idea del progreso, a otro nivel siguen creyendo en ella, aunque sea con matizaciones. Esta fe firme y tácita en el progreso va apareada con una intensa aversión al inmovilismo y la regresión históricos. Se ha dado, pues, una clara tendencia a descuidar o quitar importancia y valor a la resistencia de las fuerzas y de las ideas antiguas y a su genio astuto para asimilar, retrasar, neutralizar y domeñar a la modernización capitalista, comprendida incluso la industrialización. El resultado es una visión parcial y deformada del siglo XIX y comienzos del XX. A fin de alcanzar una perspectiva más equilibrada, los historiadores no sólo tendrán que examinar el gran drama del cambio progresivo, sino también la tragedia implacable de la perseverancia histórica, y estudiar la interacción dialéctica entre ambas cosas.

Pero este libro no ofrece una interpretación equilibrada de Europa entre 1848 y 1914. A fin de contrarrestar la forma en que cró-

nicamente se han exagerado el desarrollo y el triunfo final de la modernidad —incluso se llega a atribuir a la misma crisis, incluido el fascismo, el haber prestado un servicio a este proyecto y este resultado universales—, se centrará en la persistencia del antiguo orden. Lo convencionalmente sabido sigue siendo que Europa salió de su *Ancien Régime* y cruzó el umbral de la modernidad o se acercó a él mucho antes de 1914. Los estudiosos de todas las tendencias ideológicas han disminuido la importancia de los intereses económicos preindustriales, de las élites preburguesas, de los sistemas de autoridad predemocráticos, de los lenguajes artísticos premodernistas y de las mentalidades «arcaicas». Lo han hecho al ocuparse de todo ello como si fueran restos agonizantes, por no decir reliquias, en medio de unas sociedades civiles y políticas modernizantes. Han exagerado enormemente la decadencia de la tierra, del noble y del campesino; la contracción de las manufacturas y el comercio tradicionales, de los burgueses provinciales y de los trabajadores artesanales; la derogación de los reyes, las noblezas militar y de toga y las cámaras altas; el debilitamiento de las religiones organizadas y la atrofia de la alta cultura clásica. En la medida en que los historiadores económicos, políticos y sociales reconocen alguna vitalidad a estos vestigios de un pasado moribundo, los presentan como si utilizaran esa vitalidad, o abusaran de ella, para retrasar, perturbar y complicar el crecimiento, finalmente inevitable, de la industrialización capitalista, la nivelación social y la liberalización política. Con ese mismo ánimo teleológico, los historiadores culturales han estudiado los logros de las vanguardias artísticas, al mismo tiempo que desechaban desdeñosamente las culturas académicas por considerarlas agotadas y por obstruir la marcha preordenada hacia el modernismo.

A fin de reconstruir la matriz histórica que dio origen a la crisis general y a la Guerra de los Treinta Años del siglo XX, quizá sea necesario reconcebir, y quizá incluso invertir totalmente esa imagen de un mundo moderno que impera sobre un antiguo orden en retroceso y descomposición. En todo caso, la tesis de este libro es que los elementos «premodernos» no eran los restos decadentes y frágiles de un pasado prácticamente desaparecido, sino la esencia misma de las sociedades civiles y políticas presentes en Europa. Ello no significa negar la importancia cada vez mayor de las fuerzas modernas que socavaban y desafiaban al antiguo orden. De lo que se trata es de aducir que hasta 1914 las fuerzas de la inercia y la resistencia contuvieron y frenaron a esa sociedad nueva, dinámica y expansiva en el seno de los *Anciens Régimes* que dominaban el paisaje histórico de Europa.

No existen categorías exentas de valores con las que ocuparse de esa realidad. Por una parte, el hablar de la Europa de la época como si fuera ante todo premoderna, preindustrial y preburguesa equivale a apoyar la opinión, al menos implícitamente, de que las fuerzas del progreso estaban a punto de heredar el mundo. Por otra parte, el referirse a Europa como un *Ancien Régime* o una sociedad cuasifeudal equivale a ratificar la hipótesis de que las fuerzas de la perseverancia estaban a punto de derrumbarse. Evidentemente esas imágenes y etiquetas tienen una inferencia retrospectiva, y el optar por una en lugar de la otra es en sí mismo un juicio histórico. No obstante, en un libro en el que se aspira a estudiar y reevaluar las dimensiones de «lo antiguo» en Europa entre 1848 y 1914, no se puede evitar el aplicar y refinar conceptos como los de *Ancien Régime* y feudalismo.

Los antiguos regímenes de Europa eran sociedades civiles y políticas con poderes, tradiciones, costumbres y convenciones bien claros. Precisamente porque eran unos sistemas sociales, económicos y culturales tan íntegros y coherentes, tenían una extraordinaria flexibilidad. Incluso en Francia, donde entre 1789 y 1793 se declaró el fallecimiento legal del *Ancien Régime,* éste siguió saliendo violentamente a la superficie y continuó existiendo en muchas formas durante más de un siglo. Claro que Europa no era una entidad única. Existían enormes variantes nacionales y regionales en cuanto a la economía, la estructura social, la tradición jurídica y la visión mental, y no se pueden pasar por alto ni minimizar esas singularidades históricas. Sin embargo, en su apogeo y en su extensión perdurable hasta tiempos modernos, el *Ancien Régime* era claramente un fenómeno paneuropeo.

La sociedad civil del antiguo orden estaba formada ante todo por una economía campesina y una sociedad rural dominadas por nobllezas hereditarias y privilegiadas. Salvo unos cuantos banqueros, comerciantes y armadores, las grandes fortunas y rentas se basaban en la tierra. En toda Europa, las noblezas terratenientes ocupaban el primer lugar no sólo en términos económicos, sociales y culturales, sino también en el terreno político.

De hecho, la sociedad política era la piedra angular de aquella sociedad agraria de estamentos. En todas partes adoptaba la forma de sistemas absolutistas de autoridad con diferentes grados de ilustración y encabezados por monarcas autoritarios. Las coronas reinaban y gobernaban con el apoyo de familias reales extendidas y de partidos de la corte, así como de ministros, generales y burócratas dóciles.

La Iglesia era otro componente y columna vital del *Ancien Régime.* Estrechamente vinculada tanto a la corona como a la nobleza, tenía, al igual que ellas, sus raíces en la tierra, que era su principal fuente de ingresos. El alto clero tenía un origen social distinguido,

ejercía una vasta influencia y gozaba de importantes exenciones fiscales y jurídicas. Como gran institución empresarial, la Iglesia ejercía una influencia considerable mediante su cuasimonopolio de la enseñanza y de los servicios sociales y su control exclusivo de los ritos sagrados del nacimiento, el matrimonio y la muerte.

Todo el régimen estaba empapado de la herencia del feudalismo que se supone había expirado con la Edad Media y que por fin se declaró «totalmente abolido» en Francia en agosto de 1789. Como el término «feudalismo» sigue siendo polémico en los debates sobre la historia medieval y de comienzos de la Edad Moderna, todavía habrá de ser más polémico en el estudio de la historia moderna y contemporánea. Según Marc Bloch, ninguna región de Europa tuvo jamás una sociedad «completamente» feudal, y las diferentes partes de Europa se feudalizaron en diversas medidas y a diferentes ritmos. Pero Bloch también destacaba que pese a las grandes diversidades en cuanto a forma, intensidad, espacio y tiempo, las sociedades feudales europeas compartían características comunes importantes: el fraccionamiento del Estado central en feudos; los vínculos de dependencia personal, de protección y de herencia implantados en la propiedad y la explotación de la tierra; la «obligación honrosa de portar armas» reservada a los estamentos o los vasallos superiores, y la enorme desigualdad social y política favorable a una pequeña oligarquía de terratenientes, guerreros y clérigos. El régimen feudal, predecesor del *Ancien Régime*, se caracterizaba por una forma concreta de propiedad, a menudo por la servidumbre y siempre por el pago de rentas feudales y señoriales. Este sistema de producción, que se basaba en la sumisión jurídica y la explotación económica de una enorme subclase, estaba incorporado en una estructura compleja de instituciones sociales y políticas.

Con el renacimiento del Estado territorial y el desarrollo de la idea de la soberanía política, la autoridad monárquica puso fin al feudalismo político y militar. Las dinastías reivindicaron el monopolio de la coerción, mandaron ejércitos permanentes en expansión y burocracias centralizadas leales a la corona. Además lograron la independencia fiscal necesaria para pagar aquel aparato estatal grande y creciente sin ceder demasiado a la nobleza.

En la medida en que el poder político, jurídico y militar guardaba estrecha relación con la posesión de tierras, el primero entró en decadencia a mucha mayor velocidad y más a fondo que la segunda. El régimen señorial que perduró dejó una honda huella en el Antiguo Régimen al perpetuar a los nobles privilegiados, que ensalzaban y se arrogaban la ética de la lealtad personal, el ejercicio de las virtudes marciales y el deber de la administración pública. Claro

que esta nobleza se veía políticamente disminuida por la pérdida de la autoridad jurídica y administrativa directa y exclusiva sobre la tierra y los trabajadores y por las modificaciones de la organización y la técnica militares. De todos modos, como los nobles no se vieron privados de sus intereses en la propiedad de la tierra, en la agricultura y en la elaboración de productos primarios, elementos que dominaban la vida económica hasta 1914, mantuvieron su riqueza y su posición social. Además, al mismo tiempo que la nobleza de espada elaboraba un *modus vivendi* con la corona, infundió en toda la nobleza de servicios al Estado, tanto de toga como militar, sus preceptos de siempre. De hecho, los propios reyes quedaron imbuidos de aquella arrogancia noble. Al ver que sus propios tronos estaban vinculados a la sociedad jerárquica de estamentos, fomentaron económica y socialmente aquella sociedad civil. Al mismo tiempo, aunque los monarcas absolutos privaron a los nobles y los señores de su autoridad política y militar soberana, los asimilaron en su aparato estatal. El resultado fue que al saturar el aparato estatal, y en particular a sus funcionarios de origen no noble, con sus propios preceptos, y al ocupar puestos clave en los nuevos ejércitos y las nuevas burocracias, los nobles quedaron compensados de la pérdida de poder político privado. La nobleza también contaba con estrechos contactos con la Iglesia, cuyo personal superior era de alta cuna y cuya riqueza, igual que la de los mismos nobles, seguía siendo de origen abrumadoramente agrario.

Es evidente, pues, que el feudalismo dotó al antiguo orden europeo de mucho más que un mero integumento de tradiciones, costumbres y mentalidades de clase alta. Penetró en los *Anciens Régimes* mediante la nobleza, que ocupaba posiciones que le permitían monopolizar puestos económicos, militares, burocráticos y culturales de importancia estratégica. Aquellos nobles postfeudales reajustaron sus vínculos de dependencia, herencia y ennoblecimiento para reflejar y realzar su posición privilegiada en las clases dirigentes y gobernantes de los nuevos estados territoriales. Claro que la configuración y el carácter represivo de aquella prolongación del feudalismo variaba según los países y las regiones. Las desemejanzas entre la Europa al este y al oeste del Elba se hicieron enormes. Sobre todo en Rusia y en Prusia, pero también en Hungría y en el sur de Italia, de hecho las prestaciones en trabajo y la servidumbre legal se intensificaron antes de ir desapareciendo gradualmente. En casi todo el resto de Europa, los nobles terratenientes se hicieron postfeudales en términos económicos al ir adoptando métodos capitalistas de producción agrícola y de explotación de la tierra. Pero, a pesar de ese crecimiento del

capitalismo en el campo, la nobleza siguió impregnando de su espíritu feudal a la alta sociedad, la alta cultura y la alta política.

Las economías europeas aportaban el material en que se basaba esta continuación de la preeminencia de las noblezas terrateniente, militar y de toga. La tierra siguió siendo la principal forma de riqueza y de rentas de las clases dirigentes y gobernantes hasta 1914. Y no es menos importante el hecho de que la manufactura para el consumo siguiese constituyendo una parte mayor de la riqueza nacional, el producto y empleo que la producción de bienes de capital. Así ocurría incluso en Inglaterra, donde la importancia económica de la agricultura se había reducido drásticamente, y en Alemania, que experimentó un aumento espectacular del desarrollo industrial entre 1871 y 1914. En toda Europa, las explotaciones agrícolas pequeñas e intermedias, que eran propiedad de familias y estaban financiadas y administradas por ellas, predominaban sobre los sectores manufacturero y comercial de las economías nacionales. Aquel capitalismo empresarial engendró una burguesía que, en el mejor de los casos, era protonacional. Como clase, esa burguesía compartía intereses económicos, pero su cohesión social y política era limitada. Esa burguesía manufacturera y mercantil no podía medirse con la nobleza terrateniente en cuanto a clase, posición social ni poder. Claro que en el último tercio del siglo XIX el crecimiento de las industrias de bienes de producción con gran densidad de capital dio origen a una burguesía industrial. Pero, además de seguir teniendo una importancia económica limitada hasta 1914, aquellos magnates de la industria y sus homólogos de la banca empresarial y las profesiones liberales estaban más dispuestos a colaborar con los agrarios y con las clases gobernantes ya establecidas que con la burguesía más antigua de manufactureros, comerciantes y banqueros.

Igual que no existió una sociedad feudal completa ni modélica, tampoco hubo un *ancien régime* postfeudal o preindustrial arquetípico. Inglaterra era una de sus variantes. Aunque la economía de Inglaterra estaba dominada por el capitalismo manufacturero y mercantil, la aristocracia siguió siendo dominante. Ello se debió a que la tierra siguió siendo la principal fuente de riqueza y de rentas pese a la contracción radical de la agricultura británica a lo largo del siglo XIX. Dicho en otros términos, la monarquía y la élite terrateniente domesticaron la industrialización de Inglaterra sin sucumbir a ella.

No cabe negar que la agricultura británica quedó eliminada como «principal actividad social», y que el poder de la nobleza terrateniente se vio transformado. Pero incluso después de dar esos pasos por la vía democrática hacia la modernidad, Inglaterra jamás se convirtió

en un «orden burgués» dirigido por una burguesía «conquistadora» o «triunfante». Claro que la Cámara de los Comunes, elegida por un electorado masculino en expansión, controlaba el poder ejecutivo y en ella estaban representados los intereses burgueses regionales y locales. Pero no se produjo ningún movimiento para abolir la corona, la corte real, la Cámara de los Lores ni la nobleza de toga por adscripción. Pese a la decadencia de la agricultura y pese a la seguridad insular, que obviaba la necesidad de una casta militar fuerte, las clases terratenientes lograron perpetuar ese orden político y esa cultura «arcaicos».

Las grandes potencias continentales, salvo Francia, no gozaban de ninguna de las ventajas de la Gran Bretaña: las élites terratenientes estaban intactas, la agricultura seguía siendo una importante actividad social, y la inseguridad de las fronteras justificaba la arrogancia militar de reyes y nobles. Ello explica, en parte, el motivo de que Rusia, Austria-Hungría y Alemania persistieran como monarquías absolutas.

Francia fue la única de las grandes potencias que se convirtió definitivamente en república en 1875. Pero salvo que ya no había rey y que ahora estaba gobernada por una clase política *petite bourgeoise,* Francia siguió en el mismo tono que el resto del continente, con su economía dominada por la agricultura y las manufacturas tradicionales. Resulta irónico que un exceso de democracia agraria y política impidiese la industrialización de Francia, sobre todo a partir del advenimiento de la segunda revolución industrial a fines del siglo XIX. Si Francia se convirtió en una «república desganada en constante crisis», fue porque su burguesía era demasiado débil y estaba demasiado dividida para imprimirle firmeza.

En todo caso, para 1914 ni Inglaterra ni Francia se habían convertido en sociedades civiles y políticas industrial-capitalistas y burguesas. Sus políticas estaban tan «obviamente pasadas de moda» y «tercamente preocupadas por su longevidad» como las comunidades políticas de las otras cuatro grandes potencias. Todas eran, por igual, *anciens régimes* basados en la continuación del predominio de élites terratenientes, de la agricultura o de ambas cosas.

Como advirtió con tanta claridad Joseph Schumpeter, salvo en Francia, los reyes seguían siendo las «piezas centrales» de origen divino de los sistemas europeos de autoridad. Su posición era feudal, tanto en «el sentido histórico [como en el] sociológico», debido en gran parte a que «el material humano de la sociedad feudal» seguía «ocupando los cargos del Estado y los mandos del ejército y estableciendo la política». Aunque los procesos capitalistas, tanto nacionales como internacionales, generaban una parte cada vez mayor de los

ingresos estatales —para el «Estado recaudador de impuestos»—, el elemento feudal siguió siendo una «*clase dirigente*» que actuaba «conforme a pautas precapitalistas». Aunque las clases altas establecidas tenían en cuenta los «intereses burgueses» y aprovechaban las «posibilidades económicas que brindaba el capitalismo», actuaban con gran cuidado para «distanciarse de la burguesía». Esta actitud no era un «atavismo..., sino una *simbiosis activa* de dos estratos sociales», en la cual las antiguas élites mantenían su primacía política, social y cultural. A cambio, dejaban a la burguesía que hiciera dinero y pagara impuestos. A juicio de Schumpeter, incluso en Inglaterra «el elemento aristocrático siguió dominando el cotarro *hasta el final mismo del período de capitalismo intacto y vital*».

Al contrelar lo que Schumpeter calificaba de «marco de acero» o de «motor político» del *Ancien Régime,* los elementos feudales se hallaban en situación de establecer las condiciones para la implantación del capitalismo manufacturero e industrial, de modo que le hacían ponerse al servicio de sus propios intereses. Obligaron a la industria a encajar en las estructuras sociales, de clase e ideológicas preexistentes. Debe reconocerse que el capitalismo industrial, en ese proceso, deformó esas estructuras y las puso en tensión, pero no tanto como para dejarlas irreconocibles ni llevarlas al punto de ruptura. La antigua clase gobernante era al mismo tiempo resistente y flexible. Gozaba del apoyo de las noblezas y los intereses, que con toda razón consideraban el marco de acero del *Ancien Régime* como armadura protectora de sus posiciones privilegiadas, pero en peligro. Además, los gestores del Estado se ganaron la lealtad de la burguesía al fomentar o salvaguardar sus intereses económicos con contratos estatales, aranceles proteccionistas y preferencias coloniales.

Si los elementos feudales de la sociedad, tanto política como civil, perpetuaron su dominación con tanta eficacia, ello se debió en gran medida a que sabían adaptarse y renovarse. Las noblezas de toga y militar absorbieron a herederos competentes y ambiciosos de los negocios y de las profesiones liberales, aunque actuaron cautelosamente para regular estrictamente esta infusión de sangre y talento nuevos. Los recién llegados tenían que ir a las escuelas de la élite, empaparse de su ética colectiva y demostrar su lealtad al antiguo orden como condición previa al ascenso. Además, los puestos más altos de la burocracia estatal y de los servicios militares siguieron estando reservados a las personas de alta cuna y cuya asimilación estaba demostrada.

Los magnates terratenientes no fueron menos hábiles en su reajuste a la evolución de los tiempos. Sobre todo, absorbieron y practicaron los principios del capitalismo y de la política de intereses sin derogar, no obstante, su visión aristocrática del mundo, su porte ni

sus relaciones. Algunos propietarios nobles se dedicaron a mejorar sus tierras. Otros combinaron la explotación racionalizada del suelo y de la mano de obra agraria con actividades de molinería, destilería, cervecería y lechería en gran escala. Y otros se dedicaron a extraer madera, carbón y minerales de sus tierras y a invertir en empresas industriales. Además, todos aprendieron por igual a recurrir a la política de presión y de partido, para proteger o promover sus intereses. La clase terrateniente asumió cada vez más los atributos de clase y de conciencia de clase, y actuó en consecuencia.

Por lo general, se considera que esta adaptación generalizada y polifacética es una prueba de la desnobilización y desaristocratización del antiguo orden, del *embourgeoisement,* o aburguesamiento, inevitable, aunque gradual, de las clases dirigentes y gobernantes de Europa. Pero existe otra forma de contemplar este reajuste. Igual que la industrialización se injertó en unas estructuras sociales y políticas preestablecidas, así los elementos feudales conciliaron su comportamiento burocrático y económico racionalizado con su praxis social y cultural y su visión del mundo preexistentes. Dicho en otros términos, las antiguas élites sabían muy bien ingerir, adaptar y asimilar de forma selectiva las nuevas ideas y prácticas, sin poner en grave peligro su posición social, su temperamento ni sus ideas tradicionales. Cualesquiera fuesen la dilución y el rebajamiento de la nobleza, fueron graduales y benignos.

Aquel reajuste prudente y circunscrito se vio facilitado por el ansia de cooptación y ennoblecimiento de la burguesía. Mientras que la nobleza era experta en adaptaciones, lo que hacía bien la burguesía era practicar la emulación. A lo largo del siglo XIX y principios del XX, los *grandes bourgeoises* no hicieron más que negarse a sí mismos al imitar y apropiarse los modales de la nobleza con la esperanza de trepar hasta su altura. Los grandes del comercio y las finanzas se compraban fincas rústicas, se construían mansiones en el campo, mandaban a sus hijos a las escuelas superiores de la élite y asumían poses y formas de vida aristocráticas. También se esforzaban por penetrar en círculos aristocráticos y de la corte y por entrar por matrimonio en la nobleza titulada. Por último, aunque no en orden de importancia, solicitaban condecoraciones y, sobre todo, patentes de nobleza. Aquellos barones aristocratizantes de la industria y el comercio no eran simplemente unos advenedizos o unos arribistas cursis que se sometieran y adularan para conseguir honores fatuos de la clase ociosa parasitaria de un orden antiguo en decadencia. Por el contrario, su obsequiosidad era muy práctica y consecuente. Los burgueses intentaban ascender socialmente por motivos de interés económico, de posición social y de beneficio psíquico. Además, y no es menos impor-

tante, al autorrepudiarse a fin de conseguir el ingreso en el sector dominante más antiguo, los burgueses aristocratizantes socavaron su propia formación como clase y su adquisición de conciencia de clase y aceptaron y prolongaron su subordinación en la «simbiosis activa de los dos estratos sociales».

Pero también se produjo otro resultado. Como parte de su esfuerzo por escalar la pirámide social y demostrar su lealtad política, los burgueses hicieron suya la alta cultura historicista y defendieron las instituciones hegemónicas dominadas por las antiguas élites. El resultado fue que reforzaron las formas de expresión, las convenciones y los símbolos clásicos y académicos en las artes y las letras, en lugar de alentar los impulsos modernistas. Los burgueses se dejaron atrapar en un sistema cultural y educativo que robustecía y reproducía el *Ancien Régime*. Al hacerlo, menoscabaron sus propias posibilidades de inspirar la concepción de una estética y una intelección nuevas.

De hecho, los burgueses que se autorrepudiaban figuraban entre los campeones más entusiastas de la arquitectura, la escultura, la pintura y las artes interpretativas más tradicionales. Aquella alta cultura clásica contaba con un formidable apoyo estatal. Las academias, los conservatorios y los museos impartían formación y daban acceso a carreras y a premios oficiales. Los gobiernos financiaban la mayor parte de esas instituciones, hacían encargos y patrocinaban actividades artísticas individuales y colectivas. Las iglesias y las universidades formaban parte de aquel gigantesco edificio hegemónico.

Pero el decir que las convenciones y las formas de expresión de la alta cultura siguieron siendo tradicionales y clásicas no significa que fueran arcaicas ni estuvieran muertas. En la medida en que Europa era un antiguo orden, su alta cultura oficial era congruente con él. Cabría incluso decir que algunos de los mejores logros culturales de Europa eran, y seguían siendo, «inseparables del medio del absolutismo, de la injusticia social extrema, incluso de la enorme violencia, en que prosperaron». No cabe duda, a juzgar por la tendencia a la duplicación formalista, a la decoración excesiva y a la monumentalización, de que algunas de las artes se estaban esclerotizando y se quedaban rezagadas respecto de su época. Pero por falsos y torpes que fueran los resultados culturales, no por ello eran menos eficaces. Desde luego, las culturas oficiales no estaban a punto de verse subvertidas ni derrocadas por las vanguardias modernistas que constantemente se asimilaban, se desactivaban y se veían derrotadas.

Es probable que las mentalidades de las élites europeas estuvieran todavía más desfasadas respecto de los progresos económicos que su vida social y cultural. En todo caso, su visión del mundo cambiaba con gran lentitud, y quizá fuera lo más revelador de cómo continuaban

implantadas esas élites en el Antiguo Régimen al que seguían siendo leales. Las clases gobernantes, en las cuales era especialmente conspicuo el elemento feudal, estaban totalmente saturadas de valores y actitudes nobiliarios. Su visión del mundo era consecuente con una sociedad imperiosa y jerárquica, y no con una sociedad liberal y democrática.

En el decenio de 1780 una reacción aristocrática en defensa de los privilegios fiscales, sociales y burocráticos se convirtió en una causa importante, quizá decisiva, básica e inmediata, de la Revolución Francesa, el primer acto del derrumbamiento del *Ancien Régimen* europeo. En aquella época, las noblezas laica y clerical se resistieron a toda nueva pérdida de control sobre la sociedad política, que había llegado a ser un escudo cada vez más imprescindible de su situación privilegiada. Análogamente, entre 1905 y 1914, las viejas élites procedieron a reafirmar e intensificar su dominio político a fin de reforzar su preeminencia material, social y cultural. Al hacerlo, agravaron las tensiones internas e internacionales que produjeron la Gran Guerra, que inició el último acto de la disolución del antiguo orden en Europa.

Capítulo 1

LAS ECONOMIAS

La perduración de la tierra, la agricultura y las manufacturas

Hasta 1914, Europa era sobre todo preindustrial y preburguesa, pues sus sociedades civiles tenían profundas raíces en economías agrícolas, de manufacturas de consumo y de pequeño comercio con gran densidad de mano de obra. Hay que reconocer que el capitalismo industrial y sus formaciones de clase, sobre todo la burguesía y el proletariado fabril, hicieron grandes progresos, especialmente a partir de 1890. Pero no estaban en condiciones de desafiar ni de sustituir a las tenaces estructuras económicas y de clase del capitalismo preexistente.

Incluso en Europa occidental y central la economía seguía estando dominada por el capitalismo mercantil y manufacturero, mientras que el capitalismo monopolista, financiero o industrial organizado no se hallaba más que en su primera fase de crecimiento. Eso significaba que los comerciantes y los banqueros cosmopolitas, junto con los manufactureros locales, seguían teniendo más peso que los propietarios y los directores de la gran industria y de la banca empresarial.

Aunque el progreso de las técnicas de producción era prodigioso y constante, el proceso y el ritmo del crecimiento económico eran espasmódicos y desiguales. La primera revolución industrial llegó a su climaterio tecnológico y económico en partes de la Europa occidental y central a fines del siglo XIX, cuando iniciaba su fase infantil la segunda revolución industrial. Pero ello no significa que para entonces estuviera estancándose o desintegrándose el capitalismo mercantil y manufacturero, nacional, regional ni localmente. Aunque algunas de

sus ramas experimentaron una baja de la producción y de las tasas de beneficios, otras ramas se mantuvieron o siguieron en expansión. En general, el capitalismo de la primera revolución industrial no sólo permaneció robusto durante la transición al nuevo capitalismo de la segunda, sino que además fomentó esa transición y se benefició de ella.

La crisis económica prolongada, pero ni mucho menos generalizada, que duró desde mediados del decenio de 1870 a mediados del de 1890, no constituyó tanto una divisoria entre el capitalismo antiguo y el nuevo como un costoso catalizador de la interpenetración inicial de ambos. Y tampoco inauguró aquella crisis una era de «conflictos cada vez más agudos entre el crecimiento de la capacidad productiva y la rentabilidad de las empresas». Aunque el nuevo capitalismo se estableció en forma de centros semiautónomos de crecimiento en el interior de las estructuras económicas existentes y ayudó a poner fin a la persistente crisis económica, no estaba en condiciones de hacerse con los mandos de la economía política de Europa. En el cuarto de siglo transcurrido entre 1890 y 1914, ni siquiera la economía alemana cayó bajo el control de sus grandes empresas industriales y financieras interconectadas. De hecho, parecería que para 1914 el capitalismo monopolista y financiero se hallaba más bien en su fase inicial que en la más alta o última. Claro que se habían producido un crecimiento y una concentración industriales considerables y rápidos. Aun así, el nuevo capitalismo no «sustituyó» al antiguo a principios del nuevo siglo, y tampoco se «transformó» el capitalismo en un imperialismo impulsado por las exportaciones de capital en lugar de las exportaciones de mercancías.

No fue sólo el crecimiento del capitalismo industrial, sino que también la contracción de los sectores económicos «premodernos» avanzó de forma muy gradual. El resultado fue que la agricultura y las manufacturas para el consumo siguieron siendo más importantes que el sector de bienes de capital, debido en gran medida a que los intereses agrarios y manufactureros más importantes adaptaron magistralmente las nuevas técnicas de producción y también tuvieron gran éxito en el logro de apoyo estatal que aliviara su decadencia económica relativa. Pese a los impresionantes progresos del nuevo capitalismo, entre 1848 y 1914 la agricultura, el suelo urbano y las manufacturas para el consumo siguieron aportando las bases materiales fundamentales de los *anciens régimes* europeos.

Salvo en el Reino Unido, el sector agrícola ocupaba a una parte mayor de la fuerza de trabajo, y generaba también una proporción mayor del producto nacional bruto que ningún otro sector. Además, salvo en Francia —y especialmente en Inglaterra—, los latifundios ocupaban un lugar supremo, fuera en forma de explotación directa

o de arrendamiento de tierras contra el pago de una renta en metálico, o de aparcerías. Además, en todos los países la propiedad de tierras seguía siendo, sin excepción, la forma principal de riqueza personal y la principal fuente de ingresos personales, debido también al aumento de los valores del suelo urbano en las ciudades. Es cierto que, si bien la agricultura y la tierra siguieron siendo las que ocupaban los primeros lugares en términos absolutos, iban perdiendo terreno relativamente ante la industria y el capital móvil. Pero eso no significa que el estamento terrateniente ni los señores postfeudales estuvieran a punto de derrumbarse. En particular, los grandes magnates lograban más que defenderse. Aunque en algunas zonas compraron las tierras de la pequeña nobleza tambaleante a precios ventajosos, en otras obtuvieron enormes beneficios gracias al aumento de los valores de la tierra. Además, muchos de los grandes propietarios se dedicaron a mejorar sus tierras. Racionalizaron la gestión de éstas, se dedicaron a la elaboración de alimentos y a la explotación de la madera y diversificaron su capital mediante inversiones en fincas urbanas y empresas comerciales. Por último, aunque no en orden de importancia, especialmente en tiempos de adversidad económica, los grandes propietarios lograron conseguir aranceles, tipos de interés, subvenciones y regímenes fiscales favorables, gracias a sus estrechos vínculos con el elemento feudal del Gobierno. Lo más frecuente era que obtuvieran esos favores del Gobierno mediante su colaboración con los portavoces de las manufacturas tradicionales de consumo y con los de la naciente industria pesada, que también reclamaban ayuda del Estado.

En todos los aspectos importantes, el sector manufacturero venía detrás de la agricultura, salvo en la Gran Bretaña, donde ocupaba el primer lugar desde mediados de siglo. Ese sector estaba formado sobre todo por cuatro ramas de producción de bienes de consumo: productos textiles y prendas de vestir, elaboración de alimentos, cuero (comprendido el calzado) y madera (especialmente muebles). La tecnología de las manufacturas de consumo era la de la primera revolución industrial, sobre todo la aplicación del carbón y el vapor, así como la disponibilidad cada vez mayor de hierro y acero y de transportes por ferrocarril. Aquel amplio sector económico comprendía, sobre todo, empresas de una sola unidad formadas por talleres pequeños con gran densidad de mano de obra e instalaciones de tamaño intermedio (por debajo del nivel de la fábrica), con personal formado por artesanos y obreros no especializados que utilizaban una maquinaria sencilla de escaso consumo de energía. Dada su capitalización relativamente baja, la mayor parte de las empresas manufactureras eran de propiedad, financiación y gestión familiar. En cuanto a las formaciones de clase de este capitalismo empresarial anterior a

las grandes sociedades anónimas, los propietarios de los pequeños talleres formaban la columna vertebral de la clase media baja independiente. A su vez, los propietarios de las instalaciones intermedias y grandes, especialmente en el ramo de los textiles y en la elaboración de alimentos, constituían una burguesía predominantemente local y provincial, más que nacional y cosmopolita. Esa burguesía, que comprendía a los banqueros comerciales y privados, actuaba menos como clase social con un amplio proyecto político y cultural que como grupo de intereses y de presión en búsqueda de objetivos económicos.

Por su parte, el sector de bienes de capital era como un archipiélago rodeado por inmensos océanos de agricultura y de manufactura tradicional. Paradójicamente, ese sector se había iniciado, en realidad, durante la larga recesión de 1873 a 1896, y en 1914 seguía sin tener más que un ámbito limitado. En aquellos cuatro decenios se presenció el comienzo de la segunda revolución industrial con su química orgánica y sus productos sintéticos, su energía eléctrica, turbinas, metales de combustión interna, metales no ferrosos y aleaciones especiales, así como con la simplificación del tratamiento del mineral de hierro. Esas innovaciones de la técnica, las fuentes de energía y los materiales fueron de la mano con el crecimiento de las empresas gigantes, algunas de las cuales crearon sus propios laboratorios de investigación.

Ese sector dinámico y puntero de la industria de bienes de producción se centraba en la industria del hierro y del acero, que se había hecho enorme, así como en la metalurgia y la fabricación de maquinaria, la construcción de vehículos y los productos químicos. En esos cuatro ramos se dio la mayor concentración de las empresas multi-unitarias que tenían grandes fábricas con maquinaria especializada y consumidora de mucha energía, manejadas por una fuerza de trabajo de artesanos y proletarios fabriles. La producción con gran densidad de capital que aumentaba la eficiencia marginal de la mano de obra exigía una escala de inversiones que superaba las capacidades financieras de la empresa familiar. Hubo incluso empresas controladas por familias que se convirtieron en avanzadillas del capitalismo de sociedades anónimas y consejos de administración que dio origen a una burguesía empresarial con una perspectiva nacional y con vínculos cada vez más estrechos con los bancos de inversiones y con el Gobierno. Dada su gran capitalización, las industrias minera y ferroviaria deberían contarse como parte del complejo capitalista de sociedades anónimas que espoleó la segunda revolución industrial.

Resulta curioso que la burguesía nacional ascendente del capitalismo industrial fuera todavía en menor medida una clase social «para sí misma», con sus propios objetivos e intereses, que la burguesía local y parroquial de las manufacturas tradicionales. En toda Europa,

los magnates y los «barones ladrones» de la industria y sus acompañantes (subordinados) de la clase media profesional solicitaban una ayuda estatal indispensable de unos gobiernos que seguían estando dominados por clases gobernantes preindustriales y preburguesas. Según Joseph Schumpeter, existía una compensación sistemática: a cambio de ventajas económicas, la burguesía apoyaba a los «elementos feudales... [que] ocupaban los cargos del Estado, los mandos del ejército [y] establecían la política». La nueva burguesía nacional, por su parte, conseguía aranceles, ventajas en materia de códigos jurídicos y políticas laborales. A su vez, la vieja clase gobernante contaba con los industriales y los banqueros para ayudar a modernizar sobre todo los sectores de la economía del *Ancien Régime* relacionados con la guerra, sin reivindicar una participación independiente en la política ni en la cultura.

A juicio de Thorstein Veblen, esa amalgama de «la ciencia mecánica más reciente y... la industria mecánica» con los elementos feudales dentro y fuera del Gobierno era la característica quintaesencial del segundo imperio alemán. Veblen insistía, con toda razón, en que si el Antiguo Régimen de Alemania había logrado asimilar la ciencia y la industria capitalistas se debía únicamente a que estaba tan «seguramente instalado en los intereses y los ideales tradicionales de los gobernantes dinásticos y las clases privilegiadas». De hecho, eran esos elementos ancestrales los que «ampliaron la dominación y mejoraron la eficacia» del antiguo orden al facilitar el «progreso técnico», indispensable para la industria y el comercio en gran escala, así como para «el material y la estrategia bélicos, que se habían hecho mayores y más caros».

Se ha de reconocer que el Japón de la restauración Meiji era el único país que poseía una oligarquía gobernante tan apta para dominar las artes industriales en favor de un *Ancien Régime* como los margraves inveterados de la Alemania imperial. Pero también las clases gobernantes tradicionales de otras naciones europeas, incluida Inglaterra, injertaron el capitalismo industrial en unas estructuras sociales y culturales heredadas. Lo hicieron con unos métodos y unas consecuencias cuyas diferencias eran más bien de grado que de género.

Por su parte, el sector terciario consistía en unas finanzas y un comercio interior y exterior en pequeña escala. Claro que también había unos cuantos bancos, empresas comerciales y de transporte marítimo y seguros en gran escala. Como la Gran Bretaña dependía desde hacía mucho tiempo del comercio internacional, era la nación más importante, indiscutiblemente, en ese sector, y la City de Londres era un baluarte y un símbolo destacado de esa supremacía. Sin embargo, incluso Inglaterra siguió siendo una nación de pequeños comerciantes,

al igual que todas las demás naciones europeas. En especial, los sectores del comercio al por menor y los servicios estaban dominados por los pequeños empresarios. En cuanto al movimiento de mercancías, espacio ocupado y personal, los grandes almacenes y las cadenas de tiendas de las principales ciudades no tenían más que una importancia marginal. También en las actividades de venta al por mayor, las importaciones y la exportación, lo normal era que las empresas fueran pequeñas. Análogamente, en las finanzas el terreno estaba ocupado por bancos modestos, aunque las necesidades de capital de la industria pesada estimularon el crecimiento de unos cuantos bancos de inversión grandes en régimen de sociedad anónima.

En resumen, todavía incluso en 1914, las sociedades civiles de los antiguos regímenes de Europa distaban mucho de ser capitalistas-industriales y *grandes bourgeoises*. En unas economías que seguían siendo mixtas o duales, la agricultura de los grandes terratenientes, en contracción gradual, la manufactura para el consumo y el pequeño comercio siguieron estando muy por encima de una producción de bienes de capital, una banca de inversión y una comercialización en gran escala que se ampliaban de manera conspicua, pero lenta. El hablar de los sectores económicos dominantes de Europa como si fueran residuos anticuados es deformar la realidad, pues aquellas supervivencias eran tan masivas como vigorosas. Aunque fueron cediendo y perdiendo terreno económico gradualmente ante el nuevo capitalismo de las sociedades anónimas, las noblezas terrateniente, militar y de toga mantuvieron su hegemonía social y cultural en las capitales y en el campo, mientras la burguesía mercantil reivindicaba la codeterminación en las ciudades manufactureras y portuarias. A su vez, esa continuación del predominio social y cultural mantuvo la dominación de las antiguas élites sobre el Estado que las ayudaba a contener su decadencia económica a largo plazo y a aliviar los perjuicios del ciclo económico.

Pese a su contracción en su contribución al empleo, el ingreso y la riqueza nacionales, en 1914 la agricultura seguía siendo todavía el principal sector de la mayor parte de las economías europeas. Se ha de reconocer que en el Reino Unido la agricultura sólo representaba el 12 por 100 de la fuerza de trabajo activa, el 9 por 100 del ingreso nacional y el 15 por 100 de la riqueza nacional. Pero en el Continente, ocupaba un lugar muchísimo más vital. En el imperio zarista, el 66 por 100 como mínimo del empleo total correspondía a la agricultura, y más del 80 por 100 de la población vivía en zonas rurales. Además, la agricultura aportaba el 35 por 100 del ingreso nacional de Rusia, el 45 por 100 de su riqueza nacional y más del 70 por 100

de sus exportaciones, pues Rusia era el mayor exportador de cereales del mundo. En Francia, entre el 40 y el 45 por 100 de la población activa estaba ocupada en la tierra, y ésta generaba entre el 30 y el 35 por 100 del ingreso nacional, o sea, aproximadamente el 40 por 100 del producto nacional total. Pero incluso en el Imperio Alemán, que estaba en la vanguardia de la industrialización y la urbanización, en 1907 el 40 por 100 de la población seguía viviendo en aldeas y pueblos de menos de 10.000 habitantes, y el 40 por 100 de la fuerza de trabajo laboreaba la tierra para producir el 20 por 100 del ingreso nacional.

Si se contempla con una lente de gran angular, el Continente era una sociedad de terratenientes y campesinos agrupados en torno a aglomeraciones rurales que iban desde villorrios diminutos de menos de 100 habitantes hasta agropueblos con poblaciones de 5.000 a 10.000 almas. Huelga decir que no todos los campesinos, ni mucho menos, eran pequeños terratenientes. De hecho, había legiones de campesinos que arrendaban o cultivaban en régimen de aparcería las tierras que trabajaban, o si no, eran jornaleros agrícolas sin tierras, o casi. En consecuencia, estaban en manos de los grandes terratenientes, que capitalizaban el exceso de oferta de mano de obra rural, creado simultáneamente por el crecimiento demográfico y por la «desindustrialización» del campo, para imponer su control explotador de la economía agrícola. Además, al ampliar sus intereses a la cervecería, la molinería y las destilerías, los magnates terratenientes reforzaban su poderío económico sobre el campesinado independiente orientado hacia el mercado.

Pese a su condición material y social abyecta, y de hecho debido a ella, la masa de los campesinos seguía siendo dócil. Claro que también hubo *jacqueries* rurales en Rusia antes y después del levantamiento de 1905, y en el valle del Po, en Italia, hubo huelgas intermitentes de jornaleros agrícolas a principios de siglo. Pero aquellas insurgencias no sirvieron sino para dramatizar la sumisión resignada del campesinado europeo superexplotado, además de la decisión y la capacidad de los grandes terratenientes y sus aliados políticos para reprimir las rebeliones populares.

De hecho, los grandes terratenientes, entre ellos los agroempresarios, eran los principales defensores económicos y sociales del *Ancien Régime*. Las grandes fincas rústicas no sólo eran la fuente principal de las enormes rentas y riqueza de las élites agrarias, sino también la de su desproporcionado prestigio social, su preeminencia cultural y su influencia política. En todos los aspectos, incluido su número y su riqueza, los agrarios siguieron estando por encima de los magnates industriales y de las profesiones liberales.

Incluso en Inglaterra, la élite terrateniente siguió teniendo más importancia de lo que induciría a pensar la contracción del sector agrícola. En 1873 había 2.500 personas con propiedades de por lo menos 800 hectáreas que poseían el 42 por 100 de las tierras de Inglaterra y Gales, mientras que 3.500 personas, cada una de las cuales poseía por lo menos 4.000 hectáreas, eran propietarias del 66 por 100 de las tierras de Escocia. Había 7.000 personas que monopolizaban el 80 por 100 del total de tierras de propiedad privada del Reino Unido. El Duque de Sutherland poseía más de 400.000 hectáreas, muchas de ellas de calidad marginal; el Conde de Breadalbane y el Duque de Buccleuch tenían cada uno 160.000 hectáreas; los duques de Devonshire, Northumberland y Atholl, casi 80.000 hectáreas cada uno, y los condes de Balfour, Derby y Moray, unas 26.000 hectáreas cada uno. Sólo los 525 pares de las Islas Británicas poseían unos 6 millones de hectáreas: 28 duques poseían 1.600.000 hectáreas; 33 marqueses, 640.000 hectáreas; 194 condes, 2.360.000 hectáreas; 270 vizcondes y barones, 1.520.000 hectáreas. Además, 1.000 miembros de la nobleza menor poseían entre 1.200 y 4.000 hectáreas, y unos 2.000 caballeros, entre 400 y 1.200 hectáreas. Tras tener en cuenta las ventas de tierras y las reducciones de las fincas en los cuarenta y cinco años transcurridos hasta 1914, unas 4.000 personas seguían poseyendo el 50 por 100 de todas las tierras de propiedad privada del Reino Unido. La mayoría de aquellos magnates pertenecía a la grande o la pequeña nobleza, y el tamaño medio de sus posesiones era de 1.600 hectáreas. Había 1.500 miembros de aquella élite terrateniente que poseían por término medio 3.200 hectáreas, o sea, el 40 por 100 del total.

Debe añadirse que el valor de muchas de aquellas propiedades se veía realzado por contener considerables propiedades urbanas o reservas minerales. Los duques de Bedford, Norfolk y Westminster, el Marqués de Salisbury y los lores Ebury, Kensington y Southampton tenían extensas fincas en Londres, mientras que los duques de Newcastle y Northumberland, el Marqués de Bute, los condes de Scarborough y Radnor y los lores St. Levan y Plymouth tenían importantes propiedades en otras ciudades o cerca de ellas. Tres de aquellos duques y tres de aquellos lores tenían además yacimientos de minerales, sobre todo de carbón y de mineral de hierro, al igual que el Duque de Leeds, los condes de Fitzwilliam, Abingdon y Crawford, y los lores Bathurst, Dynevor, Leconfield, Loudoun, Mowbray, Rosslyn, Shrewsbury y Stanhope.

Aquellas grandes propiedades permitían a la grande y la pequeña nobleza del campo inglés eclipsar y subordinar a la élite empresarial de las ciudades. Huelga decir que aquella aristocracia postfeudal también tenía unas hondas raíces sociales, culturales y políticas, pero esas

raíces se habrían atrofiado mucho antes si no hubieran estado tan sólidamente implantadas en sus fincas. Además, e independientemente de su aportación al ingreso nacional y a la renta, muchos de los 2,2 millones de trabajadores varones agrícolas daban a la élite terrateniente de Inglaterra un apoyo electoral fiable y vital.

A la élite agraria de Alemania no le resultaba difícil medirse con la de Inglaterra. No es que en Alemania no hubiera fincas pequeñas e intermedias, pues en 1907 había 5,5 millones de propiedades individuales de entre una y 20 hectáreas que abarcaban una superficie cultivable de 15.600.000 hectáreas. Pero también había 286.000 propiedades de más de 20 hectáreas que cubrían en total 22.800.000 hectáreas, y unas 3.000 personas poseían casi el 15 por 100 de la superficie cultivada de Alemania.

Entre los grandes propietarios, la nobleza ocupaba el primer lugar. Poseía 5.400.000 hectáreas, divididas casi por igual entre tierras cultivables y bosques. En el oeste, el sur y el centro de Alemania, más del 50 por 100 de esas tierras cultivables se arrendaban, en gran parte a pequeños campesinos, que ocupaban respectivamente el 25 por 100 de ellas en el oeste, el 18 por 100 en el sur y el 5 por 100 en el centro. En cambio, en las provincias orientales sólo se arrendaba el 20 por 100 de las tierras de los nobles, y menos del 10 por 100 estaban arrendadas a pequeños campesinos.

Sobre todo, había 23.566 fincas de más de 100 hectáreas que cubrían el 23 por 100, aproximadamente, de la superficie cultivada de Alemania, y de aquellas fincas, 19.117 estaban concentradas en Prusia. Unas 3.500 de aquellas fincas cerealeras de Prusia tenían más de 500 hectáreas, y el número de propiedades de más de 5.000 hectáreas era de unas 125. La nobleza poseía casi todos los latifundios, y entre 1895 y 1912 la superficie cubierta por fincas vinculadas pasó de 2.080.000 hectáreas a 2 480.000.

Guillermo de Hohenzollern, en su calidad de mayor terrateniente de Alemania, poseía casi 100.000 hectáreas, tres cuartas partes de cuya superficie eran bosques. Los cinco mayores terratenientes después del Emperador poseían cada uno entre 28.000 y 48.000 hectáreas, o sea, por término medio unos 40.000 hectáreas. Eran el Príncipe de Hohenlohe-Oehringen, el Príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen, el Príncipe de Solms-Baruth, el Conde von Stolberg-Wernigerode y el Duque de Ratibor. Entre tanto, el sistema de voto a tres niveles daba a la aristocracia territorial postfeudal, y en particular a los junkers de la Elbia oriental, el control político de Prusia y, por conducto de Prusia, del resto de Alemania.

En el conjunto de la Doble Monarquía había por lo menos dos docenas de familias aristocráticas que poseían más de 100.000 hectá-

reas cada una. En la mitad austríaca, las más notables eran las de los Schwarzenberg y los Liechtenstein. En total, había 230 fincas de más de 5.000 hectáreas en Cisleithania. Sólo en Bohemia, unos 500 propietarios poseían 1.480.000 hectáreas. En la Bohemia meridional, el Príncipe de Schwarzenberg era el señor de un pequeño reino de 144.000 hectáreas, en el que no faltaban docenas de parroquias y de iglesias. En sus tierras había una docena de castillos, el mismo número de fábricas de cerveza, casi cien lecherías, dos ingenios de azúcar, veinte aserraderos y varias empresas de minería. En Silesia, en Moravia y en la Baja Austria una docena aproximadamente de grandes propietarios poseía el 20, el 11 y el 9 por 100, respectivamente, de la superficie cultivable de sus provincias. En toda Austria los principales terratenientes eran nobles. En la medida en que la burguesía adquiría tierras, más que grandes fincas productivas adquiría casas de campo. Hacia fines de siglo, casi el 60 por 100 de la fuerza de trabajo activa trabajaba en la tierra, y el sector agrario dominado por los terratenientes, incluidos los bosques, generaba más del 30 por 100 del producto nacional de Austria.

En Transleithania, donde los magyares representaban menos del 50 por 100 de la población, eran enormes latifundistas, incluso conforme a criterios europeos. Por otra parte, la pequeña nobleza terrateniente, con propiedades de 100 a 400 hectáreas, se redujo de unas 30.000 personas en 1848 a 10.000 en 1914. Pero en aquel mismo período el número de magnates nobles aumentó en forma muy considerable, pues avanzó mucho a expensas de aquella pequeña nobleza en decadencia. Para 1910, unos 6.000 propietarios señoriales y eclesiásticos, con unas propiedades medias de 500 hectáreas, controlaban el 40 por 100 de la superficie cultivable, y 4.000 propietarios poseían el 33 por 100, aproximadamente, de todas las tierras cultivables. Había incluso 175 latifundios de más de 5.000 hectáreas que cubrían casi el 20 por 100 de la superficie cultivada de propiedad privada de Hungría. Sólo la familia Esterházy poseía casi 400.000 hectáreas, y la seguían las familias Andrássy, Károly y Schönborn. Tales eran la rentabilidad y el prestigio de la posesión de tierras que los grandes hombres de negocios y los profesionales ricos de Hungría, entre ellos varios judíos, compraron tierras en gran escala. Entre tanto, 2,5 millones de pequeños terratenientes se veían limitados al 30 por 100 de la superficie cultivable. Además, 1,5 millones de jornaleros agrícolas, o sea, casi el 20 por 100 de la fuerza de trabajo activa, trabajaban por un salario de subsistencia en una economía en la cual la agricultura constituía el medio de vida del 65 por 100 de la población, y los productos primarios agrícolas representaban el 50 por 100 del total de las exportaciones de Transleithania.

La Rusia zarista no sólo era un país de mujiks sin tierras, de pequeños terratenientes y de kulaks, sino también de grandes agrarios, entre los cuales predominaba la nobleza, aunque entre 1861 y 1914 el número de terratenientes nobles se redujo en un 25 por 100, y las tierras de su propiedad disminuyeron en casi un 45 por 100. Además, de los aproximadamente 100.000 terratenientes nobles, casi 50.000 tenían fincas de menos de 108 hectáreas. Pero la otra mitad de los propietarios nobles poseía el 97 por 100 de los 40.000.0000 de hectáreas de tierras nobiliarias, que seguían abarcando más del 50 por 100 de las tierras de propiedad privada de la Rusia europea. Lo que resulta todavía más impresionante es que apenas un 10 por 100 de la nobleza agraria con propiedades de más de 1.080 hectáreas poseía el 75 por 100 del total de las tierras. Había, incluso, 155 supermagnates cuyas posesiones agrarias tenían por término medio 108.000 hectáreas y abarcaban el 33 por 100 de todas las tierras propiedad de nobles. Entre aquellos latifundistas gigantescos figuraban el Conde A. D. Sheremetev, con 29 fincas que sumaban 240.000 hectáreas, su hermano el Conde S. D. Sheremetev, con 26 fincas que abarcaban 160.000 hectáreas, y la Princesa Z. N. Yusupova, con 21 fincas que abarcaban 232.000 hectáreas.

En resumen, hasta 1905 la nobleza era la que predominaba entre los grandes terratenientes, con casi el 70 por 100 de todas las posesiones de más de 108 hectáreas y un porcentaje mucho más alto del total de fincas de más de 1.080. Pero en contraste con la Alemania al este del Elba, en la mayor parte de la Rusia europea, tres cuartas partes, por lo menos, de la tierra cultivable no la explotaban los propietarios, sino que se arrendaban a campesinos, en su mayor parte por una renta en metálico.

Inmediatamente después de la Revolución de 1905 se produjo un aumento de las ventas anuales de tierras por los nobles. Pero esas ventas disminuyeron en cuanto se reestabilizó la sociedad civil y política, y el precio de la tierra subió mucho, y siguió subiendo hasta 1914. Ante la presión en pro de la reforma agraria en las dos primeras Dumas, la nobleza, dividida internamente, cerró filas en torno a la autocracia como baluarte esencial del *Ancien Régime*. Stolypin, afín al elemento terrateniente de la nobleza, revisó a mediados de 1907 la ley electoral para garantizar que en adelante la Duma fuera una cámara segura para el elemento terrateniente. El resultado fue que la neonata cámara baja rusa se convirtió en un freno al proyecto de reforma agraria del propio Stolypin, pese a lo moderado que era. Stolypin, que era miembro de la pequeña nobleza provinciana terrateniente, se proponía ampliar el número de campesinos pequeños y medios mediante la oferta de tierras imperiales y estatales para la venta,

y no mediante la expropiación ni la presión sobre las tierras nobiliarias y de la Iglesia. Además, al mismo tiempo que él y sus sucesores apoyaban a los «serenos y fuertes» kulaks o propietarios individuales contra los campesinos «débiles y borrachos», aumentaron la ayuda estatal en particular a los grandes terratenientes. Además de mantener elevados los aranceles y bajos los impuestos, el Gobierno autorizó la creación de un banco hipotecario rural especial para respaldar a los terratenientes nobles con créditos e hipotecas a buen precio.

Aunque Francia no era un país de enormes latifundistas ni latifundios, tampoco era una república de pequeños campesinos independientes y acomodados. Había seis millones de pequeños propietarios de menos de una hectárea, muchos de ellos propietarios de meros puñados de tierra, que estaban al borde de la pobreza, incluso después de complementar sus ingresos con el trabajo como jornaleros. En 1906, las pequeñas propiedades de entre una y 10 hectáreas representaban el 75 por 100 de todas las unidades de producción. Pero aquellas unidades no cubrían más que el 23 por 100 del total de tierras cultivables, con una superficie media de menos de cinco hectáreas, y más de la mitad de ellas eran propiedades familiares en las que no se contrataba a jornaleros. En resumen, los minifundios de menos de 10 hectáreas, que cubrían el 30 por 100 de la superficie cultivable, representaban el 84 por 100 del total de unidades de producción, y el 76 por 100 de ellos los explotaban familias que contaban, como mucho, con la ayuda de un *journalier* o *domestique*. Además, como aquellos campesinos no eran necesariamente los propietarios de toda la tierra que cultivaban, cuanto mayores eran las unidades de producción de esta categoría, mayor era la superficie arrendada a los grandes terratenientes por una renta en metálico o por una parte de la cosecha.

Es evidente, pues, que en la Tercera República los terratenientes medianos y grandes, que eran muchos menos que los pequeños, poseían y explotaban la mayor parte de las tierras cultivables. Mientras que los minifundistas y los pequeños terratenientes con una a 10 hectáreas laboreaban el 75 por 100 del total de explotaciones agrícolas y ocupaban el 23 por 100 de la superficie cultivada, los campesinos medios, con 10 a 40 hectáreas, explotaban apenas el 20 por 100 de las unidades, pero ocupaban más del 30 por 100 de la superficie. Además, aunque las propiedades de más de 40 hectáreas, con 160 hectáreas por término medio, abarcaban entre el 40 y el 50 por 100 de las tierras cultivadas, no representaban sino el 4 por 100 del total de unidades de producción. Esa categoría comprendía incluso 17.000 propiedades de más de 200 hectáreas que ocupaban el 15 por 100 de las tierras.

No cabe duda de que una parte considerable de aquellas grandes propiedades se hallaban en bosques y en tierras relativamente estériles. Pero aun así formaban el sector principal de la agricultura comercial, que comprendía 45.000 unidades de explotación en las que trabajaban de 6 a 50 jornaleros, entre ellas 8.000 unidades con más de 10 trabajadores. Aquella agricultura capitalista en gran escala se especializaba en la producción de cereales y remolacha azucarera al norte del Loira (sobre todo en la Isla de Francia, la Picardía y el Artois), en la viticultura en el sur (Languedoc, la Provenza) y en la ganadería en las praderas del oeste. Dada su concentración en unos cuantos departamentos y su estrecha vinculación con la elaboración y la distribución de alimentos en gran escala, aquel sector agrícola avanzado tenía mucho peso, no sólo en términos económicos, sino también políticos, y el elemento noble desempeñaba un importante papel en él.

En Italia, el 60 por 100 aproximadamente de la población activa trabajaba en la agricultura, la silvicultura y la pesca, que generaban casi el 50 por 100 del producto interno bruto. El 80 por 100 de la fuerza de trabajo agraria no poseía prácticamente tierras, y el 54 por 100 eran jornaleros eventuales. Los grandes terratenientes poseían la mayor parte de las tierras fértiles, y muchos de ellos arrendaban sus tierras en lugar de explotarlas ellos mismos. El Mezzogiorno estaba dominado por grandes latifundios de centenares de hectáreas, sobre todo en Calabria y en Sicilia. En Calabria, dos quintas partes de los terratenientes eran propietarios absentistas, y de los casi 800 propietarios que poseían un tercio de Sicilia, dos tercios por lo menos no eran residentes en la isla. Lo más frecuente era que los magnates del sur fueran nobles, muchos de los cuales habían adquirido sus títulos a principios del siglo XIX. En Roma y sus alrededores, la familia Borghese poseía casi 220 kilómetros cuadrados de tierras, y unas cuantas grandes familias más poseían unas seis veces esa superficie; el resto era propiedad de la Iglesia.

En la provincia de Bolonia, el centro del capitalismo agrario fuera del sur, de 200 a 300 terratenientes poseían 63.000 hectáreas de un total de 93.000, o sea, el 66 por 100 de las mejores tierras. La mitad de esos grandes propietarios eran nobles, muchos de ellos herederos de familias antiguas. No sólo dominaban la economía, sino también la vida social, cultural y política de la provincia, comprendida la ciudad de Bolonia. En las demás provincias en que la propiedad de tierras y la agricultura estaban muy concentradas, la preeminencia de la nobleza era todavía mayor.

Como ya se ha señalado, muchos grandes terratenientes se diversificaban hacia actividades de negocios relacionados con la tierra y la

agricultura. Comercializaban la madera de sus bosques, así como el carbón y el hierro que se hallaban bajo la superficie de sus propiedades. Pero, sobre todo, se dedicaban a la refinación y la destilación de sus productos agrícolas y la fabricación de cerveza. En 1866, los magnates terratenientes poseían 80 de los 120 ingenios de azúcar de remolacha de Bohemia, que producían la mayor parte del azúcar de remolacha de Austria. Además, eran los propietarios de 500 de las 900 fábricas de cerveza, y de 300 de las 400 destilerías de Cisleithania. Análogamente, en la Rusia de 1914 los nobles terratenientes poseían 2.377 de las 2.978 destilerías que fabricaban las bebidas espirituosas del imperio.

En toda Europa, salvo en Francia, la inmensa mayoría de los grandes terratenientes pertenecían a la grande o la pequeña nobleza. Además de ejercer una influencia de gravitación sobre los terratenientes no nobles, aquella élite consagrada por el tiempo tenía muchas cosas que le daban cohesión, que iban más allá de un modo de producción y una fuente de riqueza comunes. Los propietarios nobles de cada país tenían los mismos orígenes, la misma educación, el mismo estilo de vida, la misma mentalidad, el mismo código de comportamiento y las mismas ideas políticas. En el campo no sólo eran señores de los trabajadores de sus fincas, sus arrendatarios y campesinos, sino también de los herreros, los artesanos, los tenderos, los profesionales y los clérigos. Tanto local como regionalmente ocupaban los principales puestos sociales, culturales y filantrópicos, y monopolizaban, controlaban o tenían gran peso en la sociedad política, también o especialmente en el centro.

Huelga decir que la nobleza terrateniente no era homogénea en cuanto a cuna, riqueza, posición social y visión del mundo. Cabe decir que tenía tres componentes principales: la nobleza cosmopolita rica de linaje dinástico y antiguo que vivía en las capitales; la nobleza menor con fincas grandes y famosas y con una visibilidad y una influencia a escala regional, y los caballeros acomodados o pobres de horizontes e importancia meramente locales. Pero cualesquiera fuesen sus diferencias en cuanto al linaje, riqueza, residencia y escala de influencia, las élites agrarias estaban unidas por unos intereses materiales y una visión del mundo comunes. Además, pese a sus conflictos internos de intereses y estrategia, las principales facciones del estamento terrateniente acababan por unirse para combatir en pro del mantenimiento de su preeminencia conjunta en la sociedad civil y política, especialmente en épocas de adversidad común.

Una de aquellas épocas fue la prolongada deflación de 1873 a 1896, que afectó a las actividades agrícolas clave, aunque fuera de modo desigual. Debido, en gran medida, a una inundación de cereales y carnes baratos procedentes de ultramar cayeron los precios, lo cual redujo los márgenes de beneficios y las rentas, al mismo tiempo que

elevaba los atrasos en las hipotecas y los pagos de rentas, así como el número de quiebras. Al mismo tiempo bajó el precio de las tierras, y muchas fincas se vendieron o se redujeron, especialmente las de los propietarios más pequeños y menos eficientes. El resultado fue que quienes ya eran grandes se hicieron todavía mayores, pues compraron muchas de las tierras baratas que inundaron el mercado. Aunque nunca se produjo un verdadero pánico, los grandes terratenientes en particular se volvieron muy aprensivos en cuanto al futuro de la agricultura y del valor de la tierra. Además, existía el temor adicional de que la crisis persistente de la agricultura acelerase su decadencia en relación con la industria.

Mientras los agrarios postfeudales, especialmente los que eran nobles, buscaban medios para detener aquella marea, descubrían o redescubrían la importancia cardinal de la política. Mientras que el pequeño campesinado estaba indefenso, las élites agrarias estaban en condiciones de utilizar su influencia desproporcionada sobre el aparato del Estado para conseguir ayuda gubernamental en forma de protección arancelaria, transportes subvencionados, créditos baratos y exenciones de impuestos. Como la recesión de los precios también afectaba a ramos importantes de la industria y las manufacturas, algunos elementos burgueses buscaron también la asistencia oficial. Cuando los agrarios se enfrentaron con los hombres de negocios, resultó evidente que en sus cabildeos los agrarios llevaban ventaja y conseguían los mayores beneficios. De hecho, la persistente contracción sectorial recordó bruscamente a la burguesía naciente que ella era, con mucho, el componente más débil de lo que Schumpeter calificaba de la «simbiosis activa de los dos estratos sociales». Aunque los agrarios no eran menos capitalistas que los industriales en términos económicos, dada su condición de terratenientes tenían un acceso privilegiado a los auxiliares feudales que «seguían ocupando los cargos del Estado y los mandos del ejército y estableciendo la política». Dicho en otros términos, los agrarios estaban más decididos que nunca a mantener una sociedad política que, al mismo tiempo que «tenía en cuenta los intereses burgueses», diese no obstante prioridad a la agricultura en gran escala, que era la base material de su elevada posición social y cultural.

En Alemania, aunque el arancel de 1879 consagró la colaboración entre los reyes del centeno y los del acero, también confirmó la subordinación política de la burguesía ascendente. Además, tras la caída de Bismarck, la eliminación en 1894 del Canciller General Conde von Caprivi reafirmó la determinación de los agrarios proteccionistas de no permitir dilución alguna del elemento feudalizante en la sociedad política, sobre todo en el poder ejecutivo del Gobierno imperial.

A partir de fines del decenio de 1870, los gobiernos de Italia, Austria-Hungría y Rusia también adoptaron aranceles proteccionistas, aunque básicamente en respuesta a la presión agraria, pues en esos países no había intereses industriales comparables a los de Alemania. En Italia y en Austria, y más especialmente en Francia, los agrarios colaboraban con los fabricantes de textiles. De hecho, fueron esos fabricantes, que protestaban contra la competencia extranjera y el libre cambio, quienes insistieron en un frente unido con los intereses terratenientes, cuando comprendieron que necesitaban los votos de la Francia rural para que el Parlamento aprobase las leyes arancelarias. Pero, a cambio, la agricultura francesa logró el arancel de Méline de 1892, exigido por un movimiento agrario mixto de grandes terratenientes y aristócratas postfeudales, cuyos principales portavoces eran el Marqués Élie de Dampierre, Le Trésor de La Rocque, el Conde de Chambrun y el Marqués Melchior de Vogüé. Dicho sea de paso, además de explotar grandes propiedades en Berry (al sur del Loira), que también valoraba por su magia ética y deferencial, Vogüé era miembro del Consejo de Administración de la Compañía de Suez y de Saint-Gobain.

Evidentemente, no se puede negar el impulso agrario a que se debió la reanudación o el aumento de la intervención estatal en la economía. Los grandes terratenientes y sus auxiliares, traumatizados por la gran caída de los precios, estaban por lo menos tan decididos como algunos grandes fabricantes e industriales a limitar el librecambio, tanto más cuanto que ellos tenían mucho más en juego y eran mucho más vulnerables. En consecuencia, organizaron grupos de presión y de influencia, ligas campesinas y partidos, o facciones dentro de partidos, con el fin de adquirir más fuerza en sus tratos concretos con elementos burgueses y con ministros del Gobierno y de mantener su preeminencia en la sociedad política en general, especialmente en previsión de tiempos difíciles más adelante. Incluso los aristócratas terratenientes más altivos apoyaron, o al menos toleraron, este paso de una política deferencial a una política de interés, de clase y plebeya.

El abstraer los acontecimientos agrícolas de su contexto histórico y exponerlos con cifras agregadas es fomentar una lectura gravemente errónea de los *Anciens Régimes*. No se puede minimizar la relativa decadencia económica de la agricultura ante el crecimiento gradual de la industria. Pero, salvo en Inglaterra, la agricultura siguió siendo el sector económico mayor y de más peso hasta 1914, e incluso en Inglaterra, la concentración de la propiedad de la tierra siguió básicamente sin disminuir. A su vez, la amplitud, la magnitud y las condiciones de explotación del mundo de terratenientes y campesinos perpetuaron la primacía de las fuerzas preindustriales cuyos afines polí-

ticos eran quienes en 1914 podían apretar los botones de la guerra, o estaban cerca de ellos.

* * *

No sólo se deforma el perfil económico de Europa cuando se pasan por alto los latifundios al hablar de agricultura, sino también cuando se minimiza la manufactura de consumo en relación con la producción de bienes de capital. En todos los aspectos importantes, hasta 1914 la manufactura de consumo superaba a la industria de bienes de capital en el sector no agrario de cada economía nacional, y también en el comercio internacional. Como ya se ha señalado, la manufactura de consumo tenía cuatro ramos principales: elaboración de alimentos, cuero y calzado, productos textiles y prendas de vestir, madera y muebles. Ese sector estaba dominado por pequeñas empresas de una sola unidad. Esas empresas, de propiedad y gestión familiar al viejo estilo, tenían una gran densidad de mano de obra y utilizaban máquinas sencillas y de escaso consumo de energía.

El mundo de los talleres y los artesanos, centrado en las ciudades medianas más antiguas y en torno a ellas, eclipsaba a las fábricas y la mano de obra proletaria de los centros urbanos más recientes y las zonas industriales en cuanto a fuerza de trabajo, capitalización y valor de su producción. Paradójicamente, el crecimiento de la producción fabril y de las ciudades benefició a los trabajadores artesanales y los talleres, al estimular la demanda de bienes y servicios que estos últimos eran los únicos que podían ofrecer, especialmente la demanda de vivienda, alimentos, vestuario y maquinaria de precisión. Dicho en otros términos, si bien no cabe duda de que algunos ramos de la manufactura tradicional se estancaron o se contrajeron, otros prosperaron y se ampliaron. Aunque el mundo de los talleres y los artesanos tenía una tasa de crecimiento más lenta que los principales ramos de la industria de bienes de capital, en general lograba más que meramente defenderse. Otro motivo de que la producción para el consumo pudiera resistir tan bien era su considerable capacidad de adaptación. Especialmente en el textil, las nuevas máquinas desplazaron a innumerables hiladores y tejedores a mano, y el trabajo a domicilio o en talleres desapareció ante las fábricas con su material costoso y de grandes dimensiones. Aun así, el textil siguió perteneciendo al sector de la manufactura tradicional: las grandes fábricas siguieron siendo de propiedad y gestión familiar, la mayor parte de sus máquinas las accionaba mano de obra femenina y no proletaria, y consideraban que su mercado principal eran los pequeños intermediarios, comerciantes al por mayor y fabricantes de prendas de vestir. Algo muy parecido

cabría decir de la elaboración de alimentos, salvo que en su caso eran pocas las mujeres empleadas en la fuerza de trabajo no especializada de refino de azúcar, molienda de harina, fabricación de cerveza y destilerías.

Las empresas en gran escala y con gran densidad de capital, con financiación externa a largo plazo y una fuerza de trabajo proletaria, siguieron siendo la clara excepción en el vasto sector manufacturero. La regla eran los pequeños industriales y los capitalistas familiares, que tenían pequeñas empresas con altas relaciones mano de obra/capital fijo. La mayor parte de la fuerza de trabajo estaba formada por artesanos que trabajaban a domicilio o en talleres de uno a cinco trabajadores, incluido el propietario. La inmensa mayoría de esas miniempresas pertenecía a familias de la localidad. Producían artículos básicos para la venta al campesinado de las tierras circundantes y a las clases intermedias de las ciudades, que eran más bien centros provincianos administrativos y de mercado que aglomeraciones modernas. En cuanto a la manufactura de artículos suntuarios, que ocupaba un lugar importante en la producción para el consumo, tendía a centrarse en ciudades más importantes, incluidas las capitales, y también se concentraba en talleres pequeños e intermedios, y no en grandes fábricas.

Desde luego, los gigantes de la manufactura no podían compararse con los gigantes de la agricultura y el suelo urbano en cuanto a cifras y riqueza, por no hablar de posición social. Las desventajas de aquellas grandes familias capitalistas se veían agravadas por su incapacidad para establecer sobre la multitud de empresarios minúsculos, pequeños e intermedios la misma influencia política y social que ejercían los grandes agrarios sobre el vasto y complejo campesinado. Además, los magnates de la manufactura de consumo solían estar enfrentados con sus homólogos del sector de bienes de capital, fisura que los agrarios explotaban en su propio beneficio.

En cuanto a los artesanos, aunque seguían siendo el elemento dominante de la clase trabajadora, se veían acosados por las tensiones y las tiranteces de la modernización capitalista. Enfrentados con grandes cambios en los métodos de producción y distribución, los artesanos tenían que luchar con todas sus fuerzas para mantener su autonomía, sus especialidades, su posición social y su nivel de vida. Y eso que, numéricamente, no sólo eran muchos, sino cada vez más. Pero, al contrario que los trabajadores de las industrias de bienes de capital, extractivas y ferroviarias, que se estaban organizando sindicalmente, los artesanos siguieron divididos por especialidades. Celosos de su independencia personal y profesional, a los artesanos les resultaba difícil elaborar instrumentos y estrategias de defensa que ocupa-

ran el lugar de los gremios y de las salvaguardias legales que, es de suponer, de tanto les habían servido en otras épocas difíciles.

En 1911, las manufacturas británicas de consumo y las industrias de bienes de capital, sumadas, absorbían aproximadamente el 38 por 100 de una población activa de 18 millones de personas, o sea, un total de 7 millones de trabajadores. Los 2.100.000 trabajadores, o sea, el 30 por 100 de esta fuerza de trabajo total, que estaban empleados en el metal, la maquinaria, los vehículos y los productos químicos contribuían aproximadamente con el 24 por 100 del producto total neto. En comparación, el sector de la manufactura tenía mucha más importancia. Claro que la madera y los muebles, junto con el cuero, no tenían más que 450.000 trabajadores y un 3,3 por 100 del producto neto. Pero los textiles, las prendas de vestir y la elaboración de alimentos tenían 3.900.000 trabajadores, o sea, el 47,5 por 100 de la fuerza de trabajo en la manufactura y la industria, y generaban el 41 por 100 del producto neto. Sólo el millón y medio de trabajadores del textil aportaban casi el 16,5 por 100 del producto neto, mientras que los 1.260.000 trabajadores del ramo de prendas de vestir aportaban otro 8 por 100, hasta llegar a un total del 24,5 por 100.

Esto en una época en que los textiles por sí solos representaban el 38 por 100 de las exportaciones británicas, en su mayor parte en forma de piezas de algodón. Todavía en 1913, más del 85 por 100 de la producción de algodón y más del 85 por 100 de las piezas de lana se vendían en el extranjero, y el 43 por 100 de esas exportaciones se destinaban a la India. Dado ese gran mercado del paño producido en masa, no ha de sorprender que hubiera 10 empresas textiles entre las 50 mayores de Inglaterra (con una capitalización de más de 2.000.000 de libras esterlinas cada una). Aunque el porcentaje de la fuerza de trabajo femenina ocupada en el textil disminuyó del 22 por 100 en 1851 al 16 por 100 en 1911, la fuerza de trabajo en ese ramo —al igual que en el servicio doméstico— se estaba feminizando pese a todo. Mientras que el número de mujeres que trabajaban en el textil pasó de hecho de unas 635.000 a 870.000 después de mediados del siglo, el de trabajadores varones, que estaban más dispuestos a cooperar con el proletariado fabril organizado, bajó de 661.000 a 639.000.

La tendencia hacia las grandes dimensiones y la concentración, en parte mediante fusiones, era igualmente clara en la elaboración de alimentos, sobre todo en el ramo de la cerveza y las destilerías, que, en total, contaba con 17 de las mayores empresas de Inglaterra. De las 50 mayores empresas, sólo nueve no eran de manufacturas de consumo. Pero incluso en las grandes fábricas textiles y de elaboración de alimentos, los trabajadores siguieron resistiéndose a la sindicación

tanto como los trabajadores y las trabajadoras de los establecimientos menores del sector del consumo y los 900.000 trabajadores de oficinas del incomparable sector comercial británico, orientado hacia la exportación.

Si se dice que Inglaterra pasó gradual, pero constantemente, hacia el capitalismo industrial y financiero, a Alemania se la representa como si se hubiera lanzado a toda velocidad por la misma vía para alcanzar a la Gran Bretaña en 1914. De hecho, sólo 10 millones de trabajadores, sobre una población activa de 27 millones, o sea, el 30 por 100 aproximadamente, estaban empleados en la manufactura y la industria. Además, el sector de bienes de capital sólo daba empleo a 2.250.000 trabajadores, y ese 25 por 100 de la fuerza de trabajo combinada de la industria y la manufactura no aportaba más que el 25 por 100 del producto nacional neto. Aunque se incluya a la industria del carbón en el sector de bienes de capital, la manufactura tradicional seguía ocupando un lugar muy destacado.

Claro que la industria del metal, que comprendía la de maquinaria y la de construcción de vehículos, era en 1914 el ramo principal no agrícola en cuanto a empleo, capitalización y valor de producción. Con una fuerza de trabajo de 1.700.000 personas, o sea, menos del 7 por 100 de la población activa de Alemania, aportaba alrededor del 10 por 100 del producto neto. Pero un porcentaje considerable de aquellos metalúrgicos trabajaba en talleres y fábricas de menos de 50 trabajadores. Y muchos de ellos eran artesanos tradicionales, incluso en las mayores fábricas.

Además, todos los demás ramos que daban empleo a más de un millón de trabajadores se hallaban en el sector de consumo. Los de prendas de vestir y cuero sumados ocupaban a 1.600.000 trabajadores; el de elaboración de alimentos, a 1.300.000, y los textiles, a 1.100.000. Se ha de reconocer que de esos trabajadores del textil, 750.000, la mitad de ellos mujeres, trabajaban en fábricas con más de 51 trabajadores. Pero salvo en el textil, la manufactura de consumo estaba concentrada en unidades empresariales minúsculas, pequeñas e intermedias. En todo caso, las prendas de vestir, el cuero, los textiles y la elaboración de alimentos ocupaban en total a 4.000.000 de trabajadores. Para completar el cuadro de pequeñas empresas y de artesanía tradicional, hay que tener en cuenta otros dos ramos: el de la construcción, con 1.500.000 trabajadores, y el trabajo de la madera, comprendida la ebanistería, con una fuerza de trabajo de casi un millón de personas. En resumen había 6.500.000 trabajadores de ambos sexos en los cinco ramos principales de consumo, cada uno de los cuales empleaba a un millón o más de trabajadores.

El enorme sector de consumo explicaba, en gran parte, el que en Alemania se mantuviera la importancia de las empresas pequeñas y medianas. En 1907, el 90 por 100 del total de las empresas del sector manufacturero y el industrial combinados seguían empleando sólo a cinco o menos trabajadores. Aunque la fuerza de trabajo de esas pequeñas empresas se había reducido en un tercio desde 1875, seguía representando el 31,2 por 100 del total de la fuerza de trabajo en la manufactura y la industria. Al mismo tiempo, el 8,9 por 100 de las empresas que empleaban a entre seis y 50 trabajadores ocupaban al 57,6 por 100 de los asalariados en la manufactura y en la industria, y el 1,3 por 100 de las empresas con más de 50 empleados ocupaba al 42,4 por 100 restante (de 51 a 200: el 20,8 por 100; de 201 a 1.000: el 16,7 por 100; de más de 1.000: el 4,9 por 100). No cabe duda de que las industrias de bienes de producción representaban casi todas las 548 empresas con más de 1.000 trabajadores, con una fuerza de trabajo total de 1.300.000 personas. Pero, a la vez, el sector de consumo representaba una gran parte de las 26.700 empresas que ocupaban a entre 51 y 1.000 trabajadores, con una fuerza de trabajo total de 4.000.000 de personas.

En todo caso, no sólo siguió la manufactura de consumo alemana siendo muy superior a la producción de bienes de capital, sino que en ambos sectores las empresas medianas y pequeñas producían mucho más que las gigantescas sociedades anónimas. Si además se tienen en cuenta los sectores infladísimos del comercio al por menor y los servicios, los negocios de sociedades no anónimas, de las familias y la *petite bourgeoisie* adquieren todavía mayor relieve.

La manufactura de consumo siguió siendo preponderante en Francia, todavía más que en Inglaterra y Alemania, al igual que ocurrió con la pequeña empresa tradicional y familiar. En una economía con una agricultura y un pequeño comercio muy arraigados, hasta 1914 la manufactura y la industria sumadas ocupaban como mucho a 5.200.000 personas, o sea, el 25 por 100 de una población activa de 21 millones de personas.

Las prendas de vestir y otras manufacturas de paño eran el ramo más importante, con 1.600.000 asalariados, empleados por cuenta propia y trabajadores a domicilio. Aunque desde 1870 la industria textil había descendido al segundo lugar —entre la de prendas de vestir y la metalurgia—, seguía empleando a más de 900.000 trabajadores. Con la adición de los 325.000 trabajadores del cuero, especialmente en el calzado, sólo el sector relacionado con el vestuario representaba casi el 40 por 100 de la fuerza de trabajo total de la manufactura y la industria, con casi el 30 por 100 del producto neto y el 20 por 100 del producto nacional. Como, además, había 500.000 trabajadores

en la elaboración de alimentos y 700.000 en maderas y muebles, la manufactura de consumo estaba en una posición inexpugnable. Si además se cuentan los 555.000 trabajadores de la construcción, el componente principal del sector no agrario de la economía francesa ocupaba a 4.500.000 trabajadores, y creaba más del 40 por 100 del producto neto. En comparación, no había más que 850.000 asalariados en la metalurgia, o sea, el 13 por 100 de la fuerza de trabajo en la manufactura y la industria, y no generaban más que el 15 por 100 del producto neto. Incluso con la inclusión de 300.000 mineros y 300.000 ferroviarios y portuarios, este sector de bienes de capital ocupaba un puesto claramente subordinado.

Huelga decir que la extensión y la raigambre de la manufactura de consumo explicaba en gran parte la primacía absoluta de las pequeñas empresas y unidades de producción. De hecho, la Tercera República fue tanto una nación de pequeños talleres y artesanos como de pequeñas explotaciones agrícolas y campesinas, y quizá todavía más. Aunque en 1913 el número de *patrons* era un tercio menos que durante el imperio del segundo Napoleón, seguía habiendo dos «jefes» por cada cinco trabajadores, y el número de personas que pagaba la licencia *(patente)* de explotación de una tienda o un negocio aumentó de hecho en más de 500.000, hasta alcanzar un total de 2.300.000.

Dadas las veleidades de los censos franceses, estas cifras son, en el mejor de los casos, aproximadas. Pero no es posible minimizar la preponderancia de las pequeñas y medianas empresas en el sector manufacturero-industrial, y sobre todo en la producción de bienes de consumo, incluida la construcción, salvo por lo que respecta a unas cuantas grandes empresas especializadas en proyectos públicos. También en este caso los textiles, aunque no el vestuario, ocupaban un lugar destacado, pues unas 60 fábricas de hilados y tejidos daban empleo a entre 100 y 200 asalariados, aunque en el resto de los talleres de textiles y prendas de vestir la fuerza de trabajo era sobre todo femenina, y en consecuencia muy transitoria y juvenil.

Pero, con esa notable excepción, en especial la manufactura de consumo, tenía un gran número de empresas pequeñas y medianas, propiedad de *patrons* que las dirigían y que en su mayoría eran también sus propios vendedores. Si se suman la producción de consumo y la industrial, y sin contar a los empleados por cuenta propia sin ayudantes, había en total unas 610.000 empresas. De ellas, 530.000 tenían entre uno y cinco trabajadores, y 68.000 entre 6 y 50. Según otro cálculo, 9 de cada 10 empresas tenían menos de 10 asalariados y daban empleo a casi el 60 por 100 del total de la fuerza de trabajo industrial-manufacturera, mientras que el 72 por 100 de esa fuerza de trabajo estaba empleada en centros con menos de 50 trabajadores.

Naturalmente, Francia también tenía algunas fábricas más grandes. En total había 9.000 empresas con más de 50 asalariados. Más de 5.000 de ellas tenían entre 51 y 100 trabajadores, y 3.000 entre 101 y 500. También había 515 establecimientos de 501 a 5.000 trabajadores, y 13 gigantes con una nómina de más de 5.000. Pero la mayoría de aquellas grandes empresas se hallaban en las categorías atípicas de bienes de capital y minería. En todo caso, el sector de la producción de consumo estaba atiborrado de empresas cuyo tamaño iba del diminuto al intermedio, y muchas de esas empresas eran, como mucho, moderadamente eficientes. Además, sustentaban a una numerosa *petite bourgeoisie* de medios modestos y, en menor medida, a una burguesía empresarial próspera de horizontes más parroquiales que cosmopolitas. Evidentemente, la miríada conexa de pequeñas tiendas y pequeños servicios seguía inclinando la balanza del lado de la clase media baja.

En la mitad austríaca del Imperio de los Habsburgo, la manufactura y la industria ocupaban al 20 por 100 aproximadamente de la población activa la inmensa mayoría en la producción para el consumo. Sólo los textiles, comprendidas las prendas de vestir, y la elaboración de alimentos representaban el 53 por 100 del producto bruto industrial-manufacturero, y la metalurgia contribuía con sólo el 18 por 100. Además, con pocas excepciones, que en este caso comprendían algunas fábricas de cerveza y de textiles, las pequeñas empresas seguían dominando el sector de bienes de consumo. En 1912, el 75 por 100 de las 966.600 empresas del sector manufacturero-industrial sumado eran *Kleinbetriebe,* o pequeñas empresas. Además, había unos 5.300 gremios artesanales inscritos en Cisleithania, con 550.000 maestros, 500.000 oficiales y 174.000 aprendices.

A fin de siglo Viena llegó a tener 2.000.000 de habitantes. No era sólo una capital política, social y cultural chispeante, sino además el principal centro de la manufactura de consumo, incluido el suntuario, con una industria pesada en crecimiento en los distritos periféricos más nuevos. La ciudad tenía 56.000 empresas y 375.000 obreros, si se sumaban la manufactura y la industria. Por lo menos 116.000 de aquellos obreros se amontonaban en talleres que sólo tenían de uno a cinco asalariados, 50.000 en 6.800 talleres de seis a 10 asalariados y 34.500 en 2.500 talleres de 11 a 20 asalariados. Dicho en otros términos, más de 200.000 de los 375.000 obreros estaban empleados en las 53.800 sobre 56.000 empresas que tenían una fuerza de trabajo de 20 personas o menos. Además, había 70.000 obreros empleados en fábricas de tamaño intermedio, la mitad de ellos en 1.300 empresas con de 21 a 50 asalariados, la otra mitad en 450 empresas de 51 a 100. En cuanto a las *Grossbetriebe* o gran-

des empresas, sólo había 410 fábricas con de 100 a 1.000 obreros y una fuerza de trabajo de 92.000 personas, más de la mitad en unidades de 100 a 300 trabajadores. Las ocho fábricas con más de 1.000, que empleaban en total a 12.000 trabajadores, pertenecían al sector metalúrgico. Al igual que en todas las grandes ciudades, los pequeños empresarios dominaban el sector minorista y de distribución. Sólo el 15 por 100, es decir, 22.000 de los 142.000 empleados en este sector, trabajaban en los 153 sobre más de 50.000 establecimientos que tenían más de 50 empleados, y eso si se cuentan los 4.000 trabajadores del sistema de tranvías de Viena. Evidentemente, la capital de la Doble Monarquía era ante todo una ciudad de talleres pequeños y medianos y tiendas al por menor, y no una ciudad de grandes fábricas, grandes almacenes y grandes oficinas.

La mitad húngara de la Doble Monarquía tenía aproximadamente 1.200.000 trabajadores sobre una fuerza de trabajo activa de 9 millones. Mientras que el 29,5 por 100 aproximadamente eran artesanos independientes que no contrataban mano de obra, y el 33,4 por 100 estaban empleados en talleres con de uno a 20 trabajadores, aproximadamente el 37 por 100 trabajaba en fábricas de más de 20 trabajadores. En ambas mitades de la Doble Monarquía, las proporciones entre industrias de bienes de consumo y bienes de capital eran aproximadamente las mismas, pero dentro del sector de consumo, la elaboración de alimentos, y en especial la molinería, tenía casi el doble de importancia en la Hungría «dependiente» que en Austria, que exportaba textiles, prendas de vestir y otras manufacturas ligeras a la Transleithania.

En la Rusia zarista, hacia 1910 la manufactura y la industria, incluida la minería, daban empleo al 5 por 100 aproximadamente de la población económicamente activa y aportaban un 20 por 100 al ingreso nacional. Los textiles, comprendidas las prendas de vestir, y la elaboración de alimentos representaban el 30 por 100 y el 13 por 100, o sea, en total, el 43 por 100 de la fuerza de trabajo de este sector, y el 28 por 100 y el 22 por 100 respectivamente, o sea, en total el 50 por 100 del valor de su producción.

Las empresas pequeñas no sólo tenían la proporción mayor, y todavía en aumento, de la fuerza de trabajo, sino que además seguían generando un porcentaje considerable, aunque en disminución, del valor de la producción. En 1914, unos 2.000.000 de artesanos seguían trabajando en los pequeños talleres, o *artyels,* de la Rusia urbana, muchos de ellos en la zona autorizada para el asentamiento judío. Además, había entre 2 y 8 millones de productores precapitalistas y preindustriales a domicilio, o *kustars,* repartidos por el país, casi todos los cuales trabajaban en casa y utilizaban herramientas manua-

les. En términos de valor de producción, ese sector disperso de manufactura diminuta y pequeña contribuía entre una cuarta parte y un tercio del total del sector de productos de consumo y bienes de capital, y la manufactura artesanal atendía a la mayor parte de las necesidades de consumo de Rusia.

En Italia, el sector manufacturero y el industrial sumados no eran muy diferentes de Rusia, salvo que eran algo mayores. En 1911, la manufactura de consumo empleaba a 3.400.000, o algo más del 77 por 100, de los 4.400.000 trabajadores «industriales». En comparación, el sector de bienes de producción ocupaba sólo a unos 970.000 asalariados, o sea, algo más del 22 por 100. Los textiles y prendas de vestir sumados empleaban a más de 1.500.000 trabajadores, en su inmensa mayoría mujeres. Las industrias de bienes de consumo, comprendida la construcción, no sólo aportaban, con mucho, la mayor parte del empleo «industrial», sino que además perpetuaban la producción con gran densidad de mano de obra, de tipo artesanal, en talleres pequeños o, en el mejor de los casos, medianos. Como la mano de obra era un factor de producción relativamente barato, había pocos incentivos para que los patronos invirtieran en maquinaria que ahorrase mano de obra ni en la producción fabril. En todo caso, bastante más del 90 por 100 del total de empresas empleaban a cinco o menos trabajadores y daban empleo al 30 por 100 de la fuerza de trabajo total en la producción de bienes de consumo y de producción. Naturalmente, había unas cuantas fábricas grandes de acero y metalmecánicas, pero en total empleaban a relativamente pocos trabajadores, pese a la rápida tasa de crecimiento de la producción de bienes de capital entre 1896 y 1908.

Sin duda también había unos cuantos grandes empresarios y considerables fortunas en el sector italiano de bienes de consumo. Esos grandes de la manufactura se basaban sobre todo en grandes fábricas de textiles o de elaboración de alimentos en las grandes ciudades o cerca de ellas, sobre todo en el triángulo industrial del norte. Pero en ese sector eran infinitamente más frecuentes los propietarios-explotadores por cuenta propia, los maestros artesanos de los talleres en pequeña escala, y los *padroni* de las fábricas medianas. Y pertenecían más bien a la *piccola* que a la *grande borghesia,* con contactos limitados y escasa influencia en el mundo de la gran banca y el gran comercio.

En cuanto al sector de bienes de capital, pertenecía mucho más al futuro que al presente. A juzgar por la tasa de crecimiento del acero, los productos metalmecánicos y los químicos, junto con el

carbón y los transportes ferroviarios, la industria iba acortando la enorme distancia que la separaba de la agricultura y la manufactura. Pero aunque daban pasos de gigante, los bienes de producción seguían estando muy rezagados. Por su enormidad, su visibilidad y su novedad, unas pocas (relativamente) siderurgias y fábricas metalúrgicas daban la apariencia de dominar la espesa maleza de fincas y explotaciones agrícolas y de pequeños talleres y fábricas medianas. En realidad, según los países, en cuanto a importancia económica general las industrias de bienes de producción seguían en su adolescencia o su infancia. Además, la nueva industrialización estaba circunscrita geográficamente: las Midlands y el Lancashire; el Ruhr, el Sarre, la Alta Silesia y Berlín; el nordeste de Francia; Viena y Bohemia; San Petersburgo y la cuenca del Dónets; el norte de Italia; los grandes puertos.

En toda Europa el desarrollo industrial tenía que hallar un hueco en unas estructuras políticas, sociales y culturales de larga data. Hasta el mismo 1914, el capitalismo industrial y financiero, por no hablar de los gestores del capitalismo, siguió teniendo una importancia secundaria no sólo en términos económicos, incluida la economía internacional, sino también en términos de clase, posición social y poder. Aunque las ideas liberales estaban en auge, el capitalismo industrial jamás generó una fuerza material y social suficiente para desafiar con éxito y durante un cierto tiempo al *Ancien Régime* en pro de un orden burgués liberal. No se trataba únicamente de que los soportes económicos y sociales del liberalismo burgués siguieran siendo relativamente débiles y sumisos. Como ya se ha señalado, paradójicamente la segunda revolución industrial coincidió con la larga recesión de 1873 a 1896 y el nuevo imperialismo ultramarino. Esos acontecimientos, que no eran en absoluto inconexos, no sólo incitaron a los elementos feudales y antiliberales a reafirmarse, sobre todo en la sociedad política, y les permitieron hacerlo, sino que además impulsaron a facciones considerables de la nueva burguesía industrial a acercarse más a las antiguas clases dirigentes y gobernantes, en lugar de disputarles la supremacía.

Evidentemente, no todo se quedaba en meros indicios. De 1870 a 1914 se cuadruplicó la producción europea de arrabio. Entre 1893 y 1913, Inglaterra y Alemania aumentaron su producción de arrabio en un 50 por 100 y un 287 por 100, respectivamente; su producción de carbón en un 75 por 100 y un 159 por 100 y su producción de acero bruto en un 136 por 100 y un 522 por 100 (gracias, en gran parte, al procedimiento Bessemer). Claro que la tasa de crecimiento de Alemania no tenía igual, salvo en los Estados Unidos. En menos de veinte años, el Segundo Imperio cuadruplicó su producción de hierro y ace-

ro, de forma que para 1914 su producción era prácticamente igual a las de Inglaterra, Francia, Italia y los Países Bajos sumadas. Pero incluso Francia triplicó su producción de carbón y duplicó la de arrabio entre 1871 y 1913. Además, entre 1880 y 1913 Francia logró duplicar su producción de acero bruto, y lo hizo sin gozar de acceso directo a la mayor parte de los yacimientos de mineral de hierro de la Lorena. Análogamente, entre 1885 y 1914 la producción rusa de minerales de hierro se multiplicó por diez, de forma que el imperio zarista se puso a la altura de Francia y se convirtió en el cuarto productor de acero del mundo. También Italia y Austria-Hungría registraron unos progresos impresionantes en las industrias básicas.

Simultáneamente, y más en especial en el paso de un siglo a otro, empezó a estallar la segunda revolución industrial: la electricidad y las dínamos; el petróleo y el motor de combustión interna (el automóvil); la química y los productos sintéticos (tintes, nitrógeno, hidrogenación por carbón). La nueva tecnología de la física y la química espoleó al capitalismo financiero, de sociedades anónimas y de gestión en gran escala, en el sentido de que requería empresas capaces de producir con gran densidad de capital, consumo de energía y montaje en cadena.

Claro que fue el sector de bienes de capital el que generó las grandes empresas mediante expansiones o fusiones. Pero hasta 1914, el gigantismo estuvo limitado esencialmente al acero y la minería de carbón, en una época en que el carbón aportaba casi el 90 por 100 de la energía mundial. Evidentemente, el transporte ferroviario era el otro coloso, aunque, salvo en Inglaterra, gran parte de él era propiedad del Estado o estaba subvencionado o regentado por éste. El sector metalúrgico y metalmecánico, en rápida expansión (que comprendía la construcción de maquinaria), conservó muchas empresas pequeñas y medianas. En cuanto a las industrias de los vehículos a motor y química, hasta 1914 ocupaban un lugar bastante marginal. Mientras que la fabricación de automóviles era muy «artesanal» y se destinaba a un mercado suntuario y reducido, la producción química, pese a su gran densidad de capital y de energía, seguía siendo insignificante tanto en valor de producción como en cuanto a empleo.

Sin duda, las empresas industriales en gran escala estaban en plena expansión. Aun así, las avanzadillas del capitalismo financiero y de las sociedades anónimas eran como otros tantos enclaves que no sólo estaban rodeados por enormes sectores agrarios, sino por bosques de pequeños talleres y medianas empresas de capitalismo familiar, tanto en la producción de bienes de consumo como en la de bienes de capital. Además, muchas de las mayores empresas industriales, sobre todo en las industrias relacionadas con la guerra, dependían en

gran medida de unos gobiernos que estaban dominados o muy influidos por elementos agrarios o feudalizantes, o por ambos. El sector dirigente del capitalismo industrial no se acercaba en absoluto a lograr la primacía social o política, ni siquiera la paridad.

El Reino Unido tardó en formar su enclave de industria pesada y capitalismo de sociedades anónimas. Por haberse adelantado en la manufactura y el comercio de artículos de consumo tan básicos como los textiles y la ferretería, pagó el precio de que sus empresas se quedaran anticuadas, y además se vio perjudicado por el relativo descuido de la ciencia y la tecnología en que habían caído la clase dirigente y dominante de Inglaterra y sus escuelas superiores para la élite. Para 1914, el hierro y el acero, la maquinaria, los vehículos y los productos químicos sumados no daban empleo más que a dos millones de trabajadores, es decir, el 12 por 100 de una fuerza de trabajo total de 18 millones, o el 33 por 100 de los 6.200.000 trabajadores de las manufacturas y la industria. Este sector de bienes de producción representaba el 23 por 100 del producto neto, y generaba casi el 10 por 100 del ingreso nacional.

Hasta 1905, sólo 13 de las 50 mayores empresas de la Gran Bretaña se dedicaban a la producción de bienes de capital, y las 37 restantes a bienes de consumo. Nueve de los gigantes eran empresas del sector del hierro, el acero y el carbón muy activas en la construcción de buques y la producción de armamentos con financiación estatal (sobre todo, Vickers-Maxim y Armstrong). Pese a sus grandes dimensiones, esas empresas seguían estando controladas por familias, y pocas empresas de otras ramas de la industria podían medirse con ellas. Había casi 3.500 empresas de metalmecánica, con una fuerza total de trabajo de 600.000 personas. De las tres empresas químicas que figuraban entre las 50 principales, sólo una se especializaba en la nueva química (Brunner-Mond). En cuanto a la industria química como un todo, no ocupaba más que a 128.000 trabajadores, pero éstos generaban el 4,4 por 100 del producto nacional bruto.

De hecho, la minería de carbón y los transportes habían crecido con más rapidez que las demás industrias, pues el empleo en esos dos ramos se había cuadruplicado desde 1840. En 1913, el carbón representaba 1.200.000 empleos aproximadamente, el 6 por 100 del ingreso nacional, el 10 por 100 del valor total de las exportaciones y el 80 por 100 del total del tonelaje naviero, pues casi una tercera parte de la producción total de carbón se vendía al extranjero. El número de las empresas carboneras, menos concentradas y mecanizadas que las alemanas, era de 1.750 y sólo el 8 por 100 de la producción anual total de 270 millones de toneladas se extraía por medios mecánicos. La fuerza de trabajo dedicada a los transportes era de apro-

ximadamente 1.500.000 personas, pero 600.000 de éstas trabajaban en el transporte por carretera, en el cual predominaban los empleados por cuenta propia y los pequeños empresarios, frente a 375.000 en los ferrocarriles y unas 300.000 en el transporte por vía acuática (océanos, canales, muelles). La minería y los transportes sumados ocupaban al 15 por 100 aproximadamente de la población trabajadora activa, y producían aproximadamente el 15,5 por 100 del ingreso nacional. Si se cuentan la minería y los transportes como parte de la industria de bienes de capital, en 1914 la proporción correspondiente de empleo en este sector del capitalismo avanzado llegaba al 27 por 100, y su participación en el ingreso nacional al 25,5 por 100. Estas cifras exageran la «modernidad» del sector, pues no tienen en cuenta sus empresas pequeñas y medianas.

Merece la pena señalar que ni el automóvil ni la ingeniería eléctrica figuraban entre las mayores empresas británicas. Había muchos fabricantes de componentes para automóviles, que seguían siendo un artículo de lujo y que se montaban en empresas demasiado pequeñas e inestables como para intentar una producción en régimen permanente. En 1900, la mayor empresa (la Daimler británica) fabricó unos 150 vehículos, y en los cinco años siguientes surgieron 200 empresas-miniatura. Para 1909 se montaban 11.000 coches, y para 1913 el triple, o sea, unos 34.000. Y de ese total, 10.300 los producían las cinco mayores empresas, con una producción cada una de entre 1.500 y 3.000 automóviles (Wolseley, 3.000; Humber, 2.500; Sunbeam, 1.700; Rover, 1.600; Austin, 1.500), y el resto los montaban pequeñas empresas. Inglaterra dependía mucho de los Estados Unidos y de Alemania en cuanto a la maquinaria eléctrica, pues no había más que 62.300 trabajadores que fabricaban maquinaria, aparatos y elementos auxiliares eléctricos.

La minería del carbón, los metales básicos, comprendidos los productos metalmecánicos, y los textiles formaban la columna vertebral de la economía británica, y representaban el 70 por 100 de las exportaciones totales. Esas tres ramas, por sí solas, daban empleo al 50 por 100 de la fuerza de trabajo manufacturera-industrial, o sea, del 20 al 25 por 100 del total de personas con empleos remunerados, y generaban el 50 por 100 del total del valor agregado o del producto neto. Paradójicamente, aunque la industria textil era la única que tenía numerosas grandes empresas dedicadas a la producción en masa tejidos de algodón y de lana para la exportación, sus propietarios gozaban de relativamente escaso prestigio. En cambio, los barones del carbón y del acero eran hombres de una influencia y una posición social excepcionales, en parte debido a que la clase gobernante cada vez consideraba más fundamentales la energía y los armamentos para

el mantenimiento del orden establecido, aunque la minería del carbón y la siderurgia estaban plagadas de pequeñas empresas y contribuían con una producción menor de su producto a las exportaciones.

Sabido es que para 1914 Alemania tenía el sector más extenso de capitalismo industrial y en régimen de sociedad anónima, en gran escala y concentrado. Pero, de todos modos, la industria de bienes de capital, junto con la minería y los ferrocarriles —en su mayor parte propiedad del Estado y administrados por él—, distaban mucho de gozar del predominio. De hecho, en Alemania el enclave del capitalismo avanzado era menos impresionante por sus dimensiones que por la velocidad con que había crecido.

Mientras que entre 1882 y 1902 la población creció en un 33 por 100, la fuerza de trabajo manufacturera-industrial sumada aumentó en, por lo menos, un 180 por 100 hasta llegar aproximadamente a los 8.500.000 personas, o sea, el 35 por 100 de una fuerza de trabajo activa de 27 millones. De esos asalariados, 2,7 millones, o sea, el 10 por 100, estaban empleados en el hierro y el acero, la metalurgia (comprendida la fabricación de maquinaria), la construcción de vehículos y los productos químicos, y producían aproximadamente el 24 por 100 del producto neto. Si se cuentan los 1.200.000 trabajadores de las industrias extractivas y los 1.100.000 de los transportes, muchos de los cuales eran empleados estatales, el sector industrial avanzado tenía en total 5.000.000 de trabajadores, de los cuales el 10 por 100, o sea, unos 500.000, eran oficinistas, gestores y administradores. Aunque los 4.500.000 trabajadores asalariados de la industria de bienes de capital, la minería y los transportes no constituían más que el 17 por 100 de la fuerza total de trabajo de Alemania, representaban el 55 por 100 de la totalidad de los trabajadores en la manufactura y la industria sumadas.

Aquellos mismos años también presenciaron un impresionante aumento de las grandes empresas. Entre 1882 y 1907, el número de empresas que empleaban a más de 50 trabajadores pasó de 9.500 a 27.000, y su fuerza de trabajo de 1.600.000 personas a algo más de 5.000.000. Claro que las empresas de uno a cinco y de seis a 50 trabajadores seguían constituyendo el 90 por 100 y el 8,7 por 100, respectivamente, del total de unidades de producción, y empleaban al 29,1 por 100 y al 23,2 por 100, o sea, un total del 52,3 por 100 de la totalidad de los trabajadores manufactureros e industriales. Pero las grandes empresas, que constituían sólo el 1,3 por 100 del total de unidades, empleaban al 47,7 por 100 de esos trabajadores, y utilizaban el 74 por 100 de los caballos de vapor y el 77 por 100 de la electricidad que consumía la industria. Además, para 1907 casi 5.000 de las 27.000 grandes empresas tenían una fuerza de trabajo

de 200 a 1.000 asalariados, con un total de casi 2.000.000. Había incluso 550 enormes empresas con más de 1.000 trabajadores cada una y un total de casi 1.300.000 asalariados. El número de aquellos gigantes aumentó a un ritmo sólo un poco más rápido que el de las empresas con un capital de más de 10.000.000 de marcos, que eran ya unas 230 para 1914. No cabe duda de que las empresas con más de 1.000 trabajadores, con una fuerza de trabajo media de 2.400, e incluso muchas comprendidas en la categoría de más de 500 trabajadores, estaban concentradas en la minería, el hierro y el acero y la metalurgia, gracias en especial a las fusiones y las alianzas verticales.

En la industria extractiva, sobre todo la minería del carbón y la elaboración de éste, las grandes dimensiones eran más bien la regla que la excepción, tanto por lo que respecta a la fuerza de trabajo como a la capitalización. Todavía en 1882, el 75 por 100 de los mineros trabajaba para empresas que tenían por lo menos 200 operarios. Para 1914, la proporción de mineros que trabajaba para empresas con más de 1.000 operarios había pasado del 25 al 60 por 100. Entre ellas se hallaban supergigantes como la GBAG (Gelsenkirchener Bergwerks Aktiengesellschaft), que en 1914 empleaba a 37.000 trabajadores para extraer unos 10,3 millones de toneladas de carbón bituminoso y producir 2,2 millones de toneladas de coke. La GBAG, basada en sus múltiples minas del Ruhr, adquirió a partir de 1900, bajo Emil Kirdorff, instalaciones de hierro, acero y metalurgia en Luxemburgo, la Lorena, Aquisgrán y Düsseldorf. Su capitalización se triplicó hasta alcanzar los 180 millones en un plazo de diez años. En el Ruhr había otras dos enormes empresas mineras de carbón que con el tiempo también se ampliaron verticalmente. Antes de 1914, Harpener Bergbau tenía más de 20 minas, empleaba a 25.000 mineros y producía 6,6 millones de toneladas de antracita y 1,5 millones de toneladas de coke, mientras que la Hibernia tenía una fuerza de trabajo de unas 20.000 personas que extraían 5,7 millones de toneladas de carbón de hulla y producían 700.000 toneladas de coke. Sólo el carbón bituminoso daba empleo a 650.000 mineros, sobre todo en el Ruhr, la cuenca del Sarre y la Alta Silesia, de forma que ocupaba a más trabajadores no especializados que ninguna otra rama de la industria. Aunque sólo había 445.000 trabajadores en el hierro y el acero, las empresas enormes eran tan notables en esa rama como en la minería, dada la escala del capital necesario.

Las principales sociedades anónimas alemanas de la industria pesada combinaban la extracción de mineral de hierro y de carbón con la siderurgia y la construcción de maquinaria. Las más conocidas —por no decir las más tristemente célebres— eran Krupp, Thyssen y Gutehoffnungshütte en el Ruhr, Röchling y Stumm en el Sarre y Henc-

kel-Donnersmarck en la Alta Silesia y en la Renania. Tras innovar mucho en la fabricación de cañones, la dinastía Krupp y sus altos empleados siguieron un rumbo de expansión vertical y de diversificación. La fuerza de trabajo del conglomerado Krupp pasó de 16.000 personas en 1870 a 68.500 en 1913, y su capitalización aumentó de forma todavía más gigantesca, aunque sin que la familia aflojara nunca el control. Aquel crecimiento no fue atípico de los leviatanes de la industria pesada, que ocupaban las alturas dominantes del sector de bienes de capital, en gran parte porque eran los proveedores, los partidarios y los beneficiarios de los armamentos militares y navales.

Es imposible negar la importancia de este sector puntero en su conjunto, ni la preponderancia en él de las grandes empresas. Aun así, no se podía comparar con la agricultura ni con la manufactura de consumo. Después de todo, el sector de bienes de capital entero, incluida la minería, representaba menos del 15 por 100 del empleo nacional. Además, la metalurgia y la metalmecánica, comprendidas tanto la construcción de maquinaria como la fabricación de vehículos, estaban llenas de empresas pequeñas y medianas, así como de mano de obra artesanal. Claro que en esa rama también había empresas grandes e incluso gigantescas. En particular, la Allgemeine Elektricitäts-gesellschaft (AEG), de los Rathenau, y la Siemens, enorme y visiblemente centradas en el Gran Berlín, ocupaban un puesto muy destacado en la fabricación de material eléctrico. Si se deja de lado al material eléctrico, que hacia 1910 era una industria relativamente pequeña, aunque en rápido crecimiento, la industria metalmecánica, muy extendida, tenía una fuerza de trabajo de aproximadamente 1.500.000 trabajadores. En esa rama ocupaban una posición importante las empresas pequeñas y medianas con menos de 50 trabajadores artesanales, y la mayoría de las grandes empresas con más de 50 trabajadores tenían por término medio una fuerza de trabajo de menos de 100, y entre ellos figuraba un gran componente de artesanos.

Las industrias química y del automóvil se hallaban todavía en estado embrionario. En el último decenio del siglo pasado, incluido el año 1900, Karl Benz, que era el único fabricante importante de automóviles, produjo en total unos 1.750 coches. En 1901, las empresas del automóvil, que ocupaban a 1.800 trabajadores, montaron algo menos de 900 autos y camiones, 400 de los cuales los produjo Benz. Para 1909, la producción anual aumentó a 7.000 vehículos, y llegó a 23.000 en 1913, año en que había matriculados en Alemania 70.600 automóviles en total, y la construcción de vehículos generaba, como mucho, un 2 por 100 del producto neto. De esos 23.000 automóviles y camiones, 15.300 los produjeron empresas que montaban

1.500 o más unidades (Benz, 4.500; Opel, 3.200; Brennabor, 2.400; Daimler, 2.200; Adler, 1.500, y Stoewer, 1.500).

Desde luego, la industria química era la avanzadilla más destacada del nuevo capitalismo no sólo en Alemania, sino en todo el mundo en vías de industrialización, tanto por su tasa de crecimiento como por su capitalización, su producción y sus beneficios. La rápida expansión de la industria se debió sobre todo a la aparición de los tintes orgánicos, los alcalíes y los abonos químicos, conseguidos por un cuerpo de químicos investigadores profesionales. Entre 1870 y 1900 se fundaron 150 empresas químicas con un capital de casi 400 millones de marcos. De éstas, la que llegó a ser con mucho la mayor fue Höchst, organizada en 1863, que en 1913 tenía un capital de 25 millones de marcos y una fuerza de trabajo de 10.000 personas. A fines del siglo, la industria empezó a consolidar sus filas orientada por Carl Duisberg, de F. Bayer, y los bancos de inversión pasaron a ser socios importantes, aunque minoritarios, de muchas de las grandes empresas que practicaban fusiones. Para evitar una competencia suicida, las principales empresas químicas se agruparon en dos asociaciones diferentes. A su vez, el cártel adoptó disposiciones internas respecto de determinadas líneas de producción. Una de las asociaciones estaba formada por Bayer, Badische Anilin-und-Soda-Fabrik (BASF) y la Aktiengesellschaft für Anilin-Fabrikation (AGFA); la otra comprendía a Höchst, Leopold Cassella y Kalle, en la cual Höchst virtualmente absorbía a sus compañeras. En 1913 la industria química tuvo un movimiento de 2,4 millones de marcos, produjo el 90 por 100 de los tintes sintéticos del mundo y representó el 10 por 100 de las exportaciones alemanas.

Pese a este gran crecimiento (tasa de expansión de 1870 a 1913: 6,2 por 100) y esta consolidación, hasta 1914 la tan admirada industria química alemana empleaba a menos de 170.000 personas, o sea, menos del 2,5 por 100 de la fuerza de trabajo combinada de la industria y la manufactura (incluida la minería), utilizaba menos del 3,5 por 100 de la maquinaria (en caballos de vapor) del sector manufacturero-industrial, representaba menos del 5 por 100 del capital desembolsado de las sociedades anónimas en este mismo sector, comprendidos los transportes, y generaba menos del 4 por 100 del producto neto.

Evidentemente, pues, incluso en la economía alemana el sector de bienes de capital ocupaba un lugar claramente subordinado en cuanto a su participación en el capital, el producto neto y la fuerza de trabajo. Además, la veintena de empresas gigantes destacadas no bastaban para eclipsar al vasto substrato de empresas pequeñas y medianas con escasas relaciones con los bancos de inversión y con una fuerza

de trabajo esencialmente artesanal. La gran industria no era soberana ni siquiera en Düsseldorf, que era una de las ciudades de crecimiento más rápido del bajo Rhin, aunque en esa ciudad, que para 1905 era la quinta ciudad de Prusia y la décima de Alemania en tamaño, la proporción de grandes empresas era elevada, sobre todo en la metalurgia y la metalmecánica. En 1914, Rheinmetall, principal empleadora y productora de material militar, tenía 8.000 obreros manuales. Además, aproximadamente el 40 por 100 de los obreros industriales de Düsseldorf trabajaban en fábricas con más de 50 operarios, y cinco fábricas tenían más de 500 trabajadores. Pero no sólo muchos de esos trabajadores eran artesanos, sino que el 60 por 100 de ellos seguían trabajando en instalaciones con menos de 50 empleados. Además, 62.000 asalariados sobre un total de 132.000, casi la mitad mujeres, trabajaban en los sectores de bienes de consumo y terciario de la ciudad.

Francia era la tercera potencia industrial de Europa y la cuarta del mundo. Huelga decir que el rápido desarrollo en Alemania de un respetable sector de bienes de capital se convirtió en la norma por la que medir el progreso de Francia, supuestamente gradual y limitado, hacia el capitalismo industrial y financiero. Pero, cualesquiera fuesen los motivos de su lento ritmo —estancamiento demográfico, falta de carbón, limitación de los mercados nacional y extranjero, empresarios familiares y excesivamente cautelosos, banqueros temerosos de invertir—, no eran nada excepcional conforme a criterios europeos.

Aunque lo hiciera a su propio ritmo, la República Francesa sí que amplió su sector de bienes de capital a partir de 1875, y más especialmente desde que terminó la larga crisis de los precios a mediados del decenio de 1890 y hasta el mismo 1914. Este sector duplicó su aportación a la producción manufacturera-industrial, que pasó del 13 por 100 en 1870 al 25 por 100 en 1913. Entre 1900 y 1913, la expansión de la fabricación y la transformación de metales, así como de la producción química, junto con un aumento constante aunque no espectacular de la producción de carbón, representó un crecimiento anual de un 3,7 por 100 de la producción y un crecimiento anual del 47 por 100 del valor agregado en la manufactura y la industria sumadas. Al mismo tiempo que aumentaba la producción de bienes de capital, se producía una disminución relativa de la manufactura de consumo, tan importante en Francia. Aun así, este sector, comprendida la construcción, seguía ocupando al 27 por 100 de la fuerza de trabajo manufacturera-industrial, y generaba el 25 por 100 de todo el valor agregado anual de la economía. En comparación, sólo el 18,5 por 100 de la fuerza de trabajo manufacturera-industrial suma-

da, o sea, el 5,5 por 100 de la población económicamente activa del país, aproximadamente 1.200.000 asalariados, trabajaba en el sector de bienes de capital, comprendida la industria extractiva, y aportaba apenas el 10 por 100 del valor agregado total, o sea, como mucho el 20 por 100 del valor agregado por la manufactura y la industria juntas.

La metalurgia, en sus diversos aspectos, era la fuerza impulsora de este crecimiento económico. Además, aunque el sector no agrario seguía estando dominado por pequeños talleres y fábricas medianas que producían bienes de consumo y suntuarios, el crecimiento de la industria pesada trajo consigo las grandes fábricas y las grandes empresas. Naturalmente, Francia tenía algunas fábricas textiles de buen tamaño (hilado, tejido, cardado de la lana), pero escaseaban las de más de 250 trabajadores. En 1901, junto a casi 600.000 instalaciones de uno a 50 trabajadores, había 8.000 empresas que tenían de 51 a 500 asalariados, y 530 con más de 500 trabajadores. Para 1914 es muy posible que la categoría de más de 500 trabajadores hubiera llegado a las 700 empresas que emplearían como mucho a 850.000 trabajadores, la inmensa mayoría de ellas correspondían a la minería y la metalurgia (extracción, producción y trabajo de los metales).

De hecho, debido a lo pobre de los recursos naturales, la producción de carbón no aumentó sino marginalmente entre 1870 y 1913, y el número de mineros siguió fijo en los 300.000. A fin de compensar y «atizar» su industrialización en esos mismos años, Francia aumentó sus importaciones de coke en un 70 por 100 (de 14,5 a 25,3 millones de toneladas). Además, a partir de 1906 Francia importó por término medio 20 millones de toneladas de carbón de hulla al año.

Gracias a esas importaciones, entre 1870 y 1910 la producción de hierro y acero de Francia aumentó considerablemente. Aunque seguía yendo por detrás de la Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos, logró más que triplicar la cantidad de hierro colado (de 1,3 millones a 4 millones de toneladas), casi cuadruplicar el arrabio y el acero (de 670.000 a 2,4 millones de toneladas, y la producción de acero alcanzó a la de hierro), y casi quintuplicar la producción de mineral de hierro (de 2,75 millones a 13,4 millones de toneladas, en parte para la exportación). Para 1913, la producción de hierro colado ascendía a 5,2 millones de toneladas, y la de acero bruto a 4,7 millones, con una tasa de crecimiento acelerada a partir de 1900. Al intensificarse la explotación de la *minette* de Lorena, la producción de mineral de hierro llegó a los 21,9 millones de toneladas. Las grandes empresas estaban concentradas en el norte, el nordeste y el centro. Sólo en Meurthe-et-Moselle había cuatro empresas (Société de Longwy, Senelle-Maubeuge, Micheville, Wendel), cada una de las cua-

les tenía de cinco a 10 altos hornos y otros tantos conversores Thomas u hornos Siemens-Martin, y producía cada una de ellas unas 300.000 toneladas de acero bruto. Había tres grandes empresas (Aciéries de France, Denain y Anzin) que se especializaban en hierro colado en el norte, y Schneider era el titán del centro en Le Creusot (junto con Forges de Chatillon-Commentry y Aciéries de Saint-Étienne).

Había unos 110.000 hombres empleados en la extracción y la producción del metal en sí, que en comparación con la metalurgia también contribuían con mucho menos valor añadido. Al igual que en Alemania, las empresas verdaderamente gigantescas eran las que se ampliaban en vertical y por diversificación. En consecuencia, Henri Schneider inició (1940-1898), y su hijo Eugene amplió (1898-1942), un conglomerado que en 1913 empleaba a 20.000 trabajadores metalúrgicos en Le Creusot, y por lo menos a 100.000 más en otros puntos y en actividades no metalúrgicas. Análogamente, y con actividades a ambos lados de la frontera franco-alemana, la dinastía Wendel empleaba a 30.000 asalariados en total, 4.000 de ellos en Joeuf, en la Lorena francesa. En 1913, las empresas gemelas Wendel extrajeron 3,7 millones de toneladas de mineral de hierro, que utilizaron para producir 1,25 millones de toneladas de hierro colado y un millón de toneladas de acero bruto, de cuyo total 400.000 y 350.000 toneladas, respectivamente, las produjo la compañía francesa encabezada por Robert de Wendel.

La transformación de metales se amplió a mucha más velocidad que la fabricación de metales en cuanto a empleo, producto y valor añadido. Para 1913 había 800.000 trabajadores del metal, la mayoría de ellos en empresas diminutas, pequeñas y medianas centradas en torno a París y otras ciudades importantes de Francia. Hubo un crecimiento especialmente rápido del acabado de metales, la producción de armamentos, la fabricación de máquinas y herramientas, la manufactura de vehículos y la construcción naval, con un aumento de casi el 300 por 100 de la producción y del valor añadido entre 1900 y 1913. La construcción naval ocupó un lugar desproporcionado en ese último año, en el que representó 1.000 millones del valor total de producción de 2.700 millones en la transformación de metales.

Dentro de la metalurgia en un sentido lato, la industria del automóvil fue la que tuvo una tasa más rápida de crecimiento, debido quizá en parte a que Francia tenía una excelente red de carreteras. Para 1913 Francia era la primera constructora de automóviles y camiones de Europa, con una producción que había pasado de 4.800 a 45.000 unidades desde principios de siglo, el 70 por 100 de ella en la región de París y el 11 por 100 en torno a Lyon. Aquella próspera

manufactura de automóviles se jaleó como el principal emblema de «modernismo» de la economía francesa, pese a estar incorporada en la tradición artesanal de los viejos oficios del metal.

En 1913, la totalidad de los 33.000 trabajadores del ramo estaban empleados por talleres de fabricación de automóviles, que eran meros talleres o fábricas más grandes consistentes en la agrupación de una serie de talleres bajo el mismo techo. El 70 por 100, probablemente, de esa fuerza de trabajo era especializada o semiespecializada, y no había, como mucho, más allá de un 10 o un 15 por 100 de obreros no especializados. La mayor parte de los artesanos procedía de talleres de maquinaria o de bicicletas, aunque algunos de esos talleres también empezaron a manufacturar carrocerías y piezas de automóvil por su propia cuenta. Como se recurría mucho a los subcontratistas, se precisaba poco capital para fundar una empresa. El número de fabricantes de automóviles pasó de 30 en 1900 a 155 en 1913. Pero sólo 30 eran empresas importantes que producían más de 150 coches, y 12 de ellas producían más de 1.500, aunque ninguna de ellas tenía una línea mecánica de montaje. De hecho, como el automóvil era un producto de lujo, se manufacturaban en pequeños números modelos sucesivos, y cada auto se hacía y se montaba a mano. En este contexto artesanal cada trabajador hacía 1,6 coches al año, con el resultado de que el principal factor de costo seguía siendo la mano de obra, y no el capital.

Así ocurría incluso con los mayores productores, concretamente Armand Peugeot (5.000 automóviles y 30.000 bicicletas), Darragu (3.500 automóviles) y Marius Berliet (3.000 automóviles). Louis Renault, que estaba a punto de pasar a ocupar el primer puesto, comenzó en 1898 con un capital de 60.000 francos. Pero aunque estudió el fordismo en los Estados Unidos y aumentó su producción a 4.704 automóviles en un plazo de quince años, para producir aquellos 4.704 automóviles hacían falta 4.000 trabajadores de la Renault. Por lo menos 2.800 de aquellos operarios eran artesanos especializados. En resumen, la manufactura de automóviles era una enana, incluso en la metalurgia. Utilizaba menos de 100.000 toneladas de acero, sus métodos de producción eran artesanales y, salvo por los camiones, era compatible con la afición de Francia a la producción suntuaria y para la exportación. Casi una tercera parte de la producción total de automóviles se vendía en el extranjero.

En cuanto a la industria química, desde luego era menos innovadora que la del automóvil, debido en parte a las deficiencias de la química profesional en Francia. Con un crecimiento anual del 5 por 100 a partir de 1900, en 1914 empleaba a 35.000 trabajadores. Había 40 grandes empresas y las primeras de la lista, en tamaño, eran

Saint-Gobain, Péchiney y Kuhlmann. Pero incluso éstas tenían una importancia limitada. El 87 por 100 de los tintes utilizados en Francia se importaban de Alemania, y de las nueve fábricas de tintes de Francia, cinco eran alemanas.

Sobre todo en Austria-Hungría, Rusia e Italia no aparecieron verdaderas grandes industrias, especialmente de producción de bienes de capital, hasta después de 1890, o más tarde. Precisamente porque partieron casi de cero, su crecimiento, tanto absoluto como relativo, parece enorme. En los tres países, el Estado fomentaba el desarrollo de la industria de bienes de capital con aranceles, subvenciones y contratos, mientras que los bancos de inversión y los prestamistas extranjeros aportaban gran parte del capital necesario. Las grandes dimensiones se convirtieron en la característica de este sector, debido menos a la tendencia del capitalismo avanzado a la concentración que a la escala y el costo sin precedentes del capital y el equipo fijos. Entretanto, al igual que en otras partes de Europa, el crecimiento de las grandes empresas más bien estimuló que destruyó a la empresa mediana, e incluso la miniindustria logró defenderse.

Aunque en 1910 Rudolf Hilferding señaló la incipiente fusión del capital industrial y el bancario de Austria como modelo del capitalismo organizado a escala mundial, la industrialización de Cisleithania no había, en realidad, avanzado tanto. Y tampoco habían establecido su dominio los bancos en el sector de los bienes de capital. Se ha de reconocer que la producción de arrabio aumentó en un 8,3 por 100 al año entre 1891 y 1901, y en un 11,4 por 100 entre 1901 y 1911, mientras que la producción de carbón y la fabricación de maquinaria aumentaron en un 4 y un 9 por 100 al año, respectivamente, en esos dos decenios. Pero para 1914 apenas el 24 por 100 de la población económicamente activa trabajaba en el sector combinado de bienes de consumo y de producción, y este sector generaba como mucho el 38 por 100 del producto nacional bruto de Austria. Además, los metales y la metalurgia representaban sólo el 18 por 100 del producto bruto manufacturero-industrial, frente al 25 por 100 que aportaban los textiles y el 28 por 100 que representaba la elaboración de alimentos. Por último, aproximadamente el 75 por 100 de todas las empresas metalúrgicas, mecánicas y químicas eran *Kleinbetriebe,* aunque también había gigantes de la industria pesada, concretamente los grupos Wittgenstein y Skoda.

A fines de siglo, Karl Wittgenstein —padre del filósofo Ludwig Wittgenstein— era la figura dominante de la industria del acero de la Doble Monarquía. Empezó con un tren de laminación en Teplice, compró siderurgias, fundiciones e instalaciones de acabado débiles y en quiebra en toda Bohemia, y llegó, en 1897, a adquirir también

una posición mayoritaria en la Oesterreichische-Alpine Montangesellschaft, que en 1913 producía casi dos millones de toneladas de arrabio. Albert von Rothschild y Max von Gutmann fueron los únicos que resistieron a la absorción, pues retuvieron el control de la Witkowitzer Bergbau, que tenía acuerdos de comercialización con Wittgenstein. Pero, en general, Wittgenstein autofinanciaba su campaña de adquisiciones y expansión, sin recurrir a préstamos bancarios a largo plazo a fin de no perder nada de su autonomía.

Primero Ernst von Skoda, y después su hijo Emil y su nieto Karl eran igualmente celosos de su independencia mientras iban edificando un vasto complejo industrial que fabricaba equipo pesado para siderurgias, minas e ingenios azucareros. Sobre todo, se especializaron en la producción de armas y municiones, que poco después de principios de siglo representaban bastante más de la mitad de la producción anual de Skoda. En 1889 Emil von Skoda, que había agotado su capital interno, se vio obligado a pedir financiación a los bancos, lo que limitó el control familiar, pero no lo eliminó.

No cabe duda de que Wittgenstein y Skoda, que también promovieron la cartelización de ramos clave del sector de bienes de producción, se podían medir con los principales capitanes de industria de Europa. Pero ni siquiera así eran hegemónicos ni mucho menos en la economía, ni eran representativos de su sector. Quizá fueran más características las 80 empresas que a mediados del decenio de 1890 producían unos 9 millones de hoces, guadañas y cuchillos, 8 millones de ellos para la exportación, sobre todo a Rusia.

Todo esto no significa negar la tendencia muchas veces señalada a las grandes dimensiones y a la amalgama entre los negocios y la banca, que es de suponer estaba más marcada en Austria que en otros países. Aparte de que las principales empresas familiares se convirtieron en sociedades anónimas, los bancos de inversión no sólo colocaban fondos en empresas de bienes de capital —y en la manufactura de consumo en gran escala—, sino que además eran firmes defensores de las prácticas monopólicas. Pero el control de las empresas industriales por los bancos, que señalaba Hilferding, era como mucho una tendencia incipiente. En 1914 había en Cisleithania relativamente pocas empresas por acciones, y sus emisiones de títulos eran insignificantes en el mercado de capitales. Las acciones industriales y las obligaciones ferroviarias —las últimas de las cuales contaban con la garantía del Estado— no representaban más que el 3 por 100 aproximadamente de las emisiones, y el 80 por 100 de las acciones industriales las emitían unas cuantas empresas grandes de bienes de capital.

En la mitad húngara de la Doble Monarquía, de una población total de 18 millones de habitantes había 1.600.000 obreros en la ma-

nufactura y la industria, comprendidos los transportes y la minería, o sea, el 20 por 100 de la población activa. De ese total, entre 300.000 y 350.000 trabajaban en empresas con más de 100 asalariados, una tercera parte de ellos en Budapest y sus alrededores. Esas grandes empresas con más de 100 trabajadores dominaban la minería y la metalurgia, pues ocupaban a 51.000 de los 57.000 trabajadores de esos ramos. De los 100.000 trabajadores de transportes, dos tercios estaban empleados en los ferrocarriles, la mayor parte de los cuales eran de propiedad estatal. Había 600.000 asalariados en la producción de bienes de consumo y de capital, sin contar la minería, la metalurgia y los transportes, y 144.000 de ellos, o sea, una cuarta parte, trabajaban para 426 empresas de más de 100 trabajadores. Además, merece la pena señalar que las industrias de textiles y prendas de vestir representaban por sí solas casi 300.000 operarios, y la construcción casi 120.000. La fuerza de trabajo en estos dos ramos era claramente preproletaria.

Para 1914, la Rusia zarista tenía un sector industrial impresionante, en el cual ocupaban un lugar destacado las fábricas en gran escala y tecnológicamente eficaces. Entre 2.500.000 y 3.000.000 de asalariados trabajaban en fábricas mecanizadas, y había además 750.000 mineros y un millón de ferroviarios, pues hasta principios de siglo la construcción de ferrocarriles financiada por el Estado era el principal acicate al desarrollo de la industria de bienes de capital. Entre 1900 y el estallido de la guerra aumentaron considerablemente el volumen y el valor de la producción minera, la metalúrgica y metalmecánica. Esos tres ramos estaban dominados por sociedades anónimas, y no por empresas familiares. Las sociedades anónimas con una capitalización considerable también tenían importancia en el textil, aunque menos en la elaboración de alimentos. Unas 310 empresas con un capital de más de 2 millones de rublos cada una constituían una cuarta parte del total de empresas y poseían dos tercios del capital total de las sociedades anónimas. Casi la mitad de las empresas industriales empleaban a más de 500 trabajadores, y una proporción relativamente alta de las empresas daban empleo a más de 1.000 trabajadores.

Pero aunque se habían puesto los cimientos de una economía moderna, el sector de los bienes de capital seguía siendo en Rusia un enclave pequeño y promovido por el Estado. La fuerza de trabajo fabril representaba sólo el 5 por 100 de la población trabajadora del imperio. Como los procesos clave de producción en las mayores empresas seguían requiriendo el trabajo manual, el proletariado fabril de Rusia no sólo tenía un importante componente artesanal, sino también un núcleo de trabajadores no especializados. Además, en 1914 la mi-

nería, la metalurgia y la metalmecánica representaban como mucho el 20 por 100 del valor de la producción y el 25 por 100 de la fuerza de trabajo del total del sector manufacturero e industrial.

Por añadidura, este sector capitalista avanzado tenía una peculiar dependencia del capital, los préstamos, la tecnología y los conocimientos extranjeros. Entre 1894 y 1914, Rusia importó por término medio por valor de 200 millones de rublos al año. El servicio de la deuda externa acumulada del imperio exigía casi otro tanto al año, lo cual significaba que el Gobierno tenía que impulsar las exportaciones agrícolas a fin de hacer frente a esos pagos. Casi el 50 por 100 de la capitalización de la industria del carbón en la cuenca del Dónets era extranjero, y lo mismo ocurría con aproximadamente el 80 por 100 del capital en el hierro, la metalurgia y el petróleo. Incluso con esta corriente masiva de entrada de capital, especialmente franceses, pero también británicos y alemanes, no cabe duda de que sólo el 10 por 100 de la población de Rusia, o apenas el 17 por 100 de su fuerza de trabajo activa se ganaba la vida en 1914 en la industria y la manufactura. El sector aportaba en total menos del 25 por 100 del ingreso nacional.

San Petersburgo era un microcosmos llamativo y un escaparate del parto industrial de Rusia. La población de la capital aumentó en 1.100.000 habitantes entre 1890 y 1913. Un tercio de ese aumento se produjo en los años siguientes a 1907-1908, en los cuales también se dio una rápida expansión del empleo en la industria. De hecho, cuando el Gobierno reestabilizó la situación después del levantamiento de 1905, San Petersburgo participó plenamente en el avance industrial ruso más reciente.

Para 1914, la fuerza de trabajo manufacturera-industrial de la ciudad se aproximaba a las 220.000 personas, una proporción importante de las cuales trabajaba en grandes fábricas. Con la ayuda del capital extranjero, la producción en gran escala aumentaba a un ritmo desproporcionadamente rápido en los ramos en que se podían combinar la utilización de la maquinaria más moderna y más cara, importada del extranjero, con la continuación del uso de métodos de producción con gran densidad de mano de obra, pues la mano de obra seguía siendo el factor de producción más barato de todos. Las 960 empresas manufactureras e industriales, aproximadamente, que había en los límites municipales de San Petersburgo representaban el 7 por 100 del empleo total de Rusia en la manufactura y la industria, y el 10 por 100 del valor total de su producción manufacturera e industrial. Había, además, 48 fábricas fuera de la ciudad, pero muy cerca de ella. Entre ellas figuraban ocho empresas estatales que fabricaban municiones y otros productos de uso militar, como el complejo de armamentos

y construcción naval de Kronstadt, que daban empleo a 20.000 trabajadores.

Dentro de los límites municipales la metalurgia era el ramo que tenía la tasa de crecimiento más rápida. En los seis años anteriores a 1914, su producto se duplicó hasta alcanzar el 35 por 100 del valor total de producción, y daba empleo al 40 por 100 de los obreros fabriles. La metalurgia también estaba en vanguardia en cuanto a dimensiones: de un total de 284 fábricas, 100 tenían más de 90 asalariados y en total ocupaban a más del 90 por 100 de los 78.000 obreros metalúrgicos, mientras que las 22 fábricas con más de 750 representaban el 66 por 100 del total. La única empresa gigante rusa verticalmente integrada de producción y transformación de metales concentraba sus operaciones en San Petersburgo: era la empresa Putilov, que tenía sus propias minas de hierro y empleaba a 13.000 trabajadores en el hierro y el acero, el tratamiento del acero, los astilleros y la construcción de maquinaria. Naturalmente, dependía tanto de los contratos estatales, sobre todo para el ejército y la marina, como los astilleros Nevsky, que tenían una fuerza de trabajo de 3.500 personas. Entre tanto, el capital extranjero (y la protección arancelaria) tenía una importancia crítica en la recién iniciada manufactura de material eléctrico, incluidos motores, que desde un principio estuvo dominada por grandes empresas. Con Siemens y AEG a la cabeza, la capital de Rusia fabricaba aproximadamente el 70 por 100 de la producción total de material eléctrico del imperio, que seguía siendo insignificante. Algo muy parecido ocurría con la industria química, en la cual dos fábricas, de un total de 89, con más de 750 trabajadores, daban empleo a 11.800 asalariados, o sea, más del 70 por 100 de la fuerza de trabajo total de 16.500 personas en esa rama incipiente de producción de bienes de capital.

Aunque el proletariado fabril de las industrias en gran escala de bienes de producción representaba el 40 por 100 de los asalariados de San Petersburgo, el sector de bienes de consumo ocupaba al 60 por 100 restante, con 44.000 trabajadores en el textil, 20.500 en la elaboración de alimentos y 23.300 en el papel y artes gráficas. Claro que para 1913 sólo el 3 por 100 de los trabajadores de hilaturas y tejidos estaban empleados en fábricas con una fuerza de trabajo de menos de 90 personas, mientras que casi el 84 por 100, o sea, 37.000 trabajaban en 23 fábricas con más de 750 empleados (frente al 53 por 100, o sea, 11.700, en 9 fábricas en 1890). Análogamente, aunque las dimensiones eran menores en la elaboración de alimentos, el 55 por 100 de esa fuerza de trabajo estaba concentrada en 10 fábricas de más de 750 trabajadores, y otro 21 por 100 en 10 fábricas con entre 270 y 750 trabajadores. Aun así, esos y otros obreros de las grandes instalaciones de

manufactura de consumo, salvo los de artes gráficas, eran por lo general no especializados, mujeres y de mentalidad campesina. Por eso estaban desconectados del intranquilo proletariado industrial de San Petersburgo.

En Italia, donde tanto la construcción de ferrocarriles como las compras militares y navales eran estímulos importantes para la industria pesada, el cuadro no era muy diferente, aunque el sector de la industria de bienes de capital era mayor y dependía menos del capital extranjero. Entre 1896 y 1914 se decuplicó la producción de acero, y la producción industrial en su totalidad aumentó en casi un 90 por 100. Había 3.500.000 trabajadores, de una fuerza de trabajo total de 18 millones, ocupados en la industria y la manufactura, y 87.500 de ellos trabajaban en el hierro y el acero, más 475.000 en la metalmecánica. La industria y la manufactura sumadas, con entre el 22 y el 24 por 100 de fuerza total de trabajo, generaban aproximadamente el 25 por 100 del producto interno bruto de Italia, pero el sector de bienes de producción por sí solo, comprendida la industria hidroeléctrica, vital y en rápida expansión, no representaba sino una pequeña fracción. Al igual que en Rusia, las empresas italianas mayores y más avanzadas tecnológicamente se hallaban en el sector de bienes de capital, que recurría a cuatro grandes bancos privados, en lugar de a inversiones extranjeras y estatales, para recibir fondos de inversión.

Para 1914, la Banca Commerciale y el Crédito Italiano se habían convertido en los dos gigantes de la banca que dominaban la oferta de capital industrial. Dadas sus dimensiones, se hallaban en condiciones de aportar gran cantidad de la financiación para las industrias con gran densidad de capital que tan rápidamente lo iban ampliando entre principios de siglo y 1914: la industria hidroeléctrica, de 37 a 559 millones de liras; la metalúrgica, de 62 a 415 millones de liras, y la de productos químicos, de 98 a 296 millones de liras. Además estaban las ramas en las que los bancos fomentaron una fuerte tendencia a la concentración bajo la égida del conglomerado Edison en energía eléctrica, la Società Ilva en el hierro y el acero, los Cantieri Navali Riuniti en la construcción naval y la Navigazione Generale Italiana en la marina mercante.

En 1909 la metalurgia, comprendida la construcción de maquinaria, tenía 278 fábricas de entre 100 y 500 trabajadores, y 38 de más de 500 trabajadores, con un total de 95.000 sobre 160.000 trabajadores; en la industria química, 83 de entre 100 y 500, y ocho de más de 500, con un total de 24.000 sobre 45.000 trabajadores; en la energía eléctrica, 19 de entre 100 y 500, y dos de más de 500, con 6.000 trabajadores sobre un total de 13.000. Además, para 1914 Italia producía unos 8.000 automóviles, y Fiat era de lejos la prin-

cipal fabricante de automóviles, pues montaba más de la mitad del total.

En la manufactura y la industria sumadas, sin contar los talleres familiares que no tenían personal contratado, el número de empresas con más de 100 asalariados era de 3.266. Daban empleo a 900.000 trabajadores de un total de 1.500,000, y había 378 empresas con más de 500 asalariados que empleaban en total a 340.000 trabajadores. Sin embargo, es importante destacar que mientras en la metalurgia 145.000 de los 160.000 trabajadores estaban empleados por empresas con una fuerza de trabajo de más de 100 operarios, en los textiles (excluidas las prendas de vestir) 462.000 de los 590.000 asalariados trabajaban en fábricas con más de 100 obreros, y 455.000 de ellos eran mujeres, 89.000 de ellas muchachas de menos de quince años de edad.

Como en general la manufactura de consumo y la agricultura seguían siendo ineficientes y localistas, no pudieron liberar una capacidad adquisitiva interna que estimulara y justificara la expansión de un sector moderno. El resultado fue que en su mutua dependencia las industrias de bienes de capital y los bancos de inversión recurrían cada vez más al Estado para que les concediera aranceles proteccionistas y contratos oficiales para el ejército, la marina de guerra y la marina mercante de Italia, que estaban en rápida expansión y que eran económicamente improductivos.

* * *

Claro que no sólo en Italia, sino en casi toda Europa, las instituciones financieras contribuían mucho al desarrollo del sector de bienes de capital. Los bancos de inversión, en especial, aprendieron a financiar las instalaciones fijas con gran densidad de capital de la segunda revolución industrial. Aquellas casas financieras por acciones concedían préstamos a corto y medio plazo en cuenta corriente, anticipaban sumas contra acciones y compraban acciones para su propia cartera. Además, garantizaban los títulos emitidos por las empresas, que colocaban y promovían en los mercados de valores nacional y extranjeros.

El crecimiento de la banca de inversión fue de la mano con la expansión del sector de bienes de producción. Individualmente o en grupos, los nuevos bancos promotores aportaban los principales bloques de crédito a empresas establecidas y sólidas de las industrias del hierro y el acero, la metalurgia, el carbón, el transporte ferroviario y la construcción naval. En lugar de dedicarse a empresas con mucho riesgo, esos bancos trataban de vincularse con empresas que, tras ha-

ber superado los problemas y los peligros de sus años iniciales, estaban listas para la expansión. Esas aspirantes a gigantes se proponían ampliar sus instalaciones o adquirir otras compañías mediante la compra o la fusión.

Los nuevos capitanes de la banca y la industria convergían en ramas de la economía en las que el Estado tenía un papel cada vez más importante. A fin de mejorar la capacidad bélica nacional, los gobiernos ayudaban a las industrias de bienes de capital, los ferrocarriles y los astilleros con aranceles, contratos y garantías financieras. Además, esas mismas industrias, junto con los bancos de financiación, estaban en la vanguardia de las iniciativas extranjeras y coloniales que a partir de 1870 dependían de la colaboración oficial, incluidas la presión diplomática y la intervención militar.

Aunque muchos bancos de crédito industrial eran de origen local o regional, para fines de siglo casi todos ellos tenían sus sedes operacionales en las capitales, que se convirtieron en los centros económicos y políticos de mando de la expansión simbiótica de la banca de inversión y la industria pesada. Italia fue la única excepción, pues Milán siguió eclipsando a Roma como capital financiera —y cultural— de la Italia unida.

A fin de atender a la demanda de servicios financieros y sobre todo de crédito a largo plazo, o de crearla, los bancos de inversión tenían que ampliar su capital de operaciones. Para ello, en primer lugar emitieron un número mayor de sus propias acciones. Pero mucha más importancia tuvo la ampliación sistemática del número de sucursales y de sus actividades de depósito para aumentar el número de depósitos a plazo. De hecho, los bancos por acciones del Continente adquirieron su enorme capacidad para financiar a la gran industria mediante la movilización y la combinación de los ahorros de miles de pequeños y medianos ahorradores e inversionistas para operaciones de préstamo. Aunque los bancos privados, casi todos judíos, siguieron defendiéndose en cuanto a mera capitalización, porque no se aventuraron a crear sucursales ni abrir cuentas de depósito, su poderío financiero en general empezó a quedar rezagado respecto de las nuevas instituciones financieras, grandes sociedades anónimas y sin rostro.

No cabe duda de que para principios de siglo los grandes bancos se habían convertido en la principal fuente de financiación externa de las empresas de bienes de capital, especialmente en Alemania, Austria, Rusia e Italia. Aun así, distaban mucho de dominar la banca, la industria pesada o la economía en general. Aparte de que su número era limitado, su ámbito también lo seguía siendo. Sobre todo, aunque la interpenetración del capital industrial y bancario prosiguió

a buen ritmo, los hombres de negocios se aseguraron de que quienes los financiaban estuvieran a su disposición y no a la inversa. Los capitanes de la industria pesada no estaban menos empeñados que los comerciantes y los manufactureros del capitalismo familiar en mantener su independencia. Con su fe en la autofinanciación, no recurrían al capital externo más que como último recurso. Además, preferían préstamos a plazo corto e intermedio mejor que la financiación a largo plazo, que evocaba el espectro del control externo. A fin de protegerse contra la influencia concentrada de cualquier prestamista determinado, incluso los mayores industriales alemanes preferían atender a sus necesidades de crédito mediante el trato con dos o más bancos. Aunque solicitaban el consejo experto de sus financiadores, e incluso celebraban contar con ellos, los hombres de negocios aspiraban a que tuvieran poco o nada que decir en la formulación de su política y la adopción de sus decisiones. Es muy posible que los empresarios franceses fueran especialmente celosos de su autonomía. Pero en la cuestión de limitar la voz de los forasteros, las diferencias entre Schneider de Creusot, Krupp de Essen, Skoda de Pilsen y Putilov de San Petersburgo eran más bien de matiz que de fondo. Claro que había banqueros en los consejos de administración de las empresas que eran sus clientes. En 1905, en Alemania, Bernhard Dernburg, del Darmstädter Bank, y Carl Klönne, del Deutsche Bank, ocupaban puestos en 38 y 25 consejos de administración, respectivamente. Pero ¿qué poder tenía la mayoría de los consejos de administración, qué influencia tenían los consejeros externos y cuántos banqueros estaban en los comités ejecutivos? Además, al no disponer de ejecutivos técnicos y administrativos propios, los bancos no estaban en condiciones de inmiscuirse en el funcionamiento cotidiano de las industrias de bienes de capital.

Pero, sobre todo, igual que el sector de bienes de capital no podía medirse todavía con la agricultura, la manufactura de consumo y el comercio, la banca de inversión constituida en sociedades anónimas distaba mucho de dominar el mundo bancario. En especial, los bancos hipotecarios, las cajas de ahorro y los bancos comerciales seguían captando, gestionando y administrando una proporción enorme de los recursos de capital. Algunos de esos bancos eran de propiedad pública, otros de propiedad privada o de alguna asociación y otros pertenecían a sociedades anónimas. Los bancos hipotecarios públicos y privados concedían créditos a largo plazo sobre tierras, sobre todo en el sector agrícola, pero también sobre fincas urbanas. No es sorprendente que en toda Europa las obligaciones hipotecarias de interés fijo constituyeran un alto porcentaje de los valores emitidos, y captaran un porcentaje mayor de capital que los demás tipos de va-

lores. Junto con las cajas de ahorro y las sociedades mutuas de crédito, las instituciones de crédito hipotecario movilizaban los ahorros locales y regionales para financiar la actividad económica local. Legalmente, estaban prácticamente excluidas de la concesión de créditos al comercio y las manufacturas. En consecuencia, colocaban la mayor parte de sus recursos en préstamos hipotecarios, obligaciones municipales y valores estatales o garantizados por el Estado, entre ellos los ferrocarriles, aunque también concedían pequeños préstamos personales y a empresas a corto plazo.

Pero quedaba para los bancos comerciales la prestación de servicios a la mayor parte del sector no agrario, excluida la industria de bienes de capital. Eran la principal fuente de crédito de las manufacturas, el comercio nacional y el comercio exterior en escala pequeña e intermedia. Especialmente en los países en que el banco nacional estatal no hacía sino operaciones limitadas de descuento, los bancos comerciales proporcionaban capital de operaciones (no fijo) mediante préstamos contra letras de cambio y pagarés, respaldados por la firma personal.

Evidentemente, los grandes bancos privados combinaban la función comercial con la de inversión. Menos locales y regionales que el banco comercial medio, atendían a clientes con reputaciones personales y crediticias sólidas, entre los cuales habían figurado hasta entonces cortes reales y gobiernos. No sólo hacían préstamos, sino que también compraban acciones e iniciaban empresas por su propia cuenta, muchas de ellas de carácter internacional. Fuera solos o con otros bancos, entre ellos las sociedades anónimas de inversión, aquellos financieros privados garantizaban las nuevas emisiones de acciones.

Con su riqueza y su prestigio personales enormes, los banqueros privados tenían más influencia que los bancos hipotecarios, las cajas de ahorros y las instituciones anónimas de inversión. Hasta 1914 eran los «aristócratas» del mundo financiero. En el centro de la *haute finance* de las capitales y los grandes centros comerciales, los banqueros privados tenían buenas relaciones en la alta sociedad y los círculos gubernamentales, en los cuales, pese a su conservadurismo visceral, tendían a favorecer el librecambio contra el proteccionismo. En cambio, los banqueros hipotecarios, comerciales y de cajas de ahorros eran menos ricos, menos visibles y gozaban de menos estima, debido también a que sus terrenos de operaciones eran locales y no nacionales o internacionales. Además, como muchas de las instituciones hipotecarias y de ahorros eran de propiedad pública o cooperativas, sus ejecutivos eran burócratas de nivel medio y posición social modesta. En cuanto a los directores de los grandes bancos de inversión

en régimen de sociedad anónima, no eran, ni mucho menos, tan ricos, opulentos ni de posición social comparable a la de los propietarios-directores patricios de los bancos privados. La influencia que tenían se la debían a su relación con los grandes industriales de los sectores de bienes de capital y transporte, muchos de los cuales contaban con contratos y preferencias estatales, sobre todo aranceles proteccionistas.

* * *

El sector de bienes de capital y los bancos de inversión siguieron siendo islas en un mar formado no sólo por la agricultura y la manufactura de consumo, sino también por un sector terciario de comercio, administración pública, profesiones y servicio doméstico. En lugar de ir desapareciendo, los detallistas y los servicios siguieron multiplicándose en proporción más o menos aproximada al crecimiento de la población urbana. Al mismo tiempo, las empresas manufactureras e industriales en gran escala hicieron que se inflara el cuarto estado de oficinistas, técnicos, administradores y profesionales que sólo indirecta o parcialmente eran «productivos».

Es evidente que, mientras la *petite bourgeoisie* independiente de comerciantes y proveedores de servicios mostró su capacidad de resistencia y su adaptabilidad, la clase intermedia dependiente de oficinistas y pequeños profesionales —entre ellos los del mundo del espectáculo, los escritores y los artistas— exigía un espacio económico, social y político cada vez mayor. En cuanto al personal doméstico, su número iba disminuyendo lentamente, y más en términos relativos que absolutos, de manera que en 1914 seguía constituyendo un componente considerable de la fuerza de trabajo. Dicho sea de paso, el servicio doméstico, tanto fijo como por horas, se iba feminizando rápidamente. Dada su situación laboral, aunque los criados trabajaban muchísimo, su visión del mundo estaba más cerca de la de la *petite bourgeoisie* que de la clase urbana superexplotada o la subclase rural. En todo caso, incluso sin contar los oficinistas y los pequeños profesionales de la manufactura y la industria, los extensos sectores terciarios tenían grandes fuerzas de trabajo en toda Europa, que iban desde el 35 por 100 de la población activa en la Gran Bretaña hasta el 11 por 100 en Austria-Hungría.

La mayor parte de la mano de obra «improductiva» en los sectores terciario y manufacturero-industrial se centraba en las capitales y las grandes ciudades de Europa. Desde luego, los grandes almacenes, con sus grandes escaparates, superficies y personal de ventas, se convirtieron en puntos urbanos destacados de consumo conspicuo de

las clases altas adineradas. Pero, al igual que las fábricas en gran escala, aquellos emporios de ventas al por menor inspiraban una mezcla de reverencia y curiosidad, debido sobre todo a lo poco frecuentes que eran. Especialmente los pequeños tenderos —de forma parecida a lo que les ocurrió después a los historiadores— sobreestimaron el peso de los grandes almacenes y las cadenas de comercios en sectores minoristas en los que el pequeño comercio y los servicios siguieron predominando e incluso extendiéndose. Además de ser el hábitat natural de la clase media baja independiente de pequeños comerciantes y proveedores de servicios, la ciudad era el lugar de trabajo y de residencia primordial de una clase media baja dependiente en rápida expansión, formada por trabajadores de oficina tanto del sector público como del privado y por pequeños profesionales. Dado el aumento de sus cifras y su concentración geográfica, así como su posición cultural, social y material relativamente elevada, esa *petite bourgeoisie* mixta podía rivalizar con la clase obrera, tanto más cuanto que muchos artesanos y otros aristócratas del trabajo se consideraban miembros de la clase media baja más que del proletariado.

Dicho en otros términos, la *petite bourgeoisie* baja y profesional se disputaba con la clase obrera el primer lugar, en términos numéricos, en las capitales y las grandes ciudades (de más de 100.000 habitantes), así como en las ciudades intermedias (de 50.0000 a 100.000 habitantes). Huelga decir que el crecimiento de las ciudades precedió a la segunda revolución industrial: a mediados de siglo, Londres y París tenían poblaciones de más de dos millones y de un millón de habitantes, respectivamente, y Berlín y Viena tenían aproximadamente 400.000 habitantes. Para el decenio de 1870, tanto la capital de los Habsburgo como la de los Hohenzollern pasaron el límite del millón; San Petersburgo y Moscú, así como Glasgow, Liverpool y Manchester, estaban cerca de los 500.000 habitantes o los sobrepasaban, y en Europa había en total unas 40 ciudades de más de 100.000 habitantes. De aquellas grandes ciudades, nueve estaban en la Gran Bretaña y ocho en Alemania, y representaban el 11,5 por 100 y el 4,8 por 100 de sus respectivas poblaciones.

Entre 1870 y 1914, el número de habitantes de Londres pasó de 3,3 a 4,6 millones. Como la capital británica sufrió una cierta desindustrialización en aquel medio siglo, el que siguiera creciendo reflejaba, sobre todo, la vitalidad de las industrias londinenses de acabado y de su sector comercial, ambos muy orientados hacia el comercio con ultramar y el mercado suntuario local. Para 1914, la población de Liverpool pasaba de los 700.000 habitantes, mientras Manchester y Birmingham alcanzaban los 600.000. En el Reino Unido, el 20 por 100 de la población vivía ya en ciudades de más de 100.000 habitantes.

Desde la fundación del Segundo Imperio hasta 1910, la población de Alemania pasó de 41 a 65 millones de habitantes, o sea, que aumentó en un 58 por 100. En aquellos cuarenta años, mientras la población rural en poblaciones de menos de 2.000 habitantes disminuyó aproximadamente en un 1 por 100, y quedó reducida a 26 millones, la población urbana en centros de más de 2.000 habitantes pasó de 15 a 39 millones. Además, el número de ciudades de más de 100.000 habitantes pasó de ocho a 48, y el total de los residentes en ellas de dos a 14 millones de habitantes, de forma que contenían el 21 por 100 de la población total de Alemania. De esas 48 grandes ciudades, 16 tenían más de 250.000 habitantes, y siete más de 500.000. Entre 1880 y 1914, esta última categoría fue la que registró los aumentos más impresionantes: Leipzig pasó de 150.000 a 590.000 habitantes; Colonia, de 145.000 a 516.000; Dresde, de 220.000 a 550.000; Bratislava, de 273.000 a 512.000; Munich, de 230.000 a 533.000, y Hamburgo —el principal puerto del Segundo Imperio— de 290.000 a 932.000 habitantes. En cuanto a Berlín, casi duplicó su población, que llegó a los dos millones. De hecho, casi cuadruplicó su población, pues el Gran Berlín, con su periferia industrial, contaba con 3.750.000 habitantes. Al contrario que Londres y París, la capital alemana siguió siendo un importante centro manufacturero e industrial. Borsig, Siemens, AEG y Schering tenían instalaciones en gran escala en las afueras de la ciudad, mientras que los fabricantes en pequeña escala de prendas de vestir compensaban la decadencia de la industria textil del país al dar empleo a mujeres de familias de clase obrera. Pero como Berlín también era la capital imperial, tenía un próspero sector terciario que daba ocupación al 40 por 100 aproximadamente de su fuerza de trabajo.

Debido en parte al estancamiento demográfico, el crecimiento urbano fue mucho menos importante en Francia que en Inglaterra o Alemania. Para 1914 había 23 millones de personas, o sea, casi el 55 por 100 de la población de la Tercera República, que seguían viviendo en poblaciones rurales de menos de 2.000 habitantes, y el 60 por 100 de los franceses residía en municipios rurales de menos de 4.000 habitantes. Pero ya había también 44 ciudades de más de 50.000 habitantes con un total de 7,5 millones, frente a 2,5 millones en 1870. Entre las 15 ciudades de más de 100.000 habitantes, París, Lyon y Marsella seguían siendo, con mucho, las más pobladas.

En 1910, las siete ciudades austríacas de más de 100.000 habitantes tenían en total 3,1 millones de habitantes sobre una población total de 28,6 millones, 18 millones de los cuales vivían en poblaciones rurales de menos de 5.000 habitantes. Viena, con algo más de dos millones, ocupaba un lugar aparte, y su población se había más que

triplicado desde 1870. Al igual que Berlín y San Petersburgo, la capital de los Habsburgo adquirió una importante concentración de producción en gran escala en sus distritos adyacentes, que se convirtió en un estímulo adicional de las manufacturas de consumo y del sector terciario del centro urbano. Las otras ciudades de más de 100.000 habitantes eran Praga (225.000), Lemberg (206.000), Trieste (161.000) Cracovia (152.000), Graz (152.000) y Brünn (126.000). Budapest tenía la misma tasa de crecimiento que Viena, pues su población pasó de 280.000 habitantes en 1870 a 800.000 en 1914. Pero salvo este crecimiento de la capital, en Transleithania fue relativamente escasa la expansión urbana.

Entre 1870 y 1914, la población de San Petersburgo pasó de 750.000 habitantes a 2,2 millones, y la de Moscú de 400.000 a 1.650.000 habitantes. Aun así, y pese a que las dos principales ciudades de Rusia eran importantes centros industriales, la clase obrera distaba de ser la dominante en la fuerza de trabajo; mientras que en la capital había 220.000 asalariados, con un buen porcentaje de ellos en grandes fábricas, en Moscú había 240.000, de los cuales 160.000 trabajaban en pequeñas empresas de bienes de consumo. Ambas ciudades tenían grandes sectores terciarios, pues San Petersburgo era la sede de una burocracia zarista muy centralizada, y Moscú el principal centro comercial del imperio.

El lugar que ocupaba el sector terciario de cada nación y el crecimiento de éste guardaban profunda relación con su matriz urbana. En la Gran Bretaña, país de tenderos y comerciantes, el número de tiendas aumentó en un 50 por 100, y el empleo en los oficios de distribución se duplicó entre 1871 y 1911, hasta llegar a ocupar a una fuerza de trabajo de 2,5 millones. Dicho sea de paso, había sólo dos grandes almacenes, ambos en Londres, William Whiteley y Harrod's, que tenían respectivamente 5.500 y 4.000 empleados. Sumadas, la administración pública y las profesiones liberales ocupaban ya a 1,5 millones de personas. Hacia 1914, la fuerza de trabajo no manual de la Gran Bretaña, que representaba casi el 19 por 100 de la población económicamente activa, estaba formada por 989.000 dependientes (en gran parte de sexo femenino), 822.000 oficinistas, 631.000 directivos y administradores, 560.000 pequeños profesionales y técnicos, 237.000 capataces e inspectores y 184.000 grandes profesionales. Inglaterra también era el primer país de Europa en el empleo de personal doméstico, pues había aproximadamente dos millones de criados, entre ellos el 40 por 100 de las trabajadoras fuera de la agricultura. ¡De hecho, la nación más industrializada de Europa tenía tantos sirvientes domésticos como obreros en las industrias de bienes

de producción, pues cada una de esas categorías ocupaba a un 10 por 100 de la fuerza de trabajo total!

Análogamente, en Alemania el comercio interno e internacional eran las ramas de la economía que tenían un crecimiento más rápido. Entre 1895 y 1907, el número de establecimientos minoristas aumentó en un 42 por 100, y el número de empleados en ellos en un 55 por 100. Aunque el número de tiendas al por menor llevadas por una sola persona disminuyó en comparación con el de las que empleaban de dos a cinco personas, en 1914 quedaban 318.000 de las primeras frente a 475.000 de las segundas. En cuanto a empleo per cápita, las tiendas al por menor, los hoteles, los restaurantes, las agencias de seguros y los bancos aumentaron a mayor velocidad que la población. Si se suman el comercio exterior y el interior, había 1,1 millones de pequeñas empresas con cinco personas activas o menos y una fuerza de trabajo total de dos millones. Eso representaba aproximadamente el 93 por 100 de las empresas y el 59 por 100 de los empleados en el sector. Había también 49.000 empresas con un número de seis a 10 empleados, y 28.000 con entre 11 y 50, o sea, en total 77.000 establecimientos de tamaño medio con 906.000 empleados. Aunque Alemania tenía algunas grandes empresas comerciales con más de 51 empleados, cuya fuerza de trabajo ascendía a 466.000 personas, sólo había 380 con de 201 a 1.000 empleados, y 36 con más de 1.000, de forma que como máximo el 7 por 100 de todas las personas activas en el sector, unas 250.000, estaban en la nómina de grandes establecimientos con más de 200 empleados.

De aquellos establecimientos en gran escala, los grandes almacenes eran los más visibles, y en 1911 había 400 de ellos. Con pocas excepciones, los grandes almacenes y las cadenas de comercios con una fuerza de trabajo de más de 10 personas y unas ventas anuales de más de 400.000 marcos estaban en las grandes ciudades. De los 73 grandes almacenes que pagaban el impuesto especial de tráfico de empresas en Prusia en 1903, 27 estaban en el Gran Berlín. En la capital, las empresas minoristas con más de 100 empleados sumaban una fuerza de trabajo heterogénea de unos 14.000 dependientes, supervisores, compradores, escribientes, embaladores, artesanos, postillones, chóferes y limpiadoras. La empresa mayor era A. Wertheim, de la Leipzigerstrasse, cuyo valor nominal (comprendido el de los terrenos) se calculaba en 33 millones de marcos. Para 1900 tenía una fachada de 313 metros, una superficie de ventas de 16.560 metros cuadrados, una cifra de ventas de unos 60 millones de marcos y 4.670 empleados, la mayoría mujeres, salvo los supervisores y los compradores. Le seguía en importancia la casa de Hermann Tietz, que también tenía en la Leipzigerstrasse la mayor de sus tres tiendas

de Berlín, y que en 1910 ocupaba a casi 2.000 empleados. Pero mientras que Wertheim se limitaba esencialmente a una sola ciudad y una gran tienda matriz, Hermann Tietz era parte de la cadena familiar Tietz, con ventas de unos 30 millones de marcos en 17 tiendas de 14 ciudades, y cuyas principales sucursales fuera de Berlín estaban en Colonia, Krefeld y Düsseldorf.

La importancia simbólica de esos y otros gigantes del comercio al por menor, la mayor parte de los cuales eran judíos, es innegable, tanto más cuanto que los conservadores populistas los convirtieron en un blanco clave de sus denuncias de la modernización capitalista, que estaban saturadas de antisemitismo. En todo caso, debe señalarse una vez más que el comercio al por menor seguía estando totalmente dominado por las tiendas familiares diminutas y pequeñas. Claro que entre 1882 y 1907 se cuadruplicó el número de comercios con 50 o más empleados, hasta alcanzar un total de 1.000 establecimientos de estas dimensiones. Pero, conforme a los cálculos más exactos, con un volumen anual de ventas de 550 millones de marcos, como máximo, los 400 y pico grandes almacenes y cadenas comerciales de Alemania no representaban más que el 2,2 por 100 del total nacional de ventas al por menor, que ascendía a unos 25.000 millones de marcos.

En aquella época, Alemania tenía unos 506.000 *Angestellte,* o empleados a sueldo, en el comercio de ambos tipos. Además, había en la industria 686.000 trabajadores no manuales, de forma que había un empleado a sueldo por cada 16 obreros asalariados en el carbón, el hierro y el acero, uno por cada seis en la fabricación de maquinaria, uno por cada cinco en la industria química y uno por cada 11 en los textiles y la elaboración de alimentos.

La pauta era algo diferente en Francia. El número de pequeños tenderos siguió siendo relativamente el mismo entre 1870 y 1914, en el sentido de que el número de *petits commerçants* —comestibles, panaderos, camiseros, otras prendas de vestir, tabernas, restaurantes— sólo pasó de 700.000 a 800.000. La inmensa mayoría de aquellos establecimientos eran de propiedad familiar y estaban regentados por marido y mujer, ayudados en algunos ramos por de uno a cinco empleados. Especialmente los establecimientos con más de cinco empleados se hicieron más numerosos, aunque los grandes almacenes siguieron teniendo una importancia limitada y no los había más que en París.

De hecho, la capital de Francia había sido la primera en la comercialización en gran escala de bienes de consumo, excluidos los alimentos: el Magasin Ville de París se fundó en el decenio de 1840, el Bon Marché y el Louvre en el de 1850, el Printemps, la Belle Jardinière y las Galerías Lafayette en el de 1860, y la Samaritaine

en el de 1870. Para 1910, los 12 grandes almacenes principales tenían unas ventas calculadas en más de 500 millones de francos, o sea, un movimiento total al por menor del 16 por 100 total de movimiento de ventas al por menor de la capital. Los dos almacenes más grandes eran el Bon Marché, con un capital de 40 a 50 millones de francos, 6.000 empleados (4.000 dependientes) y un movimiento de 200 millones (1902), y el Louvre, con un capital de 22 millones, 4.000 empleados (2.500 dependientes) y ventas de 145 millones (1900). Al contrario que en Alemania, en Francia la mayor parte del personal de los grandes almacenes, incluida la fuerza de ventas, era masculino.

En total, en Francia el comercio interno e internacional, la banca y los transportes absorbían una fuerza de trabajo de 2,3 millones de propietarios y empleados. Además, había 550.000 *fonctionnaires* al servicio del Estado. Entre las 250.000 personas de las profesiones liberales había 20.000 médicos, 56.000 abogados y 46.000 escritores y artistas. Y una muestra de la feminización del servicio doméstico en Francia era que en 1914 el 40 por 100 por lo menos de todas las mujeres que trabajaban en París lo hacía en esa actividad.

Los sectores terciarios eran muy superiores a la manufactura y la industria en las dos mitades de la Doble Monarquía, así como en la Rusia zarista. Ambos imperios tenían grandes burocracias, sin contar sus efectivos militares. Hacia 1914, el 13,6 por 100 de la fuerza de trabajo de Viena estaba formada por empleados a sueldo, y la capital de Austria tenía 63.000 establecimientos minoristas y de servicios. En Rusia, el comercio y los transportes ocupaban a 2,2 millones de personas, o sea, el 7,1 por 100 de la población activa; la administración pública a 1,2 millones, o sea, el 3,8 por 100, y el servicio doméstico a 1,6 millones, o sea, el 5,2 por 100. En 1910, las actividades minoristas ocupaban en San Petersburgo a 150.000 personas. Claro que en comparación con las demás capitales europeas, la de Rusia estaba todavía llena de vendedores callejeros, entre 14.000 y 18.000, algunos de los cuales instalaban puestos improvisados y la mayor parte de los cuales eran campesinos. Además, había 20.000 tiendas minoristas clásicas, dos tercios de las cuales se dedicaban a la venta de alimentos. Incluso los «grandes almacenes» de la Perspectiva Nevski eran mercados en los que se agrupaban pequeñas tiendas bajo un solo techo. Así, la *passazh* (galería) de cuatro pisos de la capital alojaba a unas 60 tiendas al por menor que se especializaban en prendas de vestir de alta calidad, joyería y otros artículos suntuarios, sobre todo para el público femenino. Los 18 mercados al aire libre de la ciudad también alojaban a más de 3.000 tiendas y casetas, dos tercios de ellas en los cuatro mercados más grandes.

Evidentemente, el crecimiento del comercio diminuto, pequeño y mediano acompañaba al desarrollo de las ciudades, la industria, el comercio y el Estado que hacía aumentar el número de los oficinistas, técnicos, cuadros y profesionales en el seno de la fuerza de trabajo. Se ha de reconocer que, en términos de empleo y valor añadido, ese sector terciario variopinto, aunque se cuenten los sirvientes domésticos, no podía medirse con la agricultura, la manufactura y la industria. Pero aunque sólo fuera por el crecimiento de su fuerza de trabajo, cabe decir de ese sector que se mantuvo al ritmo de la expansión de la fuerza de trabajo proletaria de los sectores de bienes de capital, minería y transporte. Incluso Alemania contaba con tantos tenderos, oficinistas, funcionarios y profesionales en el sector terciario de su economía como asalariados en sus industrias pesadas y mecanizadas en rápido crecimiento.

En conclusión, a principios del siglo xx Europa, salvo Inglaterra, seguía siendo predominantemente rural y agraria, en lugar de urbana e industrial. Además, en todo el Continente, así como en Inglaterra, la manufactura de consumo y el pequeño comercio tenían mucha más importancia que la producción de bienes de capital, la minería y el transporte ferroviario en todos los aspectos importantes. Incluso las rapaces relaciones económicas de Europa con el mundo colonial y semicolonial estaban ancladas en un capitalismo manufacturero y mercantil, más que industrial y financiero. Como ya hemos visto, la agricultura, la manufactura de bienes de consumo, el comercio tradicional y la banca local no eran unas meras reliquias en las economías políticas de Europa. De hecho, esos modos capitalistas de producción, distribución y crédito en supuesta decadencia seguían siendo los dominantes y los que definían las relaciones de clase y las estructuras de posición social.

El que casi todos los sectores económicos necesitaran y recibieran una vez tras otra el apoyo estatal para hacer frente a los problemas causados por las depresiones cíclicas y la competencia extranjera no significa que sin esa asistencia se hubieran arruinado de la noche a la mañana. En especial la agricultura, que era la infraestructura de aquellas economías esencialmente preindustriales, pero no precapitalistas, lograba periódicamente ayuda estatal, debido en gran parte a que las noblezas terratenientes —en Francia la agricultura comercializada— seguían teniendo un enorme poder político. Pero, en general, si las noblezas postfeudales y las élites terratenientes supervivieron hasta el siglo xx, no fue simple o forzosamente gracias a sus posiciones políticas, sociales y culturales privilegiadas, sino debido también a su peso económico, que seguía siendo enorme, aunque fuera disminuyendo lentamente. Incluso en Inglaterra y en Alemania, las familias

y las personas más ricas seguían procediendo del estamento terrateniente, reforzado por el aumento del valor de las fincas urbanas y de las tierras ricas en minerales. Los grandes terratenientes no sólo eran importantes numéricamente, sino que sus fortunas eran muy superiores a las de los hombres de negocios, aunque la riqueza de estos últimos aumentaba ahora a mayor velocidad.

Además, la manufactura, la banca y el comercio tradicionales seguían siendo económicamente vigorosos, tanto individual como colectivamente. Las dinastías banqueras y mercantiles seguían poseyendo las mayores fortunas de los sectores no agrarios, por delante de los magnates de la manufactura y la industria, mientras que el pequeño comercio aportaba un ingreso suficiente a grandes segmentos de la *petite bourgeoisie* independiente. En consecuencia, las formaciones de interés y de clase que databan de antes de la segunda revolución industrial no eran meras reliquias de relaciones arcaicas de producción que permaneciesen de forma incongruente en el interior de las sociedades capitalistas de la Europa decimonónica. Claro que cada economía nacional era una mezcla de diferentes formas y relaciones de producción y finanzas capitalistas. Pero en las economías mixtas de Europa la producción en gran escala de bienes de capital y las sociedades anónimas financieras seguían siendo un elemento subordinado dentro de la sociedad civil. Eran más bien un augurio del futuro que una realidad consumada de principios del siglo XX. Cabría decir algo muy parecido acerca de la producción en líneas mecanizadas de montaje y del consumo masivo. El automóvil seguía siendo un producto de artesanía para los ricos, muchos de los cuales tenían chóferes particulares, mientras que los grandes almacenes atendían a una clientela apenas menos próspera.

Capítulo 2

LAS CLASES DIRIGENTES
La burguesía deferente

Las clases empresariales y profesionales en ascensión no se hallaban en condiciones de exigir a las élites terratenientes y de toga una paridad o una primacía entre las clases dirigentes europeas, ni mucho menos entre las clases gobernantes. Además de su desventaja numérica y económica, las burguesías en ascensión se veían debilitadas por fisuras internas entre la industria pesada y la manufactura de consumo en gran escala y sus respectivos homólogos bancarios. Estaban separadas, también, de la pequeña manufactura y el pequeño comercio, lo cual las dejaba sin una gran base popular. Pero, lo que era más importante, las nuevas burguesías industriales y financieras, así como las profesiones libres subalternas, carecían de una base social y cultural propia firme y coherente. Inseguras de sí mismas, seguían manteniendo relaciones de obsequiosidad con los notables venerables de la agricultura y el Estado.

Las noblezas no sólo eran más numerosas que las burguesías en ascensión, sino que además eran más coherentes y tenían más confianza en sí mismas. Naturalmente, lo que no se puede negar es la desfeudalización de las noblezas europeas, en el sentido de que se las estaba privando de sus prerrogativas y responsabilidades prescriptivas jurídicas, militares, administrativas y judiciales. Pero eso no significa que en el transcurso del siglo XIX se vieran reducidas a la condición de clases ociosas arcaicas e impotentes enclavadas en una sociedad virtualmente burguesa. De hecho, fueron las burguesías nacionales en ascensión las que se vieron obligadas a adaptarse a las noblezas, igual

que el capitalismo financiero e industrial en marcha se vio obligado a insertarse en sociedades civiles y políticas preindustriales. Las noblezas no comprendían sólo a los principales terratenientes, entre ellos muchos capitalistas agrarios dinámicos, sino también a los grandes funcionarios civiles y militares del Estado. Mientras que los primeros estaban arraigados en sectores agrarios que iban reduciéndose lentamente, los segundos, salvo en Francia, estaban perfectamente anclados en unas estructuras estatales en rápida expansión.

Aquellas noblezas terratenientes y de toga no eran idénticas a las aristocracias, aunque estaban íntimamente entremezcladas con ellas. Las aristocracias eran muchísimo más exclusivas y limitadas. Formadas por sólo unas cuantas familias unidas por vínculos de parentesco y riqueza, reivindicaban la superioridad de su cuna, su crianza y su posición. Además de exigir la precedencia en los grandes rituales públicos y las funciones sociales, los de sangre azul consideraban también en el escenario paneuropeo que los puestos más altos de la administración pública eran suyos por derecho propio. Aunque los aristócratas se ganaban la vida en esos puestos no hereditarios, no los ocupaban por la remuneración en sí. De hecho, recurrían a sus tierras para obtener los ingresos y la riqueza (no devengados) que les permitían mantener su ética, su comportamiento y su visión del mundo presuntuosos, por no decir arrogantes.

Las familias reales estaban por encima tanto de las noblezas como de las aristocracias. Pero en épocas postfeudales, las noblezas tenían una peculiar dependencia de las testas coronadas, que podían crear nobles, pero no aristócratas. Los reyes, los emperadores y los zares eran el manantial de nuevos títulos y honores que, junto con matrimonios acertados, revitalizaban a las noblezas al infundir en ellas nuevas riquezas y talentos. Mediante la absorción de miembros destacados de las nuevas contraélites del tercer estado —sobre todo de la *grande bourgeoisie, la burocracia y las profesiones*—, las noblezas no sólo se conservaban a sí mismas, sino también a las aristocracias. La sociedad con títulos debía su longevidad tanto a su notable capacidad de absorción como a sus tierras heredadas y a sus puestos y privilegios adscritos. Jamás hubo nada que obstaculizara verdaderamente ese proceso reproductivo que asimilaba a los notables de riqueza y cargos públicos amovibles con la nobleza.

Al igual que la burguesía ascendente, la nobleza distaba mucho de ser homogénea. Se caracterizaba por unas graduaciones sutiles, pero reveladoras de posición e influencia, debidas a las diferencias de cuna, riqueza, residencia, cargos y talento. Pero la nobleza basaba su unidad en representaciones y tradiciones antiguas aunque vivas, supuestos sociales y culturales compartidos y predilecciones políticas comunes.

Además, mientras que los magnates de los negocios seguían estando básicamente solos, los notables terratenientes podían utilizar su prestigio y su posición dominante para vincular a ellos a muchos de los pequeños nobles pobres y del campesinado deferente.

Evidentemente, la vieja nobleza de la tierra y los nuevos magnates del capital nunca entraron realmente en colisión. Como mucho, se dieron empujones al maniobrar para ocupar posiciones en las clases dirigentes al ingreso en las cuales los burgueses eran aspirantes y pretendientes constantes. Los nobles inveterados ocupaban y controlaban firmemente el acceso a las alturas sociales y políticas a las que aspiraba a llegar la burguesía. Con una flexibilidad y una adaptabilidad características, y mediante la capitalización del ansia del elemento burgués de obtener una posición social y trepar, los grandes notables admitían a postulantes sueltos procedentes de los negocios y las profesiones entre ellos. En lugar de ceder terreno institucional, optaron por la cooptación selectiva, confiados en su capacidad para contener y desarmar la contaminación ideológica y cultural consiguiente. Esa estrategia, o apuesta, dio resultado, pues la fusión de los dos estratos siguió siendo manifiestamente asimétrica: la aristocratización o ennoblecimiento de la burguesía dócil fue mucho más penetrante que el aburguesamiento de la nobleza imperiosa.

Salvo en Francia, los dinastas ungidos y las cortes reales eran el fulcro y el ápice de las noblezas estratificadas de Europa. Los reyes, los emperadores y los zares eran los únicos que podían legalmente conferir títulos nuevos y más altos, y en toda Europa las grandes fincas aportaban la aureola necesaria. En orden descendente, el estamento noble estaba formado, en el Continente al occidente de Rusia, por duques, príncipes, marqueses, condes, vizcondes, barones y caballeros; al otro lado del Canal, en Inglaterra, por duques, marqueses, condes, vizcondes y barones. Aunque los diversos grados no reflejaban ya las distinciones de riqueza y posición con la misma exactitud que en el pasado, seguían siendo, sin embargo, un índice aproximado de grandeza e influencia. La alta aristocracia combinaba la sangre azul con una enorme riqueza en tierras, incluidas las fincas urbanas, y una considerable influencia o poder político. Aquellos pares simpar, muchos de ellos cortesanos, tenían relaciones privilegiadas con las familias reales, que compartían su preocupación por no diluir la condición de su enrarecida casta con ennoblecimientos innecesarios. Además, las extensas familias reales y aristocráticas compartían una predilección paneuropea por el idioma francés, la cacería inglesa y el monóculo prusiano, que exhibían en los centros de vacaciones de moda del Continente. Pero si bien cabe decir que Europa tenía una sola aristocracia, tenía tantas noblezas como naciones.

Las noblezas intermedias eran de un linaje, una riqueza terrateniente y una posición general más modestos y recientes. También actuaban como receptáculos de los recién reclutados procedentes de los mundos de los grandes negocios, las grandes profesiones y la alta administración. Existían, además, los sectores más flexibles de la mera nobleza. Estos se reponían mediante el ennoblecimiento automático o cuasiautomático por servicios civiles y militares, mediante la compra de patentes de nobleza y mediante la aristocratización de los apellidos. Los ingleses superambiciosos gustaban de añadir el uso de *sir* o *lord* antes de los nombres, a los franceses les gustaba la partícula *de* y a los alemanes y los austríacos el prefijo *von*. Los italianos, por su parte, tenían una tendencia a triplicar o cuadruplicar sus apellidos mediante la adición de los de sus madres y abuelas, con lo cual hacían que resultaran más largos y parecieran más nobles. Precisamente porque los nobles rusos, tanto los grandes como los pequeños, tenían nombres sin títulos ni prefijos, eran de una puntillosidad única en cuanto a la forma en que estaba prescrito dirigirse a cada uno de ellos y el uniforme de cada uno de los múltiples grados, que databan de Pedro el Grande.

Incluso con todos los recién llegados, verdaderos y falsos, a sus filas, la élite venerable seguía siendo pequeña, tanto en términos absolutos como relativos. El ennoblecimiento se utilizaba de forma parsimoniosa e inconstante. A fin de alimentar la ambición aristocratizante, los honores eran raros y valiosos, y los criterios para concederlos seguían envueltos en el misterio, atemperado por el mérito supuesto. Todo el sistema estaba al mismo tiempo abierto y cerrado, y las barreras eran ajustables con objeto de que los postulantes deseables pudieran franquearlas. El ansia de admisión de los otros fomentaba la solidaridad elemental de la nobleza estratificada, al mismo tiempo que enfrentaba a los exclusionistas rígidos con los absorcionistas flexibles. Mientras que los puristas más tercos desdeñaban a los burgueses advenedizos por contaminar la sangre, el código social y el estilo de vida de la aristocracia, los integracionistas flexibles no tenían esos temores. Seguros de su riqueza y su atracción centrípeta superiores, consideraban que la asimilación individual y subordinada de sangre, riqueza y talentos nuevos, así como la apropiación de ideas nuevas, era una señal de la persistencia de la vitalidad de la nobleza. Pero incluso esa disensión interna era funcional, en el sentido de que el desdén de los puristas espoleaba el ansia de aceptación social de los advenedizos, al mismo tiempo que daba a los integracionistas una imagen engañosamente abierta.

Aunque el establecimiento, y sobre todo la elevación al rango hereditario, era el reconocimiento más ambicionado, a los plebeyos tam-

bién se los alentaba a valorar símbolos de distinción tan menores como las condecoraciones, los títulos y las órdenes honoríficas de diferentes grados. Algunas de esas cosas tenían el carácter de requisitos previos y de exámenes de ennoblecimiento. En Rusia, de hecho, los grados más altos de las órdenes de Santa Ana y de San Estanislao conferían la nobleza personal. Además, las testas coronadas invitaban a las cortes a los plebeyos ricos y famosos con aspiraciones, y las familias eminentes los recibían en sus mansiones de la ciudad y sus casas de campo. Al mismo tiempo, se admitía a sus hijos en las escuelas exclusivas, así como en carreras militares y burocráticas honorables. Y además, naturalmente, los miembros de la vieja sociedad aceptaban o buscaban la progenie de plebeyos adecuados como parejas en matrimonio, y las dotes o las fortunas considerables eran *de rigueur*.

Al alentar y poner en práctica tantos contactos y relaciones, la nobleza iba diluyendo su propia sangre e invitando a la penetración por abajo. Naturalmente, los burgueses con aspiraciones cortejaban asiduamente esa asimilación e invertían en ella, al emular y cultivar con frecuencia a quienes consideraban sus superiores. Pero en el proceso también iban dejando su huella en el mundo inmutable que toleraba a sus ambiciones. Mientras la nobleza alentaba a los aspirantes a la promoción social a que imitaran su estilo de vida, no permanecía inmune por su parte a las nuevas influencias. La imitación entre noble y burgués era recíproca, aunque la balanza seguía inclinándose del lado de la élite distinguida. El resultado no era tanto un rebajamiento profundo de la antigua sociedad como un cambio superficial, que dejaba intactos sus órganos vitales. Ni siquiera la aristocracia endógama llegó jamás a ser especialmente degenerada, disoluta ni gastada.

Mientras que la élite tradicional y poseedora de muchas tierras era enormemente absorbente y elástica, la burguesía era singularmente impresionable y débil. Los magnates del capital y las profesiones nunca se unieron lo bastante como para poner en serio peligro la preeminencia social, cultural e ideológica de la vieja clase dirigente, y ello sólo en parte porque la nobleza seguía cooptando a sus miembros más ricos y talentosos. El burgués, dabido sobre todo a su adulación, a su obsesión por escalar socialmente y ennoblecerse, no hacía más que negarse ansiosamente a sí mismo. Su ambición suprema no era la de asediar o derrocar al sistema señorial establecido, sino lograr la entrada en él. Para los grandes, social y psicológicamente inseguros, de los negocios, las finanzas y las profesiones, la alta burguesía «no era más que una antecámara de la nobleza», y su «mayor aspiración era primero conseguir el ingreso en la nobleza y después ascender dentro de ella». Al mismo tiempo que aquellos magnates buscaban la aceptación de la alta sociedad —o a cambio de esa acepta-

ción— se reconciliaban con seguir en su situación de subordinación política, por no decir vasallaje. Salvo en Inglaterra, no se puede decir que la burguesía abandonara o renunciara jamás al liberalismo económico y sobre todo político, pues, para empezar, nunca lo había sustentado.

No cabe poner en tela de juicio la *ascensión* sempiterna de la burguesía. Por el contrario, lo que sigue siendo problemático es la incapacidad congénita de los grandes de los negocios y las profesiones para fusionarse en un estamento o una clase cohesivos de dimensiones más que locales. Como señalaba Schumpeter, aunque «la burguesía producía individuos que lograban el éxito en el liderazgo político al ingresar en una clase política de origen no burgués, no produjo un estrato político propio que alcanzara el éxito». A lo largo de siglos, los plebeyos ricos y acumuladores de riqueza de las ciudades y de los sectores económicos no agrarios se empeñaron en salir de sus posiciones «burguesas» para entrar en la nobleza, que era su modelo arquetípico.

En *El Otoño de la Edad Media,* Johan Huizinga advertía en contra del peligro de exagerar la génesis y el crecimiento del absolutismo, el capitalismo mercantil y el patriciado de las ciudades durante la transición al Renacimiento y de desechar el feudalismo y la caballería como «reliquias de un orden anticuado que ya se iba derrumbando camino de la insignificancia». Debe reconocerse que el propio Huizinga exageró el crecimiento de las «nuevas formas de vida política y económica y los nuevos modos de expresión». Pero también insistió en que las clases altas nunca dejaron de contemplar a la nobleza caballeresca «como la fuerza social más avanzada y... el florón de todo el sistema social». Destacó que, por mucho que se exagerase, esa percepción de élite debería interpretarse como un hecho [histórico] importante», tanto más cuanto que permaneció profundamente arraigado en las «ilusiones, las fantasías y los errores de la época».

Cuando se contempla la evolución de las nuevas formas y los nuevos modos de vida durante la transición del *ancien régime* al mundo moderno, debe recordarse la advertencia de Huizinga. Para empezar, la democracia liberal, el capitalismo industrial y financiero, la *grande bourgeoisie* y el modernismo cultural no estaban, ni mucho menos, tan avanzados como pretenden muchos historiadores. Además, a juicio de las élites de la época, las noblezas postfeudales terrateniente, de toga y militar seguían siendo «factores esenciales del Estado y la sociedad». En particular, al igual que los burgueses acomodados de la baja Edad Media y principios del Renacimiento seguían estando «fascinados y seducidos» por la vida esplendorosa de la nobleza caballeresca, también los *grands bourgeois* de la segunda mitad del siglo XIX

y comienzos del XX imitaron y adoptaron, en vez de despreciar, las formas, los hábitos y los tonos de la vida nobiliaria que seguía dominando sus sociedades.

De hecho, desde la Edad Media los notables de la burguesía embrionaria se habían visto impulsados por una propensión, por no decir una compulsión, a emular a la nobleza preparándose para su propio ascenso a ella. Gabriel Tarde consideraba que esa «propensión a imitar al superior de uno» era un «hecho» de todas las sociedades estratificadas y tenía una lógica y una dinámica propias. Aunque tengan envidia social y se sientan agraviadas, por no decir insultadas, las personas de baja cuna imitan a aquellos que idealizan como superiores a ellas interiorizando sus valores y actitudes para después procurar exteriorizarlos y actuar conforme a ellos. Por seguir a Tarde, tras haber asimilado las ideas culturales y los objetivos sociales dominantes, tanto a plazo inmediato como a largo plazo, los financieros, empresarios y profesionales advenedizos imitaron el acento, el porte, el comportamiento, la etiqueta, el atavío y el estilo de vida de la nobleza, que era la que daba el tono. Aunque algunos actuaban de manera confusa, vaga y espontánea en su emulación, otros eran precisos, rigurosos y cerebrales. Pero fuese flexible o servil, la burguesía siguió dudando de sí misma y autonegándose. Es posible que su comportamiento fuera tan timorato porque en el fondo nunca había dejado de dudar de su propia legitimidad social.

Como sugiere Bernard Groethuysen, la Iglesia Católica —pero también otras sectas religiosas— santificaba a quienes habían nacido nobles, poderosos y ricos, pues se interpretaba la riqueza como signo externo de una posición social elevada. Aquella actitud quizá fuera natural para una jerarquía eclesiástica que tenía históricamente unos vínculos familiares, sociales y económicos tan estrechos con la élite terrateniente, aunque las iglesias también santificaban a los pobres y los mansos. Pero ni la doctrina ni el clero consideraban que los de situación «intermedia» gozaran de la gracia de Dios. La Iglesia desconfiaba de los barones ladrones y predicaba la humildad a los advenedizos económicos, intelectuales y sociales de las ciudades. De hecho, la burguesía carecía de la fuerza legitimadora del tiempo, que estaba del lado de la vieja clase dirigente, cuya superioridad en riqueza, educación, porte y autoridad estaba sancionada por sus orígenes venerables.

Además de padecer una falta de consagración religiosa y temporal desde arriba, la insegura burguesía carecía de masas que la siguieran, reconocieran su superioridad y le dieran una garantía de apoyo o entusiasmo popular. Y por último, aunque no en absoluto en orden de importancia, por sólidos que fueran sus cimientos económicos, la bur-

guesía amorfa seguía siendo políticamente impotente, salvo en el plano local. En consecuencia, tenía que arreglárselas sin la fuerza aglutinadora del ritual, la mística ni las protecciones que comportaba el ejercicio del poder estatal.

Aunque ofendidos e irritados por la falta de estima en que se los tenía, aquellos hombres que se habían hecho a sí mismos, y su progenie, nunca llegaron a quedarse consumidos ni paralizados por el resentimiento. Por el contrario, trataron de superar el estigma de sus orígenes sociales humildes y sus vocaciones económicas carentes de honorabilidad mediante la imitación de los modales de la vieja clase dirigente. El empresario se dedicó casi descaradamente a convertirse en un *bourgeois gentilhomme,* e igual hicieron los miembros de las profesiones liberales. Primero empezaban por adoptar los estilos y lugares de vida y de socialización de los nobles. Ya en el siglo XVII había señalado La Fontaine que «tout bourgeois veut bâtir comme les grands seigneurs». Tanto entonces como después, sus casas de la ciudad y, excepto en Rusia, sus mansiones campestres estaban proyectadas para exhibir su riqueza, reivindicar una posición social y conseguir influencia. Los aspirantes a nobles también enviaban a sus hijos a las escuelas de la élite y los empujaban a contraer matrimonios de conveniencia. En ese proceso, los *shoguns* de la industria, el comercio y las finanzas compraban tierras que no sólo les conferían un prestigio social, sino que además les daban una seguridad contra los malos tiempos y un vehículo para la diversificación de capitales. Algunos se establecieron como caballeros terratenientes con fincas rentables y mansiones en el campo, aunque un número mayor adquirió tierras que arrendar y además edificaron una mansión urbana o rural, o ambas cosas. En cualquiera de sus formas, la propiedad inmobiliaria, al igual que los cargos estatales o eclesiásticos, comportaba una mezcla de dividendos sociopsicológicos y económicos.

En ese sentido, Inglaterra era típica de gran parte de Europa. Hasta principios del siglo XX, el nuevo magnate del dinero que no invertía en una finca y una casa de campo era la excepción. Dado lo limitado de la oferta de casas de campo antiguas y deseables en lugares prestigiosos, los aspirantes a nobles hicieron que sus arquitectos les construyeran casas nuevas, invariablemente en estilos tradicionales. Claro que las casas de campo expresaron con el tiempo posición social sin pretensiones políticas, y por eso empezaron a ser menos impresionantes. Pero incluso así, con la compra o la edificación de casas de campo rodeadas de grandes extensiones de tierra, los comerciantes, los banqueros y los industriales de Inglaterra adoptaron una pose aristocrática, y no burguesa, a medida que iban apartando a sus hijos del mundo de los negocios.

A ambos lados del Canal, los nuevos ricos iban ascendiendo los pasos irregulares de la escala social hacia puestos de nobleza cada vez más elevada. Una vez allí, muchos de los novicios se transformaron en puristas del esnobismo, y dejaron que fueran otros transvestistas sociales y sus patronos, más aplomados y mejor dotados —y quizá también más ricos—, quienes admitieran a nuevos hombres y nuevas ideas en el grupo dominante consagrado por el tiempo. Hasta 1914, incluso los más celosos y descarados de los trepadores sociales se veían raramente satirizados como idiotas vanos, pues había pocos Fígaros que se burlaran de los falsos nobles y los hostigasen sin caer víctimas de su astucia.

Claro que no todos los magnates no terratenientes aspiraban a dar este paso, pues había hombres con grandes fortunas nuevas que desdeñaban orgullosos el abrazo de la aristocracia. Inmunes a los señuelos de la alta sociedad, rechazaban los honores oficiales y el ennoblecimiento. Pero, aparte de ser raras excepciones, incluso aquellos refractarios conscientes y voluntariosos tenían una mentalidad y un comportamiento más nobiliarios que burgueses. Además, como sus hijos se educaban y se socializaban en las escuelas de la élite y en sus instituciones culturales, muchas de esas familias resistentes no tenían más remedio que ir entrando en la órbita del grupo antiguo de poder, desplazamiento que casi siempre era intergeneracional. Quizá debiera añadirse que la creciente necesidad de favores económicos del Estado hacía que el elemento burgués estuviera tanto más dispuesto a rendir homenaje al elemento noble que dominaba la sociedad civil y política.

Aunque Inglaterra era medio admirada y medio temida por ser el prototipo de la modernización, siguió siendo una sociedad verdaderamente tradicional hasta pasado el reinado de Eduardo VII y entrado el de Jorge V. En 1914, el 90 por 100 de la Cámara de los Lores, que distaba mucho de ser algo muerto, seguía estando formada por aristócratas terratenientes, la mayor parte de ellos con residencia en el campo. En general, la aristocracia seguía siendo terrateniente y contaba con las fortunas más considerables de Inglaterra. Intensamente leal a la Corona, la Iglesia y el Imperio, ocupaba importantes puestos políticos y burocráticos, y constituía la columna vertebral del conservadurismo más pertinaz. La aristocracia de título, encabezada por sus familias más antiguas, ocupaba la cúspide del edificio social. Con una confianza irreductible en sí misma, presidía todo un calendario de reuniones de gala, fiestas en casas de campo, cacerías de fin de semana, carreras de caballos y partidos de cricket.

Se ha de reconocer que el sistema de poder de los terratenientes se iba mezclando cada vez más con el mundo de los negocios. En 1914, casi un tercio de los pares eran consejeros de administración de empresas, sobre todo de las grandes sociedades ferroviarias, de seguros y de comercio internacional. Pero es probable que la mayor parte de esos consejeros actuaran a título nominal, y era poco el peligro de que se pasaran a la sociedad burguesa.

El ennoblecimiento estaba ideado para perpetuar la primacía de aquella aristocracia terrateniente. Resulta significativo que una gran proporción de los hombres de negocios que recibieron nuevos títulos o se vieron elevados a la condición de pares del Reino en el siglo XIX compraran fincas en el campo antes de que los ascendieran, o las ampliaran poco después. En todo caso, de las 462 personas elevadas a la condición de par entre 1835 y 1914, la abrumadora mayoría procedían de la nobleza o la pequeña nobleza. Claro que muchos de esos nuevos pares de alto linaje tenían relación con el comercio y la industria. Pero de los 89 funcionarios honrados por sus servicios a la Gran o la Grandísima Bretaña, sólo 16 procedían de orígenes profesionales o de los negocios, pues los otros 73 eran de la nobleza y la pequeza nobleza. Análogamente, a partir de 1885, aproximadamente la mitad de los nuevos pares tenían relaciones con el mundo de los negocios, pero el 80 por 100 de ellos tenían orígenes terratenientes.

No es sorprendente que en los treinta años anteriores a 1914 aproximadamente la mitad de los 200 nuevos pares fueran del mismo origen. Es cierto que de los 100 de origen no terrateniente, 70 eran banqueros, comerciantes e industriales. Pero 35, o sea, la mitad, habían adquirido anteriormente fincas rústicas y casas de campo. Catorce eran hijos de familias terratenientes, y muchos de ellos ostentaban al mismo tiempo puestos en empresas y eran miembros de sus consejos de administración. Especialmente a partir del último cuarto del siglo XIX, los empresarios y banqueros que además se habían hecho terratenientes podían aspirar a una patente hereditaria de nobleza antes de morir. Entre 1866 y 1914, unos 62, o sea algo más de una cuarta parte, de los 246 títulos nuevos los recibieron representantes de los negocios y las finanzas. Lord Salisbury, que arrebató a Gladstone el cargo de Primer Ministro en 1886, comprendía especialmente bien la importancia de que las nuevas fortunas se fueran con los conservadores a fin de que no se convirtieran en un puntal de los liberales en aquella era de sufragio universal masculino. Sentó el ejemplo al recomendar que se ennobleciera a hombres de negocios de éxito, como Edward Guinness, el fabricante de cerveza, que había adquirido una finca en Suffolk; Henry William Eaton, el fabricante de paños, que había comprado 13.600 hectáreas en Yorkshire, y

William Armstrong, el patrono del hierro y los armamentos, para quien Norman Shaw había construido una mansión ostentosa en Northumberland. El Príncipe de Gales mantuvo esa misma orientación cuando patrocinó a Julius Wernher, el rey de los metales preciosos; Ernest Cassel, banquero judío, y Thomas Lipton, pionero de la venta al por menor en cadena. Entretanto, los liberales habían adquirido la misma competencia en el juego de los honores, y ennoblecían a manufactureros de linóleum, tabaco y algodón. Pero al cabo de poco tiempo, de entre todos los hombres de negocios fueron los capitanes de la industria pesada quienes se llevaron el mayor porcentaje de los títulos nobiliarios. También tenían gran éxito en el hallazgo de esposas y maridos terratenientes y de las profesiones liberales, pues el matrimonio era una vía de promoción social más rápida que la educación. Pero pese a esta ascensión un tanto acelerada de los magnates de los negocios y la banca hechos por sí mismos, la clase terrateniente siguió aportando una parte desproporcionada de los recién llegados a la condición de pares del reino. No es de extrañar que los 35 nuevos pares no terratenientes pasaran en gran medida inadvertidos entre los 570 miembros de la Cámara de los Lores, que incluso después de la Ley Parlamentaria de 1911 seguía siendo un bastión de la influencia y el poder preburgueses. Uno de los motivos de que fueran tan invisibles es que casi todos eran meros barones en una cámara en la que los duques y los marqueses se destacaban por su prestigio y su riqueza. El último título de duque concedido a un personaje no real lo fue en 1899.

Fue mayor el número de los ingresados en la nobleza por la vía de la política y de la administración pública y el servicio militar que por la del comercio, la industria y las finanzas. No sólo se elevaba a la Cámara de los Lores a destacados ex-ministros y miembros de los Comunes, sino también a los procónsules más notables del imperio: el Conde Roberts de Sudáfrica, el Vizconde Milner de Egipto y Sudáfrica, el Vizconde Kitchener de Egipto y Lord Elgin del Canadá. El vasto imperio y los servicios imperiales en expansión se convirtieron en conductos particularmente útiles de promoción y ennoblecimiento de plebeyos, debido también a que los aspectos románticos y los combates de la Gran Bretaña ultramarina regeneraron oportunamente la ética arcaica del heroísmo, la gloria y el honor. Como la aristocracia no bastaba para llenar la burocracia imperial, tanto civil como militar, la clase gobernante reclutó a los hijos correctamente educados y homogeneizados de las clases medias para que desempeñaran en ultramar carreras honorables en potencia. Con una frecuencia cada vez mayor, los servicios brillantes de las colonias, al igual que el servicio meritorio al Estado en las Islas Británicas, se

veían recompensados con un título personal de caballero o de barón. Se creó especialmente una Orden del Imperio Británico a fin de dar cabida a los recién llegados.

Para 1914, los ennoblecimientos vitalicios de rápida circulación, que se habían ampliado rápidamente a partir de fines del siglo XIX, contaban con 1.700 miembros, poquísimos de los cuales eran empresarios. Mientras que a casi el 70 por 100 se los armaba caballeros por servicios públicos destacados, y aproximadamente al 17 por 100 por una labor profesional distinguida, comprendidas las artes y las ciencias, sólo el 3,6 por 100 recibía títulos por sus éxitos en el mundo de los negocios, entre ellos Sir Henry Bessemer, Sir Hiram Maxim, Sir Henry Oakley y Sir James Inglis. Es evidente que aunque se contara exclusivamente como hombres de negocios a los ciento cincuenta funcionarios provinciales armados caballeros que eran al mismo tiempo importantes comerciantes y manufactureros locales, este segundo estamento, como el de los pares del reino, no se dejaba invadir por una multitud de nuevos plutócratas.

La élite terrateniente inglesa no cooptaba sólo a gente nueva de los negocios, las profesiones y el servicio estatal mediante la inducción a la condición de pares del reino o de caballeros, sino también mediante la aceptación social. Siempre que negaran sus orígenes y asumieran el código social del patriciado se los invitaba, por no decir que se los convocaba, a participar en la alta sociedad. Si bien las damas con títulos de la más alta aristocracia brillaban por las magníficas fiestas que daban, sobre todo en Londres, su función primordial era la de obviar la relación social entre gentes de las familias antiguas y las nuevas como preludio a la formación de vínculos económicos y políticos entre ellas. Las cenas en las mansiones de la ciudad y los fines de semana en las casas de campo abrían el camino a los pares del reino que eran terratenientes para entrar en consejos de administración e invertir en negocios, incluidas las empresas ultramarinas, y a los empresarios para convertirse en candidatos al ennoblecimiento. En resumen, las recepciones y las invitaciones de los de sangre azul —que los de sangre roja imitaban— servían de agentes catalizadores de la fusión en curso de la nobleza antigua con tierras y cargos con los nuevos magnates del capital y las profesiones liberales, en condiciones favorables al elemento aristocrático.

También las instituciones de enseñanza fomentaban la fusión. A partir de mediados del siglo XIX y hasta entrado el XX, las *public schools* * en rápida expansión, aisladas en la Inglaterra rural y terra-

* Instituciones británicas que, pese a su nombre, son escuelas privadísimas en las que tradicionalmente se educan los hijos de las élites, y que reciben subvenciones públicas y privadas (Eton, Harrow, Rugby, etc.). *(N. del T.)*

teniente, impartían los modales, las costumbres y los valores de la vieja sociedad a los hijos de las clases medias, que, con la ayuda de los clásicos, salían preparados para una vida más caballeresca que «productiva». Como las universidades prestigiosas —sobre todo Oxford y Cambridge— dejaban prácticamente de lado las ciencias, las matemáticas y las lenguas modernas, los directores de aquellas escuelas no se sentían motivados para modernizar los programas de estudios, tanto menos cuanto que ahora el imperio necesitaba administradores cuyo sentimiento del deber y del servicio se podía alimentar con los clásicos griegos y los romanos. Las grandes *public schools* y las universidades de la élite, estrechamente vinculadas a la sociedad terrateniente inveterada, desviaban a los hijos de una burguesía, siempre apóstata, de la industria, el comercio y la ingeniería —ocupaciones que no merecían estima y se consideraban indignas— hacia carreras honorables en la administración civil y colonial, la Iglesia, el ejército y el derecho.

Merece la pena repetir que la élite terrateniente mantuvo la supremacía gracias a la solidez de las bases materiales de su predominio social, cultural y político. Hasta principios de siglo, la mitad de los hombres más ricos de la Gran Bretaña eran terratenientes, y hasta 1914 los terratenientes siguieron formando el grupo más numeroso de los hombres y las familias más ricos, pues sus fortunas eran mayores que las de los comerciantes y los fabricantes más acomodados. Sólo las fincas de Londres del Duque de Westminster estaban calculadas en 14 millones de libras, y había por lo menos otros siete pares del reino tan ricos como él. Aquellos aristócratas superricos, respaldados por un estrato considerable de nobles terratenientes con fortunas menos exageradas, tenían su sede en Londres, donde formaban el centro de la sociedad civil y de la política.

El segundo grupo en cuanto a la riqueza procedía de la banca, el comercio interior y exterior y la marina mercante. Y desde luego, hasta después de 1918 no empezaron los hombres de negocios a dejar herencias en la escala de los grandes latifundios. Pero las fortunas bancarias, mercantiles y navieras de Inglaterra eran grandes y numerosas, y las más ilustres eran las de los Baring, los Harrison, los Lipton, los Montefiore, los Rothschild, los Sassoon, los Selfridge y los Whiteley. Al igual que los grandes terratenientes, aquellos magnates financieros y de los negocios, muchos de ellos ennoblecidos, tenían su sede en la capital, muchos de ellos en la propia «City».

Ambos grupos eran más numerosos y más ricos que el de los grandes fabricantes e industriales. Aunque se rendía homenaje a los fabricantes de Manchester, Birmingham y Bradford por sus innovaciones y por haber llevado a cabo la primera revolución industrial,

sus fortunas seguían siendo relativamente modestas. Entre 1800 y 1914 sólo hubo un algodonero, de Manchester, que dejara una herencia de más de un millón de libras, y sólo dos más dejaron herencias de medio millón aproximadamente. Cuando murió John Bright en 1889, dejó un patrimonio de 86.000 libras, y a su muerte en 1914 se calculó que la herencia de Joseph Chamberlain era de 125.000 libras. Aunque los patrimonios de los gigantes del sector de bienes de capital eran mucho mayores, seguía habiendo pocos de ellos.

De hecho, hasta el crepúsculo eduardiano había menos fortunas, y más pequeñas, en la manufactura y la industria que en la tenencia de tierras, el comercio y la banca privada, y la mayor parte de ellas se hallaban en las ciudades provinciales y los pueblos. La burguesía «productiva» inglesa no sólo ocupaba el tercer puesto en cuanto a riqueza, sino también en cuanto a ingresos. Además, con notables excepciones, estaba desconectada de la élite terrateniente vecina y al mismo tiempo le resultaba difícil elevar su proyecto y su ideología propios del nivel local y provincial al nacional.

Entretanto, en la capital los poseedores de grandes fortunas e ingresos de la tierra y el comercio se iban acercando los unos a los otros. El hecho de que la mayoría de los hombres de negocios de Londres fueran anglicanos, o se hubieran convertido al anglicanismo, facilitaba su relación social con la vieja aristocracia y los predisponía a matricular a sus hijos en las escuelas de la élite. Al mismo tiempo que las nuevas familias banqueras y mercantiles aceleraban su asimilación en la alta sociedad, las grandes dinastías terratenientes remitían en su desprecio a «la City». Gradualmente, la joven generación buscaba o aceptaba puestos en consejos de administración que adoptaban un aire caballeresco, lo cual fomentaba la amalgama entre los notables de la tierra y el capital no sólo en la clase dirigente, sino también en la gobernante.

Los dos grandes partidos políticos reflejaban esa mezcla en los términos establecidos por la nobleza tradicional de la tierra, la toga y el servicio militar. Antes de ser jefe de los tories Benjamin Disraeli había adoptado exactamente la imagen de esa nobleza. Lord Rosebery, el futuro Primer Ministro liberal imperialista, se casó con Hannah de Rothschild en 1878, cuando ella era la heredera no sólo de dos millones de libras, sino además de Mentmore Towers, la imponente mansión de Buckinghamshire que era testimonio del ilimitado celo aristocratizante suyo y de su familia. El tercer marqués de Salisbury y Lord Balfour de Burleigh, que dirigieron entre los dos el Partido Conservador durante veintiséis años y desempeñaron el puesto de Primer Ministro durante diecisiete, eran de un linaje, una educación, una riqueza y un porte impecables. Hasta 1911, después de

perder tres elecciones, no eligió el Partido Conservador a un jefe de un tipo completamente diferente para enmendar el rumbo mediante la práctica de una política de clave menos aristocrática. Andrew Bonar Law, que acabaría —en 1922— por ser también Primer Ministro, era un comerciante de hierro y acero que rechazaba la aristocratización, aunque temía que el grupo de poder conservador lo abandonara por carecer de sangre azul, educación en *public school* y tierras.

Tampoco es que los decanos del Partido Liberal se liberasen con mucha facilidad ni rapidez del hechizo y el señuelo de los títulos, las casas de campo, las *public schools*, Oxbridge * y el imperio. Hasta Herbert Henry Asquith no había habido ningún Primer Ministro que no procediera de una familia terrateniente, y eso ocurrió en 1908. Asquith, que era un liberal entusiasta, se vio no obstante infectado por la ambición aristocratizante que consumía a Margot Tennant, su segunda mujer. Esta era hija de Charles Tennant, el industrial, comerciante y especulador en tierras de Glasgow, a quien en 1885, tras comprar una finca de 1.600 hectáreas, se le había concedido el título de baronet. En todo caso, hasta 1914 los aristócratas terratenientes y los hombres de negocios y profesionales asimilados, sobre todo abogados, desempeñaron por lo menos la mitad de los puestos del Gabinete, incluso con administraciones liberales. Además, la vieja élite no sólo se mantuvo en posesión casi exclusiva del Foreign Office y el cuerpo diplomático, sino que además ocupaba la mayor parte de los puestos permanentes más altos de la burocracia estatal y la imperial.

Los reyes de Prusia y emperadores de Alemania, igual que sus primos ingleses, utilizaban a tope el mecanismo del ennoblecimiento, salvo que al ser unos cuasi-autócratas estaban menos limitados por el consejo y el consentimiento de sus ministros. Entre 1871 y 1918 elevaron a 1.129 hombres a la nobleza y ascendieron a 186 nobles prusianos a títulos superiores. Mientras que a 1.094 novicios, o sea, más del 98 por 100 del total, se les honró con el rango de mero *von*, los Hohenzollern crearon además los títulos de 151 barones, 54 condes, 15 príncipes (algunos con el derecho al título de «Alteza Serenísima») y un duque, la mayor parte de ellos enormemente ricos en tierras. Guillermo I ennobleció a los banqueros Schickler, Friedrich Wilhelm Krause, Adolf Hansemann y —con menos entusiasmo— Gerson Bleichroeder, y durante su breve reinado, su sucesor,

* Nombre compuesto que sirve para designar las características comunes de las dos grandes universidades tradicionales y elitistas del Reino Unido: Oxford y Cambridge. *(N. del T.)*

Federico III, confirió títulos al banquero berlinés Ernst Mendelssohn y al industrial Karl Ferdinand Stumm.

Guillermo II confirió 836 títulos, o sea, unos 30 anuales por término medio entre 1890 y 1918. Sentía predisposición a ennoblecer a terratenientes, generales y altos funcionarios, casi todos los cuales eran de religión protestante, y muchos de ellos procedentes de Prusia. De las nuevas patentes, el 65 por 100 las recibieron agrarios y oficiales del ejército, que en aquellos años sufrieron una decadencia relativa en cuanto a posición general a expensas de los banqueros, los empresarios y los profesionales, de los cuales sólo unos pocos eran judíos no bautizados, entre los que los más notables fueron dos miembros del clan Goldschmidt-Rothschild. Desde luego, en 1914 los nobles terratenientes, los militares y los burócratas dominaban totalmente el Gotha alemán. No sólo eran muy superiores en número, sino también en categoría, pues los títulos más altos se reservaban, como siempre, a los descendientes de familias venerables por sus tierras o sus cargos. De hecho, de los 221 títulos de barón y categorías superiores que se confirieron, 205 se destinaron a hijos de familias patricias, y sólo 16 a hijos de padres burgueses. Mientras que los de antecedentes terratenientes monopolizaban la cumbre de la pirámide aristocrática, los de extracción burguesa y de alta clase media tendían a agruparse en la base, más ancha, de esa pirámide. Evidentemente, el cedazo ennoblecedor alemán seguía siendo bastante tupido. Casi todos los 350 neófitos de baja cuna que constituían el 30 por 100 del rango más bajo tenían una madre o una esposa aristócrata.

Hasta 1914, igual que en Inglaterra, la gran nobleza terrateniente de Alemania tenía las fortunas y los ingresos más numerosos y mayores. Aquellas grandes fortunas agrarias las aumentaron unos aristócratas venerables que explotaban el carbón, los minerales y la madera de sus extensas tierras. En 1910 había cuatro de esos magnates que se contaban entre las 10 personas más ricas de Prusia: el Príncipe Henckel von Donnersmarck, el Príncipe Christian Kraft de Hohenlohe-Oehringen (Duque de Ujest), el Príncipe Hans-Heinrich XV de Pless y el Conde Hans-Ulrich von Schaffgotsch. Aunque la lista estaba encabezada por Bertha Krupp von Bohlen und Halbach, también comprendía al Barón Max von Goldschmidt-Rothschild y al Kommerzienrat Eduard Beit von Speyer, ambos banqueros. A juzgar por la lista de las 100 familias más ricas de Prusia —una Prusia que era el pivote demográfico, económico y político del Segundo Imperio—, las fortunas de los nobles de sangre azul y de los magnates mercantiles y financieros eran mayores que las de los capitanes de industria. Aunque Thyssen, Tiele-Winkler, Daniel, Stumm, Stinnes, Siemens, Borsig y Waldthausen ocupaban puestos destacados en esa lista, dis-

taban mucho de dominarla. Además, el 90 por 100 de esos 100 superricos, cualquiera fuese la *fuente* de su riqueza y sus ingresos, pertenecían a la vieja sociedad: 25 eran aristócratas antiguos, 40 eran nobles más recientes y 25 tenían títulos oficiosos. Aunque August Thyssen y Hugo Stinnes, que habían rechazado el ennoblecimiento, figuraban entre los 10 «plebeyos», ni su mentalidad ni su política eran burguesas, y su progenie trepó ansiosamente al grupo preindustrial de poder.

De hecho, no sólo en Prusia, sino en toda Alemania, las élites económicas no agrarias y sus séquitos de las profesiones liberales nunca buscaron ni encontraron un terreno autónomo social, cultural y político desde el cual desafiar a la vieja sociedad. Los nuevos hombres de riqueza y talento excepcionales solicitaban o aceptaban fervientemente el sello imperial y noble. En particular, durante el medio siglo anterior a 1914, los «burgueses enriquecidos» insistían sistemáticamente en conseguir títulos que legitimaran «su relación con la clase dominante y... adaptaron las nuevas fuerzas sociales al antiguo medio aristocrático», con lo cual además «dieron nuevo vigor» a la nobleza, que antes les era hostil, con «sangre y energía económica nuevas» Con igual eficacia y mayor frecuencia los nuevos capitalistas, tras hacer suyo el estilo aristocrático de vida, impulsaron a sus hijos varones a hacerse oficiales de la reserva, a ingresar en las cofradías de duelistas y a casarse con las hijas de la sociedad antigua. Esa escalada social, que comprendía las bodas de sus hijas con nobles, nunca desapareció verdaderamente. Y tampoco se la criticó por ridícula ni excéntrica. De hecho, cabría decir que se intensificó con la atrofia del liberalismo antes de 1914.

Con pocas excepciones notables, las dinastías judías de la banca, el comercio y la industria, incluso las que estaban en la cumbre de la pirámide de la riqueza en Berlín, estaban consumidas por ese mismo ardor de asimilación ascendente, que muchas de ellas expresaron en su carrera masiva hacia el bautismo, es de suponer que como requisito previo al ingreso en la clase dominante en Alemania. En consecuencia, los Mendelssohn-Bartholdy, los Friedländer-Fuld, los Schwabach, los Oppenheim y los Weinberg demandaron sus títulos y los conservaron, aunque esa conversión no borró el estigma judío que los excluía de la alta sociedad cristiana.

Aquella adaptación masiva social y cultural, dócil y venal, sirvió para abrir vías de acceso a la sociedad política, que seguía estando dominada por el elemento feudalizante. Dicho en otros términos, los magnates del capital vendieron sus derechos políticos por ventajas económicas, categoría social y privilegio cívico. Especialmente cuando percibieron que los socialdemócratas constituían un peligro evidente

e inmediato, abandonaron prácticamente lo que restaba de su aspiración a una parte del poder político proporcional a sus recién adquiridas posiciones materiales. En lugar de insistir en la democratización política, la burguesía alemana se concentró en torno a partidos que estaban formados a su propia imagen obsequiosa, y que básicamente se limitaban a la defensa y la promoción de sus intereses económicos. La emasculación política fue al mismo tiempo causa y efecto de la feudalización social y la abdicación de clase.

Para los *Grossbürger* ambiciosos, deferentes y acomodados a los que no se ennobleció —que eran la inmensa mayoría— existían otras insignias de reconocimiento y aceptación. De todas las condecoraciones, las más ambicionadas eran las órdenes graduadas del Aguila Roja, el Aguila Negra y la Cruz de Caballero de la Casa de Hohenzollern. Si los padres no se veían reconocidos en el sector público o el privado, siempre podían impulsar a sus hijos a ingresar en cofradías arcaicas de las principales universidades con el objeto de adquirir en duelos cicatrices deliberadamente visibles que representaban una clara señal de pertenencia al sistema. Después podían hacerse oficiales de la reserva del ejército, cuyo código del honor y cuyos valores servían para asimilar a los elementos ambiciosos de la burguesía y la clase media en la sociedad civil y política prusianizada y aristocratizada. Esos eran otros tantos pasos hacia la distinción en la nobleza de toga y la militar. El ansia de nobleza era menos pronunciada en los estados del Sur, pero éstos no eran nada típicos del espíritu del Segundo Imperio.

En comparación con Inglaterra, existía menos socialización en los salones de las ciudades y las mansiones de campo entre la antigua aristocracia y los plebeyos más destacados, y la sociedad imperial estaba casi totalmente cerrada a estos últimos. Pero, en lugar de fomentar la formación de una contraélite, esa altiva exclusión motivó a los empresarios prósperos y a los profesionales distinguidos a redoblar sus esfuerzos por conseguir la aceptación de sus superiores mediante la donación de grandes sumas a obras benéficas y mediante la simulación de rangos sociales entre sí mismos. Bajo los auspicios de funcionarios estatales, locales y nacionales crearon su propia «nobleza» no hereditaria, ideada para darles la aureola social que tanto ansiaban. Mientras esperaban en «la antecámara de la nobleza», podían obtener y exhibir títulos oficiosos como los de Kommerzienrat, Justizrat, Baurat, Medizinalrat y Regierungsrat, de primero y segundo grados. Y no es sorprendente que el emperador estuviera perfectamente dispuesto a conceder la distribución adicional de consejero privado *(wirklicher geheimer Rat)* a muchos de aquellos pseudonobles, con lo cual adquirían derecho a que los llamaran «Excelencia». Gui-

llermo II lo hacía en gran parte para compensar la ausencia virtual de parlamentarios de sus listas de ennoblecimiento, ausencia calculada para menospreciar al Reichstag.

Los Hohenzollern y otras casas principescas llenaron de condecoraciones incluso a los pocos gigantes industriales que rechazaron el ennoblecimiento o a los que no se les ofreció, los más notables de los cuales eran Kirdorf, Klöckner, Stinnes, Thyssen, Werhahn, Wolf y Krupp. Thyssen fue el único que se resistió decididamente a la cooptación social, incluso a costa de enfrentarse con sus propios hijos. Aunque los dos primeros Krupp, Alfred y Friedrich Alfred (Fritz) prefirieron seguir siendo plebeyos, no hicieron nada por rechazar el *ancien régime* que hacía su fortuna, ni por distanciarse de él. En 1854, Alfred aceptó orgulloso su primera condecoración. A partir de 1871, tras haber edificado la pomposa y pretenciosa Villa Hügel (Chalet de la Colina), que tenía entre 200 y 300 habitantes, se aseguró de que hubiera apartamentos especiales dignos de Guillermo I de Hohenzollern, que le hacía el favor de visitarlo una vez al año.

En vida de Alfred, en 1882, su hijo Fritz se casó con la Baronesa Margaret von Ende, de una familia de nobles de toga prusianos. Fritz Krupp, que vivía como un *grand seigneur* y tenía su residencia principal en la Hügel, adquirió dos mansiones más en el Rheintal y en Baden-Baden. Iba al Báltico para la Kieler Woche, el gran acontecimiento de las regatas, y pasaba la temporada social en Berlín. Fritz Krupp cultivó también sus relaciones con Guillermo II, quien se encargó de que fuera miembro tanto del Statsrat prusiano como de la Herrenhaus, y lo nombró consejero privado de primera clase. Ya era «Su Excelencia» Krupp, y como tal tenía derecho a una gran precedencia en la corte.

Tras ayudar a encontrarle un buen marido a Bertha, la hija mayor y heredera de Fritz Krupp, el Kaiser asistió a la boda, celebrada el 15 de octubre de 1906 en Villa Hügel, acompañado del Príncipe Heinrich, del Canciller Príncipe Bernhard von Bülow y de una veintena de ministros, generales, almirantes y ayudantes de campo. Además, en su discurso de bodas, Guillermo II autorizó al novio, cuidadosamente escogido, pero nada distinguido, que era Gustav von Bohlen und Halbach, a utilizar el apellido de soltera de su esposa, de forma que se convirtió en Krupp von Bohlen und Halbach. Más tarde, el emperador asistió al bautizo del hijo de aquél, Alfried. Además, se encargó de que Gustav se hiciera capitán de reserva del regimiento de caballería de los Leib-Garde Husaren, vicepresidente de la Kaiser Wilhelm Gesellschaft, embajador extraordinario y ministro plenipotenciario de Prusia, honorable caballero de la Orden Protestante de Johanniter y de la Orden del Aguila Roja (segunda clase

con hojas de roble y corona real), comandante de primera clase de la Orden Prusiana de la Casa de Hohenzollern, etc. El 26 de abril de 1912, a fin de conmemorar el centenario de Alfred Krupp, el emperador de todos los alemanes se desplazó a la Hügel con todos los príncipes Hohenzollern, con el Canciller Theobald von Bethmann Hollweg y todo su Gabinete, y con el Estado Mayor General y todos los almirantes de la Marina. Para aquella ocasión, Gustav Krupp quería organizar un torneo medieval de caballeros montados con lanzas en los terrenos de la fábrica europea más moderna de material bélico, pero se canceló en el último minuto por respeto a las víctimas de un gran desastre minero.

Ninguno de los demás titanes industriales que permanecieron en el tercer estado recibieron tantos espaldarazos honorables y solemnes. De todos modos, permanecieron bien dentro de la órbita de la sociedad y el orden antiguos. Se enorgullecían de ser tan señores en sus propios dominios industriales como lo eran los propietarios junkers en sus fincas. Huelga decir que ninguno de los grandes industriales ingresó jamás en ninguno de los titubeantes partidos burgueses-progresistas. De hecho, muchos de ellos se hicieron feroces partidarios del gobierno semiautocrático y conservador de las noblezas terrateniente, de toga y militar. En todo caso, los que rechazaban la integración en la alta sociedad y el servicio del Estado siguieron siendo una minoría microscópica.

Mientras se ennoblecía al banquero Gerson von Bleichroeder, el magnate naviero Albert Ballin siguió siendo plebeyo. Pero como ambos optaron por seguir siendo judíos, la aristocracia antigua siguió tratándolos a ellos y los suyos todavía con más desdén que a sus homólogos cristianos, y después bautizó o ennobleció a hombres de negocios y banqueros judíos como Ernst von Mendelssohn-Bartholdy, Fritz von Friedländer-Fuld y Paul von Schwabach. Mientras los emperadores y los cancilleres solicitaban sus servicios económicos, Bleichroeder y Ballin trataban de hacerse más aceptables socialmente. Pese a las humillaciones que les infligía el antisemitismo ostracista de los aristócratas junkers, tomaban como modelo a esos mismos aristócratas: Bleichroeder adquirió la finca del Mariscal de Campo Albrecht von Roon, y Ballin una mansión suntuosa en la Feldbrunnerstrasse de Hamburgo, a fin de exhibir una opulencia conspicua adecuada al rango al que aspiraban y de agasajar a los notables antiguos, incluido el Kaiser, en el estilo al que estaban acostumbrados.

El estilo externo y la decoración interna de aquellos palacios burgueses eran una réplica, y no un desafío, de las convenciones culturales académicas y los gustos de la época. También debe señalarse que los profesores de universidad no eran inmunes a la fascinación de la

alta sociedad. También ellos trocaron la emancipación política por *Bildung und Besitz* (educación clásica y propiedad). Resultaba característico que Otto Gierke, Gustav Schmoller y Adolf Harnack aceptaran encantados insertar el ennoblecedor *von* entre su nombre y su apellido.

Todavía más que en Inglaterra, donde la política de partidos y la Cámara de los Comunes eran fulcros eficaces de freno gradual del elemento feudal, en Alemania las élites tradicionales mantenían su supremacía. Los Bentinck, los Stolberg y los Castell-Rüdenhausen seguían manteniendo una presencia principesca —y grandes fincas— en los que habían sido hasta entonces «sus» principados. Además, existían los príncipes creados por sucesivos monarcas prusianos, entre ellos los Blücher, los Bülow, los Eulenburg, los Hatzfel, los Radolin, los Plesse... y los Bismarck. Pese a sus disensiones y sus rivalidades internas, que quedaban más que compensadas por el derecho de voto a tres niveles, los nobles, antiguos y recientes, seguían siendo enormemente ricos, además de mantener una influencia social y cultural con que reforzar su supremacía en la sociedad política. Con el respaldo y la complicidad del emperador, utilizaban el «parlamento» de Prusia, su ejército y su burocracia para poner freno al infortunado Reichstag, que no se hallaba en condiciones de liberarse de sus garras.

A raíz de la Revolución, la nobleza francesa con título dejó de tener una presencia política establecida. Aunque a partir de 1815 muchos nobles volvieron a salir a la superficie y regresaron del exilio, prácticamente continuó su apartamiento político, debido en gran parte al enfrentamiento interno debilitante entre Luis XVIII, Carlos X, Luis Felipe, y sus respectivos descendientes y seguidores, hasta 1875. A todo lo largo del siglo XIX, la aristocracia francesa careció de la garantía legitimadora de una corona hereditaria y ungida por la Iglesia, del teatro mistificador de una corte real, del estímulo vigorizante de los ennoblecimientos periódicos y de la fuerza vinculatoria de la protección política. El imperio de Luis Napoleón, con su falsa nobleza imperial y su corte de oropel en Saint-Cloud, se limitó a mantener la esperanza de que, con el tiempo, se restaurase una auténtica corte real y un sistema aristocrático de poder.

Pero aunque la nobleza nunca recuperó sus anclajes políticos, logró perpetuarse y reproducirse. Incluso bajo la Tercera República, los duques, los marqueses, los condes y los barones ocupaban unos puestos económicos, sociales y culturales tan destacados que los *grands bourgeois* jamás dejaron de reverenciarlos y emularlos. El mundo aristocrático seguía teniendo tanta seducción que muchos banqueros,

profesionales y empresarios que no lograban entrar en él por matrimonio trataban de hacerse pasar por nobles mediante la mera adición de la partícula *de* a sus apellidos. La república, que seguía confiando altos cargos diplomáticos y militares a los nobles, no tenía ninguna intención de restar legitimidad a esa ampliación espuria de la antigua élite, pese a que la lealtad política de tantos aristócratas fallase en los momentos de crisis. De hecho, la república reconoció oficialmente la condición honorífica de los títulos de nobleza, y sus titulares mantuvieron el derecho ante la ley de utilizarlos.

La supervivencia de las principales familias nobles con grandes fincas y castillos fue algo clave para la persistencia de la nobleza. La riqueza y los ingresos de los notables que reivindicaban su patrimonio estaba y seguía estando sobre todo en la tierra. Algunos volvieron a explotar y arrendar sus tierras, aunque no fueron demasiados entre ellos los que se dedicaron a mejorarlas por su cuenta. Otros vendieron parte de sus fincas o todas ellas con miras a invertir la liquidez consiguiente en fincas urbanas. En particular, los legitimistas ricos se fueron a las ciudades de provincias o, en mayor número, a París, pero conservaron sus mansiones campestres o sus castillos como base política y para las temporadas de vacaciones y de caza. Los grandes legitimistas regentaban sus propiedades rurales y sus intereses cada vez mayores en los sectores no agrarios de la economía a partir de sus elegantes mansiones y apartamentos del Faubourg Saint-Germain. A la inversa, muchos de los orleanistas que habían hecho sus fortunas en la banca, la manufactura y el comercio adquirieron grandes fincas a fin de diversificar sus inversiones y de realzar su posición social. Claro que en algunas provincias había muchos *hobereaux* (hidalgos) con posesiones modestas que perpetuaban su influencia social y política desproporcionada, por lo general con la ayuda de la Iglesia Católica. En general, los bienes raíces nunca dejaron de constituir los cimientos principales, aunque cada vez menores, de aquella nobleza heterogénea.

Sobre todo, algunos de los grandes nobles más importantes y prestigiosos se diversificaron hacia la industria, la banca y el comercio. En 1870 ocupaban lugares destacados entre las dos docenas de *conseillers généraux* que tenían un ingreso anual de más de 300.000 francos y constituían el vértice de la plutocracia francesa. Huelga decir que había plebeyos como los banqueros Emile Péreire y Adolphe Fould, y como Eugène Schneider, el rey del hierro y el acero, que pertenecían a ese núcleo de los superricos, al igual que el banquero ennoblecido Barón Alphonse de Rothschild. Pero también formaban parte de ese selecto grupo el Duque de La Rochefoucauld-Doudeauville, el Conde de La Rochefoucauld, el Barón de Graffenried, el

Marqués d'Albon, el Vizconde Aguado, el Príncipe de Beauvau, el Barón Gourgaud, el Marqués de Talhouet, el Marqués de Vogüé, el Duque d'Audiffret-Pasquier y el Marqués de Chasseloup-Laubat. Los cuatro últimos de esos once nobles habían hecho gran parte de sus fortunas, si no toda, en la banca, la industria y el comercio, y probablemente también en la especulación inmobiliaria. Aunque no los hayamos incluido en la lista, también había unos cuantos pioneros de la industria y la manufactura entre las familias aristocráticas: los Wendel en el hierro, los Moette en el champagne, el Conde de Chardonnet en la seda artificial y el Marqués de Dion en los vehículos a motor. En cuanto a los empresarios plebeyos que se ennoblecieron, establecían su presencia por conducto de los Decaze y los Talabot en el hierro y el acero, y de los Davillier y los Neufflize en la banca.

Su prestigio y sus conexiones sociales, muy duraderos, así como su riqueza, hicieron que los viejos aristócratas consiguieran puestos en los consejos de administración de grandes empresas. Hacia fines de siglo constituían casi una tercera parte de los consejeros de las empresas ferroviarias y casi una cuarta de los de las grandes industrias siderúrgicas y bancarias. También estaban bien representados en el consejo de la Compagnie Marocaine, una de las empresas de inversión y de comercio exteriores de Eugène Schneider, cuya búsqueda de grandeza social no conocía límites: en sus consejos de administración contaba con el Conde Albert Armand, el Marqués de Chasseloup-Laubat, el Conde Robert de Vogüé, el Conde Robert d'Agoult, el Duque Decazes y el Conde de Cherisey, mientras que el Marqués de Froudeville y el Barón Henri de Freycinet estaban en el comité ejecutivo, junto con Schneider y Gaston de Caqueray. Análogamente, en 1914 cinco de los once miembros del Consejo de Administración del Comité des Forges eran nobles.

Aunque los aristócratas, incluso con todas sus inversiones y todos sus puestos de consejeros, no podían rivalizar económicamente con los manufactureros, los comerciantes, los banqueros y los industriales sin títulos, los nuevos gigantes de los negocios siguieron alentando no obstante a sus hijos e hijas a que se casaran con nobles. Gracias a esas alianzas matrimoniales, los *grands bourgeois* del champagne, el azúcar, el acero y la banca se unieron a grandes dinastías como las de Uzés, de Mun, Poniatowsky, Polignac, Broglie, Brissac, Nervo y Breteuil. Entretanto, Eugène Schneider guió a sus cuatro hijas a matrimonios con nobles, y uno de sus nietos entró por matrimonio en la Casa de Orleans. Además, al igual que hizo Krupp en Essen, Schneider adoptó un estilo principesco de vida en Le Creusot, donde tenía su residencia en el *château* de la antigua manufactura real de cristalería, la cual transformó en una fortaleza de riqueza y de lujo

que no sólo estaba apartada de los siervos industriales del mayor complejo siderúrgico de Francia, sino que era desde donde se daban las órdenes a esos siervos.

Para fines de siglo, las capas más altas de la aristocracia y la burguesía formaban una amalgama cuya influencia llegaba muy lejos con la clase gobernante de la Tercera República, extraída de las *classes moyennes*. Aunque algunos notables se dedicaron a la política, lo más frecuente era que los políticos de orígenes sociales modestos que alcanzaban el éxito se vieran elevados al grupo social dominante gracias a los servicios que prestaban a sus intereses económicos en calidad de abogados, consejeros de administración y muñidores políticos. En particular a raíz del caso Dreyfus, los miembros de sangre azul de la clase dirigente abandonaron o renunciaron a sus convicciones monárquicas y se reconciliaron con el régimen republicano. Pero ese *ralliement* renuente, que recibió la bendición de la Iglesia Católica, significaba también que se habían sumado a sus socios burgueses en una campaña encaminada a hacer que la República fuese conservadora, campaña que culminó en 1913 con la elección de Poincaré a la presidencia. Para entonces, la *Action Française* monárquica de Maurras había reavivado el antirrepublicanismo de una *fronde* noble.

Aunque relegada al margen de la comunidad política republicana, la aristocracia francesa mantenía su preeminencia social y cultural. Como para compensar su total caída política y su relativa decadencia económica, adquirió unos comportamientos más artificiosos y se hizo más orgullosa que ninguna otra nobleza europea. Las viejas familias de alta cuna aprendieron a valorizar sus nombres y sus linajes reputados. Unos treinta grandes aristócratas se casaron con ricas herederas estadounidenses durante la Belle Époque, y muchos más forjaron alianzas con fortunas autóctonas, incluso judías. Pero esa estrategia matrimonial funcionaba únicamente porque la aristocracia como un todo seguía seduciendo a la burguesía con algo que no era ya sino ilusiones y apariencias infladas. En lugar de representar la decadencia, la corrupción, la inactividad y la vanidad, la nobleza francesa fascinaba a los notables parisinos y extranjeros con su encanto, su elegancia y su finura. Además, la burguesía, preocupada por la nivelación y la intranquilidad sociales, apreciaba el que la aristocracia hubiera mantenido inquebrantable, a lo largo de un siglo, su jerarquía, su continuidad y su estabilidad. En todo caso, los burgueses ricos, que ya no tenían inclinaciones exhibicionistas, se veían fascinados, y no repelidos, por los contoneos de los aristócratas. A su vez, la aristocracia exclusiva abrió sus puertas lo bastante, aunque fuera de manera condescendiente, para que entraran en sus salones y sus clubs los burgueses apóstatas.

Con la esperanza de traspasar aquellas barreras, los magnates de los negocios no sólo se casaron para ascender y buscaron consejeros de administración entre la nobleza con títulos, sino que además compraron o hicieron construir suntuosas casas de campo. De hecho, la campiña francesa tenía *châteaux* en abundancia. Muchos de ellos eran antiguos y auténticos, de estilos medieval, renacimiento y del Luis XIII al Luis XV. Pero en el siglo XIX se construyeron miles de castillos o mansiones señoriales de imitación. En 1910 había unos 4.500 notables parisinos que poseían *châteaux* edificados en parques y rodeados de terrenos considerables. Aquellas residencias secundarias eran magníficos emblemas de condición o pretensión señorial, y permitían disponer de un espacio enrarecido en el cual realizar actividades sociales en la temporada de verano y la de caza. El clan Rothschild tenía seis mansiones palaciegas sólo en la región de París. Aunque eran pocas las dinastías adineradas recientes que tuvieran tantas casas de campo, de todos modos los nuevos notables deben haber sido la explicación de la construcción de tantas mansiones campestres a partir de 1848.

Igual que la sociedad francesa de *château* distaba de ser un fósil sin vida, también su cultura hermana de los salones de París mantenía una cierta vitalidad. Con pocas excepciones, los salones eran más bien aristocráticos que burgueses, especialmente cuando la burguesía miraba hacia el *tout Paris* para certificar y realzar su posición social. En cuanto a riqueza y educación, el aristócrata y el burgués estaban al mismo nivel, pero era el primero quien establecía las condiciones del encuentro. El aristócrata hacía los gestos corporales, faciales y verbales que el burgués no sólo se esforzaba por imitar, sino que, por encima de todo, estudiaba en búsqueda de pistas acerca de su propia condición social insegura.

No era que todos los salones fueran iguales o igual de *snob*. Si bien ninguno carecía de un matiz aristocrático, los salones de la nobleza modesta o falsa eran claramente más literarios y artísticos que los de la *ancienne noblesse,* que no dependía de una levadura intelectual para mantener su renombre. En todo caso, aunque hacía mucho tiempo que Edmond Goncourt había declarado la muerte de los salones y de la alta sociedad, y Léon Daudet consideraba que los cafés los habían sustituido en importancia, al entrar en el siglo XX seguían muy vivos. La cultura de los salones de París era algo así como un sucedáneo de corte para una multitud de aristócratas sin rey y sin aristocracia. La Condesa de Greffulhe y el Conde Boni de Castellane celebraban recepciones majestuosas para los reyes visitantes. Además, ellos y otras luminarias de la más alta sociedad —el Príncipe de Sagan, el Conde de Montesquiou, la Princesa de Polignac— aplaudían

innovaciones tan avanzadas, pero también tan socialmente inofensivas, como el Festival de Bayreuth y los Ballets Russes.

Los salones más exclusivos, generalmente regentados por mujeres, se hallaban en los *hôtels* de moda del Conde Aimery de La Rochefoucauld, el Conde Jean de Castellane, el Conde Robert de Montesquiou, el Marqués de Portes, el Marqués de Dion, el Marqués d'Albufera y el Conde d'Haussonville. En general, aquel modo pseudocortesano era monárquico, católico y nacionalista, y fervientemente anti-Dreyfus. Claro que también había algunos salones auténticamente republicanos, sobre todo los de la Condesa de Greffulhe, Madame Arman de Caillavet, Madame Émile Strauss (*née* Genevieve Halévy, viuda de Georges Bizet), Madame de Saint-Victor, Madame de Pierrebourg, la Marquesa Arconati-Visconti y, en menor medida, Madame Ménard-Dorian. Pero eran anomalías en un grupo de poder social que en general era políticamente desleal. El caso Dreyfus no hizo más que sacar a descubierto las predilecciones reaccionarias de la mayor parte del *tout Paris* y la transmutación de sus leales en republicanos forzados. Pero tanto antes como después de aquella gran divisoria, los salones literarios, musicales y artísticos tenían un aura de refinamiento apolítico que era cualquier cosa menos burgués. Como narra Marcel Proust en *Le Côte de Guermantes,* la aristocracia dominaba los salones y los clubs famosos que forjaban a los *nababs* de los negocios, las profesiones, las artes y la administración pública en una clase dirigente cuyo ánimo era más bien tradicional que moderno.

Otro índice del sello preburgués de la clase dirigente francesa era la supervivencia de los duelos como convención huera, pero no carente de importancia. En Alemania, el duelo estaba limitado a las cofradías estudiantiles y el ejército, y su objetivo era producir una cicatriz facial muy visible como muestra de lealtad al antiguo orden. En París, en cambio, prosperaba en los intersticios de la alta sociedad, donde las espadas y las pistolas revalidaban y reivindicaban el antiguo código del honor. Se ha dicho que entre 1888 y 1895 hubo por lo menos 150 duelos por «asuntos de honor» políticos, periodísticos o literarios. La agitación en torno al Capitán Dreyfus produjo un aumento de los duelos en los diez años siguientes, y hasta 1914 siguieron siendo bastante frecuentes los choques sin sangre por *lèse-majesté* literaria, pues el Gobierno no hacía nada por ponerlos fuera de la ley. Jean Joseph-Renaud y Ronzier Dorcières fueron padrinos o árbitros de unos cuatrocientos enfrentamientos ritualizados y que muchas veces recibían publicidad.

Hacia 1910 también se dio en París una resurrección del dandysmo. Según Baudelaire, el dandysmo tiende a aparecer «en períodos de transición en los que la democracia no es todavía omnipotente

y la aristocracia sólo está parcialmente debilitada o desacreditada». Esencialmente, si no era una reliquia de los modales del pasado, si revelaba la nostalgia de esos modales. Los dandys, muchos de los cuales eran espadachines y usaban monóculo, eran hombres ociosos e improductivos. Constituían una élite, por designación propia, de una elegancia vestimentaria individual artificial pero sencilla, e intelectualmente eran originales, atrevidos e impredecibles. Levantados al mismo tiempo contra los aristócratas que se autoadoraban y contra los filisteos burgueses, pero con mayores afinidades con los primeros, los señoritos animados de París ponían la excentricidad intelectual, estética y sexual por delante del refinamiento material ostentoso.

Claro que tampoco en París trataban todos los magnates no terratenientes de disimular sus orígenes sociales humildes y oscuros. Pero, especialmente en las ciudades de provincias, los hombres de negocios locales que habían logrado éxito vivían en un ambiente de comodidad discreta en barrios exclusivos. Aunque no eran ostentosos y estaban inmunizados contra la tentación aristocrática, aquellos capitalistas ricos no tenían una visión del mundo ni un estilo de vida burgueses. Pero, al contrario que el tradicionalismo cosmopolita, de pura raza y pródigo del *tout Paris,* el suyo era arcádico, sin afectaciones y austero.

Tras el *fin du siècle,* los viejos y los nuevos notables, temerosos del desafío obrero y socialista, se fueron uniendo cada vez más. Esperaban que la Iglesia Católica, que dejó de ser anatema para la burguesía, santificara su unión. De hecho, la burguesía, que había sido anteriormente una fuerza de «progreso democrático, secularización y resistencia a las pretensiones aristocráticas basadas en el origen social», pasó a una resistencia tan inflexible al cambio social que incluso consideró la posibilidad de derrocar a la república que había ayudado a establecer.

Es muy posible que la aristocracia más alta de la mitad austríaca de la Doble Monarquía estuviera excepcionalmente cerrada a las ideas y la sangre nuevas hasta la caída misma de los Habsburgos. Pero pese a su altivo desdén por los principios y los creadores de la sociedad del éxito, la arcaica «primera sociedad» de Austria no era un vestigio moribundo condenado a una muerte instantánea. Esa aristocracia de cuna de 300 a 400 familias gravitaba en torno a la corte del Emperador Francisco José I y, a partir de 1906, también en torno a la segunda corte, la de Francisco Fernando, el heredero, que era el arquetipo del ultraconservador europeo. Básicamente de origen austroalemán y latifundista, aquella *Hofadel* obsesionada por la casta tenía

una influencia enorme en toda la sociedad política, salvo en el impotente Reichsrat, y ocupaba los puestos de mando en la vida social, cultural y religiosa de toda la clase dirigente gobernante.

Claro que tras el levantamiento de 1848 muchos de los principales aristócratas se retiraron de Viena a sus tierras en provincias. Pero aunque convirtieron sus castillos y mansiones en sus residencias principales, también mantuvieron chalets o apartamentos resplandecientes en los barrios más exclusivos de la capital, debido en parte a que Viena era un imán irresistible para sus hijos. Para la generación mayor que se autoperpetuaba, los fines de semana de caza resultaban un escape tonificante y tranquilizante de la vida social rígida y recargadamente coreografiada de Viena, por conducto de la cual la aristocracia seguía mediando su propia reproducción. Aquella vida social, que era al mismo tiempo cosmopolita y austrocéntrica, giraba en torno a los salones de los principescos Schönburg, Schwarzenberg, Metternich, Hohenlohe y Dietrichstein, y a partir de fines del siglo XIX, de los de las condesas Larisch, Lanckoronska, Sternberg, Andrássy y Schlick. Al contrario que la cultura de los salones de las otras capitales europeas, la de Viena tendía no sólo a excluir a la élite intelectual y artística, sino también a la aristocracia de riqueza reciente.

Pero eso no equivale a decir que todo el grupo de poder, que era considerablemente más amplio que ese círculo interno, fuera tan cerrado y resistente a la cooptación de las nuevas élites y a patrocinar a los artistas innovadores. Pues también existía una segunda sociedad aristocrática, y ésta era mucho más numerosa, abierta y heterogénea. Aunque los antiguos feudales desdeñaban a esa nobleza más baja y más reciente, que se calculaba contenía a más de 250.000 hombres, también recurrían a ella para que constituyera los cuadros del *ancien régime*, que garantizaba sus intereses y su destino comunes, y lo defendiera.

De manera más pronunciada en Austria que en ningún otro país, el privilegio del duelo se convirtió en un criterio casi tan importante de pertenencia a la clase alta como la cuna, la riqueza y la educación. Aunque los duelos estaban prohibidos, se toleraban, pues las viejas élites los consideraban al mismo tiempo un derecho y un deber, que se debía negar a las clases bajas, las minorías nacionales y los judíos. Con la llegada del siglo XX, de hecho los duelos se hicieron más frecuentes, y los oficiales de carrera y de la reserva eran los principales, pero ni mucho menos los únicos, fanáticos de ese código y ritual social exclusivo.

En todo caso, las esclusas del ennoblecimiento estaban en buenas manos, pues sólo las abría el emperador con el consejo de sus corte-

sanos, ministros y burócratas de más confianza. El resultado era que todos los aspirantes absorbían e internalizaban el código social de la primera sociedad, que imponía el tono de todo el grupo dominante. Está claro que raras veces, o ninguna, se elevaba a pares del reino a los banqueros importantes, a los grandes manufactureros y comerciantes, a los grandes industriales ni a los profesionales destacados. Pero no era imposible que se les dieran condecoraciones de las órdenes de María Teresa, la Corona de Hierro, las de San Esteban, Francisco José, Leopoldo o Isabel; que los nombraran caballeros, lo cual les permitía insertar entre nombre y apellido la partícula *von,* o incluso que se los hiciera barones no hereditarios *(Freiherr)* en una sociedad en que «no se consideraba hombre a quien no fuese por lo menos barón». A fin de señalar su candidatura, aquellos *grands bourgeois,* concentrados en Viena, asimilaban las normas y los valores de la nobleza y adoptaban de forma conspicua un estilo de vida aristocratizado que facilitaba sus relaciones con la burocracia imperial de la que dependían para conseguir ventajas económicas y progresar en general. Sobre todo, los trepadores sociales más ricos, entre ellos los judíos, adquirían mansiones en la ciudad y casas de campo. En cuanto a estilo y decoración, aquellas residencias estaban copiadas de las de la aristocracia próspera, con la esperanza de entrar en la cultura dominante y mezclarse con ella. Los salones de los nuevos patricios, como los de Josephine von Wertheimstein (antes Wertheim) y Theodor von Hornbostel eran fieles réplicas de originales aristocráticos, aunque algunos de ellos eran menos exclusionistas religiosa y étnicamente, más liberales en lo político y más atrevidos en lo cultural.

Entre 1800 y 1914 hubo en total en Austria unos 9.000 ennoblecimientos. De ese total, algo más de 1.000 títulos se confirieron a banqueros, comerciantes, manufactureros e industriales destacados; mientras a 460 se les recompensó con un mero *von* y a 385 se los hizo caballeros, sólo unos 170 ingresaron en el número de los barones hereditarios. Entre 1867 y 1914, por término medio el 13,6 por 100 de la lista anual de ennoblecimientos, que eran 95 al año, correspondió a hombres de negocios; pero ese promedio se redujo al 8,64 por 100 entre 1885 y 1913. También disminuyó mucho el número de barones y caballeros, mientras que aumentaba el de los meros *von.* Ninguno de los recién llegados procedentes del estamento empresarial (630 en total entre 1867 y 1914) ascendieron a conde ni a príncipe, pues el número de pares hereditarios seguía estando reservado a la nobleza terrateniente, militar y de toga.

Evidentemente, la burocracia administrativa y militar nunca dejó de obtener la inmensa mayoría de los títulos de aquellas listas, en parte por los que se concedían automáticamente a los oficiales que

tenían largos años de servicio y participaban activamente en campañas militares. Si se toma el período de 1700 a 1914, los funcionarios recibieron el 33 por 100 y los oficiales el 50 por 100 de las patentes nobiliarias, con algo más del 12 por 100 para los hombres de negocios y el 5 por 100 para los artistas y personalidades académicas, incluidos los científicos. Entre 1885 y 1914 se ennoblecía a 14 burócratas a 44,14 oficiales —o sea, a 58,14, servidores civiles y militares del Estado— en comparación con 8,65 hombres de negocios y 2,25 artistas y eruditos. Además, todos los años 5,32 servidores del Estado pasaban a ser barones, frente a 1,72 hombres de negocios, y los 26 títulos de conde y dos de príncipe conferidos en ese mismo cuarto de siglo eran promociones en el seno de la casta burocrática, militar y terrateniente.

En general, el régimen de Habsburgo en sus postrimerías fue parco en la concesión de títulos de nobleza, en especial de los más altos, salvo en 1908, cuando Francisco José conmemoró su sexagésimo aniversario de reinado con la creación de 100 títulos no hereditarios y 105 hereditarios. No cabe duda de que algunos plebeyos —hijos de familias de clase media y burguesa— se abrieron camino hacia la «segunda» aristocracia gracias a sus servicios al Estado. Pero para ello tenían que interiorizar la ética habitual del gobierno imperial, igual que los hombres de negocios y los profesionales con ambiciones sociales habían de asimilar el código social y cultural de la alta sociedad vienesa (y los judíos, desde luego, tenían que convertirse al catolicismo). Evidentemente, pese a una entrada considerable de sangre, riqueza y talento nuevos, la «segunda sociedad», por no mencionar a la «primera», siguió siendo sólidamente nobiliaria. Aunque sólo una fracción de los empresarios y los profesionales logró el ennoblecimiento, eso no moderó las ansias aristocratizantes de éstos. El arcaico esplendor, la selectividad y el misterio de la sociedad imperial seguían teniéndolos mesmerizados, tanto más cuanto que carecían de una visión del mundo y de un código social propios. Además, su interminable pero respetuosa espera en las antecámaras del grupo de poder resultaba tolerable gracias a los favores económicos y la participación, aunque fuera periférica o vicaria, en la brillante vida social de la élite de la capital. El distrito vienés de la Ringstrasse era como un enorme salón público en el que se encontraban, sin mezclarse, los diferentes sectores de la alta sociedad. Claro que la Schwarzenbergplatz y la Opernviertel eran el coto residencial de la aristocracia más alta y de la pequeña nobleza de antiguo linaje. Pero los hombres de negocios ricos, los profesionales con éxito y los funcionarios estatales importantes, tanto ennoblecidos como aspirantes a la nobleza, se mudaron en número cada vez mayor a los Börsen —Textil— y Rathausviertel,

donde muchos de ellos compraron o alquilaron sus casas y apartamentos caros a propietarios nobles que habían invertido en fincas urbanas. Los que no eran nobles se mezclaban ansiosos con sus superiores sociales en sus paseos por las calles, los parques y las plazas de la Ringstrasse, o mientras asistían a sus Opernhaus o Burgtheater, visitaban su museo o frecuentaban sus comercios y cafés.

Pero las convenciones de aquella cohabitación no estaban fijadas por el burgués ambicioso, pero inseguro, sino por el aristócrata seguro de sí mismo. Además, el espacio urbano en el que las élites se confundían en una frágil amalgama favorecía la continuación de la preeminencia de la aristocracia. Además de la distribución al estilo Haussmann de las amplias avenidas y del emplazamiento de los cuarteles militares y las comisarías, los barrios del Ring estaban bordeados y diseminados de edificios públicos monumentales y estatuas de estilo implacablemente histórico. Los titubeantes movimientos modernistas del *fin du siècle* se vieron aplastados por un resurgimiento del tradicionalismo durante los años inmediatamente anteriores a la guerra, bajo la influencia retrógrada de Francisco Fernando.

Como ya se ha señalado, incluso la economía de la mitad cisleithánica de la Doble Monarquía siguió siendo claramente preindustrial. En consecuencia, los magnates del sector no agrario eran los banqueros, los comerciantes y los manufactureros de bienes de consumo, y no los capitanes de la industria pesada.

Pero merece la pena señalar algunas características notables del retrasado sector industrial de Austria, pues explican una peculiaridad de la configuración de las clases dirigentes y gobernantes de Viena. Dado lo limitado del mercado interno y la presión de la competencia extranjera, los productores de hierro y acero, productos del metal, material eléctrico y, en menor medida, productos químicos, formaron asociaciones de empresas *(cártels)* para regular los precios y las ventas y ejercer presión en pro de la subida de los aranceles. También establecieron relaciones estrechas con los bancos, que cada vez participaban más activamente en la financiación de empresas y en la promoción de *cártels* que dependían del creciente sistema de subvenciones y protección. Para 1910, esa estrecha imbricación de la banca con la industria y el Gobierno sirvió a Rudolf Hilferding para su concepción teórica y presciente del *Finanzkapital* en un sistema de un capitalismo organizado naciente. Pero Schumpeter veía en esa misma realidad una pauta diferente. A su juicio, los banqueros de Austria-Hungría eran una encarnación ideal-típica de la burguesía y el capitalismo que utilizaba la *classe dirigente* preindustrial a fin de perpetuar su propio poder.

Schumpeter calificaba con toda razón a los banqueros y los industriales, que tenían la clave de la capacidad militar, de personas en «simbiosis activa» con las viejas élites que monopolizaban el Estado. El que más del 80 por 100 de los empresarios bancarios de Austria fueran judíos, aunque muchos de ellos conversos, hacía que a las élites inveteradas les resultara mucho más fácil seguir teniendo a sus ayudantes indispensables en posiciones de subordinación.

Aquellos financieros judíos nunca adquirieron una posición social proporcionada a su importancia económica. No eran *hoffähig* ni *salonfähig,* y tampoco se los consideraba dignos de batirse en duelo. Con una o dos excepciones notables, no se los recibía en Schönbrunn ni los invitaba la nobleza de nacimiento, terrateniente ni de toga a sus mansiones de la ciudad ni a sus mansiones campestres. Para compensar ese ostracismo social, y con la esperanza de subir de posición, la nobleza judía del dinero se convirtió en clienta asidua de las artes (ópera, música sinfónica, el teatro, la pintura) y en gran donante a las obras de beneficiencia.

Análogamente, aquellos banqueros y sus colegas eran impotentes políticamente. No tenían fuerza en ninguno de los partidos políticos ni en el Parlamento, y en sus tratos con los Ministerios de Hacienda, de Industria y de Relaciones Exteriores seguían estando en posición de suplicantes y pedigüeños. En consecuencia, no podían introducir cambios en las políticas comercial, fiscal ni diplomática, que ideaba y ejecutaba la clase gobernante de siempre en estrecha colaboración con los agrarios austro-alemanes y magyares. Los financieros y hombres de negocios judíos reprochaban a esos agrarios unos aranceles que, al inflar los precios de los alimentos, estimulaban la inquietud social. Además, creían que al incitar a otras naciones a adoptar medidas en represalia, aquellos aranceles iban en perjuicio de las exportaciones austro-húngaras de manufacturas y de su balanza de pagos. Lo que los hombres de negocios y los banqueros judíos querían eran tratados comerciales que permitieran la entrada de alimentos baratos, especialmente de los países balcánicos, incluida Serbia, a cambio de mercados preferenciales para los productos manufacturados de Cisleithania.

Desde luego, aquella *grande bourgeoisie,* en gran parte judía, de las finanzas y los negocios carecía de la fuerza política necesaria para dictar un rumbo más liberal. Como daba prioridad a las utilidades y los intereses económicos, nunca consideró verdaderamente la posibilidad de renunciar a su posición privilegiada, pero rebajada. Aunque el grupo de poder, especialmente en Viena, toleraba o fomentaba el antisemitismo, los empresarios judíos no sólo aceptaban, sino que buscaban y solicitaban activamente favores, honores y títulos. Aunque

trataban de mejorar su baja posición social con su protección a las artes, aspiraban a demostrar sus virtudes cívicas y su gratitud por los favores económicos con una actitud ferviente de *kaisertreu,* especialmente en momentos de crisis internacional. No se proponían romper con el sistema imperial ni renunciar al lugar que ocupaban en el bloque hegemónico, aunque se los tratara como a parias sociales, y estaban condenados a ser cómplices de una política interior y exterior que iba en contra de su dignidad y de su bienestar a largo plazo.

Como los judíos tenían una importancia desproporcionada no sólo en la banca, sino en el comercio, la manufactura y la industria, así como en las profesiones y en las artes, sus homólogos en la sociedad austro-germana dominante y sus simpatizantes en la clase dirigente y gobernante hubieran tenido que aceptarlos plenamente para que el proyecto liberal y burgués llegara a ser una posibilidad histórica real. Pero lo que ocurrió fue que el antisemitismo, latente pero también cada vez más activo, que impregnaba incluso a las nuevas élites económica, profesional y cultural obstaculizó gravemente la consolidación de una masa crítica que pudiera montar y mantener una alternativa burguesa creíble en y al *Ancien Régime.* Debido en parte a ese fallo fatal, la burguesía capitalista, la clase media profesional y la *intelligentsia* cosmopolita siguieron siendo demasiado débiles y sumisas para plantear un desafío eficaz a la hegemonía de la *classe dirigente.* De hecho, el elemento feudal seguía teniendo suficiente fuerza para continuar aprovechando la energía económica y financiera de los capitalistas empresariales y la experiencia de los cuadros técnicos e intelectuales sin concederles acceso a la sociedad política, en gran parte porque estaba en condiciones de utilizar las recompensas materiales y el señuelo de la promoción social para restar fuerza a sus aspiraciones políticas.

En Hungría, la burguesía empresarial y profesional era todavía más reducida que en Austria, y por ende tenía menos posibilidades de medirse con los magnates terratenientes y la nobleza militar y de toga. Debido en parte a que la altiva clase dirigente y gobernante magyar despreciaba las actividades empresariales, el terreno estaba totalmente abandonado a la empresa no magyar. Especialmente los empresarios alemanes y austríacos se hicieron con un lugar considerable de los sectores avanzados no agrarios de la economía transleithánica. Pero debido a sus vínculos económicos exteriores y sus lealtades políticas, su influencia era limitada, sobre todo desde que se inició el movimiento en pro de la «independencia» magyar. En todo caso, cualquiera fuese la importancia de ese capital extranjero, siguió ocupando una posición social y política subordinada.

Lo mismo cabía decir de los negocios y la banca judíos, que no tenían relaciones con el exterior. Para 1914 había en Transleithania un millón de judíos, o sea, aproximadamente el 5 por 100 de una población de 18,3 millones de habitantes. La mayoría de ellos había llegado del este para aprovechar las leyes de emancipación de 1848-1849. Casi el 75 por 100 de los judíos activos trabajaban en la industria, el comercio y la banca, y otro 9 por 100 en las profesiones liberales. Casi el 25 por 100 de la población judía estaba concentrada en Budapest. En la capital. los judíos ascendían a 200.000 de sus 800.000 habitantes, y constituían el 65 por 100 de la población activa en el comercio, el 90 por 100 en las finanzas y el 25 por 100 en la pequeña manufactura. Diez familias judías —entre ellas los Ullman, los Fellner, los Kornfeld y los Lánczy— poseían los mayores bancos húngaros, y por conducto de ellos, al igual que en Austria, controlaban también buena parte del comercio, la manufactura y la industria en gran escala.

Los judíos, agradecidos por gozar de tanto espacio cívico y económico, se convirtieron en la más leal de todas las nacionalidades sometidas de Transleithania. Aunque eran raros la conversión y los matrimonios mixtos, los judíos aprendieron encantados el idioma magyar e incluso se convirtieron en fervientes magyarizadores entre las otras minorías nacionales. En virtud del derecho limitado de voto, su condición económica y académica relativamente privilegiada les daba, junto a la pequeña nobleza, un voto desproporcionadamente numeroso en las elecciones. Especialmente en Budapest, donde una de cada dos personas con derecho a voto era judía, aportaban una amplia base electoral al conservadurismo político.

Parece caber poca duda de que en el transcurso del siglo XIX los judíos constituían la mayor parte de la élite empresarial y profesional de Hungría. La clase magyar dirigente y gobernante reconocía perfectamente, e incluso agradecía, la vital aportación que hacía aquella comunidad que valoraba su separación religiosa, cultural y social. Entre 1800 y 1918 ennobleció a miles de judíos del sexo masculino de unas 350 familias diferentes, a 28 de los cuales se les concedieron títulos con rango de barón. Además, se nombró a 17 judíos para la Cámara Alta del Parlamento, y 10 pasaron a ser consejeros privados. Aquellos nombramientos tendían a ir apareados con títulos de nobleza y con la conversión religiosa.

Casi todos aquellos nobles se crearon tras el Compromiso de 1867, y por lo menos la mitad de ellos entre 1900 y 1914, cuando se elevó a 25 judíos a baronías hereditarias y se concedieron a 300 judíos títulos de nobleza personales. Casi dos tercios de aquellos nobles vivían en Budapest, donde la inmensa mayoría de ellos se dedicaba a las

finanzas, el comercio y la industria. En 1913, los judíos dominaban los consejos de administración de los mayores bancos, la Bolsa de valores, la Cámara de Comercio y la asociación de industriales, y más de la mitad de aquellos consejeros de administración judíos recibió títulos de nobleza.

Muchos de los millonarios judíos de Hungría acumularon su «primer» capital en el comercio interno, el comercio exterior y la manufactura relacionados con la agricultura, sobre todo en actividades de comercio de cereales y molinería, en destilerías, ingenios de azúcar y aserraderos. Tras esa acumulación primaria, Brüll, Lipót Popper, Hatvany-Deutsch, Manfréd Weisz, Károly Kohner y Mayer Krausz se diversificaron hacia la banca, la Bolsa y la industria. No es sorprendente que la inmensa mayoría de los nobles judíos que vivían en ciudades distintas de Budapest practicaran las mismas actividades. Eso no significa que los judíos no poseyeran tierras. En 1893 había 46 miembros de la nobleza judía que figuraban entre los 1.000 mayores terratenientes de Hungría, y tres de ellos estaban entre los 100 mayores. En términos más generales, en 1910 el 20 por 100 de los propietarios de más de 500 hectáreas eran judíos, igual que el 19 por 100 de los propietarios de 40 a 200 hectáreas. Sin duda, la búsqueda de posición y ascensión sociales explicaba en gran medida esta compra de tierras en un período en que la mayor parte de los notables judíos adquirió casas de campo. Pero ni siquiera los capitalistas judíos que se habían convertido, poseían fincas campestres y tenían estrechas relaciones de negocios y profesionales con la gran aristocracia, los ministerios del Gobierno y los partidos políticos oficiosos se vieron jamás verdaderamente aceptados en la alta sociedad.

Entretanto, la pequeña nobleza radical y la baja clase media en particular se estaban haciendo de un antisemitismo estridente, en buena medida porque los judíos se habían convertido en unos competidores formidables en las profesiones liberales y en la burocracia estatal. Bastante más del 50 por 100 de los médicos y los abogados de Budapest eran judíos. Los portavoces por designación propia de la pequeña nobleza en decadencia y de la *petite bourgeoisie* denunciaban a los judíos por formar la vanguardia de la modernización capitalista que iba erosionando al Antiguo Régimen, y acusaban a los círculos dirigentes y gobernantes de tolerar esa corrosión insidiosa. Pero en Budapest nunca existió un equivalente del Movimiento Cristiano Social de Viena ni un Karl Lueger. Como la capital de Hungría era más pequeña y menos industrial, tenía una reserva más reducida de frustración y descontento *petit-bourgeois*. Además, los propios judíos estaban muy representados en la clase intermedia de pequeños arte-

sanos independientes y pequeños comerciantes que constituían, como siempre, el ejército de reserva de la política ultraderechista y antisemita, y seguían siendo leales a los políticos y los burócratas conservadores que habían sido sus defensores. En cuanto a los rebeldes dentro de la comunidad judía, sobre todo los profesionales y los intelectuales jóvenes, se hicieron partidarios de la democracia radical y la socialdemocracia, con lo cual brindaron otro blanco cómodo a los ultraconservadores que acusaban a los judíos de subversión multiforme.

La importancia de los judíos y el estigma de su condición no hacían más que aumentar la debilidad natural de la burguesía y la clase media frente a los grandes terratenientes y la nobleza militar y de toga, en alianza discordante, pero a fin de cuentas sólida. A la *classe dirigente* preindustrial de Hungría no le resultaba difícil utilizar a los llamados mercantilistas sin darles acceso al círculo interno del poder. En particular, los círculos dirigentes o gobernantes que defendían o aceptaban la modernización capitalista gradual y burocrática como estrategia de defensa política y social, estaban dispuestos a conceder a la burguesía subvenciones, exenciones fiscales y aranceles a cambio de su apoyo político contra la *fronde* aristocrática y la pequeña nobleza radical. Hasta fines del siglo XIX esa estrategia funcionó muy bien: los magnates agrarios, los burócratas de la pequeña nobleza y los mercantilistas burgueses colaboraban para mantener esencialmente inmutables el Compromiso y el orden social establecido.

Pero con el *fin du siècle* esa síntesis conservadora, que no era ni liberal ni liberalizadora, empezó a sufrir ataques. Una extrema derecha de aristócratas, pequeña nobleza y *petits bourgeois* asediados se propuso reducir o eliminar la influencia y el poder de la burguesía, que ellos exageraban y deformaban sistemáticamente. Pese a las acusaciones de aquella *fronde* mixta, los mercantilistas no eran una fuerza liberal ni ocupaban el poder, aunque eran los promotores de una industrialización, una urbanización y una burocratización lentísimas que iban desfigurando al antiguo orden a paso de tortuga.

En Rusia, ni las reformas de 1861 ni las de 1905 cambiaron mucho las relaciones señoriales y autocráticas de clase, posición y poder. De forma muy parecida a Alemania y Austria-Hungría, la modernización capitalista se iba imponiendo por la fuerza al *Ancien Régime*. La nobleza militar y de toga desempeñó un papel importante en la determinación de la forma, el alcance y el ritmo de la industrialización, cuyos imperativos eran tanto nacionales como internacionales. Las causas, los objetivos y los resultados de la guerra de Crimea y de la

guerra ruso-japonesa constituyeron una demostración de esa estrecha interpenetración de los asuntos internos y los exteriores. En todo caso, sin el desarrollo económico fomentado y orientado por el Gobierno, cuyo principal símbolo llegó a ser la construcción de ferrocarriles, las mutaciones de la estructura de clases y de condición social de Rusia se hubieran producido a un ritmo todavía más glacial. Al mismo tiempo, jamás cupo la menor duda de que los tres últimos zares y sus ministros, y en particular Nicolás II, atribuían más importancia a mantener el antiguo orden que a reformarlo para dar cabida a las nuevas fuerzas e ideas que su propia modernización renuente aceleró.

La nobleza terrateniente era la clase dirigente de Rusia, pero no la gobernante. Esta última estaba formada por un enorme estamento burocrático que, pese a sus estrechos vínculos con la tierra, era totalmente independiente de ella. De hecho, a su propio estilo las noblezas terrateniente, militar y de toga estaban más comprometidas con la autocracia de lo que lo estaban entre sí.

Con algunas excepciones destacadas, la condición de los nobles rusos no se derivaba de derechos territoriales ni de reivindicaciones ancestrales, sino de sus servicios leales y prolongados a la autocracia. Desde hacía siglos los zares conferían títulos por servicios militares y civiles a la corona. Aunque muchas de las patentes de nobleza habían comprendido la concesión de grandes fincas, con el tiempo había dejado de ser así. Cada vez eran más los nobles que no tenían tierras, o casi. Al contrario que los apellidos de las otras noblezas europeas, los de la aristocracia rusa no tenían partículas, prefijos ni títulos que la relacionaran con la localidad en que habían nacido o donde tenían sus tierras o residencias. Además, para 1914 la mayoría de los funcionarios de carrera ennoblecidos vivían de sus sueldos estatales, sin gozar de una renta complementaria de la tierra. Pero la otra mitad del estamento de toga, que probablemente era la que gozaba de más influencia, seguía manteniendo vínculos con la tierra: la familia imperial extendida, encabezada por el zar reinante, poseía extensiones enormes, y la nobleza terrateniente rusa, pese a sus divisiones internas, seguía siendo el grupo político de presión más poderoso y eficaz.

En comparación con los Hohenzollern y los Habsburgo, los Romanov concedían títulos con bastante liberalidad. Existía un escalafón de 14 grados paralelos para los militares y los funcionarios civiles, en el cual se hacía más hincapié en la antigüedad en el servicio que en los méritos contraídos. Hasta 1896, los oficiales de origen no noble podían transmitir su título en cuanto llegaban al rango decimocuarto, el más bajo, mientras que los burócratas civiles de baja cuna tenían que ascender al octavo grado para lograr esa distinción. A partir

de 1896, y con objeto de no inflar la «nobleza», los grados séptimo y quinto, respectivamente, eran los únicos que conferían derechos y privilegios hereditarios. Además de esas promociones automáticas a la nobleza, el zar tenía facultades discrecionales para conferir patentes de nobleza, tanto hereditarias como no hereditarias, mediante su lista personal de honores. A partir de 1822, los zares confirieron la mayor parte de esos ennoblecimientos no automáticos de plebeyos mediante las órdenes de San Jorge, San Vladimiro, Santa Ana y San Estanislao. El grado primero, o hereditario de esas órdenes, siguió siendo relativamente raro.

En 1858 había unos 610.000 nobles hereditarios en las 50 provincias de la Rusia europea (cifra que se reduciría a la mitad si se excluyeran las nueve provincias bálticas, rusas blancas y lituanas, que tenían un número desproporcionadamente elevado de nobles polacos y alemanes). En aquella época había además unos 277.000 nobles personales designados por el zar. Para 1897, esas cifras se habían elevado a 886.000 y 487.000 respectivamente, o sea, en total a 1.137.000 nobles de ambos sexos, un 55 por 100 de los cuales, aproximadamente, poseían tierras. Aunque a primera vista ese aumento parece asombroso, merece la pena recordar que la población en su conjunto aumentó con una rapidez mayor, y que fueron unos años de considerable expansión burocrática y militar. A lo largo del siglo XIX, la proporción relativa de recién llegados permaneció fijada entre el 7 y el 8 por 100. En consecuencia, aunque un número cada vez mayor de plebeyos fue ingresando en el primer estamento por la vía del escalafón o cuadro de grados y de las órdenes honoríficas, no desafiaron el predominio de las familias nobles más antiguas, ni diluyeron a éstas.

Había una cantidad impresionante de nobles de sangre azul y título que contaban sus antepasados hasta antes de 1685. En 1900 había unas 800 de esas familias distinguidas de príncipes, condes y barones, sobre todo en Georgia y Polonia, y entre ellas 40 familias de príncipes que decían descender de la casa reinante de la Rusia de Kiev. Además, a fines de siglo más del 45 por 100 de la nobleza hereditaria estaba concentrada en los nueve *guberniya* occidentales (Grodno, Kiev, Kovno, Minsk, Mogilev, Podolia, Vilna, Vitebsk, Volhynia), y un 15 por 100 aproximadamente en las *guberniya* en en torno a San Petersburgo y Moscú —o sea, en total por lo menos un 60 por 100—. En 1910 había en San Petersburgo 75.000 nobles hereditarios y 63.000 nobles personales. Esas 138.000 personas, más las que estaban a su cargo, representaban el 7,2 por 100 de la población de la capital. Sólo una cuarta parte, aproximadamente, de

esos nobles vivían de sus tierras y pocos de ellos se encontraban en el mundo de los negocios y las finanzas, pues la mayoría eran funcionarios. Aun así, la nobleza antigua y terrateniente siguió teniendo una influencia desproporcionada no sólo en la sociedad de San Petersburgo, sino también en la corte y la burocracia.

El que hasta 1914 la nobleza representara aproximadamente el 1,5 por 100 y el 7,5 por 100 aproximadamente de la población del país y de la capital, respectivamente, perpetuó probablemente la pasión por la nobleza de los trepadores sociales de los sectores cultos y con aspiraciones de la sociedad, tanto más cuanto que esos sectores eran relativamente reducidos (dicho sea de paso, en 1789 había unos 300.000 nobles de todas las variedades en Francia —o sea, el 1,5 por 100 de la población).

Evidentemente, esa nobleza era enormemente heterogénea: antigua y nueva, cosmopolita y provinciana, rica y pobre, terrateniente y burocrática, de los negocios y profesional. Existían gradaciones muy acusadas en cuanto a posición social, influencia y poder. Cuanto más alto fuera el grado oficial, más complicados se hacían no sólo los uniformes de gala, sino los tratamientos (que iban desde «Bien nacido» hasta «Excelentísimo»). Y huelga decir que en relación con los puestos funcionales y los ascensos, así como con los nombramientos para altos cargos, los nobles hereditarios gozaban de grandes ventajas. En 1903, la mayor parte de los generales de todos los grados habían nacido nobles (10 de los 140 generales de cuatro estrellas eran miembros de la familia imperial), aunque la mayor parte de los tenientes generales y los generales de división tenían pocas tierras o ninguna. Dicho en otros términos, los principales mandos del ejército y los altos funcionarios seguían siendo de origen noble y ascendían en el interior de castas de servicio que, pese a estar muy diluidas con plebeyos, mantenían y reproducían no obstante su mentalidad, su porte y su red de conexiones señoriales. Como el zar escogía a sus colaboradores más íntimos casi exclusivamente entre esa misma burocracia civil y militar, estaban seguros de perpetuar la ética imperiosa por conducto del mecanismo del Estado. Claro que algunos de los ministros y los asesores clave del último de los Romanov —Giers, Kornilov, Kurcpatkin, Plehve, Pobedonostsev— procedían de la clase media. Pero, como requisito previo a que se los pidiera ingresar en el círculo íntimo del poder de Nicolás II, no sólo habían adquirido la condición de nobles por la vía mecánica del escalafón, sino que además habían demostrado que tenían asimilada la visión consagrada del mundo. De hecho, probablemente compensaran sus humildes orígenes al convertirse en campeones especialmente celosos del *Ancien Régi-*

me. En todo caso, no diluyeron el estamento de toga con actitudes burguesas ni liberales.

No cabe duda de que hasta el Risorgimento la gran nobleza terrateniente, casi inseparable de la jerarquía aristocrática eclesiástica, había dominado prácticamente en la clase dirigente italiana. A partir de entonces pasaron al primer plano los elementos mercantiles y profesionales, pero mucho más en la clase gobernante que en la dirigente. No es cierto que tras la unificación la nobleza italiana, tanto del norte como del sur, entrase en descomposición en picado y se quedara con muy poco más que su condición social en rápida decadencia. Lo que es más importante es que, como los dirigentes del Risorgimento tenían miedo a las clases bajas, se cuidaron mucho de enfrentarse con la nobleza terrateniente, a la que ellos y sus sucesores consideraban una fuerza indispensable para mantener el orden en la sociedad italiana, tan rural y agraria.

El propio Conde Camillo Benso di Cavour personificaba una característica destacada de la clase dirigente italiana desde el siglo XIV. Como hijo menor de una familia noble, hizo fortuna con sus actividades en la agricultura y las finanzas sin traicionar ni envilecer su casta en modo alguno. Desde hacía siglos, la nobleza italiana había sido una amalgama de familias agrarias y mercantiles. Mientras que los grandes del capitalismo mercantil adquirían fincas campestres y títulos, las viejas familias nobles se diversificaban en el comercio interior y exterior. Pero la fusión gradual entre ellas adoptó una forma nobiliaria. Los comerciantes y los banqueros ricos renegaron de sus propios orígenes sociales mediante la adquisición de grandes extensiones de tierras y la búsqueda de títulos. El resultado fue que incluso las ciudades, cuya vida misma dependía del capitalismo comercial, engendraron un patriciado que era sobre todo noble.

Claro que la nobleza italiana nunca gozó de las prerrogativas militares de los junkers ni de las ventajas de la plataforma nacional en la que la nobleza inglesa forjó sus convenciones y su influencia políticas. Incluso así, la élite era más feudal que burguesa. Pese a la abolición del feudalismo, los campesinos seguían teniendo relaciones feudales con sus patronos en una sociedad agraria en la cual seguían predominando los latifundios. Los señores de la tierra seguían manteniendo su control extravagante debido en gran medida a que el gran crecimiento demográfico obligaba a los minifundistas y a los jornaleros a aceptar su propia superexplotación. Además, en caso de revueltas rurales, los grandes propietarios siempre podían utilizar a sus auto-

ridades o influencias políticas locales o regionales para conseguir que el Estado restableciera el orden.

En todo caso, es muy posible que, en proporción, la nobleza italiana, comprendido su componente aristocrático, fuera la mayor de Europa. En parte era invisible, porque salvo los nombres principescos que figuraban en el *Almanach de Gotha,* resultaba difícil distinguir los nombres de los nobles de los de los plebeyos. Aunque se deje margen para quienes alargaban artificialmente sus nombres, no resultaba fácil distinguir a la mayor parte de la nobleza por sus meros nombres. Pero seguía habiendo grandes familias de reputación local, regional e incluso nacional.

Aunque la aristocracia de la capital estaba dividida entre papistas «negros» y nacionalistas «blancos», constituía un grupo de poder social formidable. Los descendientes de los papas y los cardenales eran los nobles más antiguos y más ricos. No causa sorpresa que a partir de 1870 los Barberini, los Borghese y los Chigi, así como la mayor parte de los Colonna y los Orsini, se negaran a traspasar su lealtad del Vaticano al Palacio del Quirinal. Incluso entre los miembros de la pequeña nobleza romana eran pocos los nacionalistas confesos, aunque a veces aquella pequeña nobleza se sumaba a la nobleza reciente de comerciantes y banqueros que estuvieron entre quienes primero gravitaron hacia la corte de la Casa de Saboya. En resumen, la primera aristocracia romana, con pocas excepciones, apoyaba al Santo Padre en su enfrentamiento con la nación secular italiana, mientras que el resto de la nobleza daba su apoyo a las fuerzas conservadoras de la sociedad civil y política posterior a la unificación al concentrarse en torno a la corona.

Más al sur, la nobleza era menos clerical y más feudal. Cabe decir de los antiguos reinos de Nápoles y Sicilia que estaban abarrotados de nobles. Había príncipes y duques a docenas, así como incontables *marchesi* y barones. Aunque los más ricos de ellos eran terratenientes absentistas que exhibían su cargante eminencia en visitas periódicas, la mayoría de ellos se quedaban en sus tierras o cerca de ellas, donde además ejercían poder político y tenían un peso social y cultural enorme.

Aunque muchos de los grandes terratenientes del sur eran unos agrarios atrasados que despreciaban cualquier otra actividad profesional, sus homólogos al norte de los Apeninos eran considerablemente más eficaces y empresariales, debido en gran parte a que se veían sometidos a la competencia cada vez mayor de los capitalistas agrarios agresivos que carecían de títulos. La Emilia, y en especial el valle del Po, contenían avanzadillas de agricultura comercial intensiva. Como ya se ha señalado, Bolonia era la capital septentrional de

la agricultura capitalista. Aunque los notables terratenientes estaban en relativa decadencia, como ocurría con los condes Cavazza, Isolani, Malvezzi, Mazzacorati y Salina, mantenían su primacía social y eclipsaban a los terratenientes sin título, como Enrico Pini. No sólo en Bolonia, sino en las ciudades del Piamonte y la Toscana, la nobleza terrateniente con títulos mantenía su primacía en los patriciados locales.

No existen prácticamente estudios de la nobleza y el ennoblecimiento en la Italia del siglo XIX, y tampoco hay perfiles de las listas de honores de la corona a partir de 1870. Pero eso no significa que a partir de 1848 o 1870 la burguesía superase totalmente a la nobleza. La Italia contemporánea heredó una nobleza auténtica, con algunas familias que podían trazar sus linajes hasta la época romana, la medieval o principios de la Edad Moderna, y otras, como la familia Torlonia de Roma, al inteludio napoleónico relativamente breve, e incluso otras a un pasado más reciente. A lo largo de siglos, los títulos los habían conferido o convalidado reyes, papas, repúblicas, ciudades, órdenes de caballería y familias gobernantes venerables. Además, y quizá en mayor medida que ninguna otra sociedad europea, la italiana estaba consumida por el ansia de nobleza, a juzgar por la usurpación y el abuso masivos de los títulos. Los títulos personales y no hereditarios se transmitían de forma irregular a los descendientes, y muchas veces los títulos que no se podían transmitir sino por la línea masculina primogénita se ampliaban a los hijos menores y las hijas. Pero, además de éstas y otras manipulaciones incorrectas de los títulos verdaderos, había innumerables plebeyos que sencillamente se inventaban títulos. Aquel abuso llegó a tales proporciones que el régimen tomó nota oficial del asunto. En junio de 1889, la corona estableció el registro del Colegio de Armas (Consulta Araldica del Regno), y en julio de 1896 ordenó al Ministerio del Interior que codificara normas jurídicas sobre el uso de títulos y el procesamiento de los usurpadores. En febrero de 1903 Giolitti, en su calidad de Ministro del Interior, comunicó a todos los prefectos que el Colegio de Armas seguía recibiendo denuncias de «uso indebido y usurpación de títulos». Giolitti, decidido a poner freno a «este intolerable estado de cosas», encargó a los prefectos que impusieran la observancia de las normas de 1896 y denunciaran a los «transgresores» ante los órganos judiciales competentes.

A partir de 1906 se empezaron a publicar registros regionales, y en 1922, sin contar la página en la que se enumeran los 20 príncipes y princesas de la Casa de Saboya, el *Elenco officiale nobiliare italiano,* puesto al día, tenía nada menos que 1.015 páginas, con un promedio de, por lo menos, 12 entradas por página. Un estudio a fondo de

los registros regionales y nacionales oficiales, del autoennoblecimiento, de la concesión de las órdenes menores y de las condecoraciones es lo único que podrá revelar la medida en que los recién llegados a las cumbres de la economía y las profesiones de Italia trataban de trepar al grupo de poder social más antiguo. Pero, *prima facie,* parece que, al igual que sus predecesores del principio de la Edad Moderna, muchos de ellos ansiaban sumarse a la nobleza tradicional, con lo cual apuntalaban el reinado social y cultural de ésta. Claro que aquella élite ancestral ya no gozaba de la misma preeminencia en la política ni en el gobierno. Pero aun así no se puede desechar su influencia política con el argumento de que entre 1870 y 1941 el Marqués Antonio di Rudini, con su monóculo, y el Barón Sidney Sonnino fueron los únicos nobles con título que actuaron como primeros ministros, ni con el de que la nobleza, al igual que tantas otras cosas de Italia, estaba demasiado inconexa como para constituir una Cámara Alta hereditaria coherente. Al unirse en torno a la monarquía, aportar los altos mandos militares y proteger a la Iglesia, la nobleza apuntaló al *Ancien Régime.* Resulta significativo que tanto Rudini como Sonnino fueran portavoces de la *destra* conservadora, con la que colaboraba incluso la irreconciliable nobleza «negra» a fin de mantener el *statu quo* tanto a nivel local como nacional.

Parecería, pues, que hasta 1914 las noblezas terratenientes, militar y de toga entremezcladas de toda Europa seguían siendo las que predominaban en las clases dirigentes. Salvo en Inglaterra y en Francia, también mantenían su primacía en la sociedad política. Su posición era sólida y temible, no precaria y pretenciosa, precisamente porque su inmenso capital no era sólo cultural y simbólico, sino también económico. Claro que su resistente base material probada con el tiempo se estaba viendo minada por la decadencia relativa del sector agrario. Pero las noblezas, en especial los magnates que formaban parte de ella, apuntalaban sus fortunas en decadencia mediante la obtención de apoyos estatales, la inversión en el sector no agrario y la adopción de estrategias matrimoniales bien ideadas.

Los *grands bourgeois* en ascensión y con aspiraciones tenían poco más que su capital económico con que desafiar a ese alto grupo de poder amplio, coherente y formidable. Se hallaban en desventaja en todos los aspectos importantes: sociales, culturales y políticos. Se reconocía que el futuro era suyo, pero de momento las noblezas les bloqueaban el camino. Los nuevos grandes hombres de los negocios y las profesiones, que dudaban de su propia legitimidad y no se hallaban en condiciones de subvertir ni conquistar a las clases dirigentes más antiguas, decidieron imitarlas, mimarlas y sumarse a ellas.

Capítulo 3

LA SOCIEDAD POLITICA Y LAS CLASES GOBERNANTES

El eje del Antiguo Régimen

En 1914 Europa no era sólo muy agraria y nobiliaria, sino además monárquica. El republicanismo era algo tan raro como el capitalismo financiero. Claro que existían la inveterada Confederación Helvética y la recién nacida República Portuguesa. Pero de las grandes potencias, Francia era la única que tenía un régimen republicano. Aunque atacada por los monárquicos y católicos irreconciliables, tanto antiguos como recientes, la Tercera República perduraba como país sin rey, pero con aristocracia. Las otras naciones tenían ambas cosas, las testas coronadas y las noblezas, que se utilizaban y se necesitaban las unas a las otras. Las noblezas combinaban su predominio social con una influencia y un poder políticos desproporcionados. Utilizaban sus enormes posibilidades políticas para frenar su decadencia económica crónica, que, de haber continuado sin obstáculos, hubiera puesto en peligro su elevada condición. Especialmente, a juicio de las noblezas terratenientes, los sistemas de autoridad que atendían a sus deseos de manera desproporcionada eran baluartes indispensables de su privilegiada situación económica, social y cultural. No cabe duda de que los *anciens régimes* se habrían contraído antes y con mayor velocidad de no haber gozado de aquel blindaje político protector.

Los principales pensadores sociales se han enfrentado con la intrincada relación entre poder político, poderío económico y condición social. Lejos de considerar la dominación de clase en términos puramente económicos, Marx y Engels exploraron la dependencia recíproca de los factores económicos, sociales y políticos en diferentes eras históricas

para obtener una percepción de las configuraciones del poder en sus propios tiempos. Aunque sobreestimaron la velocidad y el alcance del crecimiento del capital manufacturero e industrial, nunca pasaron verdaderamente por alto la persistencia de las formas más antiguas de la propiedad y el capital inmobiliarios. Además, insistieron en que los gobiernos que mediaban en los conflictos entre los propietarios de diversos tipos de bienes y de capitales tenían grados diversos de autonomía. De hecho, Marx insistía explícitamente en que el Estado era «una entidad separada ajena a la sociedad civil y externa a ella», y en que «la independencia del Estado no se encontraba hoy día más que en los países donde los estamentos no han avanzado plenamente hasta su conversión en clases, donde los estamentos, desaparecidos en los países más avanzados, todavía tienen un papel que desempeñar, y donde existe una mezcla, países ... en los que ningún sector de la población puede lograr el predominio sobre los demás».

Naturalmente, Marx preveía que en cada país la burguesía capitalista se enfrentaría con el estamento terrateniente —cuyos miembros se comportaban cada vez más como una clase política— hasta el momento en que las burguesías nacionales predominasen en todos los gobiernos en un sistema mundial de estados competidores. Pero, a juzgar por sus escritos no filosóficos y no teóricos, Marx advertía cabalmente que la sociedad política aún no había llegado a convertirse en un mero instrumento de dominación burguesa, pues las fracciones preburguesa y no burguesa de clase seguían teniendo una influencia y un poder político enormes. Análogamente, Engels reconocía que el desarrollo capitalista industrial no se veía «seguido por ningún cambio inmediato correspondiente de la estructura política». A su juicio, «la sociedad se iba haciendo cada vez más burguesa, mientras que el orden político seguía siendo feudal». No cabe negar que en su concepción ideológica Marx y Engels previeron sociedades capitalistas en las que la burguesía monopolizaría y utilizaría el Estado para someter al proletariado asalariado. Pero en su análisis político y su praxis historicizados nunca dejaron de enfrentarse con la cuestión de la función de las sociedades políticas autónomas que distaban de ser neutrales siempre que actuaban para contrarrestar y conciliar los intereses de la nobleza terrateniente en decadencia con los de la burguesía capitalista en ascensión, en beneficio de la primera.

A partir de 1848, en sus escritos teóricos Marx se centró en la economía del capitalismo, al mismo tiempo que en sus artículos periodísticos, sus cartas y sus folletos de inspiración conceptual, sobre todo en *El 18 Brumario de Luis Napoleón,* se ocupaba de las acontecimientos políticos. Aunque él y Engels trataban de comprender y revelar la dinámica de las conexiones mutuas entre la sociedad civil

y la política que desembocaban en la represión y la guerra, lo hacían con una concreción histórica, y no en búsqueda ni en aplicación de una teoría política coherente, que en todo caso repudiaban.

Max Weber fue en dirección casi opuesta, en especial tras su clase inaugural pronunciada en Friburgo en 1895, en la que, al igual que Engels, destacó la falta de congruencia entre la sociedad y la comunidad política en el segundo imperio alemán. Weber, que destacaba los acontecimientos sociales y económicos en sus artículos sobre asuntos contemporáneos, se ocupaba en su labor teórica de la sociedad política. Concretamente, y como parte de su interpretación discursiva de los conceptos y los tipos ideales, elaboró una tipología de tres formas de autoridad o dominio públicos: carismática, tradicional y burocrática. Pero apenas si examinó las estructuras y los procesos de sistemas políticos concretos, probablemente porque temía descubrir que ninguno de ellos se ajustaba a su interpretación. Weber jamás se enfrentó con las complejidades estructurales de unos sistemas de gobierno que eran sumamente mixtos y por lo tanto estaban sometidos a peligrosas tensiones. Sobre todo, temió más que exploró los impulsos represivos de los sistemas modernos y contemporáneos de autoridad. En su lugar, Weber se centró en la presión favorable a la legitimación simbólica e ideal por parte de los actores políticos en presencia.

Thorstein Veblen aportó una perspectiva más al estudio de la estática social y política. En su sistema, las clases ociosas que se veían superadas por los acontecimientos se convertían en obstáculos al progreso y en campeones de lo anticuado. Aunque la resistencia de esa élite rica también se veía impulsada por intereses materiales, esos intereses eran secundarios con respecto a su impulso «instintivo» de oponerse a los cambios en el «esquema cultural» establecido. Veblen consideraba que esa trama hegemónica era indispensable para los regímenes establecidos. A su juicio, estaba formada por unos hábitos de pensamiento y acción, de modales refinados y rituales públicos de trama muy densa y de larga data, que, a fuerza de «ejemplos prescriptivos... refuerzan la resistencia de todas las demás clases a la innovación y fijan los afectos de los hombres en las buenas instituciones heredadas de generaciones anteriores». En lugar de definir ese «instinto» impulsor y ese «interés de clase» de la clase ociosa, Veblen esbozó el funcionamiento y los efectos de su conducta. Como el sistema institucional de cualquier cultura de ese tipo era «un todo orgánico», la clase ociosa rechaza «toda modificación de los hábitos de pensamiento del hombre», por temor a «conmover la estructura social en su base... y subvertir los fundamentos de la moral». En consecuencia, la fracción hereditaria de la clase dirigente europea perpe-

tuaba las «características, los hábitos y los ideales arcaicos... de la era bárbara anterior» en su esquema cultural. Además, se los imponía a los «estamentos inferiores» gracias a su elevada posición social. Aunque en tiempos normales tanto la clase obrera como la clase media eran pacíficas, en tiempos de crisis hacían suyo el espíritu belicoso y rapaz que la casta ancestral exhibía como si fuera el componente más honorable e indispensable de su bárbaro acervo.

Tanto la exhibición cultural (el espectáculo) arcaizante de la élite como la disposición de tantos públicos a dejarse dominar por ella seguían implantados con la mayor solidez en los sectores de las sociedades europeas que «estaban más distantes de los procesos mecánicos de la industria y que también eran más conservadores en otros aspectos». Pero la tesis central de Veblen era que los elementos hereditarios del grupo de poder de la clase ociosa tenían un alcance prescriptivo tan exagerado fuera de aquellos sectores premodernos precisamente porque sabían «conservar, e incluso rehabilitar, el tipo arcaico de la naturaleza humana y los elementos de la cultura arcaica que la evolución industrial de la sociedad» acabarían por eliminar. En la medida en que concebía a la clase ociosa hereditaria como grupo de elevada posición social cuyas fuentes e instrumentos de persuasión eran básicamente psicológicos e ideales, Veblen se acercaba más a la preocupación weberiana por el carácter y el funcionamiento de las creencias legitimadoras que a la preocupación marxiana por las relaciones mutuas entre los intereses materiales, la ideología y el control político.

Como ya se ha señalado, Schumpeter aporta un marco excepcionalmente útil para el análisis de las sociedades políticas de Europa. Fue más lejos que Marx en la aclaración de la interpenetración de los intereses y las élites terratenientes y burguesas; más lejos que Weber en la especificación de las estructuras de autoridad en los sistemas modernos de dominación, y más lejos que Veblen en la circunscripción del aparato del Estado como centro vital de concentración y funcionamiento para la clase ociosa refractaria. Schumpeter calificó a la clase *dirigente* de «simbiosis activa» de la nobleza terrateniente y la burguesía, pero destacó que la clase *gobernante* era en gran medida o totalmente feudal. En casi toda Europa, todo el aparato estatal seguía estando saturado del «material humano de la sociedad feudal, y ese material seguía comportándose conforme a pautas precapitalistas». En todos los aspectos importantes, las dinastías, las cortes reales, los consejos más representativos, las burocracias y los ejércitos tenían una cohesión feudal. Claro que la sociedad política pasaba por considerables mutaciones al dar cabida a intereses económicos burgueses y asimilar talentos burgueses y de clase media, pero sin que

ello la afectara en su esencia. Aunque la alianza inestable entre los dos estratos de la sociedad civil no carecía de consecuencias para el gobierno, las noblezas terratenientes, militar y de toga, socialmente arcaicas, mantenían su primacía política, en parte porque lograban utilizar la modernización burocrática y militar para que promoviera sus propios objetivos conservadores.

A su manera, cada uno de esos teóricos sociales resulta útil para el historiador interesado en examinar las clases gobernantes y las instituciones europeas tan tradicionalistas. Marx y Engels aportan perspectivas críticas de clase sobre la autonomía, pero también sobre la parcialidad con que los estados median entre las noblezas en decadencia y las burguesías en ascenso. Una vez desacralizada e historicizada, la interpretación de Weber sirve para explorar la dependencia recíproca de la autoridad carismática, tradicional y burocrática en las comunidades políticas sincréticas de los *anciens régimes*. En cuanto a Veblen y Schumpeter, llaman la atención sobre la continuada vitalidad de las clases sociales supuestamente atávicas y los componentes políticos feudalizantes del antiguo orden.

Al tratar de explicar por qué seguían los muertos dominando a los vivos, Marx señalaba que «los sistemas antiguos supervivientes de producción [se] transmitieron con todas sus relaciones sociales y políticas anacrónicas». Sobre todo, como ya hemos visto, era imposible negar que se mantenía la importancia de la agricultura y de las élites terratenientes. Inglaterra fue el país que llegó más lejos en la domesticación del sector agrario y la transformación de la antigua nobleza. Aun así, la clase alta terrateniente no abandonó el escenario político. A juzgar por la batalla en torno a la Cámara de los Lores y la autonomía para Irlanda a partir de 1905, ni se subordinó ni se adaptó a la nueva plutocracia.

Si el éxito de la democracia dependía de la eliminación de la agricultura y de la renta de la tierra como actividades sociales importantes, entonces no es muy sorprendente que la mayor parte de Europa siguiera estando gobernada por sistemas no democráticos autoritarios. Claro que el feudalismo había pasado a la historia. La servidumbre personal, la justicia y las prerrogativas señoriales, los impuestos residenciales, los peajes locales, la venta de cargos y de títulos eclesiásticos eran cosa del pasado. Pero el abolir los derechos políticos, administrativos y jurídicos feudales no era abolir toda la sociedad civil y política del Antiguo Régimen. Incluso en Francia, después de la Revolución, seguía habiendo grandes intereses materiales, fuerzas sociales, costumbres, tradiciones, contextos culturales y estructuras mentales que databan de antes de ella. En términos económicos, sociales y psicológicos, el feudalismo sobrevivió a su desaparición jurídica,

sobre todo entre las élites europeas. Eso sucedió en gran medida porque las nobllezas terrateniente, militar y de toga, apoyadas por la Iglesia, agregaron aquellos residuos feudales a la influencia y el poder políticos, donde los introdujeron.

Pese a conflictos internos de intereses y perspectiva, los elementos feudales siguieron ocupando un lugar formidable en los sistemas europeos de autoridad. Su origen social y su emplazamiento, altos y seguros, les daban una fuerza política extraordinaria, así como un acceso privilegiado a puestos institucionales con poder. Gracias a la práctica y la arrogancia históricas, las noblezas terratenientes, militar y de toga siguieron reproduciendo una clase gobernante que no sólo aportaba el personal para la burocracia estatal, sino que además seguía reponiendo los escalones más altos de la dirección política. Esa continuidad del personal y la dirección políticos, que tenía profundas raíces en la sociedad, explica que el elemento feudal sobreviviera como algo mucho más importante que un mero integumento del Estado.

En 1914 los reyes seguían siendo «la pieza central» de la sociedad civil y política «por la gracia de Dios, y la raíz de [su] posición era feudal no sólo en el sentido histórico, sino también en el sociológico». Desde luego, es innegable que tras el «regicidio» preventivo de Sarajevo los soberanos de los imperios Hohenzollern, Habsburgo y Romanov —Guillermo II, Francisco José I y Nicolás II— desempeñaron un papel clave en cuanto a llevar a Europa más allá del borde de la guerra. Como soberanos autocráticos, los tres daban órdenes a ministros y consejeros, que eran nobles de un tipo u otro y que no tenían sus orígenes en partidos, parlamentos ni capital móvil, sino en el estamento al que siempre había pertenecido la administración pública. En cuanto a Jorge V de Inglaterra y Víctor Manuel III de Italia, eran algo más que figurones reinantes, aunque sus prerrogativas y poderes estuvieran rigurosa y constitucionalmente limitados. Ninguno de ellos se esforzó por echar agua al fuego de la guerra. Naturalmente, Francia, como república, no tenía rey, aunque el presidente en aquella época, Raymond Poincaré, actuaba cada vez más como si lo fuera. Apoyado por unos *notables* aristocratizados, adoptó una actitud militar y belicosa considerablemente antes que la Cámara de Diputados y el Gabinete.

Pero entre 1848 y 1914, cualesquiera que fuesen sus diferencias en cuanto a poderes y prerrogativas, todos los reyes desempeñaban funciones ceremoniales y de representación graves e impresionantes, que resultaban muy beneficiosas para la clase ociosa hereditaria, que comprendía las mismas dinastías. El rey, el emperador y el zar seguían

siendo el foco de unos rituales públicos brillantes y minuciosamente coreografiados que reavivaban sentimientos monárquicos muy hondos al mismo tiempo que exaltaban el antiguo orden como un todo y renovaban su legitimidad. La coronación era el más solemne y fastuoso de aquellos espectáculos estudiados de poder, y estaba saturada de simbolismo histórico y religioso. Aunque en esa suprema ceremonia la relación entre el trono y el altar se dejaba cuidadosamente en la ambigüedad, un sumo sacerdote —designado o aceptado por el soberano— administraba solemnemente el juramento del cargo y consagraba la corona, el cetro y la espada del iniciado. Al mismo tiempo, aquella ceremonia inaugural complicada estaba centrada en el rey, pero exhibía y ratificaba el orden más reciente de posición y de influencia en la sociedad civil y política en general. Naturalmente, había otros ritos de transición y reconsagración de una pompa, una fastuosidad y un misterio comparables: los bautizos, las bodas, los funerales y los jubileos de las casas reinantes. En todos aquellos sociodramas, cuidadosamente puestos en escena, los grandes nobles de la sangre, de la tierra, de la espada, de la toga y de la Iglesia, ataviados y ordenados por orden de importancia, eclipsaban incluso a los más destacados de los plebeyos no uniformados. La realeza y la nobleza extranjeras que daban a aquellas ocasiones un aura y una sanción cósmicas también los dejaban relegados a segundos planos.

Y tampoco titubeaban los reyes en apropiarse de las fiestas religiosas y nacionales más importantes para mayor beneficio del elemento feudalizante de los *anciens régimes*. Además, como encarnación de la tradición guerrera, exhibían sus facultades marciales en maniobras de infantería y navales, en desfiles militares y en el cambio de las guardias de élite. Por último, aunque no en orden de importancia, las testas coronadas dominaban el escenario social con sus grandes recepciones, saraos y cacerías.

Todos aquellos rituales civiles y sociales daban vigor a la monarquía, unían a las noblezas discordantes y anunciaban los últimos cambios en el orden de precedencia. Aquella rearticulación ceremonial de la cohesión calibrada de la clase alta tenía tanta importancia como la promulgación institucional de leyes y la formulación de advertencias encaminadas a controlar a las contraélites y las clases bajas. Se pretendía inspirar al pueblo, alto y bajo, más reverencia que temor con los uniformes, los atavíos y las condecoraciones resplandecientes que intensificaban la magia y el misterio de unos ritos en los que los reyes encabezaban la fusión del cetro, el altar, la espada y la bandera nacional. Los reyes también encarnaban y sostenían esa fusión de símbolos de fuerza durante las visitas de Estado que se hacían los unos a los otros.

Es posible que aquellas series de ceremonias centradas en los reyes parezcan estiradas y artificiosas dado el reflujo de los rituales públicos en los últimos años. Pero en aquella época eran algo muy vivo y auténtico. Si acaso, el uso de los atavíos, los carruajes y el esplendor del viejo mundo intensificaban el encanto de unas ceremonias cuidadosamente organizadas en unas sociedades empapadas de tradición. Salvo en Francia, la familia real y los notables de la nobleza dominaban el calendario de ceremonias de la nación, que seguía estando más vinculado a la cultura alta que a la baja. La sucesión de ritos cívicos espectaculares reforzaba las ideas, los valores y los sentimientos de hegemonía en que se apoyaban las élites preburguesas. Aquel ritual político también integraba a los estamentos inferiores al satisfacer su ansia de espectáculos esplendorosos, que era la contrapartida de la pasión por una jerarquía estricta entre los estamentos superiores.

El funeral del Rey Eduardo VII, celebrado en mayo de 1910, confirmó que la autenticidad y la influencia de la realeza europea se mantenían. Antes incluso de que llegaran los dignatarios extranjeros y sus séquitos a la Estación Victoria, el 18 de mayo, una cola de ciudadanos entristecidos, de seis a ocho en fondo, ocupaba un espacio de unos once kilómetros hasta la entrada de Westminster, donde yacía el cadáver solemnemente expuesto en el William Rufus Hall. Igual que ésta fue la mayor multitud popular que se había congregado en la capital británica antes de 1914, también la asamblea de testas coronadas, grandes duques y príncipes herederos carecía de comparación en la historia europea reciente, salvo quizá para el Jubileo de Diamante de la Reina Victoria, en junio de 1897. El 20 de mayo, con unos dos millones de personas formando filas solemnes en las aceras, un cortejo funerario verdaderamente extraordinario acompañó a los restos del Rey Eduardo a la Estación de Paddington, desde la cual un tren llevó al ataúd al Castillo de Windsor para enterrarlo en la cripta debajo de la Capilla de San Jorge.

Claro que no tenía nada de raro que una guardia de corps rutilante escoltase al armón de artillería que transportaba el cadáver del rey fallecido, ni el que el caballo favorito del rey-emperador siguera al ataúd real con unas botas puestas del revés a ambos lados de la silla. Quizá tampoco fuera excepcional que, conducido por un ojeador escocés, otro de los acompañantes privilegiados fuera *César*, el fox-terrier blanco al que tanto quería el rey. Pero lo que venía después era algo verdaderamente extraordinario y espectacular desde cualquier punto de vista: el Rey Jorge V a caballo encabezaba una escolta brillante de reyes, duques reales y príncipes hereditarios, todos ellos también a caballo. Había nueve monarcas, descendientes sin

excepción de Guillermo el Taciturno, en un orden de precedencia regido por el grado de parentesco. En la primera fila, junto al nuevo rey, todavía no coronado, iban el Duque de Connaught y el Emperador Guillermo II de Alemania, hermano y sobrino de Eduardo, respectivamente. El Kaiser Guillermo, el señor de la guerra más rimbombante de Europa, se destacaba porque «iba en su caballo como un centauro, con la cara seria e impasible, como una efigie romana». En las tres filas siguientes cabalgaban Haakon de Noruega, Jorge de Grecia, Alfonso de España, Fernando de Bulgaria, Federico de Dinamarca, Manuel de Portugal y Alberto de Bélgica. En esta augusta procesión, Nicolás II de Rusia estaba representado por su hermano, el Gran Duque Miguel; Francisco José I de Austria-Hungría por su heredero, el Archiduque Francisco Fernando, y Víctor Manuel III de Italia por su primo el Duque de Aosta. Entre los notables a caballo iban, además, representantes principescos y ducales de Holanda, Suecia, Rumania, Montenegro, Serbia, Turquía, Egipto, el Japón, Siam, los estados alemanes y la familia real inglesa. El Príncipe Tsai Tao de China y su séquito iban en la séptima de las doce carrozas de gala, mientras que Theodore Roosevelt, en representación del Presidente William Howard Taft, compartía el octavo carruaje con Stephen Pichon, Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, que representaba al Presidente Fallières. El ex-presidente de los Estados Unidos, que había sido jefe de caballería *, destacaba por ser el único personaje de nota que no llevaba uniforme ni una serie de condecoraciones. El plenipotenciario de la Tercera República era considerablemente menos chocante, con su chaqué de diplomático y sus condecoraciones. El elenco femenino de las casas reales y principescas, encabezado por la Reina Madre Alexandra, la Emperatriz Viuda de Rusia María y la Reina María de Inglaterra, junto con sus damas de honor, iba en las carrozas restantes.

No se produjo ni una sola nota falsa o discordante. Aunque 1910 no se caracterizaba sólo por ser el momento más intenso de la encarnizada batalla en torno a la Cámara de los Lores, sino también por el aumento de la intranquilidad laboral, la irlandesa y la de las sufragistas, la policía no preveía disturbios.

Si la coronación de Jorge V, celebrada en Londres el 22 de junio de 1910, siguió un ritual antiguo y majestuoso, su proclamación como rey-emperador celebrada en Delhi fue una ceremonia de cuño totalmente nuevo, para la cual Sir Edward Elgar compuso *La Corona de la India*. El 12 de diciembre de 1911, en un durbar espectacular

* Coronel jefe de los *Rough Riders* (Jinetes Impetuosos) en la guerra de Cuba. Mandó la famosa «carga de San Juan». *(N. del T.)*

celebrado en Delhi, 100.000 personas se reunieron en torno a un anfiteatro construido especialmente para aquella ocasión que contenía a 10.000 invitados, los cuales presenciaron un desfile extraordinario de húsares, la Real Artillería Montada, los Cadetes Imperiales, los Lanceros de Tiwana, con trompeteros en caballos blancos y varias bandas en formación. Con casi todos los funcionarios asistentes de uniforme, aquella asamblea estaba convocada para presenciar y legitimar la exaltación de Jorge. Vestidas con atavíos de coronación, con las colas llevadas por pajes ricamente ataviados de sangre principesca india, Sus Majestades Imperiales ascendieron los escalones de una plataforma exageradamente alta y aislada en el centro del anfiteatro. Sentados en dos tronos resplandecientes y rodeados de maceros y emblemas, aceptaron el homenaje de sus siervos y súbditos. Lord Hardinge, Gobernador General, de uniforme político y vestido con la túnica flotante de la Orden de la Estrella de la India, ascendió la plataforma elevada con la cabeza inclinada para arrodillarse y besar la mano del rey-emperador. Cuando los miembros del consejo del Virrey hicieron su primera reverencia desde el pie de la plataforma del trono les tocó el turno de manifestar su obediencia a su señor a los orgullosos y llamativos, pero dóciles, maharajás reinantes de la India y a los jefes de tribus de las zonas fronterizas.

En junio de 1913 se celebró el vigesimoquinto aniversario del reinado del Emperador Guillermo II. También esta conmemoración se organizó de forma que reafirmase la primacía invariable de la vieja clase dirigente y gobernante. El 15 de junio el jefe de la Casa de Hohenzollern llegó en automóvil para asistir a la celebración de unos oficios solemnes en la Garnisonskirche de Potsdam, vestido con el uniforme del primer Regimiento de Guardias, con la Orden del Aguila Negra y acompañado de su modesta emperatriz. Les seguían la princesa mayor, el príncipe heredero Guillermo de Prusia con su esposa y sus hijos, los príncipes Hohenzollern de Braunschweig, Sachsen-Meiningen, Hessen, Schaumburg-Lippe y Prusia. Formaban parte del séquito del Emperador el Ministro de la Guerra von Heering, el Jefe del Estado Mayor Conde von Moltke, el Gran Mariscal Conde zu Eulenburg, el Ayudante General Barón von Lyncker y el General von Plessen. Antes de la llegada del grupo imperial, casi todos los generales y jefes de regimientos habían ocupado los asientos que tenían asignados en la iglesia.

Al día siguiente, 16 de junio, no hubo ni un solo *Grossbürger,* ni un progresista o socialdemócrata entre los delegados de las ochenta asociaciones que tuvieron el privilegio de felicitar al kaiser en persona. Aquella tarde llegaron a la capital los reyes, grandes duques, príncipes y condes importantes de los estados miembros de la Con-

federación Alemana. Bremen y Hamburgo, las ciudades libres hanseáticas, eran las únicas que estaban representadas por no nobles.

La lista especial de honores daba pruebas adicionales de que el emperador se proponía utilizar su jubileo para exaltar el *Ancien Régime*. Aprovechando la afición de Bethmán Hollweg a los grados militares, Guillermo II eligió aquella ocasión para ascender al Canciller del Imperio Alemán y Primer Ministro de Prusia de General de División a Teniente General. Los tres nobles elevados a duques tenían grados militares honorarios y eran propietarios de grandes fincas vinculadas al este del Elba, y además dos de ellos eran *Kammerherren*, o chambelanes: el Barón von Bodsschwingh-Plettenberg (en adelante, Conde von Plettenberg-Heeren), el Barón von Richthofen y Kleist-Retzow. De las 35 personas elevadas a la nobleza hereditaria, dos eran *geheime Kommerzienräte* y tres médicos de la corte, pues todos los demás eran grandes propietarios de tierras y oficiales del ejército o de la marina. Los catorce nombramientos a la Herrenhaus se destinaron a nobles, altos funcionarios y consejeros privados; pero entre ellos figuraban Edward Arnhold, Franz von Mendelssohn y Bernhard Dernburg, los tres judíos conversos. Dernburg era el polémico ex-Ministro de Colonias. En cuanto a las condecoraciones, también se destinaban a recompensar o alentar la lealtad y el conformismo. Wilhelm von Siemens y Georg von Simson (miembro del Consejo de Administración de Krupp) recibieron la Orden de la Corona de segunda y tercera clase, respectivamente; James Simon y Arnold Guilleaume, el Aguila Roja de segunda clase, y Arthur von Weinberg recibió el título de *geheimer Regierungsrat*. Honores parecidos se rindieron a miembros de las profesiones liberales, entre ellos del mundo académico y de las artes —los «caballeros del espíritu» *(die Ritter vom Geist)*—. Pero también entonces se reservaron los grados más altos de todas las órdenes al Almirante de la Flota von Tirpitz, el Primer Capellán de la Corte Dryander, el Gran Mariscal Conde zu Eulenburg, el Príncipe de Fürstenberg, el Príncipe Solms-Baruth y una serie de generales con mando. Como señalaba Theodore Wolf en el *Berliner Tageblatt*, al liberalismo se le mantuvo alejado de las «mesas de banquetes», y el emperador y sus ministros explotaron alegres la impotencia de la *Bürgertum*.

Además, el emperador condecoró al Dr. Bovenschen, presidente de la «Reichsverband gegen die Sozialdemokratie» [Sociedad Imperial *contra* la Socialdemocracia], y al Conde Ernst von Reventlow, director del archirreaccionario *Deutsche Tageszeitung*, con lo que subrayó el ostracismo de los socialdemócratas, que se ausentaron de la sesión y la cena especiales de jubileo del Reichstag. Además, en lugar de prestar atención a los sindicatos libres inspirados por los socia-

listas, que formaban el mayor sector laboral organizado, Guillermo II recibió a delegaciones de las asociaciones obreras rivales, pero dóciles, protestante, católica y nacional. También pasó revista en Berlín a lo que quizá fuera el acontecimiento de más colorido del jubileo: una procesión de maestros y oficiales de los gremios artesanales, que iban desde los panaderos y los herreros, pasando por los deshollinadores, los sopladores de vidrio y los cocheros, hasta los empapeladores, los zapateros, los orfebres, los camareros y los peluqueros.

Igual de espectacular fue el jubileo de diamante en el sexagésimo año del reinado, aparentemente interminable, del Emperador Francisco José, coronado en 1848. El jefe de la Casa de Habsburgo, de forma todavía más conspicua que el de la de Hohenzollern, promovía espectacularmente a los miembros de su dinastía y prácticamente se aislaba entre ellos y sus cortesanos. Especialmente en aquella ocasión, el emperador se rodeó de los innumerables archiduques, grandes duques y duquesas que eran Habsburgo, además de los ayudantes militares. El sarao de gala que se celebró en la velada del 2 de diciembre en la Hofoper, fue una ocasión particularmente relevante. Se invitó a la sociedad más alta de Viena a una interpretación de *El sueño del Emperador* por la Condesa Christiane Thun-Solm, ópera en un acto especialmente encargada para el caso, que transcurría en la época de Rodolfo de Habsburgo y celebraba la fundación y los triunfos de la dinastía. Tras un descanso, el público estelar se entretuvo con *Aus der Heimat*, obra musical de Joseph Hassreiter y Josef Bayer que invocaba las canzas y las canciones de las principales nacionalidades y culminaba con un cuadro alegórico en el que todos los pueblos se unían para ensalzar al emperador. Participaban activamente en esa apoteosis los principales artistas de la Staatsoper y del Burgtheater.

Los primeros en llegar al acto festivo fueron los altos mandos del ejército y del Estado Mayor, asignados a puestos de pie en torno al círculo del patio de butacas. Les siguió un grupo imponente de dignatarios, todos ellos con uniforme de gala, que ocuparon las mejores localidades del patio de butacas: ministros y ex-ministros, generales de alta graduación, altos funcionarios, consejeros privados, magnates húngaros y, con sus hábitos llenos de color, prelados católicos. No había más que algún notable vestido de paisano en aquel mar de uniformes: el Dr. Weiskirchen y el Dr. Starzynski, presidente y vicepresidente de la Cámara Baja del Parlamento; el embajador Barón Gali; el ex-Ministro de Hacienda Dr. von Korytowski, y el Barón Albert von Rothschild.

Los palcos estaban reservados, naturalmente, para los sectores de mayor alcurnia. En los palcos del tercer piso estaban el Canciller,

Barón von Bienerth, el alcalde de Viena, Dr. Karl Lueger, y Brzesowski, jefe de la policía de la capital. La aristocracia más alta ocupaba los palcos del segundo piso, junto con los embajadores principales. Mientras los cortesanos ocupaban las plateas, a los archiduques Friedrich, Eugen, Rainer, Leopold Salvator, Karl Stephan, Josef Ferdinand y Peter Ferdinand les correspondían los palcos del primer piso. Después de que éstos hicieran su gran entrada, el emperador llegó al palco imperial del mismo piso, con uniforme de mariscal y flanqueado por la Duquesa Maria Theresa von Württemberg y su hija mayor, la Princesa Gisela von Bayern. El resto de la familia inmediata ocupó los asientos tras ellos. Los 4.020 ennoblecimientos, promociones y condecoraciones que señalaron el jubileo confirmaron aquella jerarquía social anticuada de la Austria alemana y, por consiguiente, del Imperio de los Habsburgo.

Tras el año de luto obligatorio por Alejandro III, cuyo reinado se había caracterizado por una reacción aristocrática, en mayo de 1896 Moscú se convirtió en escenario de una coronación impregnada de historia, tradición y religión. Tras pasar veinticuatro horas en el Palacio Petrovsky, en las afueras, Nicolás II y Alexandra Feodorovna fueron majestuosamente, primero a la Alexandria y después al Kremlin. La procesión al Kremlin estaba encabezada por guardias imperiales a caballo, cosacos de élite y nobles moscovitas. A pie seguían los lacayos de la corte, el grupo de la cacería imperial y altos funcionarios estatales. Después, completamente solo, iba Nicolás en su caballo blanco, seguido a cierta distancia por los grandes duques de Rusia y los príncipes extranjeros, todos ellos a caballo.

Aunque aquella procesión era imponente y estaba llena de color, palideció en comparación con el breve paso de la Escalera Roja del Kremlin a la Catedral de la Dormición. El 14 de mayo, después de que el coro de la corte interpretara la *Fanfarria*, de Chaikowski, la Emperatriz Viuda María Feodorovna encabezó el cortejo hacia la ceremonia de la coronación en el santuario más sagrado de Rusia. Iba bajo un palio sostenido por 16 notables de alto rango y la cola se la llevaban cuatro chambelanes y dos jefes de cacería. Apenas se hubo sentado la viuda en la catedral, 32 jefes del ejército llevaron un magnífico palio sostenido por 16 postes al pie de la Escalera Roja, donde los sustituyeron 32 generales. Pero hasta que el Protopresbítero Yanyshev no hubo rociado el paso de la procesión con agua bendita y los dos metropolitanos hubieron incensado la Regalía Imperial a la entrada de la catedral no salieron Nicolás y Alexandra a ocupar sus puestos bajo el palio para la marcha hacia los grandes oficios. El emperador iba ataviado con el uniforme de la Guardia de Preobrajensky y condecorado con las Ordenes de Alejandro y San Andrés;

su consorte llevaba un vestido de brocado de plata bordado por las hermanas del Convento de Ivanovsky, y prendida en él la Orden de Santa Catalina. Cuando llegaron a la iglesia fueron escoltados a dos tronos sagrados y preciosos que databan de los siglos XV y XVII para que comenzaran los oficios. Tras besar la cruz que sostenía el Metropolitano Pallady de San Petersburgo, se roció a Sus Majestades con agua bendita, y el zar recitó en voz alta la confesión de la Iglesia Ortodoxa. Después de que Nicolás se levantara y se persignara tres veces, el Conde Miliutin llevó la corona imperial, de tres kilos y medio, al metropolitano de San Petersburgo, que a su vez se la pasó al zar de Rusia para que éste se coronara a sí mismo. Con la corona ya puesta y el cetro y el orbe en las manos, el emperador volvió a sentarse en el trono. Inmediatamente después se quedó con las manos libres para colocar una pequeña corona en la cabeza de la emperatriz, que se arrodilló ante él en un cojín. Terminada la coronación, Rusia estalló en un paroxismo de alegres recepciones oficiales y festivales populares, sólo manchadas por una estampida en busca de cerveza gratis en el Campo de Jodynskoe, en la que docenas de personas murieron aplastadas o sufrieron heridas.

Diecisiete años después, en febrero de 1913, Rusia celebró el tricentenario del reinado de los Romanov. Primero en San Petersburgo y después en Moscú, Nicolás y Alexandra volvieron a desempeñar el papel central en el teatro del poder del imperio. Pese al gran crecimiento industrial y urbano desde la última gran ceremonia de 1896, los rituales, los símbolos y los sacramentos antiguos seguían dominando los principales espectáculos ceremoniales. La grandiosa y brillante procesión desde el Palacio de Invierno hasta la Catedral de Kazan para el *Te Deum* solemne coronó un calendario completo de festividades. En el servicio de acción de gracias, la consagración de dignatarios estuvo formada, igual que la otra vez, por miembros de la alta nobleza, grandes burócratas, jefes militares y diplomáticos, la mayor parte de ellos con espadas resplandecientes y ataviados de uniformes esplendorosos cuajados de condecoraciones y medallas. Como ya era típico, el autócrata ruso eligió aquella notable ocasión para nombrar conde al Barón V. B. Fredericks, Ministro de la Corte Imperial; para regalar un retrato de sí mismo a su Primer Ministro, el Conde V. N. Kokovtsev; para conferir órdenes especiales a sus ministros de la Guerra, la Marina y Relaciones Exteriores; para ofrecer una cruz ceremonial al metropolitano de San Petersburgo, y para confirmar a N. A. Maklakov, el destacado e implacable reaccionario, como Ministro de Asuntos Interiores. Aún más que sus homólogos de Berlín y Viena, el zar hizo prácticamente caso omiso de los representantes electos de la nación. Michael Rodzianko, el ultraleal presidente

de la Cámara Baja, consiguió con grandes dificultades algunos asientos en la catedral para miembros de la Duma, aunque ni a ellos ni a ninguno de los hombres nuevos de Rusia se les invitó a las cenas de gala del Palacio de Invierno ni a la interpretación en la Opera Imperial de *Una vida para el zar,* de Glinka. Igual de rígidas fueron la peregrinación de la familia imperial a Kostroma, capital del primer Romanov, y las celebraciones en Moscú, la verdadera capital de Rusia. Lo mismo ocurrió con las exposiciones realizadas bajo patrocinio oficial, con motivo del centenario, de iconos restaurados y con los encargos de edificios públicos y estatuas.

El 4 de junio de 1911 se celebró en Roma el quincuagésimo aniversario de la unificación de Italia. La ceremonia principal se centró en torno a la inauguración del monumento teratógeno a Víctor Manuel II, primer rey de la nueva nación. La idea y los fondos públicos para ese monumento se habían aprobado ya en 1878, y en 1885 se nombró arquitecto jefe al Conde Giuseppe Sacconi, cuyo proyecto había ganado el concurso. Resulta significativo que se decidiera emplazar el monumento en la Colina Capitolina, el prestigioso lugar elevado de la capital. Los cimientos quedaron terminados, por fin, en 1892, cuando empezaron las obras a ras de tierra.

El día del jubileo, Víctor Manuel III y la Reina Helena fueron con el máximo ceremonial desde el Quirinal hasta el lugar de los actos. Tras descubrir la estatua dorada, el grupo real ocupó la plataforma central situada inmediatamente debajo de la pesada estatua ecuestre de Víctor Manuel y el altar de la Patria, muy por encima del nivel de la Piazza Venezia. El rey y la reina estaban rodeados por la Reina Margherita, el duque y la duquesa de Génova, los duques de Aosta y de los Abruzzi, la Princesa Leticia y el Príncipe de Udine. Como grupo, estaban más arriba que los presidentes de las dos cámaras del Parlamento y el Primer Ministro, Giolitti, que se encontraba con ellos. También eclipsaban a los senadores y diputados, reunidos en una plataforma menos destacada del enorme santuario real, que estaba lleno y sobredecorado de estatuas de bronce, columnas, vestíbulos y fuentes.

Pero las testas coronadas no reinaban sólo gracias a sus símbolos y ceremonias. De hecho, su influencia se debía en gran parte a sus recursos y poderes en tierras, a los que nunca titubeaban en recurrir. Merece la pena repetir que los dinastas eran los mayores terratenientes de Europa, y como tales se consideraban como los *primus inter pares* del estamento terrateniente. Las tierras de la corona británica cubrían más de 120.000 hectáreas y comprendían propiedades muy

valiosas en Londres. Era lógico que una familia real con fincas tan grandes poseyera cuatro residencias señoriales en el campo, además del Palacio de Buckingham. Los soberanos británicos eran discretos acerca de sus posesiones en tierras y otros bienes; en cambio, Guillermo II dio seguridades personales a una asamblea de terratenientes junkers reunida en Königsberg en 1894 en el sentido de que en su condición de «mayor terrateniente de Alemania» compartía sus preocupaciones en unos momentos que sabía difíciles para la agricultura. En cuanto a Nicolás II, como sus fincas eran con mucho las mayores de Rusia, no puso objeciones a que en el censo de 1897 lo inscribieran como «terrateniente».

Las inmensas tierras de la corona no aportaban sólo la renta, sino sobre todo el aura adecuada para unos soberanos que, además de ser los primeros de los aristócratas, eran las únicas fuentes de honores. Además de esa prerrogativa tácita de crear y promover nobles, los emperadores-reyes de Alemania, Austria-Hungría y Rusia estaban dotados de las facultades para designar y cesar ministros, promulgar ordenanzas, convocar, suspender y disolver los órganos electivos, promulgar leyes, conceder indultos, mandar las fuerzas armadas, concertar tratados y decretar la ley marcial. En teoría, en los tres imperios estaba en vigor un sistema parlamentario limitado (en Rusia, desde 1905). En la práctica, los ministros seguían siendo responsables exclusivamente ante la corona, y no ante la Cámara popular. Claro que las cámaras bajas moderaban regularmente la voluntad y la voluntariedad de los monarcas, pero no sólo carecían de las facultades jurídicas, sino también de la discreción política para ponerles freno eficaz y constantemente. Como último recurso, los soberanos imperiales siempre podían pasar por alto a las asambleas legislativas desafiantes: dotados de facultades de urgencia, podían suspenderlas o disolverlas, o convocar nuevas elecciones, si era necesario después de manipular las leyes sobre el voto. Los emperadores de Alemania, Austria-Hungría y Rusia sabían utilizar esa táctica perfectamente, y el heredero del trono austríaco había prometido incluso superarlos en esa imperiosidad.

Naturalmente, existían variaciones en los tres imperios en cuanto a la constitución, las costumbres y la práctica del absolutismo real. El jefe de la Casa de Hohenzollern derivaba en menor medida su panoplia de poderes de su condición de emperador alemán (no era ni siquiera «emperador de Alemania») que la de rey de Prusia, que era el baluarte señorial y feudal más concentrado y notorio de Europa. No existía un texto constitucional que dijera dónde terminaba su autoridad como rey y dónde empezaba como kaiser. En todo caso, por ejercer un poder casi ilimitado en Prusia, que era el mayor estado

de la Confederación Alemana y el que tenía un veto potencial, Guillermo I y Guillermo II reinaban sobre la nación más poderosa del Continente.

Francisco José, que ocupó su trono hasta los ochenta y seis años —más que ningún otro monarca—, tenía unos veinte títulos, pero era ante todo y sobre todo «Emperador de Austria y Rey Apostólico de Hungría». A fines de siglo, importantes elementos terratenientes de la clase dirigente y gobernante magyar trataron de reforzar sus propios poderes mediante la reivindicación de más autonomía para Transleithania, conforme a la transacción dualista de 1867. Cuando Francisco José no logró refrenarlos en su calidad imperial, intervino en Budapest como titular legítimo de la Corona de San Esteban, con plena seguridad de que los ejércitos *conjuntos* habían jurado cumplir con su voluntad y estaban dispuestos a hacerlo.

No existía ninguna antigüedad de ese género en torno al lugar constitucional y territorial que ocupaba la corona de los Romanov. Claro que Alejandro III y Nicolás II se vanagloriaban de su dominación sobre los cincuenta reinos, principados y provincias que gradualmente se habían ido constituyendo en un Estado centralizado. Pero la cláusula de su interminable título que expresaba la plena fuerza de su control de hierro era la de «Emperador y Autócrata de Todas las Rusias».

En cuanto a los poderes del rey de Inglaterra, desde luego con el transcurso del tiempo se habían visto drásticamente recortados, tanto por ley como por práctica consuetudinaria. Pero no se podía decir que no existieran. Benjamin Disraeli —el converso al elemento feudal mejor dotado y más eficaz de todo el siglo XIX— dio incluso nuevas alas al cargo dinástico al proclamar a la Reina Victoria Emperatriz de la India. A partir de entonces, en el juramento administrado por los arzobispos de Canterbury, los reyes-emperadores —y no emperadores-reyes— se comprometían a gobernar legalmente no sólo a los pueblos del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, sino además de los dominios, las colonias y el «Imperio de la India». El rey juraba que defendería a la Iglesia Reformada Protestante y que sería la fuente nominal de la justicia. Eduardo VII y Jorge V prometieron hacer eso y más en las coronaciones que, incluso conforme a los criterios extravagantes de la época, fueron las más gloriosas, pomposas y estilizadas de todas las de Europa. Los elementos terratenientes y aristocráticos jamás dudaron de que el esplendor brillante y místico de la monarquía, realzado por el nuevo lustre imperial —por no decir imperialista— servía para compensar su restricción en la Cámara de los Comunes, ante la que eran responsables los ministros del rey.

Pero incluso los soberanos británicos mantuvieron responsabilidades ejecutivas y prerrogativas consultivas que iban más allá de sus funciones ceremoniales, representativas y de autenticación. Dada la estima sacralizada en que se los tenía, podían colaborar, criticar y a veces incluso obstruir determinadas políticas de sus gabinetes, y lo hacían. La Reina Victoria sostuvo a sus ministerios conservadores, pero inhibió a sus gobiernos liberales, y Jorge V pidió una segunda elección general en 1910, durante la crisis en torno a la Cámara de los Lores, como condición previa para aceptar —o aceptar amenazar— llenar la Cámara Alta de pares dóciles. En julio de 1914, cuando estaba en estrecho contacto con el Primer Ministro Asquith, es probable que Jorge V favoreciera la intervención, y no la neutralidad, en la guerra europea, aunque insistía en que se practicase una extraordinaria lenidad con los rebeldes del Ulster y sus defensores tories.

La corona también tenía influencia en la selección de los primeros ministros y los miembros del Gabinete. Victoria eligió a Rosebery en lugar de Harcourt, y Eduardo VII influyó sobre Arthur Balfour y Henry Campbell-Bannerman para la elección de algunos de sus ministros. Tanto ellos dos como Jorge V se arrogaban, según se dice, el nombramiento del secretario de Foreign Office, el Ministro de la Guerra y algunos embajadores y procónsules. Como era previsible, los servicios exterior, militar, imperial y colonial eran feudos especiales de la nobleza y de los aspirantes a la posición y el poder de los caballeros. La monarquía inglesa no tenía un puño, y desde luego no tenía un puño de hierro. Desde Buckingham Palace, donde los pasillos del poder estaban relativamente bien iluminados y corrían rectos, la corona reinaba conforme a la letra y el espíritu de la ley, de forma sutil y directa, pero también sin acelerar reducción del elemento feudal de la sociedad política, de la cual era un elemento benigno pero fundamental.

A juzgar por la letra del *Statuto*, el trono italiano estaba inicialmente copiado del inglés. Pero a partir de 1870 el partidismo y la inestabilidad gubernamental, que las peleas de los partidos y la política de reparto de puestos expresaban y agravaban al mismo tiempo, dejaban al rey de Italia mucho más espacio de maniobra que el que tenía a su disposición su colega de Inglaterra. Como los gabinetes de coalición se hacían pedazos y muchas veces se volvían a formar, la corona podía utilizar con buenos resultados su prerrogativa para nombrar a los nuevos primeros ministros y sancionar nuevas elecciones. Aunque el Vaticano y la Iglesia se mantenían en la reserva, y la nobleza «negra» se concentraba en torno a la corte papal, gran parte del grupo católico del poder se sumaba silenciosa pero decididamente a los aristócratas «blancos», los grandes de las ciudades ilustres y los

notables de toga que se concentraban en torno al Quirinal. Lo hacían porque consideraban que la monarquía era indispensable para la supervivencia de un orden social estable en un régimen político sobre el que se cernía el espectro del republicanismo mazziniano. En consecuencia, Humberto I (1878-1900), y en especial Víctor Manuel III (1900-1946), de la Casa de Saboya —la familia reinante más antigua de Europa—, siempre podían contar con apoyos fiables cuando maniobraban entre los intersticios de un sistema constitucional frágil a fin de consolidar y ampliar la prerrogativa real. Para fines del siglo, incluso importantes «liberales» conservadores, como el Barón Sidney Sonnino, defendían un reforzamiento del poder de la corona, y del Senado sobre la Cámara, a fin de promover la estabilidad de los gobiernos y poner freno a las reformas sociales.

Históricamente, los reyes sometían y defendían al mismo tiempo a la nobleza. Las noblezas terrateniente, militar y de toga necesitaban a los reyes tanto como los reyes necesitaban a las noblezas; pero su dependencia mutua no era simétrica. Desde luego, para la segunda mitad del siglo XIX los reyes se habían convertido en unos aliados indispensables, y no en rivales peligrosos, de la nobleza. Por necesidad seguían defendiendo políticas de modernización económica, militar y burocrática que aceleraban la erosión de los privilegios aristocráticos. Pero la corona se había convertido además en un punto indispensable en torno al cual se concentraba el elemento feudal del gobierno que se resistía a sacrificar a las noblezas terratenientes ante los intereses burocráticos o capitalistas, o una combinación de ambos. El Estado se había convertido ya en el organismo central de la defensa aristocrática: además de proteger las propiedades de la nobleza y la pequeña nobleza, garantizaba cargos estatales respetables para sus hijos, así como para sus propios fracasados. Incluso en Francia, el Estado sin rey siguió desempeñando esa función. En consecuencia, la sociedad política servía para perpetuar la alta sociedad nobiliaria de Europa, cuyo estilo de vida y cuya arrogancia ostentosos, que trascendían las fronteras nacionales, exigían castillos y cacerías en el campo, y chalets y salones en las ciudades.

No causa sorpresa que los nobles participasen ansiosamente en la vida de la corte, que no sólo daba gloria al soberano, sino que además intensificaba el dominio de éste sobre sus acólitos, tanto de hecho como en potencia. Además de ser el lugar principal de autoridad y fastos monárquicos, la corte era el espacio social y cultural, venerado y aislado, en el que competían los miembros de la más alta nobleza terrateniente, militar, de toga y del dinero para establecer, mantener y mejorar sus posiciones con relación al rey y entre sí mismas. Lo hacían por la mezcla habitual de razones: poder, riqueza y

prestigio. La posición y las relaciones en la corte abrían posibilidades de confiadas sinecuras en la casa real, así como de posiciones dominantes en el Gobierno, la burocracia, los servicios armados, la Iglesia y el grupo de poder cultural. Por lo que hacía a algunos puestos, la competencia se limitaba a los descendientes de las familias aristocráticas más antiguas, más puras y más ricas; otros estaban abiertos a nobles menores y más recientes, siempre que lograsen entrar en la sociedad de la corte por sí solos o gracias a sus relaciones, por lo general después de hacer grandes donativos de beneficencia.

Aunque algunas cortes eran más exclusivas que otras —Viena era mucho más *snob* y selectiva que Berlín—, todas ellas se caracterizaban por las rivalidades y las intrigas. Pero ninguna de aquellas disensiones entre cortesanos y entre diferentes facciones de las cortes disminuía el aura y el señuelo de esa institución ejemplar de la clase ociosa. Aquella probidad se mantenía, en parte, mediante la asignación de los puestos reales o imperiales más elevados y conspicuos a los nobles ilustres y ricos, que eran tan imperiosos como incorruptibles. En consecuencia, para los cargos de primer chambelán, gran mariscal, gran copero, así como los de maestro de ceremonias, de la cacería, de los establos y comandantes de los regimientos de la guardia se designaba a hombres con la mejor sangre y las mejores tierras. Naturalmente, las mujeres nobles eminentes consideraban un privilegio singular el actuar como encargadas de los vestuarios, como damas de honor o damas del dormitorio.

Aquel núcleo restringidísimo de la sociedad cortesana coreografiaba y representaba al mismo tiempo el repertorio real de recepciones sociales y diplomáticas, cenas de gala, bailes de caridad y oficios religiosos. Aunque los cortesanos no se postraban ante Sus Majestades en ninguna de aquellas ocasiones, seguían, no obstante, un protocolo rígido de obediencia ceremonial, atavío y lenguaje. Ellos, a su vez, iniciaban y entrenaban a nobles menores y simples mortales en aquel complicado código de etiqueta y precedencia.

En todas las monarquías cada noble antiguo, nuevo y aspirante a noble esperaba ser *hoffähig* [presentable en la corte], a ser invitado y vuelto a invitar a la corte, y —*mirabile dictu*— a recibir la gracia de una visita real a su mansión de la ciudad o finca campestre. Por estereotipado que fuese aquel juego aristocrático ritualizado y exclusivo, distaba mucho de ser algo hueco. Todos los que intervenían en él tenían que disponer de riquezas y de ocio. Aunque los convencionalismos eran los mismos en todas partes, también había claras variaciones nacionales o dinásticas. La corte austríaca era excepcionalmente rígida. Además de la gran familia de los Habsburgo, no se admitía a las funciones más elevadas —entre ellas, la extraordinaria ceremo-

nia del lavatorio, en la que Sus Majestades se arrodillaban para lavarles los pies a 12 ancianos y 12 ancianas— más que a nobles con un linaje directo de catorce generaciones. En San Petersburgo se bajaban las barreras para que los funcionarios estatales de los cinco grados más altos —a partir de 1908, de los cuatro grados más altos— pudieran presenciar las ceremonias más solemnes. Dicho sea de paso, entre mediados y fines del siglo XIX el número de funcionarios de los cuatro grados más altos aumentó en 1.000, al pasar de 850 a 1.850, mientras que el número de cargos de maestros de la corte de los Romanov, de sus cacerías y de sus establos pasaba de 24 a 213. La corte y la nobleza seguían confiriéndose mutuamente tanto el poder real como el simbólico.

En las capitales, las cortes reales e imperiales eran además los centros de control de la cultura oficial. Acogían y patrocinaban óperas, conciertos y obras de teatro; compraban, encargaban y exponían pinturas, esculturas y muebles, y encargaban edificios públicos, monumentos y jardines. Los reyes y los nobles desempeñaban un papel clave en la promoción y la reproducción de las artes visuales, plásticas e interpretativas que —como veremos en el capítulo 4— perpetuaban una ideología persuasiva de apoyo al *Ancien Régime.*

Evidentemente, la sociedad y la cultura cortesanas reforzaban la posición del trono como pieza central no sólo de la clase ociosa, sino también del sistema de autoridad y de hegemonía. Incluso la nobleza y la pequeña nobleza más recalcitrantes, que por sus actitudes conservadoras lamentaban el apoyo estatal a la modernización capitalista y burocrática, no tenían otra alternativa que mantenerse leales a la corona. Mientras el soberano real personificaba y protegía al elemento feudal de la sociedad política, su corte encarnaba y revalidaba la mentalidad y el estilo de vida arcaicos que formaban su patrimonio común.

Además de los monarcas y sus cortes, las cámaras «altas» eran baluartes temibles del elemento feudal o, como ocurría en Francia, de los *grands notables,* entre los cuales eran muy importantes los nobles y los agrarios. Como sus fundadores las habían proyectado para que fueran bastiones de los intereses y los privilegios creados contra los aspirantes a ascender, aquellas cámaras, aquellos consejos y senados selectos nunca perdieron las huellas de su origen.

Salvo el Senado de Francia, que para fines de siglo era totalmente elegido por sufragio indirecto, aquellas segundas cámaras no eran electivas. Se pertenecía a ellas por motivos de nacimiento, riqueza y grado en la administración pública o la milicia, con un decidido prejuicio favorable a los hombres de edad avanzada. Con las excepciones de

rigor, los miembros de esas asambleas de notables eran nombrados por el rey o fieles de éste, al contrario que las cámaras bajas de elección popular, que eran anteriores a ellas y constantemente recortaban sus poderes. En casi todas ellas había una mezcla de nombramientos reales y miembros hereditarios.

Sólo la Gran Bretaña tenía una Cámara Alta cuyos miembros, salvo unos cuantos obispos y magistrados, eran todos hereditarios, aunque la corona influía en su composición mediante la lista anual de honores. En 1911, sólo unos 60 a 65 de los 570 pares hereditarios de la Cámara de los Lores eran notables del mundo de los negocios. Aunque casi cien eran pares de primera generación y de origen no terrateniente —reclutados sobre todo entre funcionarios públicos—, la Cámara de los Lores seguía siendo un bastión de la aristocracia terrateniente. Sólo 104 de los pares se declaraban liberales, y 59 de ellos habían sido ennoblecidos en los veinte años anteriores.

No resulta extraño que tras la Segunda Ley de Reforma de 1867 la Cámara de los Lores, predominantemente conservadora, actuara cada vez más rechazando y enmendando los proyectos de ley progresistas de los gobiernos liberales. Con períodos de remisión durante las administraciones conservadoras, ese enfrentamiento entre los Lores y los Comunes continuó hasta 1914, y alcanzó particular intensidad a partir de 1890.

Entre 1892 y 1895, la Cámara Alta desechó medidas relativas a la autonomía de Irlanda, la administración local de Escocia, la herencia de propiedades inmobiliarias y la responsabilidad de los empleadores. Ya en aquella época hubo importantes liberales que pidieron que se limitaran los poderes de los Lores, cuyos derechos y responsabilidades estaban consagrados en la práctica consuetudinaria, y no en códigos. En 1906 volvieron los liberales al poder con una gran mayoría y formaron el primer Gabinete de la historia de Inglaterra en el que la mayor parte de los ministros, incluido el *premier*, no eran aristócratas. Con la presentación de enmiendas a un proyecto de ley sobre la enseñanza, los Lores reanudaron su obstrucción petulante hasta que por último, en 1909, vetaron abrumadoramente el proyecto de ley sobre hacienda. Al hacerlo desafiaban adrede a la Cámara de los Comunes, cuyas prerrogativas fiscales se habían ido fijando en la práctica a lo largo de tres siglos, aunque no sin una cierta ambigüedad. A su vez, los liberales presentaron un proyecto de ley parlamentaria para reducir oficialmente el número de pares hereditarios y designados en proporción al de los representantes elegidos.

El detonante de la audaz medida de los Lores fue una tímida contribución territorial que había introducido en el presupuesto Lloyd George, el «liberal-radical» ministro de Hacienda, presumiblemente

para provocar una reacción desmesurada de los Lores. Lloyd George aducía que el Gobierno de Inglaterra seguía estando monopolizado por «las clases ociosas que no tenían nada que hacer más que gobernar a los demás» y que derivaban su poder de que «diez mil personas [son las] propietarias de la tierra y el resto de nosotros intrusos en el país en que nacimos». No resulta sorprendente que la contribución propuesta, junto con esa oratoria irreverente, enfureciese a los pares del reino, tan sosegados habitualmente. En la Cámara de los Lores, 112 pares temporales y dos obispos insistieron en un enfrentamiento con los Comunes, cuya mentalidad de asedio hacía temer a los Lores que estuvieran perdidos para siempre para la élite que tanto tiempo había reinado en Inglaterra. ¿Quiénes eran aquellos reaccionarios que, además de movilizar a la Cámara Alta, esperaban galvanizar al rey, al ejército y al Partido Unionista para defenderse en las barricadas? No se trataba de aristócratas empobrecidos ni de políticos inexpertos. La inmensa mayoría de ellos eran grandes terratenientes, y en sus filas había no pocos consejeros privados, ex-ministros del Gabinete, procónsules imperiales, altos cargos del Partido Unionista y dirigentes de las nuevas ligas socialimperialistas. Su agresiva defensa del régimen antiguo e imperial estaba encabezada por nobles tan importantes como los duques de Bedford, Norfolk, Somerset y Westminster; el cuarto Marqués de Salisbury; los condes de Halsbury, Selborne y Plymouth; el Vizconde Llandaff, y los lores Milner y Roberts.

Hicieron falta dos años para conseguir que los pares abandonaran a sus propios intransigentes y votaran el proyecto de ley que reducía el veto de los Lores a una simple capacidad para retrasar los proyectos de ley. Ese resultado no se logró hasta que el Gobierno convocó elecciones generales extraordinarias, el rey insinuó que podría designar suficientes nuevos lores para dar a la Cámara una mayoría más dócil y Sir Arthur Balfour, el augusto líder conservador de la Cámara de los Comunes, utilizó toda su influencia para conseguir llegar a un arreglo.

Tras perder la que consideraban simplemente como una primera escaramuza en su campaña por recuperar el poder político indispensable para su supervivencia económica, social y cultural, los ultras pasaron a explotar la resistencia del Ulster para sus propios fines. A fin de prepararse para esa contraofensiva, organizaron la eliminación del conciliador Balfour en pro de Bonar Law, más duro, que fue el primer plebeyo exento de la pasión aristocratizante que llegó a la jefatura del Partido Conservador.

Mientras los conservadores de la Cámara de los Lores utilizaban los poderes constitucionales que les quedaban para votar desafiantes en favor del retraso del nuevo proyecto de ley de autonomía de Ir-

landa en 1912 y 1913 (junto con otras tres medidas), Bonar Law daba prácticamente su apoyo a la oposición extraparlamentaria de Sir Edward Carson. Tras apoyar el pacto irlandés, Carson y sus lugartenientes procedieron a dar instrucción a voluntarios paramilitares y a organizar el contrabando de armas. Alentado por los supertories y sin que la corona le pusiera freno, el líder de la oposición y primer ministro del Gabinete fantasma de Inglaterra justificó la acción directa en contravención de la ley y del Parlamento. En 1912, Bonar Law denunció al Gobierno liberal por tratarse de un «comité revolucionario que se había hecho fraudulentamente con un poder despótico» y declaró que había «cosas más importantes que las mayorías parlamentarias». También afirmó que si se imponía la autonomía a los ulsteristas, éstos «estarían justificados en resistirse por todos los medios a su alcance», y llegó a añadir que no podía «imaginar hasta qué límite de resistencia [estaría] dispuesto el Ulster a llegar para que [él] no les diera su apoyo». A fines de 1913, en un discurso pronunciado en Dublín, Bonar Law incluso incitó a las tropas británicas en el Ulster a negarse a aceptar la autonomía si se les ordenaba. Declaraciones como éstas, y otras parecidas de otros importantes conservadores británicos, fomentaron el motín de los oficiales del Curragh de marzo de 1914, en el cual tuvo una complicidad descarada el General Sir Henry Wilson, nacido en el Ulster y Jefe del Estado Mayor General.

Entretanto, Jorge V sesgaba su neutralidad en pro de los insurgentes del Ulster, que profesaban en alta voz su obediencia al rey al mismo tiempo que violaban las leyes que éste había jurado mantener. Inseguros del apoyo del rey y de la lealtad del ejército, Asquith y sus consejeros más íntimos titubearon en pedir a Sir Henry que dimitiera. Por el contrario, trataron de apaciguar a los extremistas del Ulster y a sus coadjutores de Inglaterra. De hecho, el Gabinete liberal estaba en un callejón sin salida, igual que lo estaba el sistema parlamentario inglés: procesar o detener a los orangistas extremistas podría requerir el arresto de Carson, y una medida en contra de Carson podía producir una escalada y convertirse en una medida en contra de Bonar Law, el líder de la oposición. La llegada de la guerra en julio-agosto de 1914 ayudó a la administración liberal y al sistema parlamentario a salir de una situación paralizada y explosiva. Aquel callejón sin salida político era consecuencia directa de la negativa de los tempestuosos pares terratenientes de la Cámara Alta y de sus compañeros agresivos del Partido Unionista a aceptar un recorte grande de su poder privilegiado y no representativo.

Si la Cámara Alta inglesa siguió siendo tan levantisca hasta bien entrado el nuevo siglo, difícilmente cabría esperar de su equivalente

alemana que fuera menos refractaria. Como Prusia controlaba prácticamente a la Confederación Alemana, sus propias instituciones parlamentarias tenían tanta importancia como las de la Dieta Imperial. La Herrenhaus prusiana, o Cámara de los Nobles, era una creación absoluta del rey, que podía hacer todos los nombramientos de miembros que quisiera siempre que fueran hereditarios o vitalicios. En 1913, esa Cámara tenía 402 escaños, divididos en tres clases. La primera categoría estaba formada por 117 príncipes hereditarios de sangre real *(erbliche Berechtigungen):* un jefe de la Casa de Hohenzollern, 22 jefes de casas principescas del antiguo Sacro Imperio Romano Germánico, 51 pares *(Fürsten, Grafen, und Herren)* y 43 nobles a quienes se habían concedido escaños hereditarios por orden real. La segunda categoría comprendía 105 miembros vitalicios, cuatro de los cuales ocupaban los cargos estatales más importantes de Prusia, y otras personalidades de nota de excepcional fidelidad a la corona. Los 190 escaños vitalicios restantes los ocupaban por designación real personas propuestas por las corporaciones: tres por órganos religiosos, 126 por asociaciones de terratenientes nobles, 10 por las universidades y 51 por las ciudades.

En términos socioprofesionales, tres cuartas partes de los miembros de la Cámara Alta prusiana eran nobles. Sin contar a ninguno de los 117 miembros hereditarios, había sólo 71 agrarios y 106 oficiales de las fuerzas armadas (59 retirados y 47 en servicio activo). Una asamblea así, de grandes pares, grandes terratenientes y personalidades notables del Estado no podía por menos de ser intensamente leal al rey de Prusia y a la tradición autoritaria.

Aquella Cámara de los Pares de Prusia compartía su poder con una Landtag, o Cámara de Representantes, que, dadas su forma de elección y su composición, no era en realidad más que una segunda Cámara Alta. Aunque se reconocía el principio del sufragio popular, en Prusia el derecho de voto, fijado en 1849-1853, era descaradamente desigual, indirecto y no secreto. Dicho en otros términos, mientras que el Reichstag desjarretado que tanto inquietaba al elemento feudal se elegía por voto universal de los varones, la Cámara Baja de Prusia, que tenía mucho más poder, se elegía conforme a una ley electoral que Bismarck calificó una vez de extraordinariamente «insensata y mala». Pero ni el Canciller de Hierro ni sus cuatro sucesores, que salvo un intervalo bajo Caprivi actuaban al mismo tiempo como ministros-presidentes de Prusia, propusieron jamás una reforma a fondo de aquel sistema absurdo de voto, porque les aseguraba una segunda Cámara Alta bajo la forma de una asamblea popular.

Sobre todo, aquel sistema era desigual porque en cada distrito electoral todos los votantes calificados —los electores primarios—

estaban divididos en tres clases según la cantidad de impuestos que pagaban: la primera clase estaba formada por los electores que pagaban el primer tercio de la lista total de impuestos; la segunda, por los que pagaban el segundo tercio del total, y la tercera por quienes pagaban el último tercio restante, incluidos los que no pagaban impuestos en absoluto. Los votantes de cada uno de los tres grupos elegían por separado, por mayoría absoluta y por inscripción abierta (papeleta) a un tercio de los electores a los que tenía derecho su distrito (un elector por cada 250.000 habitantes). A su vez, esos electores elegían a los representantes.

Fuese cual fuese el número real de votantes primarios en cada una de las tres clases electorales, cada clase elegía al mismo número de electores. El resultado era una desproporción enorme que favorecía a la clase rica dirigente y desfavorecía a los estamentos inferiores. En toda Prusia, en 1908 de cada 10.000 posibles votantes, 382 votaban en la primera clase, 1.386 en la segunda y 8.332 en la tercera (en 1914, del 3 al 5 por 100, del 10 al 12 por 100 y el 85 por 100, respectivamente). De un total de 29.000 circunscripciones electorales, había 22.000 distritos en los que un solo votante constituía la primera clase, como ocurría con Krupp en Essen. Claro que a partir de 1848, Prusia había pasado por múltiples cambios demográficos, pues la población se desplazaba hacia las ciudades y los distritos industriales. Aun así, sólo se había introducido un mínimo de cambios en la distribución de las circunscripciones, con el resultado de que la Cámara Baja de Prusia seguía siendo sobre todo rural y agraria. En 1913, de los 440 representantes, ciento cuarenta —es decir, más del 31 por 100 del total— eran terratenientes, frente a 28 industriales y nueve comerciantes. La representación de los partidos reflejaba esa misma desproporción entre el campo y la ciudad: mientras el 16,6 por 100 de los electores primarios que votaba conservador conseguía el 48,2 por 100 del total de la representación, el 23,8 por 100 que votaba socialista apenas lograba un 1,4 por 100. A fin de cuentas, los junkers nobles de Prusia oriental eran los principales beneficiarios de aquel sufragio a tres niveles, pues en las elecciones de 1913 los partidos Conservador y Conservador Libre, que eran sus vehículos primordiales, seguían obteniendo 148 y 54 escaños respectivamente, o sea, 202 escaños sobre un total de 443. Además, tenían intereses comunes con los centristas católicos, que eran en gran parte agrarios y consiguieron 103 escaños, y con los nacional-liberales «industriales», con los que cabildeaban y que consiguieron 73 escaños. En cuanto a los socialdemócratas, tuvieron que conformarse con apenas 10 escaños, aunque tenían casi el mismo voto popular que los católicos.

Gracias al voto en tres clases y a la congelación de las circunscripciones, el elemento feudal controlaba la Cámara de Representantes de Prusia, además de dominar la Herrenhaus, el Consejo de Ministros, la burocracia y el ejército prusianos, así como la Casa de Hohenzollern y la corte. A su vez, esa sociedad política esencialmente coherente engendraba la delegación de Prusia en el Bundesrat, o Cámara Alta del Parlamento bicameral del Segundo Imperio, cuya Cámara Baja era el Reichstag. En lugar de representar al pueblo de los estados miembros de la Confederación, las delegaciones al Bundesrat representaban a los gobiernos de los estados. La constitución imperial asignaba a cada estado un número fijo de votos, en proporción aproximada a su superficie, su población y su importancia general. Por ejemplo, las tres ciudades libres tenían un cupo de un voto cada una, Brunswick tenía dos, Baden tres, Sajonia cuatro y Baviera seis. Aunque los 17 votos de Prusia representaban una proporción inferior a la que correspondía a su peso demográfico y económico generales, le daban con mucho el voto mayor y más decisivo en el Bundesrat. Conforme a la constitución, el estado principal tenía un veto absoluto en asuntos militares y fiscales, y contaba con suficientes votos para bloquear las enmiendas a la constitución. Además, como Prusia controlaba prácticamente los tres votos de Waldeck y Brunswick, sólo necesitaba conseguir diez votos más para disponer de la mayoría absoluta.

El Bundesrat, en el que Prusia dominaba, no era una asamblea deliberante, sino un consejo de embajadores de los estados miembros. Cada uno de éstos estaba representado por una delegación de funcionarios estatales designados —entre los cuales solía hallarse un ministro, o incluso el ministro-presidente— que emitían los votos de su estado como un solo bloque conforme a instrucciones explícitas llegadas de su gobierno. Además de llevar la delegación más formidable, Prusia tenía todavía más influencia porque el emperador-rey designaba al canciller imperial, que al mismo tiempo presidía el Bundesrat y era miembro de la delegación prusiana. Además, Prusia dominaba las 12 comisiones en las que la Cámara Alta despachaba todas las tareas importantes a puerta cerrada.

En la medida en que Alemania tenía un Parlamento bicameral, el poder efectivo residía en ese consejo federal, y no en el Reichstag, porque el emperador-rey designaba al canciller, que utilizaba su posición dominante en el Bundesrat para proponer que la Cámara Alta aprobase los proyectos de ley que después presentaba él mismo a la Cámara Baja. Aunque convenía mucho conseguir el apoyo del Reichstag, elegido por el pueblo, no era indispensable. Después de todo, el canciller y sus ministros eran responsables exclusivamente ante la

corona, que, junto con ellos y el Bundesrat, gobernaba en nombre de la sociedad civil y política feudalizante de Prusia.

En la Monarquía Dual, las cámaras altas eran igual de arcaicas. La Herrenhaus del Reichsrat, o Parlamento de Austria, estaba formada por príncipes de la familia imperial, arzobispos y otros altos prelados, los cabezas de las familias terratenientes grandes y nobles a los que el emperador asignaba escaños hereditarios, y de 150 a 170 notables con nombramientos vitalicios. Análogamente, la Mesa de los Magnates (Förendihaz), o Cámara Alta del Parlamento húngaro, era una asamblea de 300 magnates nobles eminentes que ocupaban escaños hereditarios junto a los dignatarios más elevados de las Iglesias Católica, Protestante y Ortodoxa, así como 50 magnates menores y otras 50 personalidades con nombramientos vitalicios. Aunque el emperador-rey elevaba a los hombres de negocios, los profesionales y los profesores ennoblecidos a las cámaras altas de Viena y Budapest, pasaban inadvertidos en unos lugares que eran cotos de la aristocracia terrateniente.

También Rusia tenía un Consejo de Estado o Cámara Alta. El zar designaba nada menos que a la mitad de los consejeros entre los altos funcionarios y los mandos militares. Los latifundistas, la nobleza, el clero y los zemstvos provinciales, dominados por una pequeña nobleza no progresista, elegían a la otra mitad. En total, no se asignaban más que 18 escaños a notables procedentes de la industria, el comercio y el profesorado.

El Senado italiano compartía muchos parecidos de familia con todas esas cámaras altas. Inevitablemente, existían los príncipes de la Casa de Saboya, que, al ser miembros por prerrogativas, daban a esa asamblea su tono monárquico. Todos los demás miembros eran designados de por vida por el rey, orientado por las candidaturas que le presentaba el primer ministro. De los 360 a 400 senadores, cien eran altos funcionarios, militares de alta graduación y magistrados; otros cien eran ex-diputados (que lo habían sido durante seis años, como mínimo) y otros cien notables ricos que pagaban más de 3.000 liras de impuestos. Los senadores restantes —entre 60 y 100— se elegían entre miembros destacados de las sociedades eruditas, entre ellas las universidades, y otras personas que hubieran prestado servicios especialmente distinguidos a la nación. Como no había límites al número de sus miembros, en total en tres ocasiones distintas —1866, 1890 y 1892— se designaron por lo menos a cuarenta nuevos miembros con el fin de superar el veto del Senado o su aplazamiento de leyes votadas por la Camera (de diputados). Es evidente que de las dos cámaras, la Alta era con mucho la más conservadora, entre otras cosas porque contenía un elemento feudal considerable.

Incluso la Cámara Alta de la Tercera República francesa contenía vestigios de esa tradición. Tras la caída de Luis Napoleón y el aplastamiento de la Comuna, fueron sobre todo los monárquicos divididos quienes insistieron en que se creara un senado. Esperaban que una Cámara Alta contuviera los impulsos radicales de la Cámara Baja y sirviera de caballo de Troya para subvertir el régimen recién nacido en beneficio de una restauración monárquica. Claro que al final los ultramonárquicos resultaron ser totalmente irreconciliables. Pero especialmente el centroderecha, encabezado por el Duque de Broglie, impresionado por la influencia estabilizadora tanto de los notables como de los campesinos de la Francia rural, decidieron dar su apoyo a la república de Thiers a condición de que estuviera atemperada por un senado seguro. Huelga decir que esa Cámara y esa transacción eran anatema para los ultrarrepublicanos. Pero pese a esa oposición radical —o quizá debido a ella—, el centroizquierda de republicanos pragmáticos decidió aceptar el senado a cambio de que el centroderecha diera su aquiescencia a una república que ambos centros estaban igualmente decididos a que siguiera siendo conservadora.

La ley de febrero de 1875 por la que se fijaba la composición del Senado fue una de las principales transacciones constitucionales de la joven república, y también una de sus piedras maestras. De los 300 senadores, 75 eran elegidos de por vida por las dos cámaras en sesión conjunta (constituidas en Asamblea Nacional). Colegios electorales especiales de cada departamento elegían a los 225 restantes para un mandato de nueve años, y cada tres años se reemplazaba a un tercio de los senadores. El colegio electoral de cada departamento estaba formado por los elegidos para otros cargos públicos: los miembros de la Cámara de Diputados, los miembros del Consejo General, los concejales de los barrios y un delegado del ayuntamiento de cada pueblo. En general, este sistema electoral estaba ideado para garantizar una representación descaradamente exagerada de las aldeas y los pueblos en detrimento de París y de las grandes ciudades. El Senado se convirtió en una cámara de funcionarios políticos y administrativos cuyas raíces estaban en pueblos de 600 a 5.000 habitantes, que hasta 1914 cambiaban con enorme lentitud, y cuya moderación económica, social y cultural estaba sostenida por los grandes agricultores y los pequeños campesinos de la campiña circundante.

Y tampoco es que el Senado fuera puramente decorativo e impotente. Una de sus facultades era celebrar sesiones conjuntas con la Cámara Baja para elegir al Presidente de la República; y desde luego las tendencias conservadoras del Senado ayudaron mucho para la elección de Poincaré a ese cargo en enero de 1913. Además, y aparte de su capacidad de iniciativa en todas las cuestiones salvo las fiscales,

la Cámara Alta tenía que sancionar todos los proyectos de ley aprobados por la Cámara Baja. A ese respecto dio pruebas de una notable capacidad para retrasar, por no decir obstruir, el proceso legislativo. Especialmente a partir de 1907, el Senado bloqueó sistemáticamente la reforma social, fiscal y electoral, y se opuso a la reducción del servicio militar de tres a dos años, como parte de una campaña general de defensa social orquestada por Poincaré. Evidentemente, el Senado no sólo afianzaba a la Francia estática sobre la dinámica —a la Francia rural sobre la urbana—, sino que ayudaba a mantenerla, y así contribuía al estancamiento político, la roca contra la que seguían estrellándose unos gabinetes incoherentes.

De todas las instituciones de la sociedad política, la Cámara Baja del Parlamento era la única que registraba y promovía el pulso de la industria y el comercio centrados en ciudades, zonas industriales y cuencas mineras en rápido crecimiento. Pero en una perspectiva europea amplia, esas cámaras populares no sólo tenían graves defectos, sino que estaban bloqueadas. Tanto si se trataba de voto universal como si el sufragio era censitario, en todos los países los sistemas electorales daban un peso desproporcionado en las cámaras bajas a las zonas rurales. En Inglaterra y Francia, donde estaba generalizado el sufragio de los varones, es muy posible que ese prejuicio ruralista mitigara la intensidad del choque entre las cámaras Baja y Alta en 1910-1914. Sin embargo, en las cámaras bajas de Alemania y Austria, también elegidas por sufragio universal, ese mismo prejuicio hacía que resultara más difícil montar un desafío eficaz al absolutismo. El resultado fue que a mediados de 1914 el Reichstag alemán estaba en un limbo gangrenoso, mientras que el Reichsrat austríaco, que además estaba lleno de conflictos étnicos, quedó suspendido indefinidamente. En Hungría y en Rusia el sistema de voto estaba deliberadamente montado de tal modo que las cámaras bajas resultaban de confianza para el estamento terrateniente. Aun así, en 1914 se prorrogó en Budapest la Mesa de Diputados (Képriselöház), mientras que en San Petersburgo la Duma estaba viviendo de tiempo prestado. En Roma, entretanto, la adopción precipitada y de inspiración política del sufragio universal de los varones a mediados de 1912, que de un día para otro multiplicó el electorado por cuatro, desequilibró una Camera que ya padecía una fragilidad congénita.

El sufragio universal de los varones para la cámara popular se fue abriendo camino gradualmente. Mientras que Francia lo reconfirmó en 1875, Inglaterra lo efectuó en tres fases entre 1867 y 1918, Alemania en 1871, Austria en 1907 e Italia en 1912. En Rusia, la

revuelta de 1905 confirió al derecho general de voto una vida breve, pero abortada. En Hungría, entretanto, la clase gobernante magyar se opuso decididamente al voto democrático, incluso a costa de prolongar la subordinación de Budapest a Viena. Inglaterra, Francia y Alemania fueron los únicos países que renunciaron a los requisitos de propiedad, impuestos y educación antes del cambio de siglo. Pero incluso en esos tres países, al igual que en todos los demás, el peso del voto censitario, la división de las circunscripciones electorales y las maniobras electorales siguieron siendo factores conducentes a que las elecciones a las cámaras bajas estuvieran ponderadas en favor de las aldeas y los pueblos contra las ciudades, y de la agricultura contra la industria. La fuerza de la deferencia y la religión también pesaban desproporcionadamente en el voto rural. Las actitudes deferentes, forjadas en las relaciones sociales, intervenían de forma casi natural en el comportamiento político. Como la presdisposición de la gente de origen humilde a venerar y seguir a los de alta cuna era más pronunciada en las comunidades rurales y provinciales antiguas, pequeñas y lentas que en las ciudades en rápido crecimiento, extensas e inquietas, los notables locales eran los más beneficiados por la conversión de la deferencia social en deferencia política.

Como miembros importantes de las notabilidades locales, los clérigos —sacerdotes, pastores protestantes, ministros y rabinos— estaban especialmente bien ubicados para movilizar y canalizar las preferencias políticas de sus rebaños, por lo general en apoyo de los portavoces de elementos feudales, agrarios y preindustriales. De hecho, con la ampliación del derecho de voto y la ascensión de los partidos políticos que obtenían los votos de la clase media urbana, la *petite bourgeoisie* y el proletariado, los hombres de Dios pusieron su prestigio y sus congregaciones al servicio de los conservadores en general, y de los elementos feudales en particular. Salvo en Francia, los campeones políticos del Antiguo Régimen estaban en condiciones de aprovechar al grupo deferente no sólo del altar, sino también de la corona, la espada y la bandera. E incluso en Francia, pese al anticlericalismo de la sociedad política, la Iglesia Católica, junto con el ejército, la bandera tricolor y el imperio, se convirtió en una fuerza moderadora cada vez más importante entre los republicanos.

Las ampliaciones del derecho de voto y las reformas electorales del último tercio del siglo XIX aceleraron, sin duda, la contracción política de las élites terratenientes de Inglaterra. En 1868 los terratenientes, y en especial los más ricos y aristocráticos entre ellos, seguían ocupando dos terceras partes de los escaños de la Cámara de los Comunes, sobre todo en los escaños conservadores. Para 1886 ya no eran más que la mitad, y a partir de 1906, cuando empezó a

tener efecto la ampliación del derecho de voto, estaban reducidos a menos de una décima parte de los miembros de los Comunes. Naturalmente, ese declive se hizo más pronunciado con las victorias del Partido Liberal, que la nobleza terrateniente ya había abandonado desde hacía mucho tiempo para pasarse a los conservadores. De hecho, el Partido Conservador-Unionista se convirtió en el punto favorito de encuentro de la vieja nobleza de la tierra con la nueva nobleza de las finanzas, el comercio y la industria. Aunque los intereses terratenientes perdieron su primacía numérica en esa gran amalgama, mantuvieron gran parte de su influencia y su poder, gracias en parte a su influencia política en el campo. Con sus arrendatarios en sus manos, los terratenientes aristocráticos mantenían su preeminencia en los condados «podridos», que seguían teniendo más votos en el Parlamento que los barrios y que daban sobre todo a los conservadores una proporción exagerada de sus escaños. En 1902, el 50 por 100 de los parlamentarios conservadores eran terratenientes, y en 1910 lo eran un 26 por 100, frente al 7 por 100 de los liberales.

Pero las clases terratenientes no cedieron un control político proporcional a esa reducción del número de sus candidatos a los Comunes y de sus miembros elegidos en esa Cámara. Sobre todo, ellos y sus afines mantuvieron el dominio sobre los gabinetes conservadores. La aristocracia y la pequeña nobleza terratenientes aportaron más de la mitad de los miembros de cada Gabinete hasta 1905, cuando los liberales, encabezados por Campbell-Bannerman, empezaron a gobernar gracias a los irlandeses y al Partido Laborista. Ahora los viejos aristócratas estaban en inferioridad en el Gobierno. Por último, en 1908 también se vieron desplazados del cargo de Primer Ministro, cuando Asquith fue el primer «plebeyo» que llegó a la cima después de Disraeli.

El Partido Liberal y sus gabinetes eran mucho menos aristocráticos, en especial cuando muchos de los notables whigs se pasaron a los tories. En 1910, sólo un 7 por 100 de los miembros liberales del Parlamento eran terratenientes, mientras que el 66 por 100 procedía del comercio y la industria, y el 23 por 100 de las profesiones liberales y académicas. El Partido contaba con una amplia base en la clase media de los barrios, y muchos de sus dirigentes compartían ese origen social.

Incluso así, los liberales distaban mucho de ser pura o mayoritariamente de clase media. Mientras que Campbell-Bannerman era hijo de un rico hombre de negocios que, tras adquirir una finca en Escocia, había conseguido el título de James Campbell de Strathcaro, Asquith era un abogado con aspiraciones aristocráticas. Aunque los plebeyos fueron mayoría en sus dos gobiernos de 1906 a 1916, el

49 por 100 de los ministros de sus gabinetes (25 de 51) procedían de familias con títulos hereditarios o, por utilizar una definición más rigurosa, el 34 por 100 descendía de familias con títulos hereditarios que databan por lo menos de hacía dos generaciones. Además, de los 51 ministros de las tres administraciones liberales, 20 habían estudiado en Oxford y 16 en Cambridge, y 25 habían asistido a *public schools* selectas, 12 de ellos a Eton y cinco a Harrow. Aquellas instituciones pedagógicas se especializaban en mezclar a los hijos de plebeyos destacados y de éxito para convertirlos en una clase dirigente y gobernante cuya ética seguía siendo mucho más aristocrática que la de sus componentes. Además, pese a la preeminencia de unos cuantos políticos de clase media y medios modestos, especialmente los de Asquith, la mayor parte de los miembros de los gabinetes era rica por su casa o por matrimonio, lo cual les hacía pertenecer a la clase media alta y significaba que tenían muchos más vínculos con el grupo de poder de siempre que con su base de clase media.

En Francia, la preocupación por el orden social y la moderación que configuró al Senado en 1875 dejó también su huella en los métodos electorales para la Cámara de Diputados. Incluso los republicanos, por no mencionar a los centroderechistas y los monárquicos, se enfrentaban a las ciudades con cautela, por no decir con aprensión. Es de reconocer que a fines del Segundo Imperio y tras la caída de Sedán, los republicanos habían hecho su fortuna política en las partes dinámicas de Francia, sobre todo en las grandes ciudades, y especialmente en París. Pero en ese momento los *communards* no se levantaron sólo en la capital, sino también en Lyon, Marsella y Burdeos, con el resultado de que los republicanos empezaron tanto a temer como a aborrecer a las masas urbanas. Sin duda, Thiers y sus partidarios derechistas reaccionaron de forma deliberadamente exagerada ante la Comuna de París al denunciar como insurrección socialista salvaje e irreconciliable lo que sabían era una explosión por motivos patrióticos de republicanismo jacobino. Aun así, todos los republicanos, con pocas excepciones, se sumaron a los *versaillais* y toleraron incluso sus peores excesos durante y después de la infame *semaine sanglante* de fines de mayo de 1871.

En todo caso, los propios republicanos, atrapados en la lógica de la contrarrevolución preventiva, incapaces de deshacerse de Thiers y temerosos de la plebe urbana, deseaban aislar a las ciudades mediante un aumento exagerado de la representación de la sociedad rural en la Cámara Baja, incluyendo la *petite bourgeoisie* de las ciudades de provincias. En consecuencia, el sistema electoral se organizó de forma que ampliara el peso de la Francia inmóvil sobre la dinámica en *ambas* cámaras del Parlamento.

Debe reconocerse que el número de los representantes en la Cámara Baja que eran grandes y medianos terratenientes disminuyó desde 141 sobre 576 en 1889 (el 25 por 100), a 90 sobre 597 en 1910 (el 15 por 100). Pero aunque aquellos delegados del sector comercializado de la agricultura francesa perdieron mucho terreno, no cabe decir lo mismo de los representantes de los pequeños campesinos y terratenientes de las aldeas y de la clase media baja, muy afín a ellos, de las ciudades de provincias, porque el sistema electoral dividía a la nación en *arrondissements,* cada uno de los cuales tenía derecho a un diputado. Si el número de habitantes de esas circunscripciones electorales iniciales pasaba de los 100.000, podían exigir un representante más por cada 100.000 habitantes o fracción de 100.000 más, y las circunscripciones se dividían en un número correspondiente de *arrondissements.* Evidentemente, esa distribución y el número consiguiente de circunscripciones significaban que existía una sobrerrepresentación rural, pues el país tenía muchos *arrondissements* con bastante menos de 100.000 habitantes, y bastantes con unos pocos miles de votantes. En 1875 se asignaban al norte de Francia sólo 220 diputados, aunque tenía una población de 19 millones de habitantes, mientras que a los 16 millones de la mitad sur, menos industrial y urbana, se le asignaban 280. Pese a tener tres millones de habitantes menos, el sur recibía una bonificación de 60 diputados.

Además, el *scrutin d'arrondissement,* que salvo en las elecciones de 1885 sobrevivió hasta 1919, favorecía a los notables locales. Huelga decir que los antiguos señores terratenientes seguían reinando gracias a la deferencia, la lealtad y la mentalidad permanentes de las poblaciones rurales, y muchas veces contaban con la colaboración del clero, que estaba en la envidiable situación de poder influir en el voto y asegurar que se emitiría. Pero con el tiempo los superaron en importancia los «nuevos» notables del Partido Radical descentralizado. Esos políticos radicales ampliaron su control sobre el campo abierto y las aldeas gracias a sus puestos de prestigio en las ciudades de provincias, en las que trabajaban como profesionales —abogados, notarios, médicos, veterinarios— o como representantes de cereales, de vino o de ganado. Aquellos «burgueses» de provincias, de forma algo parecida a los terratenientes y los sacerdotes de siempre, decían estar excepcionalmente bien situados para comprender la mentalidad y los intereses de los campesinos. En la asamblea, esos terratenientes, muchos de ellos monárquicos latentes o confesados, y los burgueses no urbanos, la mayor parte de ellos republicanos por oportunismo, formaban un bloque rural que oscilaba entre los 300 diputados, en la década de 1890, y los 200 hacia 1910.

Ante lo que se percibía como un creciente desafío urbano e industrial, en especial después del caso Dreyfus, los monárquicos se aliaron de mala gana con la República, mientras que los radicales modulaban su anticlericalismo. En épocas de normalidad, esos elementos rurales aportaban un apoyo clave a los gobiernos centristas que mejoraban el *statu quo* con una política económica y social flexiblemente conservadora. Pero en épocas de intranquilidad, cuando la política se polarizaba, la alianza agraria se convertía en una fuerza favorable a un conservadurismo inflexible, por no decir a la reacción. Naturalmente, la geografía electoral de la Francia no urbana era muy diversa, pues existían enormes variaciones de estructura económica, pautas de asentamiento, práctica religiosa y tradición política: mientras que el oeste, el *massif central* y el este eran claramente derechistas y clericales, el sur, el centro, el norte y la zona en torno a París eran republicanos y moderados en lo religioso. Pero incluso las regiones rurales más «izquierdistas» eran relativamente moderadas en términos económicos, sociales y culturales, y fueron haciéndose cada vez más moderadas a partir de principios de siglo.

Aunque el Reichstag alemán estaba muy maniatado, el derecho de voto estaba cuidadosamente regulado con objeto de limitar la voz de los distritos urbanos e industriales. Desde un principio, en 1871, las 397 circunscripciones de un solo miembro fueron desiguales. Por lo general, cada distrito debía contener 100.000 habitantes, o sea, unos 20.000 votantes. En la práctica, muchas circunscripciones tenían poblaciones mucho mayores o mucho menores, y esas desviaciones de la norma fueron intensificándose con el tiempo. Aunque la población de Alemania pasó de 40 millones a 65 millones de habitantes entre 1870 y 1914, las circunscripciones permanecieron inmutables a todo lo largo del Segundo Imperio. Los conservadores y los centristas católicos, sólidamente implantados en el campo, se oponían decididamente a todo cambio del número de diputados o de las circunscripciones por temor a perder su fuerza electoral privilegiada en beneficio de unas ciudades que no sólo eran los principales puntos de esa explosión demográfica, sino también los imanes de las migraciones internas.

Naturalmente, conforme al principio federal, incluso los estados enanos, como Schaumburg-Lippe y Waldeck, con sólo unos 10.000 electores cada uno, tenían derecho a su diputado. Pero esos miniestados contribuían menos a la sobrerrepresentación rural que Prusia oriental, Pomerania, Silesia y Posnan. Los distritos electorales de esas provincias esencialmente agrarias mantuvieron sus escaños, pese a que sus poblaciones se habían estancado o estaban disminuyendo. No es sorprendente que en 1907 los conservadores obtuvieran 45 de sus

60 escaños en esos territorios, y que en 1912 sólo cuatro de sus 43 escaños procedieran de fuera de Prusia. A su vez, los elementos feudalizantes y agrarios de esos distritos rurales y otros se resistían a todo aumento de la representación de las provincias industriales en rápido crecimiento de la Prusia occidental y central, así como de Sajonia y de ciudades como Hamburgo, Bremen y, naturalmente, Berlín. En consecuencia, mientras en las provincias agrarias el número de electores que podían ser elegidos siguió siendo siempre básicamente el mismo e inferior a la media nacional (15.500 en 1912), pasó a ser de más de 100.000 en Bochum, en el Ruhr, y de más de 200.000 en una de las circunscripciones de la capital imperial de Prusia. De hecho, incluso cuando el Gran Berlín llegó a tener casi un millón de electores calificados, siguió estando limitado a sus ocho diputados iniciales.

A fin de cuentas, esa congelación del sistema electoral reforzaba mucho la base de representación del antiguo orden. En 1907, los conservadores consiguieron cada uno de sus 60 escaños en el Reichstag con un promedio de unos 26.000 votos, aunque sólo necesitaron 10.500 votos para obtener cada uno de sus 20 escaños de Prusia. Los socialdemócratas no estaban tan bien situados, ni mucho menos. Aunque obtuvieron en Prusia más del doble de votos que los conservadores, sólo sacaron seis diputados, cada uno de ellos con 77.500 votos por término medio, o sea, siete veces la media conservadora. En términos nacionales, esa desventaja era mucho menor, pero no trivial. Cada uno de los 43 diputados socialistas era portavoz de 69.000 electores por término medio, o sea, 43.000 más que la media de los conservadores. Dicho sea de paso, gracias a sus bastiones rurales los centristas católicos obtuvieron resultados proporcionalmente mejores que los socialdemócratas: con casi el mismo número de votos populares tenían casi dos veces y media más de diputados, cada uno de los cuales representaba a 29.600 electores, media muy parecida a la de los conservadores.

Claro que en 1912 los socialistas redujeron su desventaja al elegir a 110 diputados con 4.250.000 votos. Incluso así, con un 34,8 por 100 de los votos emitidos, sólo obtuvieron un 28 por 100 escaso de los diputados, y cada diputado seguía representando por lo menos a 40.000 electores. Como es comprensible, los dirigentes de la socialdemocracia se sintieron desalentados ante lo que percibían como una victoria pírrica: no sólo el Reichstag era impotente, sino que incluso ahora que tenían con mucho la mayor delegación parlamentaria, los socialistas no podían efectuar un cambio en el sistema electoral del imperio ni en el sistema de votación a tres niveles de Prusia, fa-

vorables ambos de forma desproporcionada para los intereses del *Ancien Régime.*

En los demás países europeos, que eran abrumadoramente rurales y en los que el sufragio fue ampliándose gradualmente o siguió estando muy limitado, apenas era menos pronunciado el sesgo feudalizante y agrario. En la Italia posterior a la unificación, menos de un 2,5 por 100 de la población tenía inicialmente el derecho de voto. La primera reforma de ese derecho exclusivamente masculino se produjo en enero de 1882. Al reducir los requisitos fiscales de 40 a 19 liras, y la edad de voto de los veinticinco a los veintiún años, se triplicó el electorado, que pasó a estar compuesto por dos millones de hombres, o sea, el 6,9 por 100 de la población, un 70 por 100 de los cuales —o sea, 1.200.000 hombres— ejerció su derecho. Aunque siguió plenamente en vigor la prueba de alfabetización para una población que contenía un 62 por 100 de analfabetos —con una tasa de analfabetismo mucho mayor en el sur y en el campo—, se eliminó el requisito censitario no sólo para quienes hacían pagos considerables por concepto de hipotecas o de rentas, sino también para los miembros de academias, profesores universitarios y altos funcionarios, la mayor parte de los cuales eran gente acomodada en todo caso. Sea como fuere, todo el sistema favorecía a los notables locales, que utilizaban la fuerza de su prestigio y el reparto de puestos, así como el de los despojos, para conseguir y retener pequeños electorados en circunscripciones de un solo miembro, la mayor parte de las cuales eran rurales y seguras. Con una burguesía industrial prácticamente inexistente hasta comienzos de siglo —incluso en el norte—, las viejas élites educadas siguieron dominando en las ciudades. Aquellas clases dirigentes y gobernantes municipales, amalgama de latifundistas, capitalistas del comercio y altos funcionarios, seguían dominando con bastante facilidad a la *petite bourgeoisie,* cuya participación política era modesta y discreta.

Cuando el número de personas con derecho a voto pasó a ser aproximadamente el 9,5 por 100 de la población, en 1892, se eliminó de las listas electorales a 900.000 personas por alfabetización insuficiente, con el resultado de que en 1895 y 1897 el censo volvió a ser de menos del 7 por 100 de la población. Entretanto, los socialistas y los demócratas avanzados hacían campaña en pro del sufragio universal de los varones. Por fin, en junio de 1912, cuando la tasa de analfabetismo era del 38 por 100 e iba disminuyendo rápidamente, Giolitti hizo que se promulgara el derecho universal de sufragio, como parte de su estrategia preventiva de integrar a los estamentos inferiores urbano y rural en el orden civil y político existente. El peligro de la desestabilización pareció desaparecer cuando el Papa Pío X

autorizó a la Iglesia a abandonar el *non-expedit* a fin de reincorporarse a las listas de las fuerzas del orden. Naturalmente, los dirigentes socialistas, sindicalistas y anarquistas hacían todo lo posible por atraer al proletariado urbano y rural, así como a sectores del artesanado. Pero los dirigentes católicos, tanto clericales como laicos, lograron contraponerse a ellos y contrarrestarlos mediante el reclutamiento del campesinado pequeño y medio, que seguía siendo mayoritariamente analfabeto, y de las clases medias bajas de los pueblos y las ciudades, con lo que la dirección de la sociedad política quedaba en manos de una clase gobernante moderadamente reformista.

En todo caso, con el nuevo sistema de sufragio, el electorado pasó de 2.900.000 hombres en 1909 a 8.400.000 en 1913. Con el pacto de Gentilone, la Iglesia exhortó a los católicos no sólo a que votaran a los conservadores, sino incluso a los liberales en las circunscripciones en las que un enfrentamiento a tres bandas pudiera dejar el escaño en manos de las fuerzas desafiantes del cambio, que además eran anticlericales. El que no se establecieran nuevas circunscripciones ni se modificara el número de representantes de éstas para tener en cuenta los cambios demográficos en la Italia no rural era una garantía adicional de que no se perdería la Cámara en manos de la industria, los nuevos centros urbanos y el proletariado.

Durante cuarenta años, la Cámara Baja del Reichsrat austríaco fue elegida por un sistema de sufragio singularmente restrictivo y complicado. Todos los varones con derecho a voto estaban divididos en cuatro clases que tendían a votar en la misma lista por el representante de su distrito, salvo los grandes terratenientes, que, excepto los de Bohemia y Galizia, elegían a sus representantes en una lista separada. La Cámara estaba integrada por 253 escaños, con un número fijo de escaños asignado a cada clase. En 1873, sobre una población de 20,5 millones de habitantes, 1,2 millones —o sea, el 7 por 100— emitieron sus votos desiguales como sigue: los 4.930 grandes terratenientes (nobles) eligieron a 85 diputados, o sea, uno por cada 59 votantes; 1,1 millones de votantes de los municipios rurales eligieron (indirectamente) a 129 diputados, o sea, uno por cada 8.400 votantes; los 500 miembros de las cámaras de comercio a 21 diputados, o sea, uno por cada 23 votantes, y los 186.300 votantes de las ciudades a 118 diputados, o sea, uno por cada 1.580 votantes. Evidentemente, ese sistema de sufragio estaba hecho a la medida para la conveniencia en particular de las grandes familias y los agricultores prósperos —que elegían al 60 por 100 de los diputados—, pero también de los hombres de negocios ricos, en especial los comerciantes.

Hizo falta llegar a 1896 para que el régimen imperial, bajo el Conde Casimir Badeni, diera una voz sin restricciones, aunque escasa, a los estamentos inferiores. Creó una quinta curia de votantes generales y aumentó la composición de la Cámara a 425 miembros. Poco después, 3,1 millones de votantes eligieron a los 71 diputados adicionales, o sea, uno por cada 69.500 votantes. Aunque el sufragio no se democratizó mucho, la quinta clase sí que ofrecía una mayor representación a las minorías nacionales.

Por último, en 1907, una vez más en contra de la decidida oposición de la nobleza terrateniente austrogermana, Max Vladimir von Beck logró que se aprobara el sufragio universal masculino. De hecho, en las elecciones de 1911 los grandes nobles se vieron prácticamente eliminados de la Cámara popular, en la que sólo quedaron un duque, un príncipe y cuatro condes. Pero, en lugar de expirar pacíficamente, los conservadores germánicos inclinaron todo su peso a favor de los socialcristianos, que movilizaban a la baja clase media de las grandes ciudades, para destruir lo que quedaba de los liberales. Con 96 diputados, los socialcristianos pasaron a ser el mayor de los grupos parlamentarios, seguidos por 87 socialdemócratas. Pero esas cifras no significaban nada, pues el número de escaños se había vuelto a elevar a 516, de los cuales el 45 por 100 se atribuían a los austrogermanos, el 21 por 100 a los checos, el 16 por 100 a los polacos y el 18 por 100 a las demás minorías nacionales.

Mientras que el antiguo sistema electoral había alentado la representación por clase y condición social, con escasa atención a los impulsos nacionales, los nuevos cupos nacionales invirtieron el proceso. En consecuencia, el Reichsrat de 1911 estaba fragmentado en 36 facciones esencialmente nacionales. Aunque aquellas tres docenas de minigrupos tendían a agruparse en una docena de «clubs» o delegaciones nacionales, no se podía formar una mayoría efectiva. Sencillamente, existían demasiadas presiones contrapuestas e irreconciliables no sólo entre sí, sino también en el seno de los principales grupos nacionales. Con pocas excepciones, éstos estaban muy hipotecados a los intereses agrarios y las circunscripciones rurales; así ocurría incluso en el caso de los checos. En todo caso, la Cámara, maniatada constitucionalmente, se hizo cada vez más fragmentada, caótica y empantanada hasta que por último, en 1914, el emperador la suspendió, con lo que se ganó el aplauso de la arrogante clase dirigente y gobernante austrogermana.

En comparación con el sistema electoral austríaco anterior a Beck, el de Hungría era al mismo tiempo más sencillo y más limitador. Todos los nobles tenían derecho a voto, al igual que todos los plebeyos que pagaran unos impuestos cuyo nivel variaba según las pro-

piedades o los ingresos que se les atribuían. Además, para tener derecho a voto había que saber el magyar, pues el voto era público y de viva voz. No cabía duda de que el 6 por 100 de la población con derecho de sufragio elegiría una Cámara predominantemente agraria y magyar. En 1910, de los 413 miembros —la dieta de Croacia elegía a 40 diputados más —el 42 por 100 pertenecía a la pequeña nobleza y el 16 por 100 eran aristócratas terratenientes—. Apenas el 5 por 100 eran plebeyos por su origen y sus actividades económicas. Cualesquiera fuesen las disensiones internas de la Cámara —y eran agudas—, reflejaban fisuras en el seno de la reducida clase dirigente y gobernante magyar, y no entre ésta y la burguesía o las minorías nacionales.

Como los socialistas eran mucho más débiles en Transleithania que en Cisleithania, la presión en pro de una reforma radical del derecho de sufragio era escasa, incluso después de fines de siglo. De todos modos, y a fin de tranquilizar la mala conciencia de los círculos, pequeños pero respetados, de intelectuales y aristócratas ilustrados, en 1913 el Conde Esteban Tisza introdujo dos modificaciones para dar al sistema electoral una apariencia menos antidemocrática: el voto se hizo secreto en las ciudades, y los requisitos para tener derecho a votar pasaron a ser académicos, en lugar de fiscales. Aunque naturalmente existía una relación muy estrecha entre la riqueza y la educación, el electorado aumentó del 6 por 100 al 10 por 100 de la población. Incluso así, los magnates y nobles militares y de toga magyares mantuvieron su primacía en la Cámara, en gran parte porque la antigua asignación de distritos los favorecía enormemente.

Al igual que la Cámara de Viena, la de Budapest quedó suspendida en 1914: el Conde Tisza levantó la Mesa de Diputados, no para silenciar a las minorías nacionales sometidas, sino para acallar a los magnates magyares desafiantes y a sus compañeros de la pequeña nobleza. Casi simultáneamente cerró en Zagreb la Dieta de la Croacia cuasi autónoma, en parte para apaciguar a esos mismos rurales, que estaban empeñados en compensar su propia decadencia mediante una imposición rígida, por no decir una intensificación, de la hegemonía magyar sobre todos los pueblos minoritarios.

La derrota en la guerra de 1904-1905 con el Japón desestabilizó de momento al *Ancien Régime* de Rusia hasta el punto que Nicolás II se vio obligado a renunciar a parte de su poder absoluto. Con suma renuencia, el zar acabó por decretar la creación de una Duma, o Cámara Baja, dotada de facultades puramente consultivas, que se elegiría por sufragio limitado e indirecto por conducto de cuatro curias. Además, utilizó el Consejo de Estado, o Cámara Alta, que era un reducto del antiguo orden, para que actuara como contrapeso de

la Cámara popular. Al igual que en los otros dos imperios semiabsolutistas o semiparlamentarios, no sólo el Primer Ministro, sino todos los ministros eran responsables exclusivamente ante la corona, y no ante la Cámara Baja. Además, aunque a la Duma se la elegía por cinco años, el zar se reservaba el derecho de disolverla o suspenderla por decreto ejecutivo conforme al artículo 87 de las leyes fundamentales de 1906, las cuales especificaban que todos los poderes no delegados específicamente en otros seguían siendo prerrogativa de la corona.

Pese a un sistema de sufragio que favorecía a los elementos fiables de la sociedad civil, debido a la intranquilidad latente tras el aplastamiento de la revuelta de 1905, las dos primeras Dumas de abril de 1906 y febrero de 1907 resultaron demasiado pugnaces para el zar, la nobleza terrateniente y la burocracia estatal. Unos 100 diputados campesinos de la facción Trudoviki se aliaron con los demócratas constitucionales, los socialistas y las minorías nacionales para exigir no sólo un parlamentarismo auténtico, sino también la reforma agraria. Nicolás, cada vez más seguro de sí mismo, y presionado por la nobleza terrateniente, la pequeña nobleza de los zemstvos y la extrema derecha, disolvió sumariamente las dos Dumas (9 de julio de 1906; 3 de junio de 1907). Ordenó a Peter Stolypin que limitara el derecho de sufragio antes de la elección de la tercera Duma, fijada para septiembre de 1907.

El nuevo Primer Ministro, que siguió siendo su propio Ministro del Interior, era un ejemplar perfecto de la nobleza terrateniente y de toga. Stolypin, miembro de la pequeña nobleza de provincias, que tenía diploma universitario, poseía 2.000 hectáreas en Kovno y Penza; se había casado con la hija de una familia noble que poseía una finca de casi 6.000 hectáreas en Kazan y tenía buenas relaciones en la corte, y él mismo había sido mariscal de la nobleza antes de ascender en la burocracia del Estado. Aunque con el tiempo sectores de su propia «clase» se enfrentaron con su reforma agraria y de la administración local, bastante moderadas, la restricción del sufragio introducida por Stolypin benefició a los grandes agrarios, especialmente a los propietarios nobles que siguieron poseyendo más del 50 por 100 del total de tierras privadas de la Rusia europea, y que gozaban de acceso privilegiado a la corte y a la alta burocracia. El derecho de sufragio revisado, promulgado por *ukase* imperial, elevaba el número de electores asignado a los terratenientes del 32 por 100 al 51 por 100. El resultado fue que en la tercera y la cuarta Dumas cada diputado de la nobleza representaba a 16.000 electores, en lugar de los 28.000 de antes. Simultáneamente, el número de electores asignados a los campesinos quedó reducido del 42 por 100 al 23 por 100, lo cual significaba que cada diputado campesino representaba a 1.700.000 vo-

tantes, en lugar de 800.000. Además, salvo en las cinco ciudades principales, las ciudades, que hasta entonces habían votado por separado, quedaban incluidas en distritos rurales dominados por la nobleza, y el pequeño núcleo de residentes ricos tenía tantos votos como todo el resto de la población urbana.

En las dos Dumas «negras» de 1907 y 1912, alrededor de 220 diputados —o sea, el 50 por 100— eran terratenientes. La mitad de ellos poseía más de 800 hectáreas, 195 eran nobles y unos 30 eran mariscales de la nobleza. También es importante que entre los 150 diputados octubristas, que constituían el grupo más numeroso de la Duma, hubiera unos 110 terratenientes de la pequeña nobleza, 70 de ellos con fincas de más de 1.100 hectáreas. Entretanto, el número de los diputados campesinos se había reducido a casi la mitad, de modo que ya no formaban más que el 20 por 100 de los miembros.

En resumen, aunque la pequeña nobleza provinciana no constituía más que apenas el 1,5 por 100 de la población, gracias a su control de los zemstvos y a la modificación del derecho de sufragio dominó las Dumas tercera y cuarta. Ya en otoño de 1907 los grandes terratenientes nobles con título, en particular, secundados por entre 46 y 48 sacerdotes ultraconservadores, desempeñaban un papel tan importante en la Cámara Baja castrada como en el Consejo de Estado y en la burocracia. Tras el asesinato de Stolypin en 1911, la Duma se enfrentó cada vez más con la burocracia central y utilizó sus incipientes facultades presupuestarias para obstruir las políticas que iban en detrimento de los intereses vitales de la nobleza de provincias, sobre todo la reforma de la administración local. El consiguiente callejón sin salida impulsó a los ministerios del Conde Kokovtsev y de Ivan Goremykin a considerar la posibilidad de reducir la Cámara Baja en 1913-1914. Al igual que en otros países de Europa, las divisiones en la clase dirigente y gobernante, más que el aumento de las presiones del campesinado, el proletariado o ni siquiera la clase media, fueron las que llevaron a ese callejón sin salida.

El elemento feudal también hacía algo más que defenderse en las burocracias civil y militar que eran los «marcos de acero» de las sociedades políticas europeas. Sin duda, el ingreso de hijos educados de la clase media y de familias burguesas iba diluyendo el núcleo preburgués de esas burocracias. Pero el ingreso de esa gente se debía menos a la apertura de la antigua clase gobernante que a su incapacidad para ocupar los puestos de un aparato estatal en rápida expansión. Además de que la nobleza tenía efectivos relativamente más reducidos, carecía de conocimientos para ocupar los puestos más altos de los ministerios de la Guerra, Hacienda, Agricultura y Justicia. En consecuencia, se agilizaron los procedimientos de reclutamiento a fin

de facilitar el acceso de plebeyos cualificados, y los ascensos se fueron basando cada vez más en el rendimiento en el servicio y en la aptitud, en lugar de en la cuna o las relaciones sociales. Desde luego, en cuanto a reclutamiento y ascensos, las consideraciones de clase social iban cediendo un terreno importante a las de educación y rendimiento en el empleo.

Pero esto no significa que la administración pública se hubiera convertido en una carrera basada únicamente en la aptitud. Había sectores de la administración pública —el ejército, el Ministerio de Relaciones Exteriores, el cuerpo diplomático— que seguían siendo un coto privilegiado de las noblezas antiguas, con su reivindicación de la autoridad como atributo. Además, en todo el aparato estatal los nobles seguían gozando de preferencia en cuanto a nombramientos y ascensos. Sobre todo, los puestos más altos seguían estándoles reservados, lo cual no supone negar que el nivel de educación y formación de sus hijos fuera cada vez más elevado. Por añadidura, a medida que la pequeña nobleza iba teniendo menos tierras, buscaba con más avidez los puestos públicos y los beneficios que éstos representaban.

Al mismo tiempo, los funcionarios de orígenes humildes renunciaban a su pasado e interiorizaban el código de la nobleza a fin de prosperar. Esa tendencia al conformismo se veía espoleada por el escalafón, fuera automático o discrecional. Además de demostrar, por no decir exhibir, su lealtad social y política, los aspirantes de origen humilde asimilaban la ética y la mentalidad de la vieja administración. A imitación de sus superiores, que les servían de modelos de qué papel interpretar, adoptaban poses aristocráticas, que comprendían el desprecio a la ética del trabajo y al ánimo de lucro. Desgarrados entre el arquetipo noble y el imperativo del rendimiento, los funcionarios advenedizos se esforzaban por imponerse y exhibir sus posturas adoptivas, incluso hasta el punto de llegar a la hernia y a la incongruencia psicológicas.

No cabe negar que el grupo de poder burocrático de la clase gobernante se estaba viendo penetrado por la burguesía y la clase media. Pero ¿eran aquellos recién llegados vectores de valores, modos de pensamiento y visiones del mundo burgueses? ¿Los convertía el servicio en los ministerios estatales en agentes del racionalismo y el profesionalismo burocráticos, conforme a la definición de Max Weber? O, al igual que ocurría con la clase dirigente, ¿aristocratizaba la nobleza de toga de la vieja clase gobernante a los plebeyos que estaban empeñados en trepar por la escala del funcionariado? Aunque ambos procesos ocurrían simultáneamente, la fuerza centrípeta de la aristocracia era la más fuerte. En lugar de promover la paridad entre

lo antiguo y lo nuevo, la burocracia siguió siendo una aristocracia, tanto civil como militar, cuya ética y cuyo código operacional dominantes eran los nobiliarios. Claro que algunos sectores del funcionariado eran más tradicionales que otros. Mientras que el servicio diplomático se mantuvo como baluarte de los patricios, el Ministerio de Hacienda se convirtió en una avanzadilla de la tecnocracia. Además, existían grandes diferencias nacionales. En Francia, el origen, el espíritu y la conducta de la administración pública correspondían sobre todo a la clase media; en Hungría eran claramente de la pequeña nobleza.

Las burocracias no eran instituciones neutrales políticamente, sino instrumentos de mantenimiento del sistema, incluso cuando promovían la modernización. Esa tendencia intrínseca era favorable a los elementos feudales del aparato estatal. Los burócratas, además de ser conservadores por su origen y su formación, se hacían conservadores por su función, y su mentalidad y sus intereses profesionales los predisponían a la rutina y la cautela. Además, en todo momento, y en especial en momentos de crisis, el conservadurismo reflejo —no la neutralidad— era un requisito previo para el ascenso, especialmente a los niveles administrativos y ejecutivos más altos. A su vez, la coherencia política de la burocracia daba solidez a la cohesión social de la vieja clase dirigente y gobernante al conferirle un aura de servicio desinteresado, eficaz y severo ante el público en general.

Los militares seguían ocupando un lugar central en el marco de acero burocrático, también simbólicamente, tanto más cuanto que el crecimiento exagerado de los ejércitos permanentes y de reserva exigía cada vez más oficiales. Los servicios armados hacían falta para la guerra, eran la reserva estratégica de las fuerzas de seguridad interna, eran un organismo formidable de socialización, encarnaban la idea nacional y desempeñaban un papel destacado en las ceremonias oficiales. Los generales de uniforme no sólo eran decorativos y conspicuos, sino además miembros poderosos de las sociedades civiles y políticas de Europa. Con pocas excepciones, los generales con más mando eran de alta cuna, y los de linaje plebeyo habían adoptado hacía mucho tiempo la ética, la mentalidad y el porte del mundo elevadísimo en el que habían ido ascendiendo. Lo mismo cabía decir de Conrad von Hötzendorff, que recibió el título de caballero, que de Erich Ludendorff, que rechazó el ennoblecimiento. En el seno de aquellos grupos militares con poder desde hacía mucho tiempo, todos los oficiales, cualesquiera fuesen sus orígenes sociales y su identificación de clase, hacían suyas las perspectivas social, religiosa y cultural tradicionales. Al ir ascendiendo en la jerarquía, los oficiales también daban a conocer sus valoraciones políticas conservadoras o reaccionarias, sobre todo

en momentos de tensión. Eran pocas o ninguna las posibilidades de que los oficiales de ideas claramente liberales o democráticas llegaran a los altos mandos, pues a quienes se desviaban de la norma conservadora se los iba eliminando discretamente.

En la Gran Bretaña, los puestos clave del Foreign Office, el cuerpo diplomático, las fuerzas armadas, el servicio imperial y la magistratura seguían siendo los baluartes especiales de la nobleza. Las *public schools* y las universidades de élite intensificaban su valoración negativa de siempre de los negocios y las ciencias, y los jóvenes de origen noble aspiraban a carreras estatales que fueran honoríficas, satisficieran su vocación de servicio público y resultaran compatibles con una vida de caballero. Muchas veces se obtenían buenas posiciones de partida por influencia, servicio político o incluso compra.

Sobre el papel, la compra de despachos militares y de ascensos quedó abolida en 1871, y la entrada en el cuerpo de oficiales quedó regulada por el sistema de concurso abierto. De hecho, el cuerpo de oficiales siguió siendo muy exclusivo y selectivo. La vocación militar siguió siendo para caballeros con medios y tiempo libre, y la competencia técnica interesaba poco. Aunque se produjo una reducción general de la función de los grandes aristócratas en el ejército, su lugar lo fueron ocupando los hijos de la pequeña nobleza terrateniente y, sobre todo, los graduados de *public schools* de familia respetable. Muchos oficiales procedían de los condados rurales del sur y de los países periféricos, sobre todo de Irlanda. Woolwich y Sandhurst eran las principales fuentes de nuevos oficiales. Hasta 1914, el 50 por 100 de los cadetes de esas dos academias militares eran hijos de oficiales, dos tercios de ellos hijos de tenientes coroneles y grados superiores. El 14 por 100 aproximadamente procedía de familias de caballeros, y otros tantos por lo menos eran hijos de caballeros con fortuna propia. Al igual que en la mayor parte de los países del Continente, la aristocracia terrateniente seguía monopolizando los grados superiores del cuerpo de oficiales, y en especial los mandos más altos. A medida que los nobles perdían terreno en términos absolutos, iban buscando refugio en los regimientos de élite, como el Primero de Guardias de Corps o la Real Guardia de Caballería. En general, la democratización y el aburguesamiento de los altos mandos del ejército fue avanzando muy lentamente hasta 1914, aunque el ritmo era algo más rápido en Artillería e Ingenieros.

También la base social del reclutamiento y el ascenso en la administración pública siguió siendo restringida. Con la introducción gradual de las oposiciones oficiales se fueron reduciendo las posibilidades de endogénesis. Ahora a los candidatos a los altos cargos se les exigía tener una formación superior, cosa que pocos ingleses se podían per-

mitir. Entre 1905 y 1914, el 75 por 100 de los 283 admitidos a la clase administrativa del servicio interior procedían de las *public schools,* y casi todos ellos eran graduados de Oxford o Cambridge. Además, tras superar el examen escrito, los candidatos tenían que asistir a una entrevista personal en la cual la actitud, los modales, el acento y el aspecto de caballero tenían mucha importancia, aunque no fueran lo decisivo. Tras la creación de una junta profesional de selección para el servicio exterior en 1907, a los candidatos se los seleccionaba previamente por su origen social antes de concederles una entrevista. Huelga decir que como los sueldos del ejército y de los servicios interior y exterior eran nominales, los altos funcionarios del Estado necesitaban disponer de ingresos propios si querían satisfacer su vocación de prestar servicios en la administración pública.

Los gobernadores generales de los Dominios y los virreyes de la India eran pares del reino, por lo general de linaje demostrado y distinguido. Pero los gobernadores coloniales, sobre todo de Africa, eran de orígenes más modestos, pues la mayor parte de ellos eran hijos de funcionarios, oficiales del ejército y profesionales de grados medios. El servicio en ultramar facilitaba el progreso social hacia la nobleza. Sobre todo los procónsules adoptaban aires cortesanos. Desde sus majestuosas residencias gubernamentales presidían complicadas ceremonias calculadas para integrar a los notables autóctonos, intimidar a los «indígenas» y dar expresión a la idea imperial en la Gran Bretaña. Como parte de ese mismo teatro político, los sátrapas mantenían una corte ostentosa para la sociedad colonial blanca, comprendidos sus nababs. Tanto en sus falsas cortes como cuando salían de viaje llevaban unos uniformes con espléndidas condecoraciones y seguían un protocolo estricto y conspicuo puntuado por guardias de honor y saludos a cañonazos. Como representantes de la corona, los procónsules concedían medallas y órdenes en los territorios que gobernaban. A su vez, contaban con que se los ennobleciera, y quizá incluso se los elevara a la condición de pares del reino al término de su misión.

El elemento feudal dominaba prácticamente la burocracia civil y militar del segundo imperio alemán. No cabe duda de que los junkers y los nobles antiguos habían perdido terreno en todo el aparato estatal, pues había una proporción cada vez mayor de personas recién ennoblecidas y sin título en los servicios administrativo, diplomático y militar. Incluso así, la fuerza del prestigio y el prototipo de la nobleza con títulos antiguos seguía sin disminuir, tanto más cuanto que en Prusia los nobles seguían monopolizando los puestos más altos, y su preeminencia no había disminuido sino marginalmente en la administración imperial.

De 1871 a 1914, casi el 25 por 100 de los ministros del Gobierno del Estado de Prusia fueron junkers, y casi el 75 por 100 nobles. Esos porcentajes eran todavía más elevados en los grados más altos de la administración local de Prusia. En 1901, sólo uno de los 12 gobernadores civiles de Prusia no tenían un título nobiliario. El cuadro no era muy diferente en Baviera, Württemberg y los demás estados. Si se toma el imperio como un todo, 25 de los 36 *Regierungspräsidenten* [gobernadores civiles] eran nobles, igual que seis de los 12 *Oberpräsidialräte* [consejeros de la Presidencia], 35 de los 131 *Oberregierungsrate* [consejeros superiores del Gobierno], 140 de los 690 *étatsmässige Regierungsmitglieder* [miembros ordinarios del Gobierno] (comprendidos los 131 *Oberregierungsräte* y 36 *Verwaltungsdirektoren* [directores de la Administración]), 217 de los 540 *Ausseretatsmässige Regierungsmitglieder* [miembros no ordinarios del Gobierno], 121 de los 278 *Regierungsassessoren* [asesores del Gobierno] y 271 de los 467 *Landräte* [consejeros federales]. Esa nobleza de toga comprendía dos príncipes, 63 condes y 148 barones.

Los plebeyos eran verdaderamente una excepción en los niveles más altos del gobierno de la nación. Todos los cancilleres eran de la alta nobleza, al igual que la mayor parte de los ministros del Gabinete y de los secretarios de Estado. En 1914, de los 10 funcionarios más altos del Ministerio de Relaciones Exteriores ocho eran nobles, al igual que prácticamente todos los embajadores de Alemania. Muchos de esos altos funcionarios imperiales se habían ganado sus espuelas iniciales en la burocracia prusiana, y todos ellos daban muestras de su conservadurismo político a medida que iban ascendiendo hasta la cumbre de una clase gobernante que excluía a los progresistas, a los socialistas y a los judíos.

En el ejército seguían dominando los oficiales prusianos —pese a que su número iba en descenso—, debido en parte a que los emperadores Hohenzollern encarnaban y exaltaban su conducta imperiosa. Entre 1860 y 1913 el porcentaje de nobles en el cuerpo de oficiales disminuyó del 65 por 100 al 30 por 100. De hecho, donde más se acentuó esa reducción fue en los grados inferiores. En 1913, el 73 por 100 de los capitanes y los subalternos no eran de cuna noble. La disminución del número de oficiales de alta cuna era mucho menos pronunciada en los demás grados: en un período de cincuenta años, el porcentaje de los nacidos nobles bajó del 86 al 52 por 100 entre los generales y coroneles, o sólo al 56 por 100 si se cuentan los ennoblecidos en el servicio. Además, ya entrado el siglo XX prácticamente todos los generales y mariscales de campo eran nobles, un tercio de ellos de viejas familias junker. La nobleza procedente del este del Elba aportaba los altos mandos del Estado Mayor General, el Minis-

terio de la Guerra, los regimientos de caballería de élite y, en menor medida, las unidades de infantería y artillería.

Incluso así, había oficiales prusianos, y sus afines políticos reaccionarios, que querían refeudalizar el ejército mediante un control más estricto de los regimientos selectos de la guardia y la caballería y de las guarniciones de más peso. Lo que es más importante, pese a su nacionalismo y su belicosidad feroces, inmediatamente antes de 1914 se opusieron a toda nueva expansión del ejército por temor a que la necesidad de más oficiales de origen no noble minara la preponderancia junker. De hecho, aquellos ultras exageraban muchísimo el *embourgeoisement* de los cuadros militares alemanes, pues aunque el origen social de los oficiales iba haciéndose más de clase media, la estructura de mando del ejército y sus escuelas de guerra seguían estando saturadas de la ética militar junker.

Austria tenía una nobleza de toga y espada algo menos exclusiva que la de Alemania. En el ejército había margen para un número relativamente grande de oficiales de la reserva judíos y checos, aunque los regimientos de élite les seguían estando vedados. Claro que ni los judíos ni otras minorías estaban representados en la cúspide del ejército ni de la administración pública, que estaban firmemente en manos de la aristocracia austrogermana. Debe reconocerse que Conrad von Hötzendorff, el jefe del Estado Mayor, excepcionalmente dotado, pero también muy beligerante, no era de origen noble. Pero, además de ser una excepción, hacía poco tiempo que lo habían ennoblecido. En general, compartía la visión del mundo archinobiliaria y retrógrada de Francisco Fernando. Además de los altos grados del ejército, los del Ministerio de Relaciones Exteriores y del cuerpo diplomático eran un coto exclusivo de la nobleza austrogermana.

Especialmente en Hungría, donde los magnates eran cada vez menos en número, pero mayores y más ricos, la nobleza económicamente decadente aspiraba a puestos oficiales para lograr seguridad material, categoría social e influencia política. Entre 1867 y 1914 hubo 90.000 pequeños nobles que encontraron empleo en una burocracia estatal que en ese medio siglo pasó de 30.000 a 233.000 funcionarios, sin contar al personal ferroviario ni al de Correos. Sin puestos en la corte ni en el extranjero, y con sólo una pequeña gendarmería militarizada semiautónoma, aquella nobleza de toga era singularmente gris y carecía de símbolos y ceremonias de legitimación. Como para reforzar su escasa acreditación, aquellos pequeños nobles-burócratas se apropiaban implacablemente el capital ideológico y social de la clase y el medio de los que procedían. Aunque se los había expulsado de la esfera señorial, incluso los funcionarios residentes en Budapest exhibían más que nunca la ética y el estilo de vida de los grandes terra-

tenientes. Además, como decían ser los herederos y agentes legítimos de la misión nacional húngara, aquella nobleza de toga presuntuosa propugnaba la magyarización absoluta de los pueblos sometidos y, con el tiempo, la independencia respecto de Viena. No es que se excluyera de la burocracia a los no magyares y no nobles. Pero para ingresar en ella primero tenían que rechazar sus orígenes, dominar el idioma magyar y adoptar modales aristocráticos. Como los judíos competían con ella en la administración pública y las profesiones liberales, la pequeña nobleza de toga se hizo cada vez más antisemita. Al mismo tiempo, se sumó a la pequeña nobleza asediada con propiedades medianas y pequeñas en su oposición a los grandes magnates del Gobierno y ajenos a él que colaboraban con los barones del capital, la mayor parte de los cuales eran judíos, acusando a estos magnates de profanar el acervo nacional y cultural de Hungría.

También en Rusia los hijos de los propietarios nobles aspiraban a cargos en la burocracia civil o la militar a fin de compensar el deterioro de sus fortunas en tierras. Especialmente tras la abolición de la servidumbre en 1861 se produjo un influjo de pequeña nobleza decadente en la administración del Estado. Para 1890, sólo el 30 por 100 aproximadamente de los 600 funcionarios de los grados segundo y tercero por arriba de la administración tenían fincas familiares, en su mayor parte heredadas, y un 35 por 100, o sea, 180, tenían latifundios de más de 1.000 desiatinas, o sea, unas 1.100 hectáreas. Es más que probable que esos porcentajes no variasen mucho durante el cuarto de siglo siguiente. Pero en todo ese tiempo los funcionarios con intereses agrarios siguieron ocupando mucho terreno en el vértice mismo de la pirámide política rusa, que comprendía el séquito del zar.

Claro que el escalafón automático integraba a todos los grandes burócratas, incluyendo —o incluso en especial— a los funcionarios sin tierras, en una nobleza de toga cuya ética social y cuya misión política consistían en mantener el *Ancien Régime* que estaba inextricablemente imbricado con el estamento terrateniente. A su vez, los hijos de aquellos nobles de toga tenían garantizados el acceso a, y el ascenso en condiciones preferentes, en la administración pública. Aunque a fines del siglo XIX los funcionarios de cuna noble no ocupaban sino una tercera parte, aproximadamente, de los puestos, seguían siendo los que predominaban en los cuatro grados más altos. Incluso después de octubre de 1906, cuando se privó al estamento noble de todas las ventajas establecidas legalmente en la burocracia estatal, se siguió favoreciendo en los ascensos a los descendientes de nobles. Un motivo importante de esa persistencia era el acceso privilegiado de los hijos de la nobleza a las escuelas elitistas para burócratas. Destinados inicialmente sólo a los hijos de las familias con los títulos más altos,

a partir de 1890 el Liceo Imperial Alejandro y el Instituto Imperial de Derecho admitían a nobles cualquiera fuese su origen. Los graduados de esas *grandes écoles* optaban por hacer carrera en los omnipotentes ministerios del Interior y de Justicia. Allí se les permitía saltarse los dos grados más bajos de la administración, y a los más capacitados de ellos incluso se los seleccionaba para empezar por el noveno grado. Cuando esas escuelas de la élite empezaron a encontrarse sin plazas suficientes, los nobles enviaron a sus hijos a los gimnasios, donde se aseguraban de que vivirían separados de los estudiantes procedentes de la clase media, que eran la mayoría.

Claro que a partir de 1905 los funcionarios procedentes de la nobleza terrateniente perdieron algún terreno en el cuadro de altos funcionarios del Ministerio del Interior, frente a hombres de orígenes no nobles que ascendían sobre todo por su educación, su capacidad y su rendimiento. Pero en ese alto nivel, en 1914 los elementos nobles tradicionales seguían ocupando el 77 por 100 de los puestos, aunque eso era menos que el 88 por 100 de 1905. Además, en el Ministerio del Interior, al igual que en otros ministerios, los nobles terratenientes, y en especial los latifundistas, seguían estando sobrerrepresentados en los puestos más altos y de mayor prestigio. Evidentemente, pese a los cambios ocurridos en la sociedad en general y en la condición de la clase dirigente y gobernante tradicional, la nobleza seguía teniendo una situación dominante en toda la alta burocracia civil.

Algo muy parecido cabía decir de los altos mandos militares. También en este caso, a partir de 1905 aumentaron los ingresos de no nobles en el cuerpo de oficiales —en un 3 por 100 en 1911-1912—, al mismo tiempo que la escala de grados se relajaba para conferir honores personales a oficiales que acababan de obtener su despacho y honores hereditarios a todo el que alcanzara el grado de coronel. Pero el prejuicio favorable a los hijos de familias nobles no se atenuó demasiado. Los de alta cuna seguían ascendiendo con mucha más facilidad que los no nobles, y se llevaban la mayor parte de los altos mandos. Cuanto más puro fuera el pedigrí de un oficial, más rápidamente iba ascendiendo, y cualquier príncipe o conde podía estar casi seguro de llegar a general de cuatro estrellas.

El cuerpo de oficiales del ejército imperial ruso, en rápida expansión, pasó de 19.500 miembros en 1860 a 42.800 en 1900, y a casi 46.000 en 1914, de los cuales sólo el 50 por 100 se declaraba de familia noble. Pero a principios de siglo 10 de los 140 generales de cuatro estrellas eran miembros de la familia imperial, y 78 de familias nobles, 47 de las cuales tenían pocas tierras o ningunas. El porcentaje de nobles hereditarios era por lo menos igual de elevado entre los

tenientes generales y los generales de división, aunque la inmensa mayoría de ellos no tenían tierras.

No es sorprendente que la caballería y la artillería fueran mucho más selectivas que la infantería. El cuerpo de oficiales de caballería era casi exclusivamente noble, y hasta 1911 todos sus generales eran de cuna noble. Los regimientos de la guardia montada eran todavía más exclusivos socialmente, pues en ellos no podían ingresar sino los nobles hereditarios. Tras asistir a las mismas escuelas militares prestigiosas, sobre todo la del Cuerpo de Pajes y la Escuela de Caballería Nicolás, los oficiales de la guardia ascendían rápidamente, y todavía en 1912 procedían de ella bastante más del 50 por 100 de los generales del ejército imperial. Una medida del carácter feudal del régimen zarista era que la caballería, comprendida la guardia, ocupaba nada menos que al 12 por 100 del cuerpo de oficiales, aunque no representaba más que al 6 por 100 de los efectivos militares de Rusia. En cambio, la artillería tenía el 16 por 100 del ejército permanente y el 13 por 100 de los oficiales, la mayor parte de los cuales eran de una preparación y una inteligencia general superiores a la media. En cuanto a los oficiales de infantería, estaban por debajo de los de las otras dos armas en cuanto a posición social, formación e influencia extramilitar. Como era lógico, una gran proporción de los oficiales subalternos del ejército ruso eran de origen campesino y carecían de educación secundaria. Sólo el 40 por 100, como máximo, de los oficiales de las unidades de infantería de línea era de origen noble, aunque desde luego el 60 por 100 de origen humilde podía estar seguro del ennoblecimiento personal, como mínimo. A fin de cuentas, la clase política rusa conservaba el carácter noble de sus fuerzas militares, que también constituían su guardia pretoriana, para lo cual mantenía las escuelas militares, socialmente exclusivas, como vía necesaria hacia los niveles más altos del cuerpo de oficiales.

Hasta 1914 mismo, el «marco de acero» de las sociedades políticas europeas siguió siendo muy feudal y nobiliario. Aunque se daban enormes variaciones según los países y las constituciones, existían unos parentescos muy considerables entre todos los regímenes. Es posible que esa afinidad estuviera arraigada sobre todo y ante todo en la persistencia en toda Europa de la importancia de los intereses terratenientes y de la sociedad rural. Mientras que en Inglaterra la tierra era una fuente de posición social y de influencia política más que de poder económico y financiero, en Francia constituía la principal infraestructura material de la Tercera República y sobre todo de su clase dirigente y gobernante. Aunque la Revolución de 1789-1794 había barrido la monarquía, también había dado más fuerza al estamento terrateniente: además de dejar igual que estaban a muchos de los

notables terratenientes, así como a la Iglesia Católica predial, amplió y reforzó las haciendas campesinas pequeñas y medianas. En toda Europa, las cámaras altas, las asambleas legislativas, las burocracias y los ejércitos seguían obteniendo sus elementos vitales de las aldeas, los pueblos y las provincias insertas en el campo, y no de las ciudades y las regiones en vías de industrialización. Además, salvo en Francia, el rey y la corte, al igual que las noblezas, resultaban inconcebibles sin la riqueza, el aura y los ingresos generados por las grandes propiedades terratenientes.

Y si esa sociedad terrateniente se hallaba en relativa decadencia económica, allí estaba la sociedad política para ponerle remedio. El rey y la corte desempeñaban una función aglutinante general en la política de defensa económica, social y cultural, en lo cual Francia era la excepción que confirmaba la regla. Gracias a las costumbres antiguas o a las convenciones constitucionales, o a ambas cosas, la fuerza de la vieja clase dirigente se veía aumentada, y no sólo en los consejos locales y provinciales, sino sobre todo en la administración central. Las dos cámaras del Parlamento y las noblezas de toga y de espada actuaban para conservar o reforzar la sociedad civil preindustrial. En todos los países, salvo Inglaterra, aprobaban aranceles proteccionistas favorables a una agricultura y una manufactura no competitivas, y brindaban puestos estatales prestigiosos a los nobles con problemas y los plebeyos con aspiraciones. Y lo que no es menos importante, bloqueaban las reformas fiscales, de sufragio, educativas y sociales que amenazaban con acelerar la erosión del antiguo orden.

Capítulo 4

LAS ALTAS CULTURAS OFICIALES Y LAS VANGUARDIAS

Las culturas oficiales de Europa reflejaban descaradamente la perseverancia tenaz de las sociedades civiles y políticas preindustriales. En su forma, su contenido y su estilo, los artefactos de la alta cultura seguían estando arraigados en y saturados de los convencionalismos que se basaban en unas tradiciones sustentadoras del antiguo orden y las celebraban. La resurrección y la reproducción eclécticas de unos estilos venerables y consagrados por el tiempo no sólo predominaban en la arquitectura y la escultura, sino también en la pintura, la escultura y las artes interpretativas. Los museos, las academias, las iglesias y las universidades promovían activamente ese historicismo académico congruente, al igual que hacía el Estado, que utilizaba los servicios del historicismo para articular sus fines nacionales y regionales. En general, las artes y las instituciones hegemónicas mantuvieron una vitalidad interna y una coherencia sinóptica suficientes para seguir dando fuerzas a los *anciens régimes*.

Naturalmente, entre 1848 y 1914 las culturas oficiales de Europa experimentaron movimientos modernistas discordantes, tanto en las artes como en las iglesias y en las instituciones académicas superiores. Pero era fácil contener esas disensiones, sobre todo porque no eran enemigo para los centros culturales dominantes. Debe reconocerse que la mayor parte de los disidentes eran experimentalistas e innovadores jóvenes, animados y agresivos, y con el tiempo muchos de ellos se vieron reconocidos. Incluso así, hubo oleadas sucesivas de la vanguardia que chocaron con las culturas oficiales, las cuales, como rom-

peolas, sobrevivieron intactas. A la larga, es posible que la victoria de los modernistas fuera inevitable. Pero, a la corta, a los modernistas se los frenó y aisló eficazmente, cuando fue necesario con controles jurídicos y administrativos. Pese a los implacables desafíos y burlas de la vanguardia, o quizá debido a ellos, los productores y los guardianes de las tradiciones académicas oficiales siguieron siendo tan imperiosos como adaptables. Al igual que los reyes y los nobles, aprendieron a quitar fuerza a los rivales en ascenso mediante una asimilación y una cooptación calibradas. Y, al igual que los intereses económicos anticuados aprovecharon al máximo su influencia política para lograr aranceles proteccionistas y preferencias fiscales, asimismo los artistas destacados utilizaron su influencia en las instituciones hegemónicas clave —las academias, los salones, los museos, los ministerios de cultura— a fin de conseguir apoyo a sus formas de expresión pasadas de moda.

En comparación con la vanguardia, el grupo cultural de poder y su retaguardia eran sobre todo protectores. Pero aunque el acervo historicista por el cual y con el cual combatían estaba estéticamente empobrecido, distaba mucho de estar agotado. El historicismo no era un apéndice arcaico, sin vida ni inerte que fuera a rastras de la evolución económica y social del siglo XIX. De hecho, entre 1848 y 1914, el academicismo histórico no decayó más que el resto de la sociedad civil preindustrial. Claro que fue perdiendo vitalidad a medida que la forma fijada prevalecía sobre la idea, la imitación sobre la autenticidad, el ornato sobre la naturalidad y la pomposidad sobre la sobriedad. Pero el historicismo no era menos útil y eficaz por muy pomposo y especioso que resultara.

Parte del acervo de símbolos e imágenes que servían para deformar, dignificar y disfrazar el presente estaba formado por los principales estilos históricos: el clásico, el medieval, el renacentista, el barroco, el rococó. El historicismo aportaba a los críticos de la modernidad no sólo una reserva inagotable de representaciones con las que glorificar y reforzar a su propio mundo privilegiado, aunque asediado, sino también con las que censurar y denunciar a la nueva sociedad rival. Las noblezas terrateniente, militar y de toga, los catonistas políticos y los críticos sociales arcádicos tenían, cada uno de ellos, sus razones para remitirse a sus metáforas y emblemas consagrados por el tiempo.

Pero los creadores y los bardos de la modernidad también podían recurrir a tropos antiguos cuando se lanzaban a justificar sus proyectos y hacer que fueran inteligibles. Mientras que los empresarios capitalistas sabían perfectamente cómo destruir de forma creadora en la esfera económica, se cuidaban mucho de rasgar la trama cultural

heredada. De hecho, en su búsqueda de sanción divina y de reconocimiento social, rodeaban de decorados históricos sus propias hazañas y sus propias personalidades. Esa utilización y esa solicitud de la cultura histórica mitigaba y disfrazaba mucho la tensión que significaba encajar la modernidad en la sociedad civil y política preexistente.

Para las clases políticas, la alta cultura era un instrumento ideológico importante. Se esperaba que no sólo los edificios, las estatuas y los espacios públicos, sino también las artes pictóricas, plásticas e interpretativas, ensalzaran a los antiguos regímenes y revalidaran sus aspiraciones morales. Las clases dirigentes adoptaban una actitud igualmente funcional respecto a las artes. Mientras los hombres nuevos las utilizaban para exhibir su riqueza, su gusto y sus aspiraciones, las familias ya establecidas las utilizaban para reafirmar su fortuna y su posición social. Para ambas facciones, el consumo de la alta cultura y el arte era al mismo tiempo el emblema y la consagración de posiciones de clase, prestigio e influencia, ya logrados o ambicionados, en unas sociedades que seguían siendo claramente tradicionales. Tras asignar al arte unas funciones tan prácticas, las clases gobernantes y dirigentes no se sentían inclinadas a patrocinar vanguardias que titubeaban en ratificar y ensalzar a los *anciens régimes* y sus élites en las formas acostumbradas.

En una era en que el orden antiguo en decadencia contenía fácilmente a la nueva sociedad en ascensión, los convencionalismos, los gustos y los estilos tradicionales no cedían sino gradualmente a las visiones y las representaciones heterodoxas. Al contrario de lo que ocurrió en el Renacimiento, la mayor parte de los nuevos ricos no se convirtieron en mecenas del modernismo, sin duda porque a la vanguardia no le interesaba su sed de retratos halagüeños de sus intereses, su misión y su posición social. Durante el *quattrocento* los artistas habían adaptado motivos y temas de la antigüedad clásica para ratificar y celebrar la ascensión de los burgueses a puestos de mando en las clases dirigentes y gobernantes, predominantemente nobles, en las ciudades señoriales y republicanas de Italia. Aquellos artistas, que se esforzaban por capturar y expresar la conciencia expansiva de sus mecenas, habían iniciado un movimiento del gusto que con el tiempo adquirió una vida y un impulso propios.

Desde la Edad Media hasta el siglo XIX inclusive, las clases dirigentes y gobernantes de Europa habían utilizado el arte tanto con fines prácticos como para su disfrute estético. La función del arte era celebrar a Dios, al mecenas, a la dinastía, al régimen, a la clase y a la nación. Hasta el siglo XVIII los artistas dependían de la protección real, aristocrática, patricia y eclesiástica para lograr tanto la fama como el dinero. A partir de entonces, y a medida que los

anciens régimes empezaron a vivir de su capital artístico acumulado, los artistas perdieron a sus mecenas tradicionales. Obligados a dedicarse al arte por el arte, y por sí mismos, tuvieron que salir en busca de clientes y de público que hiciera posible su vocación irreverente. Con dificultades para encontrar benefactores privados y encargos públicos, los secesionistas en especial buscaron clientes particulares e institucionales que comprasen arte moderno además del tradicional. Pero con raras aunque notables excepciones, los nuevos barones del capital, impulsados por su ansia de nobleza, se limitaban a coleccionar pinturas y objetos de arte «clásicos», a comprar o construir casas de campo o mansiones en la ciudad de tipo «histórico», y a proteger las artes interpretativas tradicionales. En lugar de fomentar la innovación moderna y hacerla suya, compraban una parte del acervo historicista que seguía siendo demasiado vasto y ajeno a ellos para que pudieran hacerlo suyo. La burguesía radical en lo económico era tan obsequiosa en la vida cultural como en las relaciones sociales y el comportamiento político. Al hacer suyas y consumir las artes convencionales, la burguesía reforzaba a las clases dirigentes y las culturas oficiales que estaban desproporcionadamente orientadas hacia el mundo preindustrial y preburgués.

En general, las altas culturas reinantes seguían encarnando y propagando el realismo oficioso, la conformidad rígida con el pasado, la rectitud moral y religiosa y el orgullo nacional. Era una época de costumbres, no de modas, en la que el arte y la cultura eran «el espejo mágico y animado de un pasado que seguía estando vivo... y tenía plena confianza en su propio futuro». Era una época de «fascinación con el país en que se vivía, en lugar de con la época en que se vivía», estimulada por los cultos patrióticos. Se inducía a reproducir y difundir lo que «no sólo era conocido, sino además apreciado, admirado o adorado». Eso significaba retratar leyendas religiosas y santos, epopeyas y héroes históricos, y la vida y las costumbres cotidianas con referencias estudiadas a la muerte de Prometeo, el sufrimiento de Edipo, el drama de la creación y la tradición de las fábulas populares. En lugar de pedir a las artes visuales, plásticas y musicales «nuevas impresiones, se pedía [a los artistas] que expresaran y reprodujeran intensivamente impresiones y creencias que ya estaban probadas y demostradas».

Pero también existía un movimiento modernista, una vanguardia de artistas radicalmente críticos que despreciaban esa visión histórica. De hecho, el término de «vanguardia» procedía del discurso militar. Tanto para los amigos como para los enemigos, conjuraba visiones de patrullas avanzadas de artistas que llevaban a sus simpatizantes al asalto de la fortaleza de la cultura oficial. En cada país

la vanguardia estaba formada por múltiples cenáculos que se formaban y se volvían a formar en relación unos con otros y en reacción a las batallas que perdían con el grupo de poder en la cultura.

Algunos grupos mezclaban el arte avanzado con la política radical, por lo menos hasta que quedó claro que la campaña modernista sería difícil, lenta y fatigosa. Otros se limitaban a montar desafíos estéticos que por lo general también ponían en tela de juicio la misión social y política del arte. Pero, cualesquiera fuesen las divisiones en el seno de las diversas formaciones de la vanguardia y entre ellas, todas ellas estaban impulsadas por la misma exasperación hacia la actitud histórica esclerotizada de las principales ramas de la alta cultura. Individual y colectivamente, los vanguardistas no se rebelaban contra las instituciones hegemónicas como tales, sino contra su presión asfixiante. Con sus asaltos implacables se proponían forzar un relajamiento de aquella presión, a fin de crear más espacio público y privado para la experimentación en técnicas, estilos y temas.

Sin embargo, la segunda mitad del siglo XIX fue una época difícil para los artistas. Mientras las filas de éstos se ampliaban a toda velocidad, las clases dirigentes antiguas y las iglesias reducían sus encargos. La burguesía blandengue, entretanto, invertía en arte certificado como «clásico», en lugar de patrocinar los experimentos modernistas del arte y los artistas contemporáneos. El resultado fue que las subvenciones estatales fueron adquiriendo cada vez más importancia en el momento mismo en que los artistas empezaban a apreciar su recién adquirida independencia y denunciaban el hecho de que la alta cultura siguiera estando sometida al Estado y la sociedad.

Con el crecimiento de las ciudades, entre mediados de siglo y 1914, aumentó considerablemente la producción artística con financiación oficial, que no se vio interrumpida por las dificultades económicas del período 1873-96. Las entidades públicas construían oficinas gubernamentales, ayuntamientos, museos, bibliotecas y universidades; encargaban murales, monumentos y estatuas; organizaban exposiciones universales y festivales públicos, y fundaban instituciones de investigación. Quienes planificaban y administraban esas actividades eran políticos y burócratas en estrecha consulta con artistas, intelectuales y personalidades académicas empeñados en la reproducción y la difusión de la cultura tradicional. De hecho, la mayor parte de esos colaboradores eran producto de academias y conservatorios rígidos que obligaban a los artistas jóvenes, deseosos de reconocimiento y clientes, a mantener los cánones convencionales. Los directores y los profesores de esas academias establecían los programas de estudios, decidían quienes estarían en los jurados y concedían premios que perpetuaban los géneros tradicionales, controlaban el acceso a las

carreras con sueldos fijos y regulaban los ascensos profesionales y sociales hacia los círculos oficiales de prestigio.

La vanguardia se veía frustrada en todos los aspectos. Las instituciones hegemónicas, sostenidas por las viejas élites, se mantenían firmes y rechazaban tanto las soluciones intermedias como el mecenazgo. Análogamente, los nuevos plutócratas, ofendidos por la acusación de filisteísmo, rechazaban decididamente o no hacían caso a los nuevos modernistas. Y la vanguardia tampoco hallaba reconocimiento entre la *petite bourgeoisie*, la clase obrera ni el campesinado. El cuarto estado era totalmente indiferente, cuando no hostil, a la aventura de lo moderno.

Los cenáculos de la vanguardia, incapaces de hacer mella en la cultura histórica, se fueron distanciando cada vez más, primero de la burguesía y después de la sociedad en su conjunto. En lugar de colaborar con la vanguardia política, la vanguardia artística se retiró a lo que llegó a convertirse en una vasta subcultura. Los secesionistas, que insistían en la nobleza de su vocación y declaraban no tener responsabilidades ante nadie más que ante sí mismos, se convirtieron en campeones del arte por el arte y del esteticismo más extremado. Atribuían al arte un valor absoluto e hicieron de él un objeto de culto, por no decir una religión, esencialmente desconectado de la vida cotidiana. Aunque se resignaron a no tener como espectadores, auditores y críticos más que a ellos mismos, sin embargo esperaban, aunque fuera inconscientemente, que sus desafiantes innovaciones desacreditaran y derrocaran con el tiempo los estilos imperantes y sus conservadores. En resumen, los vanguardistas interiorizaron su protesta social y abandonaron el enfrentamiento directo con el orden y la cultura oficiales para, en cambio, penetrarlos y subvertirlos. Con la excepción de los futuristas y los expresionistas de izquierda, se convirtieron en los fabianos del movimiento modernista.

Al mismo tiempo, la vanguardia, excluida de los circuitos oficiales, proliferó y recurrió a redes distintas. En especial, los pintores organizaron sus propias exposiciones, sin jurados ni premios, al mismo tiempo que los marchantes y los críticos simpatizantes y emprendedores se dedicaban a crear públicos y mercados para las obras contemporáneas heterodoxas. De vez en cuando las grandes orquestas y los grandes teatros presentaban composiciones y obras de vanguardia. Pero era mucho más frecuente que las obras modernistas se interpretaran en círculos de aficionados y cabarets bohemios. Paradójicamente, en lugar de reivindicar su autonomía, los artistas de vanguardia cambiaban los grilletes de la cultura oficial por los del mercado competitivo y especulativo.

Hasta 1914, esas nuevas vías de promoción y reconocimiento del arte experimental eran, en el mejor de los casos, incipientes, debido en gran parte a que la burguesía, que era la más inclinada a utilizar el mercado, seguía siendo refractaria al modernismo. Todavía no se esperaba que el consumo conspicuo o la protección de un arte contemporáneo y sin consagrar favoreciese las ambiciones sociales de los *nouveaux riches*. Claro que hubo algunos *grands bourgeois,* acá y allá, que se hicieron clientes de los modernos, así como unos cuantos aristócratas con mundo. Pero esa clientela accidental no ablandó la presión férrea de la hegemonía cultural antigua, igual que la modernización de la agricultura, la burocracia y el ejército no ablandó la de las noblezas terrateniente, militar y de toga.

No cabe duda de que la arquitectura era el espejo cultural más ejemplar. Junto con la estatuaria pública y el espacio urbano, reflejaba el orden cultural establecido y le impartía dignidad. A juzgar por el estilo de la arquitectura oficial en el siglo XIX y principios del XX, el período fue de un historicismo implacable. Aunque el capitalismo postmercantil seguía progresando, nunca halló ni inspiró una expresión arquitectónica propia. Al igual que en las demás artes, salvo en la literatura, las revoluciones industriales persistentes no lograron incitar visiones, símbolos ni cánones nuevos. Especialmente en las mayores ciudades, comprendidas las que tenían un crecimiento económico rápido, los edificios públicos seguían asumiendo una diversidad de estilos históricos, tanto puros como mezclados ecléctica-mente. Tras abandonar la búsqueda de un estilo unitario claro para la sociedad emergente, los arquitectos se enorgullecían de haber dominado el oficio o de imitar los principales estilos del pasado de Europa: griego, romano, bizantino, románico, gótico, renacentista, barroco. Según los países, en unos decenios predominaba el neohelenismo, en otros el neogótico y en otros el estilo del Renacimiento francés. Pero también hubo años en que algunos arquitectos se hicieron famosos con edificios en los que se combinaban dos o más estilos antiguos. En todo momento, las estructuras cívicas y religiosas se concebían para evocar o reforzar sentimientos y actitudes de apoyo al *Ancien Régime*. Desde luego, las dimensiones cada vez mayores de los edificios públicos atendían a ese fin de representación.

En un ambiente de pluralismo tenso, lo más frecuente era que las iglesias se construyeran en estilo gótico, al igual que los ayuntamientos, que evocaban el renacimiento de la vida municipal a fines de la Edad Media. A los parlamentos se les daba un aire clásico o gótico; los cuarteles adoptaban la forma de fortalezas o castillos me-

dievales; las universidades se proyectaban de forma que expresaran el espíritu de la Atenas de Pericles, los claustros medievales o el humanismo del Renacimiento italiano, y muchas veces los museos imitaban a los templos griegos. Mientras que los bancos se copiaban de los palacios florentinos, a las mansiones urbanas de los recién llegados se las dotaba de ostentosas fachadas barrocas. Mediante la utilización de ese vocabulario histórico consagrado, los arquitectos lograban que las ciudades crecientes y cambiantes mantuvieran o adquiriesen un aura premoderna.

Aunque Inglaterra iba a la vanguardia de la industrialización y la urbanización, en el terreno arquitectónico seguía firmemente anclada en el pasado. En Londres, a partir de 1840, no sólo las cámaras del Parlamento y muchas iglesias, sino también muchos edificios de oficinas y cívicos se construyeron en estilo neogótico. De hecho, para fines de siglo el centro neurálgico del capitalismo británico y mundial tenía una fisonomía histórica más grandiosa, sobre todo gótica, que nunca. Algo muy parecido cabría decir de Manchester, capital de la primera revolución industrial. El resurgimiento del gótico, en particular, dotó a esa ciudad y a otras de un acervo cultural ideado para conciliar los logros y los destrozos del capitalismo con el antiguo orden.

Aunque se pretendía que el Reichstag alemán fuese un foro de expresión democrática, se le dio un aspecto adusto, con sus pesados muros barrocos que conectaban las cuatro torres de las esquinas. Además estaba ubicado en la Königsplatz de Berlín, frente al cuartel general del Estado Mayor, uno de los centros de mando de la Prusoalemania feudalizante. A ese respecto, igual que en su programa de estatuas, los Hohenzollern eran más severos que los Habsburgo. El Reichsrat de Viena daba a la Hofburg, la residencia barroca del emperador, que era menos aterradora, y su sala central estaba construida como un sugerente templo griego emplazado de forma destacada en un antiguo terreno de desfiles militares. Aquel parlamento no era sino uno más en una serie de edificios monumentales, por no decir colosales, erigidos a lo largo de la nueva Ringstrasse, concebida durante la breve era «liberal» de Austria, donde un ayuntamiento gótico (Rathaus), un teatro barroco (Burgtheater) y una universidad renacentista exhibían los principales estilos y motivos alegóricos históricos de Europa. Además de establecer los límites de expresión visual, la Ringstrasse era un reflejo microscópico de la pasión de la burguesía por los préstamos históricos que servían para relegitimar incesantemente al antiguo orden del que dependía.

Como para disimular su autoritarismo impenitente, la clase gobernante de Hungría erigió en Budapest un edificio enorme para el Par-

lamento, que quizá fuera la más colosal de las estructuras neogóticas de Europa. En Roma, entretanto, la clase política eludió la necesidad de montar un hogar de imitación para la Cámara y el Senado italianos mediante la mera compra del palacio barroco de Montecitorio y del Palazzo Madama, del Alto Renacimiento. Existía una renuencia comprensible a practicar el arte de la imitación en la construcción cívica, pues de toda Europa llegaban a Roma arquitectos que iban a estudiar las obras maestras «originales» de la ciudad antigua. Como para compensar a los artistas por no utilizarlos como se hacía en otras partes, los gobernantes de Italia encargaron a un gran número de ellos que crearan el inmenso monumento a Víctor Manuel II. Ese memorial de mármol blanco a los ideales y los combates de la unificación de Italia dio empleo por lo menos a cinco de los principales arquitectos italianos y a innumerables escultores. Con su estatua ecuestre de bronce del primer rey de la Italia unida en la cima, aquella enorme estructura adornada en el estilo griego clásico recordaba la afición de la Roma imperial a las columnas macizamente espléndidas, los bajorrelieves, las esculturas monumentales, los trofeos y los emblemas. Con todo ello, la clase gobernante, pese a su origen republicano, confirmaba su lealtad a la Casa de Saboya, que se jactaba de controlar al Parlamento.

En toda Europa la forja de vínculos directos y vivos con el pasado seguía el mismo ritmo. Como parte de esa difícil fusión, por fin se puso la fachada, mezcla de clásico y gótico septentrional, de la gran catedral de Milán, y acabó de terminarse la catedral gótica de Colonia. Simultáneamente, en las grandes ciudades, comprendidas Milán y Colonia, era algo general que las fachadas de unas estaciones grandiosas de ferrocarril exhibieran siempre arcos, columnas, torres y cúpulas de estilo histórico, cuyo objetivo era disfrazar los extraños cobertizos de hierro y acero concebidos y construidos por los ingenieros. Es muy posible que las estaciones de ferrocarril fueran en la Europa posterior a 1848 lo que los monasterios y las catedrales habían sido en el siglo XIII, pero sus estaciones llenas de arcos y columnas no eran nada expresivas de la era industrial naciente. Aunque esos templos de los transportes ensalzaban los nuevos medios de transporte en la forma aceptada, también señalaban una reacción contra la aceleración del ritmo de la vida y la velocidad de los transportes, y aludían a tiempos preindustriales más lentos.

Claro que no todas las construcciones de nueva factura estaban enmascaradas con fachadas arcaicas. Los arquitectos empezaron a colaborar con los ingenieros en la utilización del hierro colado y el cristal, y después del acero y el hormigón. El Palacio de Cristal de Londres, de 1851, fue el primer caso de empleo descarado de un

nuevo idioma arquitectónico que no evocaba nada del pasado. La siguiente tentativa importante fue la Torre Eiffel, erigida en 1889 en París. Pero esas dos construcciones osadas y llamativas se erigieron en el contexto de exposiciones universales que eran expresiones temporales del capitalismo manufacturero e industrial emergente. Esos «panteones del arte y la industria», marginales y efímeros, consistían en salas de exposiciones que ensalzaban las posibilidades de los materiales y los proyectos modernos. En contraste con las iglesias góticas, el Palacio de Cristal de Joseph Paxton y el Palais des Machines de Víctor Contamin utilizaban al máximo la anchura, los espacios abiertos, la penetración de la luz natural... y la sencillez. Recibidas con desagrado por profanar las antiguas capitales, que seguían relativamente inmunes al nuevo industrialismo, esas «catedrales laicas de cristal y acero» se vieron después cambiadas de lugar: al Palacio de Cristal se lo trasladó de Hyde Park a Sydenham, y el Palacio de la Máquina quedó totalmente desmantelado. Es muy posible que la Torre Eiffel siguiera en su sitio porque, pese a sus vigas de hierro, era tan conspicuamente no utilitaria que por ese mismo motivo resultaba un monumento urbano inocuo, desconectado espacialmente del ajetreo manufacturero y urbano de París.

El Grand y el Petit Palais de la exposición universal de 1900 sobrevivieron en una ubicación más central, pero para entonces esos edificios se decoraban de modo que se fundieran con el paisaje histórico de la ciudad. Además, en todas las exposiciones universales de París, los palacios de cristal y metal eran considerablemente más modernos que lo expuesto en su interior, que solía consistir más bien en productos manufacturados que industriales. Lo mismo ocurría en Milán, donde la techumbre de cristal y metal sobre la Galleria Vittorio Emanuele II, cruciforme y catedralicia, con su entrada en forma de arco de triunfo, alojaba tiendas y cafés muy exclusivos.

Debe reconocerse que entre 1900 y 1914 unos cuantos arquitectos lucharon por liberarse de los grilletes de la tradición y de los señuelos ornamentales. Para esos años, los arquitectos no sólo se enfrentaban con problemas científicos, técnicos y sociales urgentes, sino que además tropezaban con conceptos estéticos, visuales y espaciales nuevos, sobre todo los de tendencia cubista. Dicho en otros términos, el que se dispusiera de acero y de hormigón reforzado no era suficiente por sí solo para inspirar a Otto Wagner, Joseph Olbrich, Josef Hoffman y Adolf Loos a «salirse del historicismo y pasar a un estilo nuevo de vida para un nuevo siglo». Los nuevos materiales no hacían más que facilitar un abandono atizado por un ideal cuasi místico de pureza austera y que culminó en una cruzada contra la ornamentación, comprendido el evanescente Art Nouveau. Wagner,

convencido de que «únicamente lo que era práctico podía ser bello», no sólo proyectó una fachada lisa y sin adornos, sino también un interior sencillísimo, para su Caja Postal de Ahorros de la Ringstrasse de Viena (1904-1906), edificio destinado a cumplir una función viva. No cabe duda de que Wagner y sus colegas austríacos figuraban entre los principales heraldos de un «estilo nuevo exento de historicismo». Pero sus obras se quedaban aisladas y tenían tan pocas repercusiones como los edificios de H. P. Berlage en Holanda y los de Henry van der Velde en Alemania, o los proyectos sobre el papel de Tiny Garnier. De hecho, fuera de la vanguardia acosada, el nuevo estilo debió su notoriedad sobre todo a las reacciones hostiles de los defensores de la imitación historicista. Las formas de expresión arquitectónicas de siempre coincidían de una manera demasiado efectiva con la sociedad civil y política existente como para que fuera posible eliminarlas como mero *kitsch*.

Los pintores del *fin du siècle* estaban tan apegados a la tradición como los arquitectos. Ambos sectores procedían de academias que enseñaban e imponían una concepción lineal de la cultura europea y empapaban a los estudiantes de los principales estilos y obras maestras del pasado hasta el punto de sofocar su originalidad. Los pintores estaban saturados de la Biblia, la mitología clásica y las baladas populares, igual que sus clientes acomodados. Ninguno de ellos ponía en tela de juicio la «gran cadena del ser» en el arte pictórico, en el que las pinturas históricas, mitológicas y los retratos en que se ensalzaba el orden vigente tenían mucha más importancia que los cuadros de género, los paisajes y los bodegones. Los grandes salones de la pintura celebrados en importantes edificios públicos y con grandes mecenas políticos perpetuaban ese ordenamiento general. Los jefes de Estado o los primeros ministros presidían la distribución ceremonial de premios prestigiosos que concedían jurados formados por académicos acreditados que se movían en la alta sociedad. Las medallas de oro y los nombramientos «académicos» no eran sino los primeros pasos de los pintores con futuro, y a ellos seguían las condecoraciones oficiales y, salvo en Francia, el ennoblecimiento. Por el camino, los artistas de éxito ensalzaban a la clase dirigente con retratos halagüeños de sus miembros y de sus poses sociales. Aunque esa amalgama del arte, la política y la alta sociedad tenía sus orígenes en un pasado remoto, no era ni arcaica ni estéril, a juzgar por la eficacia con que se excomulgaba a los secesionistas o con que el grupo de poder cultural los recuperaba.

Que esa eficacia continuara se debía en parte al crecimiento de determinadas instituciones hegemónicas. Aunque las colecciones privadas, en especial, se iban cerrando, los museos públicos proliferaban y se ampliaban, sobre todo a partir de mediados de siglo. No cabe duda de que esa evolución tenía aspectos progresivos. Los museos públicos, igual que las bibliotecas públicas, ampliaban el acceso al arte elevado y se convirtieron en faros de tolerancia gracias a la diversidad de sus fondos. Pero los museos también tenían sus aspectos elitistas y oscurantistas. Desde sus comienzos en la era de Napoleón, estaban vinculados sobre todo a los proyectos sociales y políticos de los regímenes que los creaban y los dirigían. Aunque decían ser agentes de ilustración democrática, en la práctica las grandes instituciones museológicas se convirtieron en iglesias estéticas exclusivas consagradas a glorificar un pasado que era el padre del presente.

Para empezar, las fachadas griegas, renacentistas y románicas de esos templos del arte inducían a la reverencia y la veneración incluso entre los iniciados. Al traspasar el pórtico, los visitantes se veían nuevamente impresionados por la austeridad del recibidor central, donde se recuperaban antes de entrar en el santuario para rendir culto a los objetos de arte consagrados que estaban autenticados por un sacerdocio ordenado de conservadores de museo, historiadores del arte y eruditos. Los asistentes a los museos contemplaban reverentes las reliquias exhibidas sin referencias al contexto social y artístico en el que se habían concebido y ejecutado.

Por el carácter mismo de sus fondos, los museos perfilaban y ensalzaban el esplendor seductivo e impresionante de la sociedad de la clase ociosa. Hasta 1914, los sumos sacerdotes de los museos tenían poca o ninguna obligación de democratizar o popularizar sus exposiciones. Aunque su refinamiento estético y su disciplina intelectual tenían una cierta autonomía, los directores de museos eran elitistas culturales por su origen social, su formación y por ósmosis. En consecuencia, presentaban visiones de un pasado que defendía a las clases sociales que también formaban la mayoría de los mecenas y el público de los museos. De hecho, la principal función social de los museos era fomentar la integración de la burguesía con aspiraciones en esas clases dirigentes en condiciones favorables a las viejas élites. Y tampoco en lo político eran inocentes los grandes museos. A fines del siglo XIX llevaban los nombres de Alejandro III, Federico Guillermo III y Victoria y Alberto. Rara o ninguna vez se les ocurría a la clase media y baja entrar en esos imponentes panteones del arte elevado, que consideraban exclusivos de la clase dirigente y la gobernante.

Evidentemente, las capitales y las grandes ciudades de los princi-

pales países europeos, salvo en Italia, habían iniciado sus museos en la era de la Revolución Francesa. Londres empezó tarde, pues la Galería Nacional, con su estilo neocorintio, no se terminó hasta 1838, y el Museo Británico, proyectado como templo jónico, no se inauguró hasta 1847. Pero más tarde la Gran Bretaña recuperó el tiempo perdido, y el número de sus museos fue aumentando desde 59 en 1850 a 295 en 1914. En particular, el Museo de Historia Natural, de estilo expansivamente románico (1871-1881), el ecléctico renacentista y románico Museo de Victoria y Alberto (1891-1909) y el pomposamente neoclásico de la Galería Tate (1897) ampliaron la monumentalización historicista de la capital de Inglaterra.

En las Alemanias, Munich, Dresde y Darmstadt estaban en la vanguardia, con museos procedentes de las colecciones dinásticas de las casas reinantes. Para no quedarse atrás, los Hohenzollern de Prusia construyeron los museos Viejo y Nuevo (1823-1828; 1843-1855) en una isla especial para museos de Berlín, a fin de rivalizar no sólo con las ricas *pinakothekai* de las casas de Wittelsbach, Wettiner y Hesse, sino también con el Louvre de París. Por razones de prestigio y de poder, Guillermo I y Guillermo II se esforzaron en sobrepasar a sus antepasados mediante la construcción de la Galería Nacional de Berlín, como templo corintio (1876), y el Museo del Kaiser Federico, proyectado por Ernst von Ihne en estilo barroco del siglo XVII (1897-1903). En toda Alemania, sólo entre 1900 y 1914 se construyeron 180 museos. Claro que tanto en Alemania como en otros países muchos museos se dedicaban a la etnología, la arqueología y las artes aplicadas, mientras en Praga y Budapest se encargaban de atizar los sentimientos nacionalistas. Pero en todas partes los grandes museos de las artes visuales y plásticas superiores seguían siendo los centros principales de veneración cultural. Desde luego, así era en Viena, donde el Museo de Historia del Arte era muy superior al de Historia Natural, aunque los dos exhibían la misma grandilocuencia barroca.

Pero quizá fuera San Petersburgo la ciudad que tuviera la cara museológica más arcaica y reveladora. Tanto el antiguo Ermitage como el nuevo, construido en el decenio de 1840, eran partes integrantes del Palacio de Invierno imperial. Los Romanov fueron los últimos en «nacionalizar» sus colecciones dinásticas. Hasta mediados del decenio de 1860, el Ermitage se destinaba a las grandes recepciones. Como la visita al museo significaba visitar a la familia imperial, los visitantes tenían que cumplir un código vestimentario y hacerse anunciar. Incluso después de que se nacionalizaran los suntuosos interiores y las majestuosas colecciones de maestros europeos occidentales del Ermitage, el ministerio de la corte imperial seguía administrándolos y financiándolos junto con otros museos, óperas y ballets.

Por eso no debe sorprender que a las vanguardias les resultara difícil penetrar en esos formidables bastiones museológicos. No es que se quedaran completamente excluidas. Paradójicamente, para 1914 los museos alemanes tenían 200 cuadros franceses, desde Ingres a los cubistas, aunque esas obras no ocuparan necesariamente los lugares más destacados. Pese al despido de Hugo von Tschudi por adquirir impresionistas para la Galería Nacional de Berlín, los museos del férreo Segundo Imperio estaban relativamente abiertos a la vanguardia. Eso se debía en parte a que el sistema descentralizado de museos de Alemania permitía a Darmstadt, Dresde y Munich —que acogió a Tschudi— seguir un rumbo independiente, a pesar de la pomposidad prusiana. En cambio, los museos centralizados de la Tercera República, supuestamente no represiva e incluso licenciosa, tenían menos de 100 cuadros franceses modernos. En 1890, Monet, Degas y Rodin encabezaron una suscripción nacional de 20.000 francos para regalar la innovadora *Olympia,* de Manet, al Luxemburgo, donde permaneció en una relativa oscuridad hasta que Georges Clemenceau intervino para que ocupase un lugar más visible. Por fin quedó consagrada en 1907, cuando la trasladaron al Louvre. Entretanto, el peso de las tradiciones y los prejuicios complicaba la aceptación del legado de Gustave Caillebotte, el pintor realista que dejó a su muerte en 1894 nada menos que 65 cuadros, en su mayor parte impresionistas, al Estado, con la condición de que no los escondieran en el Louvre ni en museos provinciales. Por fin, los funcionarios de Beaux-Arts aceptaron 38 de los cuadros, en gran parte porque al hacerlo integraban a los impresionistas, todavía polémicos, en el Luxemburgo sin gastar ni un céntimo de sus escasos recursos para adquisiciones y sin meterse en peligrosas batallas presupuestarias. Además, y sobre todo a raíz del caso Dreyfus, los guardianes de la cultura consideraban con algo más de favor a los impresionistas, en parte como *ruse de guerre* contra los postimpresionistas, que eran más peligrosos socialmente, y para 1914 había en el Luxemburgo nueve Monets, siete Renoirs y seis Pissarros, y el museo también había aceptado una pequeña *nature morte* de Gauguin. Además, en 1911 se aceptó en el Louvre el legado Isaac de Camondo de obras de Cézanne, Degas, Renoir y Toulouse-Lautrec, y en 1914 la donación de Pierre Goujon hizo llegar allí un Van Gogh. Pero hasta 1900 Jean-Léon Gérome, Adolphe-William Bouguereau y Carolus Duran, y después de esa fecha Joseph-Léon Bonnat y Paul-Albert Besnard tenían mucha más importancia que sus adversarios modernistas. Los cinco eran miembros de la Académie des Beaux Arts del Institut de France.

En comparación con la arquitectura y la mayor parte de las artes interpretativas, la pintura era una forma artística individual y perso-

nal, lo cual explica en parte su función de locomotora del movimiento moderno. Los pintores de vanguardia tenían libertad para experimentar, y al rebelarse primero contra el clasicismo y después contra el realismo, desafiaron a las *mores* académicas y sociales del mundo del arte. El impresionismo fue el comienzo de una sucesión cada vez más rápida de modernismos discontinuos, pero no inconexos. Pero como siempre, los contemporáneos exageraron el radicalismo de la ruptura con los cánones imperantes y las culturas oficiales. Y, en retrospectiva, parece que la búsqueda modernista siguió una trayectoria lineal desde el arte figurativo hacia el no representativo.

De hecho, los impresionistas no eran radicales sino en la medida en que se levantaron contra los convencionalismos académicos fosilizados y abandonaron la imitación y la reproducción estériles del pasado en pro de representaciones vigorosas de la vida moderna. Fue Manet, su *avant courier,* quien primero proclamó que quería ser «de su tiempo» y pintar «lo que veía». Dicho en otros términos, los impresionistas, inspirados por Courbet, eran en primer lugar, y ante todo, realistas que repudiaban las leyes cristianas, el halago social y la estética académica a fin de revelar, y no de interpretar, el mundo que los rodeaba. Rechazando la opinión tradicional de que la pintura era una actividad cerebral, los impresionistas, en sus ensayos ópticos, confiaban en el ojo humano para transmitir la realidad sin mediación mental. En consecuencia, salieron de sus sombríos estudios a la luz del día de la sociedad, la ciudad y el campo. Aunque eran contemporáneos de Zola y el naturalismo, salvo Degas tendían a dejar constancia de una realidad bastante serena. A juzgar por el tema más que por la concepción, la técnica y el color de sus lienzos, los ojos de los impresionistas se saltaban gran parte del mundo moderno. La exquisita *Gare Saint-Lazare,* de Monet, era etérea, pero no era representativa, y no pasó mucho tiempo antes de que también él empezara a pasearse por las riberas y los tributarios del Sena para capturar los paisajes bañados de sol que se convirtieron en un emblema característico del impresionismo.

En general, los impresionistas, al contrario que los realistas como Alfred-Philippe Roll y Jean-François Raffaëlli, se fijaban más en el campo y los campesinos que en las ciudades y los proletarios. En la medida en que los paisajes urbanos entraban en su línea de visión, pintaban talleres artesanales, mercados de aves y los pasatiempos alegres de la clase media y la *petite bourgeoisie* parisinas. De hecho, lo que hacían era pintar una representación fugitiva de la vida urbana, exenta de la turbulencia de las fábricas y las multitudes, y con sólo algunos vistazos ocasionales al *haut monde.* Además, como siempre estaban intentando y esperando obtener el reconocimiento oficial, los

impresionistas se abstenían de criticar a sus adversarios. La aceptación por Manet de una medalla por una obra menor en 1881 y su condecoración con la Legión de Honor precedieron a la afirmación ulterior de Cézanne de que «quería hacer que el impresionismo fuera algo tan estable y duradero como el arte de los museos».

La resolución de liberarse de «la mano muerta del pasado» siguió siendo el principal motor de las vanguardias hasta 1914. En consecuencia, los neoimpresionistas Seurat, Signac y Luce se sintieron impulsados a retratar una realidad social menos idílica, elegíaca y aquiescente que el grupo principal de pintores, que eran compañeros de viaje, pero no seguidores del movimiento impresionista. Mientras que los expresionistas y los cubistas desdeñaban tácitamente la cultura oficial, los futuristas aullaban desde los tejados su hostilidad a ella.

En cambio, los creadores del Art Nouveau —Jugendstil, Liberty Style, Sezession Stil— aplacaban al academicismo al moderar en lugar de execrar su exceso de ornamentación. Inseguros de que el año 1900 fuera a señalar la aurora de una nueva era o el crepúsculo del antiguo orden, esperaban utilizar el arte para revitalizar las artesanías en una era de mecanización creciente. Aunque aspiraban a una reconciliación entre el arte y la industria, su hostilidad a las máquinas reforzaba su tendencia artesanal. Especialmente en Francia, pero también en otros países, el Art Nouveau dejó su huella por medio de las artes aplicadas y decorativas. Injertó sus motivos ahistóricos en las tradiciones artesanales preexistentes, sobre todo en ciudades que, como París, eran centros de producción suntuaria de muebles, joyería y cristalería.

Con pocas excepciones, el Art Nouveau no era arquitectónico. En lugar de aventurarse por la senda de los proyectos estructurales, y desdeñoso de la monumentalidad, domesticó las fachadas decorativas y los interiores iluminados al llenarlos de *objets d'art* ejecutados con finura e individualidad. Naturalmente, sus temas florales, vegetales y animales eran afirmaciones antitradicionales. Pero los artistas del Art Nouveau, que no podían escoger entre el pasado y el futuro, pintaban y forjaban líneas fluidas y retorcidas, con las que creaban más bien la ilusión que la realidad del movimiento. Ese esfuerzo por simular el movimiento y miniaturizar la realidad en una época de cambios cada vez mayores tenía que afogonarse, y el Art Nouveau desapareció en un tiempo récord, como un meteoro cultural. Al no poder conciliar su vocación estética con los dictados de la producción fabril, aquellos aspirantes a artistas-artesanos se convirtieron en artesanos a la medida y en retratistas de clientes ricos. La mayor parte de éstos eran aristócratas o estetas *grands bourgeois* que, al igual que aquéllos, reprobaban la excesiva rigidez de la cultura oficial. En todo caso, el

Art Nouveau se vio superado inmediatamente por una reacción clásica, de una parte, y de la otra, por las corrientes modernistas irreprimibles. Quizá se debieran interpretar como legado del Art Nouveau las fantasías feéricas del movimiento animado, pero circular, de algunas de las partituras de Debussy y Ravel, que comprendería también la Fuente de Shaftsbury de Alfred Guibert, las entradas del Metro de Héctor Guimard, los jarrones de Nancy de Émile Gallé, los retratos de sociedad de Gustav Klimt y los manifiestos de Henry Van de Velde.

Entretanto, los artistas del Art Nouveau coincidían con los postimpresionistas, excepto los cubistas y los futuristas, en dos cuestiones importantes. Todos ellos, que desconfiaban de las sensaciones visuales, abandonaron por igual el realismo y el naturalismo para expresar las emociones internas y los estímulos de los sentidos. Además, salvo los expresionistas de izquierdas, eran ajenos a la ciudad, la fábrica, el proletariado y las masas. En particular, la ciudad cada vez más urbanizada inquietaba y enajenaba incluso a los más cosmopolitas entre ellos. Mientras que los artistas del Art Nouveau trataban de ponerle una pantalla a ese fermento invasor, casi todos los postimpresionistas trataban de escapar a él o fustigarlo, aunque fuese indirectamente. En ese sentido, Cézanne, Van Gohg, Gauguin y Munch no coincidían sólo con Kirchner, Kokoschka y Schiele, sino con Kandinsky. De hecho, la Babilonia y el Moloch urbanos —todavía más espectrales que reales— fomentaban la frustración, la ansiedad, el temor, la angustia y el horror de casi toda esta vanguardia del modernismo. La ciudad, decadente y dinámica, repelente y magnética al mismo tiempo, amenazaba con destruir la alta cultura y la sociedad que ellos mismos atacaban en otro tono. Sin saber a dónde volverse, algunos vanguardistas externalizaron su agonía interna e irresoluta mediante la deformación de las formas naturales y humanas, mientras que otros pasaban cautelosamente más allá de los objetos, las situaciones y las personas reconocibles para experimentar con interpretaciones abstractas y no representativas. A partir de 1905 fue el expresionismo alemán, del que se hablará más adelante, el que revelaría esa dualidad de forma más llamativa.

Ni el cubismo ni el futurismo compartían ese tormento y ese pesimismo. Pese a enormes diferencias entre ellos, ambos aspiraban a concebir un arte para el mundo acelerado de ciudades y máquinas desencadenadas, con el que se enfrentaban confiados.

Los pintores cubistas se concentraban en los objetos ordinarios hechos por el hombre o las máquinas y no sólo experimentaban con nuevos materiales —papel, madera, metal, serrín—, sino también con nuevos conceptos visuales. En lugar de revelar el mundo como ha-

bían hecho los impresionistas, exploraban las interacciones de estructura, espacio y representación con más énfasis en la forma que en el objeto. Como los cubistas repudiaban las imágenes pictóricas inertes, presentaban sus formas geométricas interactivas y sincronizadas en un vacío hermético sin referencias a la naturaleza, la economía ni la sociedad. Incluso la ciudad, con la que estaban reconciliados Braque y Picasso, quedó eliminada de sus lienzos, ideados para penetrar los procesos dinámicos del mundo y la psique.

Por su parte, los futuristas energizaban las imágenes pictóricas contra el telón de fondo de la gran ciudad que ensalzaban. Su oratoria verbal y escrita era mucho más militante que su idioma vernáculo visual, debido en gran parte al público al que pretendían dirigirse. Mientras que los cubistas adoptaban un lenguaje estático en el que dirigirse a la subcultura artística europea, los futuristas se escindieron deliberadamente de esa subcultura, comprendida su rama bohemia, para corregir o arengar descaradamente a las masas. Por eso apareció en la primera página de *Le Figaro* el manifiesto de Filippo Tommaso Marinetti de febrero de 1909. Paradójicamente, aunque ese periódico era un medio «moderno», también era elitista, conservador y católico, y en consecuencia defendía todos los valores que los futuristas despreciaban.

En series sucesivas de andanadas y *happenings* los futuristas italianos lanzaron un ataque excepcionalmente amplio y virulento contra la cultura oficial de Europa. Para ellos, Italia era «un país de muertos..., una Pompeya gigantesca», coronada por «un absceso canceroso de profesores, arqueólogos, guías turísticos y anticuarios». Hijos del norte industrial, sobre todo de Milán, fustigaban a Nápoles, Roma, Florencia y Venecia como «heridas del pasado» purulento. Mientras que justo en ese momento Venecia cautivaba a los estetas de Europa, ellos la satirizaban por ser un «mercado de antigüedades falsas..., un imán para los *snobs* y los tontos..., un baño de asiento enjoyado para las cortesanas cosmopolitas... y el mayor burdel de todos los tiempos». En resumen, Venecia estaba infectada de la «sífilis del sentimentalismo» e infestada de góndolas que eran «columpios para idiotas». Pero el aullido de los futuristas tenía por objeto llegar más allá de Venecia y de Italia. Con sus ataques a la tradición y la historia se presentaban como un comando que llevaría a la vanguardia europea a romper con el pasado de una vez para siempre, si era necesario mediante incendios de las bibliotecas, bombardeos de las academias e inundaciones de los museos.

No cabe duda de que, como poeta y dramaturgo, Marinetti permitió que su oratoria fuera más allá del impulso insurgente de los pintores, los escultores y los arquitectos futuristas. Pero todos ellos

se unían para desafiar a la adoración de la cultura oficial con una contraadoración de la juventud, la irreverencia, la ciencia, la tecnología, el movimiento y la velocidad. A un nivel, pues, los futuristas eran campeones de la industria, la innovación y el progreso, en el sentido de que ensalzaban los ritmos dinámicos de las fábricas, los automóviles, los aeroplanos y las turbinas eléctricas, tanto con su palabra como con el pincel. A otro nivel, se aliaban con las fuerzas conservadoras. Claro que atacaban a la monarquía, la Iglesia y el Vaticano. Pero también denigraban el Parlamento, las elecciones y la burguesía filistea, y se distanciaban de los socialistas y los obreros, vanguardia política del progreso social. En cambio, confiaban en el nacionalismo italiano extremista, el imperialismo y la guerra para que abriesen el camino a la era y la cultura de la máquina, independientemente del costo humano, social y político. Inspirados por Nietzsche, cuya oda a una antigüedad ilusoria transmutaron en una oda a la modernidad aérea, los futuristas negaban la igualdad, se oponían a la nivelación de la sociedad y creían en una aristocracia del espíritu y de las artes.

Pocas o ninguna de las pinturas de los futuristas correspondían al ánimo interno de sus manifiestos impresos y sus declaraciones verbales. Umberto Boccioni, Carlo Carrà, Ardengo Soffici y Gino Severini dejaron atrás los serenos paisajes urbanos de la sociedad respetable y retrataron calles urbanas, fábricas y medios mecanizados de transporte que latían con los movimientos, las tensiones y los conflictos de los obreros, los parados y los marginales. Mientras rapsodiaban de manera convincente el dinamismo urbano de la Italia septentrional —que, como hemos visto, era un enclave en una sociedad abrumadoramente preindustrial—, les resultaba imposible evacuar de sus cuadros la cuestión social para dejar sitio al frenesí patriótico y el conflicto externo contra Austria o Libia. De hecho, lejos de abandonarse a la protesta social o dar su apoyo a la pesadilla modernista de Marinetti, Boccioni, Severini y Carrà se fueron acercando a la búsqueda cubista, psicológica y socialmente menos frenética, de un estilo moderno. Pero hacia 1914 tanto el cubismo como el futurismo habían iniciado su declive, y ya no se podía decir que fueran alarmantes para los *chiens de garde* de la cultura oficial.

Mientras la pintura y los museos académicos aportaban la gravedad contemplativa del culto y la reproducción artísticos, el teatro, la ópera y el ballet aportaban su levadura emotiva. En una mezcla de estilos, las artes dramáticas seguían siendo lo bastante auténticas como para que las clases dirigentes se reconocieran en las representaciones

barrocas de obras cortesanas en la Comédie Française de París y el Burgtheater de Viena.

Pero entre 1848 y 1914 la ópera se convirtió en la reina de las formas artísticas y los cultos dionisíacos. De origen barroco, igual que el museo, pasó de su medio cortesano a la esfera pública, y se llevó consigo la mayor parte de su dotación arquitectónica y de repertorio. De hecho, la ópera nunca dejó de ser cortesana, y tras 1840, al mudarse a nuevas casas y adquirir un repertorio nuevo, cada vez se hizo más solemne. Tras unas fachadas históricas grandiosas, las grandes escaleras, los pisos sucesivos de palcos y los vestíbulos suntuosos eran idealmente adecuados para los ritos de imitación que promovían y reflejaban la aristocratización de la burguesía. Los libretos, las partituras y las producciones operísticas, empapadas de tradición histórica y de creaciones musicales del pasado, no eran menos conducentes a esa renobilización duradera de las clases dirigentes de Europa. Era lógico que las testas coronadas de Alemania, Austria y Rusia se interesaran en especial por las óperas de sus capitales y que todos los gobiernos, comprendido el de la Tercera República, asignaran una parte exageradamente grande de sus magros presupuestos para las artes a esta actividad cultural exclusiva y sacramental.

Hasta principios de siglo, Wagner fue el único verdadero innovador, y dio un enorme impulso a la apoteosis de la gran ópera. Wagner, que era al mismo tiempo escritor, compositor y director, y estudioso de la tragedia griega antigua, se consagró a forjar un *Gesamtkunstwerk* (obra completa de arte). En sus manos, la ópera se convirtió en el vehículo para la integración de todas las artes importantes en una familia de arte total y colectiva: arquitectura, pintura, drama, poesía, música, canción y danza. Todos esos medios se sintetizaban para crear un todo armónico que era cualitativamente mayor que sus elementos componentes, y distinto de ellos. En lugar de crear un lenguaje musical y dramático nuevo, Wagner ensambló ingeniosamente unidades prefabricadas para generar el máximo efecto teatral. La principal ambigüedad de su superópera era si la música era la sirviente de la tragedia o dominaba a ésta. Pero esa misma ambigüedad era algo básico del propósito de Wagner. Cada vez menos interesado en divertir o en alcanzar un ideal de pureza estilística, se dedicó a celebrar y reconsagrar el orden social del Segundo Imperio alemán. Al igual que su íntimo amigo Gottfried Semper, el eminente arquitecto del monumentalismo barroco de Europa central, Wagner construía dramas musicales de una pompa colosal, ideados para mistificar y espiritualizar la vida dentro y fuera del templo de la ópera.

Ese templo, en forma de la Festspielhaus, se construyó en Bayreuth de 1872 a 1876, año en que se inauguró con una interpretación

del *Ciclo del anillo* completo en presencia del Emperador Guillermo I, del Rey Luis II de Baviera y de una cohorte de príncipes alemanes. Pronto se vio que Wagner se desviaba de su modelo de la tragedia griega en dos aspectos: se dirigía a un público de élite, y no a un sector amplio de la comunidad política; y sus aspiraciones eran germanocéntricas, y no universales. En todo caso, los visitantes que acudían en masa a Bayreuth para participar en el culto wagneriano incipiente eran ricos y educados, lo cual significaba que podían permitirse viajes de lujo y que podían entender los mitos y las leyendas wagnerianos. Además, pese al tono claramente germánico del culto y el ritual, en la peregrinación anual participaban aristócratas y *grands bourgeois* de toda Europa, incluso en épocas de antagonismos nacionales crecientes. Más adelante diría Thomas Mann que Bayreuth se había convertido en «un Lourdes de la música..., una gruta milagrosa para la credulidad voraz de un mundo decadente».

Eso mismo opinaba Max Nordau, autor de la polémica *Degeneración,* publicada en 1893 y traducida a 20 idiomas en unos pocos años. Según Nordau, se había convertido en «una señal de aristocracia... entre los *snobs*» ricos y educados el ir a Bayreuth a ver óperas que eran un «eco ovino de un pasado lejano... y la última seta de la turbera del romanticismo [en lugar de] la obra de arte del futuro». Nordau consideraba que, como dramaturgo, Wagner era «un pintor histórico de la mayor calidad», con genio para imaginar y recrear «fiestas, ceremonias, triunfos y obras alegóricas... [cuyo] atractivo pictórico era visible incluso a ojos del filisteo más craso». También consideraba que Wagner era un compositor «atávico» que rebajaba la música «a un símbolo fonético convencional», utilizaba «el recitado vago de los salvajes», subordinaba la «música instrumental muy diferenciada al drama musical» y evitaba que hubiera «más de una persona cantando en el escenario y la polifonía vocal».

En general, el culto y la difusión de Wagner, igual que los de Nietzsche, aumentaron mucho después de su muerte, y sobre todo desde fines de siglo hasta 1914. Cabe interpretar su *oeuvre* como un reflejo, una profecía y un instrumento de la persistencia del antiguo orden, y no sólo en Alemania, sino en el conjunto de Europa. Desde luego, no fue la marcha fúnebre ni el heraldo de la era burguesa. Tras repudiar su entusiasmo matizado por la primavera liberadora de 1848, Wagner aclamó cada vez más la monarquía heroica por encima de la ley, defendió a la emoción contra la razón y sancionó el nacionalismo romántico frente al cosmopolitismo apacible.

Fue Richard Strauss, y no Claude Debussy, el primero en romper con la moda operística tradicional, y con la ascendencia y la moda wagnerianas. Strauss, que se consideraba expresionista, pasó a la di-

sonancia vocal y el psicologismo vehemente de forma titubeante en *Salomé* (1905) y con pleno vigor en *Electra* (1909). Pero la recepción fue tan hostil, en Viena y en otras partes, que se retiró al género operístico prewagneriano. *Der Rosenkavalier* (1911), totalmente mozartiano y entremezclado de ritmos de valses vieneses, fue una «capitulación y una adaptación» al público operístico de Europa, musicalmente conservador.

La vanguardia musical no desplazó ni acosó a la ópera, igual que no radicalizó el renacimiento del ballet, que puso en marcha Serge Diaghilev. Este, que era un mero creador de gustos y empresario, se convirtió, sin embargo, en el Wagner del ballet al recrearlo como *Gesamtkunstwerk* sin introducir grandes desviaciones estilísticas. No causa sorpresa que el ballet resurgiera en el más intacto de los *anciens régimes* europeos. Como forma aristocrática de arte perfeccionada en el siglo XVIII, había seguido prosperando en Rusia con el mecenazgo de los Romanov. Durante el siglo XIX se fueron asimilando motivos populares y patrióticos en la tradición clásica coreográfica y de vestuario del ballet. A partir de Glinka, los grandes compositores rusos —Borodin, Chaikovsky, Rimsky-Korsakov— escribieron partituras musicales que permitieron al ballet iniciar el redescubrimiento y la celebración del acervo cultural autóctono de Rusia que animó a la vanguardia rusa a partir de principios de siglo.

Diaghilev atento a las secesiones artísticas de Occidente, se convirtió en una fuerza impulsora de la apertura de Rusia al impresionismo. Tras ello, se dedicó a dar nueva vida al pasado de su propio país. Sus orígenes eran nobles, y con el apoyo imperial intermitente promovió un renacimiento ruso mediante revistas, exposiciones y círculos artísticos en su casa antes de convertirse en su plenipotenciario en el extranjero.

A raíz de la Revolución de 1905, Diaghilev dedicó tres años a presentar en París los iconos, la música orquestal y la ópera rusos. Después, a partir de mayo de 1909, Diaghilev deslumbró a la capital de Francia con los *Ballets Russes*. Los públicos y los críticos se sintieron fascinados no por la novedad de esa danza musical, sino por la vida y el esplendor regenerados de lo que era una forma artística antigua. Sobre todo, Nijinsky exhibía la vitalidad recién hallada de los pasos lineales, frontales, cíclicos, pero rigurosamente clásicos. Además, tanto él como el cuerpo de baile comunicaban una gama enorme de estados de ánimo y de sentimientos no amenazadores por medio de movimientos y gestos corporales convencionales.

El genio de Diaghilev consistía en dotar a esa coreografía fija de unos decorados y unos vestidos llenos de color y de luz. Esa *mise en scène* diseñada por Bakst, Benois y Larionov —y más adelante

también por Derain, Matisse y Picasso— infundía a toda la producción una luminiscencia maravillosa. Entretanto, Diaghilev también invitaba a Stravinsky a componer partituras para su ballet, cuyo repertorio era fundamentalmente ruso «antiguo». Precisamente en aquel momento también Stravinsky estaba metido en el nuevo resurgimiento de la cultura popular: cuentos, música, bailes y canciones. Desde luego ésa era la impronta que llevaban *El pájaro de fuego* (1910) y *Petrushka* (1911), al igual que *La consagración de la primavera* (1913), que evocaba «escenas de la Rusia pagana» en un lenguaje musical que constituyó una ruptura revolucionaria.

Tanto en su país como en el extranjero, los *Ballets Russes* se interpretaban bajo auspicios augustos y ante públicos muy exclusivos, que eran cualquier cosa menos campeones de la vanguardia cultural. Claro que en 1913 *La consagración de la primavera,* disonante aunque rítmica, escandalizó al público de su estreno parisino, y tanto *Petrushka* como *La siesta de un fauno,* de Debussy, tuvieron una acogida fría en Viena. Pero en 1911 los *Ballets Russes* se presentaron con gran éxito en una velada de gala de baile y ópera en el Covent Garden, como parte de los festejos que señalaron la coronación de Jorge V. Además, aquel mismo año el Emperador Guillermo II, el máximo antimodernista de Europa, formó parte del público resplandeciente del estreno en el Teatro Kroll de Berlín. Tras la representación, envió a buscar a Diaghilev para felicitarlo, especialmente por *Cleopatra.*

«Mientras en San Petersburgo la música popular renovaba la tradición del ballet por conducto de los grandes compositores, en Viena se veía destruida por el vals, que entraba en el género de la opereta, y por lo tanto no era ni arte popular ni ballet.» En sus operetas comercializadas, Franz Lehár *(La viuda alegre)* y Johann Strauss *(Die Fledermaus)* proyectaban un mundo que era tan aristocrático, sensual y frívolo como el de la *Vie Parisienne* de Jacques Offenbach bajo Napoleón III. Pero en comparación con los *tableaux vivants* de la sociedad imperial francesa, que estaban teñidos de cinismo, los de la alta sociedad habsburguiana eran descaradamente sonrosados y provocativos.

La mayor parte de los grandes palacios para las artes interpretativas estaban construidos conforme al mismo modelo arquitectónico imponente de los museos. Pero, al revés que la visita a un museo, el ir al teatro, a la ópera o al ballet eran actos mucho más públicos y ostentosos. El precio y la ubicación de las entradas, especialmente en las funciones de gala, seguían un orden y un código de precedencia. De hecho, los públicos solemnes de las artes interpretativas reflejaban mejor y a más velocidad la evolución de las posiciones de la clase dirigente que la sociedad cortesana o de los salones. La sobrerrepre-

sentación de los judíos prósperos asimilados entre los clientes de las artes interpretativas, especialmente en Europa central, no sólo expresaba su tradicional estima por la vida del espíritu y el arte no figurativo, sino también su recurso a la cultura para compensar su permanente ostracismo social y político. En todo caso, la mayor parte de esos judíos eran más bien de clase media que burguesa, y junto con la *Bildungsbürgertum* (burguesía educada y cultivada) participaban ansiosamente en una vida cultural que seguía estando incrustada en la antigua sociedad.

El vestuario de la época, sobre todo los atavíos que se portaban en las grandes ocasiones sociales, era un eco de esa adaptación y la fomentaba. Sin duda, durante el siglo XIX la aristocracia moderó su ostentación y su diferenciación, y los hombres dejaron que fueran las mujeres quienes determinaran la moda. Pero, en general, la moda siguió estando sometida a la costumbre, la ropa se siguió haciendo a la medida y sin una concepción imaginativa. Sobre todo, mientras que el noble fue rebajando de tono su atuendo para que fuera menos grandioso, los *grands bourgeois* asumieron la predilección tradicional de la aristocracia por una distinción estudiada. En consecuencia, el atuendo siguió siendo señal de los niveles de posición social. Pero, para los acomodados, el estar a la moda no era ser original, espectacular ni extravagante. Igual que los modales y el porte, la ropa se cortaba y se llevaba para tener el mismo aspecto que el grupo nobiliario de poder.

A fin de cuentas, los convencionalismos vestimentarios no sólo servían para delimitar a la clase dirigente, sino también para dar solidez a su cohesión interna. Al igual que en tantas otras esferas de la vida de la clase alta, la costumbre era la moda, y era la costumbre la que dictaba un código vestimentario cuyo espíritu y cuya composición databan de antes de mediados de siglo. Si las modas eran conservadoras y evolucionaban con lentitud, era en gran medida porque la burguesía había decidido sumarse a las élites antiguas, en lugar de desafiarlas. Y esas élites reafirmaban periódicamente su supremacía con la exhibición de sus condecoraciones o sus uniformes en las recepciones oficiales y las ocasiones sociales y culturales solemnes. Entre Luis-Felipe, el rey-ciudadano que desechó su uniforme y sus medallas para dar dignidad a los trajes oscuros y los chaqués, y Paul Poiret, el costurero que en 1910 empezaba apenas a liberar a las damas de la sociedad de sus corsés rígidos, las modas iban al ritmo refinado de la sociedad antigua.

Hasta 1914 incluso la nación más industrial, urbanizada e imperialista de Europa siguió teniendo una cultura oficial singularmente

tradicional. En los edificios públicos, excluida la arquitectura eclesiástica, el resurgir gótico de la era victoriana de Inglaterra fue retrocediendo gradualmente para dar paso al resurgir barroco de los años eduardianos y al resurgir clásico del decenio anterior a 1914. A partir de 1890, los arquitectos adoptaron el estilo barroco (o Renacimiento Inglés) para expresar el cenit de la capacidad económica y la hegemonía mundial de Inglaterra. Como era predecible, el ostentoso barroco eduardiano se exhibió en edificios oficiales de Londres, en los ayuntamientos de Belfast y Cardiff y en el monumento de Calcuta a la Reina Victoria. Pero también fue el estilo en que proyectaron John Belcher el Instituto de Censores Jurados de Cuentas de Londres, Matear y Simon la Bolsa del Algodón de Liverpool y los hermanos Skipper y J. J. Burnett las sedes de las compañías de seguros de Norwich y Glasgow. Además, a juzgar por el monumento Ashton de Belcher (1905-1909), encargado por Lord Ashton para conmemorar la empresa de linóleum de Lancaster de su familia, los ricachos locales utilizaban el barroco altoeduardiano para proclamar su asimilación a la sociedad antigua.

En parte como reacción a ese gran recargamiento, que el movimiento artista y artesano jamás logró moderar realmente, a partir de principios de siglo los arquitectos ingleses se abrieron cautelosamente a la influencia de las Beaux-Arts de Francia. En su búsqueda de la sencillez y el refinamiento de las proporciones clásicas, adoptaron un estilo neomanierista tanto para los edificios públicos como para los de las empresas. Pero aunque se liberaron de las decoraciones recargadas, tras sus exteriores clásicos y austeros el Hotel Ritz (1903-1906) y el Automóvil Club (1908-1911) de Londres albergaban el mismo ambiente de distinción que embargaba al sensible Proust en el Ritz de París.

El mundo de las artes visuales estaba dominado por una Real Academia totalmente endógena, que monopolizaba la enseñanza de las artes y las prestigiosas exposiciones de verano en las que el Consejo de las Artes hacía regularmente sus compras. Bajo la presidencia de Frederick Leighton, que tras ser ennoblecido (1886) ascendió a par del reino (1896), y de John Everett Millais, que también recibió el título de caballero (1885), la Academia promovía una pintura que era severamente tradicional en todos los respectos. Durante esos años, George Frederic Watts pintó los frescos de la Cámara de los Lores, recién construida, y muchos retratos amanerados de notables, que con el tiempo le hicieron ganar la Orden del Mérito. Existía un aspecto nacionalista, por no decir nativista, en ese conservadurismo estético. Al impresionismo no se lo desdeñaba sólo por ser nuevo e impío, sino también por ser el vector de las bacterias letales de la degene-

ración, la *légèreté* y el radicalismo franceses. Sólo pequeños sectores de la clase media-alta inglesa snobizante estaban abiertos a las influencias del otro lado del Canal. Piafantes bajo el asfixiante clima cultural y aristocrático de la Inglaterra eduardiana y posteduardiana, financiaban las exposiciones de arte moderno de las galerías privadas de Londres.

La Galería Nacional, que en 1904 rechazó el regalo de un Degas, poseía un tesoro de maestros italianos, flamencos y holandeses, mientras que las obras de los pintores ingleses quedaban relegadas al Museo de South Kensington. Fueron unos impulsos tan nacionales como sociales lo que impulsaron a Henry Tate, un rico refinador de azúcar, a insistir en que en Londres hubiera un equivalente del Luxemburgo de París. No sólo donó su propia colección de pintores ingleses, que era muy académica, sino además los fondos con que construir un gran museo en un solar que aportaría el Estado. A mediados de 1897 el Príncipe de Gales inauguró con gran ceremonia esa nueva Galería del Arte Británico Moderno, construida en un estilo neoclásico pomposo. Un año después se recompensó a Tate con un título de baronet, lo cual sin duda lo indujo a hacer más regalos de cuadros y de fondos con los que ampliar las salas.

Huelga decir que el calificativo «moderno» que ostentaba se entendía en un sentido puramente temporal, pues la Galería Tate se dedicaría a adquirir obras «académicas» recientes y actuales. A partir de entonces, el Ministerio de Hacienda subvencionó el crecimiento de esa colección de arte nacional. También compensó a los donantes particulares que ayudaban a la Galería Nacional a comprar las obras de maestros continentales antiguos que estaban vendiendo algunos de los mayores pares del reino (por ejemplo, el Duque de Marlborough, el Conde Radnor del Castillo de Lanford, el Duque de Norfolk) y que corrían el peligro de perderse en museos o coleccionistas privados extranjeros. Los modernos, tanto británicos como extranjeros, quedaron totalmente excluidos de la Academia Real y de los museos.

La resistencia a la modernidad no era menos evidente en el teatro y en la literatura. Estaban proscritas las obras teatrales de Ibsen, Maeterlinck y Sudermann, así como la *Salomé* de Strauss y los libros de Zola. Aunque esa resistencia al arte y el pensamiento nuevos no carecía de matices xenófobos, el examinador jefe también censuró la *Salomé* de Oscar Wilde (escrita en francés) y dos obritas de Bernard Shaw.

Por fin, en 1907, aunque sólo se rechazaron cuatro de 536 permisos, unos 70 escritores destacados presentaron al Gobierno una petición de que se examinaran las facultades del censor en lo que se refería a las obras de teatro. Cuando varios miembros del Parlamento

hicieron suya la causa en 1909, Asquith acabó por designar una comisión parlamentaria conjunta de investigación. Al cabo de cuatro meses de audiencias, esa comisión, más sensible a los productores y a los públicos que a los autores, recomendó que las prerrogativas del Lord Chambelán siguieran esencialmente intactas.

Aunque para 1914 ya empezaban a resonar en Inglaterra algunas de las ideas y las actitudes de los vanguardistas continentales, su eco parecía ser bastante débil. Asquith y sus colegas liberales se mantenían distanciados de los modernistas por miedo a enajenar su base de clase media y seguir inflamando el cisma en el seno de la clase dirigente británica. Además, el Gabinete liberal no estaba precisamente integrado por radicales culturales. Recelaba tanto de los «decadentes» y los «estetas» como de los artistas que buscaban una resurrección de la artesanía.

Francia, como única república entre las grandes potencias de Europa, estaba en la vanguardia de la desmonarquización, la desaristocratización y la descristianización. Los elementos antirrepublicanos represivos trataron de utilizar tanto el caso Boulanger como el caso Dreyfus para reducir o cerrar la ruptura histórica que databa de 1789. Aunque sus tentativas de restauración monárquica quedaron frustradas, la sociedad política francesa seguía estando gravemente dividida, debido en gran parte a que muchos aspectos de la sociedad civil seguían sin cambiar. En ambas tentativas abortadas, así como durante la erupción nacionalista a partir de 1905, los catonistas demostraron su capacidad para obtener un gran apoyo popular en París. Evidentemente, la capital no estaba menos dividida que la Francia rural y provinciana. El resultado era que París seguía siendo un bastión formidable de academicismo nacional, al mismo tiempo que se erguía como la gigantesca Meca no sólo de la vanguardia francesa, sino también de la europea. La arrogante cultura oficial fomentaba y explotaba al mismo tiempo el estancamiento crónico de la Tercera República, que era desproporcionadamente favorable al antiguo orden.

Aunque a partir del primer Gobierno de Jules Ferry, en 1881, el régimen estancado impulsó vigorosamente la secularización, la democratización y la nacionalización de la enseñanza, sobre todo en los niveles primario y secundario, titubeó en utilizar los poderes estatales para promover un proyecto cultural y artístico propio. De hecho, más que alentar la experimentación, las sucesivas administraciones adoptaron una política de descuido benigno, que tuvo por resultado la asimilación y la reproducción oficiales del academicismo clásico heredado de regímenes anteriores. La fragilidad, tanto del gobierno como

del régimen, y la timidez cultural de la nueva clase política, que era más bien *petit* que *grand bourgeoisie,* eran factores que dictaban esa circunspección.

La inestabilidad endémica de los gabinetes de la Tercera República daba más fuerza a los subsecretarios cuasipermanentes de los ministerios principales, entre ellos los que se ocupaban de las artes. La élite educada y socializada en las *grandes écoles* y las academias y creada por el Estado estaba programada, independientemente de su origen, para suponer que la alta cultura clásica constituía una infraestructura indispensable del orden establecido para cuya defensa se la había formado, y cuya defensa había jurado. Henri Roujon dirigió la administración estatal de las bellas artes durante doce años, de 1891 a 1903, al mismo tiempo que era miembro y después secretario permanente de la Académie des Beaux-Arts. Pero H. Dujardin-Beaumetz, que entre 1905 y 1912 actuó como subsecretario de Estado para las bellas artes bajo seis gobiernos diferentes, era la personificación de esa continuidad. Dujardin-Beaumetz, pintor de formación académica y decidido oportunista republicano que primero fue diputado y después senador, era un conservador cultural. Hizo falta incluso que los primeros ministros Clemenceau y Briand ejercieran grandes presiones sobre él para que designara a André Antoine director del Odéon y a Gabriel Fauré director del Conservatoire. Tras seleccionar a Bonnat, pintor histórico y caballero de la Legión de Honor, para que encabezara la *Ecole nationale supérieure des beaux-arts,* Dujardin-Beaumetz encargó muchas esculturas ortodoxas para emplazar en lugares muy visibles, y se negó a comprar ni un solo cuadro de Cézanne. Su sucesor, Léon Bérard, no era mucho más progresivo.

Además de unos gabinetes frágiles y unos burócratas muy duraderos, existían las cuatro academias soberanas con sus miembros vitalicios o inmortales. Gracias a su dominación sobre los principales establecimientos de enseñanza, sobre todo las Beaux-Arts y el Conservatoire, esos académicos eran los cancerberos y los apóstoles de la doctrina y el estilo culturales reinantes, por no decir de su dogma. Controlaban los comités que concedían los premios gracias a los cuales los pintores, los compositores y los arquitectos obtenían becas prestigiosas en la Villa Medici de Roma, la ciudad que era el principal museo pedagógico de Europa. El obtener esas becas y aprovecharlas equivalía a presentarse con ventaja no sólo a las exposiciones o los repertorios estatales, sino también a los concursos para los encargos oficiales, las condecoraciones y los puestos académicos.

La autolimitación del régimen republicano en la matriz cultural de sus predecesores se reflejaba de manera destacada en la vacua escultura pública y monumental de la que eran típicos el nuevo Ayun-

tamiento y el Sacré-Coeur. En lugar de aventurar afirmaciones auténticas, pero indeterminadas, los gobernantes de Francia se limitaban a obras de restauración, decoración y conservación. Por motivos evidentes, la primera medida fue reconstruir escrupulosamente los edificios históricos dañados durante la semana sangrienta de la Comuna. Después se renovaron, en lugar de modernizarlos, los interiores del Théatre Français y de la Opéra-Comique, y en 1887 y 1913 se aprobaron leyes de protección del acervo arquitectónico de la capital, de modo que el número de *édifices classés* pasó de 1.702 en 1902 a 3.560 en 1913.

Evidentemente, la Tercera República se asentó en un medio ambiente público que habían edificado y «amueblado» regímenes anteriores. El régimen no se comportó como un amo orgulloso que encarga sus propios edificios y monumentos, sino como el conservador y heredero concienzudo de un patrimonio antiguo. Sólo en parte por razones de economía, evitó las construcciones nuevas, y prefirió trasladar las instituciones civiles y políticas clave a los palacios grandiosos del pasado real e imperial de Francia. Aunque los ingenieros franceses estaban dispuestos con sus vigas de acero y su hormigón reforzado, su *génie* quedó en gran medida sin utilizar. No se les solicitaban sus servicios más que para las exposiciones universales, con las que se pretendía señalar la decisión y la capacidad del régimen para hacer frente al futuro. En consecuencia, el Palais des Machines y la Torre Eiffel dieron un sello patentemente modernista a la feria del centenario de 1889. En comparación, el Grand y el Petit Palais de 1900 eran afirmaciones más cautelosas, pues ambos tenían exteriores barrocos.

Análogamente, la pintura y la escultura académicas se defendieron fácilmente hasta 1914, con su insistencia en la repetición y la imitación de formas, motivos y maestros de las artes del pasado. Los neoclásicos dominaban la École des Beaux-Arts y los salones. Además, obtenían todos los encargos públicos, tanto nacionales como locales, y contaban con el apoyo de mecenas ricos. Por añadidura, les resultaba fácil mantener firmemente a raya a los impresionistas y a sus sucesores. Con pocas excepciones, y no muy espectaculares, el *haut monde* siguió siendo hostil a los postimpresionistas, sobre todo a los fauvistas y los cubistas. A su vez, la mayor parte de los secesionistas franceses se retiraron voluntariamente a unas sectas artísticas cerradas sobre sí mismas, que eran indiferentes a las batallas sociales y políticas de su tiempo. Más que atacar a los grupos de poder los desdeñaban, y seguían ansiando lograr el reconocimiento oficial y mecenas privados, dado especialmente que los marchantes de arte como Kahn-

weiler, Durand-Ruel y Vollard no hacían más que empezar a establecer galerías y mercados de otro tipo.

El caso Dreyfus se convirtió inesperadamente en una campaña de intelectuales y artistas marginales para impedir que Francia se volviera a poner totalmente a la hora europea. El enfrentamiento que casi polarizó a la nación reveló hasta qué punto las instituciones culturales de la Tercera República estaban saturadas de un conservadurismo integral. Los antidreyfusards encontraron un apoyo masivo y prestigioso en las academias, el Conservatoire, la École des Beaux-Arts, el teatro, la universidad y la Iglesia, así como entre los novelistas, los dramaturgos y los periodistas establecidos y de éxito. Los dreyfusards, por su parte, procedían sobre todo de las vanguardias artística e intelectual, pero también de los sociólogos, los historiadores y los filósofos profesionales que se esforzaban por dotar a la frágil república de una ideología legitimadora muy necesaria. Si los defensores de Dreyfus desde la primera hora lograron detener una tentativa de restauración monárquica, fue en gran medida gracias a que movilizaron a los independientes y los secesionistas de la *intelligentsia* y de las artes creativas, que tendían a ser apolíticos, con lo que montaron un desafío que la sociedad no podía pasar por alto. Aunque muchos de los conversos despreciaban a Zola por su naturalismo prosaico y su popularidad, fue su voz, transmitida por la prensa republicana, la que dio una fuerza tan extraordinaria a las suyas. Barrès y la prensa anti-Dreyfus se vieron confundidos, junto con sus partidarios aristocráticos y académicos.

La República capeó el temporal. Con el Primer Ministro Émile Combes a la cabeza, sucesivos gabinetes fueron reduciendo, aunque sin eliminar totalmente, las influencias monárquica y clerical en sectores vitales de la administración pública. Pero esa *épuration* del aparato estatal no se vio acompañada ni seguida de una liberalización del grupo de poder cultural, ni mucho menos del *tout Paris*. Aunque los vanguardistas se volvieron de buena gana a sus *gettos* culturales, seguían siendo objeto de más sospechas que nunca. Al haberse sumado a los socialistas y los republicanos avanzados, justificaban a las viejas élites culturales e intelectuales en su opinión de que el modernismo artístico y el radicalismo social y político estaban relacionados inextricablemente. La agitación obrera de 1906 a 1910 endureció todavía más el antiliberalismo de la clase dirigente y gobernante, pero también del grupo de poder cultural. La crítica del movimiento moderno se fue haciendo cada vez más moral y política. Al mismo tiempo, una retaguardia vociferante exigía un resurgir del neoclasicismo para reforzar el orden artístico y cultural de siempre contra la vanguardia y sus compañeros de viaje socialistas y anarquistas.

La reacción conservadora se manifestó en el acceso del superpatriotismo a la universidad y en el silenciamiento de los «modernistas» de la Iglesia Católica. En 1913 anteriores simpatizantes de lo moderno recibieron con silbidos *La consagración de la primavera,* de Stravinsky, y no le fue mucho mejor a los *Juegos* de Debussy, aunque ninguno de los dos compositores tenía ninguna simpatía por la izquierda ni su internacionalismo. Quizá fuera comprensible que, pese a los intensos sentimientos antialemanes, el *Parsifal* pietístico de Wagner tuviera una acogida mejor cuando por fin se presentó en la Opera, que seguía siendo imperial y absorbía más de un tercio del presupuesto estatal para las artes interpretativas. Entretanto, la presión para excluir a los cubistas del próximo Salon d'Automne provocó, el 3 de diciembre de 1912, una interpelación en la Cámara de los Diputados. Resultaba significativo que incluso un diputado socialista considerase «absolutamente inadmisible que los palacios nacionales de Francia se utilicen para fines tan evidentemente antiartísticos y antinacionales». Pero otro socialista, Marcel Sembat, replicó inmediatamente que si bien los espectadores estaban en su perfecto derecho de preferir unos cuadros a otros, no tenían derecho a «llamar a la policía». Aunque el debate no tuvo consecuencias, el mero hecho de que se celebrase era un signo de los tiempos. Desde luego, la Francia de Poincaré, que había organizado en 1909 su propia elección a la Academia, no iba a deshacerse de una cultura oficial cuyo principal bardo era Maurice Barrès. Tanto Poincaré como Barrès procedían de la Lorena y eran miembros de la Academia, pero el autor de *Les Déracinés* era el único de los dos que desempeñaba un papel importante en la *Action Française* monárquica y en el culto incipiente a Juana de Arco.

La cultura del Segundo Imperio alemán era manifiesta e implacablemente tradicional. Incluso, o especialmente, a partir de 1890 se seguía haciendo hincapié en la imitación o la reproducción de un arte convencional que no hacía caso del rápido cambio económico, demográfico y urbano del país. El Estado y el Gobierno, especialmente en Prusia, fomentaban esa *Kultur* venerable que también engendraba la iconografía de ensalzamiento de la nueva nación alemana.

Guillermo II, más que ningún otro soberano, hablaba claramente de las funciones del arte, incluso hasta el extremo de denunciar al arte que violaba «las leyes y los límites» que él calificaba de antiarte. Además consideraba que las artes plásticas y las representativas, junto con las escuelas y las universidades, eran otras tantas «armas» y «herramientas» de su arsenal político.

El kaiser hizo su declaración cultural más completa y reveladora el 18 de diciembre de 1901, inmediatamente después de descubrir

32 estatuas de antiguos reyes de Brandenburgo-Prusia a ambos lados de una *siegesallee* que iba desde la Siegesaüle hasta la Rolandplatz, pasando por el Tiergarten. En su discurso a los artistas que habían ejecutado ese extravagante monumento a la dinastía Hohenzollern, Guillermo II se pavoneó de su estrecha relación con ellos. Destacó que con el asesoramiento del profesor Reinhold Koser, su historiador de palacio, y del profesor Reinhold Begas, su escultor de palacio, había dado personalmente las directrices a los artistas allí reunidos, sin restringir en modo alguno su «absoluta libertad» de ejecución. Naturalmente, el emperador presuponía un acuerdo general sobre las virtudes de los modelos clásicos y de las leyes eternas de la belleza y la armonía. Dio a los artistas el mayor elogio que le era posible al declarar que sus estatuas de mármol blanco eran «casi tan perfectas como las de hace mil novecientos años». Por fortuna, la escultura alemana seguía inmune a «las llamadas tendencias y corrientes modernas», la mayor parte de las cuales eran extranjeras y pervertían la palabra «libertad» con su «inmoralidad, su falta de límites y su arrogancia». A juicio del kaiser, la alta cultura no tenía tarea más importante que la de educar al público, especialmente a las clases bajas, mediante la representación vigorosa de la virtud, la belleza y el honor. Mientras que el proyectar esos altos ideales clásicos era elevar al pueblo alemán moral y espiritualmente, el pintar y exagerar la miseria humana era «pecar contra él».

Antes incluso de legar a Berlín esa *siegesallee,* el emperador encargó la construcción de la Iglesia Memorial Kaiser Guillermo, de estilo neorrománico, cerca de Kurfürstendam. En ese santuario, consagrado en el vigesimoquinto aniversario de la victoria de Sedán y cuyo nombre honraba al abuelo del kaiser reinante, se pretendía unir y ensalzar el trono, el altar y la nación, para lo cual además se inscribieron entre los dos pórticos los nombres de Roon, Bismarck y Moltke. Como el dar a edificios religiosos nombres de figuras políticas era algo nuevo, se interpretó que ese atrevido templo sentaba un estilo imperial que poco después se reproduciría en innumerables estatuas de Guillermo I y en retratos oficiales de Guillermo II en poses militares y con unos uniformes chillones y fantásticos.

Aunque Guillermo II era demasiado exhibicionista y rígido para los conservadores y los liberales más sobrios, la clase dirigente y gobernante en su conjunto aprobaba totalmente, o por lo menos toleraba, que desempeñara un papel tan activo en la cultura oficial. No sólo aplaudía públicamente a autores tan poco distinguidos como Ludwig Ganghofer y Ludwig Pietsch, sino que designó a Anton von Werner, su pintor de palacio, presidente de la Academia Prusiana de Bellas Artes, comprendida su escuela de arte. Podía tenerse con-

fianza en que Werner, conocido por sus evocaciones de la historia de Prusia, se opusiera a la experimentación, el naturalismo y el impresionismo. Esos gestos y esos nombramientos estaban ideados para alentar a los funcionarios de todas las instituciones culturales de Alemania a bloquear y hostigar a los desviados, los críticos y los secesionistas. Aunque en el extranjero se le aplaudía mucho, a Gerhart Hauptmann se le rechazaba sistemáticamente por su tratamiento naturalista de la miseria de los tejedores de Silesia en *Die Weber* y por su ridiculización de las tendencias autoritarias de Prusia en *Der Biberpelz*. A partir de 1890, la policía y el censor de Berlín obstaculizaron y retrasaron las representaciones de las obras de Hauptmann —igual que las de Ibsen y Sudermann—, y Guillermo II anuló personalmente la decisión del jurado que había concedido a Hauptmann el premio Schiller.

Tampoco le iba mucho mejor a Frank Wedekind. Debido a su sátira corrosiva en *Simplicissimus* y a su profanación de los códigos morales —sobre todo sexuales— chocó reiteradamente con el censor, e incluso estuvo sentenciado a siete meses de reclusión honrosa en la fortaleza de Königsstein. Aunque Wedekind terminó su *Frühlings Erwachen* en 1890, hasta 1906 no logró Max Reinhardt estrenarla en Berlín en versión censurada. El *dictum* del kaiser de que el teatro debía elevar el alma individual y fomentar el patriotismo alimentaba esa mezquindad oficial. Mientras él se encargaba de que el Teatro Real representara obras morales adecuadas, la emperatriz empleaba su influencia para retrasar la representación de la *Salomé* y el *Rosenkavalier* de Richard Strauss en la Opera de Berlín, en la que Guillermo II tenía un interés especial. El emperador también intervenía en las artes gráficas y las visuales. En 1898 vetó la concesión de una medalla de oro a Käthe Kollwitz por sus dibujos de *Los tejedores,* inspirados por la obra naturalista de Hauptmann, y once años después cesó a Hugo von Tschudi, director de la Galería Nacional de Berlín, por comprar cuadros impresionistas que eran demasiado antitradicionales para su gusto.

Las diferentes secesiones eran una protesta o revuelta contra esa imposición torpe y de inspiración política de un arte académico no ilustrado y una cultura imperial. Desde luego, la secesión de Berlín de 1898, igual que la secesión de Viena del año anterior, tenía por objeto ablandar, más que eliminar, las presiones académicas. Max Liebermann, miembro de la Academia de Berlín, y Julius Meier-Graefe, el respetado crítico de arte, se limitaron a pedir que en la exposición anual de la Academia Prusiana de Berlín se permitiera un *salon des refusés,* con un jurado separado. Cuando Anton von Werner, apoyado por el emperador, se negó, Liebermann encabezó

a los secesionistas en la organización de su propio salón, en el cual los modernos franceses sirvieron para legitimar la muestra de impresionistas alemanes como Lovis Corinth y Max Slevogt. De hecho, los secesionistas no eran radicales más que sobre el terreno, pues su objetivo era ponerse al día con el impresionismo. Con pocas excepciones, renunciaban a la crítica social y la política. Se ha de reconocer que desde hacía veinte años Liebermann se dedicaba a pintar cuadros realistamente naturales de los problemas sociales de la Alemania contemporánea, por los que recibía el aplauso oficial, incluso premios y el ingreso en la Academia. Incluso así, al sentirse encerrado, pasó a hacer representaciones impresionistas del mundo ocioso de la *grande bourgeoisie* a la que pertenecía. Con el tiempo, el emperador descalificó a Liebermann y sus compañeros, a los que calificó de artistas «de cloaca», pero menos por ser experimentalistas que por no reproducir ya su estilo imperial. Ese mismo conservadurismo impulsó a Max Pechstein y los «nuevos» secesionistas a apartarse de Liebermann en 1910.

Pero mientras que tanto la vieja como la nueva secesión de Berlín siguieron siendo una oposición leal, el expresionismo contenía los elementos de un movimiento contracultural. Al principio, los expresionistas también se dedicaban mucho más claramente a impugnar el tradicionalismo alemán asfixiante que a articular una nueva estética. Como proclamaba Rudolf Kurtz en el primer número de *Der Sturm* (3 de marzo de 1910), los jóvenes rebeldes se proponían denunciar la solemnidad, la autosatisfacción y la falsedad aplastante de la sociedad imperial. Se rebelaban contra los padres, los profesores, los oficiales y los gobernadores, al mismo tiempo que se identificaban con los indigentes, las prostitutas, los psicópatas, los jóvenes y las mujeres. Pero los expresionistas no llegaban al extremo de denunciar a la burguesía y sus afines de la clase media por explotar a los obreros y apoyar al patrioterismo. Por contra, irritados por el hecho de que los pioneros del progreso económico hubieran hecho suya una cultura arcaica, en lugar de promover el movimiento moderno, los expresionistas los despreciaban considerándolos unos filisteos abyectos.

Los expresionistas admiraban más a los impresionistas por haber roto con el academicismo que por su visión serena de la sociedad, su manera de dejar constancia óptica del mundo externo, su fascinación promiscua por el color y su obsesión por la perspectiva. Emocionados por las pinceladas torturadas de Van Gogh y Edvard Munch y su soledad angustiada, y recelosos de las percepciones sensoriales, buscaban la ayuda de Rouault, Rousseau y Delaunay a fin de proyectar sus propios sentimientos internos sobre el mundo externo. Los expresionistas pretendían dar forma a la interpretación de

sus disposiciones psíquicas con el mundo externo real. Aunque despreciaban la sociedad imperial, limitadora y falsa, seguían sin poder imaginar una alternativa a ella.

Salvo por su común desencanto con el mundo y por su prisa por escapar a todos los convencionalismos artísticos, los expresionistas alemanes estaban tan divididos en su propio seno como todas las vanguardias. Algunos eran radicalmente irracionales, otros místicos y otros humanitarios. Otra línea divisoria era la que separaba a los estetas activos de los activistas políticos, entre los cuales había pocos aislados. Además de carecer de coherencia interna, estaban desfasados cronológicamente. Sus elementos estéticos y sociales más radicales no se fusionaron totalmente hasta 1910-1911, cuando Alemania estaba sometida a un resurgimiento ultraconservador.

Además, *Die Brücke,* que se inició en Dresde en 1905, no era sino marginalmente expresionista. Ernst Kirchner y sus compañeros (Emil Nolde, Erich Heckel, Karl Schmidt-Rottluff, Max Pechstein) nunca llegaron a romper radicalmente con el arte figurativo. Claro que sus paisajes espasmódicos, sus cuerpos deformados y sus colores melancólicamente violentos expresaban su malestar espiritual, su sensualidad vibrante y su repudio del arte como medio cosmético y santificante. Pero aun así, aunque el grupo del *Brücke* violaba las normas del kaiser, no buscaba un nuevo paradigma estético. Cuando en 1913 desaparecieron el periódico y el grupo, Kirchner ocupó un lugar intermedio entre la cautelosa secesión de Berlín y los últimos ultramodernos de la vanguardia.

Desde sus mismos comienzos, en 1911, el *Blaue Reiter* de Munich rechazó al *Brücke* por ser excesivamente impulsivo, espontáneo y egotista, e insuficientemente experimental y reflexivo. En lugar de expresar los impulsos vitales elementales y sacrificar el medio al mensaje, Wassily Kandinsky y Franz Marc pedían una expresión intelectualizada de sensibilidades espirituales y místicas. Querían que las pinturas del mañana, comprendidos sus colores, se convirtieran en informes simbólicos y especulativos del estado psíquico y espiritual de unos artistas liberados de los grilletes estéticos del ayer. Con esos criterios, Kandinsky sostenía que las obras del *Brücke* no valían para incluirlas en el *Almanach* en el que él y Marc daban lugar destacado a pinturas que hacían una «contribución decisiva a la elaboración del arte contemporáneo». La primera exposición del *Blaue Reiter,* de 1911, también excluyó a aquellas obras.

Entretanto, Herwarth Walden empezaba a publicar *Der Sturm,* que se convirtió en el principal órgano de la vanguardia estética de todas las artes. Walden, ecléctico en su sensibilidad modernista y su gusto, abrió su revista y también su galería —inaugurada en 1913—

a todas las expresiones genuinamente experimentales, tanto nacionales como extranjeras, comprendidos el futurismo y el abstraccionismo nacientes. Pero, junto con Kandinsky, a quien consideraba de importancia clave, Walden era un cruzado de la estética nueva, esencialmente apolítica, que aspiraba a hacerse con un lugar en el *Ancien Régime*. Los «caballeros azules» eran profetas de la ansiedad y la desesperación, y no revolucionarios confiados. Se distanciaban de la sociedad, y no digamos del socialismo, aislaban al arte de la política y tenían la premonición de una catástrofe mundial. En la medida en que Kandinsky y Marc esperaban que del cataclismo inminente surgiera una *vita nuova*, anticipaban y ansiaban un renacimiento espiritual, más que económico, social y político. Vistos de cerca, el caballero y el caballo de la cubierta de su *Almanach*, que seguían estando dibujados figurativamente, impartían una visión sobrenatural: el jinete azul era una representación combinada de San Jorge y San Miguel, el Caballero del Apocalipsis que mataba al dragón del materialismo. Además, el caballero era un símbolo de la nobleza europea, y el color azul evocaba la lealtad y un ansia romántica de salvación espiritual.

Tras volver la espalda al materialismo y el empiricismo, Kandinsky y Marc buscaban guía y consuelo en todo lo que la civilización industrial y comercial no hubiera manchado todavía. Buscaban inspiración en el arte de un pasado idealizado y remoto y en el arte popular, el infantil y el «primitivo» del mundo contemporáneo. Claro que se proponían reventar la «costra de los convencionalismos» y deshacerse de las «muletas de la costumbre». Pero su rechazo de la «herencia gastada» iba de la mano con su repudio de los progresos científicos. En lugar de adoptar una postura social constructiva o crítica, Marc y Kandinsky aspiraban a ser como «los discípulos del cristianismo inicial, que hallaban fuerzas para la paz interior en medio del ruido atronador de su tiempo». Además, seguían vanagloriosa e intencionadamente una vía elitista que era «demasiado empinada» para las masas, cuya «codicia y deshonestidad» no podían por menos de destruir o envilecer toda cruzada «por unas ideas puras».

Le quedó a *Aktion*, guiada por Franz Pfemfert, la tarea de afirmar que la batalla por una nueva estética era inseparable de la batalla por una nueva sociedad. No es que el grupo de *Aktion* fuera marxista ni estuviera relacionado con los socialdemócratas, que eran parangones del convencionalismo cultural. Paradójicamente, la pintura y la literatura de la revuelta buscaban estímulo en el anarquismo, que era algo casi totalmente ajeno a Alemania, salvo el de estilo nietzscheano y dostoyevskiano.

De hecho, pocos expresionistas se enfrentaron directamente con las nuevas tensiones generadas por la implantación forzada de la

industria moderna en la sociedad tradicional de Alemania. Al contrario que los impresionistas franceses, no se sentían atraídos por el campo ni fascinados por la calma mesurada de la vida urbana. Lo que les gustaba eran las ciudades nuevas que intensificaban su inquietud y su angustia. Muchos vanguardistas podían empezar en Dresde (población en 1880, 221.000 habitantes; en 1914, 550.000) y Munich (población en 1880, 230.000 habitantes; en 1914, 600.000), pero eran pocos los que resistían el atractivo centrípeto de Berlín. En comparación con París, la capital de Alemania era un gran centro industrial, cuya población pasó de unos 800.000 habitantes en 1870 a más de dos millones en 1914, o a 3.750.000 con los suburbios. Berlín era un Mammón que encarnaba y ampliaba las contradicciones explosivas de la sociedad y la comunidad política imperiales. Para casi todos los expresionistas, la ciudad moderna se convirtió en una obsesión incesante y un enigma inquietante: un crisol de riqueza y pobreza, de esperanzas y frustraciones, de novedades y tradiciones atávicas, de emancipación y enajenación, de lujuria y abotagamiento; pero además, y por encima de todo, una fuente de alta cultura. Aunque era una de sus preocupaciones centrales, la gran ciudad siguió siendo algo periférico o desdibujado en la visión artística de los expresionistas.

Con el tiempo, Ludwig Meidner —pintor, dramaturgo y poeta activista— denunció la excesiva preocupación de la vanguardia por los pueblos primitivos y los cristianos de la Alta Edad Media. Exhortó a los expresionistas a reconocer «que vivían en Berlín, en el año de 1913, que iban a cafés, que se peleaban constantemente y que leían mucho». Si era así, había llegado el momento de «pintar la ciudad, que era su país... y universo y que tanto amaban». Al contrario que sus mentores impresionistas, los expresionistas «no podían montar sus caballetes en calles activas», pues eso frustraba la lectura no mediatizada de la «monstruosidad y el drama de las colas, las estaciones de ferrocarril, las fábricas y las chimeneas..., la elegancia de los puentes de hierro..., los colores chillones de los autobuses y las locomotoras de los expresos, la ondulación de los cables telefónicos... y la noche..., la noche de la gran ciudad». Para representar el ritmo de la ciudad, los artistas necesitaban «dotarse» de medios totalmente nuevos de observación y expresión. Tras pasearse por las calles para «saciarse de impresiones ópticas», tendrían que retirarse a sus estudios para «traducirlas osada y deliberadamente en composiciones... que penetren en niveles más profundos de la realidad... que los rellenos ornamentales, decorativos y superficiales» de Kandinsky o Matisse. Porque se suponía que la naturaleza «no tenía líneas rectas y no era matemática... desde que se proscribieron de

los paisajes las líneas rectas de Ruysdael y los artistas se dedicaron a evitar que en sus cuadros figurasen los nuevos edificios, las nuevas iglesias y los nuevos castillos» por preferir el aspecto pintoresco de las casas, las ruinas y los árboles «irregulares». Pero, como contemporáneos de ingenieros, los artistas expresionistas necesitaban «sentir la belleza de las líneas rectas y las formas geométricas», que tenían un «significado más profundo» todavía para los cubistas. Sobre todo, una línea recta no tenía por qué ser «fría ni rígida». Si se dibujaba con «animación» y con una estrecha atención a su trayectoria podría verse e indicarse de qué modo alternaba entre lo «fino y lo grueso... y [estaba] animada por la luz y las vibraciones nerviosas». Según Meidner, los paisajes urbanos eran «batallas matemáticas», y ya había llegado el momento de reconciliarse con «los triángulos, los cuadrados, los polígonos y los círculos que nos asaltan en las calles».

En 1914 estaban agotadas las secesiones de Berlín de 1898 y 1910, así como el *Brücke* de 1905, mientras que el *Sturm* y la *Aktion* tenían todavía que demostrar su capacidad de resistencia, sobre todo en un clima político cada vez más antiliberal, también en Munich. Es de suponer que un régimen que sabía cómo frenar a los socialdemócratas y coeptar a la burguesía, sabría también limitar y anular ese desafío cultural. Esa tarea se vería facilitada por los cismas en el seno de la vanguardia, así como por su divorcio de la comunidad política y la sociedad.

La secesión de Viena, que se inició formalmente en abril de 1897, también fue un grito contra una cultura oficial asfixiante. Hasta 1905 Gustav Klimt actuó como «presidente» de un cenáculo de arquitectos, pintores y grabadores jóvenes empeñados en abrir a Viena a los modernismos culturales del resto de Europa a fin de legitimar su propia ansia de experimentar. En aquella metrópoli del historicismo recargado, encargaron al arquitecto Joseph Maria Olbrich, secesionista desde el primer momento, que proyectara un palacio de exposiciones, que se inauguró en 1899, frente a la convencional Academia de Bellas Artes, que había provocado su rebelión. En los años siguientes, en el edificio que Olbrich había construido en forma de templo pagano ucrónico expusieron sus cuadros y sus esculturas, junto a los de los impresionistas, los naturalistas y los simbolistas europeos.

Entretanto, en 1897 habían iniciado *Ver sacrum* (Primavera Sagrada), revista por medio de la cual difundían su visión disidente al mismo tiempo que forjaban vínculos con las artes literarias. *Ver sacrum,* ilustrada habitualmente por Klimt y Koloman Moser, publicó

entre otros a Hugo von Hofmannsthal, Rainer Maria Rilke y Peter Altenberg, hasta que expiró en 1903. Convencidos de la unidad orgánica de todas las artes, sobre todo Joseph Hoffmann y Moser, inspirados por Klimt, fundaron también la *Wiener Werkstätte* a fin de infundir a las artes aplicadas el espíritu y el estilo del Art Nouveau.

Desde el principio mismo, la secesión estaba internamente desgarrada entre los estetas moderados y los absolutos. Los primeros, sobre todo Klimt y Hoffmann, sentían inclinación a injertar sus innovaciones conceptuales, formales y técnicas en la matriz cultural y artística existente. Pero también había puristas irreconciliables, sobre todo Adolf Loos, el modernista funcional, y Oskar Kokoschka, el expresionista instintivo y nihilista. Con el tiempo, en 1905 esa secesión variopinta sufrió múltiples fracturas.

Entretanto, la difícil relación de Klimt con el grupo de poder cultural no dejaba duda de que la secesión estaba viviendo de tiempo prestado. Klimt se había hecho una reputación inicial como pintor-decorador de la Viena de la Ringstrasse. Entre sus principales encargos figuraban los murales históricos del Burgtheater y el Museo de Historia del Arte, que le procuraron el premio del emperador en 1890. Una vez demostradas su ortodoxia y su lealtad, el ministro de Cultura encargó a Klimt en 1894 que dibujase tres grandes paneles para el techo del *Aula* de la Universidad de Viena. Mientras que a Klimt se le encargaba que pintara alegorías de la filosofía, la medicina y la jurisprudencia que representaran a tres de las cuatro facultades de la Universidad, a Franz Matsch se le encargaba el panel de la teología. De hecho, hasta 1898 ni se firmó el contrato, ni se pagaron las 30.000 coronas de honorarios, ni se inició el trabajo de Klimt. Aunque para entonces éste ya se había pasado a la secesión, tanto él como las autoridades siguieron adelante como si la experimentación artística y el servicio a la cultura oficial no fueran necesariamente incompatibles.

Pero cuando Klimt descubrió sus bocetos preliminares para el panel de la filosofía, dos años más tarde, esa hipótesis resultó equivocada. Como había repudiado los cánones del clasicismo, Klimt no dio una representación simbólica de «el triunfo de la luz sobre las tinieblas» conforme al estilo renacentista y la ética tradicional de la universidad al mismo tiempo nueva y vieja de la Ringstrasse. Por el contrario, impulsado por el reciente descubrimiento de los motivos instintivos más profundos del hombre, Klimt vertió sus propias inquietudes psicológicas y sociales en una representación simbólica y estéticamente informe y arcana de la búsqueda filosófica.

Como era lógico, el mundo académico se sintió irritado ante esa afrenta al idioma y el espíritu de siempre de la autorrepresentación simbólica. El rector, profesor Wilhelm von Neumann, reunió a 87 profesores para protestar contra el panel y exigir que el Ministerio de Cultura no lo aceptara. Esa oposición se intensificó con la exposición de los bocetos de Klimt para los paneles de la medicina y la jurisprudencia, igual de heterodoxos y desafiantes, en 1901 y 1903, respectivamente. A Klimt no lo defendieron más que diez profesores, pero no eran enemigos para los guardianes conservadores y liberales ni para la retaguardia de la tradición clásica.

Para entonces, también el Gobierno estaba implicado en la controversia. El consejo de asesores artísticos y la comisión permanente de arte del Ministerio de Cultura sentían menos inclinación a repudiar a Klimt, debido en gran parte a que su obra era técnicamente muy superior a la creación clásica de Matsch. Incluso así, al Gobierno le resultaba difícil oponerse a sus críticos, entre los cuales figuraban no sólo la extrema derecha y los clericales, sino conservadores corrientes. En 1901 el panel de la medicina llevó a que a Wilhelm von Hartel, el ministro de Cultura, que era un ilustrado, le formularan en el Reichstag una pregunta acerca de si su mecenazgo de Klimt significaba que un estilo «que violaba groseramente los sentimientos estéticos de la mayoría de la gente estaba a punto de convertirse en el arte oficial de Austria». Von Hartel no sólo negó tales intenciones, sino también la existencia de ningún «arte oficial», y declaró que su Ministerio estaba comprometido con la «libertad absoluta de creación artística». De todos modos, Von Hartel acabó por dimitir en septiembre de 1905, probablemente porque no podía o no quería proteger a Klimt, a quien también se le negó un puesto de profesor en la Academia de Bellas Artes.

Unos meses antes, el 25 de mayo de 1905, Klimt había pedido al Gobierno que le devolviera sus tres paneles. Convencido de haberse convertido en un grave «problema» para Von Hartel, Klimt decidió retirarse del combate: «Basta de censura. Tendré que salir adelante yo solo. Quiero liberarme. Declino toda ayuda estatal y renuncio a todo.» Tres meses después, el Gobierno permitió a Klimt que recuperase sus paneles por las 30.000 coronas pagadas, que Klimt obtuvo de August Lederer, un rico hombre de negocios judío. En diciembre se encargó a Matsch que rehiciera los tres frescos, con la seguridad de que serían adecuados.

Entretanto, Klimt se había retirado de la esfera pública a la privada. Ahora se dedicaba a pintar a mujeres ricas de sociedad, casi todas ellas judías, a las que retrataba como miembros muy refinados y plácidamente eróticos de la clase dirigente vienesa. En comparación,

los desnudos de Egon Schiele eran mucho más violentos, con matices satíricos muy pronunciados. La consecuencia fue que las autoridades hicieron registrar el estudio de Schiele. Además de pasar una breve temporada en la cárcel, Schiele sufrió la destrucción de uno de sus dibujos por un magistrado imperial.

Pero lo más extremista de todo eran los feroces retratos de Kokoschka. Este rechazaba la tradición, la representación pictórica y el *Jugendstil,* y por ende también a su maestro Klimt. Además, comunicaba su intensa desesperación y su rechazo airado en obras de teatro, poemas y declaraciones programáticas —todo ello iconoclasta— que anticipaban el expresionismo estéticamente radical que había ayudado a configurar en Berlín a partir de 1910. Como era típico en él, el irascible Francisco Fernando pensaba que Kokoschka «merecía que le rompieran todos los huesos del cuerpo», y para más claridad le dio un latigazo a uno de sus cuadros. Casi simultáneamente se empezó a atacar a Adolf Loos, el amigo íntimo de Kokoschka, por su edificio tajantemente moderno de la Michaelerplatz, frente a las puertas barrocas de la Hofburg, que el anciano Francisco José juró no volver a traspasar ahora que estaban violadas.

De hecho, la secesión de Viena también naufragó en los bajíos de la resistencia oficial en las artes arquitectónicas, sobre todo en la Ringstrasse. Entre 1860 y 1890 la construcción de doce edificios públicos enormes en los principales estilos históricos había convertido a la *via triumphalis* de Austria en una afirmación de hegemonía sin ambigüedades. Pero de 1890 a 1905, los encargados de la planificación flexibilizaron sus planos convencionales a fin de aceptar y asimilar elementos nuevos. Eran años de inconstancia estilística y promiscuidad, que no sólo presenciaron la llegada de la ornamentación del Art Nouveau a las fachadas y los monumentos tradicionales, sino también la construcción del palacio secesionista de Olbrich (1899) y de la Caja Postal de Ahorros de Wagner (1904).

Eso no significa que los secesionistas lograran jamás producir una ruptura importante en la tradición arquitectónica. Incluso durante el veranillo de San Martín de la Belle Époque de Viena, la Ringstrasse seguía siendo el centro de la construcción clásica. Además, las concesiones a los insurgentes arquitectónicos provocaron la misma reacción tradicionalista que iba a derrotar a Klimt.

De hecho, los años de 1905 a 1914 fueron testigos de un resurgimiento del historicismo en la Ringstrasse, promovida o incluso teledirigida por el príncipe heredero y sus partidarios ultraconservadores. Fijados en la tradición barroca, recurrían al monumentalismo neoclásico para negar el estilo moderno y reafirmar el poder y la voluntad indomables del antiguo orden. Ese «arte retrospectivo» fue el que

guió a Ludwig Baumann, el arquitecto favorito de Francisco Fernando, en la terminación de la Hofburg y la construcción de un nuevo Ministerio de la Guerra. Conforme a esa contraofensiva orquestada ocialmente, el espíritu histórico de la Ringstrasse se vio reforzado por dos estructuras particulares encargadas por clientes de los que cabría esperar que hablasen un idioma menos arcaico: tanto la asociación de comerciantes como la asociación de industriales encargaron a sus arquitectos que dieran a sus nuevas sedes un aire palaciego y monumental, con fachadas barrocas.

Esa reafirmación sistemática del historicismo en la Ringstrasse tenía una fuerza simbólica y política infinitamente mayor que las dispersas afirmaciones modernistas, que Viena soportó, pero no absorbió. En todo caso, las últimas adiciones barrocas eclipsaron a las dos casas innovadoras que construyó Loos para clientes particulares en 1910 y a los proyectos no ejecutados de Wagner, que ya no tenía más público que los arquitectos de vanguardia.

Las artes interpretativas, sobre todo la música y la ópera, siguieron manteniendo la misma congruencia con el *Ancien Régime*. Aunque Arnold Schönberg y su fiel discípulo Alban Berg creaban los primeros chispazos de un nuevo lenguaje, apenas si eran conocidos fuera de unos círculos musicales enrarecidos. Además, las nuevas composiciones de Schönberg, sobre todo la *Verklärte Nach* (1899) y la *Gurrelieder* (estrenada en 1913), seguían siendo obras tonales influidas por Hugo Wolff, Debussy y Richard Strauss, y sobre todo por Wagner y Brahms. Aunque en 1908 terminó una primera obra atonal («Piezas para piano, opus 11»), Schönberg necesitó quince años más para llevar a término su propia emancipación de la «tiranía de la tonalidad» y perfeccionar su técnica dodecafónica. Claro que el *Pierrot Lunaire* provocó controversias cuando se estrenó en 1912. Pero merece la pena señalar que el estreno fue en Berlín, no en Viena, y que escandalizó menos por su atonalidad que por su *Sprechgesang*, la nueva expresión vocal de Schönberg, que se quedaba a mitad de camino entre la canción y la declamación. Berg no irrumpió en la atonalidad hasta 1913-1914, cuando compuso las «Tres piezas para orquesta, opus 6», que no se interpretaron hasta más tarde.

En todo caso, aunque Schönberg y Berg (y Anton von Webern) eran innovadores geniales, estaban aislados. El tono musical de Viena no lo daban ellos, sino Gustav Mahler, Hugo von Hofmannsthal y Richard Strauss. Mahler se dio a conocer menos por sus propias composiciones que por su labor como director de la Hofoper de 1897 a 1907. En aquellos diez años aplicó la mayor parte de su enorme energía creadora a la presentación de las obras operísticas de Wagner, con lo que alimentó el frenesí y el culto wagneriano que se enseñoreó

de la sociedad musical, alta y baja. Cuando se retiró Mahler, el *corpus* wagneriano dominaba el repertorio de la Opera Imperial. Entre 1907 y 1914, la majestuosa Hofoper daba 55 representaciones de las principales obras de Wagner al año. Para esas fechas, el drama musical wagneriano era una constante, también, de la Volksoper.

Naturalmente, tanto Hofmannsthal como Strauss estaban profundamente influidos, por no decir cautivados, por la «música del pasado» de Wagner. Ambos tenían la misma visión funcional del arte que compartía Wagner con las clases dirigentes y gobernantes de Europa. Hofmannsthal, en especial, quería que sus obras revitalizaran los valores de siempre de Austria y de Europa. Por eso no causa sorpresa que se manifestara opuesto, o incluso hostil, a todo lo que fuera radicalmente nuevo en la literatura, la poesía, la pintura y la música. Al igual que tantos vieneses del *fin du siècle,* Hofmannsthal desconfiaba del movimiento moderno por subvertir y disolver el *Ancien Régime,* que él adoraba. Su asociación con Richard Strauss, el Wagner moderno, se inició en 1907 y acabaría por producir seis óperas. Evidentemente, su *Elektra,* que se estrenó en marzo de 1909, era demasiado severa, compleja y extraña incluso para el informadísimo público operístico de Viena. Pero su *Rosenkavalier,* estrenada en Viena en abril de 1913, pulsó instantáneamente una cuerda más receptiva. Claro que, incluso después de haber moderado el primer acto para apaciguar al censor, la escena primera del dormitorio y la representación por Ochs de sus aventuras amorosas resultaban demasiado lascivas para una parte del público. De todos modos, el *Rosenkavalier* reflejaba exactamente las vidas, los amores y las pretensiones del *haut monde* de Viena. Situado en la época de María Teresa, celebraba el mundo duradero y aristocrático de los barones, los nobles, las princesas y sus séquitos, animado por melodías exquisitas y valses graciosos. En esa ópera cómica no había un Fígaro que satirizase a los nuevos nobles ni al vanidoso Herr von Faninal, que había hecho su inmensa fortuna como vendedor de armamentos. Claro que se ridiculizaba la lujuria del aristocrático Barón Ochs auf Lerchenau, de sangre azul. Pero, a fin de cuentas, triunfaban las virtudes y los convencionalismos venerables de la sociedad antigua gracias a la Feldmarschallin Fürstin Werdenberg, que envejecía a disgusto pero con buen gusto, al joven y atractivo noble Octavian y a la todavía más joven Sophie von Faninal, que consultaba el *Almanach de Gotha* austríaco mientras impulsaba la ascensión social de su familia.

En Rusia, el academicismo y el historicismo eran por lo menos tan dominantes como en los demás países europeos importantes, y no

dejaban sino un margen limitadísimo para las vanguardias. Tras una ligera racha del Art Nouveau que escandalizó al grupo de poder cultural, las vanguardias artísticas de Rusia se lanzaron a una búsqueda obsesiva de raíces nacionales y autenticidad que caracterizaron su experimentación artística hasta el mismo 1914. En lugar de buscar una renovación entre las culturas «primitivas» de ultramar, los pintores rusos exploraron las profundidades de su propio pasado nacional pluricultural. Los pintores inquietos, que seguían los pasos de los grandes compositores rusos que desde mediados de siglo habían buscado inspiración en las canciones populares y las leyendas, exploraron las técnicas, los colores y los motivos de los iconos rusobizantinos, las tallas campesinas y el arte popular en general. Esa compulsión llevó incluso a los artistas, que estaban intensamente atentos a las secesiones de Viena, Berlín, Munich y París, a afirmar el carácter distintivamente ruso de su búsqueda. Al calar tan hondo en el pozo del acervo cultural de su propio país, los vanguardistas mellaban el filo subversivo de su antihistoricismo y su antiacademicismo, de forma que a veces hasta el propio Zar Nicolás II los patrocinó y les dio alientos.

La Revolución de 1905-1906 radicalizó momentáneamente a muchos miembros de la vanguardia y los impulsó a politizar tanto su rebelión contra la cultura oficial como sus actividades artísticas heterodoxas. Pero cuando el régimen zarista recuperó el equilibrio e impuso de nuevo su dominación absoluta, una combinación de desilusión, desesperanza e impotencia llevó a los secesionistas rusos a despolitizar su revuelta contra el historicismo y a refugiarse en el subjetivismo puro y en el arte por el arte. Al contrario que los «itinerantes» del decenio de 1880, cuya crítica de la Academia de las Artes tradicionalista tenía una dimensión populista, los rebeldes posteriores a 1905 intensificaron su repudio de la función social del arte que databa del *fin du siècle*.

El mercado particular del arte no estaba desarrollado, en comparación con el de Europa central y occidental, y el espacio público para la deserción artística era limitado. Eso explica, en parte, la importancia crucial para la vanguardia de seis mecenas ricos, uno de San Petersburgo y el resto de Moscú. Además, Savya Mamontov era el único «industrial» moderno de ellos, y el mecenazgo de las artes de ese magnate de los ferrocarriles se vio abortado por su procesamiento por fraude, que acabó siendo sobreseído. Los otros cinco pertenecían al estamento comercial de manufacturas de consumo y comerciantes en la tradición de los príncipes mercaderes cuyos horizontes se extendían fuera de Rusia. Sergei Shchukin, el primero y más osado de esos mecenas, era importador de productos textiles. En 1914 tenía en su colección 221 cuadros de impresionistas y postimpresionistas

franceses, entre ellos 54 obras de Picasso, 37 de Matisse, 19 de Monet, 13 de Renoir y 26 de Cézanne. Shchukin tenía esos cuadros en su gran casa de Moscú, un palacio recargado de Trubetskoy que se abría al «público» los sábados por la tarde. Mientras que Shchukin se concentró en los postimpresionistas a partir de 1905, Ivan Morosov, el mayor fabricante de textiles de Rusia, que también era pintor, nunca llegó tan lejos. Su colección era mucho más convencional. Salvo un Picasso, limitaba sus compras de pintura contemporánea a los impresionistas, que también él exhibía en una mansión suntuosa. Resulta significativo que Shchukin y Morosov no compraran modernos rusos, sino franceses. Daban a los pintores locales, en su mayoría de circunstancias modestas y con dificultades para viajar al extranjero, una ventana cómoda a París, que no sólo era la capital de la innovación artística, sino además la del principal aliado del imperio zarista, que fomentaba los intercambios culturales francorrusos.

Los otros tres mecenas protegían a los artistas autóctonos. Aunque Shemshurin adquiría pocos cuadros, exponía en su casa los lienzos de pintores rusos jóvenes, e invitaba a artistas a cenar. En cuanto a Nikolai Ryabushinsky, dirigía la publicación *El Vellocino de Oro,* y los artistas del grupo vanguardista del mismo nombre hicieron una de sus principales exposiciones en su opulento chalet de Moscú.

Al igual que en el resto de Europa, los cismáticos rusos estaban divididos entre ellos y carecían de cohesión, salvo en su determinación común de revelar la mendacidad, el formalismo y el eclecticismo estultos del arte oficial. Serge Diaghilev era el principal espíritu impulsor del *Mundo del Arte,* los *frondeurs* pioneros de Rusia, que en 1897 organizaron en Moscú la primera de una serie de exposiciones. Más atentos a las secesiones del mundo de habla alemana que a las de París, proclamaban la interrelación de todas las artes creativas e interpretativas, expuestas en la fusión de música, drama y danza en la renovación del ballet ruso hecha por Diaghilev. Como era habitual, los experimentalistas discutían la misión cívica del arte al mismo tiempo que trataban de enriquecerse con el acervo nacional de Rusia. En lugar de rechazar totalmente el historicismo, exhortaban a una lectura auténtica y vitalizadora de los estilos y las tradiciones antiguos. En particular, los dibujos de Mijail Vrubel reflejaban su familiaridad con el estilo medieval bizantino bidimensional, adquirida mientras restauraba los frescos de las iglesias de Kiev. Leon Bakst y Alexander Benois dejaron su huella sobre todo en sus bocetos misteriosos, eróticos y de colorido brillante para los decorados de unas obras de teatro y unos ballets rusos totalmente clásicos.

Con una subvención recibida de Mamontov en 1899, Diaghilev fundó y dirigió *El Mundo del Arte,* revista que actuó como punto

central de los círculos vanguardistas rusos. Precisamente porque el contenido de la revista era tan impecablemente nacional, Nicolás II se convirtió en uno de sus suscriptores cuando Mamontov retiró su mecenazgo a fines del año. El zar sabía que no corría ningún peligro, pues además de fascinarse con la tradición rusa, *El Mundo del Arte* denunciaba como decadente todo lo que fuera en direcciones no figurativas y abstractas.

El círculo del *Mundo del Arte* incluía también a arquitectos, que no estaban menos obsesionados que los pintores con el pasado de Rusia. Juntos insistían en un «resurgimiento del San Petersburgo imperial y aristocrático», que consideraban como un tesoro de imágenes visuales y disposiciones espaciales que «satisfacían tanto sus inclinaciones estéticas como sociales». Los arquitectos partidarios de aquel resurgir cultural también «atendían a las ambiciones sociales de un número considerable de príncipes del comercio, para los que construían mansiones en el estilo del clasicismo ruso que proclamaban su igualdad con la antigua nobleza». Esos arquitectos fueron los predecesores de la renovación posterior a 1905 del clasicismo romántico que caracterizó a «los monumentos y los edificios erigidos para el tricentenario» de la dinastía Romanov, en 1913.

Aunque *El Mundo del Arte* sirvió de conducto para el ataque del impresionismo contra un historicismo muerto, «en el fondo seguía siendo una publicación aristocrática y conservadora», y nunca dejó de girar en la órbita de la cultura oficial. Con el tiempo, en la época de la Exposición del Palacio Táuride, el propio Diaghilev reconoció que como él y sus compañeros se habían «sumido en las simas de la historia de las imágenes artísticas», eran inmunes a los «reproches del radicalismo artístico extremo». En previsión de un cataclismo en el que la «cultura nueva y desconocida barrería a quienes habían sido sus parteras», brindó «tanto por los muros arruinados de los palacios más bellos como por las nuevas directrices de la nueva estética». Aunque decía ser «un sensualista incorregible» al estilo nietzscheano, deseaba que «el combate inminente no abuse de la estética de la vida y que la muerte sea tan bella y radiante como el Renacimiento».

Pero antes de adoptar esa pose catastrófica, a fines de 1906 Diaghilev había ayudado a formar el círculo de la *Rosa Azul,* que tenía plena confianza en el futuro en el seno de la sociedad imperial. Los cuadros de Pavel Kusnetsov, cuya residencia de Moscú se convirtió en su propia sala de exposiciones, producían un efecto calmante, alegre y místico con sus colores cálidos, sus pinceladas curvadas y sus líneas fluidas. Natalia Goncharova y Mijail Larionov ocupaban el centro de ese círculo de la *Rosa Azul* cuando se iniciaron *El Vellocino de Oro* y las exposiciones subvencionadas por Ryabushinsky. Los dos

primeros salones del *Vellocino de Oro,* de 1908 y 1909, revelaron la creciente importancia de las relaciones francorrusas. Al exhibir en lugares destacados a los postimpresionistas y los fauvistas franceses, esas exposiciones ayudaron a las colecciones de Shchukin y Morosov a lograr que la atención de la comunidad artística se reorientara, de Berlín y Munich, hacia París. Claro que los cuadros heterodoxos franceses reforzaron y legitimaron el antihistoricismo y el antiacademicismo de los artistas rusos. Con la tercera exposición del *Vellocino de Oro,* de diciembre de 1909-enero de 1910, no obstante, la habitual reacción rusianizante se encontraba ya en pleno auge. Para entonces, la exposición estaba casi monopolizada por Larionov y Goncharova, con obras que revelaban su absorción en el arte popular e icónico de Rusia.

La primera y la segunda exposiciones de *La Sota de Diamantes,* celebradas en Moscú a fines de 1910 y de 1912 respectivamente, fueron actos abrumadoramente rusos, aunque las aportaciones del *Brücke* y el *Blaue Reiter* restablecieron el contacto con las vanguardias germánicas. Dada la importancia de la aportación de Kandinsky, cabe decir que los principales cuadros extranjeros eran también de origen ruso. En todo caso, tras establecer su predominio en Moscú, Larionov y Goncharova, ambos intensamente nacionalistas, despreciaron a los degenerados de Munich y París, así como a sus compañeros de viaje rusos, y rompieron abiertamente con el círculo ecléctico de *La Sota de Diamantes.*

Poco después se sumaron a Kasimir Malevich y Vladimir Tatlin para organizar lo que llegaría a ser la exposición panrusa de *La Cola del Burro,* celebrada el año siguiente. Aunque el objetivo de *La Cola del Burro* era afirmar la separación de la vanguardia auténticamente rusa de las sedes centroeuropea y europea occidental de la experimentación militante, tenían varios rasgos en común con ellas. Sobre todo, *La Cola del Burro* era paralela al *Caballero Azul* de Munich en su interés por el arte popular y el campesinado. Además, Larionov escogió la exposición de *El Objetivo* para sacar su «Manifiesto de la Radiación», con el que se distanciaba un paso más del arte cívico. Ahora proclamaba: «No pedimos la atención del público, pero [en cambio] le pedimos que no nos pida nuestra atención.» Al mismo tiempo, tanto Larionov como Goncharova establecieron afinidades momentáneas con el futurismo italiano. En su manifiesto, que no en su pintura, Larionov aclamaba a «los tranvías, los autobuses, los aeroplanos, los ferrocarriles, los barcos magníficos», mientras que Goncharova arrinconaba su odio a las ciudades, los ciclistas pintados, las fábricas, las estaciones de ferrocarril y las dínamos para comunicar una sensación de velocidad y de movimiento mecanizado. Por último,

en 1914 ambos se fueron al extranjero como bocetistas del ballet itinerante de Diaghilev, sin duda para servir a su país al propagar algo que era una de las formas artísticas más auténticas y tradicionales de Rusia.

Malevich y Tatlin fueron los únicos que, pese a tener raíces muy profundas en las tradiciones autóctonas, exploraron direcciones que coincidían con las experimentaciones más osadas del Continente, sobre todo de Francia. Aunque el tema de Malevich era la vida rural y campesina, en 1910-1912 se aplicó a captar las figuras y los movimientos en composiciones geométricas, mecánicas y cubistas que eran paralelas de la obra de Fernand Léger en aquellos mismos años. Pero para fines de 1913, bajo la influencia de Braque y Picasso, abandonó el cubismo-futurismo en favor de composiciones que eran al mismo tiempo abstractas y fantasiosas.

Tatlin pasó por una evolución parecida. Tras trabajar en estrecha relación con Larionov y Goncharova entre 1910 y 1913, se liberó de los grilletes del pasado ruso. Cautivado por las construcciones cubistas de Picasso, se abrió camino hasta París para aprender de primera mano, no para transmitir la antorcha de la cultura rusa. A fines de 1913, cuando volvió a Moscú, se dedicó a concebir y construir espacios tridimensionales, con materiales distintos del lienzo y la pintura. Pero no era probable que los *Relieves Pintados* constructivistas de Tatlin (1913-1914) ni la *Cabeza de una Muchacha Campesina* abstraccionista (1913) de Malevich minaran los cimientos de la cultura oficial de los Romanov. Y tampoco eclipsarían al núcleo de la vanguardia, que estaba empapado del acervo histórico de Rusia.

Pese a una prolongada secularización y a un descenso de la religiosidad en gran parte de Europa, la Iglesia seguía siendo un soporte centrípeto del antiguo orden. De hecho, la descristianización no había avanzado mucho entre los campesinos de las aldeas, las bajas clases medias de las ciudades de provincias ni los ex-campesinos de las ciudades. Y tampoco las clases altas habían abandonado a la Iglesia. Aunque con una práctica irregular, incluso los obreros que ingresaban en partidos socialistas y en sindicatos tomaban los sacramentos, sobre todo porque esperaban casarse, bautizarse y morir en la fe de sus padres.

Pero, sobre todo, el altar seguía estando íntimamente vinculado tanto al Estado como a la nación. No cabe duda de que donde menos directo y transparente era ese vínculo era en Francia, donde el catolicismo tenía gran penetración, sin embargo, en la sociedad política. En los otros grandes países, los soberanos coronados presidían abier-

tamente las instituciones religiosas que eran los órganos eclesiásticos de sus regímenes. Esas instituciones sagradas hegemónicas, que constitucionalmente estaban subordinadas al Estado, utilizaban su prestigio, su reverencia y su magia para legitimar el *statu quo* político y social.

El rey, el emperador y el zar designaban o preseleccionaban al jefe de la iglesia nacional. Siempre que se celebraba un sínodo general, la corona sabía cómo influir en sus trabajos. Además, existían vínculos íntimos entre la nobleza y la jerarquía eclesiástica. Muchos de los altos cargos eclesiásticos, comprendidos los de la Curia Romana, eran de alto origen social, se habían educado en las escuelas de la élite y, si no eran católicos, se casaban con hijas de familias nobles, lo cual les daba acceso a la alta sociedad. De hecho, junto con los grandes burócratas y generales, los jerarcas eclesiásticos formaban parte integrante de las clases altas que estaban profundamente arraigadas en la tierra y en la administración del Estado. El bajo clero atendía al campesinado y a la baja clase media provinciana de los que procedía. Ese clero de a pie formaba un grupo de confesores, confidentes, asesores y predicadores influyentes de su grey, tanto más cuanto que una vez se les asignaba una parroquia o una congregación tendían a quedarse en ella toda su vida.

Las iglesias desempeñaban toda una gama de funciones, empezando por las estrictamente religiosas: santos oficios y sacramentos; ritos de transición (nacimiento, comunión, matrimonio, entierro); grandes festividades, y peregrinaciones. En toda esa administración, la iconografía, el simbolismo y los rituales ceremoniales tenían más peso que la palabra hablada y reforzaban creencias y observancias muy antiguas. Particularmente en los países o las regiones católicos y ortodoxos, las procesiones religiosas eran espectáculos grandiosos, y muchas de ellas dramatizaban gráficamente la interrelación entre el altar y el trono, la clase dirigente y la nación, al igual que ocurría con las coronaciones y los funerales de los reyes.

Además de su misión religiosa y moral, las iglesias, incluso en Francia, participaban activamente en las tareas de la comunidad y en la enseñanza. Salvo en Rusia, seguían teniendo a su cargo muchos hospitales, orfanatos, asilos de ancianos y otros asilos y fondos caritativos. Especialmente en los países católicos, la prestación de servicios sanitarios y sociales, en los que desempeñaban un papel fundamental las monjas, creaba un gran fondo de buena voluntad para con el grupo de poder eclesiástico.

Las iglesias tenían todavía más importancia en el terreno de la educación. Naturalmente, tenían sus propios seminarios y conventos. Pero en términos sociales tenía mucha más importancia el hecho de que las iglesias siguieran siendo muy activas en la enseñanza, sobre

todo al nivel de las escuelas primarias. Poseían o regentaban la mayor parte de las escuelas elementales y secundarias, o se les pagaba para que delegaran a clérigos que enseñaban en instituciones públicas. Además de impartir instrucción religiosa, aquellos hombres de hábito estaban formados para impartir todo el programa de estudios, incluidos los rudimentos de las ciencias naturales. Especialmente en las aldeas y las ciudades de provincias, pero también en las ciudades mayores, se respetaba mucho a los maestros, fueran de escuelas parroquiales o públicas, en gran medida porque podían enviar a los estudiantes dotados o ambiciosos a escuelas superiores que garantizaban prácticamente la ascensión social. Si en 1914 incluso en Francia los maestros clérigos representaban todavía casi la mitad del total, no cabe duda de que en muchos sitios los clérigos representaban un número mucho mayor que el de los maestros civiles en la educación pública. También gozaban de más prestigio.

Tampoco era despreciable la capacidad de persuasión política de los eclesiásticos. Aunque tenían una tendencia a la política autoritaria y jerárquica, las iglesias aportaron con el tiempo a los partidos conservadores un cuerpo de frailes predicadores que los ayudaban en sus batallas electorales. Para apoyar a la causa conservadora, los clérigos utilizaban su influencia pastoral y sus púlpitos. También se convirtieron en activistas de partido, se presentaron a cargos electivos y ocuparon escaños en las cámaras altas.

Esto no quiere decir que las iglesias fueran monolíticas. Existían tensiones entre los dogmáticos doctrinales y los revisionistas, así como entre los conservadores sociales y los reformistas. Pero, conforme a cualquier criterio que se utilice, las iglesias siguieron siendo inflexibles y jerárquicas. Además, como las élites eclesiásticas temían a los centros urbanos, a las industrias y a los trabajadores, se fueron haciendo la misma mentalidad de asedio que las noblezas terrateniente, militar y de toga. Aunque exageraban el debilitamiento de la religión organizada, no cabía negarlo totalmente. La asistencia a la iglesia disminuyó, especialmente en las ciudades en crecimiento rápido, donde más prevalecía un anticlericalismo de motivación y orquestación políticas. Para el futuro inmediato, parecía que las aldeas y las ciudades de provincias de Europa eran los únicos lugares seguros para la religiosidad formal, e incluso esas aglomeraciones retrocedían ante el crecimiento de la industria. Entretanto, como las iglesias tenían una parte tan grande de su riqueza en propiedades rurales, la reducción de las rentas y de las utilidades creaba problemas a sus finanzas en una época en que sus gastos iban en aumento. Las parroquias urbanas nuevas y proyectadas, que significaban encargos a arquitectos y artistas de los estilos religiosos clásicos, no eran económicamente autóno-

mas por sus dotaciones ni por los donativos que recibían. Además, al igual que en todas las demás instituciones de servicios burocratizadas, los costos de formación y los sueldos aumentaban mucho en tiempos en que las iglesias luchaban por mantenerse como órganos pedagógicos y culturales eficaces en una sociedad en trance de modernización.

Paradójicamente, las dificultades internas de las iglesias intensificaron su dependencia respecto de los segmentos de la clase dirigente y gobernante que se proponían reforzar el papel hegemónico del estamento clerical. Los líderes eclesiásticos esperaban más que nunca que el Gobierno los mantuviera en sus privilegios y funciones antiguos, en gran medida con la concesión de más créditos y subvenciones. Las iglesias se sentían especialmente ansiosas de proteger y ampliar su misión educativa en unas sociedades en desarrollo con una necesidad cada vez mayor de trabajadores educados y especializados.

Hacia fines de siglo las fuerzas conservadoras, exageradamente temerosas del socialismo, propugnaron un aumento del apoyo público a las iglesias. A cambio de seguir consagrando el trono, la espada, la bandera y el orden social establecido, las iglesias recibieron una ayuda estatal que les sirvió para superar una crisis fiscal coyuntural y para modernizar sus servicios sociales. Una de las consecuencias de ese reforzamiento de la mutualidad, por no decir de la complicidad, de intereses entre el *Ancien Régime* y el altar fue una creciente intolerancia de los reformistas y los modernistas *en el seno* de las iglesias. De hecho, entre 1900 y 1914 los integristas celosos de las iglesias eran la contrapartida de los ultraconservadores en las comunidades políticas y las culturas oficiales europeas. Además, los eclesiásticos se cuidaban mucho de criticar las políticas interior y exterior de los gobiernos o de las fuerzas políticas que eran sus aliados naturales.

En la Iglesia Católica, el severo pontificado de Pío X (1903-1914) siguió al reinado relativamente abierto de León XIII (1878-1903). El Papa León, como tradicionalista tolerante, había condenado los errores en la exégesis, al mismo tiempo que trataba de llegar a un acuerdo con el nuevo orden, que esperaba aportara «inmensos beneficios» a toda la humanidad, y no sólo a los «pueblos civilizados». En 1891, en la *Rerum Novarum,* el Papa León esbozó la actitud del Vaticano ante los procesos sociales y económicos que estaban creando el *rerum ordo in terris futurus.* Se ha de reconocer que la famosa encíclica papal censuraba la intemperancia del liberalismo económico y social —específicamente la usura, las utilidades y las fortunas desproporcionadas de los capitalistas—, al mismo tiempo que lamentaba la miseria y la superexplotación de los obreros. Pero el pontífice romano además, o sobre todo, denunciaba al socialismo y a los sindicatos por ser irreligiosos y por aprovecharse de los sufrimientos del pro-

letariado. Asimismo, tras declarar que la propiedad privada era inviolable y parte del orden natural establecido por Dios, esperaba que el Estado diera «protección a los propietarios legítimos contra el despojo» y salvara a los obreros de las «artes sediciosas de los perturbadores», a los que había que contener. En general, había que mantener a la multitud dentro de «las líneas de su deber». La suerte de la humanidad era «sufrir y aguantar». En consecuencia, León XIII exhortaba a los trabajadores a no hacer huelgas, a rechazar el socialismo y a revitalizar los gremios a fin de poner freno a los peores abusos del capitalismo. Esa declaración de la política social cristiana era cualquier cosa menos imparcial: mientras ratificaba el capitalismo industrial, exhortaba a los obreros a confiar en formas preindustriales de defensa. La tendencia antiprogresista del Papa León XIII quedó todavía más en evidencia cuando denunció la crítica bíblica contemporánea en los últimos años de su reinado.

Pero fue a Pío X a quien le tocó asaltar al modernismo, al cual tendía a tratar como herejía que era preciso sofocar. Convencido de que, con sus concesiones exegéticas y sociales, su predecesor había incitado a la laxitud y el desafío, se propuso apretar las tuercas de la disciplina. Claro que al salir elegido, Pío X reconoció que el retorno al pasado era tan imposible como inevitable era el cambio. Pero aun así dedicó todo su pontificado a volver a consolidar la iglesia que él consideraba en peligro de desintegración. En consecuencia, volvió a sacralizar los valores, las costumbres y las prácticas tradicionales, adelantó la edad de la primera comunión y promovió los cantos gregorianos en la liturgia. Pero, sobre todo, reafirmó la infalibilidad de las Escrituras y declaró que la regeneración interna y espiritual era la clave del futuro.

Naturalmente, Pío X reaccionaba ante los movimientos revisionistas que se habían iniciado hacia 1890 en varias iglesias nacionales. Unos cuantos clérigos y teólogos, tocados por los vientos del *fin du siècle* y preocupados por la discordancia cada vez mayor entre la fe cristiana y el pensamiento científico de la época, trataban de que la nueva crítica bíblica e histórica armonizara la doctrina y la práctica católicas con los tiempos. Como decía Alfred Loisy, la vanguardia quería «adaptar la práctica católica a las realidades de la vida contemporánea». En las iglesias protestante y ortodoxa existía una preocupación parecida por la conciliación entre la teología y la ciencia, y también en ellas estaba limitada a una vanguardia de exégetas. En todo caso, en sus escritos críticos los pensadores católicos inquietos ponían en tela de juicio la interpretación literal de la revelación, propugnaban una lectura más simbólica de las Escrituras y destacaban los orígenes históricos de Cristo, en lugar de los divinos. De hecho, al

contrario que la vanguardia artística, que trataba de romper con la historia, la vanguardia religiosa aspiraba a renovar la Iglesia mediante la reconciliación con su historicidad. Siguiendo el ejemplo de Adolf von Harnack, el historiador eclesiástico y animador del protestantismo liberal en Alemania, los católicos Loisy, en Francia, y George Tyrrell, en Inglaterra, orientaron la historia de la religión, incluida la lectura crítica de los textos sagrados, en el sentido de que muchos de los milagros expuestos en las Escrituras y el propio dogma de la Iglesia eran añadidos posteriores y corruptores. Implícitamente pedían un retorno a la pureza y la sencillez de una iglesia primitiva con sacramentos, jerarquías y rituales ingenuos. También destacaban los aspectos «de este mundo» del reino de Dios, con lo que se referían al mensaje social de los Evangelios.

Al igual que las academias, las iglesias tenían sus cancerberos de la ortodoxia. No sólo el Vicario de Cristo, sino sobre todo la Curia Romana y las jerarquías nacionales, dominadas por los intransigentes, estaban decididas a no tolerar ese desafío al dogma y la autoridad. Al cabo de unos meses de su elección, Pío X puso las obras de Loisy en el Indice, y cinco años después, en 1908, llegó incluso a excomulgarlo. A Tyrrell no se le permitió que lo enterraran conforme al rito católico.

Entretanto, en 1907, el Santo Padre había promulgado dos encíclicas condenatorias: *Lamentabili* (17 de julio) y *Pascendi dominici gregis* (8 de septiembre). Fueron esas circulares papales las que pusieron la etiqueta de «modernistas» a las ideas de quienes ahora se veían tratados como infieles. El Papa Pío X denunciaba «las ideas absurdas de los modernistas» con un lenguaje excepcionalmente impetuoso. Esas ideas eran «novedades profanas..., balbuceos [y] manías absurdas... y doctrinas ponzoñosas enseñadas por los enemigos de la Iglesia [que habían] perdido todo sentido de la modestia». De hecho, como reconocía el propio Papa, las ideas de los malos creyentes no eran sistemáticas. Además, esa vanguardia, como la mayoría de las demás, era demasiado teórica para lograr seguidores instantáneos entre el clero y los fieles de a pie. Aun así, como para justificar su reacción exagerada, el pontífice presentaba a la herejía modernista como si fuera un movimiento peligroso y muy difundido. De forma inquisitorial, el Vaticano ordenó que se crearan consejos de vigilancia en cada diócesis, y a partir de 1910 exigió a todos los clérigos un juramento de antimodernismo.

Esa reacción feroz e implacable del Vicario y la Curia de Roma alentó a los duros e integristas en todas las iglesias nacionales. Se consideraron autorizados a oponerse al cambio, a denunciar los errores y a colaborar con las fuerzas políticas que habían jurado combatir

al modernismo en el conjunto de la sociedad. Para 1914 no quedaba nada del desafío intelectual del *fin du siècle*.

Pero la exigencia de reformas tenía otra dimensión. Comenzó un movimiento social católico, consagrado a ampliar la *Rerum Novarum* de León XIII. No es sorprendente que la Sede Apostólica y las jerarquías estuvieran tan decididas a contener el modernismo social como el intelectual. Lo interesante es que, mientras las encíclicas de 1907 atacaban las desviaciones doctrinales, pasaban por alto discretamente las sociales y políticas. Algunos de los revisionistas pedían a la Iglesia que encabezara a los obreros en la resurrección de los antiguos gremios para proteger su bienestar, al mismo tiempo que convocaban a los capitalistas a actuar con un espíritu de paternalismo responsable. Otros contemplaban una reorganización de la industria que permitiese la codeterminación de los obreros, la responsabilidad social de los patronos y la humanización del proceso laboral. Pero, además de ser vagas, estas recetas reformistas y otras parecidas obtuvieron escasa respuesta, tanto entre los obreros como entre los patronos. Aun así, el episcopado francés censuró severamente tanto a Albert de Mun como a Marc Sangnier. Sangnier causaba especial alarma, pues, por conducto de su publicación *Le Sillon,* propugnaba la autonomía democrática y la reducción de las diferencias de clase, con lo cual invitaba a que se le difamara como criptosocialista. En un clima de intolerancia eclesiástica, los obispos de Francia intensificaron su campaña contra el modernismo social, y en agosto de 1910 Pío X pronunció su propia reprobación de Sangnier y sus compañeros. El Papa los criticó por transgresiones doctrinales e indisciplina, y además los atacó por «no trabajar para la Iglesia, sino para la humanidad». Sangnier se arrepintió rápida y obedientemente, y silenció tanto la voz escrita como la hablada de *Le Sillon*. El hecho de que ese proceso y ese abandono no provocaran prácticamente ninguna respuesta popular fue señal del carácter evanescente del catolicismo social.

A diferencia de Alemania y Austria, la Francia de la Tercera República no tenía un movimiento político y sindical católico. En Alemania, el Partido del Centro, junto con los sindicatos católicos, luchaba por mejorar la suerte de los obreros católicos sin incurrir en las iras del Vaticano. Pero el movimiento social católico de Alemania no tenía personalidades que predicaran un evangelio democrático y humanitario. En algunas regiones, los empresarios cooperaban con los sindicatos católicos moderados para contrarrestar a los sindicatos libres y a sus defensores socialdemócratas. Además, la *Deutsche Protestantsverein,* que era la campeona del modernismo social y político en el seno del protestantismo, sobre todo en el sudoeste de Alemania, también se hallaba en decadencia en 1910.

Pero incluso en Alemania, que tenía un sector industrial y una fuerza de trabajo relativamente grandes, la Iglesia Católica seguía basándose en unos cimientos intrínsecamente preindustriales: los fieles eran sobre todo campesinos y miembros de la clase media baja, el clero se originaba en esos mismos estratos sociales, y la inmensa mayoría de las parroquias se hallaban en las aldeas y las ciudades de provincias. Ajenos a ese medio preindustrial, los modernistas, tanto intelectuales como sociales, estaban en la onda de la erudición de las universidades urbanas y de los problemas sociales de los obreros de las ciudades. Creían que el mundo de la religión podía y debía adaptarse a una sociedad civil que a su juicio estaba atravesando transformaciones rápidas. Muy buenos conocedores de los textos sagrados, los modernistas querían que la Iglesia santificara y guiara el nuevo orden, en lugar de difamarlo, olvidarlo u obstruirlo.

Pero mientras la minoría microscópica de disidentes trataba de apostar por el nuevo orden del futuro, los líderes del catolicismo se volvían totalmente rígidos. Incluso a riesgo de enajenarse la vanguardia intelectual y social de la Iglesia, comprendidos sus elementos laicos, decidieron mantener y reproducir creencias y prácticas antiguas que resultaban tan agradables a sus parroquias tradicionalistas como a ellos mismos. No cabe duda de que la Santa Sede y los cleros nacionales trataban de proteger los credos y las costumbres religiosos de su rebaño preindustrial, que formaba la roca de la Iglesia. Pero su propia mentalidad arcaica también los llevaba a reforzar y regenerar estructuras y prácticas probadas por el tiempo, temerosos de que la adaptación al mundo contemporáneo equivaliera a una capitulación ante éste. Además, los intereses de la Iglesia predisponían a sus dirigentes a mantenerse junto a sus principales homólogos y benefactores de la clase dirigente y gobernante, quienes esperaban que la Iglesia consagrara y apoyara su propio sistema.

Aunque en Rusia el movimiento en pro de la reforma religiosa era tan embrionario como en el resto de Europa, la revuelta de 1905 le dio un ímpetu considerable. Pero una vez aplastada esa rebelión y sometida la Duma, los obispos y los directores de escuelas reformadores se vieron cesados o sometidos a una vigilancia estricta. La Iglesia oriental volvió a ocupar su lugar central en la tríada oficial de la Rusia zarista: ortodoxia, autocracia y nacionalidad. Como extensión y brazo del poder estatal reflejaba y fomentaba al mismo tiempo la reacción que se apoderó del Imperio de los Romanov hasta 1914. El Santo Sínodo y el alto clero se hicieron cada vez más inflexibles y más agresivos ideológicamente. Importantes eclesiásticos ortodoxos bendecían las banderas de los pogroms, condonaban el procesamiento de Mendel Beilis por asesinato ritual y encabezaban la Unión del

Pueblo Ruso, populista de derechas. El hecho de que ni el Santo Sínodo ni el zar jamás repudiaran, disciplinaran ni degradaran a ninguno de esos fanáticos significaba que los alentaban o, por lo menos, los toleraban.

Sobre todo a partir del golpe de Estado de Stolypin, en junio de 1907, el clero participó activamente en la política partidista, electoral y parlamentaria. Huelga decir que militaba exclusivamente en formaciones reaccionarias y conservadoras. En la tercera y la cuarta Dumas había 46 sacerdotes ortodoxos, es decir, el 10 por 100 del total de sus miembros. Aunque sólo 16 de ellos estaban con los ultraconservadores, todos ellos estaban enfáticamente a la derecha de los octubristas. Desde luego, aquellos sacerdotes-diputados, junto con el Santo Sínodo, apoyaban al zar y a los consejeros de éste que actuaban para reventar a la Duma, aunque ésta casi duplicó las subvenciones eclesiásticas entre 1908 y 1914.

Pero ese apoyo patentemente político del régimen autocrático tenía menos importancia que la influencia controladora que ejercía el grupo del poder ortodoxo mediante las pompas y los rituales en una sociedad de campesinos y jornaleros pobres, analfabetos y supersticiosos. Alertada y endurecida por la convulsión de 1905, la Iglesia se aseguró para no albergar de nuevo a otro padre Gapon.

La enseñanza superior estaba en la misma línea que las otras instituciones hegemónicas y, al igual que ellas, era un sólido pilar de los *anciens régimes*. Además de ser bastiones de la alta cultura tradicional, las escuelas superiores estaban encargadas de mediar la adaptación de la sociedad al presente y su avance hacia el futuro. En general, no obstante, las escuelas secundarias y las universidades, en lugar de ser las locomotoras del progreso, eran más bien las regeneradoras y transmisoras del acervo cultural preindustrial y preburgués que sostenía al orden establecido. Pero eso no significa decir que fueran gigantescos obstáculos al cambio, ni las responsables de una diferencia desproporcionada entre, por una parte, las ideas, los significados y los valores arcaicos y residuales, y, por la otra, las nuevas realidades económicas y sociales. Como ya hemos visto, las antiguas élites que encarnaban los primeros seguían teniendo más fuerza que la burguesía y la alta clase media. Además, el ansia obsesiva de los nuevos estratos sociales de asimilación en la cultura y la sociedad antiguas los predisponía a esperar de las escuelas prestigiosas de la élite que facilitaran la ascensión social de sus hijos.

En todo caso, las *public schools* de Inglaterra, los *lycées* de Francia, los *ginnasi-licei* de Italia y los *Gymnasien* de Alemania, Aus-

tria-Hungría y Rusia eran vehículos de reproducción de la visión del mundo y los conocimientos de los viejos notables, y las universidades desempeñaban el mismo papel. Entre 1848 y 1914, los estudios clásicos eran un aspecto central de esa empresa en todos los países europeos, independientemente de su nivel y de su ritmo de modernización capitalista. Ese programa de estudios era el imperante en la educación superior, tanto si las escuelas eran públicas como si eran privadas o parroquiales. Los administradores y los profesores de las instituciones de enseñanza eran ellos mismos firmes defensores de la enseñanza clásica. Sin embargo, su conservadurismo pedagógico no estaba arraigado sólo en la vida interna de sus instituciones y sus disciplinas, sino en sus propias evaluaciones personales, sociales y políticas.

No bastaba sólo con esos factores internos para explicar que la educación superior siguiera tercamente su rumbo clásico fijo. Incrustada en sociedades civiles muy preindustriales y, salvo en Francia, en sistemas nobiliarios de autoridad, servía primero y sobre todo para formar los altos cuadros de la administración, el clero y las profesiones eruditas. Al hacer hincapié en la educación general adecuada para esas ocupaciones, salvo la medicina, las escuelas superiores reforzaban el estigma negativo que acompañaba a las vocaciones comercial, industrial y técnica. De hecho, una de sus principales misiones era mezclar a los hijos de familias burguesas y de clase media con los de la vieja clase dirigente en términos que resultaran aceptables para esta última. El profesorado gremial cumplía esa tarea mediante la formación de hombres de gustos refinados y una cultura amplia, en lugar de conocimientos especializados y prácticos.

Los padres de la burguesía y la clase media, que adoptaban instintivamente la ética y el estilo de vida de las noblezas terrateniente, militar y de toga, querían que sus hijos formalizaran e interiorizaran esa conversión. Para ello los matriculaban en escuelas superiores que los iniciaban en una cultura humanística y con un grupo de condiscípulos que los elevaban de condición. De hecho, en el transcurso del siglo XIX los clásicos ocuparon un lugar cada vez más amplio en el programa de estudios de esas escuelas. En particular, el dominio del latín se convirtió en un requisito previo para la pertenencia a la clase alta que se consagraba a dirigir el Estado y la cultura oficial, comprendidas las iglesias y las escuelas superiores, en lugar de a ganar dinero. La idea dominante era que el estudio de los textos clásicos era lo único que podía dar a esas élites las normas y los modelos de acción heroica, servicio al público y porte señorial.

Fuera cual fuera su composición social, cuando las sucesivas promociones terminaban su educación superior, compartían un patrimo-

nio intelectual, cultural y moral común. Tanto en Inglaterra como en el Continente, los novicios de las clases superiores, incluidos los de baja cuna, eran o pretendían ser caballeros de *Bildung* o *culture générale* clásica. Además, las escuelas superiores, y en particular las más altas, despojaban al idioma oral de sus estudiantes de todas las huellas sociales distintivas y de los dialectalismos regionales. Cuando se graduaban, su forma homogénea de hablar no constituía sólo una clave para el reconocimiento de los condiscípulos, sino también un emblema de distinción y de influencia públicas, incluso más allá de las fronteras nacionales. En los países en que la dispersión geográfica de las escuelas superiores desafiaba a esa purificación del lenguaje, el código y el emblema adoptaban la forma de la *Tonsur* (cicatriz de duelo) o de convencionalismos vestimentarios.

La selectividad era la principal forma de selección y segregación. En especial para los plebeyos, era absolutamente indispensable tener un título universitario o de nivel universitario si se pretendía avanzar hacia la clase alta o dentro de ella. El acceso a la universidad, a su vez, dependía de terminar la formación secundaria, en la cual las lenguas clásicas y la literatura ocupaban por lo menos la mitad del programa de estudios. En consecuencia, la selección se iniciaba oficialmente a los once o los doce años de edad, pero de hecho correspondía a la riqueza y la posición de la familia, y por lo tanto también a la formación primaria. La vía de los clásicos, rígidamente estricta, llevaba a los estudiantes preseleccionados a universidades prestigiosas e instituciones de nivel universitario de buena reputación, mientras que las avenidas cada vez más anchas de la instrucción no clásica preparaban a los hijos de familias más modestas y con menos posibilidades en la vida para instituciones de formación profesional o formación en el empleo.

Resulta bastante interesante que el injerto subordinado de la modernidad en estructuras preexistentes, que funcionaba tan bien en la economía, la comunidad política y el ejército fuera mucho más difícil y tuviera mucho menos éxito en la educación superior. En lugar de incorporar nuevas disciplinas en sus programas de estudios clásicos, o nuevos elementos sociales en sus selectos cuerpos estudiantiles, las escuelas superiores siguieron cerradas a ambas cosas, con lo cual obligaron a establecer un sistema de enseñanza separada y desigual. Al nivel secundario, las *grammar schools* inglesas, los *colleges municipaux* franceses y las *Realschulen* alemanas se crearon para quitar importancia a los estudios clásicos en favor de los modernos. Aunque la asistencia a esas escuelas secundarias esencialmente deslatinizadas y desclasicizadas solía impedir el acceso a las universidades antiguas

y prestigiosas, gradualmente fue abriendo otras vías posibles hacia nuevas instituciones de nivel universitario, pues, al igual que las escuelas secundarias de élite, todas las grandes universidades habían congelado prácticamente sus programas tradicionales de estudios, con el resultado de que había que fundar nuevas universidades e institutos a fin de dar espacio a las ciencias teóricas y aplicadas, incluida la ingeniería. Salvo en Escocia, y a raíz de la fundación de la Universidad de Londres a principios del siglo XIX, se asistió en el Reino Unido a la aparición de las universidades «de ladrillo rojo». Alemania amplió sus *technische Hochschulen* y estableció los Institutos Kaiser Guillermo de física y química, que eran prácticamente independientes de las universidades. En Francia, entretanto, la *École supérieure des mines,* la *École des ponts et chaussées* y la *École polytechnique* no sólo formaban expertos para una burocracia estatal muy centralizada, sino que además hicieron que determinados estudios y profesiones prácticos subieran de categoría, aunque en ninguna parte hasta el nivel de las vocaciones señoriales «de siempre».

Es muy posible que a principios de siglo el resurgir de los estudios clásicos en las escuelas secundarias hubiera comenzado a decaer. Aun así, los clásicos siguieron formando la válvula central de control de un mecanismo de selección muy preciso hasta el mismo 1914, e incluso después. El objetivo de esa selección no era precisamente bloquear la movilidad ascensional de los hijos de los campesinos, los obreros y los *pétits bourgeois.* Como la educación superior seguía siendo asunto de las élites y no de las masas, fijaba las condiciones y los atractivos para la integración por cooptación de los hijos de los magnates de los negocios y las profesiones en la clase dirigente. Así impedía la formación de una contraélite y una contrahegemonía. En resumen, las escuelas superiores clásicas promovían la fusión subordinada de los estratos sociales recién ascendidos en las clases altas dominadas por los notables establecidos de antiguo. Al dotar a la progenie de la burguesía de la educación general que era el requisito previo para los altos cargos de la administración civil y las profesiones liberales, esas escuelas certificaban y realzaban la condición de los recién llegados a la sociedad antigua, en lugar de su capacidad para hacer dinero en la nueva economía.

La nación capitalista e industrial pionera de Europa era singularmente retrógrada en materia de educación. Especialmente al nivel de la enseñanza primaria, las élites inglesas tardaron mucho en ponerse a la altura de sus pretensiones cívicas. La enseñanza elemental no se hizo obligatoria por fin hasta el decenio de 1890. Pero incluso en 1914 seguía sin ser gratuita, y la edad para dejar los estudios seguía siendo inferior a los catorce años. Además, el nivel de instrucción de

las escuelas primarias inglesas seguía siendo demasiado bajo para que sus alumnos pudieran pasar a la enseñanza superior.

Análogamente hasta fines de siglo el sector público de la enseñanza secundaria era prácticamente inexistente. Aunque el objetivo de la Ley de Educación de 1902 era corregir esa situación, las instituciones privadas siguieron dominando ese sector crítico de aprendizaje y promoción social hasta bien entrado el siglo XX.

La burguesía de la manufactura y el comercio que surgió con la industrialización y la urbanización decimonónicas nunca formuló un proyecto de educación propio. Claro que los empresarios y los profesionales de las ciudades manufactureras eludían al principio las *public schools* de la élite como avanzadillas del grupo de poder que los despreciaba. Pero no tardaron mucho en reconocer, a pesar de sí mismos, que no había otra vía de avance social. Los nuevos hombres decidieron confiar sus hijos a las *public schools,* pese a que las élites y los maestros antiguos, en su mayor parte clérigos anglicanos, utilizaban su monopolio de la educación con fines de cooptación.

Aunque en el siglo XIX se dio un rápido crecimiento de las *grammar schools* y de las escuelas «privadas», ambas seguían estando muy eclipsadas por las caras y prestigiosas *public schools,* en cuyo modelo se basaban. Estas últimas, en su mayor parte de confesión anglicana, estaban perfectamente ideadas para fomentar el mantenimiento de la primacía del elemento aristocrático en la sociedad civil y la política. Pero incluso en ese elemento enrarecido no había más que nueve escuelas de verdadera importancia: Eton y Harrow, seguidas de Charterhouse, Merchant Taylor, Rugby, Shrewsbury, Saint Paul's, Westminster y Winchester.

Al contrario que las escuelas secundarias del Continente, donde las más distinguidas se situaban en las capitales y las ciudades antiguas, las del otro lado del Canal estaban esparcidas por el campo. De hecho, las *public schools,* incluidas las más recientes, eran internados para muchachos desde los trece a los diecinueve años de edad en casas de campo simuladas. Aquellas fincas pedagógicas, aisladas geográficamente, estaban ideadas para afirmar la supremacía del estilo de vida señorial del aristócrata. Afectados por la nostalgia pastoral, los residentes prósperos de las ciudades, en particular, cedían a sus hijos para que se los iniciara en la tradición inglesa de la dedicación a la tierra y se los vinculara a ella.

También era muy importante el que los estudios clásicos ocuparan unas tres cuartas partes del programa de estudios y casi dos tercios de los profesores hasta bastante después de mediados del siglo. Se ha de reconocer que en el último tercio del siglo la mayor parte de las *public schools* habían establecido cursos «modernos» y «militares»

en los que se prestaba más atención a las ciencias, los idiomas modernos, la literatura inglesa y la historia. Pero hasta 1914 esos nuevos programas no sólo evolucionaron con gran lentitud, sino que eran poco apreciados por destinarse a estudiantes con capacidades y pedigrís de segundo orden.

Los deportes eran la cuarta característica distintiva de las *public schools,* tras el aislamiento rural, el régimen de internado y los estudios clásicos. Deportes como el rugby, inventado en Oxbridge, formaban a grupos de miembros de igual edad en la combinación del ejercicio individual con el trabajo de equipo. Además, igual que el contexto rural exaltaba la idea de la vida en el campo, los deportes al aire libre coincidían con las cacerías y las carreras de caballos de la sociedad aristocrática. Aunque muchas de las *grammar schools,* incluidas las que recibían fondos públicos a partir de 1902, fueron a ubicarse en las ciudades y daban menos importancia a los deportes, mantuvieron, sin embargo, el programa de estudios clásicos y su insistencia caballeresca en la educación general por encima de la práctica.

No ha de sorprender que en las principales *public schools* los hijos de los aristócratas y la pequeña nobleza formaran el bloque más numeroso con mucho de los estudiantes. Aunque los hijos de las familias empresariales y comerciales fueron ocupando gradualmente una parte mayor de la matrícula, siguieron yendo por detrás de los hijos de clérigos, profesionales y militares.

La situación era muy parecida en Oxford y Cambridge, las extensiones universitarias de las nueve *public schools.* En las facultades de ambas universidades seguía haciéndose hincapié en los estudios clásicos y humanísticos. Salvo la formación en la teología, la formación profesional estaba prácticamente excluida. Claro que ya en 1826 se estableció el Colegio Universitario de Londres, en gran medida para romper la dominación anglicana, clásica y de clase alta de Oxbridge. Además, hacia 1860 la Universidad de Londres inauguró su programa de estudios externos, para el cual ya no hacía falta haber asistido a una *public school.* El crecimiento de las universidades «de ladrillo rojo» en Birmingham, Bristol, Leeds, Liverpool, Manchester y Sheffield también se concentró en los años de 1880 a 1914. Aunque el programa de estudios de todas esas instituciones de enseñanza superior incorporaba la tradición generalista, las nuevas universidades, al contrario que Oxbridge, abrieron y ampliaron los estudios profesionales, sobre todo los de ciencias, medicina y tecnología. Pero la Universidad de Londres, incluido su Colegio Imperial de Ciencia y Tecnología, no tituló a un número apreciable de estudiantes hasta después de fines de siglo. Además, aunque para 1900 Londres y las universidades «de ladrillo rojo» tenían más estudiantes que las dos institucio-

nes elitistas dominantes, su prestigio académico y social no aumentó de forma proporcional. Un científico puro o un matemático conseguía a veces el respeto renuente del *haut monde* inglés, pero en general se seguía considerando que la ciencia y la tecnología no eran cosas para caballeros de verdad. En Cambridge y Oxford, el griego fue obligatorio hasta después de 1914. Aunque Cambridge era algo más flexible, en 1980 ambas universidades seguían descuidando la química, la física y la ingeniería, en gran parte por lo tenue de sus vínculos financieros y sociales con la industria y el comercio.

A mediados de siglo, el 60 por 100 aproximadamente de los estudiantes de Cambridge eran hijos de terratenientes y de clérigos. Bastante más del 50 por 100 de los graduados se hacían pastores anglicanos, el 15 por 100 se dedicaban a las tierras, el 10 por 100 a las profesiones liberales y la administración pública o el ejército, y otro 10 por 100 a la enseñanza. Aunque un modesto 5 al 10 por 100 de los estudiantes de Cambridge procedían de familias banqueras e industriales, casi todos ellos abandonaban las ocupaciones, poco estimadas, de sus padres para dedicarse a otras más nobles. Entre 1850 y 1914, y en particular a partir de 1900, cambiaron considerablemente tanto el origen social como las opciones profesionales de los estudiantes de Cambridge, pero eso no convirtió a la universidad en el feudo de los industriales, los comerciantes y los ingenieros. Claro que en la segunda mitad del siglo XIX los hijos de la clase terrateniente pasaron del 31 por 100 al 19 por 100 de la matrícula, y dieron la espalda a las ocupaciones señoriales. Pero los hijos de clérigos siguieron siendo tan numerosos como antes, y más del 35 por 100 de los graduados de Cambridge siguieron dedicándose a la Iglesia. Por su parte, los hijos de hombres de negocios pasaron a ser aproximadamente el 15 por 100. Pero en lugar de dedicarse a los negocios se dedicaron, igual que muchos hijos de terratenientes, a las profesiones, el ejército y la administración pública. Concretamente, el porcentaje de estudiantes de Cambridge que se dedicaron al derecho, la medicina, la enseñanza y la administración pública llegaba a casi el 14 por 100 a comienzos de siglo. Oxford pasó por una evolución muy parecida. En los decenios en torno a 1900 los grupos de hijos de familias terratenientes, de clérigos y de profesionales representaban, cada uno de ellos, por lo menos una proporción tan alta de la matrícula como los hijos de hombres de negocios. El 20 por 100, aproximadamente, de la matrícula de Oxford procedía de la industria y el comercio, pero sólo del 15 al 20 por 100 del total de los graduados entró en el mundo de los negocios.

En general, las principales *public schools* y Oxbridge seguían atendiendo a las necesidades de las élites antiguas como filtros y amal-

gamadores eficaces. Las nueve escuelas antiguas aportaban el sector crítico de graduados de menos del 2 por 100 de los estudiantes ingleses que terminaban la enseñanza secundaria inmediatamente y después de 1900. De ese pequeño núcleo procedía la mayoría de los estudiantes admitidos en Oxbridge, que constituían el 0,3 por 100 de su grupo de edades.

En particular, cuando la clase dirigente y gobernante asumió abierta y agresivamente la misión imperial de Inglaterra, las *public schools* y Oxbridge se congratularon de estar excepcionalmente preparadas para formar a las futuras generaciones para esa pesada carga. Después de todo, tenían una sólida experiencia de formación del carácter y el cuerpo. Los clásicos, especialmente la historia de la antigua Roma, eran idealmente adecuados para entrenar a los futuros administradores coloniales e imperiales en los preceptos y las oportunidades del gobierno de los pueblos hostiles de las remotas India y Africa, que, según Rudyard Kipling —y los misioneros—, «estaban medio desnudos y eran como niños». En resumen, a fines del siglo XIX la exaltación del imperio y la patria permitió a las escuelas de la élite adquirir nuevas energías. Sus síndicos y ex-alumnos apoyaban ardientemente el ultraimperialismo que defendía la causa de la defensa social y reforzaba las pretensiones, la ética y la práctica de que el gobierno lo desempeñara una élite de adscripción, y no una meritocracia. Además, los directores y los profesores de la enseñanza superior estaban programados para exaltar el atractivo y el desafío no de los negocios, sino del imperio, la administración pública, el ejército y la marina.

Al contrario que en Inglaterra, en Francia la religión dominante ponía en tela de juicio el régimen político, en lugar de santificarlo. Por eso los gobiernos de la Tercera República estaban determinados a romper el dominio tradicional de la Iglesia Católica a fin de reducir su influencia secular. En 1881-1882, durante su primer ministerio, Jules Ferry presidió la promulgación de leyes en virtud de las cuales la enseñanza primaria se hacía obligatoria y gratuita. Su objetivo era que las escuelas rivalizaran con las iglesias parroquiales como centros misioneros en los que un clero laico de maestros pagados por el Estado no sólo difundiría la educación básica, sino también los evangelios republicanos. A juzgar por la rápida disminución del número de escuelas parroquiales y de sus alumnos, hacia 1914 no cabía duda de que la República había ganado la batalla de la enseñanza primaria. Pero su victoria distaba mucho de ser completa. El 12 por 100 de los muchachos y el 25 por 100 de las niñas siguieron asistiendo a escuelas primarias católicas, y es probable que casi el 40 por 100 de los estudiantes de las escuelas secundarias públicas y privadas estuvieran matriculados en colegios religiosos. No es de extrañar que hacia 1910

siguiera habiendo la mitad de sacerdotes (60.000) que de *instituteurs* (120.000), y que su influencia llegara incluso a los estudiantes de las escuelas públicas. Además, aunque casi todos los maestros eran republicanos y, es de suponer, anticlericales, no llegaban a romper con el catolicismo. Los clérigos laicos de la Tercera República, de origen y condición básicamente provincial y *petit bourgeois*, no sólo se habían criado en la Iglesia, sino que además permanecieron en ella en sus matrimonios, bautizos y funerales. Y por último, aunque a partir de 1905 los sueldos bajos y la resurrección del ultraconservadurismo hicieron que el republicanismo de muchos *instituteurs* se radicalizara, casi ninguno de ellos cesó de inculcar en sus alumnos un patriotismo que era inherentemente conservador.

El paso de la escuela pública elemental a la secundaria era tan difícil y tan raro en Francia como en otros países de Europa. A fin de cuentas, seguían siendo decisivos la riqueza familiar y el medio ambiente. Como no se pretendía que las escuelas primarias fueran conductos hacia la enseñanza superior, los que aspiraban a estudiar en un *lycée* tenían que matricularse en unas escuelas o programas preparatorios especiales y costosos. Paradójicamente, en la misma época en que se inició el programa democratizador de la enseñanza primaria de J. Ferry, en los programas de estudios de los *lycées* se dio más importancia al latín y al griego, al igual que a los métodos de instrucción clásica en las humanidades y en la retórica. Aunque los cuadros más altos de la sociedad civil y la política estaban en manos de republicanos oportunistas, de origen y condición modestos, éstos recibían una formación más general que profesional y práctica. De hecho, los clásicos formaban parte integrante de la *culture générale* que tenía una doble finalidad: fusionaba a los antiguos notables y a la nueva *grande bourgeoisie* del dinero y de las profesiones en una clase dirigente cohesiva, al mismo tiempo que creaba unos vínculos de afinidad ideológica con la clase política menos elevada.

El programa de estudios del *lycée* no era una expresión ni una herramienta de la dominación *grande bourgeoisie* ni empresarial. Por el contrario, de conformidad con la cultura oficial de la Tercera República, veneraba los valores duraderos de otra época en la cual el refinamiento intelectual era prueba de pertenencia a una clase alta y ociosa que mantenía el mundo en su derredor, en lugar de transformarlo. Hacia 1900, más de la mitad del tiempo de aprendizaje en el *lycée* se dedicaba a las lenguas clásicas, la gramática y la retórica, frente a una octava parte del tiempo dedicado a las ciencias. Resulta curioso que los *lycées*, de orientación clásica más que profesional, no preparasen a sus estudiantes para presentarse a los exámenes de ingreso en las escuelas de nivel universitario en que se formaban los

funcionarios «prácticos». Como consecuencia, y en reacción a toda una diversidad de presiones, en 1902 se iniciaron programas modernos y científicos en *el seno de* las escuelas secundarias existentes. Pero esos cursos más modernos no llegaron nunca a adquirir gran prestigio ni gran número de estudiantes, pese a que tenían un componente clásico, estaban integrados en el prestigioso sistema de *lycées* y llevaban a un *baccalauréat* terriblemente selectivo.

De todos modos, esas nuevas desviaciones irritaron a los defensores de la *culture générale* clásica y humanista. Los profesores de enseñanza superior se levantaron para proteger el sagrado orden pedagógico, intelectual e institucional. A ellos se sumaron los grandes sectores de la clase dirigente y gobernante que defendían la educación clásica como patrimonio bienamado, como señal conspicua de nobleza y como capital intelectual valioso que transmitir intacto a sus herederos. En todo caso, aunque la ley declaraba que los estudios modernos y los clásicos tenían la misma categoría, los profesores siguieron orientando a los estudiantes menos dotados a los estudios modernos, dando un matiz clásico a la enseñanza de las humanidades modernas y absteniéndose de concebir una forma de renunciar al peso de la cultura del pasado. Se ha de reconocer que la carga de los clásicos era mucho menor en los *collèges municipaux* de las ciudades pequeñas que en los *lycées* de las grandes ciudades, debido en gran medida a que los *collèges* tendían a impartir unos estudios truncados, a tener profesores menos calificados y a ser más baratos.

En total, en 1910 había en los *lycées* y los *collèges* públicos de Francia 77.500 estudiantes, cuyo número representaba aproximadamente el 2,75 por 100 de los muchachos entre doce y diecinueve años de edad. Huelga decir que el número de los que llegaban al séptimo año era considerablemente inferior: mientras que el 5 por 100 aproximadamente del total de estudiantes en edad de asistir a la escuela secundaria iniciaban estudios superiores, sólo el 2 por 100 llegaba hasta los exámenes del *baccalauréat,* y sólo el 1 por 100 lograba aprobarlos.

Evidentemente, hasta 1914 la educación secundaria siguió estando limitada a los hijos de las clases superiores, a un pequeño contingente de las clases intermedias y a unos pocos prodigios de los escalones inferiores de la escala social. Además, al hablar de los «hijos» se refiere uno fundamentalmente a los varones. Las muchachas representaban menos de la séptima parte de la matrícula, debido en parte a que se consideraba que el latín no era adecuado para su educación. En todo caso, al revés que la escuela primaria, la asistencia al *lycée* no era obligatoria ni gratuita. Aunque la matrícula era barata, las familias con ingresos medios y bajos no podían permitirse el seguir

alimentando a sus hijos a lo largo de un programa de siete años, tanto más cuanto que la tasa de suspensos en el *bac* era tan elevada. En cuanto a las becas, es probable que antes de 1914 en ningún año se concedieran más de 1.500, y se concedían con preferencia a los hijos de funcionarios públicos leales, incluidos los profesores. Por eso no causa sorpresa que entre mediados del siglo XIX y 1914 apenas aumentara la matrícula en los *lycées* clásicos. La expansión a partir de 1880 se limitó a las escuelas elementales y profesionales avanzadas, que reproducían y ampliaban, en lugar de mejorar, el mundo de la clase media baja.

Naturalmente, aquel *bac* enrarecido era un requisito obligatorio para el ingreso en las universidades, cuya matrícula pasó de 10.000 estudiantes en 1875 a 19.300 en 1891 y a 39.900 en 1908. Unos dos tercios de esos estudiantes asistían a las facultades de derecho y medicina, y el tercio restante estaba dividido casi por igual entre las letras y las ciencias. La asistencia a la Universidad era inferior a la de los demás países europeos, debido en gran medida a que la facultad de teología no formaba ni clérigos ni maestros de los clásicos. A su vez, Francia tenía una red compleja de instituciones de nivel universitario o de enseñanza superior cuyas matrículas eran bastante apreciables. Pero hasta 1914 hubo pocos altos cuadros intelectuales, técnicos y administrativos graduados de esas *grandes écoles* especializadas que penetrasen en los círculos superiores de los grandes notables, si es que llegó a haberlos.

Tras un *concours*, o super *bac* excepcionalmente difícil y competitivo, la *École normale supérieure*, que constituía el modelo de las *grandes écoles*, aceptaba de 30 a 40 estudiantes. Es probable que la mitad de ellos procediesen de familias académicas y todos ellos, tras superar la *agrégation*, estaban destinados a magníficos puestos de enseñanza en los *lycées* y las facultades, donde mantenían viva la llama de la cultura general pura. En resumen, los *normaliens* —todavía había muy pocas *normaliennes*— eran simplemente la guardia de élite del cuerpo de *agrégés*, que se convertían en defensores e instructores de los estudios clásicos y el análisis de textos literarios y filosóficos —sobre todo del siglo XVII— en todo el ámbito de la enseñanza superior. Independientemente de sus especialidades y facultades, los profesores de universidad, cuyo número pasó de 500 en 1880 a 1.050 en 1910, y el 30 por 100 de los cuales eran de origen social elevado, se enorgullecían de su formación clásica. Lo mismo cabía decir de la élite de 2.000 *agrégés* distribuidos entre los 9.000 a 10.000 profesores de los *lycées* y *collèges*. Es más que probable que esos profesores de élite de escuelas secundarias procedieran de familias de situación algo más alta que los 7.000 a 8.000 profesores se-

cundarios corrientes de origen *petit bourgeois*, que al mismo tiempo admiraban y envidiaban a sus colegas con títulos superiores por ser superiores a ellos en cultura, sueldo y condición social. En las ciudades de provincias —aunque no en París, donde las barreras sociales eran más rígidas— un profesor de *lycée* podía convertirse en una figura de un cierto prestigio, siempre que hubiera aprobado la *agrégation* clásica. Si sabía latín, ello tendía a hacer que fuera más aceptable incluso para los notables locales, que podían considerar sospechoso su republicanismo laico.

En cuanto a la *École polytechnique*, en principio prestigiosa, tenía naturalmente un perfil diferente del de la *École normale*. Especialmente a partir de 1880, sus estudiantes procedían cada vez más de las familias de clase media baja, hasta que hacia 1914 el número de esos estudiantes era casi igual al de los hijos de empresarios acomodados, miembros de las profesiones liberales y funcionarios del Estado. También resulta significativo que durante esos mismos años el número de estudiantes con becas pasara del 31 al 57 por 100, y que el porcentaje de los graduados que ingresaron en las fuerzas armadas llegara a ser el 74.

A principios del siglo XX ni la *Polytechnique*, ni la *École des ponts et chaussées*, ni la *École des mines* eran escuelas de élite en cuanto al origen social de sus estudiantes, la índole de sus programas de estudio y los puestos estatales que llegaban a ocupar sus graduados. De hecho, esas llamadas *grandes écoles*, en las cuales podían ingresar los *bacheliers* no clásicos, impartían a sus graduados una enseñanza avanzada, pero práctica, y unos títulos que en la Francia protoburguesa, así como en los regímenes nobiliarios finales, no comportaban sino una condición social mediana. En todo caso, nunca alcanzaron los niveles más elevados de la clase política y administrativa de Francia, por no mencionar su jerarquía social.

Al igual que Francia, pero al contrario que Inglaterra, el Imperio Alemán tenía un sistema público de enseñanza superior. Pese a su autonomía, los *Kulturministerien* de los estados miembros financiaban y administraban sus escuelas secundarias y sus universidades en sentidos esencialmente uniformes. Sus profesores y catedráticos eran unos funcionarios estimados e intensamente conservadores. Pero al revés que en Francia, donde los centros de decisión de la enseñanza superior estaban concentrados en París, y que en Inglaterra, donde estaban apartados en el campo, Alemania no tenía un punto dominante de excelencia y prestigio.

Por el contrario, los *Gymnasien*, que eran de calidad bastante pareja, estaban dispersados por las ciudades e incluso los pueblos del imperio. Análogamente, las universidades distinguidas de Alemania

estaban esparcidas por ciudades históricas como Bonn, Friburgo, Gottinga, Halle, Heidelberg, Munich y Leipzig, y hasta más tarde no llegaron a grandes centros culturales, como Berlín y Düsseldorf. Pero mientras que los estudiantes de secundaria asistían a los *Gymnasien* de sus propias ciudades, después del *Abitur*, o examen final, se iban de sus casas para asistir a universidades que, sin embargo, no les daban alojamiento. Debido en parte a que los *Gymnasien* eran menos exclusivos que los grandes *lycées* y las *public schools*, la socialización ascendente se retrasaba hasta los años universitarios.

Era en la universidad donde los hijos de la nobleza terrateniente, militar y de toga manifestaban su primacía social. Naturalmente, muchos estudiantes iniciaban su socialización ascendente entre el *Abitur* y el primer año de estudios universitarios, al hacer el servicio militar como oficiales en unidades militares selectas, preferiblemente regimientos de caballería, experiencia militar que realzaba la conciencia nacional, por no decir nacionalista, de las élites provinciales. Cuando los estudiantes llegaban a la universidad ingresaban en *Landmannschaften* o cofradías, que sostenían la ética cuasifeudal. Evidentemente, los aristócratas tendían a juntarse en los «Borussen» de Bonn, los «Westphalen» de Heidelberg y los «Canitzer» de Leipzig. Pero tras los ritos iniciáticos oportunos, se admitía a estas corporaciones y otras igual de exclusivas a estudiantes de orígenes menos elevados. El duelo entre estudiantes, esa «reliquia extraña de la caballería belicosa», era la más notoria de las ordalías que se utilizaban para determinar si los aspirantes a ingresar en las cofradías eran dignos de ello. Es de suponer que el duelo se realizaba como prueba de valor y de honorabilidad, en la cual cada combatiente adquiría una peligrosa herida en la cara que dejaba una *tonsur* permanente y conspicua. De hecho, los ojos, la garganta, el brazo derecho y el torso estaban tan perfectamente protegidos que lo que parecía un combate peligroso era en realidad una operación facial benigna y ritualizada. Para principios de siglo, incluso las cofradías estudiantiles que habían sido liberales hasta entonces asumieron la arrogancia de las *Landsmannschaften* más tradicionalistas como parte del resurgir conservador. Por ende, el ingreso en cualquier cofradía equivalía a asumir las pretensiones aristocráticas del Antiguo Régimen.

Huelga decir que las instituciones de enseñanza superior se encargaban de que el mortero intelectual y moral de esa amalgama elitista fuera premoderno. Mientras que el estudio del griego predominó entre 1789 y mediados del siglo XIX, a partir del decenio de 1860 el latín se convirtió en el fulcro de un programa de *Gymnasium* centrado ya en el enfoque filológico del estudio, tanto de las lenguas clásicas como de las modernas, contrapartida alemana del análisis de

textos en el *lycée* francés. En general, y hasta bien entrado el siglo XX, los clásicos ocupaban el 40 por 100 del programa de estudios, frente a un 20 por 100 correspondiente a las lenguas modernas y la literatura, un 10 por 100 a la historia, un 8 por 100 a la religión y la filosofía, un 14 por 100 a las matemáticas y un 7 por 100 a les ciencias naturales.

Al igual que en otros países europeos era la familia a la que se pertenecía, y no las calificaciones obtenidas en la escuela primaria, lo que decidía si un niño se preparaba para la enseñanza superior y accedía a ella. Desde luego, los hijos —varones— de los campesinos, los obreros y la *pétite bourgeoisie* no se hallaban en condiciones de competir para lograr el ingreso en el *Gymnasium,* que seguía siendo un bastión de las clases contra las masas. Impregnadas de tradición e impartidoras de *Bildung,* aquellas escuelas secundarias clásicas y selectivas ayudaban a mantener la posición privilegiada de las viejas clases dirigentes y gobernantes, así como a certificar y promover la condición de las familias que habían mejorado de posición. El *Gymnasium* era la única vía de acceso a la universidad, que a su vez controlaba el acceso a las carreras ennoblecedoras de la administración pública, la Iglesia, las profesiones liberales y la enseñanza superior.

Entre 1870 y 1914, ni en Alemania ni en el resto de Europa se advirtió ningún aumento de las relaciones de matrículas ni de graduados de las escuelas secundarias clásicas. En los *Gymnasien,* los hijos de la nobleza terrateniente y de toga, del clero y de los miembros de las profesiones liberales siguieron siendo más numerosos que los hijos de hombres de negocios prósperos. Como cabía predecir, las escuelas clásicas reproducían, o en el mejor de los casos alteraban levemente, la estructura profesional y social de Alemania. A principios de siglo, casi el 75 por 100 de los *Abituranten* esperaba hacer carrera en la alta administración y en las profesiones liberales, sobre todo la abogacía, el clero y el profesorado de la enseñanza superior clásica. Aparentemente, menos del 12 por 100 se encaminaba hacia la ingeniería, el comercio y la industria, ocupaciones que se seguían desdeñando.

Naturalmente, la enseñanza secundaria también tenía una sección moderna. De hecho, entre 1870 y 1914, el aumento del 50 por 100 en la proporción entre estudiantes y graduados en la educación secundaria se limitó totalmente a este sector en rápido crecimiento. Hacia 1910 las escuelas secundarias no clásicas tenían casi tantos estudiantes como los grandes *Gymnasien,* y expedían el 35 por 100 del total de los diplomas de enseñanza secundaria. Esa rama menos prestigiosa tenía tres grandes divisiones: las escuelas medias que impartían instrucción postprimaria; las *Realschulen* de seis años, escuelas secundarias no

clásicas que expedían un diploma de fin de estudios, y los *Realgymnasien* de nueve años, que reducían los estudios clásicos, en especial el griego, para destacar las lenguas modernas y, en menor medida, las ciencias naturales. Pero incluso este *Realgymnasium* semiclásico y semimoderno acogía a estudiantes de familias modestas, sobre todo de la *Mittelstand*. Además, los canalizaba, en el mejor de los casos, hacia ocupaciones industriales, comerciales, técnicas y de la administración de rango intermedio. Sólo el 8 por 100, aproximadamente, de ellos llegaba a las profesiones liberales y a la alta burocracia, para lo cual hacía falta un título universitario. Aunque a partir de principios de siglo los diplomados de las escuelas secundarias no clásicas podían ingresar en todas las unidades y las instituciones de nivel universitario, siguieron estando excluidos de la facultad de teología y de los puestos de la administración y las profesiones liberales, para los cuales se necesitaba el latín e incluso el griego.

En resumen, en Alemania, al igual que en Inglaterra y en Francia, la vía clásica y la moderna estaban muy separadas. Además, el cuerpo estudiantil del *Gymnasium* siguió siendo tan reducido e inmutable como el de la *public school* y el *lycée,* pues en las tres instituciones el número de graduados siguió oscilando entre el 1 y el 2 por 100. Además, las tres tenían un cuerpo estudiantil muy selecto, impartían la enseñanza tradicional y muchos de los graduados pasaban a la universidad. Tanto en Alemania como en Inglaterra, el clero protestante siguió siendo muy importante en la alta sociedad y en la enseñanza, y se mantuvo como profesión honorable.

En general, las 22 universidades de Alemania eran la continuación de las escuelas secundarias clásicas, tanto más cuanto que era tan grande la proporción de los graduados del *Gymnasium* que iban a la universidad. En gran medida, las matrículas de las universidades alemanas, sobre todo en las facultades de derecho y filosofía, eran tan altas porque para toda una gama de puestos burocráticos y para el ingreso en las profesiones liberales clave se precisaban tanto el *Abitur* como un título universitario. Entre 1890 y 1914, las matrículas en las facultades de filosofía aumentaron en casi un 50 por 100, aunque la matrícula en las facultades protestantes de teología bajó del 16 al 5 por 100. Debe señalarse, de paso, que si bien el profesorado alemán actuaba como «guardia de corps intelectual de los Hohenzollern», su conservadurismo social y político no era sino marginalmente más extremo que el de los otros profesorados europeos.

El hecho de que la universidad alemana desdeñara las exigencias modernas de forma tan decisiva como el *Gymnasium* alemán, demostraba y reforzaba la unicidad esencial de la enseñanza superior clásica. Aunque los problemas de la industrialización rápida no lograron

atenuar el antimodernismo de las universidades, sí aceleraron el desarrollo del complicado sistema de instituciones postsecundarias de formación técnica y profesional, algunas de ellas muy especializadas. Las *technische Hochschulen* eran las más polifacéticas y destacadas de esas instituciones, pues fueron las primeras en impartir instrucción profesional en ciencias aplicadas e ingeniería. En 1914, el 20 por 100 del total de estudiantes de nivel universitario estaban matriculados en las 11 *technische Hochschulen* de Alemania. Huelga decir que, pese a su importancia funcional y numérica, aquellos institutos especializados iban por detrás de las universidades en consideración académica y social, debido en gran parte a que tanto sus profesores como sus estudiantes, así como los objetivos profesionales de estos últimos, carecían de la levadura clásica.

En Austria-Hungría el panorama de la enseñanza era muy parecido, salvo que la enseñanza técnica superior no estaba tan avanzada como en Alemania. La enseñanza superior se limitaba a los hijos varones de las pequeñas élites, y los clásicos dominaban el programa de estudios, que los preparaba más bien para el mundo de ayer que para el de mañana. Además de facilitar la reproducción de las viejas clases nobles y de sus valores culturales, los *Gymnasien* y las universidades no sólo asimilaban a la burguesía y a las clases medias en constante ascensión de las naciones dominantes austrogermana y magyar, sino también a las élites de las nacionalidades sometidas. Además, los profesores de universidad eran funcionarios del Estado. No bastaba con que los candidatos a *Ordinarius* los seleccionara un consejo académico; la elección tenía que quedar confirmada por el ministro de Educación. Antes de ocupar su puesto en Praga, Albert Einstein tuvo que manifestar que creía en Dios y ataviarse con un uniforme de tipo militar, hasta con espada, a fin de hacer el juramento obligatorio de lealtad a los Habsburgo. Aunque a Sigmund Freud quizá le hubieran gustado esos rigores oficiosos, no le fueron necesarios en Viena, pero únicamente porque aspiraba a un mero *Extraordinarius,* que no comportaba en absoluto las ventajas y los privilegios de la cátedra de número. Los catedráticos más destacados podían aspirar a que se los designara para la Herrenhaus, e incluso al ennoblecimiento. Entretanto, los estudiantes que aspiraban a entrar en la administración era probable que ingresaran en las *Burschenschaften,* que observaban los ritos duelísticos más que nunca.

Entre mediados del siglo XIX y 1914, la enseñanza superior de la Rusia zarista se fue calcando cada vez más de la de Europa occidental, sobre todo de la Alemania prusiana. Dimitri Tolstoi, que fue el ministro de educación más influyente y ocupó ese puesto de 1866 a 1882, implantó firmemente el *Gymnasium* clásico de ocho años en las prin-

cipales ciudades de Rusia. El latín y el griego pasaron a dominar el programa de estudios de unas escuelas cuya principal función era preparar a los estudiantes para el ingreso en universidades que facilitaban el acceso a la nobleza de toga. Bajo la influencia de Konstantin Pobedonostsev, procurador fundamentalista del Santo Sínodo, Ivan Delianov, que sucedió a Tolstoi hasta 1898, introdujo los cupos para los judíos, con lo cual se acentuó el acceso privilegiado de los ortodoxos y los grandes rusos nobles tanto a los *gymnasia* como a las universidades. Pero salvo esos cambios antiliberales y una pequeña deflación de los clásicos a raíz del levantamiento de 1905, el *gymnasium* se mantuvo sin modificaciones hasta 1914, y eclipsó totalmente a la *Realschule* no clásica, que Tolstoi también había copiado del original alemán. Análogamente, las universidades mantuvieron el modelo alemán, pues estaban encargadas de facilitar la modernización económica, burocrática y militar con pleno respeto de la integridad y la disciplina del viejo orden. No cabe duda de que esa preocupación conservadora tan arraigada explicaba que el régimen zarista se desentendiera prácticamente del desarrollo de la enseñanza primaria para las clases bajas, mientras ampliaba la enseñanza secundaria y superior para las élites.

Al igual que en otros países de Europa, el cuerpo de catedráticos era muy reducido y estaba firmemente integrado en el orden establecido. Entre 1360 y 1914 se eligió en Rusia a 90 catedráticos. En 1914, estaban vacantes 145 cátedras sobre un total de 475, debido en parte a que el Gobierno quería frenar el crecimiento de las universidades, a las que consideraba como centros de fermento subversivo. Naturalmente, como altos funcionarios del Estado, los catedráticos tenían derecho a todos los privilegios burocráticos, comprendida la promoción en el escalafón. En consecuencia, mientras que a un rector se le atribuía el cuarto *chin*, que confería la nobleza hereditaria, un catedrático, e incluso un *Extraordinarius*, ocupaban los grados quinto y sexto, respectivamente. Además, una proporción bastante alta del profesorado era de origen noble. Aunque a partir de principios de siglo sólo el 18 por 100, aproximadamente, de los catedráticos procedía de familias terratenientes viejas y ricas, en total casi un 40 por 100 tenía sus orígenes en el estamento noble. De los 90 catedráticos de la Universidad de Moscú, 37 procedían de la nobleza, 12 de familias de altos mandos militares y 12 del clero. El perfil de las universidades de San Petersburgo y Kiev era fundamentalmente el mismo. El 40 por 100, aproximadamente, del cuerpo estudiantil también seguía siendo noble.

Esto no significa sugerir que las universidades fueran vanguardias fiables y evangelizadoras del *Ancien Régime*. En 1899-1902, y nueva-

mente en 1905-1906, grandes sectores del cuerpo estudiantil estuvieron en la vanguardia de la oposición liberal y obtuvieron el apoyo o la tolerancia de un número considerable de profesores. Pero ambas veces, y en especial a partir de 1905, los estudiantes y los profesores se negaron a colaborar con los obreros, los campesinos e incluso los políticos liberales, pues lo que más les interesaba era el combate por la autonomía universitaria. Muchos catedráticos se consideraban, de modo algo parecido a sus homólogos y modelos alemanes, como estudiosos apolíticos al servicio de una *Wissenschaft* objetiva y a fin de cuentas civilizadora.

En el calor de 1905, los profesores y los estudiantes obligaron al Ministerio de Educación a ampliar su autonomía en materia de programas de estudios, exámenes, ingresos y nombramientos. Pero a partir de 1907, y hasta 1914, el Gobierno impuso una contrarreforma en la enseñanza superior como parte del nuevo endurecimiento general del régimen zarista. Entre 1908 y 1913, dos ministros de Educación vetaron 58 nombramientos por votación de los consejos académicos, al mismo tiempo que atribuían a esos consejos la responsabilidad de mantener la tranquilidad en sus instituciones, si era necesario mediante la expulsión de los agitadores. En 1910-1911, los estudiantes disidentes utilizaron la muerte de León Tolstoi para protestar contra la pena capital y las condiciones en las cárceles, en lugar de contra las limitaciones de la libertad política y la autonomía universitaria. Aun así, el Gobierno reaccionó exageradamente. El ministro de Educación L. A. Kasso, ultraconservador, ordenó que se detuviera en breve a 5.000 estudiantes y que a otros 3.000 se los expulsara de los principales centros universitarios. Al mismo tiempo, presionó al profesorado para que expulsara a los agitadores o los trasladara a provincias. Especialmente en la Universidad de Moscú, bastantes profesores protestaron activamente contra aquella injerencia gubernamental en la autonomía universitaria. Pero en toda Rusia, y también en Moscú, los catedráticos se fueron haciendo cada vez más circunspectos, por no decir cautelosos. Temían que la continuación de la inquietud estudiantil exacerbara la furia conservadora y favoreciese las restricciones de la enseñanza superior clásica en pro de las *Realschulen* y los institutos especializados.

También en Italia la enseñanza superior estaba congelada en el molde clásico. Aunque el ministro de Educación, Conde Gabrio Casati, era considerablemente más liberal que el Conde Tolstoi de Rusia, dotó a Italia, entre 1859 y 1877, de un sistema de enseñanza superior igual de clásico, elitista e inmutable. Además, igual que en Rusia, la enseñanza primaria quedó olvidada y abandonada en gran parte a la Iglesia. Hacia 1910, aunque el 80 por 100, aproximadamente, de los

niños de seis a diez años estaban matriculados en escuelas primarias, menos del 10 por 100 de los adolescentes entre los diez y los catorce años seguían en la escuela. Análogamente, sólo el 1 por 100 de los muchachos de once a diecinueve años, unos 63.000, asistían a los *ginnasi-licei clásicos,* y tres cuartas partes de ellos asistían a escuelas estatales. Casi todos los graduados de esas escuelas de élite hacían los exámenes de ingreso en la universidad. Los dos tercios de aprobados se abalanzaban a las puertas de las universidades, porque el título universitario, y no sólo el del *gymnasium,* era el que facultaba para hacer unas carreras respetables, entre ellas la de la administración pública. El embudo que llevaba hacia la cima seguía siendo bastante estrecho, tanto más cuanto que la relativa falta de valor del diploma del *gymnasium* sin un título universitario impulsaba a las familias de ingresos medianos a enviar a sus hijos a las escuelas secundarias no clásicas basadas en el modelo alemán, en lugar de a los *ginnasi-licei* clásicos. En cuanto a los catedráticos de universidad, para nombrarlos hacía falta la aprobación gubernamental, tenían que prestar juramento tanto a la Corona como al Estado, y también ellos tomaban por modelo al *Ordinarius* alemán, ostensiblemente apolítico.

Capítulo 5

VISION DEL MUNDO: SOCIALDARWINISMO, NIETZSCHE, LA GUERRA

En 1914 Europa seguía estando demasiado inmersa en el viejo orden para que sus ideas y valores imperantes no fueran conservadores, antidemocráticos y jerárquicos. El capitalismo postmercantil y sus formaciones de clase eran demasiado débiles para que el progreso ilustrado, el liberalismo y la igualdad llegaran a ser hegemónicos. En la medida en que se abrían comino los axiomas de la ilustración decimonónica, se veían obligados a adaptarse a la visión del mundo preexistente del viejo régimen imperioso, que lograba magníficamente deformarlos y debilitarlos. Claro que a todo lo largo del siglo el Estado y la sociedad se habían ido preocupando cada vez más de la dignidad, la razón y el bienestar del hombre de la calle. Pero eso no significa que una nueva síntesis burguesa hubiera sustituido a las perspectivas y la arrogancia nobiliarias. De hecho, la sociedad europea seguía estando firmemente arraigada en las tradiciones y los valores de la época preindustrial. En lugar de actuar como parteras de la sociedad ilustrada y democrática del futuro, las clases dirigentes y gobernantes siguieron siendo portadoras y guardianas del orgulloso acervo clásico y humanista del pasado. Si tuvieron éxito en esa operación defensiva fue en parte porque los señuelos del nacionalismo, los peligros del socialismo y, en Europa central y oriental, los frenos del semiabsolutismo asfixiaban y desnaturalizaban constantemente el desafío liberal.

A partir de mediados del siglo se empezó a aplaudir cada vez más el progreso científico, tecnológico y material como clave de un avan-

ce cada vez mayor y más rápido hacia una vida abundante, racional y ética. Además, existía la suposición de que la ascensión inexorable e infinita del hombre iría de la mano con el aumento de la libertad política, la tolerancia religiosa y la paz mundial. Los creyentes en ese evangelio del progreso terrenal procedían sobre todo de la burguesía empresarial y profesional racionalista y de la clase media educada. Pero el antiguo orden seguía demasiado intacto para que el nuevo credo tentase a las élites dominantes terratenientes, de la administración pública y de la cultura, o para adquirir muchos conversos entre el campesinado, la *petite bourgeoisie* y las masas obreras.

Debido a su escasa raigambre social y política, las enseñanzas del progreso lineal eran vulnerables a los ataques. Se ha de reconocer que los primeros críticos no ponían en tela de juicio el progreso en sí. Pero sí señalaban que el progreso sería irregular y discontinuo. También advertían que unos avances científicos y tecnológicos muy rápidos causarían graves dislocaciones sociales y psicológicas. Para el *fin du siècle,* esas críticas limitadas cedieron el paso a una hostilidad total. Cada vez eran más los intelectuales y los artistas que rechazaban el positivismo de la teoría social, la racionalidad del hombre y la realidad del progreso.

El progreso y el liberalismo estaban firmemente unidos. Ambos dependían de élites capitalistas y urbanas en sociedades muy tradicionales. Además de ser intrínsecamente débiles, los vectores del liberalismo estaban divididos en su seno. Claro que la burguesía se mantuvo en expansión constante entre 1848 y 1914. Pero desperdició gran parte de su creciente fuerza en batallas internas entre, por una parte, los partidarios del librecambio, las libertades democráticas y el imperio no formal, y, por la otra, los de la protección económica, el antiliberalismo político y el imperialismo fuerte. La gran deflación de los precios de 1873 a 1896 acabó por decidir el conflicto en pro de la burguesía nacional-conservadora, al forzar el ritmo del proteccionismo, el imperialismo y el rearme.

Aunque entre 1848 y 1873 el liberalismo había pasado de la fase embrionaria, nunca había alcanzado la plena madurez. Claro que en ese cuarto de siglo el *laissez faire* y el librecambio eran soberanos en la economía política del capitalismo europeo y mundial. Pero aquella edad de oro de la competencia sin restricciones no fue más que un breve paréntesis en la realidad persistente de la reglamentación estatal de la vida económica. En la sociedad política, los logros del liberalismo fueron todavía más limitados y transitorios. Dicho en otros términos, el movimiento liberal, dada su limitada base económica, social y política, se habría quedado raquítico incluso sin la «gran depresión», que no hizo sino acelerar su desaparición.

El liberalismo no sólo era débil y estaba dividido internamente, sino que además se enfrentaba con una oposición extraordinariamente firme y activa. Las viejas clases dirigentes y gobernantes y sus principales instituciones culturales estaban siempre dispuestas a sofocarlo. Las clases terratenientes, en las cuales ocupaba un lugar tan destacado la nobleza, iniciaron en el decenio de 1870 el contraataque que siempre habían tenido en reserva, cuando la competencia internacional amenazó con socavar su condición social, política y cultural privilegiada, junto con su base material. Su exigencia de una protección arancelaria y de preferencias económicas en la agricultura causó la rearticulación de la sociedad antigua, que carecía de una «tradición de ideología de las libertades públicas y de gobierno parlamentario». En colaboración con las noblezas de toga, las clases terratenientes del Continente se lanzaron a asfixiar «la economía de mercado y su corolario, el gobierno constitucional». En una firme actitud en contra del movimiento liberal, produjeron las «contracorrientes de la política prusiana bajo Bismarck, alimentaron el revanchismo clerical y militarista en Francia, garantizaron la influencia cortesana a la aristocracia feudal del Imperio de los Habsburgo [y de los Romanov] y convirtieron a la Iglesia y el ejército en los protectores de unos tronos que se derrumbaban». Poco después, los grandes terratenientes también tomaron la iniciativa en la removilización de la sociedad antigua en Inglaterra. En toda Europa, los nobles, secundados por los eclesiásticos y los generales, aumentaron su prestigio al «convertirse en los defensores de las virtudes de la tierra y sus cultivadores» y al presentarse a sí mismos como «protectores del hábitat natural del hombre, el suelo». Con esa estratagema, las élites tradicionales consiguieron el respaldo de grandes sectores del campesinado, así como de otros grupos que se sentían amenazados por el rápido crecimiento industrial y urbano.

Las viejas élites se reafirmaron sin excesiva dificultad porque habían cedido relativamente poco terreno durante el apogeo del liberalismo. No sólo avanzaron en los tres imperios semiabsolutistas, sino también en Inglaterra, Francia e Italia, donde se había reducido drásticamente su dominio sobre la sociedad política. El liberalismo no pudo frustrar esa removilización de la vieja sociedad civil y política, debido, entre otras cosas, a que la inestable burguesía se dividió en dos, y sólo se resistieron sus elementos preindustriales más débiles.

El sector nacional de la burguesía, más fuerte, cada vez esperaba más del *Ancien Régime,* no sólo en forma de aranceles, contratos y cargos públicos (para sus hijos varones), sino también en forma de protección armada contra los trabajadores y las minorías nacionales intranquilos en el interior, y contra las potencias rivales y los pueblos

coloniales en el exterior. Los grandes intereses empresariales se pusieron en contacto con sus homólogos agrarios con miras a reactivar el Estado en beneficio de ambos sectores. Aunque ambas partes necesitaban ayuda estatal, los agrarios eran los únicos que disponían del poder político y la influencia mitológica con que obtenerla. A cambio de su ayuda en la adquisición de asistencia estatal, los líderes empresariales tiraron por la borda sus ideas liberales, hicieron suya la visión conservadora del mundo y apoyaron la política del antiberalismo. Esa nueva toma de posiciones redujo los conflictos entre las élites y los debates ideológicos en pro de un consenso muy escorado hacia el viejo orden moral, cultural y político.

Inglaterra fue excepcional en un aspecto. Como políticamente los intereses manufactureros, financieros y comerciales librecambistas eran muy superiores a los intereses agrarios, en Londres el impulso proteccionista fracasó. Pero aunque los reformadores de los aranceles ingleses no lograron alcanzar sus objetivos económicos, sí que lograron inducir una reacción social y política masiva en el seno del Partido Conservador, y lo hicieron con una ideología en la que ocupaban un lugar destacado los llamamientos al retorno a las tradiciones rurales.

En todo caso, por toda Europa el Prometeo desencadenado del progreso material ayudó a reparar y endurecer el antiguo orden, en lugar de liberalizarlo y debilitarlo. Esa, pues, fue la contradicción fatal que confundió y angustió a tantos hombres de ideas. Al renunciar a su fe en la Ciudad de Dios del siglo XIX se convirtieron en profetas airados de la decadencia violenta y la autodestrucción. A los intelectuales críticos les irritaba sobre todo que la burguesía ampliara de tan buena gana a la esfera ideológica y política su dependencia social y cultural. Aun así, se cuidaron de atacar a la burguesía directamente ni por su nombre. Los críticos preferían fustigar a unos filisteos no especificados, con lo cual esperaban evitar una ruptura con la burguesía en un momento en que ambos grupos estaban aterrados por la ascensión de las masas. Y no es que le tuvieran miedo al socialismo. Lo que la burguesía temía por encima de todo era la ampliación del derecho de voto y el gobierno plenamente democrático, y ese temor, cuya motivación era política, aceleró su capitulación ante la política de la élite. En cuanto a la *inteliguentsia,* le preocupaba mucho el futuro del alto pensamiento y la alta cultura en condiciones de poder popular.

Un número cada vez mayor de intelectuales preocupados atacaba a la ciudad como principal personificación del callejón sin salida maligno de la civilización europea. Consideraban que la modernización capitalista no sólo forzaba el crecimiento repentino de unos centros urbanos sin alma, sino también la descomposición de las grandes ciu-

dades históricas de Europa. Lo que más los atormentaba era que las ciudades antiguas se estaban convirtiendo en focos de nivelación social y cultural, en los cuales las minorías patricias con educación, razón y buen gusto estarían a merced de las multitudes espesas.

Pero, pese a su desesperación ante la ciudad, eran pocos los Casandras que propugnaban el retorno a la naturaleza y la tierra, ni siquiera en sus sueños arcádicos. Como metropolitanos innatos no se podían imaginar otra alternativa. Se sentían al mismo tiempo repelidos y fascinados por la neurastenia, la corrupción y el aburrimiento que socavaban a la ciudad como fuente de creatividad y de conocimiento.

La creciente decadencia de Europa representaba la caída de la ciudad clásica de la política, la sociedad y la cultura de élite, no de un estado de inocencia y pureza pastorales. Los denunciantes de la decadencia desdeñaban a la plebe grosera y siniestra por su intrusión ossada, por no decir que la temían. Al mismo tiempo, despreciaban a las clases altas aterradas por apropiarse la tradición humanista para defenderse. La *inteliguentsia* desencantada parecía pronunciar su rechazo de ambos bandos. De hecho, se puso del lado del orden establecido, que garantizaba la cultura de élite. Ese prejuicio conservador intrínseco se vio confirmado a partir de principios de siglo cuando muchos profetas de la decadencia, en lugar de escapar hacia el esteticismo y el dandysmo de buen tono, se agruparon en torno a las iglesias oficiales y a los nuevos cultos del superpatriotismo.

La idea de la decadencia era inseparable de la de *fin de siècle,* que infundía una sensación de malestar psíquico y de incertidumbre ideológica, una mezcla desigual de esperanza y temor. El año 1900 podría introducir la aurora radiante de una nueva sociedad o el crepúsculo ominoso del viejo orden. Con pocas excepciones, la *inteliguentsia* europea intranquila preveía que la intensificación de las contradicciones entre la cultura humanista y los derechos democráticos provocaría un estallido que llevaría a una nueva Edad Media.

Las *idées-forces* de decadencia y de *fin de siècle* quedaron absorbidas en las actitudes mentales y psicológicas de los miembros feudalizantes y aristocratizantes de las clases altas europeas. Iban filtrándose hasta convertirse en hipótesis y creencias que «se presuponían tácitamente, en lugar de expresarse formalmente o de propugnarse... que parecían tan naturales e inevitables que no se estudiaban con la visión de la conciencia lógica». Si aquellas ideas vagas gozaban de una aceptación tan generalizada era «porque uno de sus significados, o los pensamientos que sugerían se adaptaban» a las creencias de la época. La sensación general de desintegración y de acoso se convirtió en parte de la *Weltanschauung,* o visión del mundo, de la élite, en la cual las actitudes espirituales y las manifestaciones culturales «ateó-

ricas y alógicas, pero no irracionales», no eran menos importantes que las «tesis filosóficas sistemáticas... y las ideas teóricas». Los intelectuales y los políticos que hacían suyas las ideas de la decadencia y del *fin de siècle* no se consideraban degenerados. Tampoco se resignaban a sufrir lo que era a su juicio una enorme crisis de autoridad, de comunidad y de valores. Por el contrario, se proponían superar y gestionar esa crisis mediante la restauración y la transvaluación de la vieja sociedad jerárquica, no mediante su reforma y su democratización.

La sensación de crisis inminente estableció el marco abrumador, y no el telón de fondo distante, de la revuelta contra el cientificismo, el positivismo y el materialismo. Si el socialismo y el movimiento obrero se convirtieron en los principales blancos y víctimas de esa revuelta fue porque se habían convertido en los principales sustitutos y albaceas del liberalismo progresivo, que para fines del siglo XIX estaba prácticamente desvitalizado. Dicho en otros términos, al socialismo y el movimiento obrero se los atacaba menos por tratar militantemente de alcanzar su propio proyecto revolucionario o revisionista que por continuar y democratizar la segunda ilustración. A fin de redimir a esa ilustración, los «innovadores intelectuales del decenio de 1890» hubieran tenido que enfrentarse con el socialismo con un ánimo de crítica constructiva. Pero eso era pedirles demasiado, pues consideraban que el socialismo promovía la democracia de masas que amenazaba a su mundo de cultura y conocimientos clásicos. Al igual que las clases dirigentes y gobernantes, la *inteliguentsia* trataba de aislarse a fin de mantener sus valores críticos frente a la plebe urbana. El precoz socialdarwinista Ernest Renan osó decir en voz alta lo que tantos hombres de ideas no decían sino en su fuero interno: que sería preciso mantener a grandes sectores de la humanidad «en una función subordinada» para que prosperasen la alta cultura y la erudición. Renan exhortaba a que, en lugar de educar a las masas ignorantes, la sociedad se concentrase, por el contrario, en crear «genios y públicos [selectos] capaces de comprenderlos».

En todo caso, los innovadores intelectuales a partir de 1890 significaban poco en su propia época. Al igual que casi todos los artistas de vanguardia, escribían sobre todo los unos para los otros, y raras veces o ninguna llegaban a un público más numeroso en las sedes del poder o cerca de ellas. Las grandes figuras de la época no eran ellos, sino Darwin y Nietzsche. Aunque ambos murieron antes de que comenzara aquel cuarto de siglo crítico de 1890 a 1914, fueron quienes aportaron las ideas motrices que se volvieron en contra del progreso ilustrado. Ideas tan simplistas como la de la «supervivencia de los más aptos» y la «voluntad de poder» penetraron en el acervo de

las ideas y las actitudes antiprogresistas y antiliberales. Difundidas por el conducto de las revistas de opinión, los periódicos y los salones respetados, impregnaron los supuestos comunes de las clases dirigentes y gobernantes que buscaban puntales ideológicos para su contraataque contra el demos demoníaco.

Con la removilización del viejo orden, el socialdarwinismo se convirtió en la visión dominante del mundo de las clases dirigentes y gobernantes de Europa. Claro que el credo socialdarwinista variaba mucho según el momento y el lugar. Aun así, no se puede negar que fue evolucionando hasta transformarse en una *Weltanschauung* sinóptica cuyas «palabras y frases sagradas» gozaban de gran aceptación. Tanto los liberales en retirada como los socialistas en ascenso reconocían que los principios cardinales del socialdarwinismo eran congruentes con los fines y las concepciones jerárquicos y antidemocráticos de las clases políticas.

El socialdarwinismo debía gran parte de su enorme importancia a su condición sincrética: era al mismo tiempo una ciencia y una fe en una época cada vez más dividida entre las dos cosas. Los pensadores sociales antipositivistas y antirracionalistas de fines del siglo XIX jamás ponían en tela de juicio las ciencias naturales, que eran la esencia misma del progreso material y médico y del poderío militar. El socialdarwinismo realzaba su credibilidad porque parecía explicar las leyes del desarrollo social mediante la aplicación de los métodos racionales y empíricos que se utilizaban para estudiar la evolución natural. Aportaba una lectura al mismo tiempo ferozmente conservadora y moderadamente progresiva de la lucha por la existencia: por una parte, la guerra hobbesiana de todos contra todos; por la otra, la supervivencia de los más aptos como convalidación de la evolución constante. La ambigüedad del socialdarwinismo acerca del carácter de la lucha por la existencia y de los criterios de selección le aseguraban un público muy amplio. Mientras que los defensores del *laissez-faire* podían interpretar que los principios de la evolución y la selección justificaban una competencia sin límites, los proteccionistas agrarios e industriales podían interpretar que sancionaban el nuevo mercantilismo. Dicho en otros términos, aunque el socialdarwinismo nunca fijó normas específicas de acción y de objetivos, sí que estableció un plan general en el cual se podían insertar preferencias individuales y proyectos colectivos.

El origen de las especies por la selección natural, que inspiró y apuntaló la ideología socialdarwinista, se publicó en 1859. Marx y Engels elogiaron casi inmediatamente a Darwin por desalojar a la

religión, la metafísica y la ética de la esfera de las ciencias naturales. También lo aplaudieron por formular una teoría causal unificada que podía explicar el proceso automático, irreversible y estructurado de la evolución, con hincapié en el conflicto y en el cambio progresivo. En términos más generales, reconocieron que Darwin había establecido un terreno común para todo el conocimiento al demostrar que la naturaleza, que hasta entonces se creía inmutable y armoniosa, tenía una historicidad comparable a la de la sociedad humana. Ese salto adelante estimuló tanto a Marx que en la introducción al segundo volumen de *El capital* dijo que consideraba «la evolución de la formación económica de la sociedad como un proceso de historia natural». En 1883, en su discurso funerario ante la tumba de Marx, Engels mantuvo que «así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana».

Pero, simultáneamente, los marxistas empezaron a censurar a los epígonos de Darwin que proyectaban las hipótesis del gran naturalista en el reino de lo social. Sin negar el valor heurístico de comparar el desarrollo de la naturaleza con el humano, los críticos afirmaban que existían demasiadas diferencias intrínsecas entre la naturaleza y el hombre como para que la una sirviera de modelo del otro. Con Engels a la cabeza, los marxistas insistían en que el hombre era, por encima de todo, un ser social y pensante, y que en lugar de obedecer a las leyes ciegas de la naturaleza, hacía su propia historia conforme a los dictados del crecimiento económico y de la lucha de clases. Además, los marxistas postulaban que la historia avanzaba hacia una clase sin conflictos y liberada, si era necesario mediante saltos revolucionarios, mientras que los darwinistas suponían que la sociedad estaba condenada a un combate eterno.

Con el renacimiento del estatalismo, en el formulario sincrético de los socialdarwinistas se pasó de santificar la competencia desordenada de la economía y la política del *laissez-faire* a justificar los combates disciplinados del socialimperialismo, tanto en el interior de cada país como en el extranjero. Para fines del siglo XIX, la lucha organizada por la supervivencia entre las naciones eclipsaba a los conflictos desordenados en el seno de cada sociedad. Esta transposición de la lucha permanente de la esfera nacional a la internacional coincidió con un cambio copernicano en la visión del mundo de las clases dirigentes y gobernantes: del tradicionalismo confiado y flexible al conservadurismo pesimista y rígido, por no decir a la reacción.

Las viejas élites estaban dispuestas a utilizar la primacía resurgente de la política exterior e imperial para reforzar sus posiciones internas. Apuntaladas por la casta guerrera, podían incluso afirmar

que estaban especialmente capacitadas para dirigir la guerra de todos contra todos en la liza mundial, donde la victoria militar sería la prueba suprema de aptitud.

La segunda mitad del siglo XIX fue rica en lecciones para las pocas grandes potencias que estaban destinadas a competir por la supremacía y no por la mera supervivencia. La conquista de las Alemanias por Prusia, la ascensión del Piamonte en Italia y el triunfo del Norte en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos acababan de confirmar la ley del más fuerte. En cambio, la derrota de Francia en 1870, la derrota de España en 1898 y los problemas de Inglaterra en la Guerra de los bóers revelaban las consecuencias de la debilidad y la decadencia nacionales.

Los conflictos sociales, que antes se exaltaban como fuente e indicio de vigor, eran ahora objeto de lamentaciones por reducir la fuerza de la nación en el exterior. Pero los socialdarwinistas estaban divididos en cuanto a la mejor forma de domesticar esos enfrentamientos internos disfuncionales. Los que eran catonistas se oponían a las reformas internas por considerarlas desvitalizadoras y divisivas, y confiaban en que el desafío de la guerra endureciese a los individuos y forjase la solidaridad nacional. Los socialdarwinistas más modernos y seguros de sí mismos invertían esa receta. Exhortaban a los gobiernos a efectuar reformas sociales básicas a fin de lograr el apoyo popular, tan indispensable para la guerra en la era de los ejércitos masivos. Esos dos preceptos principales coexistían en el seno del socialdarwinismo, junto con unas admoniciones racistas que todavía tenían relativamente poca importancia.

El socialdarwinismo más bien justificó que provocó el cambio de perspectiva y de política de Europa. Aportaba un apoyo pseudocientífico a las viejas clases dirigentes y dominantes que se estaban reafirmando. El socialdarwinismo convenía a su mentalidad elitista, en la cual estaba profundamente arraigada la idea de la desigualdad. A su entender, los hombres eran por naturaleza desiguales, y lo mismo ocurría con la estructura de la sociedad, que estaba destinada a verse gobernada eternamente por una minoría de los más aptos para gobernar.

El socialdarwinismo y el elitismo procedían de un mismo y único subsuelo. Ambos desafiaban y criticaban a la ilustración del siglo XIX, y más especialmente a las presiones en pro de una democratización social y política. El término, cargado de acepciones de valor, de «élite» no se impuso hasta fines del siglo XIX, y donde más aceptación obtuvo fue en las sociedades que seguían estando dominadas por el elemento feudal. Pero en toda Europa, las teorías sobre las élites reflejaban y racionalizaban las prácticas vigentes de gobierno, además

de servir al mismo tiempo de arma en la batalla contra la nivelación política, social y cultural.

Nietzsche fue el principal rapsoda de esa batalla. Pese a las contradicciones y las elipsis deliberadas de sus obras, su pensamiento era coherente y persistentemente antiliberal, antidemocrático y antisocialista, y todo ello se fue intensificando con el paso del tiempo. Aunque llegó a desdeñar profundamente el progreso en el delirio trágico de sus últimos años, su actitud no era menos crítica en sus años de extraordinaria cordura. Nietzsche, desde luego, rechazaba a Darwin, en el sentido de que rechazaba los supuestos progresivos de la teoría evolucionista. Pero era un socialdarwinista confirmado, y de hecho lo era de una forma pesimista y brutal. Para él, el mundo era un combate permanente, y no sólo por la mera existencia o la supervivencia, sino por la dominación creadora, la explotación y el sometimiento. Claro que Nietzsche jamás supuso que la «voluntad de poder», clave de su pensamiento, fuera cuestión de mera fuerza bruta. De hecho, encomiaba las aspiraciones y los logros de los artistas y los filósofos como quintaesencia de ese impulso de fuerza. Pero Nietzsche estaba dispuesto a esclavizar al resto de la humanidad en aras de la alta cultura a la que asignaba la prioridad más absoluta.

Nietzsche despreciaba a su propia época por permitir a las masas que aherrojaran la voluntad de poder de los «especímenes superiores». A su juicio, la Grecia clásica y el Renacimiento eran ejemplos deslumbrantes de sociedades de élite en las que pequeñas noblezas de moral y gusto aristocráticos habían promovido la alta cultura con un desprecio señorial de la plebe, cuya humanidad prácticamente negaba Nietzsche.

El mismo Nietzsche no estaba por encima de las pretensiones aristocráticas, como lo demuestra su dudosa reivindicación de antepasados polacos nobles. Admiraba a su padre por haber sido profesor de las cuatro princesas de la Casa de Sachsen-Altenburg y por haber recibido su título de pastor protestante del Rey Federico Guillermo IV, el día de cuyo cumpleaños nació Nietzsche, que llevaba su «nombre de Hohenzollern» con orgullo.

Su ensalzamiento de la voluntad de poder, la alta cultura y la aristocracia era parte integrante de su «crítica de la modernidad». Ese menosprecio era expansivamente político, aunque no partidista. Nietzsche consideraba que toda Europa, excepto Rusia, estaba degenerando en cuanto a voluntad y autoridad bajo la influencia corrosiva de la burguesía, a la que despreciaba de forma obsesiva. En especial, le horrorizaba que la Alemania imperial se convirtiera en mitad *gentilhomme* y mitad *bourgeois*, y que pasara por un empobrecimiento general de la alta cultura. Debe reconocerse que Nietzsche criticaba

a las viejas élites, y sobre todo a Bismarck, por sus consignas demagógicas, su frenesí nacionalista y su monarquismo y religiosidad falsos. Pero, en general, estimaba al Canciller de Hierro por sus orígenes rurales y nobles, e incluso lo respetaba por haber manipulado diestramente al Reichstag, con lo cual había librado a Alemania del «absurdo de los números» y de «la superstición de las mayorías». Al mismo tiempo, Nietzsche exhortaba a que se expulsara de Alemania a la *Kleingesterei,* o mezquindad inglesa, y a los principios parlamentarios, cosa que se lograría en colaboración con Rusia, a la que admiraba por mantener intacto su antiguo orden. Como mínimo, esperaba que el imperio zarista, que estaba listo para dominar tanto Asia como Europa, incitara a Europa occidental a abandonar sus *Kleinstaaterei,* o particularismos, y a agruparse para convertirse en un «centro cultural comparable a Grecia bajo la dominación romana». Una Europa unida tendría que producir un estadista verdaderamente grande y una casta dirigente transnacional para obtener ese objetivo. Porque si Europa caía en manos de las masas y de los parlamentos, su centro cultural quedaría triturado en «el combate entre los pobres y los ricos».

Pero como una Europa unida no era previsible en el futuro inmediato, Nietzsche trató de reconciliarse con el mundo contemporáneo. Estaba lleno de admiración por la vitalidad cultural de París. «Las cuestiones del pesimismo y... Wagner, así como casi todos los asuntos psicológicos y artísticos se debatían de forma mucho más compleja y completa» en la Francia derrotada que en Alemania, donde la *hubris* del éxito militar y la condición de gran potencia embotaban a las artes. Aun así, a fin de evitar la decadencia depravada de la Tercera República, Nietzsche quería que Berlín se hiciera más poderosa e inflexible y se acercara más a San Petersburgo.

Aunque Nietzsche se reconcilió con los costos culturales de la ascensión de Alemania a la condición de gran potencia mundial, jamás aceptó los costos que representaba la ascensión de la burguesía. Esta constituía el grupo de los «filisteos», de quienes se burlaba implacablemente por no llegar a dar el impulso dionisíaco ni la tensión dialéctica indispensable para una auténtica creatividad. También tronaba contra ellos por desvitalizar a Alemania con su imitación afectada de la cultura tradicional y su idolatría del nuevo Estado. Con el tiempo, Nietzsche llegó incluso a acusar a Wagner, su mayor ídolo, de adular a aquellos filisteos con su *Parsifal* narcótico de Bayreuth, lugar que él consideraba como un santuario obsceno del falso *Kultur-Staat* de Alemania. Dondequiera que los filisteos advenedizos se entremezclaban con los verdaderos aristócratas, como ocurría en Bayreuth, contaminaban el ambiente con su comportamiento espúreo.

Los filisteos, comprendidos los judíos, formaban el núcleo de una nueva élite que intentaba desesperadamente encubrir la vulgaridad de sus orígenes y su aspecto. Al no poder hallar un disfraz adecuado en el rico guardarropa histórico de Europa, aquellos advenedizos iniciaban una perpetua «mascarada de estilos», en la cual no hacían sino «probarse, cambiarse, quitarse, embalar y sobre todo estudiar» los principales modelos históricos. Ninguna otra época se había aprendido igual de bien «la moral, las ideas, la estética y las religiones» del pasado para utilizarlos en lo que se había transformado en «un carnaval permanente». Nietzsche insistía en que si la «mezcla democrática de clases y razas» no hubiera hecho caer a Europa en «una semibarbarie loca y embrujada», el antiguo orden no habría tenido que desarrollar ese sentido histórico o «sexto» característico del siglo XIX.

De hecho, las aspiraciones a la democracia eran la principal maldición de los tiempos modernos. La democracia, recelosa de «los grandes seres humanos y de la sociedad de élite», se proponía entronizar a las mayorías populares y los parlamentos, por conducto de los cuales los animales del rebaño se convertían en amos». Nietzsche denunciaba a Rousseau por ser el «idealista y *canaille*» que había infundido a la revolución una «moral y una doctrina de igualdad» que era «el más tóxico de los venenos». Los únicos que podían aportar el antídoto necesario mediante la formulación de contraideales y «la transvaluación, así como la inversión de los valores eternos», eran los «nuevos filósofos» osados, como el propio Nietzsche. Esos *nouveaux philosophes,* al igual que los «inmoralistas» y los «idealistas pesimistas y rabiosos en su época», también prestarían apoyo a las batallas contra el socialismo. En comparación con la democracia, este último flagelo no tenía más virtud que la de acuciar a los europeos a mantenerse serenos, astutos, viriles y belicosos.

Pero, a fin de cuentas, Nietzsche esperaba que llegase una casta de señores superiores que frenase e invirtiese el alud de los filisteos y los esclavos al expresar y llevar a la práctica las visiones y los valores transfigurados de un pasado aristocrático imaginado. Nietzsche reconocía orgulloso que su proclamación de la crisis de la modernidad y su llamamiento a una limpieza moral estaban arraigados en un «radicalismo aristocrático». Después de todo, lo que más le preocupaba era la excelencia y el refinamiento estético de las minorías aristocráticas a expensas de la vil mayoría. Pero no le interesaban exclusivamente las aristocracias espirituales como procreadoras y conocedoras de la filosofía, la literatura y las artes, especialmente la música. Entre las paradojas importantes de Nietzsche estaba la de que, en busca de la decadencia positiva, ensalzaba al mismo tiempo la estética de

la alta cultura aristocrática y la brutalidad de la política aristocrática de fuerza.

Fuese por su nacimiento o por su formación, los auténticos aristócratas estaban siempre dispuestos a ser crueles y «a sacrificar, con la conciencia tranquila, a grandes números de seres humanos que, en beneficio de los nobles, tenían que quedar sometidos y reducidos a ser humanos inferiores, a esclavos o a meros instrumentos». Ese atributo de implacabilidad de la élite era la fuerza motriz de la «vida en sí», cuya esencia eran la violencia, la opresión y la explotación. En resumen, «la vida no era más que la voluntad del poder» no mitigada por la solidaridad, la compasión ni la benevolencia para con los inferiores.

El noble que aspiraba tanto a la autoperfección espiritual como al poder brutal era además un perfecto guerrero. Según Nietzsche, la crisis de la modernidad tenía dos caras: por un lado, la irrupción furiosa del hombre del rebaño y la decadencia negativa en el interior del Estado, y, por el otro, las «guerras, levantamientos y explosiones tremendas» en el exterior. La guerra era tan indispensable para el Estado nacional como lo era la esclavitud para la sociedad. Sobre todo, las batallas exteriores se podían utilizar para espolear la voluntad de poder. Como «el paraíso se hallaba en la sombra de las espadas», la era futura de guerras sin precedentes permitiría a la aristocracia dar muestras de su virilidad y exponer y reforzar su honor y su capacidad heroica de mando. En resumen, en su visión apocalíptica Nietzsche celebraba los fuegos de la guerra porque alimentaban la transmutación de la crisis de Europa desde una decadencia negativa y putrefacta a otra decadencia que sería positiva y creativa.

Las ideas de Nietzsche fueron una primera expresión y un estímulo oportuno de la duda en sí mismas, el pesimismo y la desgana que estaban royendo a las clases dirigentes y gobernantes de Europa en el *fin du siècle*. Coincidían con la ardiente melancolía y los temores de unas élites altivas y avergonzadas que se aprestaban a combatir por un futuro en el que las fuerzas vitales dionisíacas quedarían liberadas para mantener y ampliar la vida de la alta cultura. Al igual que Nietzsche, que acabó por repudiar el «pesimismo paralizante y debilitante» de Schopenhauer y por patrocinar una «decadencia dinámica fuerte», esas élites suponían que su búsqueda esencialmente irracional del eterno retorno se ajustaría al orden establecido, en lugar de reventarlo. El propio Nietzsche había profetizado: «Si los hombres leen mis obras, un cierto porcentaje de ellos llegará a compartir mis deseos por lo que respecta a la *organización de la sociedad;* esos hombres, inspirados por la energía y la determinación que les dará mi filosofía, *pueden mantener y restaurar la aristocracia, y ellos mismos*

serán los aristócratas o (igual que yo) los corifeos de la aristocracia», con lo cual «lograrán una vida más plena de la que hubieran tenido como servidores del pueblo».

Entre 1890 y 1914, las fórmulas socialdarwinistas y nietzscheanas fueron calando en los sectores superiores de la comunidad política y la sociedad. Dado su tono antidemocrático, elitista y combativo, estaban idealmente adaptadas para ayudar a los elementos refractarios de las clases dirigentes y gobernantes a realzar e intelectualizar su profundo antiliberalismo, siempre alerta. Aportaban los ingredientes ideales para la transformación de un tradicionalismo irreflexivo en una reacción aristocrática consciente y deliberada. Evidentemente, las ideas socialdarwinistas y nietzscheanas no expresaron ni generaron una revuelta contra el Estado liberal y la sociedad burguesa. Por el contrario, personificaban la recomposición de las fuerzas conservadoras del *Ancien Régime* que estaban decididas a bloquear todo nuevo avance liberal y democrático o a desmantelar los que ya se habían logrado en el pasado reciente.

Los preceptos darwinistas y nietzscheanos eran una fuente importante de ideas y un afluente del río cada vez más caudaloso de irracionalismo pesimista que amenazaba con barrer las frágiles conquistas de la ilustración decimonónica. Esos preceptos socavaban la tolerancia de los estratos superiores respecto de la autoextensión de la razón, el progreso y la democracia. Además, convocaban a las élites voluntariosas a utilizar la fuerza y el mito para controlar el temperamento instintivo de las masas con fines conservadores. Los credos socialdarwinistas y nietzscheano subrayaban la división permanente de la sociedad entre las minorías dirigentes y gobernantes, con sus cualidades superiores, y las multitudes con sus pasiones envilecedoras. Aunque nunca se definían exactamente los atributos de las minorías dominantes, se suponía que disponían de la capacidad para adoptar decisiones deliberadas, racionales y morales que estarían eternamente fuera del alcance de las masas. Además, las élites se recomendaban por sí solas por su honor, su valor y su honradez. El burgués no estaba en condiciones de ingresar en la clase política porque no sólo carecía de esas cualidades consagradas por el tiempo, sino que era sospechoso de dar ayuda y complicidad a la disolución y descomposición del antiguo orden. Pero, en lugar de atacar al burgués directamente, los darwinistas y los nietzscheanos tronaban contra el filisteo y el judío. En la nueva demonología, el judío en especial se convirtió en un suplente cómodo del burgués. Al revés que el noble, que tenía todas las virtudes antiguas, entre ellas la de la pureza racial, el judío personificaba todo lo que era democrático, liberal, anticlerical, cosmopolita y pacifista. Además, como los judíos eran comerciantes y traficantes, se los conside-

raba mentirosos y avariciosos. En general, los judíos eran la antítesis de los agrarios, los monjes y los soldados que eran los puntales comprobados de las tradiciones y los valores feudal-aristocráticos de Europa. *A fortiori,* el burgués, fuera filisteo o judío, no estaba calificado para el mando político y militar en una época de intensificación de los conflictos internacionales e imperiales.

Como ya se ha señalado, no era necesaria una lectura minuciosa de los textos darwinianos y nietzscheanos para extraer argumentos en apoyo de la creciente reacción aristocrática. Claro que sus enseñanzas eran extraordinariamente complejas, y no carecían de pasajes progresivos y humanitarios. Pero en su momento se utilizaron de forma temeraria y selectiva, sin prestar atención más que a sus declamaciones elitistas, vitalistas y crueles. Precisamente porque el discurso darwiniano y nietzscheano era antisistemático y contradictorio, además de estar plagado de aforismos plausibles, invitaba a su uso indebido por unos guerreros ideológicos y políticos astutos. En ese sentido, la nueva *Weltanschauung* no tenía nada de inocente. Las máximas nihilistas de Nietzsche, que él mismo pretendía trascender y transvaluar, se citaban fuera de contexto, técnica que se hizo característica de los *terribles simplificateurs* de la era postprogresiva. A los estetas bien intencionados les resultaba muy fácil hacer suyos los ataques iconoclastas de Nietzsche contra la hipocresía y la decadencia de la vida contemporánea y sus clarinazos a la regeneración de la alta cultura en el sentido patricio sin tener en cuenta su fervor por el despotismo político. Análogamente, los literatos y los politicastros de la reacción aristocrática pasaban por alto los insultos irónicos de Nietzsche a los poderes establecidos y se apropiaban de su desprecio implacable por la igualdad humana y la solidaridad para reforzar sus argumentos darwinistas. Los profetas de la decadencia hicieron caso omiso de lo que había de optimismo y de humanidad en el pensamiento darwiniano y nietzscheano, y lo hicieron con total impunidad. Aunque muchos de ellos querían que los ejércitos se modernizaran para las grandes guerras del mañana, desoían todo llamamiento a un progreso y una reforma auténticos.

Tanto los escribas como los celotes de la nueva *Weltanschauung* estaban consumidos por enormes ansiedades y temores. Las declaraciones paradójicas de Nietzsche atraían a los literatos, que se hallaban perplejos ante las incertidumbres informes de su época, que inflaban en su imaginación febril. Los darwinistas, por su parte, se sentían amenazados por unos peligros políticos, económicos y sociales concretos y definidos, tanto en su país como en el extranjero. Desde luego, en muchas cosas coincidían: muchos neurasténicos también percibían peligros que eran verdaderos, mientras que muchos de los obsesiona-

dos con peligros racionales estaban hipocondríacos. En todo caso, cuando las élites gobernantes se convirtieron al socialdarwinismo, se dispusieron a canalizar los temores que ellas mismas habían suscitado para transformarlos en agresiones y guerras externas. Así fue como se convirtieron en la *classe dangereuse* más formidable de Europa. Su belicosidad se veía condicionada y sustentada por una *Lebensphilosophie* de la voluntad, el poder y el mito, al servicio de cuyas *idées-forces* dinámicas pretendían estar.

Aunque es difícil medir la difusión de las ideas darwinianas y nietzscheanas, debe haber sido considerable. Las intenciones que había detrás de esas ideas tenían menos importancia que las necesidades de quienes las aceptaban y las utilizaban para expresar sus sentimientos y justificar sus actos. En consecuencia, la difusión del pensamiento darwiniano y nietzscheano fue más bien un efecto que una causa del cambio histórico. Aunque para la mayoría de la población siguieron siendo algo remoto, se convirtieron en algo inmensamente significativo y útil para las élites ocupadas en reafirmar su dominación. Además, dada la relativa pequeñez y concentración de esas élites en las grandes ciudades, a las ideologías socialdarwinista y nietzscheana les resultaba fácil alcanzar a muchos de sus miembros, si no a todos. De hecho, no sólo se convirtieron en un elemento central de la *Weltanschauung*, sino también en un sistema persuasivo de creencias de las clases dirigentes y gobernantes.

Darwin y Nietzsche eran la fuente común espiritual e intelectual del ataque ideológico mezquino y belicoso contra el progreso, el liberalismo y la democracia que alimentó la campaña de fines del siglo XIX por conservar o rejuvenecer el orden tradicional. Presensibilizados para esa retirada de la modernidad, hubo en el *fin-de-siècle* destacados estetas, literatos *engagés*, publicistas polémicos, sociólogos académicos y por último, aunque no en orden de importancia, políticos conservadores y reaccionarios que se convirtieron tanto en consumidores como en propagadores de esas ideas de acción sin demostrar.

Es posible que Oscar Wilde y Stefan George fueran los más representativos de los estetas aristocratizantes cuya carrera hacia el dandysmo o cuya retirada al monasticismo cultural fue parte del estallido en contra del filisteísmo burgués y de la nivelación social. Su ansia de un retorno a un pasado aristocrático y su aversión por la democracia invasora de su época era algo que compartían Thomas Mann y Hugo von Hofmannsthal, cuya nostalgia por las sensibilidades, supuestamente superiores, de una sociedad cultivada del pasado formaba parte de su reivindicación de un espacio social y una posición privilegiados en el presente. Aunque todos ellos eran de origen burgués o plebeyo, ensalzaban los valores y las poses ultrapatricios, en cuanto reflejaban

y avanzaban el redescubrimiento y la reafirmación de los méritos y las necesidades del elitismo. Su postura no era simplemente estética y apolítica, precisamente porque contribuían a sabiendas a la exaltación de la jerarquía social en una época en que esa exaltación se utilizaba para combatir tanto la libertad como la igualdad. En todo caso, cabe decir de ellos que condonaron ese ataque partidista al no distanciarse explícitamente de él.

Maurice Barrès, Paul Bourget y Gabriele D'Annunzio no eran tan modestos, ni mucho menos. No sólo eran militantes conspicuos y activos del elitismo antidemocrático, sino que pretendían que sus obras literarias convirtieran al lector a sus esttidentes ideas. Sus declaraciones polémicas y sus novelas promovían el culto del yo y de la nación superiores, en el cual la Iglesia dispensaba los santos sacramentos. Barrès, Bourget y D'Annunzio practicaban adrede la política de irrupción de la nostalgia que exhortaba a la restauración del despotismo ilustrado. la sociedad civil jerárquica y la cultura elitista en los fuegos dinamizantes de la guerra.

Pero los darwinistas y nietzscheanos más brutales y temerarios eran los autores de menor categoría, como Gustave le Bon en Francia y Julius Langbehn en Alemania. A juzgar por las tiradas de sus principales obras, Le Bon y Langbehn eran los propagandistas más leídos, y quizá los más famosos, de ese credo sobrio y feroz. Ambos estaban impulsados por un desprecio de la democracia y de las masas, por la reverencia por la tierra y los antepasados y por la fe en la lucha constante. Le Bon, que había sido socialista, se sentía más amenazado por las consecuencias populistas y democráticas del marxismo que por su desafío socioeconómico. Dado su convencimiento de que las masas tenían una irracionalidad instintiva fija, su *Psicología de las masas* (1895) y sus escritos posteriores se convirtieron en exhortaciones o apologías del gobierno elitista y autoritario.

Las especulaciones de Langbehn iban en esa misma dirección. Aunque carecían de los tonos bonapartistas de Le Bon, sí tenían un sentido clara, aunque no básicamente, antisemita. A fines de 1889 Langbehn persuadió a la madre de Nietzsche para que le permitiera cuidar de su hijo, que estaba pasando por una auténtica agonía en una clínica psiquiátrica de Jena. Lo que pretendía era poner a Nietzsche al frente de una compañía de nobles espirituales para encabezar el combate contra la democratización y la nivelación de la sociedad alemana. Aunque al cabo de un mes abandonó el proyecto y los esfuerzos por salvar a Nietzsche de la autodestrucción, sí que escribió un libro de crítica social y cultural que reflejaba el temperamento nietzscheano. La obra de Langbehn, *Rembrandt als Erzieher* (1890), vaga e incongruente, fue, sin embargo, una expresión auténtica de esteticismo y

fuerza elitistas. Al igual que Nietzsche, aprobaba el Segundo Imperio dirigido por los junkers, salvo en lo que se refería al derecho universal y gratuito de voto. Langbehn era un alemán que tenía de todo menos de apolítico. Consideraba que la política era la «palanca» indispensable para la resurrección de unas artes moribundas que él —al contrario que Nietzsche— deseaba que fueran nacional y no individualmente ennoblecedoras. Exhortaba a la aristocracia hereditaria a que reivindicase el pleno control político y forjase al «cuarto estado» borreguil en un *volk* obediente al que reclutar contra los filisteos. Como estos últimos eran «enemigos tanto del guerrero como del artista», había que «aplastarlos» entre la rueda alta de la «minoría noble» y la rueda baja de la gente del común.

Claro que Langbehn vilipendiaba a los judíos, al insistir en que «tan fácil era que un judío se hiciera alemán como que una ciruela se hiciera manzana». Pero no atacaba sino a los judíos que se asimilaban, no a los «judíos auténticos que conservaban su antigua fe, que tenían algo de noble, en el sentido de pertenecer a esa aristocracia moral y espiritual de la antigüedad a la que han renunciado los judíos modernos». Como ocurría muy a menudo en aquella época, Langbehn denunciaba a los judíos y los filisteos como forma indirecta de atacar a los liberales, los demócratas y los revolucionarios. Tras su traición inicial de 1848, los judíos habían montado la oposición liberal-progresista a Bismarck y organizado la socialdemocracia. Para entonces ya ocupaban puestos estratégicos en la vida pública y cultural, lo cual les permitía promover «el materialismo, el escepticismo y la democracia».

Langbehn pintaba a los judíos como la antítesis del aristócrata. No cabe negar que hablaba de «la sangre aria», pero para Langbehn esa sangre enrarecida era sobre todo la «sangre aristocrática». Dicho en otros términos, jamás exhortó a que unos superhombres nuevos y puros se hicieran con el mando. Por el contrario, Langbehn confiaba en que la vieja nobleza mantuviera y reforzara su control y presidiera la regeneración del germanismo ario como parte de un retorno al pasado.

También había intelectuales académicos que exponían versiones algo más ordenadas del sombrío credo de la lucha permanente, el elitismo y la irracionalidad: Karl Pearson en Inglaterra, Ernest Renan, Alfred Fouillée y Georges Vacher de Lapouge en Francia, y Ernst Haeckel, Ludwig Gumplowicz y Gustav Ratzenhofer en Alemania y Austria. Pero esos formuladores del asalto ideológico contra el liberalismo progresivo no fueron las únicas personalidades académicas que se enfrentaron con los problemas del *fin du siècle*. Los especialistas en ciencias sociales en agraz tuvieron que reconocer que el

Antiguo Régimen seguía siendo perfectamente capaz de dictar los términos para la absorción y la domesticación de las fuerzas de la modernidad. La conferencia inaugural dictada por Max Weber en Friburgo en 1895 fue sintomática de esa resignación. Escogió una ocasión académica y erudita solemne para pronunciar una alocución política en la cual reconoció que, si bien los magnates industriales maniobraban con éxito con los agrarios junkers en la persecución de sus propios objetivos económicos, los primeros no estaban en condiciones de desafiar a la condición y la fuerza superiores de los segundos. De hecho, en toda Europa, y no sólo en Alemania, las élites preindustriales lograron mantenerse mediante el contenimiento y la manipulación del impulso hacia la participación popular y mediante la cooptación de los miembros de las contraélites en ascensión.

Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels encabezaban a quienes exploraban la dinámica de esa capacidad de resistencia de la élite. Despectivos y temerosos de la participación y el control populares, se centraron en el reclutamiento y la renovación de las clases gobernantes no responsables ante nadie más que sí mismas, incluso en el seno de los partidos socialistas. Mientras que Mosca esperaba de las clases sociales en ascensión que aportaran nuevo talento, Pareto consideraba que su reclutamiento estaba dictado por la necesidad orgánica de que las élites gobernantes mantuvieran un equilibrio adecuado entre los «leones» y los «zorros».

Pareto, inspirado por Maquiavelo, calcó los leones de la élite del elemento feudal. Los pintó como campeones de las instituciones y los sentimientos tradicionales, recelosos de las novedades y opuestos a ellas, practicantes de la cautela económica y dispuestos a sacrificar el presente al futuro. Además, siempre estaban preparados para emplear la fuerza contra los enemigos externos e internos. En cuanto a los zorros de Pareto, eran casi la imagen opuesta de los leones, o la encarnación de la ambición burguesa. Su teoría era que la innovación económica, la aceptación de riesgos y los gastos que efectuaban los zorros iban de la mano con su búsqueda astuta, maniobrera y flexible de un cambio gradual. Al contrario que sus socios más antiguos y siempre cautelosos, los zorros tendían a desechar el futuro en favor del presente y a confiar más en su ingenio que en sus músculos.

Lo que más lamentaba Pareto era que el equilibrio de las élites gobernantes se viera perturbado en beneficio de los zorros y de los leones que actuaban como zorros. Incluso censuraba a Napoleón III y a Bismarck, por no mencionar a la clase gobernante de la Tercera República, por hacer concesiones injustificadas al sufragio universal. Además, consideraba a los zorros astutos de las élites gobernantes de Inglaterra, Francia e Italia responsables de mimar a los agitadores

internos y apaciguar a las naciones hostiles, sobre todo al permitir que los gastos sociales redujeran los presupuestos militares. Pero al final estaba convencido de que los dictados de la política internacional permitirían a los leones mantener su superioridad.

Cualesquiera fuesen sus diferencias de fondo y de matiz, Mosca, Pareto y Michels estaban de acuerdo en la separación, aunque no en la independencia, de la clase gobernante respecto a la clase dirigente en general, la relativa autonomía de la política en el seno de la clase gobernante y la incapacidad de las masas para derrocar ese sistema cerrado y aislado. Estos teóricos de la élite, cada vez menos asustados de la subclase proletaria y menos admiradores de la burguesía, sentían cada vez más reverencia por la clase alta, en la cual la burguesía accedía voluntariamente a su posición subalterna.

Igual reverencia sentía Max Weber. Como miembro de la burguesía con conciencia de clase y liberal arrepentido, también él se sentía impresionado por la tenacidad con que los junkers habían mantenido sus posiciones y el celo con que la burguesía alemana seguía rindiendo pleitesía política y social. Desilusionado en cuanto a las perspectivas de un verdadero parlamentarismo, Weber cifraba sus esperanzas en la enseñanza superior. Esperaba que la universidad formara expertos procedentes de la clase media y la burguesía para desempeñar la administración del Estado, con la seguridad de que las exigencias de un estudio disciplinado y un servicio burocrático subvertirían y reducirían la seducción de la sociedad nobiliaria, contra la que él mismo distaba mucho de estar inmunizado. Al igual que muchos elitistas liberales de fines de siglo, Weber pasaba por alto la medida en que las instituciones de enseñanza eran instrumentos para la reproducción del *statu quo,* y no para el cambio de éste.

Con el tiempo, Max Weber se volvió escéptico respecto a la posibilidad de saturar la burocracia feudalizada del Segundo Imperio de funcionarios e ideas liberalizadores. A principios de siglo, casi toda la clase política, comprendidos los altos funcionarios, aceptaba la necesidad urgente de una *Weltpolitik,* que reforzaría más el elemento feudal de toda la comunidad política. Aun así, Weber entró entusiasmado en el juego. Tanto en sus escritos políticos como en los eruditos, contribuyó a la vindicación teórica, e incluso quizá ideológica, del nuevo punto de partida en política exterior, en el cual el capitalismo industrial no era en absoluto el primer ni el principal motor. Claro que Weber había considerado en todo momento que el conflicto era una fuerza motriz duradera y vital del sistema social, sobre todo de las relaciones de clase. Pero cuando Alemania inició su campaña por el poderío mundial, él realzó su importancia y su valor, al insistir en que el sistema internacional de estados soberanos estaba sustituyendo

al sistema social como principal terreno de enfrentamiento social. De momento, la lucha darwiniana entre las naciones tendría que preceder a la lucha marxiana de clases, con la que Weber nunca cesó de enfrentarse teórica y políticamente. Comprendía perfectamente que al sancionar la primacía de la política exterior estaba ayudando a reforzar la primacía de los agrarios prusianos, de los industriales más tradicionalistas y del elemento feudal en todo el aparato estatal. Con el crecimiento simultáneo del capitalismo industrial y la contracción del liberalismo político, el *Ancien Régime* se enfrentaba con tensiones en aumento, tanto en el interior como en el exterior. Weber consideraba que para romper el nudo gordiano sin desgarrar fatalmente la trama de la legitimidad era necesario recurrir a un gran líder: haría falta una figura carismática y plebiscitaria que refrenase a la alianza feudal-industrial y al mismo tiempo obtuviera el apoyo popular a la *Weltpolitik*. Weber atribuía cualidades esencialmente aristocráticas a ese líder carismático, cosa que no era sorprendente. Al mismo tiempo que proclamaba la gracia y la voluntad como características de todos los seres superiores, consideraba que el heroísmo y la astucia eran rasgos especialmente destacados de los príncipes advenedizos o los demagogos. Resulta significativo que, en la época en que Weber elaboró su tipología de la dominación, en la que ocupaba un lugar tan destacado el elemento carismático indeterminado, no sólo había percibido el «desencanto del mundo», sino que además había ido estableciendo una considerable afinidad con el pensamiento de Nietzsche, así como con el aristocratismo arcano de Stefan George y Friedrich Gundolf.

Con el tiempo, la *Weltanschauung* de Weber cristalizó en una mezcla desigual de Marx, Darwin y Nietzsche. Se enfrentó con el pensamiento de los tres, y se lo apropió, de modo selectivo y secuencial. En primer lugar, se reconcilió con la teoría marxista, en la cual insertó el *status* social como variable importante entre clase y poder. Su encuentro con el socialdarwinismo tuvo como resultado que destacara la permanencia de la lucha no sólo por la supervivencia de sociedades cualitativamente superiores, sino por la supremacía relativa y pasajera de las naciones. Enormemente confuso ante las incongruencias explosivas de la sociedad civil y política de la Alemania Imperial, Weber se hizo susceptible a motivos tan nietzscheanos como la exaltación de las élites creadoras o de los superhombres y la celebración de la alta cultura. Pero no aceptó las admoniciones de Nietzsche en contra del nacionalismo ni su pesimismo apocalíptico. De hecho, Weber estaba dispuesto a aceptar el peligro del mismo cataclismo que temía porque, por razones de control social, atribuía el valor supremo al Estado, la

nación y el imperio. Al contrario que Nietzsche, que presagiaba una catástrofe esencialmente existencialista y espiritual, Weber sabía que la aguda crisis que se avecinaba sería además política y material.

Los principales temas de la crítica intelectual y cultural de la modernidad se fusionaron en el pensamiento y la acción conservadores y los rejuvenecieron. Huelga decir que el conservadurismo padecía unas divisiones internas tan grandes como las de las demás grandes familias políticas. Para fines de siglo, los estólidos dirigentes del conservadurismo tradicional estaban flanqueados por los empecinados de la reacción y los fanáticos de la contrarrevolución. Esas grandes fracciones tenían diferencias en torno a si congelar el *statu quo,* volver a un *statu quo ante* o forzar una regeneración espiritual. En la esfera de la estrategia y la táctica no estaban de acuerdo en si los conservadores debían jugar la carta plebiscitaria a fin de tener eficacia en una época en que la política se había masificado mucho. Pero cualesquiera que fuesen sus disputas internas, los principales sectores del conservadurismo tenían importantes afinidades ideológicas y vínculos de organización que se habían forjado en su hostilidad común al liberalismo económico, la democracia política y la reforma social, por no mencionar al socialismo.

Esos sectores estrechamente conectados del conservadurismo husmearon en el pasado en busca de motivos que pusieran al día y reavivaran su *Weltanschauung.* Aunque cada campo invocaba un pasado utilizable diferente, todos decían encarnar las virtudes inmortales de la era preindustrial. Además, se sentían igualmente inclinados a designar al arte y la cultura como indicadores reveladores de la salud de la sociedad civil y política. Denunciaban en términos vaguísimos a la civilización moderna por desfigurar y destruir los estilos, las formas y los gustos vitales y eternos de la alta cultura. En los mismos tonos que los estetas y los decadentes desencantados del *fin-de-siècle,* los ultraconservadores en particular deploraban la vida urbana como principal caldo de cultivo de la modernidad que detestaban y a la que se oponían. Por contra, presentaban como contraideal de la ciudad inicua a las aldeas y villas sanas de campesinos, ciudadanos, clérigos y notables. Aunque esa vida rural seguía siendo la mayoritaria en toda Europa, los conservadores hiperpreocupados exageraban el alcance y la velocidad de su decadencia. No resulta sorprendente que el ensalzamiento y la defensa de la tierra y el campesino quedaran inscritos con letra destacada en la bandera de un nacionalismo truculento tras la cual llegarían a marchar, con el tiempo, todos los conservadores.

Como *idée-force,* la nación era cualquier cosa menos apartidista, y mucho menos reformista o revolucionaria. En parte a fin de contrarrestar el cosmopolitismo de los liberales y el internacionalismo de los socialistas, llegó a personificar el orden establecido y las fuerzas políticas juramentadas para defenderlo. En consecuencia, el culto de la nación se utilizó para reforzar sociedades civiles y políticas en las que los elementos feudales ocupaban posiciones clave, entre ellas o especialmente los puestos de mando de unos ejércitos que iban creciendo, en los que predominaban los campesinos. En aquella época, los nacionalistas más celosos se convirtieron en los conservadores más radicales. Con el mantenimiento del *statu quo* como objetivo mínimo, aquellos nacionalconservadores absolutos propugnaban la renovación material y espiritual del *Ancien Régime,* que se fomentaría y se sometería a prueba en la ordalía de la guerra en un universo darwiniano. Con la total aprobación de las iglesias, el objetivo de esa campaña era endurecer y espiritualizar a las sociedades civiles y políticas en las que reinaban supremas las noblezas terratenientes y de toga. Al cabo de poco tiempo, el ajuste fue perfecto: al mismo tiempo que los elementos feudales se convertían en los principales protagonistas del resurgimiento conservador, pasaban a personificar a la nación, la tierra, la familia y la religión, además de las virtudes cardinales del honor, el servicio y el valor. Pese a los conflictos del pasado entre los señores feudales y el poder real centralizador, y a las tensiones del momento entre los burócratas con título y la corona, los estratos nobles juraban lealtad al rey y la patria. De hecho, se hicieron más monárquicos y nacionalistas que los propios monarcas.

Si en Europa surgió una crisis a comienzos de siglo no estuvo alimentada por fuerzas populares *in*surgentes contra el orden establecido, sino por ultraconservadores *re*surgentes empeñados en someter a aquéllas. En un plazo de un decenio y medio, los movimientos obreros y las nacionalidades sometidas sufrieron reveses cada vez mayores que dejaron al descubierto sus propias debilidades intrínsecas y revelaron la fuerza de los gobiernos y su decisión de contenerlos. Incluso el gran levantamiento popular de 1905-1906 en Rusia siguió esa pauta.

Además de destrozar a los movimientos radicales obreros, campesinos y nacionalistas, los conservadores, que se hicieron cada vez más inflexibles bajo la presión de sus propios ultras, también repelieron el reformismo moderado. Entre 1907 y 1914, esa intransigencia conservadora derribó o frenó a Stolypin, Beck, Bethmann Hollweg, Caillaux, Asquith y Giolitti. No fueron los errores ni los fracasos trágicos de esos primeros ministros, sino una «reacción aristocrática» por motivos egoístas, lo que abortó unas posibilidades históricas aparente-

mente prometedoras: el crecimiento de un campesinado independiente en Rusia, la conciliación de las minorías nacionales en Austria-Hungría, la reforma del derecho de voto a tres niveles en Prusia, la aprobación de un impuesto progresivo sobre la renta en Francia, la aprobación de la autonomía para Irlanda en Inglaterra y la profundización del gobierno parlamentario en Italia.

Las élites terratenientes se hallaban en la vanguardia de esa reacción aristocrática contra un cambio progresivo prudente o un conservadurismo flexible. Como ya hemos visto, incluso en Inglaterra su enorme influencia social y cultural y su fuerza política desproporcionada seguían siendo críticas, pese a que su importancia económica estaba en decadencia. Pero, precisamente porque los agrarios temían que un empeoramiento acelerado de sus fortunas económicas rebajaría con toda seguridad su condición social, se obsesionaron con el mantenimiento o incluso el reforzamiento de su control de la sociedad política, único dique que podía salvarlos de que los barrieran. Dicho en otros términos, consideraban que *el mantenimiento del poder político* era indispensable para la supervivencia de sus posiciones sociales, económicas y culturales extravagantes pero amenazadas, que estaban arraigadas en estructuras preindustriales y preburguesas. Además, dadas su arrogancia y su ética sociales, los magnates terratenientes, la mayor parte de los cuales eran nobles o personas ennoblecidas, propugnaban un empleo agresivo y oportuno de la fuerza en defensa de su clase y su posición.

A esta empresa se sumaron los magnates industriales. También éstos necesitaban la ayuda estatal en forma de aranceles, suvenciones, contratos e impuestos favorables. Paradójicamente, al cooperar con los capitanes de industria, los agrarios contribuyeron, a pesar de sí mismos, a la misma modernización que aceleró su eclipse.

Los agrarios y los industriales fueron reconociendo gradualmente la insuficiencia de su política de cabildeos y de concesiones en una era de política democrática en ascensión. En su búsqueda de apoyo popular a su proyecto híbrido de reversión radical y de desarrollo industrial controlado, conspiraron para movilizar a los sectores de la clase media baja urbana y rural que se sentían amenazados tanto por la modernización económica como por la nivelación social. Pero, en lugar de lanzarse ellos mismos a la política popular, consintieron y financiaron a políticos y a ligas satélites que convocaban a esos estratos en crisis con consignas que estimulaban sus temores y sus ansiedades, halagaban su vulnerable sentido de posición social e inflamaban su nacionalismo patriotero.

Mientras los agrarios, los industriales y sus acólitos mantenían su ofensiva conjunta, también se combatían los unos a los otros, espe-

cialmente después de haber conjurado el peligro del socialismo, el sindicalismo y la autonomía nacional militantes. Con la Hacienda Pública muy apurada, les resultaba especialmente difícil ponerse de acuerdo en las cuestiones fiscales urgentes. En especial, era necesario sufragar unos gastos militares y navales, que se habían disparado, mediante nuevos ingresos, si se pretendía que los presupuestos estatales no se vieran gravemente desequilibrados. Como la elevación de los impuestos indirectos y regresivos era políticamente peligrosa o inviable, no quedaba más opción que la de establecer gravámenes sobre el capital, la renta o la propiedad inmobiliaria. No podía haber cuestión más divisiva para la clase dirigente y gobernante que esa presión fiscal. Como era típico, cada una de las grandes facciones estaba decidida a combatir todos los impuestos que fueran en contra de sus propios intereses. El resultado fue que el Gobierno se desestabilizaba o se encontraba en callejones sin salida, lo que favorecía a los elementos intransigentes del aparato estatal.

Esa presión fiscal generadora de crisis era parte integrante de la reacción aristocrática, cuya campaña para congelar o volver al *statu quo* se revestía de superpatriotismo. Claro que el ultranacionalismo servía de ideología cohesiva a unos conservadores cuyos intereses eran encontrados, al mismo tiempo que les daba un halo altruista y populista. Pero aquel patrioterismo nacionalista también sirvió para acelerar la costosa carrera armamentista y las tensiones internacionales.

Como principales creadores de la ansiedad, los catonistas, con su mentalidad de búnker, frustraban todas las posibilidades de apaciguamiento nacional e internacional. En lugar de reconocer el reformismo de los movimientos socialistas y autonómicos de Europa, los pintaban como si respaldaran la oratoria inflamatoria y el terrorismo esporádico de sus miembros marginales. Al mismo tiempo, deformaban las intenciones y las posibilidades de las potencias rivales en el exterior.

La reacción aristocrática tardía en Europa debió mucho de su eficacia a que, salvo en Francia, el alto funcionariado del Estado tenía en gran parte los mismos orígenes sociales, la misma ética e idéntica visión del mundo. Parafraseando a Schumpeter, el rey ungido religiosamente seguía siendo la «pieza central» de unas sociedades políticas en las que los descendientes del elemento aristocrático «ocupaban los cargos del Estado y los mandos del Ejército y establecían la política». Aunque esa clase política «tenía en cuenta los intereses burgueses» y utilizaba el capitalismo industrial para sus propios fines, gobernaba «conforme a pautas precapitalistas».

A partir de principios de siglo, y en especial a raíz de la Revolución Rusa fallida de 1905-1906, y sus repercusiones en el exterior,

gran parte de Europa pasó por un resurgimiento conservador. En las grandes potencias avanzó con independencia del carácter del sistema de autoridad y del grado de industrialización de cada una de ellas. Aunque fue más evidente en los tres imperios absolutistas de Europa central y oriental, no por ello fue menos cierta la radicalización y la recomposición de la derecha en los regímenes parlamentarios de Europa occidental.

En cada país, esa incursión conservadora, incitada por los fanáticos, produjo una crisis, o «un estado [agudo] de cosas en el cual era inminente un cambio decisivo, para mejor o para peor». Dicho en otros términos, la crisis de principios del siglo XX era algo indeterminado. Como la sociedad política se mantenía firme, no se inclinaba decididamente hacia la revolución, sino hacia la reacción o el bonapartismo, o hacia una mezcla de ambas cosas. Además, pese a importantes diferencias nacionales, esa tendencia hacia la regresión histórica era evidente en toda Europa. De ahí que, como todas las grandes convulsiones europeas, esa crisis recorriese conductos internacionales. No cabe duda de que intervenían el contagio y la imitación, pero para que tuvieran influencia tenía que existir una cierta «receptividad». De forma muy parecida a lo que ocurrió en el siglo XVII y en la Revolución Francesa, aquella «epidemia» de perturbaciones se debía a la extrema susceptibilidad de las estructuras sociales, económicas y culturales de Europa. De hecho, los principales países europeos eran como «teatros separados en los que se interpretaba simultáneamente la misma tragedia, en diferentes idiomas y con variantes locales». Evidentemente, la furiosa carrera armamentista y el nacionalismo de aquellos años agravaron e interrelacionaron las perturbaciones internas de las grandes potencias, con lo cual fueron preparando el terreno para la guerra total entre ellos.

El detonador de la crisis general de Europa fue la sobrerreacción de las viejas élites a peligros para sus posiciones superprivilegiadas percibidos de forma exagerada. En su mentalidad de acoso exageraron el ritmo de la modernización capitalista, la revuelta de la plebe, la fragilidad del aparato estatal y la ruptura de la burguesía industrial y profesional. Si los ultras lograron imponer esa cruzada agresiva de defensa social se debió en parte a que la «nueva filosofía» del irracionalismo, el elitismo y la decadencia cultural predisponía a gran parte de la clase dirigente y gobernante a compartir sus temores. A su vez, ese *grande peur* entre los notables favorecía la tesis de que la guerra sería una profilaxis general y realzaba en los escalones más altos de la sociedad política la importancia de los generales y de los argumentos militares. De hecho, esa militarización cada vez mayor de la sociedad, la política y los políticos iba en beneficio de las viejas clases

dirigentes y gobernantes, que se proponían resolver la crisis de Europa en su propio beneficio, si era necesario mediante una guerra inducida.

A lo largo de casi todo el siglo XIX, las sociedades civiles y políticas europeas habían ido a la guerra para lograr unos objetivos limitados, bien definidos y negociables. Sus gobiernos habían utilizado los conflictos externos para lograr fines territoriales, económicos y militares concretos, que definían y redefinían sin temer constantemente por su supervivencia política ni por la estabilidad general de la sociedad y el régimen. Pero a partir de 1900 ese gradualismo, con sus guerras limitadas, fue perdiendo terreno. Con la intensificación de la crisis, los motivos y las condiciones para el conflicto internacional fueron haciéndose cada vez más políticos. La guerra dejó de ser la continuación de la diplomacia para convertirse en una extensión de la política, y los gobernantes de Europa fueron adquiriendo una tendencia cada vez mayor a recurrir a los conflictos exteriores para lograr objetivos internos. Cuando el reordenamiento de la política interna se convirtió en el objetivo principal de la política exterior, se recurrió a la guerra para atender a fines diplomáticos cada vez más arbitrarios, peor definidos y más ilimitados. En resumen, los conflictos internos de clase, *status* y poder modificaron las guerras exteriores al cargarlas de impulsos absolutos e ideológicos. No fue la lógica de las guerras y las alianzas modernas lo que fomentó esa radicalización y esa universalización de la guerra, sino la crisis general europea.

Esta mutación de la guerra en instrumento de la política interna implicaba una predilección mayor de los gobiernos por la iniciación y la aceptación de los conflictos externos, pese a unos peligros enormes. Además, las presiones de los ultraconservadores en pro de la beligerancia ampliaron el margen de posibilidades para que se dieran errores de cálculo e imprudencias entre los principales dirigentes civiles y militares, que tenían opiniones muy politizadas sobre las funciones de la guerra. Su concepción común del mundo los predisponía a atizar las hogueras moribundas del enfrentamiento, en lugar de esforzarse por reducirlas o apagarlas. Precisamente porque esa predilección por la guerra era tan general en todos los gabinetes de las grandes potencias, la crisis general de Europa estaba preñada de catástrofe.

Los sectores superiores de la sociedad y la comunidad política cesaron de deplorar la guerra como una necesidad extrema y lamentable. En un clima intelectual y psicológico cargado de influencias socialdarwinistas y nietzscheanas, se celebraba la guerra como una nueva panacea. La violencia y la sangre de las batallas prometían robustecer al individuo, dar nueva energía a la nación, nueva salud a la raza, revitalizar a la sociedad y regenerar la vida moral. Además

de ser una panacea, la guerra era una ordalía feroz que sometía a prueba la capacidad física, la solidez espiritual, la solidaridad social y la eficiencia nacional. La idea de la derrota llegó a hacerse casi inconcebible, pues se esperaba que la victoria diera pruebas irrefutables de aptitud personal, social y política.

Ese culto de la guerra era cosa de la élite, no de la plebe. Claro que había sectores de la gente de la calle —campesinos, clase media baja y obreros— que acabaron por sumarse a él. Pero no hubo un clamor belicista espontáneo entre las masas pretendidamente agresivas y sanguinarias. De hecho, las élites y las instituciones establecidas, incluidas las iglesias cristianas, tuvieron que inculcar el furor de la guerra en su gente —en sus hombres jóvenes—, y lo hicieron con su destreza y éxito habituales.

A medida que las sociedades europeas seguían adelante con su militarización por motivos políticos, las fuerzas armadas se iban convirtiendo cada vez más en escuelas de la nación encargadas de infundir las virtudes marciales en el conjunto de la sociedad. Los ejércitos formados por profesionales con muchos años de servicio se habían transformado, desde 1871, en ejércitos masivos de reclutas que prestaban un servicio más corto, sin que la vieja casta militar perdiera sus privilegios. Además, salvo en Francia, los reyes exhibían sus uniformes militares y pasaban revistas conspicuas a sus regimientos de guardias de élite. Huelga decir que los emperadores de Alemania, Austria-Hungría y Rusia ejercían una autoridad militar inconmensurablemente mayor que los reyes de Inglaterra y de Italia. Pero los cinco eran jefes supremos de unas fuerzas armadas que encarnaban a la nación, y sus parientes consanguíneos y cortesanos más cercanos ocupaban los mandos clave. Además, los oficiales de cuna aristocrática y noble ascendían a los puestos más altos por antigüedad y por relaciones, más que por talento y formación.

Aunque la élite militar se fue haciendo menos caballeresca y más profesional, los oficiales nobles y ennoblecidos, y los que asimilaban su comportamiento, seguían siendo los que destacaban, con su predilección por la jerarquía, el valor y el sacrificio heroico. Claro que mandaban ejércitos muy dependientes del transporte por ferrocarril y dotados de armamento avanzado. Pero eso no impedía que siguieran considerando romántico el combate cuerpo a cuerpo —de ahí la bayoneta— y las cargas de caballería. Además, la mística del ataque frontal era coherente con las espadas, las espuelas y los caballos que seguían siendo características de los oficiales, pese a su inutilidad salvo en el control de multitudes, o quizá debido precisamente a eso. En toda Europa, los oficiales y los regimientos de caballería y de guardias seguían siendo los favoritos. Igual que ocurría con las clases

dirigentes y gobernantes, en las que la nobleza era superior a la burguesía, los ejércitos permanentes eran amalgamas militares en las que los elementos arcaicos lograban algo más que mantenerse. La guerra moderna se injertó en unos ejércitos permanentes enormes, en los cuales un cuerpo aristocrático de oficiales formaba a los regimientos de caballería para que dieran cargas a caballo y a las divisiones de infantería para combatir en batallas frontales. Los reclutas del ejército procedían, ante todo, del campesinado analfabeto o semianalfabeto. También procedían de la clase obrera y de la clase media baja de las aldeas y las ciudades de provincias, más que de las ciudades y las zonas industriales. En 1911, incluso en Alemania el 65 por 100 de los reclutas procedían de zonas rurales, y el 22 por 100 de las pequeñas ciudades. Los reclutas forzosos de los demás ejércitos del Continente procedían en proporción todavía mayor de las regiones no industriales. Naturalmente, los soldados de origen rural estaban condicionados para ser sumisos y obedecer ciegamente a sus jefes, que no era probable titubeasen mucho en arriesgar sus vidas.

Se ha de reconocer que a principios del siglo XX el ejército británico del interior compartía pocas de las características dominantes de sus homólogos continentales. Sobre todo, seguía siendo pequeño, voluntario y profesional. La marina, junto con el servicio y el ejército coloniales, eran el principal escudo de Inglaterra y del imperio. Pero, como hemos visto en el capítulo anterior, el cuerpo de oficiales de los servicios ingleses de combate, sobre todo en los mandos superiores, seguía formando un grupo muy exclusivo. Por su cuna y su formación estaba empapado en un código caballeresco de servicio, austeridad, valor y juego de equipo. Aunque con el tiempo hubo cada vez más voluntarios procedentes de las filas de los trabajadores no especializados del centro industrial de Inglaterra, la élite militar seguía teniendo sus raíces más profundas en los condados rurales del sur, así como en los distritos fronterizos. No es sorprendente que los rebeldes del Ulster, muchos de los cuales eran de condición noble, reivindicaran esa ética como propia cuando armaron una fuerza de voluntarios militares para proteger sus intereses, sobre todo en la tierra, en una región del Reino Unido en la cual la manufactura, el comercio y la industria no habían eclipsado al sector agrario. Además, los aristócratas orangistas insurgentes no sólo obtuvieron las simpatías, sino también el apoyo de muchos oficiales, de grados altos y bajos, que al igual que ellos eran más monárquicos que el rey en su defensa del viejo orden.

Pese a la *épuration* que siguió al caso Dreyfus, el ejército francés siguió siendo un bastión de la reacción. Aunque fuera un ejército de ciudadanos con un cuerpo de oficiales no aristocrático, en general

los ciudadanos-soldados y los suboficiales no procedían del proletariado, la clase media ni la burguesía, sino del campesinado, la *petite bourgeoisie* y la clase trabajadora artesana. Sus hogares estaban en las aldeas y los pueblos de la Francia rural, en la cual los gobiernos de la Tercera República no habían aplicado sino lenta y parcialmente su proyecto declarado de una educación, una asistencia social y una magistratura secularizadas, liberalizadas y socialmente conservadoras. Análogamente, aunque eran pocos los oficiales de alto linaje, y un número cada vez mayor de ellos procedían de la clase media provinciana, eran sólidamente conservadores, con claras simpatías derechistas, por no decir antirrepublicanas y monárquicas, que Saint-Cyr hacía poco por contrarrestar. Mientras que los soldados se sentían más cercanos a sus curas católicos que a los maestros de escuela republicanos, los generales se sentían más a gusto en compañía de los obispos y de los viejos notables que de los políticos republicanos, especialmente si estos últimos eran de tendencia centroizquierdista. La marea ascendente del nacionalismo, aprobada por el episcopado, fomentaba todavía más la cohesión conservadora del ejército. No existía únicamente la fuerza unificadora de la amenaza alemana. Cuando las administraciones republicanas recurrían al ejército para reprimir las huelgas industriales, los oficiales y la tropa descubrían y daban rienda suelta a sus temores y sus sospechas comunes del proletariado, que simbolizaba la amenaza a su mundo preindustrial. Con raras excepciones, los generales franceses, partidarios del *élan vital*, asesoraban a los conservadores militantes, los cuales, tras haber robado a la izquierda su patrimonio patriótico, pedían una *levée en masse* más para frenar las fuerzas del cambio en el país que para enfrentarse con las potencias centrales. Concretamente, con la ley de los tres años se aspiraba a integrar y someter a los trabajadores, principales vectores de la modernización progresiva, al hacerlos ingresar por la fuerza en el ejército, escuela de la nación conservadora, donde también ellos habrían de ponerse pantalones rojos, obedecer a la trompeta e interiorizar el deber de lanzarse contra el enemigo en un paroxismo de patriotismo y de autoinmolación heroica. Aunque algunos políticos republicanos sentían escrúpulos ante la alianza cada vez más estrecha de su república con la autocracia zarista —aunque fuera como contrapeso necesario a la autocracia alemana—, los oficiales del Estado Mayor General francés coincidían en muchas ideas con sus colegas rusos: ambos grupos estaban al mando de enormes ejércitos de campesinos cuya principal muestra de modernidad era su capacidad para lanzarse a los campos de batalla en ferrocarril, en lugar de a pie. Huelga decir que el Quai d'Orsay, baluarte aristocrático incluso después del caso Dreyfus, también exigía y fomentaba la relación con los rusos.

En los imperios de Europa central y oriental, el ejército, encabezado por el rey-soldado, era el principal bastión del viejo orden, así como la expresión más visible y llamativa de la casta noble de la sociedad política. La cumbre política y administrativa del Imperio Hohenzollern era muy aristocrática: todos los cancilleres y la abrumadora mayoría de los miembros del Gabinete, los secretarios de Estado, los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores y los embajadores. La gente de alta cuna ocupaba lugares todavía más destacados en el Gobierno del Estado Mayor y hegemónico de Alemania, a juzgar por su primacía absoluta en el Gabinete, la *Herrenhaus* y la administración civil de Prusia. Sin embargo, era en el cuerpo de oficiales del ejército imperial, aquella encarnación perfecta y temible de la Alemania prusiana, donde estaba representado el elemento feudal en su forma más concentrada, especialmente en sus altos mandos. Guillermo II era su señor de la guerra supremo y ostentoso, y el príncipe heredero de Alemania, el Príncipe Ruprecht de Baviera y el Duque de Würtemberg tenían mandos importantes. Los jefes sucesivos del Estado Mayor General procedían de viejas familias terratenientes: Helmuth von Moltke, Erich von Falkenhayn y Paul von Hindenburg. Además, el 77 por 100 de los generales de los tres grados más altos tenían un pedigrí muy antiguo. En el conjunto del generalato, con independencia del grado, el 40 por 100 eran hijos de la vieja nobleza del este del Elba. Sólo la gran familia de Von Goltz tenía un mariscal de campo y seis generales. En 1914, los principales clanes estaban bien representados entre los oficiales en activo: 49 Puttkamer, 44 Kleist, 34 Litzewitz, 30 Bonin, 20 Kameke y 16 Hertzberg, Heydebreck y Zastrow. Nombres tan distinguidos como Bülow, Arnim, Wedel, Oertzen, Wangenheim, Schwerin, Prittwitz y Knobelsdorff también ocupaban lugares destacados en la lista de oficiales en activo y de la reserva. Los ennoblecimientos recientes por cuestiones de servicio, controlados por un kaiser militarista, eran una garantía adicional de que la ética aristocrática del deber indiscutible para con el *Ancien Régime* saturaría toda la estructura del mando. Se ha de reconocer que el cuerpo de oficiales estaba muy dividido en torno a la constante expansión del ejército, que requería más oficiales y por ende una clara disolución del imperioso elemento junker y de su espíritu marcial. Pero ese enfrentamiento intenso era poco importante en comparación con el consenso férreo en cuanto a impedir que los liberales, los progresistas y los socialistas llegaran a los puestos dirigentes. Como escuela de la nación, el ejército alemán era ferozmente conservador. Sus oficiales purgaban a los irreverentes reclutas obreros de las ideas que, a su juicio, eran desleales y, si era necesario, los enviaban a guarniciones en distritos rurales seguros, lejos

de las zonas industriales infectadas por los socialistas. Pero, gracias en parte a las escuelas primarias y las iglesias, la lealtad nunca llegó a ser un problema ni siquiera en las ciudades, donde los oficiales ordenaban a la tropa que rompiera huelgas o disolviera a las multitudes disidentes sin temor a deserciones. Nadie que ocupara cargos de autoridad se preocupó jamás de que la tropa resistiera a la llamada a la guerra, fuesen cuales fuesen las causas y los objetivos para adoptar esa medida definitiva.

La situación era muy parecida en el Imperio de los Habsburgo. En ambas mitadas de la Doble Monarquía toda la clase gobernante, y en particular el ejército, era de origen abrumadoramente nobiliario. Es posible que los militares de alta graduación fueran menos visibles en público en la Ringstrasse de Viena que en el Tiergarten de Berlín. Además, no cabe duda de que en Budapest eran bastante discretos con objeto de no irritar demasiado a los nobles húngaros refractarios que, insatisfechos con los regimientos del Honved, de habla magyar pero secundarios, exigían un ejército propio. De hecho, la resurrección del ultramagyarismo, que intensificó esa reivindicación militar, atizó el ultraconservadurismo en Cisleithania, sobre todo a partir de 1907. Pero, bajo la presión del príncipe heredero Francisco Fernando, Francisco José I y sus consejeros estaban más decididos que nunca a mantener el predominio absoluto del cuerpo de oficiales austroalemanes, que era sólidamente aristocrático por su cuna o por ennoblecimiento en el servicio. Los gobernantes de Austria, que se sentían acosados en su país y desde el exterior, tenían al ejército como aglutinante indispensable de su *Ancien Régime*. Como exageraban la fuerza y el radicalismo no sólo de los movimientos minoritarios de autodeterminación y socialista, sino sobre todo del desafío magyar, cuyas raíces se hallaban en los conflictos fiscal y arancelario, preveían la necesidad de sustituir el consenso fallido por la fuerza y la violencia. Para contrarrestar nuevos avances de la autonomía civil y cultural, tanto en Cisleithania como en Transleithania, era indispensable mantener un ejército bien unido cuyos oficiales dieran las órdenes en alemán y, junto con sus tropas multinacionales, jurasen lealtad al emperador, principal símbolo unificador y legitimador del imperio políglota. Los Habsburgo necesitaban, mucho más que ninguno de los otros regímenes, que su ejército sirviera de escuela unificadora de algo que seguía sin constituir todavía una nación. Precisamente porque desesperaban de contar con el tiempo y de hallar los recursos necesarios para transformar al imperio en una nación integrada, los militares, bajo el General Conrad von Hötzendorff, se proponían inducir la guerra a fin de reforzar e incrementar la primacía de la clase dirigente y gobernante austroalemana durante un tiempo indetermi-

nado, pero tolerable. En todo caso, si el alto mando exhortaba a la guerra como parte de una reacción aristocrática, lo hacía para reforzar al régimen en el interior, y no para lograr objetivos de política exterior distintos del de seguir asegurando a Berlín que Viena seguía siendo un aliado diplomática y militarmente digno.

Tras la represión de la Revolución de 1905-1906, también el Imperio Romanov experimentó una reacción aristocrática. Se eliminó de la presidencia del Gobierno sucesivamente a Witte, Stolypin e incluso a Kokovtsev, por ser excesivamente conciliadores. Encabezados o alentados por el propio Nicolás II, los ultrazaristas resurgentes de la nobleza terrateniente y de toga se proponían restaurar el absolutismo mediante la castración del reciente acuerdo constitucional, y sobre todo de la Duma. También ellos exageraban la capacidad insurgente del socialismo y de las nacionalidades periféricas, así como la influencia de los progresistas moderados en la clase política y la *inteliguentsia*.

Debe reconocerse que algunos de los ultras, recordando las desastrosas consecuencias políticas de la guerra con el Japón, la cual habían propugnado por razones esencialmente políticas, dejaron de exhortar a la guerra para defender su propio proyecto retrógrado. En lugar de correr el riesgo de sufrir otra derrota, propugnaban abandonar la desagradable alianza con la Francia republicana en pro de un acercamiento al régimen, más afín, de Berlín. Optaban por el apaciguamiento externo, seguros de que en caso necesario podían confiar en el ejército para que organizase un golpe contra los sepultureros del zarismo en la misma Rusia.

Pero quienes clamaban porque se siguiera ese rumbo estaban en minoría incluso entre los conservadores radicales. Pese a las rivalidades entre facciones cortesanas y de la burocracia, los conservadores rusos, tanto en el Gobierno como fuera de él, alentados por el zar, aplicaban una política superreaccionaria que dependía financiera y militarmente de la alianza con Francia y estaba preñada de la posibilidad de una guerra exterior por motivos políticos. Además, el ejército, que estaba totalmente en manos del zar, era la pieza clave. Los grandes duques y los generales aristócratas tenían los altos mandos, y el cuerpo de oficiales era mayoritariamente noble, debido en parte al escalafón automático. Ni siquiera los cuadros arcaicos, seguros de sus campesinos-soldados, sentían ningún temor acerca de la modernización de la maquinaria militar rusa. Aumentaban ansiosamente la movilidad de su apisonadora de infantería mediante la construcción de ferrocarriles estratégicos hasta las fronteras occidentales, como les exigía París. No había muestras de desacuerdo entre los oficiales ni la tropa cuando se pedía al ejército que actuara contra los obreros en huelga o que impusiera la ley marcial en las provincias fronterizas. Incluso

cuando el ejército quedó derrotado en 1904-1905, se mantuvo unido y regresó de Siberia para aplastar la rebelión en la Rusia europea, que había aprovechado su marcha hacia el frente. Después de la guerra ruso-japonesa, el ejército se perfeccionó y se amplió considerablemente, en gran parte porque casi toda la Duma aprobó tranquilamente los créditos militares. Como había todavía menos agitación campesina, obrera y estudiantil que a fines de siglo, los riesgos de buscar o aceptar una guerra parecían mínimos en comparación con un choque de armas con éxito que reforzara al *Ancien Régime,* y sobre todo a sus componentes absolutistas y nobiliarios. En lugar de dar a los campesinos pobres la oportunidad de convertirse en propietarios independientes, los señores explotadores los reclutaron en un ejército masivo de soldados de infantería organizados para la guerra de asalto en beneficio de las élites feudales.

Conforme a cualquier criterio histórico, la militarización de Europa asumió proporciones enormes. En 1914, los ejércitos permanentes y de reserva de Europa habían alcanzado niveles escalofriantes, pues su tasa de expansión había aumentado de forma acelerada a partir de 1905. Sin contar las tropas «coloniales» (160.000 hombres), Francia tenía un ejército permanente de más de 800.000 hombres, y Rusia una fuerza permanente de 1,5 millones, que llegaría a los dos millones en 1917. Los Imperios del Centro, Alemania y Austria-Hungría, tenían 761.000 y 500.000 hombres, respectivamente. Si se cuentan las reservas de las dos alianzas opuestas, sin Inglaterra, podían ascender a ocho millones de hombres en total. La fuerza del ejército italiano también correspondía a la época. Además, en toda Europa había muchos hombres y mujeres dedicados a producir el material y los suministros militares que inflaban los presupuestos de guerra. Entre 1850 y 1913, las grandes potencias quintuplicaron sus gastos en armamentos terrestres. Sólo de 1908 a 1913 aumentaron en casi un 50 por 100: aproximadamente el 30 por 100 en Inglaterra, el 53 por 100 en Rusia, el 69 por 100 en Alemania y el 86 por 100 en Francia. En esos mismos años, el aumento de los gastos navales fue todavía superior, y osciló desde casi el 45 por 100 en Alemania y el 60 por 100 en Inglaterra hasta el 160 por 100 en Rusia.

Claro que la división de Europa en dos alianzas opuestas, por no decir hostiles, aceleró ese reforzamiento militar y naval competitivo, que a su vez agravaba la desconfianza y la beligerancia mutuas de los gobiernos. Además, al imponer unas cargas fiscales tan pesadas y divisivas a las sociedades civiles y políticas de Europa, la carrera de

armamentos intensificaba la disposición de las clases gobernantes no sólo a sajar el absceso de las discordias internas mediante la guerra, sino además a hacerlo con un ataque ofensivo para lograr una victoria rápida que les ahorrara las tensiones autodestructivas de una campaña prolongada.

Pero esa división del sistema internacional en dos bloques rígidos, cada uno de ellos con planes estratégicos dependientes de sistemas de alarma ultrasensibles —como el plan Schlieffen alemán y el calendario ruso de movilización—, era más bien un efecto que una causa. El gigante militar europeo, que era al mismo tiempo enorme y grotesco, era una expresión de la crisis general en la que los ultraconservadores iban sacando ventaja a los nacionalconservadores menos radicales. Eran los principales partidarios y beneficiarios de una militarización que rehabilitaba al cuerpo de oficiales nobles en ejércitos de soldados campesinos y *petits bourgeois*. Mientras que las ideas modernas socialdarwinistas y nietzscheanas inclinaban a quienes eran al mismo tiempo sus rivales y sus compañeros en el bloque hegemónico, incluida la burguesía suplicante, a apoyar aquellos preparativos para la guerra —o, por lo menos, a no oponerse a ellos—, unas actitudes deferentes innatas condicionaban a los reclutas rurales y provincianos a obedecer las órdenes de unos oficiales nacidos, formados y condicionados para el mando.

Esta excrecencia militar, que era un aspecto destacado e integrante de la reacción aristocrática y comprendía el predominio cada vez mayor de los generales en las más altas instancias políticas, era el preludio de una conflagración general y orientada hacia el conflicto total, y no de una guerra reducida con fines limitados de política exterior. Resulta significativo que entre el público informado, cuando se hablaba de la próxima guerra, se emplearan los términos de «guerra europea», «guerra mundial», «otra Guerra de los Treinta Años» o «una catástrofe». Además, constantemente se hablaba de los objetivos últimos de la guerra. Ninguna gran personalidad se adelantaba a poner en tela de juicio o negar la legitimidad de considerar que la política exterior y la interior guardaban una relación estrecha, ni la de contemplar la guerra y la paz como instrumentos de la política interna. De hecho, aunque las clases dirigentes y gobernantes de Europa no tenían una comprensión estrechamente razonada del carácter de la guerra que estaban preparando, sí tenían un sentido general de sus posibles magnitudes de escala, sus objetivos y sus consecuencias. Naturalmente, los políticos y los militares de las grandes potencias se preparaban para un ataque rápido y limitado, más que para un conflicto hiperbólico. Incluso los partidarios de la guerra «orientada al conflicto

toral» esperaban y prometían que las enormes maquinarias militares estarían tan bien preparadas que bastaría con un encuentro breve y afortunado para lograr los resultados deseados, tanto en el exterior como en el interior. Pero a otro nivel de conciencia comprendían que los costos de la guerra y sus peligros se habían hecho excesivos, y que el cataclismo al que invitaban desafiaba a todo preparativo anticipado. De todos modos, en esa época de problemas, los principales gestores civiles de la crisis, y no sólo los generales, sobreestimaban la probabilidad de una victoria rápida de su propio Estado y su propia alianza, debido en gran parte a que sus análisis de capacidad, ostensiblemente racionales, estaban saturados de la nueva *Weltanschauung*. Además, la psicología social y la política de hiperreacción a una percepción exagerada de los peligros internos y externos predisponían a políticos y estadistas a jugar a una guerra que podría ser suicida.

Los socialistas estaban en la vanguardia de quienes denunciaban los fines políticos que tenía la campaña belicista, que a su juicio estaba encaminada sobre todo a estrangular al liberalismo progresista y al movimiento obrero ascendente. Pero, al igual que Bertha von Suttner, Ivan Bloch, Tolstoi y más adelante Norman Angel, que no eran de su misma tendencia ideológica, los socialistas también advertían de las consecuencias deletéreas que tendría para los propias clases dirigentes. Al igual que Friedrich Nietzsche, Friedrich Engels tuvo también una premonición de la llegada de la crisis exactamente al mismo tiempo, aunque el segundo preveía que pese a sus horrores iría en beneficio de la humanidad, y sobre todo de las clases dominadas. Engels, que era un analista militar de excepcional perspicacia, fue uno de los primeros en comprender que el gigante militar desencadenado no sólo actuaría para reforzar a las clases dirigentes y gobernantes en contra de la revolución, sino que además las atraparía en una espiral belicista fatal. En 1887, antes de que tomara forma el sistema de alianzas, predecía que todo futuro conflicto entre grandes potencias no podría por menos de ser una «guerra mundial de un alcance y una intensidad jamás imaginados». En ese holocausto, «de ocho a diez millones de soldados se matarían los unos a los otros; la destrucción en todo el Continente se concentraría en tres o cuatro años; la generalización del hambre, la enfermedad y las dificultades atizarían el salvajismo de los soldados y los civiles, y el comercio, la industria y el crédito quedarían totalmente perturbados y se hundirían en una quiebra general». No había forma de pronosticar el rumbo que seguiría tamaña lucha titánica ni su resultado, aunque Engels profetizaba que el desequilibrio general acarrearía «*con el tiempo* la victoria de la clase obrera»; primero «se hundirían los regímenes anti-

guos y tradicionales, y las coronas reales rodarían por las calles por docenas, sin *nadie* que las recogiera» *.

Unos veinte años después, durante el asunto de Marruecos de 1905, August Bebel, el dirigente de la socialdemocracia alemana, reiteraba desde el pódium del Reichstag la predicción de que se aproximaba una calamidad. Preveía que Europa quedaría «consumida por una vasta campaña militar en la que intervendrían de 16 a 18 millones de hombres... equipados con las armas más modernas para esta matanza mutua». Pero Bebel también avisaba de que a esa gran guerra general seguiría un *grosse Kadderadatsch* o colapso general, del cual los socialistas se lavaban totalmente las manos. Si Europa iba avanzando hacia una «catástrofe» era porque las propias clases altas la llevaban hacia ella, y tendrían que cosechar los frutos de su propio extremismo en «el *Götterdämmerung* [crepúsculo] del mundo burgués». Seis años después, en su manifiesto electoral, los socialdemócratas alemanes denunciaban a las clases gobernantes y dirigentes europeas por prepararse para infligir «una gran guerra europea» a sus pueblos, y destacaban que sería un «*Vabanquespiel*, o partida muy arriesgada, tal como jamás había presenciado el mundo», que podría convertirse, incluso, en la «guerra final» de Europa. Pese a esas previsiones de catástrofe general, y otras parecidas, los socialistas alemanes seguían manifestando su confianza en que la sociedad socialista del mañana podría forjarse incluso en las llamas del cataclismo.

Análogamente, ya en 1905 Jean Jaurès, que hablaba en nombre de los socialistas franceses, estaba cada vez más preocupado por los peligros de una guerra general. Claro que también él contemplaba la posibilidad, e incluso la probabilidad, de que un conflicto de ese género abriera la vía a una Europa socialdemócrata. Aun así, Jaurès se negaba a «aceptar una apuesta tan bárbara» y a jugarse la emancipación de los obreros y los campesinos a esa «suerte mortífera de los dados». Pues temía que existiera una probabilidad igual de grande de que una guerra general tuviera el «resultado, durante un período muy largo, de un nacionalismo exasperado, una dictadura asfixiante, un militarismo monstruoso, una larga cadena de violencia retrógrada y unos odios, unas represalias y unas servidumbres de lo más vil». Siete años después, en la época de las complicaciones balcánicas y la batalla en torno a la ley del servicio militar de tres años, Jaurès advertía que como los problemas del momento se extendían a toda Europa, cualquier conflicto local podía extenderse hasta constituir «el holocausto más terrible desde la Guerra de los Treinta Años».

* El subrayado es del autor de este libro, A. J. Mayer.

También en la vanguardia cultural proliferaban las profecías y las premoniciones de una guerra y una destrucción monstruosas. Esa agonía se reflejaba en las pinturas de Delaunay, Kandisky, Klee, Kokoschka, Marc y Seewald. Diversos escritores, desde Alfred Kubin y Georg Heym hasta George Bernard Shaw y H. G. Wells, expresaban de forma parecida sus presentimientos de un desastre inminente. Sin duda, los nietzscheanos implacables se burlaban de aquellos presentimientos angustiados de la vanguardia artística y literaria, pero no podían pasarlos totalmente por alto. Después de todo, el propio Nietzsche había considerado que la cultura europea, torturada por unas tensiones cada vez mayores, iba «avanzando hacia una catástrofe», aunque él también medio pensaba que Europa se iba a llevar lo que se merecía por ceder a los señuelos de la modernidad. En todo caso, Nietzsche preveía que la profunda batalla espiritual entre la verdad y la falsedad generaría guerras tan horrorosamente destructivas que, al igual que los terremotos, «mudaría montañas y valles». Los futuristas, inspirados por Nietzsche, celebraban ese Armageddon inminente como «única higiene del mundo».

Pero debe hacerse especial hincapié en que el temor a que la civilización espiritual estuviera metiéndose en el ojo de un huracán histórico obsesionaba también a muchos de los amos políticos de Europa, los cuales, pese a sentirse atormentados, seguían no obstante avanzando hacia el precipicio. Uno de esos amos era Theobald von Bethmann Hollweg. Nacido en 1856 en las posesiones familiares de Hohenfinow, fue criado como junker y recibió la educación de un futuro funcionario. Tras estudiar en escuelas elitistas, hacer su servicio militar en los dragones y estudiar derecho, ingresó en la burocracia prusiana. Como se le reconocieron rápidamente su talento y su lealtad excepcionales, en 1905 llegó al puesto de ministro del interior de Prusia, en 1907 al de vicecanciller y secretario imperial del interior y a mediados de 1909 al de canciller imperial.

En abril de 1913, durante un debate sobre el presupuesto militar, Bethmann Hollweg declaró que «ningún ser humano podría racionalmente imaginar la magnitud, los padecimientos y la destrucción que causaría una [futura] conflagración mundial». A su entender, «en comparación con ella, todas las guerras del pasado parecerían probablemente como mero juego de niños». En tal caso, «ni un solo estadista responsable pensaría en encender la mecha que hace explotar el barril de pólvora sin pensárselo muy en serio». Dicho en otros términos, el canciller alemán no excluía la posibilidad de adoptar esa terrible medida, aunque afirmaba que la «presión» para adoptarla no procedía de la mayoría de la opinión pública, sino cada vez más de unas «minorías ruidosas... y apasionadas» que sabían aprovecharse

de las nuevas libertades democráticas. En junio de 1914, en una carta al General de Caballería Barón Konstantin von Gebsattel, un ultra no callejero sino de los altos círculos gubernamentales, Bethmann confesaba que el complicar los conflictos internos con la guerra externa equivaldría a «crear una situación parecida a la que había existido en Alemania durante la Guerra de los Treinta Años y en Rusia al final de la guerra ruso-japonesa». Aquel mismo mes le dijo al Conde Hugo von Lerchenfeld, enviado de Baviera, que si bien los círculos conservadores «esperaban que una guerra restableciese la salud interna de Alemania», él temía que «una guerra mundial de consecuencias inciertas reforzase inmensamente a la socialdemocracia... y causara la caída de muchos tronos». Bethmann Hollweg se mantuvo en su cargo pese a saber que Guillermo II, que era la autoridad definitiva, estaba del lado de los ultras, aunque a principios de 1914 rechazara la propuesta del príncipe heredero y de Gebsattel de iniciar un golpe contra el indefenso Reichstag. Entretanto, no sólo el canciller y el emperador, sino todos los altos cargos, debían estar informados desde hacía mucho tiempo de lo que reconoció el General Helmuth von Moltke, Jefe del Estado Mayor, el 29 de julio de 1914, mientras ayudaba a montar los detonadores de la guerra: que la guerra que se había planeado «destruiría la cultura de casi toda Europa para decenios enteros del futuro». Pese al evidente predominio en el Gobierno de los partidarios de la línea dura, Jordan von Kröcher auf Vinzelberg, presidente de la Landtag de Prusia, había dimitido en 1912 como protesta contra toda nueva componenda por razones de cautela política: «como los círculos gobernantes son increíblemente ciegos, nos estamos acercando al *grösse Kladderadatsch* a paso de gigante, y ya no podemos desear más que morir como personas decentes».

Esa misma sensación de que probablemente cualquier futura guerra sería catastrófica prevalecía en los círculos dirigentes y gobernantes de Viena y Budapest. Pese a las diferencias tácticas entre las élites políticas austroalemana y magyar, estaban de acuerdo en general en que era casi seguro que una guerra sometería a la Doble Monarquía y a Europa a una tensión más que crítica. Hötzendorff, que de modo intermitente actuaba como campeón explícito y esforzado de una guerra inducida, fuera contra Italia o contra Serbia, hablaba a mediados de 1914 en nombre de todos los que estaban convencidos de la urgencia de una fuga hacia adelante: «mientras que en 1908-1909 la guerra hubiera sido una partida de cartas en la que habríamos podido ver la mano de cada jugador... y en 1912-1913 una partida que habríamos tenido bastantes oportunidades de ganar, [ahora] ya sería una *Vabanquespiel*».

Cuando Sergei Dimitrievich Sazonov, ministro ruso de Relaciones Exteriores, se enteró del ultimátum presentado por Viena a Serbia el 23 de julio de 1914, exclamó inmediatamente que desencadenaría una «guerra europea». Dijo al Conde Friedrich Szápary, embajador de Austria-Hungría en San Petersburgo, que al «hacerle la guerra a Serbia», su país iba a «incendiar Europa», y que pese al dolor y la indignación justificados de los Habsburgos por el asesinato de su heredero, «la idea monárquica no tenía nada que ver con eso». Con una exhibición monstruosa de cara dura, Szápary contestó que comprendía que todo «conflicto entre grandes potencias... no podía por menos de tener las consecuencias más horribles, lo cual significaba jugarse a una carta el orden religioso, moral y social establecido». Para realzar más su posición expuso la admonición de Sir Edward Grey contra una «guerra europea... en colores sombríos..., que Sazonov hizo suya inmediatamente».

Quizá fuera lo natural que el secretario británico de Relaciones Exteriores destacara el aspecto económico de la inminente «destrucción de la civilización». Grey, nacido en la nobleza provinciana y escudero de la familia real, era uno de los principales miembros del gobierno más auténticamente liberal de Europa, que había apostado su futuro a la continuación del librecambio para el mayor imperio del mundo. Cuando el Conde Albert von Mensdorff, embajador de Austria en Londres, le informó el 23 de julio del ultimátum que se estaba a punto de presentar a Belgrado, advirtió inmediatamente que una guerra entre las cuatro grandes potencias significaría la «quiebra económica de Europa» y que en «casi todos los países quedarían barridas muchas instituciones, independientemente de que fueran vencedores o vencidos». Inmediatamente después de esa conversación, Grey reiteró su preocupación a Sir Maurice de Bunsen, el embajador británico en Viena. Una guerra europea entrañaría unos gastos tan enormes y tales interrupciones del comercio que iría «acompañada o seguida de un derrumbamiento total del crédito y la industria europeos», lo cual «para los grandes estados industriales, significaría un estado de cosas peor que el de 1848». Al día siguiente dijo al Príncipe Karl Max von Linchowsky, embajador de Alemania ante la corte de Saint James, que las consecuencia de la guerra «serían absolutamente incalculables», pero que cualquiera fuese el resultado, «se produciría un agotamiento y un empobrecimiento generales, quedarían arruinados el comercio y la industria y destruido el poder del capital», lo cual generaría «movimientos revolucionarios como los del año 1848». Grey insistió en este tema con Mensdorff el 29 de julio, e insistió en que con el derrumbamiento económico y el desempleo «los obreros industriales se rebelarían», y con ello «el principio mo-

arquico quedaría sencillamente barrido». Salvo su preocupación por la dimensión económica de un conflicto inminente que pondría en peligro al Gobierno y el régimen de Inglaterra, aunque Londres se mantuviera neutral, Sir Edward —y sus compañeros en el Gobierno— compartían la sensación de los políticos y estadistas del Continente de que una guerra significaría un cataclismo europeo.

Las clases altas de Europa estaban dispuestas a llevar a sus pueblos a una catástrofe de la cual esperaban extraer grandes beneficios para sí mismas. Dicho en otros términos, aunque la catástrofe careciera de precedentes, tampoco se esperaba que fuera total. Claro que quizá hubiera millones de víctimas, una devastación masiva y graves desequilibrios. Pero, en todo caso, la guerra no resultaría ser el «final de la historia», aunque recargaría los circuitos de la planificación y el control militares. Desde luego, los políticos y los militares de la reacción aristocrática eran cómplices, más bien que adversarios ni rivales, en la marcha hasta el borde del precipicio. Esto no significa negar que existían tensiones entre los dirigentes civiles y los militares, o que los planes militares, comprendidas sus disposiciones operacionales, limitaban la libertad de acción de los políticos y los diplomáticos. Pero esas tensiones entre civiles y militares se absorbían en batallas entre los grupos en torno a los medios, no a los fines, en el seno del conservadurismo y de las clases gobernantes. Cuando el resurgimiento ultraconservador elevó a los militares a los niveles más altos del Gobierno, los generales no militarizaron más a los civiles de lo que los civiles politizaron a los guerreros. Estos últimos dejaron una huella no por su experiencia política, sino porque los civiles andaban a la busca de soluciones militares a unos problemas que eran políticos. Lo que los vinculaba, aparte de las actitudes, los intereses y los objetivos sociales y políticos que compartían, era una dedicación común a la lucha contra la democracia política, la nivelación social, el desarrollo industrial y el modernismo cultural. Esas *idées-forces,* revestidas de un patriotismo pugnaz, influyeron mucho en la formulación de los planes estratégicos y tácticos. Claro que para eso hacían falta los conocimientos técnicos de los generales. Pero no fue sólo la técnica militar la que dictó la insistencia en los asaltos en masa *à outrance* en búsqueda de victorias rápidas en el campo de batalla, con independencia del costo humano. Además, aquellas técnicas ya estaban anticuadas. Los generales se proponían repetir la campaña relámpago de 1870, en la cual el primero de los Moltke había abrumado a Francia con la velocidad y la concentración innovadoras de sus divisiones de infantería, sin tener en cuenta el hecho de que todos los estados mayores habían asimilado desde entonces la fórmula de Moltke. Además, se engañaban al pensar que con el empleo de los

ferrocarriles se habían apropiado la tecnología más moderna para sus propios fines, cuando como técnica militar la utilización de los ferrocarriles para los trenes de tropa, fijados inmutablemente en el espacio, eran una herencia de la primera revolución industrial en una medida casi tan grande como los oficiales lo eran del feudalismo.

En todo caso, los gobernantes civiles no estaban dispuestos a examinar a fondo los planes estratégicos y operacionales de los militares. No es que careciesen de la inteligencia ni de los conocimientos necesarios para ello. Pero los estadistas estaban empantanados en la misma visión del mundo y el mismo proyecto político impetuoso que los generales. En consecuencia, eliminaban otras opciones, como las estrategias defensivas que habrían reducido las presiones de los calendarios y de los mutuos temores. Evidentemente, la rigidez de los planes básicos, diplomáticos y políticos, se hallaba «tanto en las mentalidades como en los horarios de ferrocarriles». Además, los políticos estadistas de Europa se abstenían de poner en tela de juicio la sabiduría del ataque rápido y masivo, dada su comprensión angustiosa de que los *anciens régimes* eran demasiado frágiles para soportar la carga de una guerra prolongada de desgaste. En resumen, su posición era sumamente paradójica, y es más que probable que ellos lo supieran.

Al final, en julio-agosto de 1914, los gobernantes de las grandes potencias, casi todos ellos pertenecientes a la alta nobleza, marcharon hacia el precipicio de la guerra con los ojos bien abiertos, las cabezas bien frías y sin que los presionaran las masas. No hubo ni uno solo de los actores que en el camino hacia él cayera en el pánico ni se sintiera impulsado por mezquinos intereses personales, burocráticos ni partidistas. Entre los guarda-agujas de la guerra no había pequeños improvisadores, ni diletantes románticos, ni aventureros temerarios. Fuera cual fuera el perfil de sus ayudantes o provocadores populistas, se trataba de hombres de alta posición social, académica y económica, decididos a mantener o recuperar un mundo idealizado del ayer. Pero aquellos políticos-estadistas y generales también sabían que para lograr su proyecto tendrían que recurrir a la fuerza y la violencia. Bajo la égida del cetro y la mitra, las viejas élites, para quienes la burguesía no era un freno, prepararon sistemáticamente su campaña retrógrada, que habían de ejecutar unos ejércitos que ellas consideraban irresistibles. Y esos jinetes del apocalipsis estaban dispuestos a lanzarse hacia el pasado, no sólo con espadas y cargas de caballería, sino también con la artillería y los ferrocarriles del mundo moderno que los acosaba.

Por sus propias razones y sus propios intereses, la burguesía capitalista, simbióticamente vinculada a las viejas élites, estaba dispuesta y preparada para actuar como intendencia en aquella peligrosa

empresa, por no decir que ansiosa de hacerlo. Los magnates de la riqueza mueble calculaban que las necesidades de la guerra intensificarían la necesidad del *Ancien Régime* de los «servicios económicos del capitalismo». Al igual que los aristócratas, los burgueses no le hacían ascos a una guerra que sabían iba a ser absoluta, convencidos de que sería una forma de forzar la expansión de la industria, las finanzas y el comercio y de mejorar su posición social y su poderío. En cuanto a los obreros industriales, eran demasiado débiles y estaban demasiado integrados en la nación y en la sociedad para resistir a la recluta, aunque su clase era la única en la que existía una clara disposición a ello.

No es que el movimiento obrero estuviera domesticado en toda Europa. A partir de 1912, Rusia padeció una nueva oleada de agitación industrial: en 1912 hubo 200 huelgas en las que participaron 725.000 trabajadores; en 1913 hubo 2.400 huelgas en las que participaron 887.000 trabajadores, y en los siete primeros meses de 1914 hubo 3.500 huelgas en las que participaron 1.337.000 trabajadores. Esa creciente inquietud obrera se concentraba en centros industriales clave como San Petersburgo, Moscú y Bakú. Especialmente en la capital, pero también en otros puntos, los principales agentes de la militancia eran los obreros jóvenes semiespecializados y no especializados. Esos obreros, en su mayoría ex-campesinos recién llegados del campo, estaban mal pagados, mal alojados y psicológicamente inquietos. Esos eran los obreros que más predispuestos estaban a la acción espontánea e instantánea. Los organizadores bolcheviques y socialistas-revolucionarios se limitaban a reforzar esta tendencia a la acción y a ayudar a politizar el movimiento huelguístico. La agitación industrial llegó a su punto más intenso con la gran huelga, aunque no huelga general, de julio de 1914 de San Petersburgo, en la cual algunos dirigentes socialistas y obreros acabaron por moderar a los nuevos militantes.

Aunque aquella turbulencia obrera de los años y las semanas inmediatamente anteriores a la guerra carecía de precedentes, no llegó, ni con mucho, a una revuelta general ni a una prerrevolución. Los paros laborales no sólo se limitaron a unas cuantas ciudades, sino que además no estaban coordinados en absoluto. Sobre todo, salvo pequeños movimientos en Moscú y en unas cuantas ciudades de las provincias occidentales y bálticas, la gran huelga de julio de 1914 se limitó a la capital. Además, en toda la Rusia urbana, incluido San Petersburgo, los obreros en huelga se vieron obligados a actuar por su cuenta. Ni los estudiantes y los intelectuales, ni las clases intermedias y sus representantes políticos, hicieron nada por ayudarlos. También fue muy debilitadora la ausencia de agitación y de intran-

quilidad entre los campesinos del medio rural y las nacionalidades de las provincias periféricas.

Como la intranquilidad laboral fue secuencial y no sincronizada, y no contó con el apoyo de las otras clases, al Gobierno le resultó relativamente fácil dominarla. El Estado estaba más firme que en 1905-1906, y sus fuerzas de represión estaban dispuestas y eran leales. A mediados de 1912, las autoridades no titubearon en ordenar a los militares que actuaran contra los mineros en huelga de la cuenca aurífera del Lena, en Siberia, con el resultado de que murieron 170 trabajadores y quedaron heridos 372. Tras esa matanza, que estimuló la agitación obrera en la Rusia europea, los gendarmes, los cosacos y los soldados reforzaron el aislamiento político y social de los trabajadores con una cuarentena militar. En julio de 1914, literalmente días y horas antes del ultimátum de Austria a Serbia, la policía contuvo a los huelguistas rebeldes de los distritos fabriles y obreros de San Petersburgo. Además de la presencia de grandes fuerzas coercitivas, los obreros se veían dificultados en todos aquellos enfrentamientos por la infiltración de espías de la policía, que las privaban del elemento de la sorpresa, así como por la falta de armas.

Incluso así, existía una gran preocupación, especialmente en París, por la posibilidad de que aquella resurgencia obrera pudiera tener fuerza suficiente como para disuadir al Gobierno zarista, temeroso de los levantamientos populares, de ir a la guerra si era necesario. En aquella época Raymond Poincaré, único jefe del Estado burgués de todas las grandes potencias, acababa de enviar a San Petersburgo a un nuevo embajador. Maurice Paléologue, al igual que el propio Poincaré, era un nacional-conservador intransigente, impaciente con la inestabilidad y las aspiraciones de reformismo social de los gabinetes republicanos. El nuevo presidente de Francia, con sus aspiraciones autocráticas, quería que un enviado de su confianza se encargara de que el Gobierno zarista siguiera adelante con los preparativos militares y no hiciera aperturas hacia Berlín. Además, esperaba informes minuciosos sobre la situación interna en el principal aliado de Francia. En consecuencia, el 21 de mayo de 1914, casi inmediatamente después de llegar a su destino, Paléologue envió un despacho sobre «las fuerzas revolucionarias en Rusia y su comportamiento probable en caso de movilización general».

Paléologue consideraba que las fuerzas revolucionarias estaban divididas entre intelectuales y obreros. Los intelectuales, en su mayor parte miembros de las profesiones liberales, «eran nihilistas... sin disciplina ni cohesión y [con] un programa vago lleno de sueños enfermizos, utopías simplistas y especulaciones pesimistas». Con unos efectivos calculados entre 5.000 y 6.000 «jefes y soldados», esos in-

telectuales nihilistas eran ineficaces, debido en gran parte a que estaban agotados y desilusionados por los acontecimientos de 1905-1906. Entre los estudiantes, aquella lasitud adoptaba incluso la forma de un «recrudecimiento insolente de los suicidios y la neurastenia». Aunque el proletariado intelectual era capaz del sacrificio, del martirio y del asesinato político individuales, era incapaz de generar un «gran levantamiento social».

El proletariado industrial se encontraba en rápido crecimiento, debido al reciente desarrollo económico de Rusia. En los centros industriales, San Petersburgo, Reval, Moscú, Lodz, Varsovia, Odessa, Bakú, existía una ejército disciplinado de 500.000 trabajadores que habían jurado «la destrucción absoluta del despotismo autocrático». El Estado Mayor de ese ejército, cuyos miembros se mantenían en secreto, era singularmente eficaz. Mientras que el proletariado intelectual no tenía «más armas que la propaganda teórica y el asesinato personal», el proletariado obrero poseía el «arma terrible de la huelga general». La *Bund* judía de Polonia —con su prensa clandestina, su fondo de huelga y sus 35.000 miembros— era la «vanguardia del ejército obrero». Aunque entre los artesanos judíos y los obreros rusos había poca solidaridad e incluso existía un mutuo desprecio, «sin embargo, constituían una fuerza formidable favorable a la revuelta y la subversión».

Pero cualquiera que fuese el poderío de aquellas fuerzas revolucionarias, se enfrentaban con unas «fuerzas de la resistencia y la represión» formidables. Aunque en la alta sociedad se criticaba al Zar Nicolás II por estar demasiado aislado y ser susceptible a influencias ocultas, el prestigio del zar permanecía intacto entre la población en general, salvo los judíos. Hasta la fecha, la revolución no había destruido la «ilusión imperial ni el fetichismo autocrático», de forma que la supremacía del zar seguía constituyendo un «paladión respetadísimo del régimen».

Después de la corona, la policía era el gran baluarte del Estado, Era «una burocracia enorme y astutamente centralizada» que contaba con 38.000 gendarmes, una cancillería secreta (la *Ojraná)* con una gran red de agentes y un presupuesto de 162 millones de francos, más un fondo especial de 25 millones de francos desembolsados a discreción del emperador. En momentos difíciles, el Gobierno actuaba mediante decretos de urgencia en virtud de los cuales la policía era «omnipotente», y una caballería de 25.000 cosacos estaba lista para reprimir disturbios. Pero, además, existía una policía privada que quizá fuera «el arma más temida del conservadurismo social». Una gran «sociedad secreta, la Unión del Pueblo Ruso, era algo así como una liga contrarrevolucionaria que tenía vínculos secretos con el Gobierno». Esa sociedad tenía su propia prensa, que estaba «subvencionada

y controlada por la *Ojraná*». También distribuía hojas y folletos políticos «para incitar al fanatismo popular contra los enemigos de la religión, el emperador y el Estado». Paléologue añadía, incluso, que «nuestro propio Comité de Salud Pública habría envidiado un instrumento tan magnífico de represión y dominación».

Como último recurso, existía un «ejército permanente de 1,3 millones de hombres en tiempo de paz, 300.000 de los cuales formaban la guardia imperial». La información del propio Paléologue y los informes de sus agregados militares confirmaban la «lealtad perfecta de los oficiales y soldados», que significaba que «el ejército no parece estar contaminado por la propaganda anarquista».

En conclusión, la balanza se inclinaba decididamente del lado del Gobierno zarista. Claro que, en caso de movilización general, en los principales centros industriales se experimentaría algo de inquietud y habría sabotajes. «Pero cualquier estallido serio se vería ahogado inmediatamente en sangre [*étouffé dans le sang*].» A juzgar por la experiencia del pasado, «en caso de una urgencia nacional, no cabe duda de que a los revolucionarios se los trataría con un rigor implacable». Si la opinión de que los regímenes «no se veían derrocados por las revoluciones, sino porque los gobiernos abdican del poder» tenía algún peso, el Gobierno ruso no estaba a punto de ceder. Si sus enemigos lo atacaban, aplicaría «represalias implacables». Era posible que los occidentales considerasen «inhumana la represión del Estado ruso», pero eso no tenía importancia: «el pueblo ruso está acostumbrado a soportar dosis enormes de absolutismo, y la dosis actual no es superior a la capacidad popular de soportarla». Por añadidura, Paléologue conjeturaba que si iba a haber un peligro real, «no vendría de la Revolución, sino de la Reacción, y no como producto de la guerra, sino en tiempo de paz».

A partir de aquel momento el embajador de Francia, que era un superhalcón contra Alemania, siguió dando seguridades al General Joffre y a otros en el sentido de que, pese a la nueva oleada de huelgas, el movimiento revolucionario no quería ni podía injerirse en la movilización. Hasta julio de 1914 se mantuvo firme en su conclusión de que «las fuerzas del zarismo autocrático eran muy superiores a las fuerzas revolucionarias», y de que en caso de guerra podía confiarse en que el pueblo ruso combatiría incluso de forma entusiasta. Como reflexión *a posteriori* añadía, no obstante, «si los ejércitos no alcanzaban la victoria, o si su victoria se veía frustrada», volvería a producirse «un estallido de ira popular, igual que ocurrió en 1878 y 1905». La conclusión final de Paléologue, que no era demasiado diferente de la de Trotsky, era que «la derrota militar era lo único que podía derrocar al zarismo».

Igual que el movimiento obrero ruso era demasiado débil para disuadir al Gobierno zarista de que procediera a la movilización, también los movimientos nacionalistas de la Europa centro-oriental eran demasiado débiles y estaban demasiado fragmentados para que Viena tuviera que preocuparse. A principios del siglo XX las nacionalidades sometidas, incluidos los serbios, estaban a la espera. Sus programas políticos, sus organizaciones y sus estrategias eran tan moderados como los de los partidos socialdemócratas de Europa central y occidental. Con raras excepciones, sus dirigentes eran gradualistas confirmados, tanto porque se sentían intimidados por la capacidad represiva del Estado como porque, al igual que los dirigentes del reciente Risorgimento italiano, sentían aversión a movilizar a las masas, especialmente a los campesinos, con programas sociales radicales.

Resulta significativo que la Mano Negra clandestina y los jóvenes asesinos de Francisco Fernando no tuvieran su base entre los eslavos supuestamente agitados en el seno del Imperio Austro-Húngaro, sino al otro lado de la frontera, en Serbia. Además, su acto no fue de confianza, sino de desesperación. La política del asesinato simbólico era, como siempre, la estrategia de unos movimientos nacionalistas que se veían frenados y divididos, y que eran débiles.

De hecho, el asesinato del archiduque y su mujer morganática en la capital de Bosnia fue un reflejo microscópico de la crisis general de Europa. Por una parte, existían los excesos esporádicos de los militantes que se hallaban en los extremos, y no en el centro, de unos movimientos obreros, socialistas y nacionalistas esencialmente moderados. Además de ser débiles, los fanáticos de esas fuerzas del cambio se veían rechazados por los movimientos de que procedían. En todo caso, la política de la superreacción puso a esos movimientos la misma etiqueta de extremismo, con el resultado de que ellos, a su vez, tropezaron con la desconfianza y el desprecio de un centro vital que se estaba derrumbando.

Del otro lado se daban los constantes excesos de los ultraconservadores, estrechamente vinculados al núcleo de las clases y las instituciones dirigentes y gobernantes. Lejos de verse repudiados por sus colegas conservadores en el Gobierno y fuera de él, los fanáticos de las fuerzas del orden ejercían cada vez más influencia sobre ellos.

Francisco Fernando era la encarnación absoluta del ultraconservadurismo resurgente y de la política de la hiperreacción. No sólo era un aristócrata altivo, un absolutista arrogante, un austrogermano orgulloso, un católico ferviente y un militarista imperioso; como reaccionario total, era además un agresivo antidemócrata, anticapitalista, antilibertario, antisocialista, antimagyar, antieslavo, antisemita y antimodernista. Es posible que el príncipe heredero titubeara entre la

política del pronunciamiento interno y la de la guerra inducida externa. Pero eran pocos quienes dudaban de que una vez elevado al trono de la Habsburgo —en 1914 el Emperador Francisco José I tenía ochenta y cuatro años— orquestaría una política vigorosa de retrogresión histórica. Entretanto, lo que más preocupaba a Francisco Fernando era el ejército. Era típico que hubiera recibido el despacho de teniente a los catorce años de edad y que hubiera ido ascendiendo rápidamente. A partir de 1895 se tenía entendido que en caso de guerra actuaría como comandante en jefe, y en 1898 se hizo cargo de una cancillería militar que rápidamente se convirtió en un gobierno fantasma reaccionario. El archiduque esperaba del ejército que infundiera la lealtad y la disciplina en todo el imperio. Aunque Francisco Fernando estaba encargado de supervisar todos los aspectos de las fuerzas armadas, no se interesaba en absoluto por las armas ni por las tácticas nuevas de la guerra de infantería. Su confianza en la caballería permanecía inquebrantable, debido en parte a que consideraba que el ejército era un instrumento tan importante, por lo menos, en el orden interno como en la guerra externa.

Francisco Fernando no fue más que la víctima del comando terrorista solitario que hizo aquellos disparos fatales en Sarajevo. Tras aquella víctima infortunada se hallaba el blanco mayor de unas élites y unas instituciones venerables empeñadas en prolongar sus vidas privilegiadas, si era necesario mediante la fuerza y la violencia. Pero aquel blanco era demasiado grande, demasiado flexible y demasiado resistente para que lo abatieran unas cuantas balas terroristas. Harían falta las dos guerras mundiales y el holocausto, o la Guerra de los Treinta Años del siglo XX, para acabar de desalojar y de exorcizar a la arrogancia feudal y aristocrática de las sociedades civiles y políticas europeas.

BIBLIOGRAFIA

Introducción

ANDERSON, Perry: *Lineages of the Absolutist State.* Londres, New Left Books, 1974. (Ed. española: *El Estado absolutista,* Madrid, Siglo XXI, 1979.)

ARENDT, Hannah: *The Origins of Totalitarianism,* 3.ª ed. Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1966. (Ed. española: *Los orígenes del totalitarismo,* Madrid, Alianza Ed., 1982.)

ASTON, Trevor, comp.: *Crisis in Europe, 1560-1660.* Nueva York, Basic Books, 1965. (Ed. española: *Crisis en Europa, 1560-1660,* Madrid, Alianza Ed., 1983.)

BARRACLOUGH, Geoffrey: *An Introduction to Contemporary History.* Nueva York, Basic Books, 1965.

BEHRENS, C. B. A.: *The Ancien Régime.* Nueva York, Harcourt Brace Jovanich, 1967.

BLOCH, Marc: *La Société féodale.* París, Albin Michel, 1939. (Ed. española: *La sociedad feudal,* México, UTEHA.)

DAHRENDORF, Ralf: *Society and Democracy in Germany.* Garden City, N. Y., Doubleday & Co., 1967.

ENGELS, Friedrich: *The Role of Force in History: A Study of Bismarck's Policy of Blood and Iron.* Nueva York, International Publishers, 1972.

FURET, François: *Penser la Révolution française.* París, Gallimard, 1978. (Ed. española: *Pensar la Revolución Francesa,* Barcelona, Petrel, 1980.)

GOUBERT, Pierre: *L'Ancien Régime,* 2 vols. París, Armand Colin, 1969-1973. (Ed. española: *El Antiguo Régimen,* Madrid, Siglo XXI, 1979 y 1980.)

GRAMSCI, Antonio: *Selections from the Prison Notebooks.* Nueva York, International Publishers, 1971. (Ed. española: *Cartas desde la cárcel,* Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976.)

HALÉVY, Élie: *The World Crisis of 1914-1918.* Oxford, Clarendon Press, 1930.

HAYES, Carlton J. H.: *A Generation of Materialism, 1871-1900.* Nueva York, Harper & Row, 1941. (Ed. española: *Una generación de materialismo,* Madrid, Espasa-Calpe, 1946.)

HOBSBAWM, E. J.: *The Age of Revolution: Europe, 1789-1848.* Cleveland, Ohio, World Publishing Co., 1962. (Ed. española: *Las revoluciones burguesas, 1789-1848,* Madrid, Guadarrama, 1964.)

— *The Age of Capital, 1848-1875.* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1975. (Ed. española: *La era del capitalismo,* Labor, 1977.)

KEHR, Eckart: *Economic Interest, Militarism, and Foreign Policy.* Berkeley, University of California Press, 1977.

LENIN, V. I.: *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism.* Nueva York, International Publishers, 1939. (Ed. española: *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* Madrid, Fundamentos, 1974.)

MARCUSE, Herbert: *Negations: Essays in Critical Theory.* Boston, Beacon Press, 1968.

MARX, Karl: *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte.* Nueva York, International Publishers, 1963. (Ed. española: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte,* Barcelona, Ariel, 1977.)

— y ENGELS, Friedrich: *The German Ideology,* partes 1 y 2. Nueva York, International Publishers, 1947. (Ed. española: *La ideología alemana,* Barcelona, Grijalbo, 1970.)

MOORE, Barrington, Jr.: *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World.* Boston, Beacon Press, 1966. (Ed. española: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia,* Barcelona, Edicions 62, 1973.)

NORMAN, E. Herbert: *Japan's Emergence as a Modern State.* En John W. Dower, comp., *Origins of the Modern Japanese State: Writings of E. H. Norman.* Nueva York, Pantheon Books, 1975.

ORTEGA Y GASSET, José: *The Revolt of the Masses.* Nueva York, W. W. Norton & Co., 1932. (*La rebelión de las masas,* Revista de Occidente, 1930.)

POLANYI, Karl: *The Great Transformation: Political and Economic Origins of Our Time.* Nueva York, Rinehart, 1944.

SCHUMPETER, Joseph A.: *Capitalism, Socialism, and Democracy,* 3.ª ed. Nueva York, Harper Torchbooks, 1962. (Ed. castellana: *Capitalismo, socialismo y democracia,* Madrid, Aguilar, 1971.)

STEINER, George: *In Bluebeard's Castle: Some Notes Toward the Redefinition of Culture.* New Haven, Yale University Press, 1971.

TOCQUEVILLE, Alexis de: *The Old Régime and the French Revolution.* Garden City, N. Y., Doubleday & Co., 1955. (Ed. española: *El Antiguo Régimen y la Revolución,* Madrid, Alianza Ed., 1982.)

TUCHMAN, Barbara W.: *The Proud Tower: A Portrait of the World Before the War, 1890-1914.* Nueva York, Macmillan Co., 1966.

VEBLEN, Thorstein: *Imperial Germany and the Industrial Revolution.* Nueva York, Macmillan Co., 1915.

VOVELLE, Michel: *La Chute de la monarchie, 1787-1792.* París, Éditions du Seuil, 1972. (Ed. española: *La caída de la monarquía,* Barcelona, Ariel, 1979.)

WILLIAMS, Raymond: *The Country and the City.* Nueva York, Oxford University Press, 1973.

Capítulo 1
Las economías: La perduración de la tierra, la agricultura, las manufacturas

BARRAL, Pierre: *Les agrariens français de Méline à Pisani.* París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1968.

— *Les Sociétés rurales du XX^e siècle.* París, Armand Colin, 1978.

BATER, James H.: *St. Petersburg: Industrialization and Change,* Montreal, McGill-Queens University Press, 1976.

BECHTEL, Heinrich: *Wirtschaftsgeschichte Deutschlands im 19 und 20. Jahrhundert.* Munich, Georg D. W. Gallwey, 1956.

BLUM, Jerome: *The End of the Old Order in Rural Europe.* Princeton, Princeton University Press, 1978.

BOUVIER, Jean: *Histoire économique et histoire sociale: Recherches sur le capitalisme contemporain.* Ginebra, Librairie Droz, 1968.

— *Naissance d'une banque: La Crédit Lyonnais.* París, Flammarion, 1968.

BRODRICK, George C.: *English Land and English Landlords.* Londres, Cassel, Petter, Galpin & Co., 1881.

CAIRNCROSS, A. K.: *Home and Foreign Investment, 1870-1913.* Cambridge, Cambridge University Press, 1953.

CAMERON, Rondo: *Banking and Economic Development.* Nueva York, Oxford University Press, 1972. (Ed. española: *La Banca en las primeras etapas de la industrialización,* Madrid, Tecnos, 1974.)

CASTRONOVO, Valerio: *Storia d'Italia.* Vol. 4, parte 1.ª, *La storia economica.* Turín, Giulio Einaudi, 1975.

CHANDLER, Alfred D., Jr.: *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business.* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1977.

CLAPHAM, J. H.: *The Economic Development of France and Germany, 1815-1914,* 4.ª ed. Cambridge, Cambridge University Press, 1945.

COLLINET, Michel: *Essai sur la condition ouvrière, 1900-1950.* París, Éditions Ouvrières, 1951.

COURTHÉOUX, J. P.: «Les Pouvoirs économiques et sociaux dans un même secteur industriel: La Sidérurgie». *Revue d'Histoire économique et sociale* 38 (1960): 339-76.

CRISP, Olga: *Studies in the Russian Economy Before 1914.* Nueva York, Barnes & Noble, 1976.

DAUMARD, Adeline: «L'Évolution des structures sociales en France à l'époque de l'industrialisation». *Revue Historique* 502 (1972): 325-46.

DEANE, Phyllis, y COLE, W. A.: *British Economic Growth, 1688-1959: Trends and Structure.* Cambridge, Cambridge University Press, 1962.

DOBB, Maurice: *Studies in the Development of Capitalism.* Nueva York, International Publishers, 1947. (Ed. española: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo,* Madrid, Siglo XXI, 1979.)

DOVRING, Folke: *Land and Labor in Europe, 1900-1950.* La Haya, Martinus Nijhoff, 1956.

DUBY, Georges, y WALLON, Armand, comps.: *Histoire de la France rurale.* Vol. 3, *Apogée et crise de la civilisation paysanne, 1789-1914.* París, Éditions du Seuil, 1976.

EDDIE, Scott M.: «The Changing Pattern of Landownership in Hungary, 1867-1914». *Economic History Review* 20 (1967): 293-310.

ERICKSON, Charlotte: *British Industrialists: Steel and Hosiery, 1850-1950.* Cambridge, Cambridge University Press, 1959.

FRIDENSON, Patrick: *Histoire des Usines Renault: Naissance de la grande entreprise, 1898-1939.* París, Éditions du Seuil, 1972.

GERSCHENKRON, Alexander: *Economic Backwardness in Historical Perspective.* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1962. (Ed. española: *Atraso económico e industrialización,* Barcelona, Ariel, 1970.)

GIEDION, Siegfried: *Mechanization Takes Command.* Nueva York, Oxford University Press, 1948.

GROSS, Nachum: «Austrian Industrial Statistics 1880/85 and 1911/13». *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft* 124 (1968): 35-69.

GUIRAL, Pierre, y THUILLIER, Guy: *La Vie quotidienne des domestiques en France au XIX siècle.* París, Librairie Hachette, 1978.

HÄBICH, Theodor: *Deutsche Latifundien.* Stuttgart, W. Kohlhammer, 1947.

HALSEY, A. E., comp.: *Trends in British Society since 1900: A Guide to the Changing Social Structure of Britain.* Nueva York, St. Martin's Press, 1972.

HANNAH, Leslie: *The Rise of the Corporate Economy.* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976.

HOBSBAWM, E. J.: *Industry and Empire: The Making of Modern English Society.* Vol. 2, *1750 to the Present Day.* Nueva York, Pantheon Books, 1968. (Ed. española: *Industria e imperio,* Barcelona, Ariel, 1977.)

HOFFMAN, Walther G.: *The Growth of Industrial Economies.* Manchester, Manchester University Press, 1958.

JONES, Gareth Stedman: «Working-Class Culture and Working-Class Politics in London, 1870-1900: Notes on the Remaking of a Working-Class». *Journal of Social History* 7 (1974): 460-508. (Trad. al castellano: Revista *En Teoría,* núms. 8-9, 1982.)

KAHN, Alfred E.: *Great Britain in the World Economy.* Nueva York, Columbia University Press, 1946.

KEMP, Tom: *Industrialization in Nineteenth Century Europe.* Nueva York, Humanities Press, 1969. (Ed. española: *La revolución industrial en la Europa del siglo XIX,* Barcelona, Fontanella, 1979.)

KINDLEBERGER, Charles P.: *Economic Growth in France and Britain, 1851-1950.* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1964.

LANDES, David S.: *The Unbound Prometheus.* Cambridge, Cambridge University Press, 1969. (Ed. española: *Progreso tecnológico y revolución industrial,* Madrid, Tecnos, 1979.)

LAUX, James M.: *In First Gear: The French Automobile Industry to 1914.* Montreal, McGill-Queens University Press, 1976.

LEBOVICS, Herman: «'Agrarians' Versus 'Industrializers'». *International Review of Social History* 12 (1967): 31-65.

LÉVY-LEBOYER, Maurice: «Le Patronat français a-t-il été malthusien?». *Le Mouvement Social* 88 (1974): 3-50.

LYASHCHENKO, Peter I.: *History of the National Economy of Russia to the 1917 Revolution.* Nueva York, Octagon Books, 1970.

McBRIDE, Theresa M.: *The Domestic Revolution: The Modernization of Household Service in England and France, 1820-1920.* Nueva York, Holmes & Meier Publishers, 1976.

MATIS, Herbert: *Osterreichs Wirtschaft, 1848-1913.* Berlín, Duncker & Humblot, 1972.

MAYER, Hans, comp.: *Hundert Jahre österreichischer Wirtschaftsentwicklung. 1848-1948.* Viena, Springer, 1949.

MITCHELL, B. R.: *Abstract of British Historical Statistics.* Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

— *European Historical Statistics, 1750-1970.* Nueva York, Columbia University Press, 1975.

MOORE, Barrington, Jr.: *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt.* White Plains, N. Y., M. E. Sharpe, 1978.

MOSS, Bernard H.: *The Origins of the French Labor Movement, 1830-1914: The Socialism of Skilled Workers.* Berkeley, University of California Press, 1976.

NLUBURGER, Hugh, y STOKES, Houston H.: «German Banks and German Growth, 1883-1914: An Empirical View». *Journal of Economic History* 34 (1974): 710-30.

PALMADE, Guy P.: *Capitalisme et capitalistes français au XIX^e siècle.* París, Armand Colin, 1961.

PAYNE, P. L.: «The Emergence of the Large-Scale Company in Great Britain, 1870-1940». *Economic History Review* 20 (1967): 519-41.

POHL, Manfred: *Einführung in die deutsche Bankengeschichte.* Francoforte del Meno, Fritz Knapp, 1966.

PUHLE, Hans Jürgen: *Politische Agrarbewegungen in kapitalistischen Industriegesellschaften.* Gottinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1975.

SAMUEL, Raphael: «The Workshop of the World: Steam Power and Hand Technology in mid-Victorian Britain». *History Workshop* 3 (1977): 6-72.

SARTORIUS VON WALTERSHAUSEN, A.: *Deutsche Wirtschaftsgeschichte, 1815-1914,* 2.ª ed. Jena, Gustav Fischer, 1923.

SAUL, S. B.: *The Myth of the Great Depression, 1873-1896.* Nueva York, Humanities Press, 1969.

SOMBART, Werner: *The Jews and Modern Capitalism.* Glencoe, Ill., Free Press, 1951.

Statistisches Jahrbuch für das deutsche Reich, 1913. Berlín, Puttkamer & Mühlbrecht, 1913.

Statistiques internationales rétrospectives. Vol 1, *La Population active et sa structure.* Bruselas, Université Libre de Bruxelles, 1968.

STEARNS, Peter N.: *Lives of Labor: Work in a Maturing Industrial Society.* Nueva York, Holmes & Meier Publishers, 1975.

TREMEL, Ferdinand: *Wirtschafts- und Sozialgeschichte Osterreichs.* Viena, Franz Deuticke, 1969.

TROSS, Arnold: *Der Aufbau der Eisen- und eisenverarbeitenden Industriekonzerne Deutschlands.* Berlín, Julius Springer, 1923.

ZORN, Wolfgang, comp.: *Handbuch der deutschen Wirtschafts- und Sozialgeschichte.* Vol. 2, *Das 19. und 20. Jahrhundert.* Stuttgart, Ernst Klett, 1976.

Capítulo 2
Las clases dirigentes: La burguesía deferente

BALDICK, Robert: *The Duel.* Nueva York, Clarkson N. Potter, 1966.

BERGERON, Louis: *Les Capitalistes en France, 1780-1914.* París, Gallimard/Julliard, 1978.

BOURDIEU, Pierre, y PASSERON, Jean-Claude: *Les Héritiers.* París, Éditions de Minuit, 1964. (Ed española: *Los estudiantes y la cultura,* Madrid, Labor, 1967.)

— *La Reproduction.* París, Éditions de Minuit, 1970. (Ed. española: *La reproducción,* Barcelona, Laia, 1981.)

BRAMSTED, Ernest K.: *Aristocracy and the Middle-Classes in Germany: Social Types in German Literature, 1830-1900.* Chicago, University of Chicago Press, 1964.

BRUCE-JONES, Mark, y MONTGOMERY-MASSINGBERD, Hugh: *The British Aristocracy.* Londres, Constable, 1979.

CECIL, Lamar: «The Creation of Nobles in Prussia, 1871-1918». *American Historical Review* 75 (1970): 757-95.

CHAUSSINAND-NOGARET, Guy, ed.: *Une Histoire des élites, 1700-1848.* París, Mouton Éditeur, 1975.

DAUMARD, Adeline: *Les Bourgeois de Paris au XIX^e siècle.* París, Flammarion, 1970.

DEMETER, Karl: *The German Officer Corps in Society and State, 1650-1945.* Nueva York, Frederick A. Praeger, 1965.

DU PUY DE CLINCHAMPS, Philippe: *La Noblesse.* París, Presses Universitaires de France, 1959.

Elenco ufficiale nobiliare italiano. Bolonia, Forni, 1922.

ELIAS, Norbert: *Die höfische Gesellschaft: Untersuchungen zur Soziologie des Königtums und der höfischen Aristokratie.* Neuwied, Luchterhand, 1969. (Ed. española: *La sociedad cortesana,* México, FCE, 1982.)

— *Über den Progress der Zivilisation,* 2 vols. Francoforte del Meno, Suhrkamp, 1978.

ELLUL, Jacques: *Métamorphose du bourgeois.* París, Calmann-Lévy, 1967.

EMMONS, Terence: «The Russian Landed Gentry and Politics». *Russian Review* 33 (1974): 269-83.

ENGELMANN, Bernt: *Krupp.* Munich, Wilhelm Goldmann, 1978.

FEGUIZ, P. L.: *It volt sconosciuto dell' Italia,* 2 vols. Milán, Antonino Giuffrè, 1966.

FONTANE, Theodor: *Der Stechlin.* Berlín, 1899.

— *Frau Jenny Treibel.* Berlín, 1893.

FUGGER, Nora: *The Glory of the Habsburgs.* Nueva York, Dial Press, 1932.

GIDDENS, Anthony: *The Class Structure of the Advanced Societies.* Nueva York, Barnes & Noble, 1973. (Ed. española: *La estructura de clases de las sociedades avanzadas,* Madrid, Alianza Ed., 1983.)

GIROUARD, Mark: *Life in the English Country House: A Social and Architectural History.* New Haven, Conn., Yale University Press, 1978.

GOBLOT, Edmond: *La Barrière et le niveau: Étude sociologique sur la bourgeoisie française moderne.* París, Presses Universitaires de France, 1967.

GÖRLITZ, Walter: *Die Junker: Adel und Bauer im deutschen Osten.* Glücksburg/Ostsee, C. V. Starke, 1957.

GRAÑA, César: *Bohemia Versus Bourgeois.* Nueva York, Basic Books, 1964.

GROETHHUYSEN, Bernard: *Origines de l'Esprit bourgeois en France.* París, Gallimard, 1927. (Ed. española: *Formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII,* México, FCE, 1981.)

GUTTSMAN, W. L., comp.: *The English Ruling Class.* Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1969.

HAMBURG, Gary Michael: «Land, Economy and Society in Tsarist Russia: Interest Politics of the Landed Gentry during the Agrarian Crisis of the Late Nineteenth Century». Tesis doctoral inédita, Universidad de Stanford, 1978.

HUIZINGA, Johan: *The Waning of the Middle Ages.* Garden City, N. Y., Doubleday & Co., 1954. (Ed. española: *El otoño de la Edad Media,* Madrid, Revista de Occidente, 95.ª ed., 1973.)

JÄGER-SUNSTENAU, Hanns: «Statistik der Nobilitierungen in Osterreich, 1701-1918». *Osterreichisches Familienarchiv* 1 (1963): 3 y ss.

JARAY, Gabriel Louis: *La Question sociale et le socialisme en Hongrie.* París, Félix Alcan, 1909.

KARADY, Victor, y KEMENY, Itsvän: «Les Juifs dans la structure des classes en Hongrie: Essai sur les antécédents historiques des crises d'antisémitisme du XX^e siècle». *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 22 (1978): 25-59.

KRUEDENER, Jürgen von: *Die Rolle des Hofes im Absolutismus.* Stuttgart, Gustav Fischer, 1973.

LEWIS, Roy, y MAUDE, Angus: *The English Middle Classes.* Londres, Phoenix House, 1949.

MACHTAN, Lothar, y MILLES, Dietrich: *Die Klassensymbiose von Junkertum und Bourgeoisie in Preussen-Deutschland, 1850-1878/79.* Francoforte del Meno, Ullstein, 1980.

MANN, Thomas: *Buddenbrooks.* Berlín, S. Fischer, 1901. (Ed. española: *Los Buddenbrook,* Barcelona, Plaza y Janés, 1972.)

MAYER, Arno J.: «The Lower Middle Class as Historical Problem». *Journal of Modern History* 47 (1975): 409-36.

McCAGG, William O., Jr.: «Ennoblement in Dualistic Hungary», *East European Quarterly* 5 (1971): 13-26.

— *Jewish Nobles and Geniuses in Modern Hungary.* Boulder, Colo., East European Quarterly, 1972.

McMILLAN, James: *The Honours Game.* Londres, Leslie Frewin, 1969.

MANCHESTER, William: *The Arms of Krupp, 1587-1968.* Nueva York, Bantam Books, 1968.

MARCH, Harold: *The Two Worlds of Marcel Proust.* Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1948.

MICHELS, Robert: *Probleme der Sozialphilosophie.* Leipzig y Berlín, B. G. Teubner, 1914.

MUNCY, Lysbeth Walker: *The Junker in Prussian Administration under William II, 1888-1914.* Providence, R. I., Brown University Press, 1944.

MUSIL, Robert: *Der Mann ohne Eigenschaften.* Hamburgo, Rowohlt, 1956. (Ed. española: *El hombre sin atributos,* Barcelona, Seix Barral, 1980.)

CERTZEN, Friedrich Wilhelm von: *Junker: Preussischer Adel im Jahrhundert des Liberalismus.* Oldenburg, Stalling, 1939.
PAINTER, George D.: *Marcel Proust,* 2 vols. Nueva York, Vintage Books, 1978. (Ed. española: *Marcel Proust,* Madrid, Alianza Ed., 1967.)
FERROTT, Roy: *The Aristocrats: A Portrait of Britain's Nobility and Their Way of Life Today.* Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1968.
PHILLIPS, Gregory P.: *The Diehards: Aristocratic Society and Politics in Edwardian England.* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1979.
PONTEIL, Félix: *Les Classes bourgeoises et l'avènement de la démocratie, 1815-1914.* París, Albin Michel, 1968.
PRERADOVICH, Nikolaus von: *Die Führungeschichten in Oesterreich und Preussen, 1804-1918.* Wiesbaden, Franz Steiner, 1955.
FRITZKOLEIT, Kurt. *Wem gehört Deutschland?* Viena, Munich y Basilea, Kurt Desch, 1957.
PROUST, Marcel: *A la recherche du temps perdu,* 15 vols. París, Gallimard, 1919-1927. (Ed. española: *En busca del tiempo perdido,* Madrid, Alianza Editorial, 5.ª ed., 1975.)
PUMPHREY, Ralph: «The Creation of Peerages in England, 1837-1911». Tesis doctoral inédita, Universidad de Yale, 1934.
RIEHL, Wilhelm Heinrich: *Die bürgerliche Gesellschaft.* Francoforte del Meno, Ullstein, 1976.
RIESE, Laure: *Les Salons littéraires parisiens.* Toulouse, Privat, 1962.
ROMANO, Salvatore: *Le classi sociali in Italia.* Turín, Giulio Einaudi, 1965.
ROTHENBERG, Gunther E.: *The Army of Francis Joseph.* West Lafayette, Ind., Purdue University Press, 1976.
RUBENSTEIN, W. D.: «Wealth, Elites and the Class Structure of Modern Britain». *Past and Present* 76 (1977): 101-26.
SCHNAPPER, Dominique: *L'Italie rouge et noire.* París, Gallimard, 1971.
SCHWERING, Axel von: *The Berlin Court under William II.* Londres, Cassel & Co., 1915.
SIEGERT, Heinz, comp.: *Adel in Osterreich.* Viena, Kremayr & Scheriau, 1971.
SINCLAIR, Andrew: *The Last of the Best: The Aristocracy of Europe in the Twentieth Century.* Nueva York, Macmillan Co., 1969.
SOMBART, Werner: *Der Bourgeois.* Munich y Leipzig, Duncker & Humblot, 1913. (Ed. española: *El burgués,* Madrid, Alianza Ed., 1982.)
SPRING, David, comp.: *European Landed Elites in the Nineteenth Century.* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1977.
TARDE, Gabriel: *Les Lois de l'imitation.* París, Alcan, 1895.
THOMPSON, F. M. L.: *British Landed Society in the Nineteenth Century.* Toronto, University of Toronto Press, 1963.
VEBLEN, Thorstein: *The Theory of the Leisure Class.* Nueva York, Huebsch, 1918. (Ed. española: *Teoría de la clase ociosa,* México, FCE.)
WHITTAM, John: *The Politics of the Italian Army, 1861-1918.* Hamden, Conn., Shoe String Press, 1976.
WORTMAN, Richard: «Court Ceremonial and Bureaucracy in Nineteenth Century Russia». Borrador inédito para una monografía, 1979.
ZELDIN, Theodore: *France, 1848-1945,* 2 vols. Nueva York, Oxford University Press, 1973-1977.

ZUNKEL, Friedrich: «Industriebürgertum in Westdeutschland». En Hans-Ulrich Wehler, comp., *Moderne deutsche Sozialgeschichte*. Colonia y Berlín, Kiepenheuer & Witsch, 1966.

Capítulo 3
La sociedad política y las clases gobernantes: El eje del Antiguo Régimen

ANDERSON, R. D.: *France, 1870-1914: Politics and Society*. Londres, Routledge & Kegan Paul, 1977.

ARMSTRONG, John A.: *The European Administrative Elite*. Princeton, N. J., Princeton University Press, 1973.

BEAU DE LOMÉNIE, E.: *Les Responsabilités des dynasties bourgeoises*. Vol. 2, *Sous la Troisième république: De Mac-Mahon à Poincaré*. París, Éditions Denoël, 1947.

BEER, Samuel H.: *British Politics in the Collectivist Age*. Nueva York, Alfred A. Knopf, 1965.

BERNSTEIN, Serge, y MILZA, Pierre: *L'Italie contemporaine*. París, Armand Colin, 1973.

BOIS, Paul: *Paysans de l'Ouest*. París, Flammarion, 1971.

BOLTON, Glorney: *Roman Century, 1870-1970*. Londres, Hamish Hamilton, 1970.

BROCKHEAD, P. A.: *The House of Lords and Contemporary Politics, 1911-1957*. Nueva York, Hillary House Publishers, 1958.

CANNADINE, David: «The Context, Performance, and Meaning of Ritual: The British Monarchy and the Invention of Tradition, c. 1800-1977». De próxima publicación en *Past and Present*.

CHARLE, Christophe: *Les Hauts Fonctionnaires en France au XIX^e siècle*. París, Gallimard/Julliard, 1980.

CHARNAY, Jean-Paul: *Le Suffrage politique en France*. París, Mouton, 1965.

CHARQUES, Richard: *The Twilight of Imperial Russia*. Londres, Oxford University Press, 1958.

CHASTENET, Jacques: *Histoire de la Troisième république: Triomphes et malaises*. París, Librairie Hachette, 1964.

CHMIELEWSKI, Edward: «Stolypin's Last Crisis». *California Slavic Studies* 3 (1964): 95-126.

COPPA, Frank J.: *Planning, Protection and Politics in Liberal Italy*. Washington, D. C., Catholic University of America Press, 1971.

DESMAREST, Jacques: *L'Évolution de la France contemporaine: Des Oppositions à l'unité, 1879-1914*. París, Librairie Hachette, 1977.

FEUCHTWANGER, E. J.: *Prussia: Myth and Reality*. Londres, Oswald Wolff, 1970.

FLORINSKY, Michael T.: *The End of the Russian Empire*. Nueva York, Collier-Macmillan, 1961.

GASH, Norman; SOUTHGATE, Donald; DILKS, David, y RAMSDEN, John: *The Conservatives: A History from their Origins to 1965*. Londres, George Allen & Unwin, 1977.

GIRARDET, Raoul: *La Société militaire dans la France contemporaine, 1815-1939.* París, Plon, 1953.

GRUSKY, Oscar: «Career Patterns and Characteristics of British Naval Officers». *British Journal of Sociology* 26 (1975): 35-51.

GUTTSMAN, W. L.: *The British Political Elite.* Nueva York, Basic Books, 1963.

HOSKING, Geoffrey A.: *The Russian Constitutional Experiment: Government and Duma, 1907-1914.* Cambridge, Cambridge University Press, 1973.

JÁSZI, Oscar: *The Dissolution of the Habsburg Monarchy.* Chicago, University of Chicago Press, 1929.

KATZ, Robert: *The Fall of the House of Savoy.* Nueva York, Macmillan Co., 1971.

KELSALL, R. K.: *Higher Civil Servants in Britain: From 1870 to the Present.* Nueva York, Humanities Press, 1955.

KINGSLEY, J. Donald: *Representative Bureaucracy: An Interpretation of the British Civil Service.* Yellow Springs, Ohio, Antioch College, 1944.

KOCHAN, Lionel: *Russia in Revolution, 1890-1918.* Nueva York, New American Library, 1966. (Ed. española: *Rusia en revolución,* Madrid, Alianza Ed., 1968.)

LOWELL, A. Lawrence: *Governments and Parties in Continental Europe,* 2 vols. Boston, Houghton Mifflin, 1896.

LUKES, Stephen: *Essays in Social Theory.* Nueva York, Columbia University Press, 1977.

MANNING, Roberta T.: *The Crisis of the Old Order in Russia: Gentry and Government, 1861-1914.* Princeton, U. J., Princeton University Press, 1981.

— «The Zemstvo and Politics, 1864-1914». En Terence Emmons, comp., *The Zemstvo: An Experiment in Local Self-Government.* Cambridge, Cambridge University Press, de próxima publicación.

MASSIE, Robert K.: *Nicholas and Alexandra.* Nueva York, Dell Publishing Co., 1967.

MICHELS, Robert: *Political Parties.* Glencoe, Ill., Free Press, 1949. (Ed. española: *Los partidos políticos,* Buenos Aires, Amorrortu, 1979.)

MILIBAND, Ralph: *Marxism and Politics.* Nueva York, Oxford University Press, 1977. (Ed. española: *Marxismo y política,* Madrid, Siglo XXI, 1979.)

NEUFELD, Maurice F.: *Italy: School for Awakening Countries.* Ithaca, N. Y., New York State School of Industrial and Labor Relations, Cornell University, 1961.

OSTROGORSKI, Moisei: *Democracy and the Organization of Political Parties,* 2 vols. 1902. Reimpreso en Brooklyn, N. Y., Haskell House Publishers, 1970.

OTLEY, C. B.: «The Educational Background of British Army Officers». *Sociology* 7 (1973): 191-209.

— «The Social Origins of British Army Officers». *Sociological Review* 18 (1970): 213-39.

PARES, Bernard: *The Fall of the Russian Monarchy.* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1939.

PINTNER, Walter M., y ROWNEY, Don K., comps.: *Russian Officialdom: The Bureaucratization of Russian Society from the Seventeenth to the Twentieth Century.* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980.

PRITZKOLEIT, Kurt: *Das kommandierte Wunder: Deutschlands Weg im zwanzigsten Jahrhundert.* Viena, Munich y Basilea, Kurt Desch, 1959.
RAZZELL, P. E.: «Social Origins of Officers in the Indian and British Home Army, 1758-1962». *British Journal of Sociology* 14 (1963): 248-60.
REBÉRIOUX, Madeleine: *La République radicale? 1898-1914.* París, Éditions du Seuil. 1975.
ROBINSON, Geroid T.: *Rural Russia Under the Old Regime.* Nueva York, Macmillan Co., 1932.
SETON-WATSON, Hugh: *The Decline of Imperial Russia, 1855-1914.* Nueva York, Frederick A. Praeger, 1956.
SHAPIRO, David, comp.: *The Right in France 1890-1919.* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1962.
SIEGFRIED, André: *Tableau politique de la France de l'ouest sous la IIIe république.* París, Armand Colin, 1913.
SORLIN, Pierre: *La Société française, 1840-1968.* Vol. 1, *1840-1914.* París, Arthaud, 1969.
STANWORTH, Philip, y GIDDENS, Anthony, comps.: *Elites and Power in British Society.* Cambridge, Cambridge University Press, 1974.
STERNBERGER, Dolf, y VOGEL, Bernhard: *Die Wahl der Parlamente und anderer Staatsorgane.* Vol 1, *Europa.* Berlín, Walter de Gruyter, 1969.
TANNENBAUM, Edward R., y NOETHER, Emiliana P.: *Modern Italy.* Nueva York, New York University Press, 1974.
UNDERWOOD, F. M.: *United Italy.* Londres, Methuen & Co., 1912.
WALSH, W. B.: «Political Parties in the Russian Dumas». *Journal of Modern History* 22 (1950): 144-50.
WEBER, Eugen: *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914.* Stanford, Calif., Stanford University Press, 1976.
WEHLER, Hans-Ulrich: *Das deutsche Kaiserreich, 1871-1918.* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht. 1973.
WILDMAN, Allan K.: *The End of the Russian Imperial Army.* Princeton, N. J., Princeton University Press, 1980.
ZAICHKOVSKY, Peter A.: *The Russian Autocracy Under Alexander III.* Gulf Breeze, Fla., Academic International Press, 1976.

Capítulo 4
Las altas culturas oficiales y las vanguardias

ADORNO, Theodor: *Dissonanzen: Musik in der verwalteten Welt.* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1972. (Ed. española: *Disonancias,* Madrid, Rialp, 1966.)
— *Einleitung in die Musiksoziologie.* Munich, Rowohlt, 1971. (Ed. española: *Introducción a la sociología de la música,* Madrid, Rialp.)
— *Prismen: Kulturkritik und Gesellschaft.* Francoforte del Meno, Suhrkamp, 1955. (Ed. española: *Prismas,* Barcelona, Ariel, 1962.)
ASOR ROSA, Alberto: *Storia d'Italia.* Vol. 4, pt. 2, *La cultura.* Turín, Giulio Einaudi, 1975.
AUERBACH, Erich: *Mimesis.* Princeton, N. J., Princeton University Press, 1953.

BALANDIER, Georges: *Anthropologie politique.* París, Presses Universitaires de France, 1967. (Ed. española: *Antropología política,* Barcelona, Edicions 62, 1976.)
BALTZARÉK, Franz; HOFFMANN, Alfred, y STEKL, Hannes: *Wirtschaft und Gesellschaft der wiener Stadterweiterung.* Wiesbaden, Franz Steiner, 1975.
BAREA, Ilsa: *Vienna.* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1966.
BARZINI, Luigi: *The Italians.* Nueva York, Bantam Books, 1964.
BASTIDE, Roger: *Art et société.* París, Payot, 1977.
BAUMGARTH, Christa: *Geschichte des Futurismus.* Munich, Rowohlt, 1966.
BAZIN, Germain: *The Museum Age.* Nueva York, Universe Books, 1967.
BEHRMANN, N. S.: *Duveen: La Chasse aux chefs-d'oeuvre.* París, Libraire Hachette, 1953.
BLNCE-JONES, Mark: *Palaces of the Raj.* Londres, Georges Allen & Unwin, 1973.
BENJAMIN, Walter: *Illuminationen.* Francoforte del Meno, Suhrkamp, 1977. (Edición española: *Iluminaciones,* Madrid, Taurus, 1980.)
BENTMANN, Richard, y MÜLLER, Michael: *La Villa: Architecture de domination.* Bruselas, Pierre Mardaga, 1975.
BERGER, John: *The Success and Failure of Picasso.* Nueva York, Pantheon Books, 1980.
— *Ways of Seeing.* Nueva York, Viking Press, 1973.
BILLY, André: *L'Epoque contemporaine, 1905-1930.* París, Jules Tallandier, 1956.
— *L'Epoque 1900. Paris,* Jules Tallandier, 1951.
BOBEK, Hans, y LICHTENBERGER, Elisabeth: *Wien.* Graz y Colonia, Hermann Böhlaus, 1966
BROCH, Hermann: *Hofmannsthal und seine Zeit.* Francoforte del Meno, Suhrkamp, 1974.
BUCKLE, Richard: *Diaghilev.* Nueva York, Atheneum Publishers, 1979.
BÜRGER, Peter: *Theorie der Avantgarde.* Francoforte del Meno, Suhrkamp, 1974.
CARASSUS, Emilien: *Le Snobisme et les lettres françaises de Paul Bourget à Marcel Proust, 1884-1914.* París, Armand Colin, 1966
CHARLE, Christophe: «Champ littéraire et champ du pouvoir: Les Écrivains et l'Affaire Dreyfus». *Annales* 32 (1977): 240-64.
CRUBELLIER, Maurice: *Histoire culturelle de la France: XIX^e-XX^e siècle.* París, Armand Colin, 1974.
DECKER, Hannah S.: *Freud in Germany: Revolution and Reaction in Science, 1893-1907.* Nueva York, International Universities Press, 1977.
DELLHEIM, Charles J.: «Medievalism in Modernity: Studies in the Victorians' Encounter with Their Historic Inheritance». Tesis doctoral inédita, Universidad de Yale, 1980.
DUFRENNE, Mikel: *Art et Politique.* París, Aubier-Montaigne (10/18), 1974.
EGBERT, Donald Drew: *Social Radicalism and the Arts.* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1970.
EISLER, Hanns: *Materialen zu einer Dialektik der Musik.* Leipzig, Philipp Reclam, 1973.
ELGAR, F.: «L'Académisme de l'art officiel sous la IIIe république». *Carrefour,* 8 de febrero de 1956.
ENGELMANN, Bernt: *Trotz alledem: Deutsche Radikale, 1777-1977.* Munich, Rowohlt, 1979.

FREMANTLE, Anne: *The Papal Encyclicals in Their Historical Context.* Nueva York, Mentor Books, 1972.
FRIEDELL, Egon: *A Cultural History of the Modern Age.* Vol. 3, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1954.
GATHORNE-HARDY, Jonathan: *The Old School Tie.* Nueva York, Viking Press, 1977.
GAUDIBERT, Pierre: *Action culturelle: Intégration et/ou subversion.* París, Casterman, 1972.
GAY, Peter: *Freud, Jews and Other Germans.* Nueva York, Oxford University Press, 1978.
GILBERT, Alan D.: *Religion and Society in Industrial England, 1740-1914.* Nueva York, Longman, 1976.
GILMAN, Richard: *Decadence: The Strange Life of an Epithet.* Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1975.
GIRAUDOUX, Jean: *Pleins Pouvoirs.* París, Gallimard, 1939.
GOLDING, John: *Cubism,* 2.ª ed. Nueva York, Harper & Row, 1968.
GRAÑA, César: *Fact and Symbol: Essays in the Sociology of Art and Literature.* Nueva York, Oxford University Press, 1971.
GRAY, Camilla: *The Great Experiment: Russian Art, 1863-1922.* Nueva York, Harry N. Abrams, 1962.
GREGOR, Joseph: *Kulturgeschichte des Balletts.* Viena, Gallus, 1944.
GRIFFITHS, Richard: *The Reactionary Revolution: The Catholic Revival in French Literature, 1870-1914.* Nueva York, Frederick Ungar Publishing Co., 1965.
GRIGORIEV, S. L.: *The Diaghilev Ballet, 1909-1929.* Londres, Constable, 1953.
GROVER, Stuart R.: «The World of Art Movement in Russia». *Russian Review* 32 (1973): 28-42.
HALL, Ron: «Family Backgrounds of Etonians». En Richard Rose, comp., *Studies in British Politics.* Nueva York, St. Martin's Press, 1966.
HAUSER, Arnold: *The Social History of Art.* Vol. 4, *Naturalism, Impressionism, the Film Age.* Nueva York, Vintage Books, 1951. (Ed. española: *Historia social de la literatura y del arte,* Madrid, Guadarrama, 1967.)
HESS, Thomas B., y ASHBERY, John, comps.: *Art of the Academy.* Nueva York, Collier-Macmillan, 1971.
HINZ, Berthold: *Art in the Third Reich.* Nueva York, Pantheon Books, 1980.
HYNES, Samuel: *The Edwardian Turn of Mind.* Princeton, N. J., Princeton University Press, 1968.
JANZ, Rolf-Peter, y LAERMAN, Klaus: *Arthur Schnitzler: Zur Diagnose des wiener Bürgertums im Fin de Siècle.* Stuttgart, Metzler, 1977.
JOHNSTON, William M.: *The Austrian Mind: An Intellectual and Social History, 1848-1938.* Berkeley, University of California Press, 1972.
KANDINSKY, Wassily, y MARC, Franz, comps.: *The Blaue Reiter Almanac.* Nueva York, Viking Press, 1974.
KASSOW, Samuel D.: «The Russian University in Crisis, 1899-1911». Tesis doctoral inédita, Universidad de Princeton, 1976.
KOHN, Caroline: *Karl Kraus.* Stuttgart, J. B. Metzlersche, 1966.
KÖNIG, René: *Macht und Reiz der Mode.* Düsseldorf y Viena, Econ, 1971.
— *The Restless Image: A Sociology of Fashion.* Londres, George Allen & Unwin, 1973.

LALO, Charles: *L'Art et la vie sociale*. París, Librairie Octave Doin, 1921.
LAURENT, Jeanne: *La République et les beaux-arts*. París, Julliard, 1955.
LAVER, James: *Taste and Fashion from the French Revolution Until Today*. Nueva York, Dodd Mead & Co., 1938.
LE BOT, Marc: *Peinture et machinisme*. París, Klincksieck, 1973.
LECANOUET, Édouard: *L'Église française sous la IIIe république*. París, Alcan, 1930.
LENMAN, Robin: «Politics and Culture: The State and the Avant-Garde in Munich, 1886-1914». En Richard J. Evans, comp., *Society and Politics in Wilhelmine Germany*. Nueva York, Harper & Row, 1978.
LICHTENBERGER, Elizabeth: *Wirtschaftsfunktion und Sozialstruktur*. Viena, Böhlaus, 1970.
LILGE, Frederic: *The Abuse of Learning: The Failure of the German University*. Nueva York, Macmillan Co., 1948.
MCCLELLAND, James C.: *Autocrats and Academics: Education, Culture, and Society in Tsarist Russia*. Chicago, University of Chicago Press, 1979.
MCMANNERS, John: *Church and State in France, 1870-1914*. Nueva York, Harper & Row, 1972.
MARRARO, Howard R.: *The New Education in Italy*. Nueva York, S. F. Vanni, 1936.
MARX, Roland: *Religion et société en Angleterre*. París, Presses Universitaires de France, 1978.
MASUR, Gerhard: *Imperial Berlin*. Nueva York, Basic Books, 1970.
MEEKS, Carroll L. V.: *The Railroad Station*. New Haven, Conn., Yale University Press, 1956.
MINIHAN, Janet: *The Nationalization of Culture: The Development of State Subsidies to the Arts in Great Britain*. Nueva York, New York University Press, 1977.
MINIO-PALUELLO, Lorenzo: *Education in Fascist Italy*. 1946. Reimpreso en Nueva York, AMS Press, 1979.
MOERS, Ellen: *The Dandy: Brummel to Beerbohm*. Nueva York, Viking Press, 1960.
MORGAN, D. H. J.: «The Social and Educational Background of Anglican Bishops». *British Journal of Sociology* 20 (1969): 295-310.
MOULIN, Raymonde: *Le Marché de la peinture en France*. París, Éditions de Minuit, 1967.
NAUMANN, Michael: *Der Abbau einer verkehrten Welt: Satire und politische Wirklichkeit im Werk von Karl Kraus*. Munich, Paul List, 1969.
NORDAU, Max: *Degeneration*. Reimpreso en Nueva York, Howard Fertig, 1968.
OGILVIE, R. M.: *Latin and Greek: A History of the Influence of the Classics on English Life from 1600 to 1918*. Hamden, Conn., Shoe String Press, 1964.
PARET, Peter: «Art and the National Image: The Conflict over Germany's Participation in the St. Louis Exposition». *Central European History* 11 (1978): 173-83.
PEVSNER, Nikolaus: *A History of Building Types*. Princeton, N. J., Princeton University Press, 1976.
PIERRARD, Pierre: *Le Prêtre français*. París, Blond & Gay, 1969.

POGGIOLI, Renato: *The Theory of the Avant-Garde.* Nueva York, Harper & Row, 1971.
POULAT, Émile: *Église contre bourgeoisie.* París, Casterman, 1977.
PROFFER, Carl, y ELLENDEA, comps.: *The Silver Age of Russian Culture.* Ann Arbor, Mich., Ardis Publishers, 1975.
PROST, Antoine: *L'Enseignement en France, 1800-1967.* París, Armand Colin, 1968.
RICHARD, Lionel: *D'une Apocalypse à l'autre.* París, Aubier-Montaigne (10/18), 1976.
— *Le Nazisme et la culture.* París, François Maspero, 1978.
RINGER, Fritz: *The Decline of the German Mandarins: The German Academic Community, 1890-1933.* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1969.
— *Education and Society in Modern Europe.* Bloomington, Indiana University Press, 1979.
ROAZEN, Paul: *Freud and His Followers.* Nueva York, New American Library, 1976. (Ed. española: *Freud y sus discípulos,* Madrid, Alianza, Ed., 1978.)
SAMUEL, R. H., y THOMAS, R. Hinton: *Education and Society in Modern Germany.* Nueva York, Humanities Press, 1949.
SANDERSON, Michael: *The Universities and British Industry, 1850-1970.* Londres, Routledge & Kegan Paul, 1972.
SCHOCH, Rainer: *Das Herrschaftsbild in der Malerei.* Munich, Prestel, 1975.
SCHORSKE, Carl E.: *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture.* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1980. (Ed. española: *Fin de siglo.* Barcelona, Gustavo Gili, 1981.)
SCHÜLER, Winfried: *Der bayreuther Kreis von seiner Entstehung bis zum Ausgang der wilhelminischen Ara.* Münster, Aschendorff, 1971.
SEDLMAYR, Hans: *Art in Crisis.* Chicago, Henry Regnery Co., 1958.
SERVICE, Alastair: *Edwardian Architecture.* Nueva York, Oxford University Press, 1978.
SHAPIRO, Theda: *Painters and Politics: The European Avant-Garde and Society, 1900-1925.* Nueva York, Elsevier, 1976.
STARR, Frederick: *Melnikov.* Princeton, N. J., Princeton University Press, 1978.
— «The Revival and Schism of Urban Planning in Twentieth-Century Russia». En Michael F. Hamm, comp., *The City in Russian History.* Lexington, University of Kentucky Press, 1976.
STROBL, Alice: «Zu den Fakultätsbildern von Gustav Klimt». *Albertina Studien* 2 (1964): 138-69.
STUCKENSCHMIDT, H. H.: *Neue Musik.* Francoforte del Meno, Suhrkamp, 1951.
SWART, Koenraad W.: *The Sense of Decadence in Nineteenth-Century France.* La Haya, Martinus Nijhoff, 1964.
TISDALL, Caroline, y BOZZOLLA, Angelo: *Futurism.* Nueva York, Oxford University Press, 1978.
VAISSE, Pierre: *La Troisième République et les peintres: Recherches sur les rapports des pouvoirs publics et de la peinture en France de 1870 à 1914.* Thèse d'État, Université de Paris IV, 1980.
WILLIAMS, Raymond: *Marxism and Literature.* Nueva York, Oxford University Press, 1977. (Ed. española: *Marxismo y literatura,* Barcelona, Edicions 62, 1980.)

WITTLIN, Alma S.: *The Museum: Its History and Its Tasks in Education*. Londres, Routledge & Kegan Paul, 1949.
WOLFF, Pierre: *La Musique contemporaine*. París, Fernand Nathan, 1954.
YARWOOD, Doreen: *The Architecture of Italy*. Nueva York, Harper & Row, 1971.

Capítulo 5
Visión del mundo: Socialdarwinismo, Nietzsche, la guerra

ALTHUSSER, Louis: «Idéologie et appareils idéologiques de l'état». *Pensée* 151 (1970): 9-21.
ANSART, Pierre: *Idéologies: Conflits et pouvoir*. París, Presses Universitaires de France, 1977.
ASSOUN, Paul-Laurent: *Freud et Nietzsche*. París, Presses Universitaires de France, 1980.
BACHRACH, Peter: *The Theory of Democratic Elitism: A Critique*. Boston, Little, Brown & Co., 1967.
BANNISTER, James Mark: «The Survival of the Fittest Is Our Doctrine». *Journal of the History of Ideas* 31 (1970): 377-98.
BARZUN, Jacques: *Darwin, Marx, Wagner*. Garden City, N. Y., Doubleday & Co., 1958.
BEETHAM, David: *Max Weber and the Theory of Modern Politics*. Londres, George Allen & Unwin, 1974.
BENDIX, Reinhard: *Max Weber: An Intellectual Portrait*. Garden City, N. Y., Doubleday & Co., 1962.
BERGMANN, Klaus: *Agrarromantik und Grossstadtfeindschaft*. Meisenheim am Glan, Anton Hain, 1970.
BESTUZHEV, I. V.: «Russian Foreign Policy, February-June 1914». *Journal of Contemporary History* 1 (1966): 93-111.
BOTTOMORE, T. B.: *Elites and Society*. Londres, Penguin Books, 1970.
BOUDOT, Pierre: *Nietzsche et les écrivains français, 1930-1960*. París, Aubier-Montaigne (10/18), 1970.
BRANDES, George: *Menschen und Werke*. Francoforte del Meno, Literarische Anstalt, 1970.
BUCI-GLUCKSMANN, Christine: *Gramsci et l'état*. París, Fayard, 1975. (Ed. española: *Gramsci y el Estado*, Madrid, Siglo XXI, 1978.)
BURNHAM, James: *The Machiavellians*. Londres, Putnam & Co., 1943.
CLARK, Linda Loeb: «Social Darwinism and French Intellectuals, 1860-1915». Tesis doctoral inédita, Universidad de North Carolina, Chapel Hill, 1968.
CONRAD-MARTIUS, Hedwig: *Utopien der Menschenzüchtung: Der Sozialdarwinismus und seine Folgen*. Munich, Kösel, 1955.
CORRY, Yvette: *L'Introduction du darwinisme en France au XIX^e siècle*. París, Vrin, 1974.
DANTO, Arthur C.: *Nietzsche as Philosopher*. Nueva York, Macmillan Co., 1965.
DRAKE, Richard: *Byzantium for Rome: The Politics of Nostalgia in Umbertian Italy, 1878-1900*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980.

EDELMAN, Robert: *Gentry Politics on the Eve of the Russian Revolution: The Nationalist Party, 1907-1917.* New Brunswick, N. J., Rutgers University Press, 1980.

FOUILLÉE, Alfred: *L'Evolutionisme des idées-forces.* París, Félix Alcan, 1890.

— *Nietzsche et l'immoralisme.* París, Félix Alcan, 1920.

— *La Psychologie des idées-forces.* París, Félix Alcan, 1893.

GASMAN, Daniel: *The Scientific Origins of National Socialism: Social Darwinism in Ernst Haeckel and the German Monist League.* Nueva York, Elsevier, 1971.

GEYER, Dietrich: *Der russische Imperialismus.* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1977.

GLICK, Thomas F., comp.: *The Comparative Reception of Darwinism.* Austin, University of Texas Press, 1974.

GOODHEART, Eugene: *The Failure of Criticism.* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1978.

GREIFFENHAGEN, Martin: *Das Dilemma des Konsevatismus in Deutschland.* Munich, R. Piper, 1977.

GUILLAUMIN, Colette: *L'Idéologie raciste: Genèse et langage actuel.* París, Mouton, 1972.

HIMMELFARB, Gertrude: *Darwin and the Darwinian Revolution.* Gloucester, Mass., Peter Smith, 1967.

HOFSTADTER, Richard: *Social Darwinism in American Thought.* Nueva York, George Braziller, 1959.

HUGHES, H. Stuart: *Consciousness and Society: The Reorientation of European Social Thought, 1890-1930.* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1958.

JACKSON, Holbrook: *The Eighteen-Nineties.* 1913. Reimpreso en Nueva York, Humanities Press, 1976.

JANOWITZ, Morris: *The Professional Soldier: A Social and Political Portrait.* Chicago, Free Press, 1960.

JOLL, James: *1914: The Unspoken Assumptions.* Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1968.

KAUFMANN, Walter: *Nietzsche.* Nueva York, Meridian Books, 1956.

KENNEDY, Paul M., comp.: *The War Plans of the Great Powers, 1880-1914.* Londres, George Allen & Unwin, 1979.

KOCH, H. W.: «Social Darwinism as a Factor in the 'New Imperialism'». En H. W. Koch, comp., *The Origins of the First World War.* Nueva York, Taplinger Publishing Co., 1972.

— *Der Sozialdarwinismus: Seine Genese und sein Einfluss auf das imperialistische Denken.* Munich, C. Beck, 1973.

LAMMERS, Donald: «Arno Mayer and the British Decision for War: 1914». *Journal of British Studies* 12 (1973): 137-65.

LANGBEHN, Julius: *Rembrandt als Erzieher.* Leipzig, G. L. Hirschfield, 1903.

LICHTHEIM, George: *Marxism.* Nueva York, Frederick A. Praeger, 1961. (Ed. española, *El marxismo. Un estudio histórico y crítico,* Barcelona, Anagrama, 1972.)

LOWI, Theodore J.: *The End of Liberalism.* Nueva York, W. W. Norton & Co., 1969.

LUKÁCS, Georg: *Die Zerstörung der Vernuft.* Vol. 2, *Irrationalismus und Imperialismus;* vol. 3, *Irrationalismus und Soziologie.* Neuwied, Luchterhand, 1974. (Ed. española: *El asalto a la razón,* Barcelona, Grijalbo, 1978.)

MANN, Thomas: *Nietzsches Philosophie im Lichte unserer Erfahrung.* Berlín, Suhrkamp, 1948.

MANNHEIM, Karl: *Essays on the Sociology of Knowledge.* Nueva York, Oxford University Press, 1952.

MASUR, Gerhard: *Prophets of Yesterday: Studies in European Culture, 1890-1914.* Nueva York, Macmillan Co., 1961.

MAYER, Arno J.: «Internal Crisis and War Since 1870». En Charles L. Bertrand, comp., *Revolutionary Situations in Europe, 1917-1922: Germany, Italy, Austria-Hungary.* Montreal, Interuniversity Center for European Studies, 1977.

MITZMAN, Arthur: *The Iron Cage: An Historical Interpretation of Max Weber.* Nueva York, Grosset & Dunlap, 1969. (Ed. española: *La jaula de hierro. Una interpretación histórica de Max Weber,* Madrid, Alianza Ed., 1976.)

— *Sociology and Estrangement: Three Sociologists of Imperial Germany.* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1973.

MOMMSEN, Wolfgang J.: «Domestic Factors in German Foreign Policy Before 1914». *Central European History* 4 (1973): 3-43.

MOORE, James R.: *The Post-Darwinian Controversies: A Study of the Protestant Struggle to Come to Terms with Darwin in Great Britain and America, 1870-1900.* Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

MOSCA, Gaetano: *The Ruling Class.* Nueva York, McGraw-Hill Book Co., 1939.

NASMYTH, George: *Social Progress and Darwinian Theory.* Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1916.

NIETZSCHE, Friedrich Wilhelm: *Gesammelte Werke.* 23 vols. Munich, Musarion, 1920-1929.

— *Werke.* 3 vols. Comp. Karl Schlechte. Munich, Hanser, 1960-1962.

PARETO, Vilfredo: *The Mind and Society.* 4 vols. Nueva York, Dover Publications, 1935.

PLAMENATZ, John: *Ideology.* Nueva York, Praeger Publishers, 1970.

PODACH, Erich: *Nietzsches Zusammenbruch.* Heidelberg, N. Kampmann, 1930.

POULANTZAS, Nicos: *Pouvoir politique et classes sociales.* 2 vols. París, François Maspero, 1972. (Ed. española: *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista,* Madrid, Siglo XXI, 1978.)

ROBINSON, Ronald, y GALLAGHER, John: *Africa and the Victorians: The Official Mind of Imperialism.* Nueva York, St. Martin's Press, 1961.

ROGER, James A.: «Marxist and Russian Darwinism». *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 13 (1965): 199-211.

ROGGER, Hans: «Russia in 1914». *Journal of Contemporary History* 1 (1966): 95-120.

RUSSELL, Bertrand: *A History of Western Philosophy and Its Connection with Political and Social Circumstances from the Earliest Times to the Present Day.* Nueva York, Simon & Schuster, 1945. (Ed. española: *Historia de la filosofía occidental,* Madrid, Espasa-Calpe, 1978.)

SCALLY, Robert J.: *The Origins of the Lloyd George Coalition: The Politics of Social Imperialism, 1900-1918.* Princeton, N. J., Princeton University Press, 1975.

SCHROEDER, Paul W.: «World War I as Galloping Gertie». *Journal of Modern History* 44 (1972): 320-45.

SCHUMPETER, Joseph A.: *Imperialism and Social Classes.* Nueva York, Meridian Books, 1955. (Ed. española: *Imperialismo y clases sociales,* Madrid, Tecnos, 1965.)

SEMMEL, Bernard: *Imperialism and Social Reform: English Social-Imperial Thought, 1895-1914.* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1960.

SHEEHAN, James J.: *German Liberalism in the Nineteenth Century.* Chicago, University of Chicago Press, 1978.

STEINER, Zara S.: *Britain and the Origins of the First World War.* Nueva York, St. Martin's Press, 1977.

STERN, Fritz: *The Politics of Cultural Despair.* Berkeley, University of California Press, 1961.

STERNHELL, Zeev: *La Droite révolutionnaire, 1885-1914: Les Origines français du fascisme.* París, Éditions du Seuil, 1978.

STRUVE, Walter: *Elites Against Democracy: Leadership Ideals in Bourgeois Political Thought in Germany, 1890-1933.* Princeton, N. J., Princeton University Press, 1973.

SYKES, Alan: *Tariff Reform in British Politics, 1903-1913.* Oxford, Clarendon Press, 1979.

THATCHER, David S.: *Nietzsche in England, 1890-1914.* Toronto, University of Toronto Press, 1954.

THAYER, John A.: *Italy and the Great War: Politics and Culture, 1870-1915.* Madison, University of Wisconsin Press, 1964.

THERBORN, Göran: *Science, Class, and Society: On the Formation of Sociology and Historical Materialism.* Londres, New Left Books, 1976. (Ed. española: *Ciencia, clase y sociedad,* Madrid, Siglo XXI, 1978.)

VAGTS, Alfred: *A History of Militarism.* Nueva York, W. W. Norton & Co., 1937.

VUCINICH, Alexander: *Social Thought in Tsarist Russia: The Quest for a General Science of Society, 1861-1914.* Chicago, University of Chicago Press, 1976.

WEBER, Max: *Gesammelte politische Schriften.* Munich, Drei Masken, 1921.

WEISS, John: *Conservatism in Europe, 1770-1945: Traditionalism, Reaction and Counter-Revolution.* Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1977.

WILKINSON, Rupert: *Gentlemanly Power: British Leadership and the Public School Tradition.* Nueva York, Oxford University Press, 1964.

WOLFE, Alan: *The Limits of Legitimacy: Political Contradictions of Contemporary Capitalism.* Nueva York, Free Press, 1977.

ZMARZLIK, Hans-Günter: «Der Sozialdarwinismus in Deutschland als geschichtliches Problem». *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 11 (1963): 246-73.

ZWEIG, Stefan: *Nietzsche: Le Combat avec le démon.* París, Éditions Stock, 1978.

INDICE ONOMASTICO

Abingdon, 33
Abruzzi, duque de, 139
Agoult, conde Robert d', 104
Aguado, Vicomte, 104, 212, 214
Albert, King, 133
Albon, marqués d', 104
Albufera, marqués d', 107
Alexander III, zar, 137, 141, 188
Alexandra, Queen Mother, 133
Alexandra Feodorovna, emperatriz, 137, 138
Alfonso, King, 133
Altenburg, Peter, 215
Andrássy (familia), 35
Andrássy, condesa, 109
Angel, Norman, 286
Antoine, André, 204
Aosta, duque de, 133, 139
Arconati-Visconti, marquesa, 107
Armand, conde, 104
Armstrong, William, 92
Arnhold, Edward, 135
Arnim (familia), 281
Ashton, lord, 201
Asquith, Herbert Henry, 96, 142, 148, 156, 157, 203, 273
Asquith, Margot Tennant, 96
Atholl, duque de, 33
Audiffret-Pasquier, duque de, 104
Badeni, Count Casimir, 163
Baks, Leon, 221
Balfour, sir Arthur, 33, 142, 147
Balfour of Burleigh, lord, 95
Ballin, Albert, 101
Barberini (familia), 122
Baring (familia), 94
Barrès, Maurice, 206, 207, 267
Bathurst, lord, 33
Baudelaire, Charles, 107
Baumann, Ludwig, 218
Bayer, F. (firma química), 58
Bayer, Josef, 136
Bayern, princesa, 137
Beauvau, príncipe de, 104
Bebel, August, 287
Beck, Max Vladimir von, 163, 273
Bedford, duque de, 33, 147
Begas, Reinhold, 208
Beillis, Mendel, 231
Belcher, John, 201
Benois, Alexander, 198, 221
Bentinck (familia), 102
Benz, Karl, 57
Bérard, Léon, 204
Berg, Alban, 218
Berlage, H. P., 187
Berliet, Marius, 62
Besnard, Paul-Albert, 190
Bessemer, sir Henry, 93

Bethmann Hollweg, Theobald von, 101, 135, 275, 288-9
Bienerth, baron von, 137
Bismarck, Prince Otto von, 40, 102, 149, 208, 253, 261, 268, 269
Bleichroeder, Gerson von, 96, 101
Bloch, Ivan, 286
Bloch, Marc, 18
Blücher, Prince Gebhard von, 102
Boccioni, Umberto, 195
Bodschwingh-Plettenberg, Baron von, 135
Bonin (familia), 281
Bonnat, Joseph-Léon, 190
Borghese (familia), 38, 122
Borodin, Alexander, 198
Borsig (firma industrial), 75, 97
Bouguereau, Adolphe-William, 190
Bourget, Paul, 267
Bovenschen, Dr., 135
Brahms, Johannes, 218
Braque, Georges, 194, 224
Braunschweig, prince of, 134
Breadalbane, conde, 33
Breteuil (familia), 104
Briand, Aristide, 204
Bringht, John, 95
Brissac (familia), 104
Broglie (familia), 104
Broglie, duc de, 153
Brüll (magnate húngaro), 116
Buccleuch, duque de, 33
Bülow (familia), 281
Bülow, Prince Bernhard von, 100, 102
Bunsen, sir Maurice de, 290
Burnett, J. J., 201
Bute, marquesa de, 33

Caillaux, Joseph, 273
Caillavet, Madame Arman de, 107
Caillebotte, Gustave, 190
Camondo, Isaac de, 190
Campbell-Bannerman, Henry, 142, 156
Caprivi, Count Leo von, 40, 149
Caqueray, Gaston de, 104
Carrà, Carlo, 195
Carson, sir Edward, 148
Casati, Count Gabrio, 249
Casella, Leopold, 58
Cassel, Ernest, 92
Castellane, conde Jean de, 107
Castell-Rüdenhausen (familia), 102
Cavazza, conde, 123
Cavour, conde Camillo Benso di, 121
Cézanne, Paul, 190, 192, 193, 204, 221
Chaikovsky, Peter L., 198
Chamberlain, Joseph, 95
Chambrun, conde de, 41
Chardonnet, conde de, 104
Chasseloup-Laubat, marqués de, 104
Cherisey, conde de, 104
Chigi (familia), 122
Clemenceau, Georges, 190, 204
Colonna (familia), 122
Combes, Émile, 206
Connaught, duque de, 133
Contamin, Victor, 186
Corinth, Lovis, 210
Courbet, Gustave, 191
Crawford, conde de, 33

Dampierre, Marquis Élie de, 41
Daniel (industrial alemán), 97
D'Annunzio, Gabriele, 267
Darwin, Charles, 256-60 p., 264-67 p., 271, 273, 277-78, 285
Daudet, Léon, 106
Davillier (familia), 104
Debussy, Claude, 193, 197, 199, 207, 218
Decazes, duque, 104
Degas, Hilaire - Germain - Edgar, 190, 191, 202
Delaunay, Jules-Élie, 210, 288
Delianov, Ivan, 248
Derain, André, 199
Derby, conde de, 33
Dernburg, Bernhard, 71, 135
Devonshire, duque de, 33
Diaghilev, Serge, 198, 199, 221, 222, 224
Dietrichstein (familia), 109
Dion, marqués de, 104, 107
Disraeli, Benjamin, 95, 141, 156
Donnersmarck, príncipe Henckel von, 97
Dryander, 135
Duisberg, Carl, 58
Dujardin-Beaumetz, H., 204
Duran, Carolus, 190
Durand-Ruel, Paul, 206
Dynevor, Lord, 33

Eaton, Henry William, 91
Ebury, Lord, 33

Edward VII, rey, 90, 92, 132-33, 141, 142
Einstein, Albert, 247
Elgin, lord, 92
Ende, baronesa Margarete von, 100
Engels, Friedrich, 125, 126, 127, 129, 257-58, 286-87
Esterházy (familia), 35
Eugen, Archeduke, 137
Eulenburg, lord Marshal, 102, 134, 135

Falkenhayn, general Erich von, 281
Fallières, Clément-Armand, 133
Fauré, Gabriel, 204
Fellner (familia), 115
Ferdinand, rey, 133
Ferry, Jules, 203, 239, 240
Fitzwilliam, conde de, 33
Fouillée, Alfred, 268
Fould, Adolphe, 103
Francis Ferdinand, archiduque, 108, 112, 133, 172, 217, 218, 282, 297-298
Francis Joseph I, emperador, 108, 111, 133, 164, 217, 282, 298
  diamond jubilee, 136-37
  governing powers, 141
  World War I, 130
Frederick, rey (Dinamarca), 133
Frederick II, emperador (alemán), 97
Fredericks, Count V. B., 138
Frederick William III, rey, 188
Frederick William IV, rey, 260
Freycinet, barón Henri de, 104
Freud, Sigmund, 247
Friedländer-Fuld (familia), 98
Friedländer-Fuld, Fritz von, 101
Friedrich, 137
Froudeville, marqués de, 104
Fürstenberg, príncipe, 135

Gali, barón, 136
Gallé, Emile, 193
Ganghofer, Ludwig, 208
Gapon, Father, 232
Garnier, Tony, 187
Gauguin, Paul, 190, 193
Gebsattel, general barón Konstantin von, 289
Genoa, duque y duquesa, 139
George, rey de Grecia, 133
George V, rey de Inglaterra, 90, 130, 132, 133, 141, 142, 148, 199
George, Stefan, 266, 271
Gérôme, Jean-Léon, 190
Gierke, Otto, 102
Giers, Nikolai de, 120
Giolitti, Giovanni, 123, 139, 161, 273
Glinka, Mikhail, 198
Gogh, Vincent van, 190, 193, 210
Goldschmidt-Rothschild (familia), 97
Goldschmidt-Rothschild, barón Max von, 97
Goltz, von (familia), 281
Goncharova, Natalia, 222, 223, 224
Goncourt, Edmond, 106
Goremykin, Ivan, 166
Goujon, Pierre, 190
Gourgaud, barón, 104
Graffenried, barón de, 103
Greffulhe, condesa de, 106, 107
Grey, sir Edward, 290, 291
Groethuysen, Bernard, 88
Guibert, Alfred, 193
Guilleaume, Arnold, 135
Guillermo I, emperador, 96, 100, 141, 189, 197, 208
Guillermo II, emperador, 99-100, 101, 133, 141
Guimard, Hector, 193
Guinness, Edward, 91
Gumplowicz, Ludwig, 268
Gundolf, Friedrich, 271

Haakon, rey, 133
Haeckel, Ernest, 268
Halsbury, conde de, 147
Hansemann, Adolf, 96
Hardinge, lord, 134
Harnack, Adolf von, 102, 229
Harrison (familia), 94
Harte, Wilhelm von, 216
Hassreiter, Joseph, 136
Hatvany-Deutsch (magnate húngaro), 116
Hatzfel (familia), 102
Hauptmann, Gerhart, 209
Haussonville, conde de, 107
Heckel, Erich, 211
Heering, von (ministro de guerra alemán), 134
Heinrich, príncipe, 100
Helena, Queen, 139
Hertzberg (familia), 281

Hessen, príncipe de, 134
Heydebreck (familia), 281
Heym, Georg, 288
Hilferding, Rudolf, 63, 64, 112
Hindenburg, general Paul von, 281
Hobbes, Thomas, 257
Höchst (empresa química), 58
Hoffman, Joseph, 186, 215
Hofmannsthal, Hugo von, 215, 218, 219, 266
Hohenlohe (familia), 109
Hohenlohe- Oehringen, príncipe Christian Kraft of, 34, 97
Hohenzollern- Sigmaringen, príncipe, 34
Hornbostel Theodor von, 110
Hötzendorff, general Conrad von, 168, 172, 282, 289
Huizinga, Johan, 87
Humbert I, rey, 143

Ibsen, Henrik, 202, 209
Ihne, Ernst von, 189
Inglis, sir James, 93
Isolani, Count, 123

Jaurès, Jean, 287
Joffre, general Joseph, 296
Josef Ferdinand, archiduque, 137
Joseph-Renaud, Jean, 107

Kahnweiler, Daniel-Henry, 205-6
Kameke (familia), 281
Kandinsky ,Wassily, 193, 211-12, 213, 223, 288
Karl Stephan, archiduque, 137
Károlyi (familia), 35
Kasso, L. A., 249
Kensington, lord, 33
Kipling, Rudyard, 239
Kirchner, Ernest, 193, 211
Kirdorf, Emil, 56, 100
Kitchener, Viscount, 92
Klee, Paul, 288
Kleist (familia), 281
Kleist-Retzow (noble alemán), 135
Klimt, Gustave, 193, 214-17
Klöckner (industrial alemán), 100
Klönne, Carl, 71
Knobelsdorff (familia), 281
Kohner, Károly, 116
Kokoschka, Oskar, 193, 215, 217, 288
Kokovtsev, Count V. N., 138, 166, 283
Kollwitz, Käthe, 209
Kornfeld (familia), 115
Kornilov (estadista ruso), 120
Korytowski (ministro austriaco de Hacienda), 136
Koser, Reinhold, 208
Krause, Friedrich Wilhelm, 96
Krausz, Mayer, 116
Kröcher auf Vinzelberg, Jordan von, 289
Krupp (familia y empresas), 56-7, 71, 100, 104, 150
Krupp, Alfred, 100, 101
Krupp, Friedrich Alfred, 100
Krupp von Bohlen und Holbach, Alfried, 100
Krupp von Bohlen und Holbach, Bertha, 97, 100
Krupp von Bohlen und Holbach, Gustav, 100, 101
Kubin, Alfred, 288
Kuropatkin, Aleksei N., 120
Kurtz, Rudolf, 210
Kusnetsov, Pavel, 222

La Fontaine, Jean de, 89
Lanckoronska, condesa, 109
Lánczy (familia), 115
Langbehn, Julius, 267-68
Larinov, Mikhail, 198, 222, 223, 224
Larisch, condesa, 109
La Rochefoucauld, Comte Aimery de, 103, 107
La Rochefoucauld- Doudeauville, duque de, 103
Law, Andrew Bonar, 96, 147, 148
Le Bon, Gustave, 267
Leconfield, lord, 33
Lederer, August, 216
Leeds, duque de, 33
Léger, Fernand, 224
Lehár, Franz, 199
Leighton, Frederick, 201
Leo XIII, papa, 227-28, 230
Leopold Salvator, archiduque, 137
Lerchenfeld, conde Hugo von, 289
Letitia, princesa, 139
Liebermann, Max, 209, 210
Liechtenstein (familia), 35

Linchowsky, príncipe Karl Marx von, 290
Lipton (familia), 94
Lipton, sir Thomas, 92
Litzewitz (familia), 281
Llandaff, vizconde, 147
Lloyd George, David, 146-47
Loisy, Alfred, 228, 229
Loos, Adolf, 186, 215, 217, 218
Loudoun, lord, 33
Louis II de Bavaria, rey, 197
Louis-Philippe, rey, 102, 200
Luce, Maximilien, 192
Ludendorff, general Erich, 168
Lueger, Karl, 116, 137
Lyncker, general barón von, 134

Machiavelli, Niccolò, 269
Maeterlinck, Maurice, 202
Mahler, Gustav, 218-19
Maklakov, M. A., 138
Malevich, Kasimir, 223, 224
Malvezzi, conde, 123
Mamontov, Savya, 220, 221
Manet, Édouard, 190, 192
Mann, Thomas, 197, 266
Manuel, rey, 133
Marc, Franz, 211-12, 288
Margherita, reina, 139
María Feodorovna, Dowager, emperatriz, 133, 137
Marinetti, Filippo Tommaso, 194, 195
Marlborough, duque de, 202
Marx, Karl, 125-27, 128, 129, 257-258, 271
Mary, reina, 133
Matisse, Henri, 199, 213, 221
Matsch, Franz, 215, 216
Maurras, Charles, 105
Maxim, sir Hiram, 93
Mazzacorati, Count, 123
Mazzini, Giuseppe, 143
Meidner, Ludwig, 213-14
Meier-Graefe, Julius, 209
Ménard-Dorian, señora, 107
Mendelssohn, Franz von, 135
Mendelssohn-Bartholdy (familia), 98
Mendelssohn-Bartholdy, Ernst von, 97, 101
Mensdorff, conde Albert von, 290
Metternich (familia), 109
Michael, gran duque, 133
Michels, Robert, 269, 270
Miliutin, conde, 138
Millais, John Everett, 201
Milner, Viscount, 92, 147
Moet (familia), 104
Moltke, general conde Helmuth von, 134, 208, 281, 289, 291
Monet, Claude, 190, 191, 221
Montefiore (familia), 94
Montesquiou, conde Robert de, 106, 107
Moray, conde de, 33
Morosov, Ivan, 221, 223
Mosca, Gaetano, 269, 270
Moser, Koloman, 214, 215
Mowbray, lord, 33
Mun, de (familia), 104
Mun, Albert de, 230
Munch, Edvard, 193, 210

Napoleón III (Louis Napoleon), emperador, 102, 153, 199, 269
Nervo (familia), 104
Neuflize (familia), 104
Neumann, Wilhelm von, 216
Newcastle, duque de, 33
Nicholas II, zar, 133
Nietzsche, Friedrich Wilhelm, 260, 286
Nijinsky, Vaslav, 198
Nordau, Max, 197
Norfolk, duque de, 33, 147, 202
Northumberland, duque de, 33

Oakley, sir Henry, 93
Oertzen (familia), 281
Offenbach, Jacques, 199
Olbrich, Joseph Maria, 186, 214, 217
Oppenheim (familia), 98
Orsini (familia), 122

Paléologue, Maurice, 294-96
Pareto, Vilfredo, 269-70
Paxton, Joseph, 186
Pearson, Karl, 268
Pechstein, Max, 210, 211
Péreire, Émile, 103
Peter Ferdinand, archiduque, 137
Peugeot, Armand, 62
Pfemfert, Franz, 212
Picasso, Pablo, 194, 199, 221, 224
Pichon, Stephen, 133

Pierrebourg, señora de, 107
Pietsch, Ludwig, 208
Pini, Enrico, 123
Pissarro, Camille, 190
Pius X, papa, 161-2, 227, 228-30
Plehve, V. K., 120
Pless, príncipe Hans-Heinrich XV de, 97
Plessen, general von, 134
Plymouth, conde de, 33, 147
Pobedonostsev, Konstantin, 120, 248
Poincaré, Raymond, 105, 130, 153, 207, 294
Poiret, Paul, 200
Polignac (familia), 104
Polignac, princesa de, 106
Poniatowsky (familia), 104
Popper, Liebót, 116
Portes, marqués de, 107
Prittwitz (familia), 281
Proust, Marcel, 107, 201
Puttkamer (familia), 281

Radnor, conde de, 33, 202
Radolin (familia), 102
Raffaëlli, Jean-François, 191
Rainer, archiduque, 137
Ratibor, duque de, 34
Ratzenhofer, Gustav, 268
Ravel, Maurice, 193
Reinhardt, Max, 209
Renault, Louis, 62
Renoir, Pierre-Auguste, 190, 221
Reventlow, conde Ernst von, 135
Richthofen, Barón von, 135
Rilke, Rainer Maria, 215
Rimsky-Korsakov, Nikilai, 198
Roberts, conde, 92, 147
Rodin, Auguste, 190
Rodzianko, Michael, 138
Roll, Alfred-Philippe, 191
Roon, conde Albrecht von, 101, 208
Roosevelt, Theodore, 133
Rosebery, lord, 95, 142
Rosslyn, lord, 33
Rothschild (familia), 94, 95, 106
Rothschild, barón Albert von, 64, 136
Rothschild, barón Alphonse de, 103
Rouault, Georges, 210
Roujon, Henry, 204
Rousseau, Henri, 210
Rousseau, Jean-Jacques, 210, 262
Rudini, marqués Antonio de, 124
Rupprecht de Bavaria, príncipe, 281
Ryabushinsky, Nikolai, 221, 222

Sacconi, conde Giuseppe, 139
Sachsen-Meiningen, príncipe de, 134
Sagan, príncipe de, 106
St. Levan, lord, 33
Saint-Victor, señora de, 107
Salina, conde, 123
Salisbury, tercer marqués de, 33, 91, 95
Salisbury, cuarto marqués de, 147
Sangnier, Marc, 230
Sasson (familia), 94
Sazonov, Sergei Dimitrievich, 290
Scarbrough, conde de, 33
Schaffgotsch, conde Hans-Ulrich von, 97
Schaumburg-Lippe, príncipe de, 134
Schickler (banquero alemán), 96
Schiele, Egon, 193, 217
Schlick, condesa, 109
Schmidt-Rottluff, Karl, 211
Schmoller, Gustav, 102
Schneider, Eugène, 61, 103, 104-5
Schneider, Henri, 61, 71
Schönberg, Arnold, 218
Schönborn (familia), 35
Schönburg (familia), 109
Schopenhauer, Arthur, 263
Schumpeter, Joseph, 21-2, 30, 40, 97, 112, 128, 129, 275
Schwabach (familia), 98
Schwabach, Paul von, 101
Schwarzenberg (familia), 35, 109
Schwerin (familia), 281
Seewald, Richard, 288
Selborne, conde de, 147
Selfridge (familia), 94
Sembat, Marcel, 207
Semper, Gottfried, 196
Seurat, Georges, 192
Severini, Gino, 195
Shaw, George Bernard, 202, 288
Shchukin, Segei, 221, 223
Shemshurin (protector de arte ruso), 221
Sheremetev, conde A. D., 36
Sheremetev, conde S. D., 36
Shrewsbury, lord, 33
Siemens (familia y empresas), 57, 67, 75, 97

Siemens, Wilhelm von, 135
Signac, Paul, 192
Simon, James, 135
Simson, Georg von, 135
Skoda (familia), 63, 64, 71
Skoda, Emil von, 64
Skoda, Ernst von, 64
Skoda, Karl von, 64
Slevogt, Max, 210
Soffici, Ardengo, 195
Solms-Baruth, príncipe, 34, 135
Somerset, duque de, 147
Sonnino, barón Sidney, 124, 143
Southampton, lord, 33
Speyer, Eduard Beit von, 97
Stanhope, lord, 33
Starzynski (miembro austriaco del Parlamento), 136
Sternberg, condesa, 109
Stinnes, Hugo, 97, 98, 100
Stolberg (familia), 102
Stolberg-Wernigerode, conde von, 34
Stolypin, Peter, 36, 165, 166, 232, 273, 283
Straus, Madame Émile, 107
Strauss, Johann, 199
Strauss, Richard, 197-98, 202, 209, 218, 219
Stravinsky, Igor, 199, 207
Stumm (familia y empresas), 56, 97-8
Stumm, Karl Ferdinand, 97
Sudermann, Hermann, 202, 209
Sutherland, duque de, 33
Suttner, Beertha von, 286
Szápary, conde Friedrich, 290

Talbot (familia), 104
Talhouet, marqués de, 104
Tarde, Gabriel, 88
Tate, Henry, 202
Tatlin, Vladimir, 223, 224
Tchaikovsky, Peter I., 198. En el original Chaikovsky
Tennant, Charles, 96
Thiers, Louis-Adolphe, 153, 157
Thun-Solm, condesa Christiane, 136
Thyssen (corporación), 56
Thyssen, August, 97-8, 100
Tiele-Winkler (industrial alemán), 97
Tietz, Hermann, 77-8
Tirpitz, Admiral Alfred von, 135
Tisza, conde Stephen, 164
Tolstoi, conde Dimitri, 247, 248
Tolstoi, conde Lev, 249, 286
Torlonia (familia), 123
Toulouse-Lautrec, Henri de, 190
Trotsky, Leon, 296
Tsai Tao, príncipe, 133
Tschudi, Hugo von, 190, 209
Tyrrell, George, 229

Udine, príncipe de, 139
Ullman (familia), 115
Uzès, d' (familia), 104

Vacher de Dapouge, Georges, 268
Veblen, Thorstein, 30, 127-28, 129
Velde, Henry van de, 187, 193
Victor Emmanuel II, rey, 139, 185
Victor Emmanuel III, rey, 130, 133, 134, 143
Victoria, reina, 132, 141, 142, 188, 201
Vogüé, conde Robert de, 104
Vogüé, marqués Melchior de, 41, 104
Vollard, Ambroise, 206
Vrubel, Midhail, 221

Wagner, Otto, 186-87, 217, 218
Wagner, Richard, 196, 197, 198, 207, 218, 219, 261
Walden, Herwarth, 211-12
Waldthausen (industrial alemán), 97
Wangenheim (familia), 281
Watts, George Frederic, 201
Weber, Max, 127, 128, 129, 167, 269, 270-72
Webern, Anton von, 218
Wedekind, Frank, 209
Wedel (familia), 281
Weinberg (familia), 98
Weinberg, Arthur von, 135
Weiskirchen (miembro del Parlamento austriaco), 136
Weisz, Manfréd, 116
Wells, H. G. 288
Wendel (familia y empresas), 60, 61, 104
Wendel, Robert de, 61
Werhahn (industrial alemán), 100
Werner, Anton von, 208, 209
Wernher, sir Julius, 92
Wertheimstein, Josephine von, 110
Westminster, duque de, 33, 94, 147

Whiteley (familia), 94
Whiteley, William, 76
Wilde, Oscar, 202, 266
William de Prussia, príncipe, 134
Wilson general sir Henry, 148
Witte, conde Sergei, 283
Wittgenstein Karl, 63-4
Wolf, Hugo, 215
Wolf, Theodore, 135
Wolff (industrial alemán), 100
Württemberg, duque de, 281
Württemberg, duquesa María Theresa von, 137

Yusupova, princesa Z. N., 36

Zastrow (familia), 281
Zola, Émile, 191, 202, 206

Próximos títulos

69. **El rapto de Europa**
Luis Díez del Corral
70. **Europa en el siglo XVIII**
George Rudé
71. **La fiesta. Una historia cultural desde la antigüedad hasta nuestros días**
Uwe Schultz
72. **Los godos en España**
E. A. Thompson
73. **Genghis Khan, emperador de todos los hombres**
Harold Lamb
74. **Técnica y civilización (I)**
Lewis Mumford
75. **Técnica y civilización (II)**
Lewis Mumford
76. **Atila**
Mario Bussali
77. **Los instrumentos del Imperio**
Daniel R. Headrick
78. **Reforma y contrarreforma**
Heinrich Lutz

79. **Breve historia del socialismo**
George Lichteim
80. **La vieja Europa y el mundo moderno**
Jacques Le Goff

Creative Commons

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).